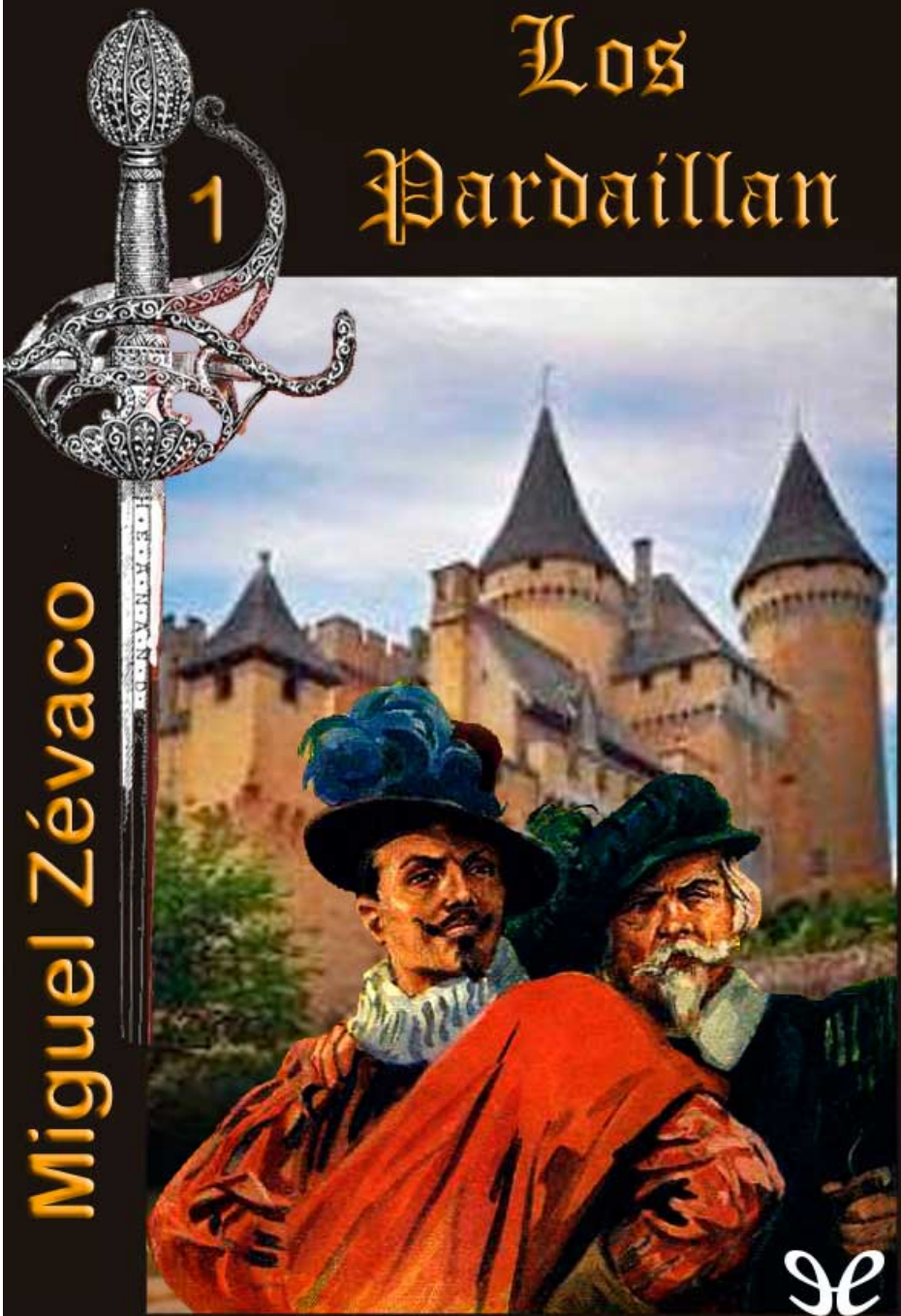
Los Pardaillan

1

Miguel Zévaco



Los Pardaillán es la primera novela de la serie de este nombre escrita por Miguel Zévaco, publicada por entregas en *Le Petite République* a partir de 1902 y editada en dos volúmenes en 1907. Este libro constituye el primer volumen.

Esta obra se encuentra entre las más grandiosas novelas de capa y espada jamás escritas. En ella se relata la historia de Juan de Pardaillán: un espadachín creado por la pluma de Miguel Zévaco, que le hace aparecer en importantes acontecimientos de la historia de Francia en la segunda mitad del siglo XVI.

Miguel Zévaco escribió novelas como *Nostradamus* y *El puente de los suspiros*, pero sobre todo escribió *Los Pardaillán*. Esta serie, pues no es una sola novela, relata **de manera absolutamente brillante** un periodo de la historia francesa comprendido entre 1553 y 1616. Como en todas las novelas de este tipo, los hechos históricos se mezclan con la ficción que nos proporciona el escritor, dándole forma, coherencia y ese toque de magia que tanto cautiva al lector. En este toque mágico encontramos en un punto central a los personajes; algunos encarnados en hombres y mujeres históricos, como Catalina de Medicis, Enrique IV o el Duque de Guisa, otros salidos de la mente del escritor, creados a partir de obscuras referencias, que al combinarse con su imaginación dan en ocasiones a estos seres literarios la estatura de verdaderas leyendas.

En *Los Pardaillán* se da este caso, Zévaco da vida a uno de esos hombres «*que dios crea a veces para hacer sentir a los príncipes la nada de su poder*», un hombre personificación de la bondad, el valor, la generosidad y también del orgullo; un espadachín aventurero «sin casa ni hogar» que tiene ideas anárquicas y que podría ser la encarnación del mejor discípulo de Diógenes, Miguel Zévaco da vida a Juan de Pardaillán.

Según la novela, Juan de Pardaillán nace en Francia en febrero de 1549 y es hijo de: Honorato-Guido Enrique de Pardaillán y madre desconocida. La primera aparición del caballero se da cuando su

padre, (un mercenario de la época), acaba de raptar Luisa y tiene ordenes de asesinarla cuando se le indique: el tiene 5 años y Luisa 1. Su padre al apiadarse de la niña y desobedecer al poderoso Enrique de Montmorency devolviéndole a Luisa a su madre: Juana de Piennes; para escapar a la venganza del poderoso señor, tiene que abandonar el castillo de Montmorency, empezando así para Juan su existencia aventurera.

epublibre

Miguel Zévaco

Los Pardaillán

(El caballero de Pardaillán)

Serie: Los Pardaillán - 1

ePub r1.0
Elagarde 16.06.14

Título original: *Les Pardaillán*
Miguel Zévaco, 1907
Traducción: Mario Martínez López
Diseño de cubierta: elagarde

Editor digital: elagarde
ePub base r1.1

prefacio

ACLARACIÓN: En las traducciones al español hechas por las diferentes editoriales, la serie fue publicada en 27 episodios (libros más pequeños que se continuaban entre sí). Adicionalmente algunas editoriales han juntado tales episodios en grupos, y han publicado la serie en 7, 8 o 9 tomos. El problema aquí, es que el criterio para la agrupación, fue: tamaño, cantidad de hojas, venta proyectada de cada episodio, etc., y no se buscó en ningún momento ofrecer al lector aventuras completas. Así que, cada uno de esos tomos no es una aventura completa y es necesario tener el siguiente tomo para enterarse del desenlace. Pero… ese tomo contiene también otros episodios que corresponden a la siguiente aventura, quedando ésta, también incompleta en ese tomo, (¿Estrategia comercial?).

En esta versión para epubLibre, he decidido respetar la versión original, tal como fue publicada, en 5 partes y 2 libros completos en cada una de ellas, (vease la serie: «*Los Pardaillán*»), tomando como base los originales en español de mi versión en papel y agrupando los episodios como indica la obra original, para ofrecer al lector, una aventura completa en cada libro.

Cabe mencionar que a la fecha no existe en Internet ninguna versión en español de estas obras y que en papel no existe tampoco un equivalente a la agrupación original. Sin embargo, no dudo que tan pronto se publique, en epubLibre, de pronto empiecen a aparecer versiones piratas en otros sitios web de libros, y lo peor de todo es que muchas de esas copias habrán sido mutiladas para aparentar haber sido maquetadas por los piratas, que sin aportar absolutamente nada, solo tratan de quitar todo rastro del sitio original de donde fueron obtenidas.

EN LAS GARRAS DEL MONSTRUO

I - Los dos hermanos

LA CASA ERA PEQUEÑA y de humilde aspecto, compuesta únicamente de planta baja. Cerca de una ventana abierta, sentado en un sillón con respaldo blasonado, se hallaba un anciano de cabellos blancos, una de las rudas figuras de los capitanes que habían sobrevivido a las epopeyas guerreras del tiempo de Francisco I.

El anciano miraba tristemente el sombrío castillo feudal de los Montmorency, que elevaba a lo lejos, en el azul del cielo, el orgullo de sus torres amenazadoras. De pronto volvió la cabeza y un suspiro terrible, como muda imprecación, levantó su pecho.

—¿Dónde está mi hija? —preguntó.

—La señorita ha ido al bosque a coger muguetes —contestó la criada, que estaba arreglando la sala.

Inefable expresión de ternura iluminó la frente del anciano, que dulcemente sonrió, murmurando.

—Sí, es verdad. Es la Primavera. Los setos están embalsamados; cada árbol es un ramillete. Todo ríe, todo canta; hay flores por todas partes. Pero la flor más hermosa y más pura eres tú, Juana, noble y casta hija mía.

Su mirada, entonces, se fijó en la formidable silueta de la mansión señorial acurrucada en la colina, como monstruo de piedra que estuviera al acecho.

—¡Todo cuanto odio está ahí! —exclamó—. ¡Ahí está el poder que me ha aniquilado! ¡Sí, yo, señor de Piennes, antes dueño de una comarca entera, estoy reducido a vivir casi miserablemente en este humilde rincón de tierra que me ha dejado la rapacidad del Condestable! ¿Qué digo, insensato?, en este mismo momento busca los medios de arrojarme también de mi último refugio. ¡Quién sabe si mañana mi hija tendrá todavía casa en que abrigarse! ¡Oh, Juana

mía!, las flores que estás cogiendo quizá serán las últimas.

Lágrimas silenciosas surcaron por entre las arrugas de aquel rostro desesperado. De pronto palideció intensamente; un jinete vestido de negro echaba pie a tierra ante la casa, entraba y se inclinaba ante él.

—¡Maldición! ¡El baile de Montmorency![1] —exclamó el anciano.

—Señor de Piennes —dijo el hombre vestido de negro—, acabo de recibir de mi señor, el Condestable, un documento del que debo daros cuenta inmediatamente.

»Señor de Piennes —añadió el baile—, penosa es mi misión; dicho documento es la copia de un decreto del Parlamento de París, con fecha de ayer, sábado, 25 de abril del año 1553.

—¡Un decreto del Parlamento! —exclamó sordamente el señor de Piennes, que se irguió, cruzándose de brazos—. Hablad, señor. ¿Con qué nuevo infortunio me hiere el odio del Condestable? ¡Vamos, decid!

—Señor —dijo el baile en voz baja y como avergonzado—, el decreto dice que ocupáis indebidamente el dominio de Margency; que el rey Luis XII se excedió en su decreto confiriéndoos la propiedad de esta tierra, que debe volver a poder de la casa de Montmorency y, por tanto, se os obliga a restituir castillo, aldea, prados y bosques, en el plazo de un mes.

El señor de Piennes no hizo un solo movimiento; pero se puso muy pálido, y en el silencio que reinaba en el aposento, mientras fuera, sobre una rama de ciruelo en flor, cantaba una alondra, dijo con voz temblorosa:

—¡Oh, mi digno rey Luis XII! ¡Y vos, ilustre Francisco I! ¡Salid de vuestras tumbas para ver cómo se trata al que, en cuarenta campos de batalla, arriesgó su vida y derramó su sangre! ¡Volved, reyes míos, y asistiréis al espectáculo de un viejo soldado despojado de todo y recorriendo las calles de Francia para mendigar un trozo de pan!

El baile, conmovido ante semejante desesperación, dejó furtivamente el pergamino sobre la mesa y, retrocediendo, ganó la puerta y se marchó. Entonces en la pobre casa se oyeron lamentos desgarradores.

—¿Y mi hija? ¡Mi hija! ¡Mi Juana! ¡Mi hija queda sin abrigo! ¡Mi Juana carecerá de pan! ¡Montmorency! ¡Maldición sobre ti y todo tu linaje!

El anciano tendió sus puños hacia el castillo, sus ojos despidieron llamas… y se desvaneció. La catástrofe era espantosa. En efecto, Margency, que desde la época de Luis XII pertenecía al señor de Piennes, era todo lo que restaba de su antiguo esplendor al hombre que había gobernado la Picardía. En el derrumbamiento de su fortuna se refugió en aquella pobre finca enclavada en los dominios del Condestable, y desde entonces una sola alegría lo había conservado en la vida; una alegría luminosa y pura, su hija, su Juana, su pasión y su ídolo.

Las pobres rentas de Margency ponían, por lo menos, la dignidad de la pobre niña al abrigo de cualquier insulto. Ahora, ¡todo había terminado! El decreto del Parlamento era, para Juana de Piennes y su padre, la miseria vergonzosa, siniestra.

* * * * *

Juana tenía diez y seis años. Delgada, frágil, de elegancia exquisita, parecía un ser creado para el goce de los ojos, una emanación de la radiante primavera, semejante en su gracia algo selvática al rosal silvestre que tiembla bajo el peso del rocío.

Aquel domingo, 26 de abril de 1553, había salido, como todos los días, a la misma hora. Penetró en el bosque de castaños que rodeaba la posesión de Margency. Era el atardecer. La selva estaba perfumada y el amor se respiraba en el aire. Juana, con una mano sobre el corazón, empezó a andar rápidamente, murmurando:

—¿Me atreveré a decírselo…? Sí, esta noche le hablaré. Le diré este secreto tan terrible y dulce a la vez.

De pronto dos brazos robustos y tiernos la rodearon. Una boca temblorosa buscó la suya:

—¡Tú, por fin! ¡Tú, amor mío!

—¡Francisco mío! ¡Mi dueño!

—¿Qué tienes, amada mía? ¿Tiemblas…?

—¡Oh, Francisco…! ¡Oh, no me atrevo!

Él se inclinó y la estrechó con más fuerza entre sus brazos. Era

un fornido joven de agradable aspecto, mirada límpida, facciones hermosas y frente altanera y serena. ¡Y aquel joven se llamaba Francisco de Montmorency…! ¡Sí, era el hijo mayor del Condestable que acababa de despojar al señor de Piennes del último resto de su fortuna!

Los labios de los jóvenes se unieron. Cogidos del brazo andaban lentamente entre las flores, cuyos cálices abiertos despedían misteriosos efluvios. A veces un temblor agitaba a la joven, que se detenía y, prestando oído, murmuraba:

—Nos siguen… nos espían… ¿Has oído?

—Algún cervatillo asustado, dulce amor mío…

—¡Francisco, Francisco…! ¡Oh!, tengo miedo…

—¿Miedo, niña?… ¿Quién se atrevería a dirigirte una mirada cuando mi brazo te protege?

—¡Todo me inquieta!… ¡Tiemblo! Desde hace tres meses sobre todo. Tengo miedo.

—¡Querida Juana! Desde hace tres meses que eres mía, desde la hora bendita en que nuestro impaciente amor se adelantó a las leyes de los hombres, para obedecer a las de la Naturaleza, estás, más que nunca, Juana mía, bajo mi protección. ¿Qué temes? Pronto llevarás mi nombre y acabaré con el odio que separa a nuestras familias.

—Ya lo sé, dueño mío, ya lo sé. Y aun cuando este honor no me estuviera reservado sería feliz, perteneciéndote por entero. ¡Ámame, ámame mucho, Francisco, porque una desgracia se cierne sobre mi cabeza!

—Te adoro, Juana. ¡Juro al cielo que nada podrá impedir que seas mi esposa!

A poca distancia, muy tenue, se oyó una carcajada.

—De modo que, si algún pesar secreto te agita, confíalo a tu amante, a tu esposo.

—Sí, sí, esta noche… Oye, a las doce te esperaré en casa de mi buena nodriza. Es necesario que sepas… por la noche tendré más valor.

—Hasta las doce, pues, mi querida Juana…

—Adiós… vete ahora… adiós, hasta la noche…

Un nuevo abrazo los unió, un último beso les estremeció y Francisco de Montmorency desapareció luego entre los árboles del

bosque.

Durante un, minuto Juana de Piennes permaneció en el mismo sitio, jadeante y conmovida. Por fin, dando un suspiro, se volvió para regresar a su casa; más en el mismo instante se puso muy pálida: Un hombre se hallaba ante ella. Su edad sería la de veinte años; su rostro revelaba gran violencia de carácter; la mirada era sombría y el porte altanero. Juana dio un grito de espanto.

—¡Vos, Enrique! ¡Vos!

Indecible expresión de angustia se pintó en el semblante del recién llegado que, con voz ronca, contestó:

—Yo, Juana. Parece que os asusto. ¡Por Dios! ¿No tengo acaso el derecho de hablaros como él… como mi hermano?

Ella estaba temblorosa. El joven, al verla, se echó a reír.

—¡Si no tengo este derecho, lo tomo! Sí, soy yo, Juana, yo, que si no lo he oído todo, por lo menos, lo he visto. ¡Todo, vuestros besos y abrazos! ¡Todo, os digo! ¡Me habéis hecho sufrir como sufren los condenados del infierno! ¡Y ahora escuchadme! ¿No me anticipé yo a declararos mi amor? ¿Acaso no valgo tanto como Francisco?

—Enrique —repuso la joven con soberana dignidad—, os quiero y os querré siempre como un hermano, como al hermano de aquél a quien he dado mi vida. Y mucho ha de ser mi afecto por vos puesto que no he dicho una palabra a Francisco… y nunca se lo diré…

—¡Tal vez lo hacéis para ahorrarle ese disgusto! ¡Pero decidle que os amo y entonces que venga con las armas en la mano a pedirme cuentas!

—¡Es demasiado, Enrique! Estas palabras son odiosas y tengo necesidad de todas mis fuerzas para no olvidar que sois su hermano.

—¿Su hermano? ¡Su rival! ¡Reflexionad, Juana!

—¡Oh, Francisco mío! —dijo ella, juntando las manos con ademán de súplica—. ¡Perdonadme si no le contesto como merece!

El joven continuó, haciendo rechinar los dientes:

—¿De modo que me despreciáis? ¡Hablad! ¿Por qué os calláis? ¡Tened cuidado!

—¡Ojalá que las amenazas que leo en vuestros ojos recaigan tan sólo sobre mí!

Enrique se estremeció.

—Hasta la vista, Juana de Piennes —gruñó—. ¿Me oís? ¡Hasta la vista; y no adiós!

Sus ojos se inyectaron de sangre. Sacudió la cabeza como jabalí herido, y echó a correr a través del bosque.

—¡Ojalá que sea yo solamente la víctima de su furor! —repitió Juana. Y mientras decía estas palabras, algo desconocido, lejano e inefable se estremeció en sus entrañas. Instintivamente se llevó las manos a las ijadas y cayendo de rodillas exclamó con terror:

—¡Sola, sola! ¡Pero, no, no estoy sola! ¡Hay en mí un ser que vive y debe vivir! ¡Y yo no quiero dejarlo morir!

II - Medianoche

EL SILENCIO Y LAS TINIEBLAS de una noche sin luna pesaban sobre el valle de Montmorency. A lo lejos, el perro de una granja aullaba lastimeramente. Las once dieron con lentitud en el campanario de Margency. Juana de Piennes, que se había incorporado para contar las campanadas, cesando de mover su rueca murmuró:

—¡Querido hijo de mi amor, pobre angelito mío, quién sabe los dolores que te reserva la vida!

Permaneció silenciosa durante largo rato. Luego, mientras una arruga surcaba su frente pura, continuó:

—¿Por qué esta noche, cuando entré, mi padre parecía anonadado por algún dolor desconocido para mí? ¿Por qué me habrá abrazado convulsivamente? ¡Qué pálido estaba! En vano he tratado de arrancarle su secreto. ¡Pobre padre! ¡Qué no daría yo para tomar parte en tus penas! Pero no has querido decirme nada… Tan sólo llorabas al mirarme…

Sus ojos se posaron entonces sobre un cuadro colgado en la pared.

—Madre mía, Virgen pura, ya que sois la madre de todas las madres y que lo podéis todo, haced que mi señor y amante no rechace al hijo que quiere vivir… Virgen, buena Virgen, haced que el fruto de mis entrañas no sea maldito… y que solamente yo llore mi falta.

Dieron las once y media. Esperó todavía con el corazón lleno de angustia. Por fin apagó la luz, se cubrió con un manto, abrió la puerta y se encaminó a una casa de labor situada a cincuenta pasos. Mientras bordeaba un seto perfumado de rosas silvestres, creyó que una sombra, una figura humana, surgía al otro lado del seto.

—¡Francisco! —llamó palpitante… Nadie le contestó.

La joven meneó tristemente la cabeza y prosiguió su camino. Entonces aquella sombra se puso en movimiento, se deslizó hacia la vivienda del señor de Piennes, se acercó a una ventana alumbrada y llamó a ella con fuerza.

El señor de Piennes no se había acostado todavía. Con la espalda encorvada y a pasos lentos se paseaba por la sala, preocupado por un enigma doloroso. ¿Qué iba a ser de su Juana? ¿A quién confiarla? ¿A quién pedir o mendigar la hospitalidad, para ella, para ella sola?

El golpe dado en la ventana detuvo su triste paseo y lo inmovilizó en la espera angustiosa de alguna nueva desgracia. Llamaron con más fuerza, más imperiosamente. El señor de Piennes abrió la ventana, miró hacia fuera, y un rugido de odio, dolor y desesperación desgarró su garganta… el que llamaba era un hijo del enemigo implacable. ¡Era Enrique de Montmorency!

El anciano se volvió, de un salto llegó hasta una panoplia, descolgó dos espadas y las echó sobre la mesa. Enrique había franqueado la ventana, azorado, descompuesto. Los dos hombres se encontraron cara a cara, lívidos los dos, e incapaces de pronunciar una sola palabra. Con violento ademán el señor de Piennes señaló las dos espadas. Enrique meneó la cabeza, se encogió de hombros y tomó la mano del anciano.

—No he venido a batirme con vos —dijo, delirante— ¿para qué? Os mataría. Además no os odio ni vos podéis odiarme. ¿Tengo acaso la culpa de que mi padre os haya hecho desgraciado? Ya sé que por él habéis perdido vuestro señorío y que vuestras tierras de Piennes os han sido confiscadas. ¡Erais rico y poderoso y sois ahora pobre y desvalido!

—¿Qué has venido, pues, a hacer aquí? ¡Habla! —rugió el viejo capitán, dando un formidable puñetazo sobre la mesa—. ¡Tu presencia en esta casa es para mí el mayor ultraje! ¿Y no quieres batirte? ¡Veamos! ¿Vienes a burlarte de mí? ¿Te envía acaso tu padre, no osando venir él? ¿Has venido a ver si vuestra infamia me ha matado ya? ¡Habla o, de lo contrario, juro por mi odio que vas a morir ahora mismo!

Enrique se secó el sudor de la frente con el revés de su mano.

—¿Quieres saber por qué he venido? Pues te lo diré: porque sé que los Montmorency son los causantes de la miseria que te anonada; porque conozco tu odio, porque lo sé todo, viejo insensato, vengo a decirte: ¿No es abominable sacrilegio que Juana de Piennes sea la querida de Francisco de Montmorency?

El señor de Piennes se tambaleó. Una nube roja pasó ante sus ojos, sus pupilas se dilataron y su mano se alzó para castigar tan sangriento insulto. Enrique de Montmorency, con rápido ademán, cogió aquella mano y la apretó como si quisiera triturada.

—¿Dudas? —rugió—. ¡Viejo estúpido! ¡Te digo que tu hija en este instante se halla en brazos de mi hermano! ¡Ven! ¡Ven!

Atontado, en efecto, sin fuerzas, sin voz, el padre de Juana se dejó arrastrar violentamente por el joven que, de un puntapié, abrió la puerta. Un instante después los dos estaban en la habitación de Juana. ¡El aposento estaba vacío!

El señor de Piennes alzó al cielo los brazos en ademán de maldecir y su clamor desesperado, semejante al del hombre que asesinan, resonó lúgubre en el silencio de la noche. Luego, encorvado, jadeando y vacilante, dándose tropezones contra la pared, consiguió salir de la habitación y fue a caer en su gran sillón, semejante a un roble desgajado por la tempestad. Enrique había desaparecido en la obscuridad, como debió desaparecer Caín después de matar a su hermano.

Juana de Piennes se había acercado a la casa de labor, pero no entró en ella. Tenía necesidad de las sombras de la noche para hacer su dulce y terrible confesión… Su vida y la vida del hijo que llevaba en su seno iban a decidirse.

Sonó la primera campanada de las doce: a la vuelta del sendero, a tres pasos del lugar en que se hallaba, apareció Francisco de Montmorency. Ella lo reconoció enseguida y en el mismo instante se echó en sus brazos.

—Amada mía —dijo entonces el joven—, esta noche tengo los minutos contados. Acaba de llegar al castillo un jinete que se ha adelantado a mi padre en una hora; es necesario que el Condestable me halle allí a su llegada… Habla, pues, queridísima Juana. Dime cuál es el secreto que te oprime. Fuere lo que fuere, acuérdate de que es tu esposo quien te escucha.

—¡Mi esposo, Francisco! ¡Oh, me colmas de felicidad…! ¿Lo dices de veras?

—Tu esposo, Juana; ¡te lo juro por mi nombre glorioso y sin mancha hasta hoy!

—Pues bien —dijo ella temblorosa—; oye…

Él se inclinó y Juana apoyó su cabeza sobre el hombro del joven. Iba a hablar… Estaba buscando las palabras para dar principio a su confesión… En aquel momento, un grito terrible, un grito de horrible agonía desgarró el silencio de la noche… Francisco dio un salto.

—¡Es la voz de mi padre! —balbuceó Juana espantada—. ¡Francisco, Francisco! ¡Asesinan a mi padre!

Se desprendió violentamente de los brazos de su amante y echó a correr. En pocos segundos llegó a su casa y vio la puerta y la ventana abiertas… Un instante más tarde se hallaba en la sala. Su padre estaba inanimado sobre el sillón. La joven corrió hacia él, deshecha en llanto y cogió con sus manos la nevada cabeza…

—¡Padre mío! ¡Padre mío! ¡Soy yo, tu Juana!

El anciano abrió los ojos y miró a su hija. ¡Qué mirada! ¡Qué terrible maldición sintió la pobre pesar sobre ella!

Bajo aquella mirada retrocedió medio loca de dolor. No hubo entre los dos necesidad de palabras. Juana comprendió que su padre lo sabía todo y se sintió condenada para siempre. Las piernas le flaquearon y cayó de hinojos. Ardientes lágrimas se desprendieron de sus ojos, e inconscientemente, confesó:

—¡Perdón, padre! ¡Perdón por haberlo amado y por amarle todavía!… ¡No me mires así, padre! ¿Quieres que tu Juanita muera desesperada a tus pies? No tengo culpa alguna si lo amo… una fuerza desconocida me ha echado a sus brazos. ¡Oh, padre mío, si supieras cómo lo amo!…

A medida que hablaba, el señor de Piennes se había ido incorporando hasta hallarse en pie. Parecía un espectro. Cogió a su hija por la mano y la obligó a levantarse.

—¿Me perdonas, no es verdad? ¡Oh, padre mío! ¡Dime que me perdonas!

El anciano, sin contestar, la condujo al umbral de la puerta de la casa, extendió el brazo y dijo:

—Idos… ya no tengo hija.

Juana se tambaleó y exhaló un gemido doloroso. Entonces se oyó una voz masculina, cálida y sonora, que decía:

—Os engañáis caballero. Todavía tenéis hija. ¡Es vuestro hijo el

que os lo jura!

Y al mismo tiempo Francisco de Montmorency apareció en el círculo de luz mientras Juana daba un grito de esperanza insensata y el señor de Piennes retrocedía, balbuceando:

—¡El amante de mi hija!… ¡Aquí!… ¡Ante mí! ¡Oh, vergüenza suprema de mis últimos momentos!

Francisco se inclinó tranquilamente.

—Monseñor, ¿me aceptáis por hijo vuestro? —repitió casi arrodillado.

—¡Mi hijo! —balbució el anciano—. ¡Vos, mi hijo! ¿Qué oigo? ¿Es acaso una sangrienta burla?

Francisco cogió las manos de Juana.

—Monseñor, ¿os dignáis conceder a Francisco de Montmorency vuestra hija Juana por esposa legítima? —preguntó con mayor firmeza.

—¡Esposa legítima!… ¡Yo sueño!… ¿Ignoráis, pues?… ¡Vos, el hijo del Condestable!

—Lo sé todo, monseñor. Mi casamiento con Juana de Piennes reparará todas las injusticias y borrará todas las desgracias… Espero, padre mío, nuestra sentencia de vida o muerte.

Una Alegría inmensa, terrible, llenó el alma del anciano ya las palabras de bendición subían a sus labios, cuando una idea atravesó su cerebro con la velocidad del rayo:

«*¡Este hombre ve que voy a morir! Y una vez muerto yo, se burlará de la hija como lo hace ahora del padre*».

—¡Decid, monseñor! —insistió Francisco.

—¡Padre! ¡Mi venerado padre! —suplicó Juana.

—¿Queréis casaros con mi hija? —dijo el anciano—. ¿Lo queréis? ¿Cuándo? ¿Qué día?

—Mañana mismo, padre mío. Mañana mismo.

—¡Mañana! —exclamó sordamente el señor de Piennes—. ¡Mañana habré muerto!

—Mañana viviréis… y muchos años todavía para bendecir a vuestros hijos.

—Mañana… —dijo el anciano con inmensa amargura—. Es demasiado tarde. Yo muero ahora, maldito y desesperado.

Francisco miró alrededor y viendo a los criados que habían

acudido sobresaltados por los gritos del anciano, tuvo un pensamiento sublime. Enlazó con su brazo a la joven desolada, hizo una seña a dos de los servidores para que transportaran el sillón en que agonizaba el señor de Piennes, y con solemne voz, vibrante de ternura, exclamó:

—A la capilla. Padre mío, es ya medianoche y vuestro capellán puede decir su primera misa y bendecir la unión de las familias de Piennes y de Montmorency.

—¡Oh! ¡Yo sueño, yo sueño! —repetía el anciano.

—¡Al altar! —dijo Francisco con fuerte voz.

Entonces el anciano capitán se deshizo en lágrimas. Algo así como un gemido salió de su pecho, ya que las grandes alegrías hacen gemir como los grandes dolores. Un suspiro de gratitud infinita, exaltada, sobrehumana, sacudió su cuerpo. Con los ojos velados por el llanto, tendió una mano al noble vástago del linaje maldito.

Diez minutos después, en la capilla de Margency, el presbítero oficiaba en el altar. En primera línea se hallaban Francisco y Juana. Detrás de ellos, en el mismo sillón en que lo habían transportado, estaba el señor de Piennes y más atrás dos mujeres y tres hombres, criados de la casa, testigos de aquella boda trágica. Pronto se cambiaron las sortijas entre los prometidos y las temblorosas manos de los amantes se estrecharon. Luego el celebrante profirió las palabras de ritual:

—Francisco de Montmorency y Juana de Piennes, en nombre de Dios Todopoderoso, os uno en matrimonio.

Entonces los dos esposos se volvieron al señor de Piennes como para pedirle su bendición. Vieron al anciano que trataba de levantarse, mientras que un rayo de alegría transfiguraba su rostro. Él les sonrió un instante, luego sus brazos cayeron pesadamente y aquella sonrisa quedó estereotipada para siempre en sus descoloridos labios.

El señor de Piennes acababa de expirar.

III - La gloria del nombre

UNA HORA DESPUÉS Francisco penetraba en el castillo de Montmorency. Había dejado a la joven desposada, anegada en llanto, al cuidado de la nodriza, confidente de sus amores, y estrechando a Juana en sus brazos, le dijo que volvería a su lado al apuntar el día, una vez que hubiera saludado a su padre, cuya llegada le había anunciado un correo.

Cuando Francisco entró en la sala de armas, vio al Condestable Anne de Montmorency sentado en suntuoso sillón, colocado, sobre un estrado de tres gradas, bajo un dosel de terciopelo con franja de oro sostenido por unas lanzas. El inmenso salón estaba espléndidamente alumbrado por doce candelabros de bronce, cada uno de los cuales soportaba doce blandones[2] de cera. Las paredes estaban cubiertas de tapices enormes, sobre los cuales brillaban pesadas espadas y centelleantes dagas. Una docena de retratos se alternaban con las panoplias. En el testero a que daba frente al trono se veía el retrato del fundador de la casa, aquel Bouchard de facciones rudas que, un momento, tuvo entre sus violentas manos la corona de Francia. Las armaduras, corazas, brazales y cascos con sus penachos, brillaban al pie de los retratos y se dijera que los antepasados que representaban no tuvieran más que bajar para revestirse con ellos.

Sobre su trono estaba el anciano Condestable, con la coraza puesta, cubierto de acero, las manos apoyadas en la formidable tizona y el entrecejo fruncido. Un paje, situado junto al sillón, sostenía el casco empenachado de su señor, y cincuenta capitanes estaban inmóviles a su lado, esperando en silencio. Él mismo parecía uno de aquellos antiguos guerreros que decidían la suerte de las batallas gigantescas. Desde la batalla de Marignan, en que Francisco I lo había abrazado, hasta Burdeos, donde hizo una horrible matanza de hugonotes[3], salvando la religión, ¡qué de golpes terribles había dado!

Hacía dos años que Francisco no había visto a su padre. Al

hallarse ante él, avanzó hasta llegar al pie del trono. Cerca de éste se hallaba Enrique, que llegara un cuarto de hora antes. Estaba lívido y tembloroso. ¿En qué pensaría aquel joven de veinte años? ¿Qué confusos y funestos pensamientos de fratricida rodaban pesadamente en su cabeza como nubes fuliginosas en un cielo tempestuoso?

Francisco de Montmorency no advirtió la sangrienta mirada de su hermano y se inclinó profundamente ante el jefe de la familia. El Condestable, al ver el robusto aspecto de su hijo mayor, sonrió: esta fue toda su efusión paternal.

—Escuchad —dijo impasible, tranquilo, terrible—. Ya sabéis el desastre que ha sufrido el emperador español Carlos V ante las murallas de Metz durante el último mes de diciembre. El frío y las enfermedades casi han destruido su gran ejército de sesenta mil hombres de armas contados los reitres[4]. Todos juzgamos entonces que era el fin de su imperio. Con el español destruido y el hugonote aplastado por mí en los países de la lengua de Oc, la paz parecía asegurada y toda esta primavera Su Majestad Enrique II se la ha pasado en fiestas; danzas y torneos… ¡El despertar es terrible!

Tras una pausa, el Condestable añadió más sordamente.

—Sí, los elementos que, muchas veces, se encargan de dar a los conquistadores terribles lecciones, han infligido a Carlos V una memorable derrota. El emperador ha llorado al abandonar sus cuarteles en donde dejaba veinte mil cadáveres, quince mil enfermos y ochenta piezas de artillería. ¡Pero he aquí que levanta de nuevo la cabeza y avanza para caer sobre nosotros!

Francisco escuchaba las palabras de su padre con un estremecimiento de angustia. Enrique, con los brazos cruzados, fijaba sus sombríos ojos en su hermano. El Condestable paseó su mirada de águila sobre sus capitanes y prosiguió:

—Ayer, a las tres, recibimos la primera noticia: el emperador Carlos V se prepara a invadir la Picardía y el Artois. Este hombre de hierro ha reconstruido su gran ejército y actualmente un cuerpo de infantería y otro de artillería se dirigen a marchas forzadas sobre Thérouanne. Ahora fijaos bien: una vez tomada: Thérouanne, Francia no podrá contener la invasión del enemigo. He aquí, pues, lo que Su Majestad y yo hemos decidido: mi ejército se encontrará

en París, y para ello partirá dentro de dos días, pero entretanto un cuerpo de dos mil jinetes correrá a Thérouanne, para encerrarse allí y luchar hasta la muerte a fin de contener al enemigo.

—¡Hasta la muerte! —rugieron los capitanes, mientras un estremecimiento sacudía los penachos de los cascos, como bajo el impulso de terrible huracán.

—Ahora bien —continuó el Condestable—, para esta aventurada expedición, es necesario un jefe joven, indomable, temerario. Y he hallado este jefe… ¡Francisco, hijo mío, eres tú!

—¡Yo! —exclamó el aludido, tambaleándose presa de la desesperación.

—¡Tú! ¡Sí! ¡Vas a salvar a tu rey, a tu padre y a tu patria, todo a la vez!… ¡Están ya preparados los dos mil jinetes! ¡Viste tu armadura y hállate preparado dentro de un cuarto de hora! ¡Ve y no te detengas hasta llegar a Thérouanne, en donde será necesario vencer o morir!… Enrique, tú te quedas en el castillo y lo pondrás en estado de defensa.

Enrique se mordió los labios hasta hacer salir la sangre, para ahogar un grito de alegría …

«*¡Juana es mía!*» —se dijo.

Francisco, lívido, dio un paso adelante y exclamó:

—¡Cómo, padre mío! ¿Yo? ¿Yo mismo?

Con los ojos extraviados y el alma convulsa, tuvo la atroz visión de Juana… de la esposa… abandonada a los pies de un cadáver, allí, sin consuelos. ¡Sola en el mundo!

—¡Yo! —repitió—. ¡Es imposible!

El Condestable frunció las cejas, y con voz ronca y metálica, dijo:

—¡A caballo, Francisco de Montmorency! ¡A caballo!

—¡Padre, escuchadme!… ¡Dos horas! ¡Una hora!… ¡Sólo pido una hora! —gritó Francisco, retorciéndose las manos.

El Condestable de Montmorency se puso en pie. Espantosa cólera hacía temblar sus mejillas.

—Me parece que discutís las órdenes del rey y de vuestro padre.

—Una hora, padre, una hora y corro a la muerte…

El anciano soldado revestido de acero descendió de su trono y exclamó:

—¡Por el cielo te juro que si pronuncias una palabra más, Francisco de Montmorency, por la gloria del nombre que llevas, te arresto con mis propias manos!

Y con voz tonante que hizo temblar a todos los circunstantes, el Condestable añadió:

—¡Qué un rayo me parta si blasfemo; pero en cinco siglos es el primero de mi linaje que vacila en morir!

El ultraje era formidable. Francisco de Montmorency no tenía otro remedio que matarse ante aquella asamblea de guerreros cuyos corazones, como sus pechos, parecían forrados de acero. Con violenta sacudida levantó la cabeza. Todo desapareció de su espíritu: amor, esposa y ensueños de felicidad. Fulguraron sus ojos y sus palabras cubrieron las últimas que pronunció su padre.

—¡Mal rayo parta al que haya podido decir jamás que un Montmorency retrocede! ¡Por la gloria del nombre obedezco, padre mío, y parto! ¡Pero si salgo con vida de esta empresa, señor Condestable, será preciso que arreglemos una terrible cuenta! ¡Adiós!

Con paso firme atravesó por entre los capitanes, asustados de esta provocación inaudita, de aquel desafío echado a la vez a la cara al jefe todopoderoso de los ejércitos y al padre. Se oyó luego que en la puerta mandaba con voz autoritaria y breve:

—¡Mi escudero! ¡Mi corcel de guerra! ¡Mi tizona!

Todas las miradas estaban vueltas hacia el Condestable, esperando una orden de arresto. Pero una extraña sonrisa se dibujó en los labios del jefe, y los que estaban próximos a él le oyeron murmurar:

—¡Es un Montmorency!

Diez minutos después, Francisco estaba en el patio de honor, armado de punta en blanco y preparado para montar a caballo. Se volvió entonces hacia un paje y le dijo:

—¡Mi hermano Enrique! ¡Qué lo llamen!

—Heme aquí, Francisco —contestó éste.

Enrique de Montmorency apareció en el círculo de luz de las antorchas, y añadió con visible esfuerzo:

—Venía a despedirme de ti y desearte la victoria, pues yo me

quedo.

Francisco le cogió una mano, sin notar que aquella mano ardía.

—Enrique —dijo—, ¿eres verdaderamente mi hermano?

—¿Lo dudas acaso?

—Perdóname ¡sufro tanto! Lo comprenderás enseguida. Yo me voy, Enrique. Me voy y tal vez no vuelva… y dejo tras de mí una inmensa desgracia…

—¿Una desgracia?

—En efecto. Escucha con toda tu calma, porque de tu respuesta depende la resolución que debo tomar. Tú conoces a Juana, la hija del señor de Piennes…

—La conozco —contestó sordamente Enrique.

—¡Pues bien! He aquí la desgracia… Yo me marcho… y Juana y yo nos amamos…

Enrique ahogó un rugido de rabia.

—Cállate —prosiguió Francisco—. No me interrumpas. Hace seis meses que nos amamos, tres que somos uno de otro; y desde hace dos horas, ella se llama Montmorency… como yo.

Una especie de gemido salió de los labios de Enrique. ¡Cómo si no lo hubiera visto y oído todo!

—No te asombres —prosiguió febrilmente Francisco—, no digas nada. Ella misma ya te contará mañana que el capellán de Margency nos ha unido esta noche en matrimonio. Pero no es todo. En estos instantes Juana llora sobre un cadáver: ¡el señor de Piennes ha muerto! Ha muerto en la misma iglesia dirigiéndome una última mirada que me ordenaba velar por la felicidad de su hija. ¡Y hay más todavía! ¡Margency pasa a pertenecer a la casa del Condestable! ¡Oh, Enrique! ¡Es espantoso! Dejo a Juana sola en el mundo, sin defensa ni recursos… ¿Comprendes? ¿Me comprendes bien?

—¡Perfectamente!

—Hermano, óyeme bien ahora. ¿Aceptas el depósito que quiero confiarte? ¿Me juras velar sobre la mujer que amo y que lleva mi nombre?

Enrique sintió un escalofrío recorrer su cuerpo, pero contestó:

—¡Lo juro!

—Si escapo con vida de la guerra, encontraré a mi esposa en la

casa de su padre, sin que haya sufrido durante mi ausencia, porque tú la habrás amparado y defendido. ¿Me lo juras?

—Te lo juro.

—Si muero revelarás este secreto al Condestable y le impondrás la voluntad de tu hermano muerto; que mi parte del patrimonio ponga a la viuda al abrigo de la pobreza y le permita llevar una existencia acomodada. ¿Me lo juras?

—¡Te lo juro! —contestó Enrique por tercera vez.

Francisco lo estrechó entonces entre sus brazos, diciendo:

—¡Bien. Ahora puedo marchar! —y poniendo toda su alma en estas palabras, añadió—: ¡Lo has jurado, acuérdate!

Apenas montó, fue a colocarse a la cabeza de los dos mil jinetes que estaban congregados en una explanada, formando una masa sombría erizada de sables relucientes. Francisco se volvió hacia Margency y lloró. Porque aquel primogénito de la gran raza guerrera tenía un corazón vibrante de juventud y amor. Lloró, y a través de sus lágrimas sus ojos horadaron las tinieblas para mirar por última vez el techo que cobijaba a la amada de su corazón. Pero la noche era profunda, el valle negro y la aldea invisible. Entonces murmuró:

—¡Adiós, Juana, adiós!

Y enseguida, levantando el brazo, exclamó con voz terrible que el anciano Condestable debió oír desde su castillo:

—¡Adelante y hasta la muerte!

Los dos mil jinetes —mejor diríamos las dos mil víctimas— con acento salvaje, rugieron:

—¡Hasta la muerte!

Entonces la soberbia masa de caballería emprendió un trote pesado, produciendo un ruido semejante al tableteo de la tormenta, y se hundió en el negro horizonte, con sus rojas antorchas, sus centelleos de acero, el chis-chás de las armas, cual misterioso aerolito que pasara en la noche… El Condestable, desde lo alto de la escalinata, escuchó aquel ruido de alud que se alejaba… Cuando cesó de oírlo dio un profundo suspiro y subiendo a su vez a caballo se dirigió a París. Enrique se quedó solo.

IV - El juramento fraternal

EL CUERPO DEL SEÑOR DE PIENNES, vestido con sus mejores galas y las manos cruzadas sobre la desnuda espada, como estatua yacente de monumento funerario, había sido colocado, según costumbre, en el centro de la sala de honor, sobre un pequeño lecho de campaña. Apuntaba el día.

Juana, pálida por la noche que acababa de pasar velando a su padre, se dirigió a la ventana y la entreabrió. Durante un minuto su mirada vagó errante sobre la serena y radiante naturaleza, los árboles floridos y cargados de yemas que se abrían, los setos llenos de pajarillos que piaban y sobre todo ello el sedoso y diáfano cielo de abril bañado de pureza como la sonrisa de la Vida maternal y consoladora.

Juana se volvió al cadáver y dos lágrimas más brillaron en sus párpados, y casi enseguida el mismo estremecimiento que la víspera la había agitado en el bosque, la sacudió de nuevo como balbuceo lejano y confuso del ser que en su seno llevaba. Y entre sus lágrimas, sonrió dulcemente, con sonrisa inefable, semejante a un reflejo de la sonrisa del cielo.

—¡Oh, padre mío! —murmuró uniendo las manos—, mi venerado padre, ¡perdón! ¿Por qué en el dolor de nuestra separación no puedo desterrar de mí esta alegría que se mezcla a mi tristeza? ¿Por qué no puedo alejar de mí los dulces pensamientos que vienen a mezclarse con los de duelo que te debe mi amor filial? Y si los muertos leen en el pensamiento de los vivos, podrás ver, padre mío, que me los reprocho amargamente… Sin embargo, me embelesan, me embriagan… Puedo combatir mi gozo, pero no vencerlo.

Se acercó al cadáver, se inclinó sobre él y, confiada e ingenua, le habló así:

—¡Padre mío, es necesario que te lo explique! No creas que soy la hija desnaturalizada que no sufre cuando su padre la deja para siempre… Escúchame… Escucha este secreto tan dulce, que temía

revelar a mi dueño; este secreto que, en breve, podré publicar con tan legítimo orgullo, puesto que ya es mi esposo, pero que tú vas a saber antes que nadie… escucha… ¡voy a ser madre! ¡Madre!… ¿comprendes ahora cómo puedo llorar al que parte y sonreír al que llega?

Un tinte rosado, más delicado que los que aquel momento teñían el horizonte, se esparció por su semblante. Reflexionó algunos instantes y luego, como si hubiera tomado una resolución grave, añadió:

—El niño llevará el nombre de mi madre, a la que tanto amabas. Se llamará Luis. ¡Oh, hijo mío! ¿Por qué no has nacido aún? ¡Parece que lo veo! Luis, ¡qué bonito nombre! ¡Oh padre mío, ésta es toda mi alegría! ¡Ser la esposa del más noble señor de Francia y ser una dama de rango de la corte! ¡Ah!, ya sabes, padre mío, que no pienso en ello con placer culpable. Pero mi hijo tendrá un nombre ilustre, un padre… ¡Qué nombre! ¡Qué padre! ¡Por esto me siento orgullosa y feliz como no habrá otra mujer en el mundo!

* * * * *

¡Pobre Juana de Piennes, en quien el amor materno se manifestaba con tan dulce violencia! ¡Quién hubiera podido decir el porvenir que le reservaba la misma fuerza de tal sentimiento!

En aquel instante se oyó a lo lejos el galope de un caballo.

—¡Ya está aquí! —exclamó la joven enajenada de gozo, volviendo la cabeza hacia la puerta por la que debía entrar su querido Francisco.

La puerta se abrió. Juana, que iba a precipitarse al encuentro del recién llegado, se quedó petrificada al ver quién era. Apareció el hermano de Francisco. Enrique de Montmorency dio tres pasos, se detuvo ante ella con la cabeza cubierta, y sin hacer la más leve inclinación.

—Señora, soy portador de noticias… que he jurado transmitiros esta misma mañana. De no ser así no me veríais aquí, en estos momentos, en lugar del que esperabais. Juana estaba temblorosa, presintiendo una desgracia. Bruscamente, Enrique añadió:

—Francisco ha partido esta noche.

Ella profirió un débil gemido.

—¿Ha partido? —dijo tímidamente—. Pero para volver pronto sin duda… ¿Hoy mismo tal vez?

—Francisco no volverá.

Esto fue dicho con la concisa crueldad de una sentencia de muerte. Juana vaciló y se llevó las manos a su seno palpitante. El funesto pensamiento de que Francisco la abandonaba se presentó a ella. Sus ojos extraviados se fijaron sobre Enrique, quien prosiguió rápidamente:

—La guerra ha estallado. Francisco ha solicitado y obtenido ir a Thérouanne para detener el avance del ejército de Carlos V… Detener al emperador con un puñado de caballeros es buscar la muerte. Debo explicaros todo mi pensamiento, señora… mejor dicho, el pensamiento de mi hermano. Hallándose a su pesar en una situación dificilísima y colocado en la alternativa de negar un casamiento que deplora o provocar la ira del Condestable, Francisco ha elegido de todos los suicidios el más glorioso, pero también el más seguro.

Juana se puso tan pálida como el cadáver de su padre. Un grito terrible salió de su garganta. Cayó de hinojos y en el dolor atroz que agitaba su corazón, en la horrorosa catástrofe que la aniquilaba, sólo una palabra resumió y condensó toda su desesperación:

—¡Mi hijo!… ¡Mi pobre hijo!

Largo rato permaneció postrada, llorosa, olvidando la presencia de Enrique, a su padre muerto, a sí misma; sobre todo a ella misma, tratando de afrontar con el admirable valor de las madres, la desgracia que hería a su hijo antes de que llegase al mundo. ¡Madre! En aquella hora de desesperación no fue más que madre. Y cuando se levantó, una resolución brillaba en su semblante, una banda de maternidad tan augusta brillaba en sus ojos, que Enrique, desconcertado, sombrío, retrocedió.

—Bien —dijo ella—. Donde va el marido debe ir la mujer. ¡Esta noche iré a Thérouanne!

—¡Vos! —gruñó el hermano de Francisco—. ¡Vamos! ¡No penséis en ello! Atravesar un país lleno de enemigos… no llegaríais con vida. ¡No partiréis!

—¿Quién me lo impedirá? —exclamó ella exaltada.

—¡Yo! —dijo Enrique fuera de sí ante aquella mujer que estaba cien veces más bella en su dolor.

Y dejándose llevar por la pasión, cogió a la joven entre sus brazos, la estrechó efusivamente, y con voz ardiente le dijo:

—¡Juana! ¡Juana! ¡Se ha marchado! ¡Os abandona! ¡Es un cobarde para proclamar su amor! ¡No os ama! ¡Pero yo, yo, Juana, os adoro! ¡Os adoro hasta el punto de volverme loco si no correspondéis a mi pasión! ¡Os amo lo bastante para desafiar al cielo y al infierno y para matar a puñaladas a mi padre, si mi padre se opusiera a mi amor! ¡Juana! ¡Juana mía! ¡Qué Francisco tenga la muerte de los cobardes, ya que no ha sabido guardaros! ¡Yo os amo y os reivindicaré ante el Universo! ¡Oh, Juana, una palabra de esperanza, o, mejor… no, no digáis nada… una sola de vuestras miradas sin cólera me dirá que puedo esperar… y si es así, con el paraíso en el alma me alejaré hasta que me mandéis volver! Y entonces vendré más humilde que el perro que se arrastra ante su dueño y más fuerte que el león que guarda a su leona…

Hablaba con voz entrecortada, exaltándose a medida que lo hacía, dominado poco a poco por la violencia de su pasión. Juana apenas le oía. Toda su voluntad, toda su fuerza, las empleaba en desprenderse del furioso abrazo. De pronto pudo arrancarse de los brazos del hombre, que esperó, jadeante. Entonces, Juana, en pie, agrandada, por decirlo así, por la tensión de todo su ser dirigió una larga mirada a Enrique, una mirada terrible que de los pies subió a la cabeza. Ella dio un paso, extendió un brazo y, tocando la frente de Enrique, dijo:

—¡Descubríos, caballero! ¡Si no ante la mujer, por lo menos ante la muerte!

Enrique se estremeció. Su mirada sombría y turbada se posó un instante sobre el cadáver, que pareció divisar por vez primera. Con ademán lento llevó la mano a la cabeza, como vencido, para descubrirse. Pero no acabó el ademán, bajó el brazo y sus ojos se inyectaron de sangre. Todo el orgullo y toda la violencia de su linaje subieron a su cerebro como soplo ardiente y su rabia de sentirse dominado, de verse tan pequeño, hizo explosión.

—¡Por el diablo! ¿No sabéis, señora, que estoy aquí en mi casa y que después de mi padre soy el único que tiene derecho a

permanecer cubierto?

—¡En vuestra casa! —exclamó la joven sin comprender.

—¡En mi casa, sí, en mi casa! El decreto del Parlamento restituye Margency a nuestra casa y no permitiré que una vasalla…

No terminó la frase. De un salto Juana corrió a un pequeño armario que encerraba papeles que pertenecieron al difunto, lo abrió, y desplegando el primer pergamino que cayó en sus manos lo leyó de cabo a rabo. Luego lo dejó caer y con voz que cubría la de Montmorency empezó a llamar a sus servidores.

—¡Guillermo! ¡Jaime! ¡Santos! ¡Pedro! ¡Venid todos! ¡Entrad!… ¡Entrad!

—¡Señora! —quiso interrumpir Enrique.

Los criados, vestidos de luto, entraron, acompañados por algunos campesinos de Margency.

—¡Entrad todos! —continuaba diciendo Juana febrilmente y sostenida por extraña exaltación—. ¡Entrad todos! ¡Y sabed la triste noticia!… ¡Ya no estoy en mi casa!

—¡Señora! —repitió Enrique.

Juana cogió una de las heladas manos del cadáver y la sacudió.

—¿No es cierto, padre mío, que ya no estamos en nuestra casa? ¿No es verdad, padre mío, que nos echan? ¿No es cierto que no quieres permanecer un momento más en la casa de la familia maldita?… ¡A ver, vosotros! ¿No oís que el señor de Piennes no está ya en su casa, que arrojan de ella un cadáver? ¡Fuera! ¡Fuera os digo!

Con las mejillas ardientes, los pómulos de color purpúreo y los ojos lanzando llamas, la joven corría de un criado a otro, empujándolos con irresistible vigor hacia la cama de campaña en que yacía su padre… y cuando los vio preparados hizo una seña. Ocho hombres cogieron la cama, la levantaron sobre sus hombros y los otros formaron el cortejo murmurando maldiciones. Juana marchaba adelante. Enrique, como presa de una pesadilla, vio cómo el cadáver pasaba la puerta, y Juana desaparecía, y a lo lejos, en la aldea, no oyó más que un sordo murmullo de imprecaciones. Entonces golpeó violentamente el suelo con el pie, salió y, saltando sobre su caballo, huyó al galope.

Juana, al llegar a casa de su nodriza, a donde ordenara llevar el

cuerpo de su padre, se desplomó desfallecida, anonadada, sin derramar una lágrima, por haber cesado la fuerza ficticia que hasta entonces la sostuviera. Casi enseguida se le declaró una fiebre intensa; perdió el conocimiento de las cosas y tan sólo el delirio demostraba que aún vivía.

Enrique pasó una noche terrible, con accesos de vergüenza humillada, de furor demente y crisis de pasión. Al día siguiente volvió a Margency dispuesto a todo, tal vez a cometer un asesinato. Una noticia que le dieron lo dejó anonadado. ¡Juana se moría!

Desde entonces iba todos los días a rondar la humilde casa que albergaba a Juana. Tal situación duró algunos meses.

Transcurrió cerca de un año, un año atroz durante el cual su pasión se exasperó, durante el cual supo, además, que Thérouanne se había rendido, que la plaza había sido arrasada, la guarnición pasada a cuchillo y que Francisco había desaparecido. ¿Desaparecido? ¿Muerto? Esperó. En el alma de aquel hermano germinó, creció y se fortaleció la abominable esperanza de que Francisco hubiera fallecido… y tuvo de ello la firme convicción el día en que algunos hombres de armas, extenuados, miserables, vestidos de harapos, pasaron por Montmorency y fueron a hospedarse en el castillo. Los interrogó y ellos relataron la toma de Thérouanne, el incendio de la ciudad y la matanza de la guarnición. En cuanto al jefe, Montmorency, había desaparecido. No se sabía lo que había sido de él, y resumían su parecer en estas palabras:

—¡Ha muerto!

Le habían visto un momento detrás de una barricada que más de tres mil enemigos asaltaban. Al oír estas noticias, Enrique se confirmó en su creencia de que Francisco había muerto, y ya tranquilo volvió a rondar la casa, esperando la curación de Juana.

Un día —once meses después de la partida de su hermano— divisó por fin a Juana en el pobre huerto de la casa de su nodriza. Por las palpitaciones de su corazón comprendió que aún la amaba apasionadamente. Juana vestía de luto. ¿Por quién? ¿Por su padre o por su marido?

Llevaba en sus brazos una criatura que estrechaba amorosamente contra su pecho. Enrique se volvió lentamente,

combinando un plan. Por fin Juana estaba curada, e iba a poder obrar. Sería muy fácil raptar a la joven y llevarla por la fuerza al castillo; llevársela como los hombres primitivos debían llevar entre sus velludos brazos a la mujer elegida. Una vez resuelto el crimen, Enrique lo estudió en todos sus detalles y sintió mayor calma de la que había gozado durante todo un año.

Al llegar al patio de honor, vio un jinete cubierto de polvo que acababa de apearse de su caballo. Enrique palideció. ¿Por qué? No hubiera podido decido. Pero le pareció que aquel hombre tenía semblante alegre y que debía ser portador de una noticia que debía creer muy grata. No se atrevió a interrogarlo; pero apenas el jinete lo hubo divisado se dirigió a él y con apacible voz le dijo, inclinándose:

—«*Monseñor Francisco de Montmorency, libre de su cautividad, llegará mañana al castillo de sus padres. Me ha hecho el honor de mandarme con un día de anticipación para anunciar su llegada a su amante hermano y a todas las personas que le son queridas…*». Son sus palabras textuales.

Enrique se puso lívido; con la rapidez del relámpago se representó a su hermano levantándose con ademán justiciero para darle el golpe mortal. Luego una oleada de sangre tiñó su semblante poniéndole los labios morados. Levantó el puño y exclamó:

—¡Maldición!

Y cayó al suelo, como buey a impulsos de la maza del matarife.

V - Luisa

DURANTE CUATRO MESES, Juana había luchado con la muerte. En la pobre habitación de campesinos en que se la había acostado, se debatía noche y día contra la fiebre cerebral que debía matarla o dejarla loca, según el parecer de todos. Pero ni murió ni se volvió loca. Al cuarto mes se hallaba fuera de peligro y la fiebre había desaparecido, En su gran lecho, con los ojos fijos en las vigas ennegrecidas por el tiempo, Juana pasaba grandes ratos en extraño silencio. No obstante, cuando estaba sola pronunciaba en voz baja vagas palabras de ternura infinita, dirigidas ¿a quién? ¡Solo ella lo sabía!

No obstante, la enfermedad la había quebrantado mucho. Una debilidad invencible la retenía en aquel lecho en que había sufrido tanto. Otros dos meses transcurrieron de este modo. Una mañana de otoño, mientras la ventana entreabierta dejaba penetrar en la estancia el dulce sol del otoño, dulce como el adiós del verano, Juana se sintió más fuerte y quiso levantarse. La anciana nodriza la vistió llorando de alegría.

Una vez en pie, Juana intentó llegar hasta la ventana a donde la atraía la luz. Pero apenas hubo dado dos pasos, cuando dio un grito de angustia: el primer dolor del parto acababa de causarle esa mordedura que es la suprema advertencia de la Vida saliendo de la nada. La nodriza la volvió a acostar…

Muy pronto dolores más vivos se cebaron en el cuerpo de la pobre mujer; y cada vez fueron más violentos, hasta que al cabo de algunas horas, en un último espasmo de sufrimiento, creyó que por fin iba a morir… Cuando volvió en sí, cuando pudo abrir sus párpados, cuando pudo mirar, un largo estremecimiento de alegría y amor la hizo palpitar; allí, a su lado, apoyada en la misma almohada, con las manecitas y los párpados cerrados, la carita blanca como la leche, rosada como los pétalos de las rosas y los labios entreabiertos por un débil vagido, el hijo, el ser tan esperado, aquel hijo estaba a su lado.

—¡Es una niña! —murmuró la anciana nodriza con aquella sonrisa bañada de lágrimas que las mujeres tienen ante el misterio del nacimiento.

—¡Luisa! —balbuceó Juana con voz imperceptible.

Y con asombro infinito, y con el éxtasis de las jóvenes madres, ella repitió:

—¡Hija mía! ¡Hija mía!

Volvió su cara hacia la niña, no atreviéndose a tocarla, osando apenas moverse. Y sonriente, murmurando palabras muy dulces, la envolvió con la caricia de su mirada.

Pero de pronto estalló en sollozos.

—¡Pobre querida mía!… ¡pobre niñita inocente!… ¿Es pues verdad? ¿No tendrás padre?

Entonces, con dulces precauciones, Juana aproximó sus labios a la faz de la niñita. Ésta lloraba débilmente. Y de pronto su mano abierta cayó sobre la cara de su madre y cogió con energía un mechón de finos cabellos; y como si a influjos del beso materno se hubiera tranquilizado, se durmió enseguida.

* * * * *

Pasaron las semanas, y Luisa creció y se hizo cada vez más hermosa. Así que sus facciones empezaron a formarse, fue evidente que aquella niña sería un milagro de gracia y armonía. Sus azules ojos reían, eran auroras de luz; su boca era un poema de gentileza. Cada uno de sus movimientos tenía un sello de elegancia exquisita.

Ninguna calificación de belleza podía convenir a aquella muñequita, porque era la belleza misma. Juana había cesado de vivir en sí misma. Se puede decir así, su vida se había transportado a la de la niña. Cada mirada de la madre era un éxtasis; cada una de sus palabras un acto de adoración. No amó a su hija, sino que la idolatró. Y cuando entreabría su corpiño para presentar a la niña su seno blanco como la nieve, delicadamente cruzado por azules venas, emanaba tal ternura de todo su ser, se daba a su hija tan completamente y había en su actitud tal orgullo sencillo, augusto y sublime, que un pintor genial se hubiera desesperado al ver la imposibilidad de reproducir tal expresión en uno de sus cuadros.

Ella era la Maternidad, como Luisa la Belleza.

Únicamente por la noche, cuando la niña se dormía sobre su corazón, con una mano en los cabellos de su madre, actitud que había llegado a ser en ella habitual, solamente entonces Juana conseguía distraer su imaginación del pensamiento de la niña para recordar al amante… al esposo… al padre. ¿Era verdad que había partido bajo un pretexto de guerra? ¿Era verdad que la había abandonado y que no regresaría? ¿Estaría muerto tal vez? ¡No había ninguna noticia! ¡Nada! ¡Ah! ¡Cómo se destrozaba su corazón en aquellas horas silenciosas!, y la niñita que dormía, despertaba a veces bajo la lluvia tibia de las lágrimas de desesperación que caían sobre su frente. Entonces Juana volvía a ser madre. Entonces reprimía sus sollozos y abandonaba sus recuerdos y su amor, para tomar en sus brazos a la hija de la desgracia, a la hija sin padre, y con sus cantos infinitamente dulces, con esas melopeas que las madres se transmiten a través delas edades, que es la misma en todos los países y en todos los tiempos, adormecía a la adorada criatura.

—¡Do, do, duerme mi niña! ¡Mi Luisita querida… ángel amado cuya sonrisa ilumina el infierno en que pena tu madre…, querubín bajado del cielo para consolar a la pobre afligida…! ¡Do, do, Do, do!…

Pasó el invierno; Juana salía muy pocas veces y no se alejaba jamás del jardín. Guardaba todavía impreso en su alma el terror de su última entrevista con Enrique de Montmorency y temblaba al pensar solamente que podía encontrarse de nuevo con él. Luego volvió la primavera, muy precozmente. En marzo, cuando Luisa iba a cumplir seis meses, se abrieron los primeros botones de los árboles y todo radió en el universo, excepto el corazón de la pobre abandonada. Un día, hacia el final de aquel marzo, la nodriza y su marido fueron al bosque para cortar leña. Eran gentes pobres que vivían de la tierra. Juana se hallaba en su habitación contemplando con infinita ternura a la pequeña Luisa dormida.

Aquella habitación daba al jardín por una ventana que en aquel momento estaba entreabierta. De pronto un ruido de pasos y una voz que imploró limosna se dejó oír en la primera pieza que daba al

camino. Juana entró en aquella habitación· y viendo a un fraile que tendía su alforja, cortó una rebanada de pan y se la tendió, diciendo:

—Id en paz, padre mío. En otros tiempos os hubiera dado más.

El fraile dio las gracias con voz nasal, colmó a Juana de bendiciones y se marchó. Entonces Juana volvió a entrar en su cuarto. Su primera mirada se dirigió a la cama en que reposaba Luisa… Y un grito horrible, un grito sin expresión humana, un grito de loba a la que se le arrebatan sus lobeznos un grito de madre, en fin, salió de su garganta.

¡Luisa había desaparecido!

VI - El regreso del prisionero

¿HABREMOS REPETIDO hasta bastante cuál era el amor apasionado, exclusivo y avasallador de la madre por su hija? ¿Se ha comprendido bien que para Juana, su hija era el universo, la existencia, la fe imperecedera y la única razón de la vida? Esta adoración que se había desarrollado en los tiempos en que Luisa no era más que una esperanza, creció, nutriéndose en sí misma, llegando a ser una ternura inmensa, el inefable sexto sentido que invade a una mujer y se apodera de ella por entero. Aquello no fue dolor; no fue tampoco desesperación. Juana buscó a su hija con el furor y la rabia irresistible con que un ser busca su vida.

Durante cuatro horas, alocada, con el cabello suelto y rugiendo, espantosa de ver, buscó por los setos y los arbustos, desgarrándose a cada paso la carne, sin verter una lágrima. De pronto se imaginó que la niña estaría en la casa y de un salto se llegó a ella. En el centro de la habitación estaba en pie un hombre: ¡Enrique de Montmorency!

—¡Vos! —exclamó Juana—. ¡No comparecéis ante mí más que en las horas siniestras de mi vida!

Con rápido ademán Montmorency cogió las dos manos de Juana y con voz baja y ronca le dijo:

—¿Buscáis a vuestra hija? ¡Decid!… ¡Sí, la buscáis!… ¡Vuestra hija se halla en mi poder! ¡Os la he robado! ¡Yo la tengo! ¡Y desgraciada de ella si no me escucháis!

—¡Tú! —aulló la madre—. ¡Tú, miserable traidor! ¿Eres tú el que me ha robado mi hija? ¡Pues bien, vas a saber de lo que es capaz una madre!

Y con furiosa sacudida quiso desprenderse para morder, para arañar, para matar, pero él la retuvo con rudeza.

—¡Cállate! —gritó furioso, apretándole las muñecas—. ¡Escúchame bien, si quieres volverla a ver!

La madre no oyó más que las palabras «volverla a ver», y su furor desapareció como por encanto. Entonces se puso a suplicar:

—¿Volverla a ver? ¡Oh!, ¿qué habéis dicho? ¡Volverla a ver! ¡Decid! ¡Oh, repetid, por piedad, repetid estas palabras! ¡Abrazaré vuestras rodillas y besaré la huella de vuestros pasos! ¡Seré vuestra esclava! ¡Volverla a ver! ¿Lo habéis dicho, no es cierto? ¡Mi hija! ¡Mi hija! ¡Devolvedme mi hija!

—¡Escucha, te digo!… Tu hija, en estos momentos, está en manos de un hombre que me pertenece. ¿Un hombre…? Un tigre y, si lo quiero, un esclavo. Hemos convenido lo siguiente. Escucha ¡no te muevas! He aquí lo que hemos convenido: Si yo me acerco a esta ventana y levanto al aire mi birrete, ese hombre, ¿me oyes bien?, ese hombre cogerá su daga y la hundirá en el cuello de la niña. ¡Muévete ahora!

La soltó y se cruzó de brazos, Ella cayó de rodillas y golpeó el suelo con la frente. Quiso pedir perdón, pero no tuvo fuerzas para ello, de manera que solamente sus brazos levantados eran los que pedían gracia.

—¡Levántate! —gruñó él autoritariamente.

Ella obedeció con presteza y siempre con las manos tendidas y suplicantes, balbuceando, si es permitido usar esta expresión, porque en ciertos momentos trágicos los ademanes hablan con elocuencia.

—¿Estás decidida a obedecer? —preguntó el miserable.

Juana asintió con un movimiento de cabeza, enloquecida, jadeante, espantosa y sublime.

—Escucha ahora…, Francisco, mi hermano… está a punto de llegar. ¿Oyes? Aquí ante ti voy a hablarle… Si tú nada le dices, si te callas, volverás esta noche a tener a tu hija en tus brazos. Si dices una sola palabra, levanto el birrete… y tu hija muere… ¡Mira, mira! He aquí a Francisco que viene…

Por el camino de Montmorency, corría un torbellino de polvo, como empujado por una ráfaga… y de aquel torbellino salía una voz frenética:

—¡Juana, Juana!… ¡Soy yo! ¡Heme aquí!

—¡Francisco! ¡Francisco! ¡Socorro! ¡Socorro!

Con tranquilidad feroz, Enrique dio un paso hacia la ventana y murmuró:

—¡Tú habrás matado a tu hija!

—¡Perdón! ¡Perdón! ¡Obedezco!

En aquel instante Francisco empujó violentamente la puerta y, temblando de emoción, ebrio de alegría y amor, se detuvo vacilante y tendió los brazos, murmurando:

—¡Juana! ¡Amada mía!

Sí, era Francisco de Montmorency que muchas gentes, entre las que se contaba el Condestable, habían creído muerto, y a la sazón reaparecía después de un cautiverio de muchos meses. Francisco, que había partido con dos mil jinetes, llegó a Thérouanne con novecientos hombres solamente: el resto había caído en el camino. ¡Ya era tiempo! La misma tarde de su llegada, un cuerpo de ejército alemán y español ponía cerco a la plaza y empezaba la construcción de minas. Al cabo de dos días se dio el primer asalto; allí fue donde pereció d'Essé, uno de los antiguos compañeros de armas y de placeres de Francisco I.

Electrizados por el hijo mayor del Condestable, la guarnición y los habitantes se defendieron dos meses, con la energía de la desesperación. Aquel puñado de hombres, en una ciudad destruida por el bombardeo, y entre ruinas humeantes, rechazó catorce asaltos sucesivos. Al empezar el tercer mes de la resistencia, se presentaron los parlamentarios enemigos para proponer una capitulación honrosa. Encontraron a Francisco sobre la muralla comiendo su ración de pan, compuesto de un poco de harina y mucha paja picada. Estaba rodeado de algunos de sus tenientes, todos adelgazados por el hambre, con los ojos brillantes, los vestidos destrozados y con semblantes de león enfurecido: Los parlamentarios empezaron a exponer las condiciones de su emperador. En el momento en que Francisco iba a contestar, se elevó en el aire un clamor terrible.

—¡A las armas! ¡A las armas! —gritaron los franceses.

—¡Muerte! ¡Muerte! —exclamaron los invasores.

Era el cuerpo español que, sin haber recibido la orden —según se cuenta— se precipitaba al asalto de una brecha que acababan de practicar.

Entonces, en las calles de Thérouanne incendiada, empezó un espantoso combate cuerpo a cuerpo entre el rugido de las llamas,

las detonaciones de las minas, el estampido de los arcabuzazos, las imprecaciones y los ayes aterradores de los heridos. Por la tarde, amparados en una barricada improvisada, sólo quedaba una treintena de combatientes, al frente de los cuales un hombre levantaba a cada instante su tizona, roja de sangre, que manejaba con las dos manos y que cada vez caía sobre un cráneo. Un tiro de arcabuz acabó por hacerla caer…

¡Entonces se acabó la batalla! Aquel hombre era Francisco de Montmorency, quien, de acuerdo con la palabra dada, había luchado hasta la muerte. En cuanto hubo cerrado la noche, los merodeadores lo hallaron en el mismo lugar en que había caído. Uno de ellos lo reconoció y notando que aún vivía, lo transportó al campo enemigo, donde lo entregó mediante una suma de dinero. Así fue tomada la plaza de Thérouanne.

Sabido es que esta desgraciada ciudad, ciudadela avanzada del Artois, ya destruida en 1513, fue esta vez completamente arrasada, y que los reyes de Francia no se ocuparon de su re-edificación: ejemplo único, dice un historiador, de una población que haya perecido completamente. Sabido es también que el Artois fue desde entonces invadido y que el ejército real experimentó una serie de reveses, especialmente en Hesdin, hasta que, por último, a consecuencia de algunas victorias obtenidas en Cambrésis, se firmó una paz efímera. Aquella paz, por lo menos, tuvo el efecto de devolver la libertad a los prisioneros de guerra.

Francisco de Montmorency no murió de su herida, pero estuvo largo tiempo entre la vida y la muerte. Por fin, se restableció y un día le anunciaron que estaba libre. En seguida se puso en camino con una quincena de sus antiguos compañeros, restos de la gran batalla librada en Thérouanne.

Desde la etapa siguiente, mandó adelantarse a uno de sus jinetes, encargándole que previniera a su hermano de su llegada. Luego, esperanzado y feliz, respirando a plenos pulmones, sonriendo al amor y repitiendo por lo bajo el nombre de la mujer adorada, continuó su camino. Cuando, por fin, divisó las torres del castillo de Montmorency, el corazón le latió con fuerza, los ojos se le llenaron de lágrimas y se lanzó al galope. Las campanas de

Montmorency fueron echadas al vuelo. La artillería del castillo disparó salvas. Las gentes de las aldeas vecinas prorrumpieron en vítores, reunidas en la explanada en donde Francisco, el año anterior, se pusiera a la cabeza de los dos mil jinetes. La guarnición presentó armas y el baile se adelantó para leerle un discurso de bienvenida.

—¿Dónde está mi hermano? —preguntó Francisco.

—Monseñor —empezó a decir el baile—, es un hermoso día el que…

—Señor mío —exclamó Francisco, frunciendo el entrecejo—, luego escucharé vuestra arenga. ¿Dónde está mi hermano?

—En Margency, monseñor.

Francisco clavó las espuelas a su caballo, mientras sorda inquietud le mordía el corazón. Le pareció que en todos los semblantes que fingían estar alegres por su vuelta, había algo semejante al temor, si no era más bien piedad.

«*¿Por qué no está Enrique en el castillo para recibirme*?» —pensó y luego exclamó:

—¡Más aprisa! ¡Más aprisa!

Diez minutos después saltaba a tierra, ante la casa del señor de Piennes. Estaba cerrada. Los postigos también. ¿Qué pasaría?

—¡Hola, anciano! Decidme… —exclamó Francisco.

El viejo campesino extendió el brazo en dirección a una casita próxima.

—¡Allí hallaréis lo que buscáis, monseñor mi amo!

—¡Amo, amo! ¿Por qué…?

—¿No os pertenece Margency, monseñor?

Francisco ya no le escuchaba. Echó a correr hacia la casita de la anciana nodriza, tembloroso y sospechando alguna desgracia. ¡Tal vez Juana ha muerto!

Llegó y al empujar violentamente la puerta, un suspiro de alegría infinita se escapó de su pecho. Juana estaba allí. Tendió los brazos y balbuceó el nombre de la amada de su corazón. Pero sus brazos cayeron pronto. Francisco, que estaba pálido de felicidad, se puso lívido de espanto. ¿Qué sucedía? Él llegaba, hallaba nuevamente a su querida esposa y ella estaba allí, inmóvil como la estatua del pavor… Del remordimiento tal vez. Francisco dio tres

pasos rápidos.

—¡Juana! —repitió. Un suspiro de agonía salió de la garganta de la madre. Sintió una sacudida que la empujaba hacia los brazos del hombre adorado. Su mirada demente se posó sobre Enrique. Éste tenía el birrete en la mano y levantaba el brazo.

—¡No! ¡No! —exclamó la pobre madre.

—¡Juana! —repitió Francisco en tono terrible, que contenía ya una acusación formidable y su mirada se posó sobre Enrique—. ¡Hermano mío!

Los dos, la esposa y el hermano, guardaron un silencio espantoso. Entonces Francisco cruzó lentamente sus brazos sobre el pecho. Con furioso esfuerzo contuvo el sollozo que iba a estallar, y, grave, solemne como un juez y triste como un condenado, habló:

—Desde hace un año, todos los latidos de mi corazón han sido dedicados a la mujer que libremente me dio el suyo; a la esposa que lleva mi nombre. En los momentos de desesperación, la imagen adorada de esta mujer se presentaba a mí. En las batallas, a ella iba mi pensamiento. Cuando caí herido, creyendo que iba a morir, pronuncié su nombre, y al despertar prisionero, presa de la fiebre, cada uno de mis segundos fueron actos de fe y amor. Y cuando sentía alguna inquietud, cuando me reprochaba haberla dejado sola, enseguida sentía gran consuelo recordando que mi bueno y leal hermano me juró velar por ella… He llegado… Corro con el corazón lleno de amor, con la cabeza llena de ensueños de felicidad… y la esposa baja la frente… el hermano no se atreve a mirarme…

Lo que sufrió Juana en aquel momento es inconcebible. El espantoso suplicio sobrepujaba lo que la mente humana puede imaginar. ¡Ella lo amaba! ¡Ella lo adoraba! Y mientras que su corazón la empujaba a los brazos del esposo, del amante, sus ojos se posaban involuntariamente en la mano del infernal autor del suplicio que, con una seña, podía matar a su hija. Oía las palabras pronunciadas por la voz amada, sin poder, no obstante, comprender lo que decía, en tanto que en su cerebro rodaban las terribles palabras:

«¡*Una palabra y tu hija muere*!».

¡Su hija! ¡Su Luisa! ¡Aquel pobre y pequeño ángel de inocencia!

¡Aquella radiante maravilla de gracia y belleza! ¡Aquel monstruo infame que la tenía en sus brazos iba a ser capaz de hundir en aquella garganta, tantas veces comida a besos, el puñal que debía darle la muerte! ¡Oh, madre! ¡Cuán sublime fue tu silencio!

Juana se retorcía las manos. Una espuma sanguinolenta se veía en las comisuras de sus labios; la desgraciada, para ahogar un grito de su amor, se los mordía y destrozaba. Apenas Francisco hubo acabado de hablar, Enrique se volvió hacia él. Sin apartarse de la ventana abierta, y con la mano amenazadora presta a hacer la señal funesta, con voz cuya tranquilidad era siniestra en semejantes momentos, empezó a hablar:

—Hermano —profirió—, la verdad es triste. Pero vas a saberla por entero.

—¡Habla! —dijo Francisco, que con la mano dentro de su jubón se laceraba el pecho.

—Esta mujer… —dijo Enrique.

—Es mi mujer… mía —interrumpió Francisco.

—Pues bien; la he arrojado de su casa, yo, tu hermano…

Francisco estuvo a punto de caer. Juana dejó oír un gemido mortal sin expresión humana. Su situación era única en los anales de los dramas humanos.

Y fríamente, Enrique añadió:

—Hermano, esta mujer que lleva tu nombre, es indigna de ello. Esta mujer te ha hecho traición. Y por esta razón, hermano mío, obrando como tú lo hubieras hecho, la he arrojado de tu casa como se arroja a una ramera.

La acusación era tremenda: la mujer adúltera era azotada en la plaza pública y luego ahorcada. Y todo ello sin juicio ni apelación, puesto que Francisco de Montmorency, en ausencia del Condestable, tenía derecho de alta y baja justicia. No era solamente el marido, sino también el amo, el señor feudal.

El minuto que siguió a la acusación fue trágico. Enrique, preparado a todo lo que pudiera ocurrir, con la mano derecha crispada en la empuñadura de su daga, estrechaba el birrete con la izquierda, para dar, en caso necesario, el aviso fatal. Enrique tenía bajo su mirada a Juana y a Francisco; estaba tranquilo en apariencia y combinaba ya en su mente la idea de un doble

asesinato, si la verdad llegaba a descubrirse.

Juana, bajo el latigazo de la doble acusación se levantó. Durante un pequeño instante, la esposa fue más fuerte que la madre; una sacudida la galvanizó como si hubiera sufrido una descarga eléctrica y se acercó a su marido. En aquel momento el brazo de Enrique empezó a levantarse. La desgraciada vio el movimiento, retrocedió y murmuró algunas palabras confusas. Luego permaneció inmóvil, como una estatua del Dolor viviente. ¿Viviente? Sí, en el supuesto de que esta palabra pueda aplicarse al paroxismo del horror y desesperación del que siente que cae en un abismo espantoso:

En cuanto a Francisco se tambaleó como se había tambaleado en Thérouanne al recibir el arcabuzazo, Aquel noble corazón no recordó que el derecho feudal le concedía derecho de alta y baja justicia, pero el hombre sufrió horrorosa tortura: la de domar en un segundo la furia de matar que en él se desencadenaba y contener a sus puños, que podían aplastar a la infame. Ser, en fin, más grande que el desastre. En aquel momento espantoso, hubo algo horrorosamente trágico entre aquellos tres seres agitados por pasiones tan diversas.

Cuando Francisco hubo conseguido dominarse, cuando estuvo seguro de no matar con sus poderosas manos a la adúltera, entonces avanzó hacia Juana. Y de sus pálidos labios salieron solamente dos palabras:

—¿Es verdad? —le preguntó a ella.

Juana, con los ojos fijos en Enrique, guardó mortal silencio, porque esperaba que su esposo la iba a matar.

De nuevo la pregunta salió de los labios de Francisco:

—¿Es verdad?

El suplicio era ya superior a las fuerzas de la desgraciada mujer, y Juana cayó. No de rodillas, sino al suelo, en donde pudo incorporarse, en parte, sosteniéndose sobre una mano, para fijar con ansiedad su mirada sobre Enrique, vigilando que no hiciera la señal asesina, y entonces solamente fue cuando murmuró, o creyó murmurar, porque nadie oyó sus palabras:

—Acabadme, por Dios. ¿No veis que muero para salvar a nuestra hija?

Y, a partir de entonces, no fue más que un cuerpo inerte, en el cual solamente indicaba la existencia de la vida la violenta palpitación de las sienes. Francisco la miró un instante, del mismo modo como el primer hombre bíblico debió mirar: el paraíso perdido. Creyó que iba a caer sobre aquel cuerpo que tanto había amado. Pero la vida, muchas veces cruel en su fuerza, fue victoriosa contra la muerte consoladora.

Francisco se volvió hacia la puerta, y sin dar un grito, sin que se le escapara un gemido, se fue a pasos lentos, encorvado como si estuviera fatigado por una de esas carreras inmensas que se dan en las pesadillas. Enrique lo siguió a distancia, sin preocuparse por Juana, pues le tenía sin cuidado su vida o su muerte. Si vivía, le pertenecería por completo, y si moría, habría arrancado de su espíritu el atroz sufrimiento de los celos, el horror de las largas noches pasadas en contar sus besos, en imaginar sus abrazos y en llorar de rabia, y en aquellos instantes solemnes, fue cuando Enrique comprendió la extensión del odio que sentía hacia su hermano. Lo veía aplastado moralmente… y aún no se sentía satisfecho. Quería algo más. ¿Qué? Que Francisco sintiera exactamente los mismos sufrimientos que él había soportado, y lo seguía con la paciencia del cazador que espera el momento propicio.

* * * * *

Francisco, con el mismo paso tranquilo, iba en línea recta, sin seguir camino determinado, sin prisa, no para dominar el dolor por la fatiga, ni tampoco porque reflexionara, puesto que en su mente sólo había pensamientos informes que él no trataba de coordinar. Esto duró algunas horas.

Por fin, Francisco se percató de que era de noche. Entonces se detuvo y, observando que estaba en pleno bosque, se sentó al pie de un castaño. Entonces, también, con la cabeza entre las manos, lloró… lloró mucho rato. Por fin, como si las lágrimas se hubieran llevado con ellas la locura de la desesperación, comprendió que del mundo lejano en que viviera por algunas horas, volvía al mundo de los vivos. Con la conciencia de sí mismo, recordó exactamente lo

que había sucedido… su amor, sus citas en casa de la nodriza, la escena con el padre de Juana, el casamiento a medianoche, la partida, la defensa de Thérouanne, la cautividad y, en fin, la horrible catástrofe. ¡Volvió a vivir todo esto!, y entonces una pregunta se asomó a su alma ulcerada.

«*¿Quién es el que me mata? ¿Quién me ha robado mi felicidad? ¡Miserable loco! ¡Y yo que quería marcharme! ¡Y siempre hubiera guardado en mí esta llaga sangrienta! ¡Oh! ¡Conocer al hombre! MatarIo con mis manos, ¡matarlo!*».

Se levantó respiró ruidosamente y hasta una semisonrisa dilató sus labios. En el momento en que se levantaba, Francisco vio a su hermano cerca de él. Tal vez había pronunciado en voz alta las palabras que creía haber pensado y quizá, también, Enrique las había oído.

«¡*Saber quién es el infame y matarlo con mis propias manos*!».

Francisco no se asombró de ver a su hermano. Y sencillamente, como si hubiera continuado un diálogo no interrumpido, preguntó:

—Cuéntame cómo ha sucedido todo.

—¿Para qué, hermano? ¿Para qué atormentarte así con un mal que no puede curarte ni remediar nada?

—Te engañas, Enrique. Hay algo que puede curarme —dijo sordamente Francisco.

—¿Qué? —preguntó burlonamente Enrique.

—La muerte del miserable.

Enrique se estremeció y palideció un poco. Pero enseguida brilló en sus ojos extraña llama y con la cabeza hizo un movimiento altanero.

—¿Lo quieres?

—Sí —dijo Francisco—. Me habías jurado velar sobre ella. ¡Oh, cállate! No te recrimino. Solamente lo digo para recordarlo. He aquí todo. Pero me debes un relato exacto del crimen y el nombre del criminal… Me debes esto, Enrique, y si es necesario exijo que hables.

—¿Por el cariño de hermano o por tu derecho señorial?

—Por mi derecho.

—Obedezco. Apenas partisteis, monseñor, la señorita de Piennes demostró al otro cuán poco sentía vuestra ausencia.

—¿El otro? ¿Quién era? Esto ante todo. ¡El nombre!

—Paciencia, monseñor. Tal vez antes de vuestra marcha, el otro había compartido vuestra suerte. Tal vez fue más amado que vos, y quizá ella no buscaba en vos más que el nombre, la fortuna y el poder que os corresponden por vuestra calidad de primogénito. Sí, monseñor, esto ha debido ser.

Francisco retiró su mano del pecho para hacer un gesto, y Enrique observó que las uñas de aquella mano estaban teñidas en sangre.

—Ahora que pienso en ello, monseñor —prosiguió Enrique—, ahora que ha llegado la hora de decir toda la verdad, ya no me contento con formar conjeturas; afirmo. Antes que vos, ¿comprendéis bien, monseñor? Antes que vos el otro había poseído a la señorita de Piennes… Vos fuisteis el segundo.

Un rugido se escapó del pecho de Francisco, y fue tan terrible que Enrique sintió temor. Francisco le dirigió una mirada sangrienta y dijo:

—Habla.

—Obedezco —contestó Enrique—. Después de vuestra partida continuaron las relaciones entre el otro y Juana de Piennes. A la sazón estaban libres. Juana tenía un nombre, un título. Con vos ausente, el amante fue más feliz de lo que yo pudiera deciros. Pasó muchas noches en continuas delicias…

—¡Silencio, miserable! —exclamó Francisco agotada ya su paciencia.

—Bien. Me Callo.

—No, no, sigue.

—Obedezco. El otro se os parecía, monseñor. El día en que supo de vuestra llegada, hizo lo que vos hubierais hecho. Su pasión estaba satisfecha y no quiso que una de vuestras casas fuera mancillada por más tiempo y arrojó a la adúltera a la calle.

Francisco fue sobrecogido de un vértigo; el abismo era más profundo, más insondable de lo que él había creído. La mirada que dirigió a Enrique, fue la de un loco. Y Enrique, con la boca crispada y el semblante convulso por el odio, acabó diciendo con palabras silbantes:

—¡Ya sólo os falta el nombre del otro, monseñor, mi hermano!

Pues bien, el amante de Juana de Piennes, el que la poseyó antes que vos, monseñor, se llama Enrique de Montmorency.

VII - Pardaillán

ENRIQUE DE MONTMORENCY no había engañado a Juana de Piennes al amenazarla con la muerte de su hija: realmente, Luisa estaba entonces en manos de un hombre y éste esperaba la señal. También era verdad que debía hundir su daga en el cuello de la niña si Enrique hacía la señal convenida.

¿Era, pues, aquel hombre un tigre, según la expresión de Montmorency? Vamos a presentarlo tal como era, como un tipo de la época. El lector lo juzgará. Se llamaba Pardaillán, o mejor dicho, el caballero de Pardaillán.

Era originario de una antigua familia de Armagnac, que en el siglo XIII adquirió el señorío de Gondrin, cerca de Condom. Esta familia se dividió en dos ramas, La principal proporcionó a la historia algunos nombres conocidos; una de sus descendientes fue la célebre Montespan; el duque de Antin, que ha dado su nombre a un barrio de París, descendía de esta rama, que, en parte, emparentó luego con la familia de Comminges.

La segunda rama quedó pobre y obscura. Nada puede decirse contra su pobreza; pero en cuanto a la obscuridad esperamos que muy pronto se disipará a los ojos de nuestros lectores, cuando hayamos relatado la vida extraña y fabulosa del héroe que pronto aparecerá en este relato.

El caballero de Pardaillán, a quien nos referimos, pertenecía a esta rama obscura y pobre, desdeñada y olvidada por la otra rama poderosa. Era hombre de unos cincuenta años, un reitre envejecido bajo el arnés de guerra, uno de aquellos soldados aventureros que conocían todos los caminos de Francia y de los países cercanos, siempre vestido con su casaca, sufriendo calor y sed en verano y frío y hambre en invierno; combatiendo, combatido, lleno de cicatrices, arrastrando una inmensa tizona, ojos pardos, bigote entrecano y cara arrugada por las lluvias y curtida por el sol; alma extraordinariamente sencilla, ni bueno ni malo, conociendo únicamente el buen albergue y la hermosa huéspeda, blasfemando y

empleando su espada por el último que la pagara mejor.

El Condestable de Montmorency, en su gran cruzada al país d'Armagnac lo recogió pobre y miserable, sin un sueldo en el bolsillo, en las cercanías de Lectoure. Lo agregó a su servicio y, reconociendo en él una espada invencible, lo dio a su hijo Enrique.

Existía entonces la usanza de colocar al lado de los jóvenes señores a viejos capitanes que ganaban para ellos batallas. Cuando el Condestable partió para la campaña en el Artois y Francisco de Montmorency marchó a Thérouanne, el caballero de Pardaillán se quedó en el castillo con Enrique. Durante aquel año, Enrique, previendo, tal vez; que pudiera tener necesidad de una adhesión sin límites, se atrajo a Pardaillán conquistándolo por medio de regalos y por todas las cosas que podían seducir a un viejo soldado.

Pardaillán llegó a ser una cosa en manos de Enrique y se hubiera dejado ahorcar por su amo, feliz de hallar la ocasión de morir por él.

Un día el viejo caballero supo la noticia que acababa de esparcirse por el castillo. ¡El señor Francisco de Montmorency regresaba! ¡Monseñor iba a llegar! ¡Monseñor estaría en el castillo al día siguiente!

Por la mañana, Enrique, pálido y sombrío, lo llevó a Margency y le mostró la casita de la anciana nodriza y le ordenó que robara a la pequeña Luisa. Una hora después, Pardaillán volvía al lugar en que lo esperaba su señor, llevando en sus brazos a la pobre criatura tan delicada y hermosa, que el endurecido corazón del viejo soldado se sintió movido a piedad.

Entonces Enrique le dio la orden que Pardaillán escuchó haciendo una mueca. Al mismo tiempo Montmorency le puso en la mano un magnífico diamante que era el precio del horrible asesinato convenido. Pardaillán se colocó de manera que pudiera ver la ventana, de donde debía partir la señal en caso necesario.

En cuanto a Enrique, penetró en la casa esperando el regreso de Juana. Ya sabemos la doble y dramática escena que siguió. Pardaillán vio llegar a Francisco, permaneció con los ojos fijos en la ventana, un poco pálido, es verdad, y con la niña dormida entre sus brazos; era horrible.

Cuando vio salir primero a Francisco, y luego a Enrique, Pardaillán dio un gran suspiro de alivio. Ya no era de temer la señal. Y entonces quien se hubiera hallado a su lado, le habría oído murmurar:

—Es una suerte que no hayan dado la señal, porque me hubiera visto obligado a desobedecer, huir y volver de nuevo a la vida errante de antaño, con la venganza de Montmorency a mis talones. Vamos, señorita, ya podéis reír. Me parece que no hay pecado en guardar esta pequeña uno o dos meses, como se me ha ordenado.

Entonces, con mucho cuidado, el reitre envolvió a la niña entre los pliegues de su capa y se alejó. Llegó ante una casa baja que había al pie de la gran torre del castillo y entró. Un muchacho de cuatro o cinco años corrió a su encuentro con los brazos abiertos.

—Juan, hijo mío —dijo Pardaillán—, te traigo una hermanita.

Y dirigiéndose a una campesina que hilaba con la rueca, añadió:

—¡Eh! ¡Maturina!, he aquí una chiquilla a la que será preciso dar leche. Y ni una palabra a nadie, porque de lo contrario… ¿veis aquella hermosa horca que hay encima del torreón? Pues será para vos, si chistáis.

Verde de miedo, la mujer juró ser muda como la tumba, tomó a la hermosa criatura en sus brazos y se ocupó enseguida en darle leche y acostarla.

En cuanto al niño, abría sus grandes ojos lleno de astucia e inteligencia. Estaba admirablemente constituido y sus movimientos revelaban la fuerza de un lobezno y la agilidad de un gato. Era el hijo del viejo aventurero, quien habitaba en el castillo y hacíale criar en aquella humilde vivienda, adónde iba a verlo todos los días.

¿De dónde habría sacado aquel hijo Pardaillán? ¿De qué buena hostelera o de qué dama lo habría tenido? Era un misterio del que no hablaba nunca. Lo sentó sobre sus rodillas y en sus ojos brilló una chispa de ternura… Pero Juan se separó de su padre con gesto de niño mimado, se deslizó al suelo y corrió a la camita en que Maturina dejara a Luisa. Entonces cogió a la niñita entre sus ya fornidos brazos. Luisa no lloró. Abrió los grandes ojos azules y se puso a sonreír. Juan saltaba de contento.

—¡Oh, padre! ¡Qué preciosa hermanita!

Pardaillán se levantó con los párpados medio cerrados y salió

muy pensativo recordando a la madre. Pensó también en cuál sería su desesperación si le robaban su pequeño Juan. Y en sus ojos que nunca habían llorado, flotó durante un instante algo húmedo parecido a una lágrima.

Una hora después Pardaillán estaba en Margency. Tan pronto ocultándose en los setos como arrastrándose, llegó hasta el pie de la ventana por la que miró y escuchó. Y lo que vio le erizó los cabellos y lo que oyó le hizo sentir escalofríos de angustia que solamente había experimentado en las batallas. La pobre madre tenía crisis de demencia en que se maldecía por su silencio, quería correr al encuentro de Francisco y decírselo todo. Pero enseguida la idea de que Luisa iba a ser degollada la detenía. Si decía una palabra, iba a causar la muerte de su hijita, y la desgraciada exclamaba:

—¡Pero yo he obedecido! ¡Me he callado! ¡Me he suicidado! En cambio él me ha prometido devolverme a Luisa. ¡Lo ha jurado! ¿Me la devolverá? ¡Luisa! ¡Luisa! ¿Dónde estás? ¿Dónde te hallas, querubín de tu madre? ¡Ah, no te dormirás esta noche cogida de mis cabellos! ¡Francisco, no hagas caso! ¡Miente! ¡Oh, miserable! ¡Se atreve a tocar a este ángel! ¡Devuélveme mi hija, bandido! ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Oh, Luisa, mi pobre Luisa! ¿No oyes a tu madre?

¡Ay!, estas frías e impasibles líneas. ¿Qué músico podrá traducir jamás el doloroso lamento de la madre que llora a su hija perdida?

Pardaillán, al oír tales acentos de desesperación humana, en su expresión más augusta, al ver a aquella joven madre ensangrentada por numerosos arañazos causados por sus uñas, al sorprender al vuelo aquellas miradas de cordero en la agonía, tan pronto furiosa y capaz de hacer temblar a veinte hombres, como triste y llena de dolor, Pardaillán, al contemplar tal espectáculo, se estremeció, espantado de lo que había hecho. Por fin retrocedió lentamente, luego marchó más aprisa y se puso a correr como un loco.

Cuando llegó a la casita de Maturina, era ya completamente de noche. Era el momento en que Francisco y Enrique, a lo lejos, en el bosque, sostenían una conversación, cada una de cuyas palabras era un drama.

Maturina llevó a su amo a una habitación en que dormía la niña

junto con Juan. Este con su bracito, sostenía cariñosamente la cabeza tan inocentemente confiada de Luisa. Entonces Pardaillán, con infinitas precauciones para no despertar a la pequeña, la tomó en sus brazos y envolviéndola cuidadosamente, se dirigió hacia la puerta, desde donde se volvió y con voz ronca dijo:

—Despertad a Juan, vestidlo y preparadlo para un largo viaje. Que todo esté preparado para dentro de media hora. ¡Ah!, iréis a decir a mi criado que traiga mi caballo ensillado, con mi portamanteo.

Y Pardaillán, dejando a la vieja estupefacta, tomó el camino de Margency llevando en sus brazos a la niña, que estaba dormida, sonriendo con divina sonrisa a las estrellas del cielo y también, tal vez, al pensamiento que hacía palpitar al viejo reitre.

Juana, anonadada por la fatiga de su desesperación, con la cabeza vacía de ideas, dormitaba febrilmente sentada en un sillón, pronunciando palabras incoherentes, mientras que la anciana nodriza, llorando, refrescaba su frente con trapos mojados.

—¡Vamos, hija mía —suplicaba la anciana—, vamos, querida señorita, es necesario que os acostéis…! ¡Dios mío, tened piedad de ella y de nosotros! ¡Nuestra señorita se va a morir! ¡Vamos, hija mía!

—¡Luisa! —murmuraba la pobre madre—. ¡Ahora viene, ahora viene!… ¡Pobre mártir! ¡Sí, sí! ¡Ahora viene! ¡Vamos, dejad que os acueste!… ¡Os digo que viene…! ¡Luisa, hija mía! ¡Ven a dormir a mis brazos!

En aquel momento Juana se despertó completamente dando un grito desgarrador. Se puso de pie y rechazando a la nodriza, saltó hacia la puerta, gritando:

—¡Luisa! ¡Luisa!…

—¡Loca…! ¡Jesús, Dios mío! ¡Piedad…! ¡Loca! —exclamó la nodriza.

—¡Luisa! ¡Luisa! —repitió Juana con acento desgarrador.

De improviso apareció un individuo y Juana, con frenético ademán, le arrebató el bulto que aquél llevaba en brazos, lo puso sobre un sillón y se arrodilló ante él. Entonces, sin pronunciar palabra y sin pensar en besar a su hija, con la destreza instintiva de sus manos, la desnudó, murmurando:

—¡Con tal que no le hayan hecho mal alguno! Veamos, veamos.

En un instante la niña estuvo completamente desnuda, feliz como todos los niños de pañales cuando pueden mover libremente los brazos y piernas. Ávidamente, la madre la palpó, la examinó con la mirada desde los cabellos hasta las uñitas de los pies; prorrumpió luego en sollozos y, cogiendo a su hija, cubrió su cuerpo de besos furiosos al azar, tan pronto sobre la espalda, como sobre la boca, los ojos, los labios la nariz, los hoyuelos de los brazos, en fin toda ella.

La niña lloraba y se defendía de aquellas caricias extremadas. La madre, sollozante y ebria de alegría, murmuraba apasionadamente:

—¡Llora, grita! ¡Ah, mala! ¡Grita, querida mía! ¡Eres tú! ¡Es mi pequeña Luisa! ¡Fea, feísima! ¿Te parece que está bien llorar de este modo? ¡Toma este beso, ángel de tu madre! ¡Y luego éste! Veamos, ¿son estos tus ojos de cielo? ¿Es esta tu boquita de ángel? ¿Son estos tus piececitos de rosa? ¡Tírame, tírame ahora de los cabellos! ¿Quién dirá que no eres un angelito? ¡Es un ángel, os digo! ¡Luisa, Luisita mía, es tu madre la que te habla!

Pardaillán contemplaba esta escena. Estaba como alelado, queriendo marcharse, pero sin poder dar un paso. Bruscamente la madre, siempre de rodillas, siempre llorosa, se volvió hacia él y, arrastrándose de hinojos, le cogió las manos y las besó.

—¡Señora! ¡Señora!

—¡Sí, sí! ¡Quiero besar vuestras manos! ¡Vos sois el que me ha devuelto mi hija! ¿Quién sois vos? ¡Dejadme! ¡Bien puedo besar las manos que han traído mi hija! ¿Cómo os llamáis? ¡Decidme vuestro nombre para que pueda bendecirlo durante toda mi vida!

Pardaillán hizo un esfuerzo para desasirse.

Ella se levantó, corrió hacia su hija, la estrechó desnuda entre sus brazos y luego, ya más tranquilamente, la presentó a Pardaillán.

—¡Vamos, besadla!

El viejo aventurero se estremeció y, descubriéndose, besó la frente de la niña con gran dulzura.

—¿Cómo os llamáis? —repitió Juana.

—Soy un viejo soldado, señora… hoy estoy aquí y mañana quién sabe dónde… y, además, poco importa mi nombre.

Y mientras hablaba, la frente de Juana se arrugaba… el recuerdo de su desesperación le volvía a la mente y con expresión de rabia

para el miserable que se había hecho cómplice de Montmorency, le preguntó:

—¿Cómo os habéis apoderado de mi hija?

—¡Dios mío, señora, de un modo muy sencillo… he sorprendido una conversación… he visto a un hombre que llevaba una niñita… lo he interrogado… y nada más!

Pardaillán cambió de color varias veces.

—¿Entonces —continuó Juana—, decididamente no queréis decirme cuál es vuestro nombre para que yo lo bendiga?

—Perdonad, señora. ¿Para qué?

—Entonces, decidme el nombre del otro.

Pardaillán se sobresaltó.

—¿El nombre del que ha robado a la pequeña?

—Sí. ¿Lo conocéis? Decirme, pues, el nombre del miserable que se prestó a matar a mi hija.

—¿Queréis que yo os diga su nombre?

—¡Sí, su nombre! ¡Para maldecirlo mientras viva!

Pardaillán vaciló un minuto. Buscaba un nombre cualquiera. Y de pronto un pensamiento profundo descendió a las obscuridades de su conciencia, un pensamiento de remordimiento y también redentor… Un poco pálido murmuró:

—Pues bien, señora, tenéis razón.

—¡El nombre del infame!

—¡Se llama el caballero de Pardaillán!

El viejo reitre dijo el nombre con voz sorda y huyó, tal vez para no oír la maldición que iba a salir de los labios de la madre.

VIII - Camino a París

EN EL VALLE DE MARGENCY era ya de noche, pero el elevado bosque de castaños estaba iluminado aún por la indecisa luz del crepúsculo. Enrique, al proferir la espantosa calumnia en que se acusaba a sí mismo, para perder mejor a Juana, miró ávidamente a su hermano. No vio más que un semblante demudado en el que brillaba una mirada de loco. Enrique esperaba blasfemias e imprecaciones. De pronto sintió que la mano de Francisco acababa de caer sobre su hombro y que aquél le decía:

—¡Vas a morir!

Con prodigioso esfuerzo, Enrique se desprendió de la mano que lo oprimía y saltó hacia atrás. En el mismo instante sacó su espada y se puso en guardia.

—¿Queréis decir, señor hermano, que uno de los dos va a morir aquí?

—Digo que vas a morir —repitió Francisco, y su voz era tan glacial que parecía, en efecto, la voz de la Muerte. Enrique, al oír tales palabras, vaciló sobre sus piernas. Francisco, sin apresurarse, desenvainó su espada.

Un instante después los dos hermanos estaban en guardia, uno ante el otro, con las espadas cruzadas y mirándose a los ojos. Y en aquella doble mirada, fosforescente como las de algunos felinos, había un furioso choque de odio y desesperación. La obscuridad era profunda. Apenas se veían, pero se adivinaban. El brillo de sus ojos los guiaba. ¡Cosa extraña y casi fantástica! En tanto que Enrique estaba atento al duelo y ensayaba fintas y estocadas, Francisco parecía ausente del combate. Su brazo y su ojo, por larga práctica, guiaban su espada. Entretanto reflexionaba y sus reflexiones eran verdaderamente atroces.

«*¡Es, pues, mi hermano! ¡No me figuraba que la traición de un hermano hiciera sufrir tanto! ¡Creí que la traición de la mujer había llevado mi desesperación a los últimos límites! ¡Pero no! ¡Me faltaba enterarme del nombre, de esta monstruosidad… del nombre del amante!*

¿Por qué no me habré muerto de repente? ¿Por qué no me he arrancado la lengua antes de preguntar el nombre de mi rival? Voy a matarlo, es verdad, pero, si puedo seguir viviendo, ¿quién me curará del horrible sufrimiento de saber que el que me hacía traición era mi hermano?».

Enrique se tiró a fondo y la espada tocó ligeramente a Francisco, en el cuello, del que brotó la sangre. Entonces éste, no viendo en su enemigo más que el seductor de Juana, sin acordarse ya más de que era su hermano, estrechó convulsivamente el puño de su espada y empezó el ataque. Las dos espadas se tocaban casi por la guarda.

Durante uno o dos segundos no se oyó más que el ruido de los aceros chocando uno con otro, el soplo jadeante de la respiración de los dos combatientes, luego un juramento de Enrique y, por fin, un suspiro, un grito, el ruido sordo y pesado de un cuerpo que cae como una masa inanimada. La espada de Francisco acababa de atravesar el costado derecho de Enrique, sobre la tercera costilla. Francisco se arrodilló junto a él y notando que Enrique vivía aún, sacó su daga y la levantó con furia.

—¡Muere! —gritó—. ¡Muere, miserable!

En aquel instante, una luz rojiza iluminó el semblante lívido de Enrique.

—¡Mi hermano! ¡Mi hermano! —dijo Francisco con voz alocada, como si, en realidad, solamente entonces lo hubiera reconocido.

Con espanto tiró la daga lejos de sí y de pronto recordó todas las palabras odiosas que pronunciara antes. El que estaba allí tendido era el que lo había traicionado y el que había declarado cínicamente su traición. Se levantó y volvió la cabeza. Entonces vio dos leñadores, cuya cabaña se hallaba a quince pasos de distancia y que habían acudido con una antorcha al oír el ruido delas armas. Incapaz de pronunciar una palabra. Francisco les mostró el cuerpo de su hermano con trágico gesto. Luego, lentamente, encorvado como cuando saliera de la casa de la nodriza, se marchó, sin volver los ojos hacia el que había sido su hermano.

Dos horas más tarde Francisco llegó al castillo. El jefe de guardia del puente levadizo dio un débil grito de sorpresa y espanto al verlo, y mostró a un oficial los cabellos del hijo mayor del Condestable. Aquellos cabellos, por la mañana negros, eran, a la sazón, blancos como los de un anciano.

—Monseñor. —Dijo el oficial, hemos hecho preparar vuestras habitaciones y…

—¡Qué me traigan un caballo! —interrumpió Francisco con voz ronca, apenas inteligible.

—¿Monseñor no se queda en el castillo? —preguntó tímidamente el oficial.

—¡Mi caballo! —repitió Francisco, golpeando el suelo con el pie. Pocos minutos después, un criado le entregaba una montura y el oficial, mientras le tenía el estribo, se atrevió a preguntar:

—¿Volverá pronto, monseñor?

Francisco saltó sobre la silla y contestó:

—¡Jamás!

Entonces aflojó las riendas a su cabalgadura y en cuanto salió del recinto del castillo, hundió sus espuelas en los flancos del caballo y desapareció al galope.

—¡Francisco! ¡Francisco! ¡Francisco!

Esta triple llamada desoladora se dejó oír entonces y apareció una mujer que llevaba en brazos una criatura. Pero sin duda Montmorency no oyó los gritos agudos que lo llamaban y el ruido del galope de su caballo se extinguió a lo lejos. La mujer entonces se acercó al grupo de soldados y de oficiales, que a la luz de las antorchas habían salido a saludar a su amo, asistiendo con asombro a aquella especie de fuga.

—¿Dónde va? —preguntó la mujer con triste voz.

El oficial reconoció a la señorita de Piennes y, descubriéndose, contestó:

—¡Quién lo sabe, señora!

—¿Cuándo volverá?

—Ha dicho que nunca.

—¿A dónde conduce este camino?

—A París, señora.

—A París. Bien.

Juana se puso enseguida en camino, estrechando nerviosamente entre sus brazos a Luisa dormida.

Una vez su hija le fue devuelta, pasada la primera hora de loca alegría, Juana emprendió la marcha por el camino de Montmorency, sola con su hija, a pesar de los esfuerzos de la

anciana nodriza para acompañarla. Ahora que tenía de nuevo a su Luisa, no se la arrancarían, aun cuando no debiera separarse de ella un segundo. ¡Ya podía hablar libremente y declarar toda la verdad a Francisco, desenmascarando al infame!

—¡Querido esposo! —se iba diciendo por el camino—. ¡Cómo has debido maldecirme! Pero esto no es nada. Lo que yo siento es tu sufrimiento. ¡Oh, te juro que todos los momentos de mi vida los consagraré a tu felicidad para compensar tu amarga pena! ¡Y pensar que ha sido por mi causa, por mí, que te adoro! ¡Pero ya lo comprenderás todo, Francisco! ¡Y con seguridad que aprobarás mi conducta! ¡Si hubiera dicho una sola palabra, tu hija habría muerto! ¡Oh, Francisco mío! ¡Y pensar que no sabes siquiera que tienes una hija! ¡Qué feliz vas a ser cuando te la presente, diciendo: Toma, besa a nuestra pequeña Luisa!, y andaba, andaba de prisa, cada vez más hacia el castillo, murmurando estas febriles palabras. En cuanto estuvo a cien pasos de la puerta principal, vio un grupo de hombres de armas, antorchas y un caballero que se lanzaba al galope de su caballo.

—¡Es él! ¡Es él!

E hizo un esfuerzo para gritar con la voz más fuerte que pudo, llamándolo. ¡Demasiado tarde! ¡Sólo por algunos segundos!

Interrogó al oficial. Francisco había tomado el camino de París. Bien. Pues ella iría también a París y más lejos si era necesario, mientras sus piernas pudieran llevarla. ¡Iría hasta el extremo de la «*Île de France*»![5]

Fuerte con su amor de esposa y madre, Juana se hundió en la noche, bajo los grandes árboles del bosque que las ráfagas de viento del mes de marzo encorvaban en majestuosos saludos. Una indecible exaltación la sostenía. No tenía miedo de la noche, ni de las misteriosas obscuridades en que penetraba, ni tampoco de los merodeadores que infestaban los caminos y para quienes la vida humana no tenía valor alguno. Marchaba a buen paso, llevando a su hija en brazos y no se detenía en pensar que no llevaba ni un solo vestido para cambiarse, que no tenía ni un escudo y que no conocía París… no pensaba en nada de todo eso… andaba como en éxtasis, con la brillante mirada fija en la imagen del esposo que se presentaba a su imaginación.

Casi una hora después de la marcha de Francisco de Montmorency, unos leñadores llevaron al castillo, sobre unas parihuelas, el cuerpo ensangrentado de Enrique. Hubo gran conmoción al verlo y muchas idas y venidas de las gentes del castillo. Enrique fue llevado a su estancia y el cirujano sondeó la herida.

—Vivirá —dijo—, pero deberá permanecer seis meses en la cama.

Los leñadores reconocieron a Francisco en el momento del duelo. Pero el suceso les pareció tan extraño y tan temible que no quisieron declararlo. Se supuso, pues, que el hijo menor del condestable había sido atacado por algunos bandidos. Muy contados fueron los que en el fondo de su pensamiento se atrevieron a relacionar esta aventura con la partida de Francisco de Montmorency.

Casi a la misma hora el caballero de Pardaillán se marchó también de Montmorency. Ignoraba lo que había ocurrido en la mansión señorial, pero de haberlo sabido se hubiera marchado de igual modo. Pardaillán conocía perfectamente a Enrique de Montmorency y estaba convencido de que no podía esperarse piedad de él.

—Al fin y al cabo —murmuró—, devolviendo a la niña he hecho traición a mi ilustre y vengativo señor. ¡Voto a sanes! Es preciso reconocer que le gusta mucho ver balancearse los cuerpos humanos al extremo de una cuerda, y aun cuando yo sea hidalgo, no lo tendría en cuenta mi digno amo y seguramente querría probar qué tal me sienta una corbata de aquel cáñamo que hay en la torre grande. Así pues, tomemos las de Villadiego y procuremos poner entre mi cuello y la citada cuerda de cáñamo el mayor número de leguas posible.

Habiendo razonado así y una vez examinadas las herraduras de su caballo, montó, colocó a su hijo en la parte delantera y, saludando al castillo con señorial gesto, emprendió el trote en dirección de París. Muy pronto se halló en el bosque que se extendía entonces casi hasta las puertas de París, pues los últimos árboles sombreaban las colinas de Montmartre.

Al cabo de unos veinte minutos de camino, el caballero creyó

ver una sombra a dos pasos de su caballo y al punto lo detuvo. Pardaillán se inclinó divisando a una mujer, la miró de cerca y la reconoció enseguida. Juana, sin embargo, continuaba su camino. Tal vez no se había dado cuenta de la presencia del caballero.

—Señora —dijo éste.

Juana se detuvo.

—¿Es éste el camino de París? —preguntó ella.

—Sí, señora. ¿Pero dónde vais tan sola por el bosque y de noche? ¿Queréis permitirme que os acompañe?

Ella movió la cabeza negativamente y le dio las gracias.

—¿Queréis ir sola? —repitió el caballero.

—Sola, sí. No temo nada.

Y prosiguió su camino. Pardaillán la contempló un minuto con asombro mezclado de compasión. Luego, encogiéndose de hombros, como para decirse que nada le importaba aquello, hizo tomar el trote a su caballo. Pero no había recorrido cien pasos cuando volvió atrás.

—Pero, señora —dijo—, ¿tenéis, por lo menos, algún pariente en París? ¿Sabéis ya dónde iréis?

—No… no lo sé.

—¿Pero lleváis dinero? No os ofendáis por la pregunta, os lo ruego.

—No me ofendéis… no tengo dinero… Muchas gracias por vuestra solicitud, quienquiera que seáis.

Una violenta batalla se libró entonces en el espíritu del caballero, que empezó a echar *votos* y *por vidas* y luego, tomando una rápida resolución, se inclinó hacia Juana y depositó sobre el pecho de Luisa un objeto brillante, hecho lo cual huyó al galope, después de haber gritado:

—¡Señora, no maldigáis demasiado al caballero de Pardaillán, porque es uno de mis amigos!

Juana reconoció entonces que el caballero era el hombre que le había devuelto su pequeña Luisa. Y habiendo examinado el objeto resplandeciente, vio que era un magnífico diamante montado en una sortija. Aquel diamante era el que Enrique de Motmorency diera a Pardaillán en pago del rapto de la pequeña Luisa.

IX - El sacrificio

EL CONDESTABLE DE MONTMORENCY deambulaba con agitado paso por la vasta sala de honor en su palacio de París. Sus gentilhombres, diseminados sobre los banquillos que se hallaban a lo largo de las paredes, o en pie, reunidos en grupos, hablaban en voz baja y temerosa de muy extrañas cosas.

Primero, de que el Condestable se había asomado hacía unos momentos a una ventana, desde donde pudo ver a una mujer muy pálida que se hallaba ante la puerta principal, y que llevaba una criatura en sus brazos. Y el Condestable había dado orden de que se hiciera entrar a aquella mujer que, a la sazón, esperaba en una habitación contigua.

Segundo, de que el hijo del Condestable, al que se creía muerto, había llegado súbitamente la noche anterior, que tuvo una larga y tempestuosa entrevista con su padre y partió luego para destino desconocido.

Tercero, de que acababa de llegar de Montmorency la noticia de que el segundo hijo del Condestable, Enrique, había sido atacado en el bosque y herido gravemente.

Y, por fin, que Su Majestad Enrique II debía hacer una visita aquel mismo día, a las cuatro, a su gran amigo, el jefe de sus ejércitos. Por esta razón se sospechaba que se preparaba nueva campaña. Los innumerables criados del palacio se afanaban en ponerlo todo en buen orden para honrar al real visitante, porque eran ya las dos dadas y el rey era muy puntual.

Aquel palacio de Montmorency era la vivienda señorial; estaba situada casi enfrente del Louvre y reinaba en ella el lujo grandioso de la época en que Richelieu no había domeñado todavía a la nobleza y en que los señores feudales, casi reyes por la fuerza, eran muy a menudo más que los reyes por la riqueza. Había, pues, en la sala de honor, más de sesenta gentilhombres de la casa del Condestable: una verdadera corte que el viejo político tenía sumo placer en exhibir ante el rey Enrique II, quien, con toda seguridad,

no llevaría con él tanto séquito, por muy rey de Francia que fuera. Pero no era en esto en lo que pensaba el Condestable en aquellos momentos.

Más de una vez se había acercado a la puerta de aquel gabinete en que habían hecho entrar a la mujer. Y siempre había retrocedido, golpeando, colérico, el suelo con el pie, y volviendo a su paseo entre el silencio que guardaban los circunstantes en la sala de honor.

Por fin, pareció decidirse, empujó bruscamente la puerta y entró. En el centro de la pieza, la mujer esperaba en pie. Había colocado a su hija dormida en un sillón y, apoyada en el respaldo, la contemplaba.

El Condestable dio dos pasos; se detuvo ante ella, fruncidas las espesas cejas canosas, y con tono seco preguntó:

—¿Qué queréis, señora?

—¡Monseñor…! —murmuró la interpelada con expresión de indecible angustia.

—¡Ah! —dijo el Condestable, todavía con voz más ruda—. ¿No me esperabais a mí, verdad? En lugar del hijo, al que se espera seducir con melosas palabras, aparece el padre inexorable. Y esto os desconcierta, ¿eh?

Juana de Piennes, pues era ella, levantó la cabeza.

—Monseñor —dijo con temblorosa voz—, es cierto que esperaba ver a Francisco, pero una mujer de mi linaje no puede desconcertarse al hallarse ante el padre de su esposo.

—¡Vuestro esposo! —gruñó el Condestable, cerrando los puños —. Creedme, vale más que no invoquéis este título ante mí. Francisco me lo ha relatado todo esta noche. ¡Todo! ¿Lo oís? Sé que vos y vuestro padre fuisteis bastante hábiles para arrancar a la debilidad de mi hijo un casamiento. ¡Y qué casamiento!, nocturno y vergonzoso como un robo…

Un grito de Juana detuvo al viejo soldado. Roja de indignación, tendió el brazo con indecible gesto de dignidad, encantador en aquel ser gracioso y bello.

—¡Mentís! —dijo luego con calma.

—¡Por el cielo! ¿Qué dice esta mujer?

—¡Digo, señor que solamente sois caballero por vuestro traje!

¡Digo que vuestros cabellos blancos no os pondrían al abrigo de un bofetón vengador, si mi padre, lentamente asesinado por vos, se encontrara a mi lado! ¡Digo que habláis a una mujer que lleva vuestro nombre!

El acento de estas palabras se había elevado, por decirlo así, desde la simple dignidad de la mujer ofendida hasta la majestad de una reina. Montmorency, asombrado, se puso rojo como la escarlata; luego palideció y por un instante pareció decidido a dar una orden. Por fin, el anciano jefe de los ejércitos del rey, se inclinó profundamente. Estaba domado.

—Monseñor —repuso entonces Juana oprimiendo la violenta agitación de su seno—, ¡acabáis de decirme que lo sabéis todo! ¡He comprendido, por lo tanto, la acusación violenta que encerraban vuestras palabras! Pues bien, señor, ¡ya que la fatalidad me ha traído ante vos, debo hablar! ¡No, monseñor, no lo sabéis todo! ¡Ignoráis la espantosa verdad como lo ignora mi esposo y dueño, a quien he dado mi vida y a quien quisiera evitar una lágrima aún a costa de mi sangre! Debéis, pues, oír esta verdad, no solamente por mi honor, sino por la felicidad de Francisco, por la vida de la inocente criatura que vuestro techo cobija en este instante… el fruto de nuestro amor.

Asombrado por la nobleza del gesto y por el doloroso acento de sus palabras, fascinado por tanta belleza e ingenuidad, subyugado por la autoridad y la gracia que emanaban de Juana, el anciano Montmorency se inclinó por segunda vez.

—¡Hablad, señora! —dijo. Y al mismo tiempo, sus ojos se fijaron en la pequeña Luisa dormida. Juana sorprendió aquella mirada. Una esperanza súbita iluminó su alma. Con el orgullo de todas las madres tomó a la criatura en sus brazos, le dio un beso y con dolorosa timidez, con sonrisa anegada en lágrimas, la presentó al formidable abuelo.

Tal vez en aquel instante fugaz, el corazón de Montmorency se enterneció. Hizo con sus brazos un gesto vago como para coger a la niña, y preguntó:

—¿Cómo se llama este niño?

—¡Se llama «Luisa»! —contestó Juana palpitante de ternura y

esperanza.

Una mueca de desdén desplegó los labios del Condestable. ¡Una niña! Este sexo no importaba nada al señor feudal. Sus brazos cayeron, mientras Juana sentía un escalofrío correr por sus espaldas. Retrocedió palideciendo, mientras él decía:

—Os prometo, señora, oíros pacientemente. Hablad, pues, sin temor y exponedme esa verdad que me habéis indicado.

Juana comprendió que acababa de romperse el lazo que había empezado a formarse entre ella y Montmorency. Pero una mujer que ama, guarda en su corazón fuerzas que son el asombro de cualquier hombre. Reunió, pues, toda su energía y emprendió la tarea de justificarse ante el padre de Francisco.

Con su voz, que era melodía de un encanto a la vez delicado y poderoso, con la poesía natural que le daba su amor, relató sus primeros encuentros con Francisco y la irresistible ternura que los había empujado el uno hacia el otro, sus coloquios, la falta y luego la escena de su casamiento nocturno; las amenazas de Enrique, el nacimiento de Luisa y, por fin, el espantoso suplicio en que su corazón de madre había sido destrozado. Lo dijo todo, no omitió ningún detalle.

El anciano Montmorency la escuchó sin pronunciar una palabra, con el semblante impasible, rígido, en actitud glacial. Juana se calló jadeante; su ardiente mirada buscó en vano los ojos del Condestable para leer una emoción. Con movimiento desesperado se dejó caer de hinojos y unió las manos, mientras trataba de contener los sollozos.

—¡Monseñor!, ¡ya veo que no os he convencido! ¡Desgraciada de mí! ¡No he sabido hallar acentos de verdad! Y, no obstante, juro que sólo os he dicho la verdad… lo juro por la salvación de mi alma… lo juraría por el Evangelio… o mejor, lo juro sobre la cabeza de mi hija. Ya comprendéis, monseñor, que no voy a acarrear una maldición a mi hija, ¿verdad? Pues bien, ¿por qué no me creéis? ¿Por qué os calláis? ¡Oh, monseñor! Sois el padre de Francisco… Luisa es vuestra nieta… ¡Un poco de piedad para la madre! ¡Os aseguro que ya no puedo más!

Mientras hablaba de esta suerte, con voz triste, se podía observar que, en efecto, aquella mujer joven había agotado

enteramente sus fuerzas y necesitaba un poco de piedad. Montmorency, entretanto, reflexionaba. Su espíritu, indiferente a aquel drama, buscaba un subterfugio.

—Levantaos, señora —dijo, por fin—. Estoy convencido de que habéis dicho la verdad…

—¡Oh! —exclamó Juana con júbilo—. ¡Luisa está salvada!

Este grito de madre turbó un momento el alma obscura del guerrero. Pero, reponiéndose enseguida, añadió:

—Ignoraba todo lo que acabáis de contarme relacionado con mi hijo Enrique. Francisco no me ha hablado de ello (al decirlo mentía) y cuando os dije que lo sabía todo, aludía solamente a vuestro casamiento secreto, que me ha ofendido gravemente, no sólo en mi autoridad paterna, sino también en los intereses de la familia. ¡Ese casamiento es imposible, señora!

—Este casamiento —murmuró Juana herida en el corazón— no es ni posible ni imposible. Es un hecho consumado.

Una oleada de cólera inflamó el semblante del Condestable. Palabras violentas acudieron en tropel a sus labios, pero dominó su ira y contuvo sus palabras, porque su pensamiento era todavía más violento. Con tranquilidad que hizo temblar a la pobre mujer, sacó de su jubón dos pergaminos y desenrolló uno.

—Leed esto —dijo.

Juana recorrió rápidamente el contenido y se puso lívida. Un temblor de espanto la agitó, e incapaz de articular una palabra, de proferir un gemido, se volvió hacia el terrible padre de Francisco, mirándolo como los corderos deben mirar al matarife cuando éste levanta su cuchillo. El papel contenía pocas líneas y decía:

> A todos los presentes y futuros, salud.
>
> Damos orden a nuestro preboste, micer Tellier, de apoderarse de la persona de Francisco, conde de Margency, hijo mayor de la casa de Montmorency, coronel de nuestra infantería suiza, y de conducirlo a nuestra prisión del

> Temple, en donde permanecerá hasta que Dios quiera llamarlo a él. Lo queremos y mandamos así a nuestro preboste y a todos los oficiales de nuestro prebostazgo, porque tal es nuestra voluntad.

—¡Monseñor! ¡Monseñor! —exclamó Juana—. ¿Qué os ha hecho Francisco? ¡Oh, esto lo hacéis para probarme, para asustarme tal vez! ¡Es horrible! ¡La prisión perpetua! ¡Oh, Francisco mío!

—Señora —dijo Montmorency con siniestra calma—, este pergamino no está aún firmado. Soy, señora, Condestable de los ejércitos del rey y gran maestre de Francia. Dentro de algunos instantes Su Majestad estará en esta casa. No tendré, por consiguiente, más que presentarle este pergamino, diciéndole: «*Ruego a Vuestra Majestad que se digne firmar esta orden*» y mañana mismo tendrá lugar la prisión… la noche eterna para el que amáis.

—¡Oh! ¡Es espantoso! ¡Mi razón —se extravía! ¿Pero qué os ha hecho, señor? ¿Qué os ha hecho?

—Se ha casado con vos. Éste es su crimen.

—¡Su crimen! —balbuceó la cuitada, cuya razón se extraviaba realmente—. ¡Oh, monseñor! ¡Castigadme a mí sola! ¡Perdón para Francisco! ¡Dios mío! ¿No hay, pues, justicia ni piedad en la tierra? ¡Matadme, señor, ya que es un crimen amar!

La mirada de Montmorency se animó con extraño fulgor y dijo:

—Ahora, señora, he aquí otro pergamino. Es un acta de renunciación voluntaria a vuestro casamiento.

—¡No, no!, ¡eso, no! —exclamó Juana con voz desgarradora—. ¡Matadme, pero eso, no!

—Ya sé que la anulación de casamiento es cosa grave y muy difícil de lograr. Pero con la ayuda del rey…

—¡Perdón! ¡Piedad! ¡Justicia! —gritó Juana, cayendo de rodillas.

—… Contamos Con la buena disposición del Santo Padre… de modo que no hace falta más que vuestra firma.

—¡Piedad! ¡Dejadme mi Francisco! ¡Dejadme amarlo!

—Firmad, señora, y el Santo Padre anulará el matrimonio.

—¡Mi hija, monseñor! ¡La hija de Francisco! ¡Le robáis su padre! ¡Le quitáis su nombre!

—Basta, señora. Dentro de pocos instantes presentaré al rey uno u otro de estos dos pergaminos y Francisco será encerrado en el Temple si esta misma noche no puedo expedir a Roma vuestra renuncia al casamiento. Firmad y salvaréis a Francisco.

Diciendo estas palabras, puso una pluma en manos de Juana.

—¡Gracia! —sollozó la esposa mártir— ¡no, no!: ¡Jamás!

Gritos se dieron en el patio de honor del palacio. Las trompetas dejaron oír sus metálicas voces. Resonaron precipitados pasos de los gentilhombres que acudían a recibir al rey Enrique II. La puerta se abrió con violencia y un hombre gritó:

—¡Monseñor! ¡Monseñor! ¡He aquí a Su Majestad!

—¡Adiós, señora! —dijo lentamente Montmorency—. Romped esta renunciación. Voy a hacer firmar al rey la orden de encarcelar a mi hijo.

—¡Esperad! ¡Firmo! —exclamó débilmente la infeliz…, ¡y firmó!… Luego cayó desvanecida, mientras uno de sus brazos, con gesto instintivo y sublime trataba todavía de proteger a Luisa.

El Condestable cogió violentamente el pergamino, lo ocultó en su jubón y con su pesado paso de sacrificador de hombres y de corazones, se presentó ante Enrique II. En el patio se oían grandes gritos de alegría.

—¡Viva el rey! ¡Viva el rey! ¡Viva el Condestable!

X - La dama enlutada

EL CASAMIENTO SECRETO de Francisco de Montmorency con Juana de Piennes fue anulado por el Papa. Las memorias de aquel tiempo comentan mucho este hecho y dicen que la cosa no dejó de presentar grandes dificultades, que fueron vencidas por la inquebrantable voluntad de Enrique II.

En el año de 1568, Francisco de Montmorency, mariscal de los ejércitos reales, se casó con Diana de Francia, hija natural del rey. Quince días antes de la época fijada para la ceremonia, fue a visitar a la princesa.

—Señora —le dijo—, no sé cuáles son vuestros sentimientos hacia mí. Perdonadme la franqueza brutal de mis palabras. No os amo ni os amaré nunca.

La princesa le oyó sonriente.

—Nos casan —continuó Francisco—. Al aceptar el insigne honor de ser vuestro esposo, obedezco al rey y al Condestable, que desean esta unión por razones políticas; pero el día en que el arzobispo bendiga esta unión, mi corazón estará ausente de la ceremonia… Os ofendo, lo sé…

—De ninguna manera, señor mariscal —dijo Diana con viveza—. Continuad, os lo ruego.

—Si mi corazón estuviera libre —dijo entonces Francisco—, sería vuestro por entero, porque sois hermosa entre las más hermosas, pero…

—¿Vuestro corazón pertenece a otra?

—¡No, señora! Me he expresado mal. Mi corazón ha muerto. Ésta es la verdad. Y si yo continúo viviendo, no será porque no haya buscado la muerte en los campos de batalla.

Se le nublaron los ojos y, con triste sonrisa, añadió:

—Parece que la muerte no me quiere… He aquí, pues, señora y princesa, la verdad escueta, por muy cruel que sea para mí el manifestarla. Nuestro casamiento no puede ser más que la unión de dos nombres. Si la amistad más fiel y ardiente, si un afecto fraternal

en todas las ocasiones, si una adhesión sincera pueden suplir la falta de amor, os ofrezco humildemente esta amistad y esta adhesión. Ahora, señora, que ya os he hablado sinceramente, con una lealtad que nadie ha podido poner en duda, espero vuestra decisión.

Diana se levantó, Era una hermosa mujer que no carecía de corazón ni de inteligencia.

—Señor mariscal —dijo dulcemente—, cualquier otra persona que me hubiera hablado con vuestra franqueza, me habría ofendido, pero a vos os lo perdono todo. Obedezcamos, pues, el deseo del rey, y guardemos cada uno nuestro corazón. ¿Es esto lo que queréis decir?

—Señora… —dijo Francisco, palideciendo, pues tal vez esperaba otra respuesta.

—Queda, pues, convenido, señor mariscal, que respetaré el duelo de vuestro corazón.

Y, mientras él se inclinaba para besar la mano de la princesa, ésta añadió con melancólica sonrisa:

—El licenciado Ambrosio Paré dice que tengo admirables disposiciones para la Medicina… ¡Quién sabe si llegaré a curaros!

Este fue el pacto que hicieron.

Después de la ceremonia, Francisco se lanzó a una serie de peligrosas campañas; pero, como dijera antes, parecía que la muerte no lo quería. En cuanto a Enrique, no volvió a ver a su hermano mayor. Se hubiera dicho que los dos hermanos trataban de evitarse. Cuando uno guerreaba en el Norte, el otro se hallaba en el Sur. El día del encuentro debía llegar, no obstante, y para aquel día se preparaban terribles dramas, porque los dos hermanos seguían amando a Juana de Piennes, a la sazón desaparecida, sin que ninguno de ellos, a pesar de sus pesquisas, la hubiera podido hallar. ¿Qué había sido de aquella mujer tan adorada? Más afortunada que Francisco, ¿habría hallado refugio en la muerte? ¿Había cesado de sufrir y el calvario de su corazón de esposa la había conducido al sepulcro?

¡No! ¡Juana vivía! Si luchar sin descanso contra el dolor, si ahogar a cada instante las palpitaciones de un corazón apasionado, si pasar las noches, los meses y los años llorando el paraíso perdido,

puede llamarse vivir, Juana vivía. ¿De qué modo salió la desgraciada del palacio de Montmorency, después de la espantosa escena en que se había consumado su sacrificio? ¿Cómo no murió de desesperación?… ¿Quién la recogió y salvó? ¿Cómo transcurrieron los años que siguieron en lenta y sombría agonía de amor?

Nos ha sido imposible reconstruir estos hechos de una existencia destrozada. Ahora hallamos a Juana en una pobre casa de la calle de San Dionisio. Habita en el último piso, bajo el tejado, una reducida vivienda compuesta de tres pequeñas habitaciones. Y al hallarla de nuevo, podemos comprender cuál es la fuerza que ha sostenido su vida. Entremos en la buhardilla; penetremos en una habitación clara, pobre, pero arreglada con delicioso gusto; observemos el cuadro admirable que se ofrece a nuestros ojos y escuchemos.

Juana acaba de entrar en la pequeña habitación y se dirige a una ventana, cerca de la cual está sentada una joven. Al pasar Juana, se detiene ante un espejo, se mira y piensa:

«*¡Qué ajada me encontraría si me viera ahora! ¿Me reconocería acaso? ¡Ay! ¡Ya no soy la Juana de antes, ya no soy la que él llamaba el hada de la Primavera! ¡Ya no soy más que la Dama Enlutada… y no soy, tal vez, ni yo misma!*».

¡Juana se engaña! ¡Está admirablemente hermosa! Su palidez no menoscaba la belleza ideal de su semblante, la perfecta pureza de sus líneas y el armonioso esplendor de sus cabellos. Tan sólo el brillo de sus ojos se ha velado un poco. Sus labios, en que retozaba antes la risa, han tomado grave aspecto, pero siempre es la mujer hermosa que los vecinos llaman la Dama Enlutada, porque lleva en sus vestidos el mismo duelo que en su corazón. Sus ojos velados adquieren de nuevo su antiguo brillo y su boca cerrada vuelve a sonreír como antaño, cuando su mirada se posa en la jovencita que, cerca de la ventana, trabaja activamente en una labor de tapicería. ¡Ah! ¡Es que aquella pequeña obrera de sonrosados dedos que corren entre la lana, es su hija, su Luisa! Ahora ya sabemos por qué Juana vive todavía y por qué ha querido vivir. Juana es una mujer

que ha sufrido indecibles torturas en su pasión de amante; una esposa que ha experimentado la más espantosa desgracia que pueda herir a una mujer. ¡Pero siempre es y ha sido madre antes que todo! Y si se estremeció de alegría al comprender que iba a cumplirse en ella el misterio de la maternidad, si entonces adoraba ya a su pequeña Luisa, ¡cómo no la amará ahora!

Luisa parece tener unos diez y seis años. Sus ojos de azul intenso, casi violeta, parecen reflejar la infinita pureza de un cielo de mayo, en las mañanas inefables en que la inmensidad celeste parece más profunda y el firmamento más azul… Sus cabellos forman alrededor de su frente de nieve un nimbo nebuloso, casi fluido, tan finos y sedosos son, un nimbo que se dora a los rayos del sol, como si un pintor genial se hubiera complacido en emplear en ellos todo el oro de su paleta. Su actitud, su gesto y su palabra, son un poema de armonía. De aquel conjunto maravilloso, se desprende un no sé qué de fuerza, flexibilidad y orgullo. Sin embargo, ¡qué melancolía la de aquel rostro tan radiante, tan noble de líneas y tan expresivo! ¡Porque lleva en él la marca de la fatalidad; porque al paso de la hija, como al de la madre, se desatan las pasiones tumultuosas creadoras de dramas!

Juana se ha acercado a su hija, la cual levanta la cabeza. La madre y la hija se sonríen… y quien las viera en aquel instante, dudaría de cuál de las dos es la más admirable y juraría que son dos hermanas que se llevan pocos años de edad. Juana se sienta ante Luisa, toma el otro extremo de la tapicería y se pone a trabajar activamente.

—Madre —dice Luisa—, descansad. Hace ya tres noches que trabajáis en esta labor… y ahora ya puedo terminarla yo en algunas horas.

—¡Querida Luisa! ¿Olvidas sin duda que debo llevarla hoy mismo a aquella joven dama?

—¡Qué, según me habéis dicho, pertenece a la clase media acomodada…!, la señora María Touchet, ¿no es eso?

—Sí, hija.

—¡Ah, madre! ¿Por qué no pertenecemos también a la clase media? ¿Por qué seremos pobres obreras? Digo esto por vos, porque yo, ¡soy tan feliz!

Juana mira tristemente a su hija y se dice:

«*¡A la clase media!*» —y se pierde luego en tristes pensamiento—. «*¡Pobre niña sin nombre! ¿Qué dirías si supieras que te llamas Luisa de Montmorency?*».

—¿En qué pensáis, madre?

Juana tiembla… sus ojos se llenan de lágrimas y su seno palpita. Lentamente, como si evocara cosas ya muertas, contesta:

—Pienso, hija mía, que tal vez no has nacido para este penoso trabajo… y que es muy triste para mí ver tus lindos dedos llenos de pinchazos, y cogiendo la mano de su hija, la cubrió de besos.

Luisa se echó a reír.

—¡Bueno, madre! —exclamó—. ¿Creéis, pues, que tengo manos de princesita?

La madre se estremeció al oír estas palabras.

«¡*Quién sabe*!» —se decía—. «*Si aquellos dos hombres malditos*…».

Luisa, dejando de trabajar, exclamó:

—¡Ah madre! ¿Cuándo me descubriréis el terrible secreto que pesa sobre vuestra vida?

«*¡Jamás!*» —se dice Juana por lo bajo.

—¿Cuándo me diréis —continúa Luisa, que no ha oído la exclamación de su madre—, cuando me diréis el nombre de los dos hombres que causaron la desgracia de vuestra vida? Sólo me habéis dicho uno…

—Sí, el del caballero de Pardaillán.

—No lo olvido, madre mía, y os juro que detesto a ese hombre, por el mal que os ha hecho. ¿Pero y el otro? ¿Por qué no me decís el nombre del otro, que, sin duda, es más criminal que el primero?

«*¡Jamás! ¡Jamás!*» —repitió Juana para sus adentros.

Luisa respeta el silencio de su madre y da un suspiro. Las dos mujeres se inclinan sobre la tapicería y no se ve más que sus manos ágiles que van y vienen sobre la labor, en tanto que sus cabellos se tocan, se rozan… Pronto está listo el trabajo. Juana, entonces, se envuelve en un mantón y después de haber besado a Luisa sale en dirección a la casa de la dama que le ha encargado el trabajo, la señora María Touchet.

Luisa acompaña a su madre hasta la puerta de la escalera. Luego entra de nuevo en la buhardilla y atraída por invencible fuerza

corre a la ventana de la otra pieza que da a la calle de San Dionisio. Enfrente se alza una gran casa; la posada de «La Adivinadora». Luisa levanta su encantadora cabeza hacia la posada, medrosa y furtivamente mientras que la esperanza y la emoción levantan su pecho. Allá en lo alto, en una ventana del granero, aparece un joven caballero que con la punta de sus dedos manda un beso a la niña. Luisa vacila, se ruboriza, luego palidece… permanece unos instantes con la vista fija en el desconocido… ¡y aquella mirada es tal vez una confesión!… Aquel joven caballero lleva un nombre que ignora la niña y que, si fuese pronunciado, resonaría como una maldición en el corazón de Juana. ¡Porque el joven se llama el caballero Juan de Pardaillán!…

XI - Pardaillán, Galaor, Pipeau y Granizo

HACÍA CASI TRES AÑOS que Juan de Pardaillán ocupaba una habitación situada en lo alto de la posada de «La Adivinadora», cuya ventana daba a la calle de San Dionisio. Vamos a ver cómo un pobre diablo como él podía permitirse el lujo de alojarse en «La Adivinadora», la primera posada del barrio, renombrada en todo París por sus asados, hasta el punto de que Ronsard y su corte de poetas iban a festejar allí: «La Adivinadora», así bautizada cuarenta años atrás por el mismo Rabelais, era dirigida por el ilustre maese Landry Gregoire, hijo único y sucesor de Gregoire, famoso repostero.

Juan de Pardaillán, decimos, era un pobre diablo que no tenía un cuarto. Era un joven de unos veinte años, alto, delgado y flexible como una espada viviente. En verano como en invierno, vestía el mismo traje de terciopelo gris; en lugar del birrete, llevaba una especie de sombrero redondo —que más tarde había de poner de moda Enrique III, y del cual era inventor Pardaillán—, adornado con una pluma roja de gallo que brillaba al sol y le daba marcial aspecto. Sus botas de color gris rata, modelando sus piernas finas y nerviosas le subían hasta la altura de los muslos. En los tacones llevaba espuelas formidables; del cinturón de cuero raído colgaba una espada desmesurada y cuando, desde las espuelas, la mirada subía hasta aquella espada, de ésta al ancho pecho que cubría un jubón remendado, y del pecho a unos bigotes erizados y más arriba a unos ojos que echaban chispas, cubiertos, en parte, por el ala del sombrero ladeado hacia la oreja, los hombres guardaban de aquel conjunto una impresión de fuerza que les inspiraba instantáneamente un respeto que no cuidaban de disimular, y las mujeres se admiraban de la elegancia y belleza diabólica del caballero, admiración que más de una conseguía apenas disimular.

En efecto, el amor de las mujeres por un hombre está en razón directa del respeto que inspira a los demás hombres. Un porte gallardo, una cara juvenil cuyos ojos lanzan llamas de cólera o de

amor, una actitud de matamoros, gestos graciosos y sobrios, expresivos, labios finos y sonrisa muy agradable y tierna bajo los pelos erizados del bigote; he aquí lo que se advertía en Pardaillán.

El vestido podía estar ajado, desteñido por el sol y las lluvias, agujereado por las estocadas, pero el que lo llevaba no dejaba de ser por esto un tipo maravilloso de elegancia innata, graciosa y algo terrible. En toda la calle de San Dionisio y en la vecindad, en la calle del Temple, en la de San Antonio, en las tabernuchas de la calle de Mauvais Garloons, el caballero de Pardaillán era conocido y temido.

Más de un marido arrugaba el entrecejo al verlo pasar, altivo como un rey, pobre como un mendigo, pero más de una burguesa se volvía a mirarlo con una sonrisa en los labios, y hasta las grandes damas levantaban las cortinillas de sus literas para acompañarlo con la mirada. Y él, cándido en el fondo, no observaba aquella admiración de que era objeto, y hacía resonar sus espuelas al andar, con la nariz al aire como lobato que busca aventuras —aventuras de combates, de amor, golpes que dar o recibir, ocasiones en que desenvainar la brillante espada, besos furtivos, todo le parecía bien—. Para la ronda era un pájaro de cuenta al que había que respetar, esperando la ocasión favorable para darle muerte sin ruido.

La gente maleante sentía por él admiración sin límites y le habían ofrecido más de una vez, pero inútilmente, el cetro del reino del Argot. Esta estima de la gente del bronce va, tal vez, a rebajar la que por él pudiera sentir el lector, pero no podemos hacer otra cosa que relatar la verdad de los hechos.

Así, pues, el caballero de Pardaillán, exceptuando su salud, su fuerza y su elegancia, no poseía nada en el mundo. Pero nos equivocamos: poseía a Galaor, a Pipeau y a Granizo.

¿Quién era Galaor? Un caballo.

¿Pipeau? Un perro.

¿Granizo? Una espada.

¿Cómo había llegado a ser legítimo poseedor de estos tres seres? Y decimos tres seres porque la espada Granizo, en manos de Pardaillán, se convertía en una cosa viva, rápida, vertiginosa, que tenía un verdadero lenguaje. No carece de interés el saberlo, tanto más cuanto que la historia de estos tres seres está íntimamente

relacionada con muchos sucesos de esta narración.

* * * * *

Seis meses antes del día en que vemos a Pardaillán mandar un beso con la punta de los dedos a la joven Luisa, Pardaillán padre había llamado a su hijo. El anciano aventurero habitaba la posada de «La Adivinadora» hacía ya dos años, ocupando con su hijo un estrecho cuartito oscuro que daba a un sombrío patio.

—Hijo mío —le dijo—, me despido de vos.

—¡Cómo, señor! ¿Os vais? —exclamó el joven con una vehemencia que hizo latir de alegría el corazón de su padre.

—Sí, hijo mío, me voy. No obstante, os propongo llevaros conmigo.

El joven caballero, que raras veces se ruborizaba y menos aún palidecía, se sonrojó y palideció, alternativamente, al oír esta proposición. El viejo Pardaillán, que lo examinaba atentamente, se encogió de hombros y añadió:

—Os propongo Llevaros conmigo, pero creo que haríais mejor quedándoos en París. París, hijo, es la gran marmita en que las brujas cuecen a la vez la buena y la mala fortuna. Algo me dice que en la distribución que hacen las brujas os tocará la suerte. Así, pues, me despido de vos.

—Pero, padre —dijo Juan, más conmovido de lo que quería aparentar—, ¿quién os obliga a alejaros?

—Una infinidad de cosas y aún una más. ¿Qué queréis? Siento la nostalgia de los caminos. Añoro los rayos del sol y las lluvias. Me ahogo en París. En fin, es necesario que me vaya.

Tal vez el viejo Pardaillán tenía otros motivos más imperiosos para marcharse de París, porque parecía cohibido al dar sus explicaciones.

—En el momento de separamos —continuó diciendo— tal vez para siempre, porque soy ya muy viejo, siento, caballero, no dejaros otra cosa que consejos; pero por lo menos éstos, que constituyen vuestra herencia, valen la pena de ser seguidos.

Juan no pudo contener una lágrima que rodó por su mejilla.

—¡Cómo! ¿Lloráis, caballero? Esto me apena. Guardad vuestras

lágrimas para desgracias mayores. Me voy, querido hijo; pero puedo lisonjearme de haber hecho de vos un hombre capaz de poder luchar contra esta cosa perversa y maléfica que se llama la vida. Sois esgrimidor cumplido, y no hay maestro de armas, en todo el reino capaz de parar las estocadas que os he enseñado; tenéis ojos vivos, puños infatigables, sangre fría, valor, nada os falta. En los diez y seis años que han transcurrido últimamente os he llevado siempre conmigo; ya sobre mi caballo o en mis espaldas, cuando erais pequeño, o bien sobre vuestras piernas, o sobre la montura que la casualidad nos deparaba; cuando erais adolescente, habéis recorrido en todos los sentidos los países de Francia, Borgoña, Provenza, los de la lengua de Oc y los de la lengua de Oil, Habéis aprendido las cosas más difíciles de aprender, como son: dormir sobre el bendito suelo, con la silla del caballo por almohada; acostarse sin comer; sufrir indiferentemente frío o calor, sonreír al sol y a la lluvia; saludar al viento tempestuoso que se introduce bajo la capa, tener sed y hambre. Sí, sabéis todo esto, hijo mío, y por esta razón estáis hecho de hierro y acero.

El viejo Pardaillán contempló a su hijo con orgullosa admiración, y añadió:

—Sin embargo, hubierais podido vivir dichoso y tranquilo, sucederme en un buen empleo, en el seno de la riqueza y la prosperidad, a las órdenes de un señor noble como un rey y más rico que el rey. Un crimen cambió mi destino y el vuestro.

—¿Un crimen, padre? —exclamó Juan con ansiedad.

—Un crimen o una necedad; es lo mismo. Yo lo cometí.

—¡Vos! ¡Imposible! ¡Vos que tenéis tan buen corazón…!

—¡Caramba, hijo mío!, ¡qué de prisa vais! ¡Por vida de Pilatos y Barrabás! Oíd; Después de una existencia de aventurero, de paria, de truhan, para decirlo todo, acabé por hallar la tranquilidad: abundancia, buenos vinos y el resto, todo lo que constituye el bienestar de la vida. Hubiera debido guardar mi empleo, sobre todo por vos, hijo mío. Pero un día mi señor me encargó una comisión de las más fáciles: robar una niña de pañales. Lo hice y recibí en recompensa un diamante que valía, por lo menos, tres mil escudos. Me prometieron el doble si guardaba la pequeña en mi poder. No os hablo de otra cláusula del trato, porque estaba firmemente decidido

a no cumplirla…

—¿Y qué más?

—Pues que cometí la tontería de prestar oídos a no sé qué absurda voz que murmuraba en mi corazón. El caso es que devolví la niña a su madre. Resultado: diez y seis años de vida errante para mí y la miseria para vos.

—¿Cómo se llamaba la madre? ¿Cuál era el nombre del señor que os hacía estos encargos?

—El secreto no me pertenece, hijo mío… —continuó—, gracias a este crimen sois más pobre que Job. Por lo demás, a esto se reduce vuestro parecido con aquel santo hombre tan piadoso y casto.

Juan se ruborizó un poco.

Pardaillán padre, después de reflexionar un minuto, continuó:

—Ahora, caballero, oíd bien lo que voy a deciros. Escuchad con toda vuestra alma y recoged la herencia de mis buenos y leales consejos.

Juan prestó toda la atención de que fue capaz y se preparó a recibir lo que constituía su herencia.

—En primer lugar —dijo el viejo aventurero— «desconfiad de los hombres». No hay ninguno que valga tanto como la cuerda que podría ahorcarlo. Si veis a uno que se ahoga, echadle vuestro sombrero y pasad de largo. Si veis que unos bandidos atacan a un burgués en la esquina de una calle, doblad por la otra. Si alguien se titula vuestro amigo, reflexionad enseguida en el mal que os puede hacer. Si un hombre declara que tiene buenas intenciones para con vos, poneos una cota de mallas. Si os piden ayuda, tapaos los oídos. ¿Me prometéis no olvidar estas palabras?

—Os lo prometo, señor. ¿Qué más?

—En segundo lugar, «desconfiad de las mujeres». La más dulce oculta a una furia. Sus finos cabellos son otras tantas serpientes que rodean el cuerpo de sus víctimas y las ahogan. Sus ojos hieren como puñales. Su sonrisa envenena. ¿Me entendéis bien, hijo mío? Tened tantas mujeres como queráis. Bien plantado como sois, no os faltarán. Pero no os entreguéis a ninguna, si no queréis morir aplastado por las mentiras y las traiciones. ¡Desconfiad de las mujeres, caballero!

—Os lo prometo, señor. ¿Qué más?

—En tercer lugar, «desconfiad de vos mismo». ¡Sobre todo de vos mismo! Desechad, para empezar, los malos consejos de la misericordia, del amor, de la piedad, y todos los lazos que no dejará de tenderos vuestro corazón. Lo conseguiréis en pocos años. Con un poco de buena voluntad, seréis como los demás hombres: duro, despiadado, egoísta y entonces estaréis sólidamente armado. ¿Me habéis comprendido?

—Sí, padre mío, y os prometo hacer cuanto de mí dependa para seguir vuestros consejos.

—Bueno. Me marcho tranquilo. Os dejo a Granizo —añadió Pardaillán, mirando tiernamente a una larga espada colgada de la pared. La tomó y la ciñó por sí mismo a su hijo, diciendo:

—Ya estáis armado caballero.

Y con el tono que emplearía un rey para armar caballero a uno de sus nobles, pronunció la fórmula, pero mitificándola como sigue:

—¡Sed fuerte contra vos mismo, contra las mujeres y contra los hombres! Granizo os ayudará. Es una amiga que no os hará traición, una querida siempre fiel. ¡Adiós, hijo mío, adiós!

—¡Padre! ¡Padre! —exclamó Juan fuera de sí—. ¡Decidme el nombre de la madre a la que devolvisteis su hija! ¡El nombre de vuestro antiguo señor!

—Caballero —dijo el aventurero con gravedad—, os repito que este secreto no me pertenece.

Juan comprendió que la resolución de su padre era irrevocable. Así que no insistió y se limitó a acompañarlo hasta las afueras de París, él a pie y su padre a caballo. Cuando llegaron a cierta distancia de la ciudad, Pardaillán padre desmontó y abrazó a su hijo estrechamente contra su pecho y luego, montando de nuevo, se alejó al galope. Juan lloró mucho y, agobiado por la pena, olvidó muy pronto los dos nombres que su padre no le había querido decir. Así fue como quedó solo en el mundo y adquirió a Granizo.

Unos quince días después de la partida de su padre, el caballero de Pardaillán se paseaba una tarde muy melancólico por la orilla del Sena, cuando vio a unos pilluelos que ataban las patas de un perro, con evidente intención de ahogarlo. Arrojarse contra todos ellos y dispersarlos a puntapiés y puñetazos, fue, para el caballero, obra de un instante. Luego liberó al pobre animal, mientras se

decía:

«*Mi padre me ordenó que dejara ahogar a los hombres, pero no a los perros. Por lo pronto, no lo he desobedecido*».

Es inútil decir que el animal se pegó a las piernas del joven y que ya no quiso abandonarlo. Pardaillán, que conseguía con bastante dificultad el cotidiano alimento para sí solo, quiso despedir al animal. Pero éste se echó a sus pies y lo miró de modo tan cariñoso que el caballero, ya vencido, se lo llevó con él a la hostería. Al cabo de tres meses Pardaillán conocía las cualidades de su perro, al que llamó Pipeau.

Pipeau era un perro de pastor de pelo rojo y erizado ni bonito ni feo, pero de muy buena presencia y, sobretodo, admirable por la inteligencia y mansedumbre de sus ojos. Poseía unas quijadas capaces de romper hierro; era algo loco y gustaba frenéticamente de perseguir a los pájaros cuando los veía a cierta distancia posados en el suelo, y al llegar al lugar en que se hallaban, parecía muy asombrado de que no lo hubieran aguardado.

Era un perro glotón, ladrón y embustero. Este último epíteto no sorprenderá a nadie, porque todo el mundo sabe que los perros hablan para quien sabe entenderlos. Pero Pipeau, entre tantos defectos, poseía una cualidad: era valiente; y en cuanto a fidelidad, era la perla de los perros, es decir, de los seres más abnegados de la creación.

La noche en que Pardaillán entró en la posada acompañado de su perro, cosa de quince días después de la partida de su padre, el caballero subió tristemente a su pobre gabinete oscuro y echó una mirada a la tristeza de aquella cama, en una habitación sin aire y sin luz.

—No es posible —murmuró— que permanezca por más tiempo en esta ratonera. Me moriría en ella ahora que no está mi padre para alegrarla. ¡Por Pílatos y Barrabás!, Como decía él, necesito un cuarto habitable. Pero ¿dónde hallarlo?

Mientras reflexionaba así, vio por azar la puerta que estaba enfrente de la suya. Estaba entreabierta y, empujándola, vio que daba a una hermosa habitación, con muy buena cama, sillas, una mesa y hasta un sillón.

—¡He aquí lo que necesito! —exclamó Pardaillán al ver que la pieza estaba deshabitada.

Abrió la ventana y vio que daba a la calle de San Dionisio.

—«*Vista agradable*» —se dijo Pardaillán—, «*sana y capaz de inspirar buenas ideas*».

Iba a cerrar de nuevo la ventana, cuando su mirada se fijó en la casa de enfrente, algo más baja que la de la posada, y en una de sus ventanas vio algo que le arrancó un grito de admiración. Era una cabeza de mujer joven, tan hermosa con sus cabellos de oro, de tan dulce aspecto, y con tal inocencia pintada en su hermoso semblante, que le pareció haber entrevisto un ser celestial. Y entonces se dio cuenta de que, varias veces, había hallado por la calle de San Dionisio a la joven que contemplaba.

Al oír el grito que dio, la joven se ruborizó y cerró la ventana. Pardaillán permaneció en el mismo sitio, durante una hora, y más tiempo hubiera estado allí de no ser interrumpido bruscamente en su contemplación. Se volvió, arrugando el entrecejo, y se vio en presencia de maese Landry Gregoire, actual propietario de «La Adivinadora» y sucesor del padre.

El hostelero era un ser extraño que, al avanzar en edad, había crecido en anchura, en vez de hacerlo en altura como todos sus semejantes. Resultó de ello que, al cumplir los cuarenta años, es decir, en la época en que lo presentamos a nuestros lectores, maese Landry parecía una bola inmensa puesta en equilibrio sobre dos masas carnosas y coronada por una cabezota en la que a duras penas podían descubrirse dos ojuelos tímidos y socarrones.

—Iba precisamente a vuestra habitación señor caballero —dijo Landry, haciendo inútiles esfuerzos para inclinarse.

—Pues ya estáis en ella —dijo Pardaillán, instalándose en el sillón.

—¡Cómo! —exclamó Landry, sobrecogido por doloroso presentimiento.

—Sí, amigo mío. He cambiado de habitación. Desde hoy me instalo en ésta.

Landry se puso encendido como si fuera a sufrir un ataque de apoplejía.

—Caballero —dijo, sacando de la conciencia de sus derechos la

energía necesaria—, iba a deciros, precisamente, que no puedo continuar cediéndoos el gabinete oscuro.

—¡Ya lo veis!, ¡estamos de acuerdo! —observó el caballero con gran sangre fría.

—Y con mayor razón no puedo cederos ésta —prosiguió maese Landry exasperado—, pues esta habitación vale muy bien sus cincuenta escudos por año. Ya es tiempo de que hable claro, señor caballero… Cuando vuestro padre me hizo el honor de alojarse en mi posada, hace ya dos años de ello, me prometió pagarme puntualmente. Tuve paciencia durante seis meses, es decir, cinco más que cualquiera de mis compañeros…

—Esto os honra mucho, maese Landry.

—Sí, pero no me enriquece. Al cabo de seis meses, no habiendo recibido un solo escudo, me presenté a vuestro señor padre y le rogué que me pagara lo atrasado.

—¿Y qué hizo mi venerable padre? ¿Os pegó?

—¡Me apaleó, señor! —dijo maese Landry con majestuosa indignación.

—¿Y desde entonces quedasteis convencido de la impertinencia que hay en reclamar dinero a un caballero?

—Sí, señor —dijo el amo de la hostería—. Pero debo añadir que vuestro padre me hacía algunos servicios. Protegía mi posada y no había otro como él para coger a un borracho y echarlo a la calle.

—En este caso vos le debéis dinero a él, Landry. No importa, os concederé el crédito que queráis para el pago.

Landry, cuya cara era de color carmín, se volvió violácea. Durante algunos instantes no pudo hablar a causa de su congestión, y luego repuso:

—Hablemos seriamente, caballero.

—¿Qué queréis, pues? ¡Explicaos de una vez!

—Señor, deseo que os marchéis, a menos de que me paguéis lo atrasado que me debe vuestro señor padre y el gasto que vos mismo habéis hecho.

—¿Ésta es vuestra última palabra, amigo mío? —dijo Pardaillán tranquilamente.

Envalentonado por el aire apacible del joven, el hostelero contestó con energía:

—Mi última palabra. Espero que mañana la habitación estará libre.

Con gran tranquilidad, el caballero pasó a su habitación, tomó un bastón corto, el mismo que sirviera a su padre, y, cogiendo a Landry por uno de sus cortos brazos, levantó el palo y lo dejó caer sobre su espalda.

—Un buen hijo debe imitar las virtudes de su padre —dijo—; mi padre os apaleó y mi deber es apalearos también.

Y Pardaillán se puso en efecto, a apalear a maese Landry Gregoire concienzudamente, como hombre que no hace las cosas a medias. El posadero empezó a dar gritos espantosos que resonaron por toda la casa.

—¡Socorro! ¡Al asesino! —y otras exclamaciones semejantes que ya no inquietaban a nadie por la frecuencia con que se oían.

Los vecinos supusieron que asesinaban a un hugonote, y se estuvieron quietos en sus casas. En cuanto a las gentes de la posada, ya supusieron de qué se trataba. En un instante la habitación fue invadida por los criados. Entonces Pardaillán cogió al desgraciado posadero y, levantándolo en vilo, lo suspendió en el vacío, a través de la ventana abierta.

—¡Fuera todos! —gritó con tranquila voz—. ¡Fuera, o lo dejo caer!

—¡Idos! ¡Idos! —gritó el pobre posadero más muerto que vivo.

Los criados se retiraron a toda prisa. Sólo se quedó la señora Landry, que no estaba muy alarmada por la peligrosa situación de su marido.

—¡Gracias, señor caballero! —exclamó Landry con voz apagada.

—¿Estamos de acuerdo, no es verdad? ¿No me volveréis a hacer estas estúpidas peticiones?

—¡Jamás! ¡Jamás!

—¿Podré ocupar esta habitación?

—Sí, sí, Pero entradme, por el amor de Dios. ¡Me muero!

El caballero, sin apresurarse, reintegró al posadero dentro de la habitación y lo dejó casi desvanecido en el sillón. Su esposa se apresuró a mojarle las sienes con vinagre.

—¡Ah, señor caballero! —dijo con mirada que no tenía nada de severa—, ¡qué susto me habéis dado! ¡Si llegáis a dejar caer a mi

pobre marido, se hubiera matado!

—¡Era imposible! —dijo fríamente Pardaillán. El posadero abrió un ojo y murmuró:

—¿Imposible…?

—¡Sin duda alguna, amigo mío! Habríais caído sobre el vientre y rebotado como una pelota sin haceros mal alguno.

Landry al oír tan peregrina explicación, acabó de desvanecerse. Cuando volvió en sí, tuvo una explicación con el caballero de Pardaillán por la que se convino que el joven habitaría la hermosa habitación y que podría comer en la posada con la condición de prestar los mismos servicios que su padre. A ello se comprometió el caballero bajo palabra de honor. Y de esta manera fue firmada la paz entre Pardaillán y maese Gregoire.

Hemos explicado cómo era posible que el joven Pardaillán se alojara en una de las mejores posadas de París. Habiendo relatado también de qué manera había heredado a Granizo y adquirió a Pipeau, ya no falta más que dar cuenta de qué modo se había hecho amo de Galaor.

Una noche, el caballero de Pardaillán salía de un tabernucho de la calle de Francs-Bourgeois, en donde había bebido bastantes vasos de hipocrás[6] en compañía de varios amigos. Estaba casi borracho, es decir, su fino bigote estaba más erizado que nunca, y Granizo, más batalladora que de costumbre, ocupaba toda la anchura de la estrecha calle. Cantaba un soneto de moda compuesto por el poeta Ronsard, según se decía, para una poderosa princesa:

Cuando seáis vieja y por la noche,
sentada; cabe el hogar, hilando el lino
diréis, cantando, admirada, mis versos:
¡Ronsard me celebraba cuando yo era hermosa!

—¡Por Pilatos y Barrabás! —dijo el caballero para sí, entrando en la calle de la Tisseranderie—… ¿Estaré realmente enamorado?

«¡*Desconfía de las mujeres*!».

«… *¿Habré olvidado los buenos consejos de mi padre?…*».

«*Sus finos cabellos son como serpientes que ahogan… Su sonrisa envenena… sus ojos*».

«… *¡Qué ojos tiene ella…!*».

«¡*Desconfía de las mujeres*!»…

De pronto, cuando más distraído estaba nuestro héroe, oyó una voz que gritaba:

—¡Socorro! ¡Al asesino!

—¡Hola! —dijo Pardaillán—, he aquí un individuo que, según me parece va a hallarse pronto en el otro mundo.

—¡Socorro! —repitió la voz, que parecía de viejo.

—Los gritos vienen de la calle de San Antonio, y, según los consejos de mi padre, debo irme corriendo hacia el otro lado, a la posada.

Al oír el primer grito, el joven había empezado a correr con la ligereza y agilidad de un hombre que ha empleado su adolescencia en subir a los árboles, en franquear rocas atravesar torrentes a nado y que más de una vez había tenido necesidad de recurrir a sus piernas ante un enemigo demasiado numeroso… No tardó en llegar a la calle de San Antonio.

«*¡Caramba!*» —se dijo al notarlo—. «*Hubiera jurado que entraba en la calle de San Dionisio*».

Allí vio dos hombres acorralados por unos diez trúhanes, Ambos iban montados a caballo. Uno de ellos llevaba de la brida otra montura completamente ensillada. Era un anciano vestido como servidor de gran casa. Éste era el que gritaba:

—¡Al asesino! ¡Socorro!

Pero los trúhanes, sabiendo perfectamente que no acudiría nadie y que la ronda, al oír los gritos seguiría prudentemente otro camino, no se cuidaban para nada del viejo y asediaban al otro caballero que, sin decir palabra, se defendía enérgicamente, como lo probaban los dos asesinos tendidos en el suelo con la cabeza destrozada. No obstante, aquel hombre tan vigoroso y valiente iba a sucumbir. Sus asaltantes lo habían acorralado y a la sazón trataban de desarmarlo.

—¡Sosteneos, caballero! —exclamó de pronto una voz tranquila y hasta burlona—. ¡Voy a socorreros!

Al mismo tiempo Pardaillán surgió entre los que peleaban y empezó a distribuir a los trúhanes una granizada de golpes. No había desenvainado aún su espada, pero cogiendo por el cuello a los

dos de la banda que tenía más cerca los aproximó uno a otro con irresistible fuerza. Las dos caras chocaron entre sí y ambas narices empezaron a sangrar. Entonces, con movimiento inverso, Pardaillán los separó y lanzó el uno a derecha y el otro a la izquierda, semejante a una catapulta.

Cada uno de los trúhanes fue a caer a diez pasos, arrastrando en su caída a dos o tres de sus camaradas. Entonces el caballero se colocó ante el desconocido y con amplio gesto desenvainó Granizo. ¿Acaso los trúhanes se asustaron por la maniobra y por la fuerza muscular que demostraba el joven? ¿Reconocieron a Pardaillán que, entre ellos, tenía fama de terrible? El caso es que, tácitamente, emprendieron la retirada y en un instante desaparecieron, llevándose a sus heridos, como fantasmas que se desvanecen en la noche.

—¡Por Dios que sois valiente! —exclamó el caballero—. Me habéis salvado la vida…

El caballero de Pardaillán envainó nuevamente la espada, se quitó el sombrero y dijo:

—¿Sabéis, señor, lo que acabo de hacer?

—¡Por el diablo! ¡Acabáis de salvarme, os digo! ¡*Pardiez*! ¡Vaya unos puños!

—No, señor —dijo Pardaillán con la misma flema—; acabo de cometer un crimen.

—¡Un crimen! Tenéis ganas de bromear —exclamó el caballero, estupefacto.

—De ninguna manera. He desobedecido a un mandato formal de mi padre. Y temo que ello me acarree alguna desgracia. Estas palabras fueron pronunciadas en tono glacial.

—De todas suertes me habéis prestado un gran servicio —contestó el desconocido—. ¿Qué puedo hacer por vos?

—Nada.

—Aceptad, por lo menos, en recuerdo de esta aventura, el caballo que mi criado lleva de la brida. Galaor es el mejor de mis cuadras. Y, además, su nombre os gustará, ya que os conducís como lo hubiera hecho el verdadero Galaor.

—¡Bueno! ¡Tomo el caballo! —contestó Pardaillán con el tono de un rey aceptando el homenaje de uno de sus súbditos. Y con la

ligereza de un jinete que, desde la edad de cinco años, había cabalgado por montes y valles, saltó sobre Galaor.

El desconocido hizo un gesto de despedida y se alejó. En el momento en que el anciano servidor se disponía a seguirlo a distancia respetuosa. Pardaillán se acercó a él y le preguntó en voz baja:

—¿Hay algún inconveniente en saber el nombre de este caballero, por quien he cometido el crimen de desobedecer a mi padre?

—Ninguno, señor —dijo asombrado el viejo.

—¿Entonces este caballero se llama…?

—Es monseñor Enrique de Montmorency, mariscal de Damville…

* * * * *

Aquella noche Pardaillán llevó consigo un nuevo huésped a «La Adivinadora». Llegó en el momento en que cerraban la posada; sin preguntar nada a nadie condujo a la cuadra a Galaor, lo instaló en el mejor lugar y echó una medida de avena en el pesebre. Luego, encendió una linterna, y se puso a examinar su adquisición con el cuidado y competencia de un inteligente en la materia.

Con un silbido largamente modulado y acompañado de movimientos significativos de la cabeza, expresó su admiración. Galaor era un caballo ruano que tendría unos cuatro años, de cabeza fina, frente espaciosa, ollares abiertos, piernas delgadas y bien dibujadas y la grupa fina. Era un magnífico animal.

—¿Qué diablos hacéis ahí? —exclamó de pronto la voz de maese Landry, el hostelero.

Pardaillán volvió ligeramente la cabeza hacia la bola de grasa que le interrogaba, y, contestó:

—Examino el producto de mi último crimen.

Landry se estremeció.

—¿Así pues, este caballo os pertenece, señor caballero?

—Ya os lo he dicho, maese Landry —contestó Pardaillán, echando en el pesebre un haz de alfalfa.

—¿Y su alimentación correrá de mi cuenta? —añadió el

posadero alarmado.

—¿Quisierais, pues, que este noble animal se muriese de hambre?

Y el caballero, después de haberse cerciorado con una última mirada de que no faltaba nada a Galaor, dio las buenas noches al hostelero y se fue a dormir. Maese Landry se cogió entonces la cabeza con las manos y exasperado trató de arrancarse algunos cabellos, pero no lo consiguió porque era completamente calvo y su cráneo tenía la desnudez absoluta de una bola de billar.

A partir de aquel día sólo se vio a Pardaillán montado sobre Galaor precedido de Pipeau con la nariz al aire para sorprender todo lo que se pudiera comer o robar en los puestos de las vendedoras de volatería. En cuanto a Galaor, por nada del mundo se separaba de la línea recta, es decir, que era necesario que los peatones se apartaran si no querían ser atropellados. Es necesario añadir que por algunas palabras masculladas o por una mirada de cólera, la temible Granizo salía por sí sola de la vaina.

Pardaillán sobre Galaor, complicado por Pipeau, y agravado por Granizo, era el terror del barrio, queremos decir con ello que era el terror de los insolentes, de los pilluelos, truhanes, espadachines y fanfarrones que pululaban por allí, porque el caballero —y esto va a reconciliarlo con el lector, que tal vez le tenía cierta prevención, por lo que de su retrato hemos trazado—, el caballero, si intervenía en alguna querella, era siempre para ayudar al más débil; muchas veces llevaba con él a un mendigo a la hostería y lo hacía sentar a su mesa, y lo invitaba a comer, dándole los mejores bocados y ofreciéndole abundantes vasos de vino. En dichas ocasiones maese Landry no cabía en sí de gozo, aun cuando la presencia de los tipos astrosos que acompañaban a Pardaillán le molestaban un poco.

En efecto, aquellos días, Pardaillán, que no pagaba jamás su gasto cuando estaba solo, aquellos días, repetimos, pagaba generosamente. Una vez el hostelero no pudo abstenerse de preguntarle la razón de ello, y el caballero contestó fríamente:

—¿Os consideráis acaso un gran señor, amigo mío? Aun cuando fuerais el duque de Guisa, o el mismo rey, no os permitiría la impertinencia de pagar la comida a mis invitados: ¡Mis huéspedes lo son míos, maese Gregoire!

Otras veces se le veía llegar a la posada, siempre frío, siempre insensible, elegir un buen pollo bien asado, añadir pan y una botella de vino y alejarse después de haber echado un escudo al mozo o a la sirvienta. Y entonces si alguno, intrigado por sus actos, lo seguía, he aquí lo que veía: Pardaillán penetraba en algún zaquizamí, en donde observaba que reinaba la miseria, depositaba su paquete de víveres ante las pobres gentes hambrientas y, saludando con su sombrero, se marchaba enseguida sin decir una palabra. Al salir, no obstante, murmuraba:

—¡Vamos! ¡Acabo de desobedecer a mi padre! ¡Y seguramente me condenaré en el otro mundo!

Entretanto el caballero empezaba a aburrirse en éste. Se decía, con razón, que su existencia era indigna de un hombre que tenía sed de hermosas aventuras y que se sentía con ánimo para llevar a cabo grandes empresas. Sordas ambiciones, deseos vagos, lo hacían estar intranquilo. En una palabra, se fastidiaba. Los mejores momentos de su vida eran los que pasaba contemplando la ventana que se hallaba frente a la suya, y cuando, después de algunas horas de paciente acecho, podía entrever el hermoso semblante de la desconocida, era feliz.

La vecina, poco a poco, iba mostrándose menos arisca. Ya no cerraba precipitadamente la ventana, y levantaba la cabeza. Por fin llegó a contestar a la mirada del joven, con otra que nada tenía de temerosa. Pero las cosas no iban más lejos. Pardaillán y Luisa ignoraban respectivamente las condiciones del otro. ¿Sabían ya que se amaban?

El caballero sabía tan sólo que ella era hija de la bella desconocida a la que los vecinos llamaban la Dama Enlutada, y que las dos mujeres vivían modestamente del producto de las tapicerías que hacían para las damas de la nobleza y para las burguesas ricas. Un día Pardaillán estaba ocupado en su habitación, en el trabajo de zurcir su jubón. De ordinario era la señora Landry quien se ocupaba de ello, pero como la hermosa hostelera, que había sorprendido al joven con los ojos fijos en la ventana vecina, le ponía mala cara y no se dejaba ver, el caballero se dedicaba con bastante melancolía a tal trabajo. En efecto, no podía menos de ver que su traje de terciopelo gris, que estaba raído a más no poder, era incapaz de

inspirar admiración a ninguna mujer.

«*Mientras no halle el medio de vestirme como los gentilhombres de la corte, ella no me amará. ¿Puede amarse a un pobre diablo cuyo traje va pregonando miseria?*».

En estas reflexiones se ve que Pardaillán era, en el fondo, un alma muy cándida. Habiendo reparado, lo mejor que supo, el roto de su jubón, se lo endosó de nuevo, ciñó la espada y se preparó a salir resuelto a conquistar a toda costa el traje suntuoso con que soñaba. Pero antes de salir se asomó a la ventana. En aquel preciso instante vio a la Dama Enlutada que salía de la casa, tomando dirección de la calle de San Antonio. Luisa se asomó entonces a la ventana. Arrebatado, tal vez por una especie de desafío a la miseria de su traje y comprendiendo la imposibilidad de ser amado, por primera vez envió un beso a la desconocida. Luisa se ruborizó, pero miró al caballero sin mostrar enfado y luego, lentamente, se retiró.

—¡Parece que no se ha disgustado! —observó Pardaillán, cuyo corazón latió alegremente—. ¡Por Pilatos!, y ¡Por Barrabás!, ¡puedo esperar! ¡Es necesario que enseguida vaya a hablar con su madre!

Un desvergonzado hubiera dicho: Voy a aprovechar la ausencia de la madre para echarme a los pies de esa hermosa niña.

Sin reflexionar más el caballero se lanzó a la escalera, cuyos peldaños bajó de cuatro en cuatro, y consiguió alcanzar a la Dama Enlutada en el momento en que ésta cruzaba la esquina de la calle de San Dionisio y penetraba en la de San Antonio hacia la Bastilla. Pero entonces el joven perdió su valor. Le pareció que iba a decir cosas enormes, y se contentó con seguir a la Dama Enlutada a respetuosa distancia. Cuando hubo llegado cerca de la Bastilla, Juana dobló a la derecha en aquel dédalo de callejones que servían de comunicación entre la calle de San Antonio y la puerta San Pablo. Acabó por detenerse ante una casa de la calle de los Barrados, en el mismo lugar en que antes había un convento de carmelitas. La casa, rodeada de hermosos jardines, era pequeña, pero de muy hermosa apariencia, aun cuando un poco misteriosa.

Pardaillán vio que la Dama Enlutada levantaba el picaporte y

que poco después entraba en la casa.

«*Le hablaré cuando salga*» —pensó—. «*Es necesario que le hable*».

Y se puso de centinela en el extremo de la calle.

Una criada robusta y desconfiada introdujo a Juana y la condujo al primer piso, a una habitación grande, elegantemente amueblada, en donde no faltaban comodidades. Al verla entrar, un joven y una mujer que estaban sentados muy juntitos volvieron la cabeza.

—¡Ah! —dijo la mujer—; ¡he aquí mi tapiz!

—¡Perfectamente! —dijo el joven, dirigiéndose a Juana—. ¿Habéis tenido en cuenta la inscripción que os mandé?

—Sí, señor —contestó Juana.

—¿Qué inscripción? —preguntó la joven con voz dulce y tímida.

—¡Ahora la veréis! —dijo el joven, frotándose alegremente sus pálidas manos.

Aquel hombre parecía tener veinte años a lo más. Vestía de paño fino, como un rico burgués. Su traje era negro pero en su birrete de terciopelo, también negro, resplandecía un diamante enorme. Era de estatura mediana y parecía de salud delicada; su semblante era pálido y hasta bilioso; tenía la frente abombada, y sus ojos burlones no miraban de frente; la boca se plegaba ordinariamente bajo el esfuerzo de una sonrisa, en general maligna, a veces siniestra, pero en aquel momento llena de cordialidad; las manos se agitaban y los dedos se contraían a consecuencia de hábito adquirido o tal vez a influjos de la enfermedad nerviosa que sufría. A veces se echaba a reír de pronto, sin motivo, y aquella risa, que desmentía el fuego sombrío de la mirada, era terrible de oír y de ver.

En cuanto a la mujer, parecía tener tres o cuatro años más que él. Era una bonita rubia de porte modesto, que entre los transeúntes no hubiera provocado aquel murmullo que forma como una estela de admiración patrimonio de algunas mujeres de soberana belleza. Todo en ella era modestia, timidez; pero tenía ojos de dulzura infinita y de ternura extraordinaria cuando los fijaba en el joven. La modestia, la dulzura y la ternura constituían el carácter esencial de aquella mujer. A la primera mirada se adivinaba en ella uno de aquellos seres que son capaces de morir sin quejarse, por el amor que ha constituido su existencia.

—¡Veamos la inscripción! —dijo con impaciente curiosidad.

—¡Mirad, María! —dijo el joven, tomando el tapiz de las manos de Juana. El tapiz representaba una serie de ramos de flores de lis que se entrelazaban y corrían alrededor del paño. En el centro se dibujaba una especie de cuadrado sobre fondo de azul y en el primero se destacaba en letras de oro la siguiente inscripción:

YO LO ENCANTO TODO

La joven María dirigió a su compañero una mirada de interrogación. Éste se frotó lentamente sus manos exangües y dijo; sonriendo como un hombre feliz:

—Querida María, ¿no adivináis?

—No, amado Carlos.

—Pues ésta será en adelante vuestra divisa, María. Yo la he inventado.

—¡Oh, Carlos! ¡Mi querido Carlos!

—Escuchad el final, María. Quería yo que tuvierais una divisa para vuestros muebles, orfebrería y para todos los objetos de vuestra casa. Le pedí a Ronsard y hasta a Juan Dorat, profesor de latín y griego en el colegio de Francia, pero no han hallado nada que me gustara. Entonces me puse a buscar yo mismo y lo he hallado. ¡Realmente, María, no hay como el amor para inspirar buenas ideas!

—¡Carlos, Carlos! ¡Me hacéis demasiado feliz!

—Escuchad el final —dijo el joven a quien llamaban Carlos—. ¿Sabéis dónde he hallado esta divisa? ¡Adivinadlo!

—¿Cómo voy a adivinarlo, dulce amigo mío?

—Pues bien —exclamó Carlos triunfante—. Lo he hallado en vuestro nombre; «Je charme tout»; no es más que el anagrama de «Marie Touchet», vuestro nombre. Comprobadlo si queréis.

María Touchet corrió a un pequeño escritorio, escribió rápidamente su nombre y vio que, en efecto, todas las letras de la divisa «*Je charme tout*» se hallaban en *Marje Touchet*. Entonces, feliz en extremo, fue a echarse en los brazos de su amante, que la estrechó con indecible expresión de ternura. Juana de Piennes asistió, inmóvil y entristecida, a esta escena de felicidad íntima y

apacible.

«¡*Cómo se aman*!» —pensó—. «*¡Qué felices son este burgués y esta amable burguesa! ¡Ay, yo también hubiera podido ser feliz!*».

—Sí, María —decía en voz baja el joven—, en esto he estado pensando durante los últimos días. ¡Es en ti solamente en quien pienso en el fondo de mi Louvre! Y mientras mi madre me cree ocupado en la destrucción de los hugonotes, mientras que mi hermano Anjou se pregunta si pienso verdaderamente en matarlo, mientras Guisa trata de sorprender en mi frente el secreto de su destino; yo, entre tanto, pienso que te amo, a ti sola, puesto que tú sola me amas, y que en María Touchet existe verdaderamente el encanto irresistible que pregona su divisa.

María escuchaba arrobada estas palabras… Olvidaba la presencia de la Dama Enlutada.

—¡Sire!, ¡sire! —dijo casi en voz alta—, me embriagáis de felicidad.

—«*¡Sire!*» —se dijo Juana, estremeciéndose—. «*¡El rey de Francia!*».

Y en su pobre imaginación tan martirizada, se produjo violenta sacudida. Se hallaba ante Carlos IX. ¡Aquel burgués pálido y sombrío era el rey! ¡El rey de Francia! El hombre a quien ella tantas veces, en sueños, había pedido justicia… no ciertamente por ella, sino por su hijita, ¡por su Luisa!

Con la cabeza inflamada por estas ideas, dio un paso. Carlos IX había abrazado a María y le decía a media voz:

—No es el rey el que está aquí. Aquí no hay Majestad: no hay más que Carlos. Tu querido Carlos, como me llamas… Porque solamente tú me dices que me quieres y esto me alivia, arroja un rayo de luz en mis tristes pensamientos ¡El rey! ¡Soy el rey!… María, no soy más que un pobre niño a quien su madre detesta y a quien sus hermanos odian. En el Louvre no me atrevo a comer, tengo miedo del vaso de agua que me traen y del aire que respiro. ¡Aquí, por lo menos, como y bebo tranquilo, duermo sin temor y respiro a plenos pulmones! ¡Mira cómo se dilata mi pecho!

—¡Carlos, Carlos, cálmate!

Pero Carlos IX se exaltaba. Sus ojos echaban llamas y sus palabras eran roncas y silbantes.

Juana, temblorosa, se retiró a un rincón. Lívida palidez había invadido el semblante del rey. El temblor nervioso de sus manos fue más pronunciado.

—¡Te digo que quieren mi muerte! —gritó de pronto sin tomar precaución de bajar la voz—. ¡María! ¡Sálvame! Lo he leído en sus pensamientos. ¡He registrado sus conciencias y he visto en ellas mi muerte escrita!

—¡Carlos! ¡Cálmate! ¡Oh, te vuelve el acceso! ¡Carlos, vuelve en ti! ¡Estás a mi lado… al lado de tu María!

Carlos IX rechazó a María Touchet. La crisis era terriblemente repentina. Con las dos manos se agarraba al respaldo de un sillón. Su cara estaba húmeda de sudor frío; sus ojos sanguinolentos se fijaron en seres imaginarios y soltó una carcajada que resonó tétricamente.

—¡Miserables! —exclamó—. ¡Están tramando mi muerte! ¿Quién me sucederá en el trono? ¿Serás tú, Guisa infernal? ¿Tú, Anjou? ¿Tú, Bearnés? ¡Oh, todos, todos conspiran contra mí! ¿Quiénes son aquéllos que avanzan en las tinieblas? ¿Quién va a su cabeza? ¡El miserable de Coligny! ¡Ah, bandidos, deteneos! ¡A mí, guardias! ¡Arrestad a todos esos hugonotes! ¡Matadlos a estocadas! ¡Me matan! ¡Asesinos! ¡Socorro!

Las últimas palabras expiraron en los labios del rey, entre carcajadas que hubieran hecho estremecer a los más valientes; se dejó caer entre los brazos de María Touchet, presa de una crisis espantosa, con las manos convulsas y los ojos extraviados. Juana acudió para auxiliar a María.

—¡Oh, señora! —balbuceó ésta—. ¡Por piedad para mi pobre Carlos, tan desgraciado, os ruego que no digáis a nadie una palabra de lo que habéis presenciado!

—¡Tranquilizaos, señora! —dijo Juana con la dignidad dulce y sencilla que tan admirable la hacía—. Demasiado sé lo que es el dolor humano y sé que tanto se halla en las cabañas como en los palacios, puesto que el dolor mismo es el que me ha enseñado a guardar silencio.

María dio las gracias con un movimiento de cabeza. Era conmovedor que la querida del rey dirigiera una súplica a una obrera, en favor del monarca.

—¿Puedo seros útil? —añadió Juana.

—No —dijo María con viveza—. Dios os bendiga… Conozco estas crisis… Carlos habrá recobrado el sentido dentro de algunos instantes… No he de hacer más que tenerle así en mis brazos… es lo único que le calma.

—En tal caso os dejo… no es necesario que se percate de que su «accidente» ha tenido un testigo.

—¡Ah, señora! —exclamó María agradecida—; ¡tenéis todas las delicadezas! ¡Cómo debéis de haber amado!

Una sonrisa dolorosa y fugitiva pasó por los descoloridos labios de Juana, y haciendo un gesto de despedida se retiró, semejante a una sombra ligera, sacrificando el inmenso interés que hubiera tenido en hablar al rey. Apenas hubo salido, cuando Carlos IX abrió los ojos, pasó lentamente las manos por su semblante, miró a su alrededor con mirada atontada, y al ver a María inclinada sobre él, sonrió tristemente.

—¿Otro acceso? —preguntó con angustia.

—¡No ha sido nada, Carlos mío! Mucho menos fuerte que los anteriores. Tranquilízate. Ya ha pasado.

—Había alguien aquí, hace un instante… ¡ah, sí!, la mujer que ha traído ese tapiz. ¿Dónde está?

—Hace diez minutos que se ha marchado.

—¿Antes del acceso?

—Sí, querido Carlos: antes… Vamos, ya estás tranquilo, bebe un poco de este elixir y reposa un poco tu pobre cabeza sobre mi corazón… así, querido Carlos mío.

Ella se había sentado y lo atrajo sobre sus rodillas y Carlos, dócil como un niño, aplastado de fatiga por la violencia y lo repentino de la crisis, inclinó su cabeza pálida y sombría. Reinó un gran silencio. El rey de Francia, mecido en los brazos de María Touchet se dormía, con la cabeza sobre el seno de su amada y con la inefable felicidad de saber que un ángel velaba su sueño.

XII - vox populi, vox Dei

EL CABALLERO DE PARDAILLÁN había esperado la salida de Juana con la paciencia de un enamorado. Estaba decidido a hablarle. ¿Qué le diría? ¿Qué amaba a su hija? ¿Qué la quería por esposa? Tal vez sí. En el fondo no sabía muy bien lo que iba a decirle, pues, de momento, lo que más deseaba era trabar conversación con la Dama Enlutada. Cuando la vio salir y venir hacia él, preparó en su imaginación un discurso muy propio, —según su parecer—, para producir una emoción muy viva en quien había de oírlo. Desgraciadamente, en el momento en que la Dama Enlutada pasó cerca de él, olvidó el principio de su discurso, precisamente el pasaje más hermoso. Se quedó, pues, con la boca abierta. Juana pasó y el caballero se quitó el sombrero para saludar, cuando ella se hallaba ya a cierta distancia.

Pardaillán se lanzó entonces a seguirla, diciéndose que se daba solamente el espacio que mediaba desde el lugar en que se hallaba, hasta la calle de San Dionisio para abordarla y exponerle su petición, a la cual, para mayor garantía de éxito, añadió una peroración de las más patéticas. Porque, a la sazón, había recobrado ya la memoria.

El caballero no pensó que el medio más sencillo y propio era el de presentarse en casa de la Dama. No se piensa siempre en todo y, además, estaba resuelto a hablar enseguida. Pero cuando desembocó en la calle de San Antonio se halló con que el aspecto de París había cambiado como, a veces, al recibir las primeras ráfagas de una tempestad, el Océano cambia repentinamente de aspecto. Grupos numerosos de burgueses y gente del pueblo mezclados, iban en dirección al Louvre. La gran arteria se había convertido en un río de hombres de donde salían murmullos amenazadores y a veces gritos. ¿Qué sucedía?

Pardaillán trataba de no perder de vista a la Dama Enlutada, que

marchaba a veinte pasos ante él. En aquel momento se produjo uno de esos remolinos violentos que hacen girar a las masas sin que se sepa la razón. Juana, envuelta en él, desapareció. El caballero se adelantó repartiendo bastantes puñetazos, y moviendo los codos, pero no consiguió hallar de nuevo a la Dama Enlutada. Entonces se dejó arrastrar por la multitud, que cada vez era más compacta. Ante él, cogidos del brazo, iban tres hombres, más bien tres Hércules, con cuellos de toro, caras rojas y ojos amenazadores. Y la multitud, al verlos, gritaba:

—¡Viva Kervier! ¡Viva Pezou! ¡Viva Crucé!

—¿Quiénes son estos tres elefantes? —preguntó Pardaillán a su vecino.

Éste, respetable burgués de buena apariencia, miró al caballero de través, pero viendo que llevaba buena espada, contestó amablemente:

—¡Cómo, señor! ¿No conocéis a Crucé, el orfebre del Puente de Madera? ¿Ni a Pezou, el carnicero de la calle del Rey de Sicilia? ¿Ni a Kervier, el librero de la Universidad? ¡A Kervier sobre todo! ¡Ya se ve que no os ocupáis de libros, caballero!

—Perdonad, pero llego de provincias —contestó Pardaillán—. ¿De modo que éstos son el platero, el carnicero y el librero? ¡Bueno, me alegra conocerlos!

—¡Son los tres grandes amigos de monseñor de Guisa! —continuó el burgués entusiasmado.

—¡Vaya un honor para monseñor de Guisa! —exclamó Pardaillán.

—Sí, señor, son los defensores de la santa religión.

—¿Cuál? —preguntó Pardaillán.

—¿Cuál? —repitió el burgués estupefacto—. ¡La nuestra, señor! ¡La del Papa! ¡La del rey! ¡La de la reina! ¡La del gran Guisa! ¡La del pueblo!

—¡Ah, muy bien! ¿Y qué quiere nuestra religión? ¡Porque una religión que pertenece a tanta gente debe ser también algo mía!

—¿Qué qué es Lo que quiere? ¡Escuchad!

En aquel momento Pardaillán llegaba cerca del Puente de Madera. Allí una multitud enorme, agitada por las potentes ondulaciones que la hacen semejante a un mar agitado se

prorrumpía en clamores.

—¡Viva Guisa! ¡Mueran los hugonotes!

—¿Oís? —dijo el burgués—. ¿Oís al pueblo? Y ya sabéis: ¡*Vox populi, vox Dei*!

—Excusadme, señor, no entiendo el inglés…

—No es inglés, señor —dijo el burgués desdeñosamente—. Es latín. Y este latín significa que la voz del pueblo es la voz de Dios.

—¡Siempre se aprende algo! De modo que en este momento es Dios el que grita: ¡Mueran los hugonotes!

—Sí, señor. Y también es Dios el que, por la voz del pueblo, aclama al gran Guisa, por quien se ha reunido esta multitud; el gran Guisa que llega hoy a París y que va a pasar por aquí para ir al Louvre. ¡Viva Guisa! ¡Muera el Bearnés! ¡Muera Juana de Albret!

En aquel momento separaron al burgués del lado de Pardaillán; una fuerte escuadra de arcabuceros y alabarderos de la ronda despejaba las cercanías del puente para dejar el paso libre a Enrique de Guisa, cuya aproximación se señalaba. Pardaillán se colocó en la entrada del puente, junto a la primera casa del lado izquierdo; un edificio medio derruido y probablemente abandonado, porque las ventanas estaban completamente cerradas, mientras que todas las demás casas de las cercanías, tenían espectadores hasta en los tejados.

El caballero observó que la casa del lado derecho que se hallaba enfrente de la que se hallaba a su espalda, estaba igualmente cerrada: una sola de sus ventanas estaba abierta, pero esta ventana estaba protegida por una reja de espesos barrotes. Detrás de ella, en la sombra, Pardaillán creyó ver, por un instante, la figura de una mujer, cuyos ojos fulgurantes echaban miradas de fuego sobre la multitud, que sordamente gritaba:

—¡Mueran los hugonotes!

¿Por qué? A la sazón no había hugonotes en París, o si estaban, permanecían escondidos. Y, además, ¿acaso la paz firmada en Saint-Germain no había prometido a los protestantes tranquilidad en la capital?

Pardaillán vio de pronto al platero, al carnicero y al librero, recorrer rápidamente los grupos y dar una consigna. En cuanto acababan de pasar, las gentes gritaban a más y mejor:

—¡Mueran los hugonotes! ¡Abajo el Bearnés! ¡Al agua Albret!

Entonces Crucé, Pezou y Kervier fueron a colocarse al lado izquierdo del puente, a tres pasos del caballero.

—¡Por Pilatos y Barrabás! —murmuró éste—, creo que voy a ver cosas interesantes.

—¡Ah! —aullaba en aquel momento Crucé—, ¡he aquí a Biron que pasa! ¡Biron el cojo!

—¡Y Mesmes, señor de Malassise! —añadió Kervier.

—¡Los signatarios de la paz de Saint-Germain! —vociferó Pezou —. ¡Los amigos de los condenados hugonotes!

—¡Una paz coja! —exclamó el platero designando a Biron, quien, en efecto, cojeaba.

—Y mal hecha —agregó el librero, señalando con el dedo al señor de Mesmes de Malassise.

A su alrededor, la multitud, llena de júbilo, aulló:

—¡Abajo la paz de Saint-Germain! ¡Abajo la paz coja y mal hecha! ¡Mueran los hugonotes!

Crucé levantó los ojos hacia la ventana enrejada tras de la cual Pardaillán había creído ver a una mujer. Esta vez aparecía un semblante de hombre detrás de la reja, el cual cambió una rápida señal con Crucé, desapareciendo luego en el interior.

* * * * *

Penetremos un instante en esta casa, que es la primera del lado derecho del puente, según ya hemos dicho.

En ella; en la habitación que corresponde a la ventana cerrada, hay una mujer alta, delgada, vestida de negro, con cabeza de ave de rapiña, boca comprimida, mirada penetrante, sentada en un ancho sillón. Esa mujer es la viuda de Enrique II, la madre de Carlos IX, Catalina de Médicis.

Cerca de ella se halla un hombre, joven todavía y que debió de ser muy hermoso, el cual accionaba enfáticamente, con maneras teatrales, y un paso excepcionalmente suave y ligero, como de felino. El hombre es Ruggieri, el astrólogo. ¿Qué hacen allí los dos? ¿Qué misteriosas relaciones permiten al astrólogo florentino guardar ante la reina una actitud que tiene más de acariciadora que

de respetuosa? ¿Qué siniestra tarea los ha reunido en aquella casa? Catalina golpea nerviosamente el suelo con el pie. Parece impaciente.

—Paciencia, paciencia, *Catalina mía* —dice Ruggieri sonriendo siniestramente.

—¿Estás seguro, Renato, de que ella se halla en París? ¡Vamos, repítemelo!

—¡Completamente seguro! La reina de Navarra entró ayer en París secretamente. Sin duda Juana de Albret ha venido a ver a un importante personaje.

—¿Pero cómo lo has sabido, Renato? ¡Habla, amigo mío, habla!, *turbé*.

—¿Cómo he de saberlo sino por la hermosa bearnesa que habéis colocado a su lado?

—¿Alicia de Lux?

—¡La misma! ¡Ah! Es una muchacha preciosa y una fiel espía.

—¿Y estás seguro de que Juana de Albret va a pasar por este puente?

—¿Creéis que si no fuera así habría llamado a Crucé, Pezou y Kervier? —dijo Ruggieri, encogiéndose de hombros—. ¿Os parece que los he hecho venir para aclamar a Enrique de Guisa? Paciencia, Catalina, y ya veréis.

—¡Oh! —murmuró Catalina de Médicis, oprimiéndose las manos —. ¡Cuánto odio a Juana de Albret! ¡Guisa no es nada a su lado! Lo tengo en mi poder y lo destrozaré cuando quiera. Pero en cuanto a Albret, éste es mi verdadero enemigo, al único que debo temer. ¡Ah, si la pudiera tener aquí y estrangularla con mis propias manos!

—¡Bah! Reina mía —dijo Ruggieri—, dejad este trabajo al buen pueblo de París. Ved, observad cómo se prepara. ¡Oíd! ¡Por Altair y Aldebarán[7]. A que el espectáculo vale la pena de ser contemplado, y realmente, no sé si será tan agradable mirar al cielo, cuando en la tierra tienen lugar tan magníficos horrores!

En efecto, se oían entonces espantosos aullidos. Ruggieri se acercó a la reja seguido de Catalina. Sus dos cabezas casi se tocaban, y a la sazón, con los dientes apretados, los ojos llameantes y las ventanillas de la nariz dilatadas, aspirando el próximo asesinato, miraban a la calle.

—¡No veo más que a Enrique de Guisa! —dijo sordamente Catalina de Médicis.

—Mirad allá abajo, al extremo del puente, aquella litera que va detrás de la escolta.

—¡Sí, sí! Ya la veo.

—La litera ya no puede retroceder, porque la rodea la multitud. Cuando llegue aquí, van a separarse las cortinillas y realmente, será cosa asombrosa si el amigo Crucé no reconoce a la reina de Navarra.

Por el puente avanzaba Enrique de Guisa, seguido de una treintena de caballeros. Saludaban con el gesto y con la sonrisa, y de vez en cuando gritaban:

—¡Viva la misa!

—¡Viva la misa! ¡Mueran los hugonotes! —repetía delirante la multitud.

Era un espectáculo terrible y magnífico a la vez. Los señores de la escolta, montados sobre caballos ricamente enjaezados, vestían trajes espléndidos en los que brillaban las pedrerías, el oro, la seda de colores vivos, las plumas de sus birretes y los diamantes de sus collares, formando un deslumbrante conjunto. Pero el más hermoso de todos, el más brillante, era su jefe: Enrique de Guisa. Apenas contaría veinte años. Era de alta estatura, bien formado y en su cara se traslucía un orgullo insultante: un gran manto de seda azul flotaba sobre sus espaldas y en su birrete llevaba una triple hilera de perlas.

—¡Guisa! ¡Guisa! —vociferaba el pueblo con aclamaciones que Catalina de Médicis escuchaba clavándose sus aceradas uñas en la palma de las manos, y allí abajo; en la casita de la calle de los Listados, en los brazos de María Touchet, el rey de Francia dormía apaciblemente, con la cabeza reclinada en el hombro de su amante.

Enrique de Guisa y su escolta habían franqueado ya el puente. Pero entonces hallaron la multitud tan compacta, que les fue preciso detenerse durante algunos minutos. En aquel momento, a su espalda, estallaron tan feroces clamores que, instintivamente, el duque de Guisa desenvainó su daga. Pero los clamores del populacho no iban contra él. Envainó de nuevo el puñal y he aquí el terrible espectáculo que contempló, como también lo hicieron

Catalina y Ruggieri desde la casa en que se hallaban.

Una litera que avanzaba con mucho trabajo llegó a la entrada del puente ante la casa arruinada cerca de la cual estaban Crucé, Pezou y Kervier. La tal litera era modesta y sus cortinillas de cuero estaban herméticamente cerradas. En aquel instante una de las cortinillas se entreabrió por espacio de un segundo, pero tan corto tiempo había bastado.

—¡Maldición! —rugió Crucé, cuya voz estentórea dominó los clamores de la multitud—. ¡Es la reina de Navarra! ¡Fuera la hugonote! ¡Muera Juana de Albret!

Y junto con sus amigos se arrojó sobre la litera.

—¡Por fin! —exclamó Catalina con terrible sonrisa que puso al descubierto sus agudos dientes.

En un instante un grupo numeroso y disciplinado rodeó la litera, gesticulando y vociferando:

—¡Albret! ¡Albret! ¡Muera Albret! ¡Al agua la hugonote!

La litera fue levantada como si hubiera sido una brizna de paja a merced de las olas del Océano. En un momento desapareció, volcada y destrozada por la multitud. Pero las dos mujeres que en ella iban habían tenido tiempo de saltar a tierra.

—¡Piedad para Su Majestad! —gritó la más joven de las dos mujeres, doncella de maravillosa belleza y que, por razones desconocidas, no parecía tan asustada como era de esperar.

—¡Aquí está! ¡Aquí está! —exclamaron Crucé y Pezou, señalando a la otra mujer, que llevaba un saquito de piel.

Era, en efecto, Juana de Albret. Con gesto de soberana majestad, se cubrió la cara con el velo que llevaba al cuello. Una fuerza irresistible la empujó contra la puerta de la casa arruinada, junto con su dama de compañía. Mil brazos se alzaron… La reina de Navarra iba a ser asida y destrozada.

En aquel instante Catalina de Médicis y Ruggieri, desde lo alto de su ventana, y el duque de Guisa desde su caballo, vieron un espectáculo inaudito, fantástico, maravilloso. Un joven se había lanzado contra la multitud, y repartiendo a diestro y siniestro puñetazos y cabezazos, se introducía por ella como una cuña.

Luego, al llegar junto a la reina de Navarra, formó un espacio libre entre la puerta en que se apoyaban las dos mujeres y la multitud a cuya cabeza iban los tres promovedores del motín. Entonces el joven desenvainó su sólida y larga espada, que centelleó, y describió con ella un molinete furioso, que solamente interrumpía para tirar de vez en cuando estocadas furiosas contra la multitud que, espantada, retrocedía en semicírculo.

—¡Renato! —exclamó Catalina—; es preciso que este joven muera o sea mío.

—Pensaba en ello —dijo sencillamente Ruggieri.

—¡Peste! —exclamaba por su parte el duque de Guisa—. Oye, Saint-Magrin, trata de saber quién es esa furia. ¡Por los cuernos del diablo! ¡Magnífico jabalí! ¡Vaya un valiente! ¡Qué estocadas!

Aquella furia, aquel magnífico jabalí, como decía el de Guisa, era el caballero de Pardaillán. En el momento en que Crucé y su banda se arrojaban contra la litera, Pardaillán vio que dentro iban dos mujeres. Quiso lanzarse en su socorro, pero se sintió asido por el brazo.

—Dejad obrar —decía el que lo detenía, que no era otro que el burgués que le había dado tan preciosas indicaciones—. Dejad hacer al pueblo y recordad lo que antes os he dicho: *Vox populi, vox Dei*.

Pardaillán, sin manifestar la menor impaciencia, le contestó:

—Ya os he dicho, señor, que no entiendo el inglés. —Y diciendo estas palabras se desprendió de manos del buen burgués, quien, con la sacudida, fue a rodar entre las primeras filas de los asaltantes. Pardaillán, entonces, se precipitó en socorro de las damas.

—¡Por Baco! —exclamó el burgués al levantarse ¡Este sin duda es Hércules en persona, tan cierto como me llamo Juan Dorat Johannus Auratus, el mejor poeta de la Pléyade, el Virgilio de nuestros tiempos!

* * * * *

El espectáculo que siguió durante medio minuto fue el que ofrecería una débil roca combatida por las desencadenadas olas. El pueblo se lanzaba contra Pardaillán profiriendo salvajes

vociferaciones. Crucé, Pezou y Kervier le dirigían apocalípticas amenazas, mientras el caballero, replegado sobre sí mismo, con los dientes apretados, sin decir una palabra ni hacer un gesto inútil, hacía voltear a Granizo con gran rapidez. Sin embargo, esta situación no podía durar. El semicírculo se estrechaba a pesar de la resistencia de los de la primera fila; las masas que se hallaban detrás, empujaban con tumultuoso movimiento de flujo y reflujo.

Pardaillán comprendió que iba a ser aplastado.

Dirigió a Juana de Albret y a su acompañante una mirada que tuvo la duración de un relámpago, y gritó:

—¡Colocaos a un lado!

Las dos mujeres obedecieron. Entonces, cubriéndose con su espada que no cesaba de voltear, se inclinó hacia adelante sosteniendo su cuerpo con la pierna izquierda, mientras con la derecha daba formidables patadas contra la puerta de la casa. Al primer golpe de su tacón, que resonó como un cañonazo en la casa vacía, la multitud, que comprendió la maniobra, dio un rugido de rabia y quiso echarse sobre el insensato que trataba de salvar a la hugonote.

Dos o tres hombres cayeron ensangrentados, y Granizo describió un círculo de acero tan centelleante, que hizo sentir a los asaltantes pavor indescriptible.

Al segundo golpe con el pie, la puerta gimió y cayó uno de sus goznes.

Al tercero se abrió violentamente con la cerradura rota.

—¡Venid, Alicia! —dijo Juana con voz de extraña tranquilidad y entró en la casa seguida por su compañera.

Al ver el pueblo que su víctima se le escapaba, dio tal rugido que no parecía sino que el viejo edificio se desplomaba. Crucé, Pezou y Kervier ya no estaban al frente de la multitud; habían desaparecido en aquel enorme remolino humano; hubo entonces un avance como para asaltar la casa, pero aquellas masas de hombres atropellándose unos a otros, empujando, empujados, estrujándose e incorporándose entre las imprecaciones de los otros, aquella masa, decimos, fue a detenerse jadeante, rugiente, desmembrada por sus propios movimientos, ante la puerta cerrada.

En efecto, apenas la reina de Navarra hubo desaparecido,

Pardaillán, cesando en su molinete, dio a la derecha, a la izquierda y, en fin, adonde la casualidad guio su mano una serie de estocadas, cada una de las cuales fue seguida de un aullido de dolor. Luego, en aquel espacio de tiempo inapreciable, en que la multitud se detuvo vacilante y asombrada, saltó hacia atrás, cerró violentamente la puerta y lanzó a su alrededor una mirada de fuego. La casa, antigua vivienda de un carpintero, estaba llena de sólidos maderos. Coger cinco o seis de ellos y apuntalarlos contra la puerta, y luego formar una barricada sólidamente construida, fue para Pardaillán asunto de un minuto, y cuando el ejército asaltante, tras de haber arrancado la puerta, trató de penetrar en la casa, se halló ante un obstáculo imprevisto.

Las primeras palabras de Juana de Albret fueron:

—¿Sois de la religión, caballero?[8]

—Señora, soy de la religión de vivir… sobre todo en este momento en que mal negocio haría el que diera un sueldo por mi piel.

Juana de Albret dirigió una mirada de admiración a aquel joven de remendado vestido, cuyas manos estaban cubiertas de arañazos profundos y que, no obstante, sonreía. En aquel momento era verdaderamente hermoso, radiante de audacia, con una punta de ironía que brillaba en sus ojos.

—Si hemos de morir —continuó Juana de Albret quiero antes daros las gracias y deciros que sois el caballero más heroico que he visto jamás.

—¡Oh! —murmuró Pardaillán—, todavía no hemos muerto: tenemos aún tres minutos para salvamos. ¡Silencio, lobeznos! —exclamó, contestando a los asaltantes. ¡Un poco de paciencia! ¡Qué diablo! Nos destrozáis los oídos con vuestros gritos.

Pero no había perdido un solo segundo. Con una mirada había examinado el lugar en que se hallaba. Era una pieza inmensa que debía haber servido de taller a un carpintero. No había techo. El tejado era el que cubría las cuatro paredes y este tejado estaba sostenido por tres vigas o puntales verticales que parecían reposar en la cueva.

En menos tiempo del que se necesita para decirlo, Pardaillán recorrió la pieza. Al llegar al extremo, es decir, a la parte que daba al río, vio una trampa abierta que permitía la entrada en la cueva. Con un grito llamó a las dos mujeres, que acudieron con presteza.

—¿Y vos? —preguntó la reina.

—¡Bajad, señora! ¡Por favor no me hagáis preguntas!

Juana de Albret y su compañera obedecieron. En el extremo inferior de la escalera vieron que estaban, no en una cueva, sino en una pieza semejante a la de encima; bajo el suelo oían un sordo murmullo. La habitación estaba construida sobre pilotes y el Sena corría debajo.

Allí sobre sus cabezas tenía lugar una tempestad espantosa de clamores humanos en que dominaban los gritos de muerte, como los truenos dominan el ruido de la tempestad. ¡Muerte abajo y muerte arriba!

Había transcurrido entonces un minuto desde el instante en que entraran en la casa. Juana de Albret prestó oído. En una calma de la tempestad de clamores oyó arriba algo como el chirrido de una sierra… pero esto tuvo la duración de un relámpago, porque enseguida volvió a rugir el pueblo.

Entonces se puso a buscar febrilmente. ¿Qué? ¡No lo sabía! En los horribles instantes en que la muerte está cercana, y parece inevitable, la imaginación adquiere una lucidez extraordinaria. Juana de Albret tuvo la intuición de que se podría comunicar con el río. Su pie, de pronto, tropezó con una argolla de hierro. Se bajó enseguida con alegría loca, agarró la argolla, tiró de ella con toda su fuerza, arrancó la trampa de su alvéolo… y allí, bajo sus ojos, con el ronco suspiro del condenado que entrevé la salvación de su vida, vio una escalera que bajaba al río entre las estacas. Y al extremo de aquella escalera había una barca.

—¡Caballero! —gritó.

—¡Aquí estoy! —contestó Pardaillán—. Si hemos de morir será en compañía de muchos, y el caballero apareció en lo alto de la escalera, llevando en su mano el extremo de una gruesa cuerda. Entonces, apoyándose en la pared, empezó a tirar con todo su vigor hasta el punto que los músculos de sus piernas parecían querer estallar y las venas de su frente estar prontas a reventar, En aquel

momento la multitud, sedienta de sangre, penetraba en la pieza.

—¡Mueran! —gritaban todas las bocas.

Entonces Pardaillán con un esfuerzo sobrehumano, frenético, parecido a un titán que tratara de desgajar un roble secular, dio un nuevo tirón a la cuerda. Se oyó enseguida un ruido espantoso; la casa pareció vacilar unos instantes; luego sonó como un trueno espantoso y la casa se desplomó. El techo entero caía de una pieza: tejas, hierros, trozos de madera, todo se precipitó al suelo con siniestro ruido, hiriendo, aplastando, matando a centenares de asesinos.

Se elevó inmensa nube de polvo y de entre ella salieron lamentaciones horribles, blasfemias furiosas, todo lo que la lengua humana puede expresar en materia de imprecaciones desesperadas en los grandes cataclismos. Luego un espantoso silencio reinó en aquella escena inaudita. ¿Qué había sucedido?

Pardaillán había aserrado los tres puntales que sostenían el tejado y los ató con la misma cuerda. Luego, tirando frenéticamente de ella, hizo caer dichos puntales, y entonces, dando un salto, se lanzó al vacío cayendo al pie de la escalera, mientras que sobre el suelo que acababa de abandonar, se desplomaba el tejado de la vieja casa.

Juana de Albret, Con un gesto, le mostró el río, la escala y la barca. En un instante los tres se hallaron sobre la última, El caballero cortó la cuerda que retenía la ligera embarcación y bogó en dirección al Louvre. Pardaillán dirigió la barca con ayuda de un remo que halló en el fondo. Cinco minutos más tarde atracaba en la orilla, al pie del Louvre, en el mismo punto donde años atrás existían unos tejares y Catalina de Médicis hacía construir entonces el palacio de las Tullerías, dirigido por el arquitecto Filiberto Delorme. En cuanto hubieron desembarcado, Pardaillán se descubrió con la sonriente actitud de un hidalgo que, habiendo escoltado el paseo de dos damas, se dispone a despedirse de ellas.

—Señor —dijo entonces Juana de Albret con la calma pasmosa de que había hecho alarde durante la terrible escena que hemos referido—, yo soy la reina de Navarra. ¿Y vos?

—El caballero de Pardaillán.

—Habéis hecho a la casa de Borbón un servicio que no olvidará

jamás…

El caballero hizo un gesto.

—No lo neguéis, por lo menos ante mí —continuó la reina con amargura.

Pardaillán comprendió la alusión. Haber defendido a la hugonote era merecer la muerte.

—Ni ante vos ni ante nadie señora —dijo con aquella sencillez que tanto le honraba—. Tengo conciencia de haber prestado, en efecto, un gran servicio a Vuestra Majestad, pues le he salvado la vida, pero he de declarar francamente que ignoraba a qué gran reina tenía el honor de defender cuando me apresté a arrancar a la muerte a dos mujeres que pasaban en una litera.

Juana de Albret, que guerreaba hacía muchos años, que era diplomática consumada y verdadero general de ejércitos, Juana de Albret, que mandaba a héroes y que, naturalmente, debía entender en cuestiones de heroísmo, se sintió, no obstante, admirada de aquella dignidad fría, corregida por algo irónico que emanaba de toda la persona del caballero. Mientras el joven daba su respuesta, su semblante estaba en absoluto inmóvil, sus ojos muy fríos, pero su mano abandonaba el pomo de su espada para esbozar uno de aquellos intraducibles gestos de pilluelo que se burla de sí mismo.

—Caballero —repuso la reina, después de haberlo examinado con una atención que no trataba de disimular—, si queréis seguirme al campo de mi hijo Enrique, vuestra fortuna está hecha.

Pardaillán se estremeció y prestó oído atento a la palabra fortuna. En el mismo instante la imagen de la joven de los cabellos de oro, la adorable vecina que contemplaba durante largas horas desde su ventana, aquella dulce y radiante imagen pasó ante sus ojos y a la idea de marcharse de París experimentó una angustia en el corazón que lo sorprendió y lo trastornó enteramente. Hizo una mueca de sentimiento por aquella fortuna apenas entrevista que se desvanecía y contestó, inclinándose con altanera gracia:

—Dígnese Vuestra Majestad aceptar el homenaje de mi agradecimiento, pero he resuelto buscar fortuna en París.

—Bien, caballero. Y en caso de que uno de los míos quisiera

hablaros, ¿dónde os hallaría?

—En la posada de «La Adivinadora», señora, calle de San Dionisio.

Juana de Albret hizo entonces un signo con la cabeza y se volvió hacia su compañera. Ésta era una criatura maravillosa: tenía grandes ojos muy expresivos, boca encarnada y sensual, magníficos cabellos negros y actitudes de elegancia suprema. Parecía muy inquieta y a veces miraba rápidamente a su señora.

—Alicia —dijo ésta—, ha sido una imprudencia hacer pasar la litera por el puente.

—Creí que estaría libre como de costumbre, Majestad —contestó la joven con bastante firmeza.

—Alicia —continuó la reina—, también habéis sido muy imprudente al alzar la cortinilla.

—Fue un movimiento de curiosidad, señora —contestó la interpelada con menos firmeza.

—Alicia —continuó Juana de Albret—, y habéis sido muy imprudente al pronunciar mi nombre en voz alta ante aquella multitud hostil.

—¡Había perdido la cabeza, señora! —contestó la joven sin saber ya muy bien lo que decía. La reina de Navarra la miró fijamente y permaneció un instante pensativa.

—No os lo digo con ánimo de dirigiros ningún reproche, hija mía —dijo lentamente—, pero, en fin, quien hubiera querido entregarme no hubiera procedido de otra suerte.

—¡Oh, Majestad!

—Otra vez sed más prudente —acabó diciendo la reina con tanta tranquilidad, que Alicia de Lux (Ruggieri ya nos dijo su nombre) se sosegó inmediatamente y se deshizo en protestas de fidelidad.

—Señor caballero —dijo entonces Juana de Albret— voy a abusar de vos.

—Estoy a vuestras órdenes, señora.

—Muchas gracias. Tened, pues, la bondad de seguirnos a cierta distancia al lugar adonde vamos. Bajo la protección de una espada Como la vuestra, no vacilaría en atravesar un ejército.

Pardaillán recibió el cumplido sin turbarse. Únicamente dio un suspiro y murmuró:

—¡Qué lástima que no pueda marcharme de París! ¡A fe que no está bien lo que hago! ¡Mi padre ya me lo dijo: *«Desconfía de las mujeres*!». ¡Por Pilatos y Barrabás, que es tiempo de que piense en ello! Heme aquí atado de pies y manos por los cabellos de oro de mi vecina… ¡las famosas serpientes que envuelven y ahogan! Y decir —añadió, echando una triste mirada sobre su jubón destrozado—. ¡Decir que he salido hoy para conquistar un traje de príncipe! Va a ser necesario que maneje la aguja esta noche, después de haber manejado la espada durante todo el día. ¡No es poca la diferencia!

Monologando así, el caballero siguió a la reina a diez pasos de distancia, sin perderla de vista, y con la mano en la empuñadura de la espada. Las dos mujeres se internaron en París. Caía la tarde. Pardaillán que, en su apresuramiento por seguir a la madre de Luisa, había salido sin almorzar, empezaba a sentir furiosos retortijones en el estómago. Después de innumerables revueltas por algunos callejones, Juana de Albret y su compañera llegaron por fin al Temple. Ante la sombría prisión, cuya gran torre ennegrecida por el tiempo, dominaba el barrio como una amenaza, se elevaba una casita de un piso, de modesta apariencia. La reina hizo un gesto y Alicia llamó a la puerta. Abrieron casi enseguida. Juana de Albret hizo a Pardaillán seña de que se aproximara.

—Caballero —dijo—, tenéis ahora el derecho de conocer mis asuntos. Entrad, os lo ruego.

—Señora —contestó Pardaillán—. Vuestra Majestad es sobrado buena. Solamente tengo un derecho, y es el de estar siempre a vuestras órdenes.

—Sois un galante caballero. Sabed, pues, que la presencia de un hombre como vos no será inútil en esta casa.

—En tal caso obedezco —contestó Pardaillán pensando:

«*En este momento los capones de maese Landry deben estar en su punto. ¡Qué lástima que no pueda ponerme a sus órdenes!*».

La puerta se cerró de nuevo, después de haber dado paso a nuestros tres personajes. Estos fueron conducidos por una criada, especie de gigante hembra, hasta una estancia estrecha, mal amueblada, pero bastante limpia. Allí se hallaba un anciano de nariz aguileña y larga barba bíblica. Estaba sentado ante una mesa, en la que había tres balanzas de diferente tamaño. Aquel hombre

dirigió una mirada penetrante a Juana de Albret y una sonrisa imperceptible arqueó sus labios.

—¡Ah! —dijo con exagerada cordialidad— ¿sois vos, señora? Hace tres años que no os he visto, pero tengo inscrito vuestro nombre en mi libro.

—La señora Leroux —dijo la reina con sequedad.

—¡Esto es! ¡Iba a decirlo! Y, ¿tenéis ahora algún collar de perlas o algún broche de diamantes que vender al buen Isaac Rubén?

Recordamos al lector que la reina, en el momento de bajar de la litera, llevaba en la mano un saco de piel y este saco lo tenía aún en su poder. Lo depositó sobre la mesa y vertió su contenido. Los ojos de Isaac Rubén brillaron de placer. Alargó las manos sobre la cascada de diamantes, rubíes, esmeraldas, que entremezclaban sus resplandores a la luz de la lámpara que alumbraba la estancia. Sus dedos empezaron a acariciarlos. El negociante en oro era poeta a su manera y aquellos esplendores diseminados sobre la pobre mesa de madera blanca, hicieron asomar a sus labios débil sonrisa. En cuanto a Pardaillán, resistiendo a la tentación que nos impulsa a mostrarlo mejor de lo que era en realidad, hemos de confesar que, al hallarse ante aquella fortuna que tomaba la forma más suntuosa y más poética de la riqueza, ante aquellos resplandores azules, rojos y amarillos que parecían fulgurar en el fondo de un hogar mágico, abrió tamaños ojos en los que se pintaba el asombro.

«*¡Cuándo pienso!*» —se dijo—, «*que la menor de estas piedras haría de mí un hombre rico*».

Y con la imaginación se vio poseedor de aquel tesoro. Se vio paseando bajo las ventanas de la Dama Enlutada vistiendo un magnífico traje capaz de inspirar envidia a los petimetres más elegantes de la corte del duque de Anjou, el árbitro de las fastuosas elegancias.

Luego, mirándose tal como era en realidad, se vio tan miserable con su raído y destrozado traje, que se mordió los labios con despecho. Y para escapar a la fascinación del tesoro, se puso a contemplar a Juana de Albret.

La reina de Navarra era entonces una mujer de cuarenta años. Llevaba todavía luto de su marido Antonio de Borbón, muerto en

1562, a pesar de que no había llorado mucho a aquel hombre débil, indeciso, juguete de los partidos y que solamente hizo una cosa buena: morirse a tiempo, dejando el campo libre al espíritu viril, audaz y emprendedor de Juana de Albret. Ésta tenía ojos grises, cuya mirada penetraba hasta el alma. Su voz provocaba el entusiasmo. Su boca era severa y a la primera impresión aquella mujer parecía de hielo; pero cuando la animaba la pasión se transformaba. Sólo le faltó para llegar a ser una heroína cumplida, (la Juana de Arco del protestantismo), la ocasión de desplegar sus altas cualidades. Su porte era altivo y tenía aire de dignidad soberana. Sin duda se parecía a la madre de los Gracos.

La Historia, que solamente estudia el lado exterior de las personas, no le ha asignado el gran lugar a que tenía derecho. El novelista, a quien está permitido escrutar el alma bajo los esculturales pliegues de la estatua, y tratar de penetrar las intenciones por los actos públicos, se inclina y admira.

Con Juana de Piennes hemos presentado un tipo de madre. Con Catalina de Médicis también veremos otra madre muy distinta[9], y finalmente, también hallamos una madre en la persona de Juana de Albret.

Hablamos aquí de la pasión que la transfiguraba. Ahora bien, Juana de Albret no tenía más que una pasión, y era su hijo. Por su hijo aquella mujer sencilla y enamorada de la vida patriarcal del Bearn, se había lanzado a la vida de los campos de batalla. Por su hijo era valiente, estoica, capaz de desafiar a la muerte cara a cara. Y fue por su hijo, para pagar el ejército de su hijo, por lo que la primera vez vendió la mitad de sus joyas y a la sazón, ante Pardaillán, vendía todo lo que restaba de su antigua y real opulencia.

Pardaillán estaba asombrado y el judío sonrió. Solamente Juana de Albret permaneció impasible.

* * * * *

Entretanto Isaac Rubén había elegido las piedras, colocándolas por categorías y por orden de mérito. Las examinó fruncido el entrecejo y la frente arrugada por el esfuerzo del cálculo. Sin

tocarlas, sin pesarlas, y sin examinar tampoco los defectos, se quedó meditabundo unos cinco minutos.

—Ahora va a empezar el trabajo de valorar las piedras una por una —pensó Pardaillán—. Tenemos para tres o cuatro horas.

—Señora —dijo el judío, levantando la cabeza—, hay aquí piedras por valor de ciento cincuenta mil escudos.

—Exactamente —contestó Juana de Albret.

—Os ofrezco ciento cuarenta y cinco mil escudos. El resto representa mi beneficio y mi riesgo.

—Acepto.

—¿Cómo queréis que os pague?

—Como la última vez.

—¿En una carta a uno de mis corresponsales?

—Sí. Sólo que no quiero entenderme esta vez con vuestro corresponsal de Burdeos.

—Elegid, señora, los tengo en todas partes. ¿Qué ciudad elegís?

—Saintes.

Sin decir otra palabra, el judío se puso a escribir algunas líneas. Luego las firmó, puso un sello especial sobre el pergamino, releyó cuidadosamente aquella especie de letra de cambio y la tendió a Juana de Albret, que, después de haberla leído a su vez la guardó en su seno. La reina de Navarra dio un suspiro. Lo que acababa de vender eran sus últimas joyas.

Haciendo con la mano una señal de despedida al judío, se retiró seguida de Alicia. Pardaillán se marchó tras ellas, maravillado, estupefacto, no sabiendo que admirar más, si la ciencia del judío que acababa de dar tan gran cantidad de dinero sin examinar las joyas y con la seguridad de no engañarse, o la confianza de la reina de Navarra, que se marchaba sin mirar por última vez aquellas brillantes pedrerías, y no llevándose más que un simple pergamino con una firma y un sello.

XIII - Los tres embajadores

JUANA DE ALBRET salió de París por la puerta de San Martín, cercana al Temple. A doscientas toesas de aquel lugar, esperaba un coche de viaje al que estaban enganchados cuatro vigorosos caballos de Tarbes, conducidos por dos postillones. La reina de Navarra subió al coche sin pronunciar una sola palabra. Hizo subir a Alicia de Lux antes que ella y volviéndose entonces hacia Pardaillán, le dijo:

—Caballero, no sois de aquéllos a quienes se dan las gracias. Sois un caballero de los tiempos heroicos y la conciencia que debéis de tener de vuestro valer os pone por encima de toda palabra de gratitud. Diciéndoos adiós quiero expresar solamente que me llevo el recuerdo de uno de los últimos paladines que existen en el mundo. Al mismo tiempo le tendió su mano. Con la gracia altanera que le era propia, el caballero se inclinó sobre aquella mano y la besó respetuosamente. Estaba conmovido por las palabras que acababa de oír. El coche se alejó al galope de los caballos. Durante algún tiempo Pardaillán permaneció pensativo.

«*¡Un caballero de los tiempos heroicos!*» —pensaba—. «*¡Yo, un paladín! ¿Y por qué no? ¿Por qué no he de demostrar a los hombres de mi época que la fuerza viril y el valor indomable son vicios asquerosos cuando se emplean en obras de venganza y de intriga, pero se convierten en virtudes cuando…?*».

A la palabra virtudes se detuvo y se echó a reír del modo que le era peculiar, es decir, de dientes afuera. Luego se encogió de hombros y dio con el pie a la punta de su espada, que fue a parar detrás de él, y murmuró:

«*El caballero de Pardaillán, mi padre, me hizo jurar que desconfiaría de mí mismo. ¡Vamos a ver si queda alguna perdiz o un caparazón de pollo en casa de maese Landry!*».

Luego echó a andar, silbando un aire de caza que el rey Carlos IX, gran aficionado a este deporte, como diríamos hoy, había puesto de moda, y entró en París al tiempo que estaban cerrando las puertas.

Una hora después se hallaba en la hostería ante un magnífico volátil que la señora Landry-Gregoire, deseosa de hacer las paces con su huésped, trinchaba por sí misma, lo cual le permitía lucir su brazo desnudo hasta el codo. Es necesario añadir que esta prueba de amabilidad fue completamente inútil. El héroe, el paladín, que tenía un apetito feroz, solamente miraba entonces al pollo que tenía delante y a la botella de vino de Saumur que lo escoltaba. No comía, sino que devoraba…

Una vez saciado, Pardaillán fue tranquilamente a acostarse, mientras que maese Landry daba un suspiro de desesperación al observar que tres botellas habían sucumbido a los ataques de su huésped, y su mujer, por su parte, también suspiraba al observar que el caballero había resistido a los ataques de que lo hizo objeto.

* * * * *

A la mañana siguiente, fatigado por la batalla del día anterior, Pardaillán se despertó bastante tarde. Una vez que se hubo levantado, se puso las calzas y, habiéndose echado sobre las espaldas una vieja capa desteñida que le dejara su padre se preparó a remendar su jubón, a lo que ya estaba acostumbrado. Tal vez tan humilde ocupación hará descender al caballero del pedestal en que lo hubiera colocado el espíritu de alguna de las lectoras, pero nuestro intento es describir, con los mayores detalles que sea posible, la existencia de un aventurero del reinado de Carlos IX. Pardaillán, pues, cogió una cajita muy bien provista de agujas, hilos, dedales, hebillas y, en fin, todo lo que es necesario para remendar o zurcir los desgarrones y cortes causados por las estocadas. Se había colocado cerca de la ventana para ver mejor y daba la espalda a la puerta. Acababa de poner el primer remiendo y empezaba a habérselas con otro a la altura del pecho, cuando llamaron ligeramente a la puerta.

—¡Entrad! —dijo Pardaillán.

La puerta se abrió. Oyó la voz de maese Landry-Gregoire que decía con respetuosa solicitud:

—Es aquí, príncipe, aquí mismo.

Pardaillán volvió la cabeza para ver de qué príncipe se trataba y

descubrió, en efecto, el señor más magnífico que jamás hubiera franqueado los umbrales de la posada. Llevaba altas botas de fina piel, con espuelas de oro, calzas de terciopelo violeta, jubón de satén, agujetas de oro, cintas de color malva, gran capa de satén violeta pálido, birrete del mismo color, adornado con un broche de esmeraldas y dentro de tal vestido un joven rizado, lleno de pomada, perfumado, con bigotes erizados, mejillas pintadas con bermellón y labios también coloreados artificialmente. En una palabra, un elegante de la época. El caballero se levantó con la aguja en la mano y dijo cortésmente:

—Adelante, señor.

—Dile a tu amo —exclamó el desconocido— que Pablo de Etuer de Caussade, conde de Saint-Magrin, desea tener el honor de hablar con él.

—Dispensad —dijo Pardaillán—. ¿Qué amo?

—¡El tuyo, *Pardiez*! ¡He dicho tu amo!

Pardaillán, con la mayor frialdad del mundo, le contestó:

—Mi amo soy yo.

Éstas eran palabras extraordinarias en aquella época en que todo el mundo tenía un amo, pues hasta el rey reconocía al Papa como jerarquía superior. Saint-Magrín se asombró o no, pero permaneció serio, temiendo ajar los encajes de su gorguera. Únicamente desde lo alto de este cuello pronunció las siguientes palabras.

—¿Seríais, por casualidad, el señor caballero de Pardaillán?

—Tengo este honor —dijo el caballero con su imperturbabilidad habitual que dejaba a las gentes indecisas, no sabiendo si se las habían con un profundo diplomático o con un necio.

Saint-Magrín se descubrió entonces e hizo una reverencia con todas las reglas del arte. Pardaillán echó sobre sus hombros la raída capa y mostró al conde el único sillón de la estancia, mientras él se sentaba en una silla.

—Caballero —dijo Saint-Magrín en cuanto hubo tomado asiento con todas las precauciones imaginables, para no arrugar su capa de satén violeta—, vengo comisionado por monseñor el duque de Guisa para deciros que os tiene en grande estima y alta admiración.

—Creed, señor —contestó Pardaillán con el tono de voz más natural—, que le correspondo en esta estima y tal admiración.

—El asunto de ayer os ha colocado en una situación envidiable.

—¿El asunto? ¿Qué asunto? ¡Ah, sí: lo del puente!

—No se habla de otra cosa en la corte, y hace poco rato, al levantarse Su Majestad, se lo relató su poeta favorito Juan Dorat, quien, según parece, fue testigo del hecho.

—¿Y qué ha dicho ese poeta?

—Que merecíais la Bastilla por haber salvado a dos criminales. Porque parece probado que las dos mujeres eran dos criminales que huían.

—Y, ¿qué ha contestado el rey?

—Si fuerais cortesano, caballero, sabríais que Su Majestad habla muy poco. Sea lo que fuere, pasáis ahora por un Alcides o por un Aquiles. Atreverse contra todo un pueblo para salvar a dos mujeres, es fabuloso. ¿Sabéis que sois un héroe, algo así como un caballero de la Tabla Redonda?

—No lo niego.

—Y sobre todo aquel molinete de la espada. ¡Y las estocadas del final! ¡Y aquella casa que se desploma! En una palabra, el duque de Guisa tendría el mayor placer en seros agradable. Y en prueba de ello me ha encargado que os rogara aceptar este pequeño diamante como primer testimonio de su amistad. ¡Oh, no vayáis a rehusar, porque ofenderíais al gran capitán!

—¡Pero si no rehúso!

Y Pardaillán se puso en uno de sus dedos la sortija que le tendía el conde, no sin haber tratado de sopesar, por decirlo así, con la mirada, el magnífico diamante.

—Estoy encantado de la acogida que me habéis dispensado —dijo Saint-Magrín.

—Todo el honor es para mí, así como el provecho.

—Oh, no hablemos más de esta sortija. Es una miseria. ¡Peste!

—No lo creo yo así. Pero quería hablar del provecho que puede reportarme el haber recibido en este zaquizamí a un magnífico señor de vuestra importancia. Confieso que tenía muchos deseos de ver de cerca a un señor de vuestro talante, y heme aquí plenamente satisfecho ¡Vaya una capa que lleváis! ¡Por sí sola es una maravilla! En cuanto a vuestro jubón no hallo palabras con qué alabarlo. No hablemos de las calzas de color violeta. ¿Y vuestro birrete, señor

conde? Ya no me atreveré a ponerme mi sombrero.

—¡Por favor! ¡Me confundís con vuestros elogios!

Pardaillán, que, hasta entonces, se había mostrado poco locuaz, tornábase lírico. Con la mirada ávida detallaba toda la magnificencia del traje de Saint-Magrín. Éste no hacía más que pedir gracia, multiplicar sus reverencias, pero el caballero continuaba desbordando la oleada de su admiración. Más un observador hubiera notado que no decía una palabra con más calor que otra. Era imposible, no obstante, descubrir en él una sombra de burla o escepticismo, pero un buen fisonomista hubiera sorprendido en sus ojos un resplandor que probaba que se divertía extraordinariamente.

—Dejemos esto —dijo el conde— y vamos a tratar las cosas serias. Nuestro gran Enrique de Guisa aumenta su servicio en vista de ciertos sucesos que se preparan. ¿Queréis ser de los nuestros? La pregunta es franca.

—Voy a contestar a ella con la misma franqueza: deseo servir solamente a una persona.

—¿A quién?

—A mí.

Y Pardaillán ejecutó una reverencia tan maravillosamente copiada de las que hiciera Saint-Magrín, que el elegante más refinado no hubiera podido menos que admirarla.

—¿Es ésta la respuesta que he de llevar al señor duque de Guisa?

—Decid a monseñor que agradezco extraordinariamente su alta benevolencia y que yo mismo iré a llevarle mi respuesta.

«¡*Bueno*!» —pensó Saint-Magrín—, «*es nuestro. Se reserva el derecho de discutir el precio de la espada que lleva*».

Convencido de la verdad de esta idea y encantado de los elogios que Pardaillán le había prodigado, le tendió una mano que fue estrechada con la punta de los dedos. El caballero lo acompañó hasta la puerta, en donde tuvieron lugar nuevas reverencias.

«¡Hum!» —se dijo Pardaillán cuando estuvo solo—. «*He aquí una proposición inesperada. ¡Ser de la casa del duque de Guisa! Es decir, del señor más fastuoso, más generoso, más rico, más poderoso… ¡Oh!, no encontraría bastantes calificativos… Pero ¿ésta es la fortuna? ¿Puede ser esto la gloria? ¿Por qué no salto de alegría? ¿Qué animal caprichoso*

o estrafalario, triste o hipocondríaco se oculta en mí? ¡Por Barrabás! ¡Es preciso que acepte! ¡Pero… no, no aceptaré! ¿Por qué?».

Pardaillán se puso a pasear a lo largo de la habitación.

«*¡Pardiez! ¡Ya lo sé! ¡No acepto porque mi padre me ordenó que desconfiara! ¡He aquí la explicación! ¡Qué buen hijo soy!*».

Contento de haber hallado, o creído hallar, esta explicación, y de no tener necesidad de reflexionar más, cosa que le era profundamente antipática, el caballero contempló con admiración sincera el diamante que le había dejado Saint-Magrín.

—Por lo menos vale cien pistolas —murmuró—. Tal vez ciento veinte… ¿Quién sabe si me darán ciento cincuenta?

Había llegado a las doscientas pistolas, cuando se abrió la puerta de nuevo y Pardaillán vio entrar a un hombre envuelto en una larga capa y vestido sencillamente como un mercader. Aquel hombre le saludó estupefacto, y dijo:

—¿Tengo el honor de saludar al caballero de Pardaillán?

—En efecto, señor. ¿En qué puedo serviros?

—Voy a decíroslo, señor —dijo el desconocido, que devoraba al joven con la mirada Pero ante todo, ¿queréis hacerme el favor de decirme la hora, día, mes y año de vuestro nacimiento?

Pardaillán se aseguró con la mirada de que la espada estaba a su alcance.

—«*¡Mientras no se ponga furioso…!*» —se dijo.

El desconocido, no obstante, a pesar de lo extraño de sus preguntas, no tenía el aspecto de un loco. Es verdad que sus ojos brillaban con extraordinario fuego, pero nada en su actitud denunciaba la demencia.

—Caballero —contestó Pardaillán afablemente—, todo lo que puedo deciros es que nací el año 49 en el mes de febrero. El resto lo ignoro.

«¡*Peccato*!» —murmuró el extraño visitante—. «*En fin, trataré de reconstruir su horóscopo lo mejor que me sea posible*».

Y en alta voz añadió:

—¿Sois libre, caballero?

«*Tengamos cuidado con él*» —pensó Pardaillán.

—¿Libre, señor? ¿Quién puede alabarse de serlo? ¿Lo es acaso el rey que no puede dar un paso fuera del Louvre? ¿Lo es la reina

Catalina, que reina más que el rey, según se dice? ¿Lo es acaso el duque de Guisa? ¡Libre…! ¡Cuán de prisa vais, señor! Es como si me preguntarais si soy rico. Todo es relativo. Los días en que tengo un escudo me creo tan rico como un príncipe. Cuando puedo sentarme ante una mesa en la que haya una buena botella de Saumur, me creo tan noble como un Montmorency. ¡Libre…! ¡Por Pilatos! Si por esto entendéis que puedo levantarme a mediodía y acostarme al salir el sol y que puedo entrar en una taberna o en la iglesia, comer si tengo hambre y beber si tengo sed… ¡Quieto, Pipeau! ¿Por qué gruñes, imbécil?, besar las dos mejillas de mi patrona o pellizcar a las criadas del «Cuerno de Oro», ir por París de día y de noche, a mi placer (no tengáis miedo, no muerde), burlarme de los pícaros y de la ronda, no tener otra guía que mi capricho ni otro amo que la hora que trascurre, sí, señor ¡soy libre! ¿Y vos?

El desconocido había escuchado al caballero con profunda atención, estremeciéndose al oír ciertos conceptos irónicos y dirigiendo una rápida mirada al oír otros en que se advertía cierta cólera o quizá una emoción. Sin decir una palabra se dirigió hacia la mesa y puso sobre ella un saco que llevaba debajo de su capa.

—Caballero —dijo entonces—, aquí hay doscientos escudos.

—¡Doscientos escudos! ¡Caramba!

—De seis libras.

—¿De seis libras decís?

—Parisis.

—¿Parisis? Pues he aquí un saco decente.

—Es vuestro —dijo secamente el hombre.

—Siendo así —dijo Pardaillán con la tranquilidad de que hacía gala en todas sus cosas—, permitid que lo ponga en sitio seguro.

Y cogiendo el repleto saco, lo metió en un cofre y luego se sentó encima. Entonces preguntó:

—Ahora explicadme el por qué estos doscientos escudos de seis libras parisis me pertenecen.

El desconocido creía haber asombrado a Pardaillán, pero éste permaneció tranquilo. Tal vez el primero esperaba frases de agradecimiento, y recibió la pregunta de Pardaillán como una estocada. No obstante, se repuso en breve y, reconociendo que tenía que habérselas con un adversario temible, resolvió acabarlo de un

golpe.

—Estos doscientos escudos se os han dado —dijo— en pago de vuestra libertad, que os compro.

Pardaillán no pestañeó.

—En este caso, caballero —dijo tranquilamente—, me debéis todavía novecientos noventa y nueve mil ochocientos escudos de seis libras parisis.

—¡*Briccone*! —murmuró el hombre al oír semejante enormidad —. ¡Caramba, caballero! ¿En Un millón de escudos estimáis vuestra libertad?

—Por el primer año —dijo Pardaillán impertérrito.

Esta vez Renato Ruggieri, pues el lector ya habrá adivinado que era él, se declaró vencido.

—Caballero —dijo después de haber mirado con admiración a su joven interlocutor, que permanecía apaciblemente sentado sobre su cofre—, veo que manejáis la palabra tan bien como la espada y que conocéis toda clase de esgrima. Os ruego que me perdonéis por haber querido deslumbraros, y vayamos al grano. Conservad vuestra libertad caballero. Sois hombre de corazón e inteligencia…

«*¡Diablo!*» —se dijo el caballero—, «*tengamos cuidado, porque el loco se exalta*».

—Acabáis de probar que sois inteligente, como ayer probasteis que sois valeroso. *¡Per Bacco*, caballero! Tenéis una espada y una lengua formidables. ¿Qué diríais si os propusiera poner una y otra al servicio de una causa noble y justa entre todas, de una causa santa, para hablar con más propiedad, y al mismo tiempo a las órdenes de una princesa poderosa, buena, generosa…?

—Dejemos aparte la causa y veamos de qué princesa se trata. ¿Es acaso madama de Montpensier? ¡Já! ¿Madama de Nemours?

—No lo adivináreis —contestó Ruggieri con viveza—. Pero no os devanéis los sesos buscando. Que os baste saber que se trata de la princesa más poderosa de Francia.

—Pero me parece muy natural, que yo sepa con quien me comprometo.

—Es muy justo. Id, pues, si os place, mañana por la noche, a las diez, al Puente de Madera, y dad tres golpes en la puerta de la primera casa que se halla a la derecha del puente.

Pardaillán no pudo contener un estremecimiento, pensando en aquel semblante pálido que creyó entrever detrás de la misteriosa reja de la ventana. En un instante tomó su decisión.

—¡Iré! —dijo.

—Esto es todo lo que quería… ¡por ahora! —contestó Ruggieri, y haciendo un saludo en el que el caballero creyó ver alguna ironía o amenaza, se marchó rápidamente.

Pardaillán entonces pensó:

«*Que el diablo me arranque uno a uno los pelos de mi bigote si esta princesa tan poderosa no es Catalina de Médicis. En cuanto a su causa noble y santa entre todas, ya veremos. Entretanto este hombre sabe quién soy y yo ignoro su nombre. Bueno, veamos ahora si los escudos pueden tener curso en las tabernas*».

Sacó el saco del cofre, lo vació y, sentándose ante la mesa, se puso a contar los escudos, que ordenó en montones iguales, mientras sonreía alegremente.

—¡No falta ni uno, a fe mía! He aquí doscientos escudos nuevecitos con la efigie de nuestro digno rey. ¿Pero no estaré dormido? No, no sueño. He aquí las monedas y he aquí el brillante. ¡Caramba! ¿A ver si llevo camino de ser rico? Pero estoy conmovido. ¿Acaso la buena fortuna ha de causarme miedo, cuando no me he preocupado nunca de la mala?

Pardaillán estaba haciendo estas reflexiones, cuando se abrió la puerta por tercera vez. Se levantó sobresaltado, a pesar de que tenía el puntillo de no asombrarse por nada, *nihil mirari*, como hubiera dicho Juan Dorat, que se dignaba citar a Horacio cuando no se citaba a sí mismo.

Pero casi enseguida su alarma, sin disminuir de intensidad, cambió de motivo. En efecto, el hombre que entraba era el verdadero retrato del que acababa de salir. Tenía el mismo aspecto de sombrío orgullo, el mismo porte enfático, las mismas facciones y la misma mirada de fuego.

Solamente había la diferencia de que el hombre de los doscientos escudos. —Renato Ruggieri— parecía tener unos cuarenta y cinco años. Era de estatura mediana, el fuego de sus ojos lo velaba la hipocresía y parecía confiar más en la astucia que en la fuerza. El recién llegado, por el contrario, no parecía tener más de

veinte años y era de alta estatura, la franqueza se pintaba en su mirada y su orgullo era tal vez legítimo. Pero una gran tristeza pesaba sobre él. Sus gestos, como los de Ruggieri, eran enfáticos, pero su voz tenía extraño sonido melancólico.

Los dos hombres se miraron un instante, y aun cuando el uno era la antítesis del otro, se sintieron invadidos de inexplicable simpatía.

—¿Sois el caballero de Pardaillán? —preguntó el tercer visitante.

—Sí, señor —contestó el caballero con una dulzura que no era habitual en él—. ¿Me haréis el honor de decirme a quien tengo el placer de recibir en mi pobre habitación?

Al oír esta pregunta tan natural, el desconocido palideció ligeramente. Luego levantó la cabeza y contestó sordamente:

—Es justo. La cortesía me obliga a deciros mi nombre.

—Caballero —exclamó Pardaillán con viveza—, creed que mi pregunta ha sido inspirada por la simpatía que siento hacia vos. Si vuestro nombre es un secreto, me creería deshonrado al rogaros que me lo dijerais.

—Mi nombre no es ningún secreto, caballero —dijo entonces el desconocido con evidente amargura—. Me llamo Diosdado.

Pardaillán hizo un gesto.

—Sí —continuó el joven—. Diosdado a secas. Es decir, un nombre que no es tal nombre. Un nombre que pregona que el que lo lleva no tiene padre ni madre. Diosdado significa dado a Dios. En efecto, soy un hombre a quien, de niño, hallaron en el pórtico de una iglesia, Arrancado a este Dios a quien mis padres me habían dado y confiado por la casualidad a una mujer que ha sido para mí más que un Dios; he aquí, caballero, la historia de mi nombre. Digo esta historia a todo el que quiere oírla, esperando que un día Dios castigará a los que me echaron al mundo abandonándome al dolor.

Lo imprevisto de esta escena, la espontaneidad de esta especie de confesión y el tono orgulloso y amargo a la vez del que la relataba, produjeron una profunda impresión en el ánimo del caballero, que preguntó maquinalmente:

—¿Y la mujer que os recogió…?

—Es la reina de Navarra.

—¡Juana de Albret!

—Sí, señor. Y esto me recuerda la misión que he olvidado, por lo que os ruego que me perdonéis.

—Amigo mío —dijo Pardaillán—, permitidme que os de este título, me habéis honrado explicándome vuestro origen y habéis despertado en mí un interés que me inclina a vos. Estrechémonos pues la mano…

Y diciendo esto, el semblante de Pardaillán mostraba tal lealtad y tal nobleza de sentimientos, que el mensajero de Juana de Albret pareció conmovido y se apresuró a estrechar la mano que se le tendía.

—¡Oh, caballero!… —exclamó.

—¿Qué tenéis? —preguntó sonriendo Pardaillán.

—¿No me rechazáis? ¿No me rechazáis vos, a quien conozco solamente hace cinco minutos? ¿No despreciáis al que no tiene nombre?

—¿Rechazaros? ¿Despreciaros? ¡Por Barrabás, amigo mío! Cuando se tiene vuestra figura, vuestros hombros de atleta y la buena espada que cuelga de vuestro cinto, no se puede ser menospreciado por nadie. Y aun cuando fuerais feo, débil y estuvierais desarmado, no me creería por eso con derecho a trataros mal.

—¡Ah, caballero! Hace mucho tiempo que no he tenido un momento de alegría intensa como ahora. Observo en vuestra conducta y en vuestra mirada una generosidad que me conmueve, pues veo que sois superior a cuantos reyes, príncipes y señores he tratado hasta hoy. Y el que se llamaba Diosdado se cubrió los ojos con una mano.

—¡Lubin! ¡Lubin! —gritó Pardaillán.

—¿Qué hay? —preguntó Diosdado.

—Hay, amigo mío, que una conversación que ha comenzado en tales términos no puede acabar más que en la mesa. Están dando las doce y es la hora de comer para todas las personas decentes. ¡Lubin!, oye, fraile maldito, te voy a cortar las orejas.

—¡Ah, caballero! ¡Cuán feliz me hacéis!

—Escuchad. Convengamos en una cosa. Vos os llamáis Diosdado y yo Juan, y queda entendido que ni uno ni otro tenemos más

nombres.

Tan delicada como ingeniosa atención, desvaneció los últimos restos de la melancolía de Diosdado y apareció entonces tal como era en realidad, dotado de extraña belleza y con una nobleza de actitudes y dulzura de carácter que Pardaillán adivinara instintivamente.

¡Lubin! ¡Lubin! —llamó de nuevo el caballero—. Lubín —añadió— es el mozo de la posada. Es un ex fraile que dejó el convento para hacerse mozo de «La Adivinadora» por amor a los capones y al buen vino. Cuando estoy rico y tengo buen humor me divierto en embriagarlo, y aun cuando ya haya pasado de los cincuenta años, todavía resiste admirablemente. ¡Ah, ya está aquí!

En efecto, llegaba Lubin, pero acompañado de maese Landry, el cual había subido hasta la habitación del caballero con la rapidez de la tortuga que se levantara en el aire, gracias a que Lubín lo empujaba por atrás. Y Landry aparecía sonriendo con una boca de un metro de larga, gorro en mano, lo que no hacía nunca, y con los dos puños oprimiéndose el vientre.

—¿Qué diablos hacéis? —preguntó Pardaillán asombrado.

—Trato de hacer entrar mi vientre… pero no puedo conseguirlo. Monseñor ya se dignará perdonarme… si no me inclino.

—¿Habláis conmigo?

—Sí, señor… digo, monseñor —repuso Landry, mirando oblicuamente a los montones de escudos que habían quedado sobre la mesa.

—Bueno, bueno —contestó Pardaillán, que había recobrado su impasibilidad—, sabéis, según veo, que, de simple caballero, me he convertido en príncipe. Observo que estáis bien enterado, maese Landry.

El hostelero abrió los ojos desmesuradamente. Pardaillán continuó:

—Tratadnos, pues, como dos príncipes de la sangre (Diosdado palideció al oír estas palabras) y, por lo tanto, dadnos una comida de príncipes, o, mejor, de reyes. O sea: un asado que esté en su punto; unas de esas alondras a la parrilla que han acreditado vuestra hostería; una de esas tortas de ciruelas cuyo secreto posee la hermosa señora Huguette, sin olvidarse de algún jamón de los que

están a la izquierda de la tercera viga, en la cocina, y, además, una tortilla bien doradita. Traed también dos botellas de Saumur del año· 1556 y dos botellas de vino de Macon, y, para acabar, dos botellas más del Burdeos que guardáis para maese Ronsard.

—Bien, monseñor —dijo Landry.

—¡Amén! —exclamó Lubin, dando un chasquido con la lengua, porque el fraile ya se veía apurando los restos de las bienaventuradas botellas que acababan de citar.

Un cuarto de hora más tarde, Juan y Diosdado, el caballero y el hombre sin nombre, se sentaban ante las riquezas gastronómicas que Lubín había colocado cuidadosamente sobre la mesa. Pero con gran desesperación del antiguo fraile, Pardaillán cerró la puerta, diciendo que se serviría por sí mismo a pesar del principado que le había caído encima.

—Mi querido Juan —dijo entonces Diosdado—, estoy asombrado y conmovido con esta amistad que desde el primer momento me habéis testimoniado. Pero esto no ha de impedirme cumplir mi misión.

—¡Ya sé cuál es!

—¿De veras?

—Sí. La reina de Navarra os envía para decirme que me agradece el haberla arrancado ayer de las manos de sus asesinos; os ha ordenado reiterarme la oferta de entrar a su servicio y, por fin, me manda por vuestras manos alguna joya preciosa. ¿No es esto?

—¿Cómo lo habéis sabido?

—Muy sencillamente. Esta mañana he recibido a un embajador de cierto gran señor, el cual me ha mandado un hermoso diamante y me ha hecho preguntar si quería entrar a su servicio. Luego he recibido a un misterioso diputado que me ha hecho entrega de doscientos escudos haciéndome saber que una gran princesa quiere contarme entre sus gentilhombres. Y, por fin, llegáis vos, en tercer lugar. Y supongo que, lógicamente, me haréis las mismas ofertas y me entregaréis algún regalo como los anteriores.

—En efecto, he aquí la joya —dijo Diosdado, tendiendo al caballero un espléndido broche compuesto de tres rubíes.

—¡Qué os decía yo! —exclamó Pardaillán, tomando la fulgurante joya.

—Su Majestad —continuó Diosdado— me ha encargado que os dijera que distrajo esta joya de cierto saco que debisteis ver. Añade que nunca olvidará lo que os debe, y en cuanto a incorporaros a su ejército, lo haréis cuando os convenga.

—Pero —observó Pardaillán—, ¿habéis encontrado a la reina?

—No la he encontrado. La esperaba en Saint-Germain, desde donde Su Majestad ha salido para Saintes, después de haberme dado el encargo que me ha valido el honor insigne de ser vuestro amigo.

—Bueno. Otra pregunta. Al subir la escalera, ¿no habéis encontrado a un hombre envuelto en una capa, y de edad de cuarenta y cinco años, poco más o menos?

—No he encontrado a nadie —contestó Diosdado.

—Última pregunta. ¿Cuándo os vais?

—No me voy —contestó Diosdado, cuyo semblante se puso sombrío—; la reina de Navarra me ha encomendado algunas misiones, en las que invertiré bastante tiempo y, además, he de ocuparme también de mí mismo.

—Bueno. En este caso no tenéis necesidad de buscar alojamiento. Instalaos aquí.

—Mil gracias caballero. Pero, me esperan en casa… ¡Vaya! No quiero guardar secretos para vos. Me esperan en casa del señor de Teligny, que ha llegado secretamente a París.

—¿El yerno del almirante Coligny?

—El mismo. Y al hotel del almirante, calle de Bethisy, es donde deberías ir en mi busca, si tuviera la suerte de que algún día tuvierais necesidad de mí. La casa está deshabitada en apariencia, pero bastará que deis tres golpes a la puerta de servicio. Y en cuanto hayan entreabierto diréis: «Jarnac y Moncontour».

—Muy bien, amigo mío. Pero, a propósito de Teligny, ¿sabéis lo que se dice de él?

—¿Qué Teligny es pobre? ¿Qué no tiene otra cosa que su intrepidez y su inteligencia? ¿Qué el almirante hizo mal en dar a su hija a un hombre sin fortuna?

—Sí, pero se dice otra cosa. Se dice que ha sido un sujeto de la peor especie, a quien han empleado en operaciones inconfesables y que ha visto demasiadas cosas. Se dice también que la víspera de la boda de Teligny, un hidalgo de la más alta nobleza se presentó en

casa del almirante para decirle que amaba a su hija Luisa.

—Ese hidalgo —contestó Diosdado— se llama Enrique de Guisa. Ya veis, pues, que conozco la historia. Sí, es cierto. Enrique de Guisa amaba a Luisa de Coligny. Dijo al almirante que su padre, el gran Francisco de Guisa, y él, habían hecho juntos sus primeras armas en Crisoles y que la unión de las casas de Guisa y de Chatillon, representada por Coligny, pondrían fin a las guerras de religión. Por último, el orgulloso hidalgo llegó a llorar ante el almirante, rogándole que rompiera el proyectado matrimonio y le concediera la mano de Luisa.

—¿Y qué contestó el almirante?

—Que solo tenía una palabra y que ésta estaba comprometida con Teligny. Añadió que, además, el casamiento era del gusto de su hija, lo cual era el primer factor en tal asunto. Enrique de Guisa partió desesperado. Teligny se casó con Luisa de Coligny y Guisa, lleno de pesar, se casó con Catalina de Cléves.

—La cual, según se asegura, ama a todos menos a su marido.

—Tiene un amante —dijo Diosdado.

—¿Qué se llama?

—Saint-Megrin.

Pardaillán se echó a reír.

—¿Lo conocéis acaso? —preguntó el enviado de Juana de Albret.

—Desde esta mañana. Querido amigo, voy a daros una noticia. Enrique de Guisa está en París.

—¿Estáis seguro? —exclamó Diosdado, levantándose sobresaltado.

—Lo he visto con mis propios ojos. Y os aseguro que el buen pueblo de París no ha escatimado las aclamaciones.

Diosdado se ciñó rápidamente la espada y se echó la capa sobre los hombros.

—Adiós —dijo secamente con aire sombrío.

Y al ver que Pardaillán es levantaba añadió:

—Dejad que os de un abrazo. Acabo de pasar una hora de alegría apacible como pocas veces he gozado en mi vida.

—Iba a proponeros lo mismo —contestó el caballero.

Los dos jóvenes se abrazaron cordialmente.

—No olvidéis —dijo Diosdado—. La casa Coligny… la puerta de servicio.

—«Jarnac y Moncontour». Tranquilizaos, amigo mío. El día que tenga necesidad de que alguien se haga matar a mi lado, pensaré en vos antes que en otro.

—¡Gracias! —dijo Diosdado sencillamente, y se alejó a toda prisa.

En cuanto a Pardaillán, su primer cuidado fue correr a casa de un ropavejero para comprar un traje nuevo. Eligió uno de terciopelo gris, semejante al que dejaba, con la diferencia de que el primero era enteramente nuevo. Luego fijó el broche de rubíes para sostener la pluma de gallo. Más tarde fue a casa del Judío Isaac Rubén para venderle el hermoso brillante del duque de Guisa, por el cual le dio ciento setenta pistolas.

13XIV - Una ceremonia pagana

LA TARDE EMPEZABA A CAER cuando Pardaillán regresó a la posada. Instintivamente miró hacia la ventanita en que tantas veces había aparecido el semblante de Luisa. Habría dado la mitad de los escudos de que era poseedor para que lo hubiera visto con su nuevo traje. Pero la ventana estaba cerrada. El caballero dio, por lo tanto, un suspiro y se volvió a la puerta de la posada. A la izquierda de la escalinata distinguió a tres caballeros que miraban al aire, como si quisieran examinar las ventanas de la casa de la Dama Enlutada.

—¿Decís que es aquí, Maurevert? —exclamó uno de ellos.

—Aquí, conde de Quelus. En el primer piso vive la propietaria, mujer muy devota, sorda y que se pasa el día en oración. El segundo piso lo he alquilado esta mañana.

—Maugiron —contestó el que habla recibido el nombre de conde de Quelus—, ¿concibes acaso las pasiones de Su Alteza por las burguesitas?

—Menos que burguesas, Quelus. Él, que tiene la corte…

—Mejor que la corte, Maugiron. ¡Tiene a Margarita!

Los dos jóvenes hidalgos se echaron a reír y continuaron hablando entre ellos sin ocuparse de Maurevert, por el que sentían temor y desprecio. Maurevert, en tanto, se alejó, diciendo:

—¡Hasta la noche, señores! —Quelus y Maugiron iban a hacer lo mismo, cuando vieron ante ellos a un joven que, con glacial cortesía, se descubrió, preguntando:

—Señores, ¿queréis hacerme el obsequio de decirme qué mirabais con tanta atención en esta casa?

Los dos hidalgos interrogados se miraron.

—¿Por qué nos hacéis esta pregunta? —dijo Maugiron con altanería.

—Porque esta casa me pertenece —contestó Pardaillán.

El caballero estaba un poco pálido, pero aquella palidez debió pasar inadvertida a sus interlocutores, que no lo conocían. Además, su actitud era en extremo cortés.

—¿Y suponéis —dijo Quelus— que tenemos deseos de comprarla?

—Mi casa no está en venta, señores —dijo Pardaillán impasible.

—Entonces, ¿qué queréis?

—Deciros simplemente que no quiero que se mire lo que me pertenece, y, sobre todo, que se ría de ello. Y los dos habéis mirado y reído.

—¿No queréis? —exclamó Maugiron, palideciendo a impulsos de la cólera.

—Ven —díjole Quelus—, es un loco.

—Señores —continuó Pardaillán, siempre impasible— no estoy loco y os repito que odio a los insolentes que miran lo que no deben.

—Por Dios, caballero, nos veremos obligados a cortaros las orejas.

—… y que tengo la costumbre de castigar a aquellos cuya risa me desagrada. Id a reír a otra parte —acabó diciendo Pardaillán.

—¡Ah! ¿Y dónde diablos queréis que vayamos a reír? —dijo Quelus.

—¡Al Prado de los Curiales, por ejemplo…,!

—Bueno, ¿y cuándo?

—En seguida, si os parece bien.

—No. Pero mañana, a las diez, mi amigo y yo estaremos allí. Y vos procurad reír mucho esta noche, porque es muy probable que mañana ya no podáis hacerlo.

—Lo procuraré, señores —dijo Pardaillán, saludando con mi gran gesto, sombrero en mano.

Quelus y Maugiron se alejaron en la misma dirección que Maurevert. Pardaillán, inquieto y turbado, entró en la sala de «La Adivinadora». Y se puso a comer.

«*¿Qué diablos harían allí ese par de tontos? ¿Habrán venido por ella?*».

«*¡Por los cuernos de todos los diablos! ¡Si fuera así!*».

«*Pero no…, Veamos, ¿qué razón hay para ello? ¡Sale tan pocas veces! ¿Quién habrá podido fijarse en ella?*».

Por fin, gracias a semejantes reflexiones y a una botella de Anjou, Pardaillán consiguió tranquilizarse y, siguiendo sus hábitos

de observador, paseó la mirada por la sala. Aquella noche había gran concurrencia en la posada, Las criadas preparaban la mesa, en la pieza vecina, para muchos convidados. Maese Landry y sus auxiliares se las habían con gran número de cacerolas.

—¿Acaso hay algún convite esta noche? —preguntó Pardaillán a Lubin, que lo servía.

—Sí, señor, y por ello estoy muy satisfecho.

—¿Por qué?

—Por de pronto porque los señores poetas son muy generosos… beben mucho y me hacen beber.

—¿Son, pues, poetas los que han de venir?

—Como todos los primeros viernes de cada mes, señor caballero. Se reúnen para recitar poesías que me harían ruborizar si no estuviera muy ocupado en beber.

—Bueno. ¿Y por qué más?

—¡Ah, sí! Porque va a venir el hermano Thibaut.

—¿El fraile? ¿Es poeta también?

—No… pero… perdonad, señor caballero, pero he aquí una pluma roja, —y sin acabar su frase, Lubin, que parecía muy apurado, corrió al encuentro de un caballero que acababa de entrar en la sala, el cual llevaba una pluma roja en el sombrero e iba envuelto cuidadosamente en la capa, que le tapaba los ojos. Pero, por mucho que procuraba ocultarse, Pardaillán, que tenía mirada penetrante, reconoció enseguida aquella cara.

«*¡El señor de Cosseins!*» —murmuró.

Cosseins era el capitán de guardias de Carlos IX, es decir, el primer personaje militar del Louvre. Asistía a todas las revistas y relevos y a todas las cacerías reales. Pardaillán lo había visto más de una vez.

«*¿Qué sociedad de poetas era ésa de la que formaban parte el hermano Thibaut y el capitán de los guardias del rey? ¿Por qué es Lubín y no maese Landry el que recibe al recién llegado?*» —se preguntaba Pardaillán, y con sobreexcitada curiosidad siguió con la mirada a Lubín y Cosscins.

Landry, ocupado en sus hornos, no había reparado en el recién llegado, a pesar de que la cocina estaba situada de tal manera que podía ver perfectamente a todo el que entrara.

Lubin y el capitán penetraron en la pieza en que las criadas disponían la mesa.

—Aquí tendrá lugar el banquete, señor poeta —dijo Lubin, tratando en vano de ver el semblante del recién llegado.

—Vamos más lejos —dijo Cosseins.

La sala siguiente estaba vacía y daba a otra igualmente desocupada, pero en la cual estaban preparadas unas quince sillas. A la izquierda de la sala se abría un gabinete oscuro. Cosseins entró en él.

—¿Qué puerta es ésa? —preguntó.

—Da al pasillo que corre paralelo a las cuatro salas y, por fin, desemboca en la calle.

—¿Puede entrar alguien por aquí?

Lubin sonrió y mostró al capitán dos enormes cerrojos que cerraban la maciza puerta.

—Perfectamente. ¿Dónde estará el fraile?

—¿Fray Thibaut? En la sala mayor, ante la puerta de la sala que servirá para la fiesta. ¡Oh!, ¡no tengáis cuidado: no entrará nadie y con toda tranquilidad podréis recitar vuestros sonetos y baladas!

—Ya comprenderéis. ¡Hay tantos celosos que desearían apropiarse nuestras producciones!

—Sí, ¡plagiarios!

Cosseins aprobó con un movimiento de cabeza y, satisfecho sin duda de su inspección, atravesó de nuevo las salas y la puerta del salón y desapareció.

«*¿Qué diablos va a pasar esta noche en "La Adivinadora"?*» —se preguntó Pardaillán.

El caballero no era hombre que perdiera el tiempo meditando. Era curioso por naturaleza y por necesidad de defensa personal. No vaciló, pues, un momento, y resolvió conocer la verdad, que, sin duda alguna, Lubín ignoraba completamente. Se levantó, por consiguiente, sin afectación, llamó a Pipeau con un silbido y penetró en la sala del banquete, en donde tres criadas acababan de poner los cubiertos. Pasó rápidamente y entró en la estancia vacía cerrando tras sí la puerta. Luego llegó a la pieza en que estaban preparadas las quince sillas y, por fin, al gabinete oscuro. Este gabinete no era, en suma, más que una especie de cueva, cuyas

paredes húmedas destilaban salitre.

Por fin, se entraba en las verdaderas cuevas de maese Landry. En el fondo se abría una trampa que cerraba por medio de una plancha de madera provista de una argolla de hierro.

Pardaillán, siempre seguido de Pipeau, se hundió en la escalera que bajaba a la cueva, la visitó cuidadosamente para asegurarse de que no había nadie, y, convencido de que no había nada anormal volvió a instalarse en el gabinete oscuro, dejando abierta la trampa mencionada. Le dejaremos haciendo de centinela voluntario y volveremos a observar lo que pasaba en la gran sala de la posada.

Hacia las nueve de la noche aparecieron tres hombres envueltos en grandes capas, llevando en sus birretes grandes plumas rojas. Lubin corrió al encuentro de estos personajes misteriosos y los introdujo en la sala del banquete. Diez minutos después, dos caballeros más y, por fin, otros tres, llevando todos la misma pluma roja en el birrete, entraron en «La Adivinadora» y fueron acompañados por Lubin, que, entonces, murmuró:

—Ocho plumas rojas. La cuenta está cabal.

En aquel momento, un fraile de barba blanca, de ojos burlones y cara rubicunda, franqueó a su vez el umbral de la puerta.

—¡Fray Thibaut! —exclamó Lubin, yendo a su encuentro.

—Hermano mío —dijo éste en voz baja—. ¿Han llegado nuestros ocho poetas?

—Allí están —contestó Lubin, señalando la sala del banquete.

—Muy bien. Escuchadme, pues, hermano. Se trata de cosas graves. Son poetas extranjeros que vienen a discutir con los nuestros.

—Pero, hermano mío, ¿cómo es que estáis mezclado en cosas de poesía?

—Hermano Lubín —dijo severamente el fraile— si nuestro reverendo y venerado abad, monseñor Sorbin de Sainte-Foi, permitió que dejarais el convento para venir a esta posada y llevar en ella vida regalada…

—¡Hermano! ¡Ah, hermano Thibaut!

—… Si el reverendo, apiadándose de vuestra sed inextinguible,

os ha dado una prueba tan grande de su bondad, no debe inferirse por ello que también vaya a permitiros el pecado de la curiosidad.

—Me callo, hermano.

—No tenéis derecho a hacer preguntas, o, de lo contrario, volvéis al convento.

—¡Misericordia!, ¡lo juro, hermano… mi querido hermano…!

—Bueno. Ahora preparadme una mesita allí, frente a la puerta de la sala, porque tengo un poco de apetito.

Diciendo esto, fray Thibaut se amansó; sus ojos se enternecieron, y pasó la punta de su lengua por los labios.

—¡Qué feliz sois, fray Lubín! —dijo.

—¿Qué queréis para cenar, buen hermano? —preguntó Lubin.

—Poca cosa. Medio pollo, un frito de pescado, un pastel, una tortilla, confituras y cuatro botellas de vino de Anjou. En otros tiempos, hermano Lubin, habría pedido seis, pero ¡ay!, nos hacemos viejos.

El fraile se instaló en la puerta, de modo que nadie pudiera entrar sin su permiso. Cuando Lubín hubo colocado encima de la mesa los elementos de la modesta cena pedida por fray Thibaut, éste dijo:

—Ahora, hermano Lubin, escuchadme bien. ¿Conocéis el corredor que lleva al gabinete oscuro? Pues bien; vais a poneros de centinela a la entrada del corredor, en la calle, hasta que yo os releve.

Lubin, que vio desvanecerse todos sus ensueños gastronómicos y báquicos, dio un suspiro que hubiera enternecido a un tigre, pero fray Thibaut pareció no darse cuenta de ello.

—Si alguien quiere entrar en el corredor —continuó—, os opondréis. Si este alguien persiste en su intención, dais un grito de alarma. Id, mi querido hermano, apresuraos…

Entonces Lubín se vio obligado a obedecer, y fray Thibaut emprendió el ataque contra el medio pollo. Dieron las nueve y media, y en aquel momento entraron seis nuevos pasajeros en la posada.

—He aquí los descreídos —gruñó Thibaut—. Yo soy como el hermano Lubin, No comprendo por qué se me obliga a guardar la puerta en favor de poetastros como Ronsard, Laif, Rérny Belleau,

Juan Dorat, Jodelle y Pontus de Thyard.

Refunfuñando así, fray Thibaut iba mirándolos a medida que entraban en la sala del banquete. Es inútil decir que la entrada de los poetas y su desaparición pasaron inadvertidas. Y para darse cuenta exacta de esta escena, nuestro lector debe figurarse la gran sala de «La Adivinadora» llena de soldados, estudiantes, aventureros e hidalgos. Aquí y allí algunas mujeres públicas. En el centro de la sala un bohemio haciendo juegos de manos; las carcajadas, las canciones, los gritos de los bebedores que pedían más vino, hipocrás o hidromiel, el ruido de los cubiletes de estaño que se entrechocaban; en una palabra, toda la efervescencia de una taberna muy concurrida en el momento en que va a dar el toque de queda, se va a cerrar el establecimiento y todo el mundo se apresura a vaciar el último vaso.

Los seis poetas de la Pléyade (el séptimo, Joaquín Du Bellay, había muerto en 1560) entraron, pues, sin haber despertado la menor curiosidad y pasaron a la sala del festín. Allí Juan Dorat detuvo con el gesto a sus cofrades y les dijo:

—Henos aquí reunidos para celebrar nuestros misterios. Puede decirse que somos la flor de la poesía antigua y moderna y que jamás asamblea de doctores del sublime arte fue más digna que ésta de subir al Parnaso para saludar a los dioses tutelares, Vos, Pontus de Thyard, con vuestros «*Errores amorosos*» y vuestro «*Furor poético*»; vos, Esteban Odelle, señor de la tragedia, con vuestra «Cleopatra cautiva» y vuestra «*Dido*»; vos, Remy Belleau, excelente lapidario de las «*Piedras preciosas*», magnífico evocador de la amatista, de la ágata, del zafiro y de la perla; vos, Antonio Baif, el gran reformador del diptongo, prestigioso artífice de los *siete libros de «Amor»*, y yo, en fin, yo Juan Dorat, que no me atrevo a citarme, después de tantos nombres gloriosos, henos aquí reunidos al lado de nuestro maestro del género antiguo y moderno, el grande y definitivo poeta que se ha hecho dueño del latín y del griego para forjar una lengua nueva, el hijo de Apolo que, desde los tiempos en que aprendí, en el colegio Coqueret, el arte de hablar como hablaban los dioses, me ha sobrepujado de cien codos y nos aplasta bajo el peso de sus «*Odas*», sus «*Amores*», su «*Floresta real*», sus «*Mascaradas*», sus «*Églogas*», sus «*Alegrías*», sus «*Sonetos*» y sus

«*Elegías*». ¡Maestros, inclinémonos ante nuestro maestro, micer Pedro Ronsard! (Creemos deber advertir aquí que Juan Dorat se expresaba en latín con una facilidad y corrección que probaban su perfecto dominio de esta lengua).

Los poetas se inclinaron ante Ronsard que aceptó el homenaje con majestuosa sencillez.

Ronsard, que era sordo como una tapia, no había oído ni una palabra de la arenga, pero, como muchos sordos, no confesaba su enfermedad. Así pues, contestó en el tono más natural:

—El maestro Dorat acaba de decir cosas de maravillosa justeza y a ellas me asocio sin restricciones.

—*Nunc est bibemdum* ¡Ahora, a beber! —exclamó Pontus, que gustaba de divertirse a costa del ilustre sordo.

—Gracias, hijo mío —contestó Ronsard con amable sonrisa.

Juan Dorat, con imperceptible emoción de inquietud, continuó:

—Señores, ya os he hablado de ocho ilustres extranjeros que desean asistir a la celebración de nuestros misterios.

—¿Son poetas trágicos? —preguntó Jodelle.

—De ninguna manera. Ni poetas son siquiera. Pero os respondo de que son personas honradas y dignas. Me han confiado sus nombres bajo el sello del secreto. El maestro Ronsard ha aprobado su admisión y, además, ¿no hemos tolerado varias veces la presencia de algunos extraños?

—Pero ¿y si nos hacen traición? —observó Remy Belleau.

—Han jurado guardar el secreto —contestó Dorat con viveza. Además, señores, se marchan mañana y es muy fácil que no vuelvan más a París.

Pontus de Thyard, que era un glotón y un bebedor de fuerza, y a quien sus amigos llamaban «El gran Pontus» a causa de su talla hercúlea, aun cuando él fingía entender que este calificativo se aplicaba a su genio, Pontus, dijo entonces:

—Yo creo que se come de mal humor y se digiere mal cuando …

—Estos nobles extranjeros no asistirán a nuestro ágape —interrumpió Dorat—. Además, he de hacer constar que se abrigan sospechas contra nosotros y que la presencia de ilustres huéspedes que podrían servimos de testimonio en caso necesario, sería una gran prueba de la inocencia de nuestras reuniones. Pero hay un

medio para decidido. ¡Votemos!

Los votos, en aquella reunión, se expresaban a usanza de los romanos que en el circo pedían la vida o la muerte de los gladiadores vencidos. Para decir sí, levantaban el pulgar; para decir no, lo bajaban. Con viva satisfacción, que sin embargo disimuló, Juan Dorat vio que los pulgares de sus amigos señalaban todos al techo, incluso el de Ronsard, que no había oído una palabra de la discusión.

Entonces los seis poetas entonaron una canción báquica y a sus acentos entraron en la sala del fondo, donde se hallaban ya los ocho desconocidos de las plumas rojas en las tocas. Todos iban enmascarados. Estaban sentados en dos filas como si fueran a asistir a un espectáculo.

Apenas hubieron entrado, su canción báquica probablemente una especie de *Gaudeamus ignur* se transformó en una melopea de ritmo extraño que debía ser una invocación. Al mismo tiempo se colocaron uno al lado de otro formando fila, adosados a la pared del fondo de la sala que se hallaba frente a la puerta del gabinete oscuro por el que se iba a la cueva.

De espaldas a esta puerta estaban sentados los ocho espectadores enmascarados. En seguida Juan Dorat abrió una gran puerta que estaba cuidadosamente disimulada en la pared. Entonces apareció a los ojos de los espectadores una especie de alcoba, y he aquí lo que vieron entonces los ocho espectadores:

En el fondo de aquella alcoba se elevaba un altar de antigua forma. Este altar, que era de granito rosa, afectaba la forma primitiva y rudimentaria de las grandes piedras, que antaño servían para los sacrificios. Pero su basamento estaba adornado con esculturas y medallones de estilo griego. Uno de estos últimos representaba a Febo o Apolo, dios de la Poesía; en otro se hallaba representada Ceres, diosa de las cosechas; un tercero representaba a Mercurio, dios del comercio y de los ladrones, y en realidad, dios del ingenio.

Al pie del altar había una gran piedra adornada de igual modo, cruzada por una hendidura en forma de canalillo. En primer término se veía un pebetero sobre un trípode de oro o dorado. Sobre el altar había un busto de cabeza extraña, que sonreía

haciendo visajes. Sus orejas eran velludas, tenía cuernos en la frente, cabeza de sátiro o fauno para un indiferente; cabeza de Pan, el gran Pan, soberano de la Naturaleza, para los iniciados.

A derecha e izquierda del altar estaban colgadas algunas túnicas blancas y coronas de laurel. En fin, por un increíble, pero verídico capricho, o tal vez por una mezcla de paganismo y de religión cristiana, a pesar de que no debía considerarse como una profanación, o tal vez fuera también por extraño olvido, detrás del altar, un poco a la izquierda, colgada en la pared y muy asombrada sin duda de hallarse allí, había una lámina representando a la Virgen que aplastaba una serpiente.

Debemos completar este extraño cuadro, diciendo que a la derecha del altar y en la pared estaba empotrada una argolla de hierro dorado, a la cual estaba atado un verdadero macho cabrío, coronado de flores, cubierto de follaje y que, a la sazón, se ocupaba en roer tranquilamente algunas hierbas colocadas a su alcance. Apenas se abrió la puerta de la alcoba, Juan Dorat entró y descolgó las túnicas blancas y las coronas, que entregó a sus amigos.

En un instante los seis poetas estuvieron revestidos como sacerdotes de algún templo de Delfos y coronados de follaje y flores entrelazadas. Entonces se colocaron a la izquierda del altar y empezaron a salmodiar en griego un canto de música primitiva. Una vez terminado, evolucionaron en fila y fueron a colocarse a la derecha del altar, en donde cantaron de nuevo, con la misma música, pero con otra letra, figurando sin duda la antiestrofa, ya que el primero había sido la estrofa. Luego, de pronto, se callaron.

Ronsard avanzó hacia el pebetero y echó en él el contenido de una cazoleta que había encima del altar. Enseguida se elevó un humo blanco, llenando la alcoba de un sutil olor de mirra o de cinamomo. Entonces el coro volvió a cantar con una melopea más lenta. Luego se callaron de nuevo. Ronsard se inclinó ante el busto de Pan y, elevando las manos por encima de su cabeza, con las palmas hacia lo alto, pronunció esta invocación:

—¡Oh, Pan! ¡Oh, faunos, sátiras y dríadas! ¡Vosotros, gentiles habitantes de las florestas y bosques, vosotros que entre los arbustos y a la sombra de los árboles bailáis y saltáis sobre la tierra! ¡Vosotros, silvestres amigos de los árboles, que vivís libres,

orgullosos, lejos de los doctores y confesores, lejos de los pedantes maléficos que hacen la existencia de la Humanidad tan amarga! ¿Por qué no he de poder participar de vuestras inocentes juegas?

»¡Oh, dríadas amables, y vosotros faunos sonrientes! ¿Cuándo podré yo también inclinarme sobre el misterio de las fuentes límpidas, y, embriagado por los perfumes del bosque, escuchar el ruido de la hoja que cae, la ardilla que juega y la música infinita de las grandes ramas agitadas por el viento? ¿Cuándo podré huir de los hombres de las ciudades, de la engañosa corte, de los sacerdotes malignos, de los obispos que con sus báculos tratan de aplastar a los inocentes? ¿Cuándo podré huir de los cortesanos impostores, de los reyes que chupan la sangre del pueblo, de los hombres de armas que buscan el asesinato con el arcabuz en la mano y las tinieblas en el corazón?

»¡Oh, Pan, oh Naturaleza!, es a ti a quien van los sueños del pobre poeta. ¡Es a ti a quien adora mi espíritu! ¡Oh, Pan creador, protagonista de las fecundaciones eternas, amor, dulzura, Vida maternal, que recibes insultos con los mortales pensamientos de los hombres! ¡Escucha los votos de los poetas! ¡Oh, Pan! ¡Recibe nuestros espíritus en tu vasto seno! ¡Y ya que no nos es permitido ir hacia ti, deja que tu alma penetre en las nuestras! ¡Inspíranos el amor por los espacios libres, por las sombras solitarias, por las murmuradoras fuentes, oh, Pan, el amor del amor, de la amistad, de la naturaleza, de la Vida! ¡Y recibe aquí nuestro modesto sacrificio!

»¡Qué la sangre de este macho cabrío te sea agradable y te haga propicio a nuestros ensueños! ¡Corra, pues, en ofrenda expiatoria, la sangre de este ser que te es agradable, antes que la sangre de los hombres, en ofrenda de los mortales pensamientos de los sacerdotes! ¡Qué corra alegremente como el vino correrá en nuestras copas cuando bebamos a tu gloria, a tu apacible gloria!, ¡oh, Pan! ¡A tu belleza soberana, oh, Naturaleza! ¡A tu eterno poder, oh, Vida! ¡A vuestra secular juventud, oh, ninfas, dríadas, sátiros y faunos!

Entonces, mientras el coro, con ritmo más majestuoso, cantaba de nuevo, Ronsard echó nuevamente perfumes en el pebetero, Luego Pontus de Thyard, que era el coloso de la Pléyade, avanzó, tomó del altar un largo cuchillo con mango de plata, asió al macho

cabrío por los cuernos y lo tendió sobre la piedra destinada a los sacrificios.

Un instante después un poco de sangre corrió por el canalillo de la piedra.

—¡*Evolie*! —gritaron los poetas.

El macho cabrío no había sido degollado, como tal vez se figura el lector. Pontus se contentó con hacerle una pequeña sangría para cumplir el rito indicado por Ronsard. Puesto en libertad el animal sacudió vivamente la cabeza y se puso a roer sus hierbas. Al mismo tiempo los poetas se quitaron sus túnicas, pero conservaron en sus cabezas las coronas de flores.

La puerta de la alcoba fue cerrada de nuevo, y los poetas, entonando otra vez el canto báquico que había acompañado su entrada a aquella extraña escena de paganismo, se pusieron en fila y salieron hacia la sala del festín, en donde muy pronto se oyó el chocar de vasos, el ruido de las conversaciones y las carcajadas.

—¡He aquí a unos grandes locos o grandes filósofos! —murmuró el caballero de Pardaillán.

Nuestros lectores no habrán olvidado, en efecto, que el caballero se había ocultado en el gabinete oscuro, pronto a bajar a la cueva al menor peligro de ser descubierto.

Después de la salida de los poetas, los ocho hombres enmascarados se levantaron.

—¡Sacrilegio y profanación! —exclamó uno de ellos, quitándose la careta.

—¡El obispo Sorbin de Sainte-Foi! —murmuro Pardaillán, ahogando una exclamación de sorpresa.

—… y se me obliga a mí —continuó Sorbin— ¡a asistir a tales infamias! ¡Ah, la fe se va! ¡La herejía nos ahoga! ¡Es ya tiempo de obrar! ¡Y pensar que se han dado a este Ronsard los beneficios de Bellozane, Croix de Val y el priorato de Evailles!

—¿Qué queréis decir, monseñor? —exclamó otro, quitándose igualmente la careta—. Dorat es de los nuestros y nos oculta. Además, vigila esta reunión. ¿Dónde queréis ir? ¿A vuestra casa? Dentro de una hora nos habrían arrestado. La vigilancia del prebostazgo es muy estrecha en todas partes, y aquí estamos

perfectamente seguros.

Y en el que acababa de hablar así, Pardaillán reconoció a Cosseins, ¡capitán de los guardias del rey! Pero no habían acabado las sorpresas para él, porque en los otros seis, que, a su vez, se quitaron la careta, reconoció con estupefacción al duque Enrique de Guisa y a su tío el cardenal de Lorena. En cuanto a los cuatro restantes, le eran completamente desconocidos.

—Olvidemos de momento la comedia de los poetas —dijo el cardenal de Lorena—. Más tarde procuraremos ahogar esta nueva herejía. Cuando seamos los amos. Cosseins, ¿habéis estudiado este lugar?

—Sí, monseñor.

—¿Respondéis de que nos hallamos en seguridad?

—Con mi cabeza.

—Pues bien, señores, hablemos de nuestros asuntos —dijo entonces el duque de Guisa con autoritario tono—. Calmaos, señor obispo, los tiempos están cercanos. Cuando ocupe el trono de Francia un rey digno de este nombre, tomaréis vuestro desquite. Os he jurado que la herejía sería exterminada, y ya me veréis cumpliendo mi promesa.

A la sazón los conjurados escuchaban al joven duque con exagerado respeto que hubiera parecido extraño a los que no conocieran aquella conspiración.

—¿En qué situación nos hallamos? —continuó Enrique de Guisa—. Hablad el primero, tío.

—Yo —dijo el cardenal de Lorena— he hecho las necesarias indagaciones y puedo probar cuando se quiera que los Capetos han sido usurpadores y que los que les han sucedido no han hecho más que continuar la usurpación. Por Lotario, duque de Lorena, descendéis de Carlomagno, Enrique.

—¿Y vos, mariscal de Tavannes? —dijo tranquilamente Enrique de Guisa.

—Tengo seis mil infantes preparados —dijo lacónicamente el mariscal.

—¿Y vos, mariscal de Damville?

Pardaillán se estremeció. ¡El mariscal de Damville! ¡El que él salvara de manos de los asesinos! ¡El que le regaló Galaor!

—Tengo cuatro mil arcabuceros y tres mil hombres de armas a caballo —dijo Enrique de Montmorency. Pero quiero que se recuerden mis condiciones.

—Ved si las olvido —dijo sonriendo Enrique de Guisa—. Encarcelar a vuestro hermano, nombraros jefe de la casa de Montmorency y daros la espada de Condestable de vuestro padre. ¿No es eso?

Enrique de Montmorency se inclinó, y Pardaillán vio brillar en sus ojos una llama rápida de ambición y de odio.

—¿A vuestra vez, señor de Guitalens? —dijo el duque de Guisa.

—Yo, en mi calidad de gobernador de la Bastilla, mi papel está trazado de antemano. Que me traigan al «prisionero» en cuestión y respondo de que no saldrá vivo.

—¡Hablad, señor de Cosseins! —dijo el duque.

—Respondo de los guardias del Louvre. Las compañías me pertenecen en cuerpo y alma. A la primera señal, lo prendo, lo meto en una carroza y lo entrego al señor Guitalens.

—¡Hablad, señor Marcel!

—Maese Charron me ha suplantado en mi empleo de preboste de los mercados, pero tengo al pueblo de mi parte. Desde la Bastilla al Louvre irán todas mis gentes cuando yo lo mande.

—Os ha llegado el turno, señor obispo.

—Desde mañana —dijo Sorbin de Sainte-Foi— empiezo la gran cruzada contra Carlos, protector de los herejes. Desde mañana suelto a mis predicadores y desde todos los púlpitos de París van a predicar contra él.

Enrique de Guisa permaneció algunos instantes pensativo. Tal vez antes de lanzarse en aquella serie de conspiraciones que debían conducir a la sangrienta tragedia de Blois, vacilaba todavía.

—¿Y el duque de Anjou? ¿Qué haremos de él? —preguntó Tavannes—. ¿Y el duque de Alenzón?

—¡Los hermanos del rey! —murmuró Guisa, estremeciéndose.

—¡La familia maldita! —respondió secamente Sorbin de Sainte-Foi—. Herid primero a la cabeza y los miembros se pudrirán.

—Señores —dijo entonces Enrique de Guisa—, hoy ya nos hemos visto y sabemos con qué podemos contar para llevar a cabo la gran obra. Pronto vamos a salir del período preparatorio, para:

entrar en el de la acción. Señores, podéis confiar en mí.

Los circunstantes escuchaban, recogiendo ávidamente sus palabras.

—Confiad en mí —repitió Guisa—, no solamente para la acción, sino para los acontecimientos que la sigan. Un pacto me liga con cada uno de vosotros y lo observaré religiosamente. Os autorizo para prometer a cada uno de vuestros auxiliares lo que más convenga para ganarlos a nuestra causa, dada su ambición y la ayuda que pueden proporcionamos. Cumpliré las promesas que hagáis en mi nombre. Ya recibiréis la orden necesaria para obrar libre, entonces que cada uno se dedique a sus ocupaciones ordinarias. Ahora, señores, preparémonos. Cuantas menos veces nos reunamos, menos sospecharán de nosotros.

Entonces todos, uno después de otro, fueron a besar la mano de Guisa, homenaje real que el joven duque aceptó como cosa muy natural. Luego salieron por grupos de dos o tres y en intervalos de algunos minutos.

Enrique de Guisa y el cardenal de Lorena fueron los primeros que entraron en el gabinete oscuro para salir por la puerta que daba al exterior. Cosseins descorrió los cerrojos de la puerta. Al otro extremo de la avenida permanecía Lubín de centinela. Luego salieron Cosseins, Tavannes y el obispo. Más tarde el ex preboste Marcel, con Guitalens, gobernador de la Bastilla. Y, finalmente, Enrique de Montmorency, que se había quedado solo.

Entonces se levantó la trampa de la cueva y apareció la cabeza de Pardaillán. El caballero estaba un poco pálido, a causa de lo que viera y oyera. Acababa de sorprender un secreto formidable, uno de esos secretos que matan sin remisión. Y Pardaillán, que no hubiera temblado ante diez asesinos, que habría dado cara a un pueblo enfurecido, Pardaillán, que, sonriendo, se había expuesto a perecer debajo de una casa que se hunde sintió un escalofrío que recorría todo su cuerpo al sentirse dueño —o, mejor dicho, esclavo— de tal secreto.

Entonces se puso a considerar el asunto.

—… O el duque de Guisa sabría que la escena de «La Adivinadora» había tenido un testigo, y desde entonces este testigo

era hombre muerto. Pardaillán no temía a la muerte cara a cura y con una buena espada en la mano. ¡Lo que temía era vivir en adelante en compañía del siniestro fantasma del Espanto! Cada esquina de una calle iba a ser una emboscada. El pan que comiera contendría uno de los venenos implacables que Catalina de Médicis había traído de Italia. ¡Se acabó el libre vagabundo! ¡Ver la muerte por todas partes, la muerte traidora, cobarde, que atisba en la emboscada!

… O bien Guisa y los conjurados no sabrían nada… Y entonces, ¿qué hacer? ¿Debía asistir como espectador impotente a la tragedia que se preparaba? ¡No, mil veces no! Al pensar en ello, sentía odio contra los conspiradores.

Pardaillán no sentía ningún cariño por el rey, o mejor dicho, casi no lo conocía. Carlos IX le era indiferente. Cualquiera que fuese el rey de Francia, era su rey. ¡Pero aquellas gentes le parecían muy viles! ¡Cosseins, capitán de los guardias! ¡Guitalens gobernador de la Bastilla! ¡Tavannes, mariscal! ¡Montmorency, mariscal también! Todos, todos debían al rey sus empleos y sus honores. Todos eran cortesanos y lo incensaban y adulaban. Y querían herido por la espalda, Esto le parecía una cosa muy innoble, pues tenía instintivamente el culto de las cosas bellas y buenas.

Entonces, ¿qué hacer? ¿Denunciarlos? ¡Eso nunca! ¡No era hombre para cometer tan bajas acciones! Estas reflexiones pasaron como un rayo por el espíritu del caballero. Hizo un movimiento de hombros como para desembarazarse de su peso, y como la contemplación no era su fuerte se embozó cuidadosamente en su capa y se lanzó al corredor, precisamente en el instante en que Lubín se dirigía hacia él para cerrar la puerta que Montmorency dejara abierta.

Lubin, a quien fray Thibaut había señalado la lección, sabía que ocho personajes, ocho poetas, debían salir por el corredor. Contó, pues, y al ver que salía el último se puso contento, pensando que iba a acompañar al fraile en su banquete.

—¡Hola! —gritó al divisar el noveno personaje, que echaba por tierra su cálculo—. ¿Qué hacéis aquí?

Pero la estupefacción de Lubín se cambió enseguida en terror. Porque acababa de pronunciar aquellas palabras cuando recibió un

violento empellón que lo hizo caer redondo al suelo. Pardaillán saltó ágilmente por encima del maltrecho Lubín y se lanzó a la calle.

XV - El tigre al acecho

A AQUELLA HORA la posada de «La Adivinadora» estaba cerrada. Igualmente sucedía con las tiendas de los alrededores. Las casas dormían con los párpados de sus ventanas bien cerrados y en la calle reinaba una soledad llena de tinieblas. El silencio era profundo; solamente a lo lejos pasaba a veces el farol de un burgués que regresaba de visitar a algún vecino.

Es necesario hacerse cargo de lo que era la noche una calle en aquellos tiempos. Las casas, mal alineadas, formaban ángulos unas con otras, los tejados puntiagudos, las torrecillas y veletas destacándose sobre el azul oscuro del cielo, las muestras de las tiendas, que, semejantes a alabardas de dos ejércitos enemigos, se erizaban a los dos lados de la calle, los guarda-cantones apoyados en las casas como centinelas, las casas llenas de ventanas en las cuales la luna dibujaba contornos góticos, el piso de la calle hundido a trechos, con un arroyuelo de aguas sucias corriendo por el centro, el silencio enorme, parecido al que reina en el campo, silencio del cual las ciudades modernas no pueden formarse idea; de vez en cuando el ruido acompasado de los pasos de una patrulla, o los clamores de un transeúnte desvalijado por los ladrones, y, sobre todo eso, sobre todas aquellas sombras, las de las innumerables iglesias y campanarios de conventos, porque el París actual, que cuenta tres millones de habitantes, no tiene ahora más iglesias de las que existían entonces que solamente la habitaban doscientas mil almas, y sobre aquel silencio las horas graves y chillonas, que caían de los campanarios como otras tantas voces de bronce que se saludaran unas a otras.

Era necesario ser muy valiente y atrevido caballero para aventurarse solo por las calles, las cuales, desde el toque de queda se convertían en vasto e inextricable dominio de pícaros, mendigos, malas cabezas, ladrones y asesinos de toda especie.

Un señor de aquel tiempo no iba más que a caballo porque las calles no eran sino cloacas llenas de fétido fango; y por la noche no

salía sin una escolta de porta antorchas, Una dama no podía ir sino en litera. La mayor parte de los individuos de la clase media tenían caballo, mula o un asno para ir a sus quehaceres. Solamente las gentes pobres eran las que iban a pie.

Así pues, era preciso ser un hombre fuerte, un truhan o un aventurero para atreverse a circular de noche, solo, sin luz y a pie por una calle de París, a menos que se tuvieran poderosos motivos que lo justificaran.

Enrique de Montmorency entró sin vacilar por la calle de San Dionisio.

Bajo su capa llevaba asido el mango de una fuerte daga. Iba sin prisa, pegado a las casas de la derecha de la calle en dirección al Sena. De pronto se detuvo y, hundiéndose en un rincón obscuro, se quedó inmóvil. A veinte pasos de distancia, dirigiéndose a él, acababa de distinguir un grupo confuso, que una vez que se acercó más, vio que se componía de cuatro personas.

«*¡Trúhanes!*» —se dijo el mariscal de Damville, oprimiendo al mismo tiempo el mango de su daga. Pero no. No podían ser trúhanes. Los desconocidos llevaban el paso tranquilo que denota que el que lo lleva es hombre que se halla en buenos términos con la ronda y la policía.

Hablaban libremente y el mariscal oía sus carcajadas ahogadas. Pasaron por su lado sin verlo.

—Señores, señores —decía uno de ellos—, no riais. Esta persona tiene nombre.

—¡La voz del duque de Anjou! —murmuró Enrique de Montmorency.

—¿Y este nombre, príncipe mío…? —dijo uno de sus acompañantes.

—En la calle de San Dionisio la llaman señora Juana, o la Dama Enlutada.

—¡Vaya un nombre siniestro!

—Convengo en ello, señores. Pero ¿qué importa el nombre de la madre si la hija es hermosa? No he visto mujer más encantadora que Luisa… Vais a verla, señores, y quiero…

El resto se perdió entre murmullos. Pero el mariscal no oía ya.

Al escuchar el nombre de Juana, se estremeció violentamente.

Al oír el nombre de Luisa ahogó un rugido y sin tomar precauciones se lanzó en persecución del duque de Anjou y sus acompañantes.

¡Juana! ¡Luisa! Estos dos nombres resonaron en él como un trueno. ¿Quién era aquella Juana? ¿Quién Luisa? ¿Eran ellas acaso? ¡Oh, era necesario averiguarlo a toda costa! ¡Aun cuando fuera preciso interrogar al duque de Anjou! ¡Aunque fuera preciso provocar al hermano del rey! ¡Ellas! ¡Oh, si fueran ellas! ¿Y por qué no lo serían?

Enrique de Montmorency se detuvo un instante, sofocado. Habían transcurrido diez y seis años y aquel nombre, oído al azar, nombre que no bastaba para designarla de un modo exacto, desencadenaba todavía en él la pasión que había creído apagada.

—¡Juana! ¡Juana!

¿Sería posible hallarla con vida todavía cuando él creía que ya había muerto, y se figuraba haber ahogado el amor que por ella sintiera con el fuego de sus ambiciones? Sí, la amaba. La amaba como antes. Tal vez más que antes…

Los caballeros, entretanto, se habían adelantado, pero en algunos saltos los alcanzó. Su cabeza ardía. El corazón le latía apresuradamente. Y, de pronto un pensamiento terrible fulguró entre los que tumultuosamente asaltaban su espíritu.

«*Pero si es ella en efecto… si está en París con su hija… Si Francisco sabe… si conoce mi traición*».

«*¡Oh, entonces mi hermano se alzaría ante mí como antaño en el bosque! Francisco me pediría cuentas de mi impostura. ¿Qué diría? ¿Qué haría?*».

Secó grandes gotas de sudor que le caían de las sienes, y la silenciosa risa condensó los vapores de espanto y venganza que subían a su cabeza.

«*No esperaré a que Enrique de Guisa sea rey de Francia para apropiarme el mayorazgo y la jefatura de la casa de Montmorency. ¡Y ya que Francisco me estorba para ello, que muera!*».

Entonces vio que el grupo de caballeros se había detenido ante «La Adivinadora».

Montmorency o Damville, si se le quiere dar el nombre con que era conocido, se adosó al muro, en un saliente y con la respiración

agitada procuró oír:

—¡Maurevert! ¡La llave! —dijo el duque de Anjou.

—Aquí está, monseñor.

—Vamos; señores… Los cuatro avanzaron hacia la puerta de la casa que se hallaba enfrente de la posada.

—«*¡Oh!*» —se dijo Damville—, «*es necesario que averigüe lo que sucede*».

E hizo un movimiento para adelantarse. Pero se detuvo y permaneció de nuevo al abrigo de su escondite. Un hombre acababa de alzarse ante la puerta, y aquel hombre decía con la mayor frialdad del mundo:

—¡Por Pilatos y Barrabás, señores! ¡Me obligáis a desobedecer las órdenes de mi señor padre! ¡Qué esta falta recaiga sobre vosotros!

—¿Quién es este loco? —dijo el duque de Anjou, retrocediendo tres pasos.

—¡*Pardiez* Maugiron! Es el hombre de antes.

—¡El mismo! —exclamó Maugiron—. ¿De modo, mi digno propietario, que montáis la guardia ante vuestra casa?

—Como lo veis, mi digno señor —contestó Pardaillán—. Siempre estoy aquí de día y de noche. Durante el día para castigar a los impertinentes que ríen.

—¿Y por la noche? —preguntó Quelus.

—¡Por la noche por temor a los ladrones de viviendas!

—Veamos —exclamó el duque de Anjou—. ¡Acabemos! ¡Largo de aquí!

—Señores —dijo Pardaillán con tranquilidad—, recomendad a vuestro lacayo que se esté quieto o, de lo contrario va a hacerse ensartar, como os sucederá mañana en el Prado de los Curiales.

—¡Miserable! —rugieron los hidalgos—. No mañana sino ahora mismo vas a morir.

Pardaillán desenvainó su espada. Maurevert, sin decir palabra, se arrojó contra él, pero retrocedió dando un grito de dolor y rabia. Como ya hemos dicho, el caballero había desenvainado su espada con el movimiento rápido que hacía silbar a Granizo en su mano. La hoja describió un semicírculo brillante y cayó de plano como un látigo de acero, sobre la mejilla de Maurevert. Una huella

sangrienta dibujó su forma sobre aquella mejilla, y Pardaillán, poniéndose en guardia con el mismo movimiento, dijo tranquilamente:

—Ya que queréis que sea enseguida, no me opongo. Pero ¡por Pilatos!, ¿qué diría mi señor padre al verme aquí? Con seguridad me regañaría. ¡Ah, señores! ¡Siento en el alma que me haya sido preciso desobedecerlo al daros esta estocada!

Esta vez fue Maugiron quien gritó y retrocedió, con el brazo derecho inerte y cayéndole la espada de la mano. Quelus a su vez se lanzó contra Pardaillán.

—¡Alto! —dijo la imperiosa voz del duque de Anjou—. ¡Quieto, Quelus!

El duque apartó a Quelus y avanzó, desarmado; hasta Pardaillán, quien, bajando la punta de su espada; la apoyó en su bota.

—Caballero —dijo el duque de Anjou—, os considero un hidalgo valiente.

Pardaillán se inclinó profundamente sin perder, no obstante, de vista a sus adversarios que se hallaban a su espalda.

—Habéis dicho palabras que sentiríais en el alma haber pronunciado si supieras con quien habláis.

—Caballero —dijo Pardaillán—, vuestra cortesía me hace arrepentir ya de ellas. Por muy baja e indigna que sea la conducta de un hidalgo, es ir un poco lejos tratarle de lacayo. Os pido por ello mil excusas.

La frase era tan equívoca, tan ambigua, que el duque palideció de vergüenza. Pero resolvió aceptarla como excusa aun cuando era, en realidad, una nueva afrenta.

—Acepto vuestras excusas —dijo gangueando, cosa que le sucedía cuando quería adoptar un talante más majestuoso del que, en realidad, tenía. Y ahora que nos hemos explicado lealmente, debo deciros que tengo que hacer en esta casa…

—¡Ah! ¿Por qué no lo decíais enseguida? ¿Tenéis que hacer? ¡Diablo!

—Es un asunto amoroso, caballero.

—No lo hubiera creído.

—¿Nos dejáis, pues, el paso libre?

—No —dijo tranquilamente Pardaillán.

—¿No…? ¡Tened cuidado, caballero! Se dice que la paciencia del rey es poca, pero la del hermano del reyes todavía menor.

Y al decir estas palabras, el duque de Anjou se irguió porque era muy baja su estatura. Apenas llegaba al hombro de Pardaillán. Éste fingió no haber comprendido que Enrique de Anjou acababa de nombrarse y con aquel aire ingenuo que tomaba en las circunstancias graves contestó:

—Caballero, en nombre de la amistad con que me habéis honrado os suplico que no insistáis. Me disgustaríais mucho con ello…

El asunto se ponía ridículo es decir terrible, para el duque de Anjou. Palideció de furor y en un acceso de rabia levantó la mano. En el mismo instante sintió en su cuello la punta de la espada de Pardaillán. Los tres hidalgos dieron un grito y asiendo al duque lo llevaron rápidamente hacia atrás.

—¡Carguemos! —dijo Quelus.

—¡No! —contestó el duque que temblaba de vergüenza—. Dejemos el asunto para otro día, señores. Maugiron está fuera de combate, Maurevert no ve, y en cuanto a mí no puedo habérmelas decentemente con un truhan. Envaina, Quelus. Envaina y vendremos en mayor número.

—¡Hasta la vista, caballero! Tendréis noticias mías.

—¡Deseo que sean buenas! —contestó Pardaillán.

Un instante después el grupo había desaparecido.

Durante más de una hora Pardaillán permaneció en el mismo sitio, con el oído atento y la espada en la mano. Esperaba que volvieran en mayor número. Pero el silencio de la calle ya no fue turbado de nuevo.

El caballero, convencido de que no habría un segundo ataque, por lo menos aquella noche, llamó a la puerta de servicio de la posada, se hizo abrir y subió a su habitación. Entonces, so pretexto de tranquilizarse, abrió su ventana y fijó en la calle una penetrante mirada. Pero desde aquella altura no se veía nada; y si podía distinguir algo era aquella ventanita hacia la cual se sentía invenciblemente atraído.

La ventana estaba, no obstante, obscura. Luisa y su madre

dormían, si se puede llamar sueño a los sopores febriles, llenos de pesadillas que, desde hacía muchos años, constituían el único sueño de Juana de Piennes. En cuanto a Luisa, dormía profundamente, pues se hallaba todavía en la edad feliz, tan pronto transcurrida, en que los pesares de la vida se disipan como mala visión en cuanto se cierran los ojos.

Hemos de decir que Pardaillán se quedó aterrado de lo que había hecho. Reconoció perfectamente al duque de Anjou, y a la sazón ya que había pasado la cosa, reconocía la enormidad de su acto.

El hermano del rey, heredero de la corona, era, en efecto, una figura popular en París. Durante las grandes guerras que se emprendieron contra los hugonotes se cubrió de gloria. Le habían confiado, a la edad de diez y seis años, el mando de los ejércitos reales. Ganó las batallas de Jamac y Moncontour, derrotó a Coligny, mató por su mano a innumerables herejes y mataría aún a muchos más de seguro. En una palabra, era la esperanza del pueblo y de la religión.

Había, es verdad, algunas malas lenguas que decían que el mariscal de Tavannes fue el que mandó en realidad las batallas citadas, aun cuando, nominalmente, lo fueran por el duque de Anjou. Estos mismos incrédulos —en todas las épocas ha habido gentes amigas de criticar— pretendían que el hermano de Carlos IX solamente era bueno para tejer tapices y jugar al boliche, sus dos ocupaciones favoritas; que entendía principalmente en asuntos de tocador, y que en cuanto a dotes militares nunca había sabido más que mandar a sus favoritos, los cuales, pintados, perfumados y vestidos con indecente magnificencia, lo escoltaban por todas partes.

Pero esto no eran más que envidias. En realidad, el pueblo de París, que entiende mucho en estas materias y no se engaña jamás, aclamó frenéticamente al duque de Anjou en las dos o tres entradas triunfales que hizo vestido con un hermoso traje de satén, montado sobre un caballo blanco que caracoleaba y hacía corvetas. Después de todo, el caballo blanco y las corvetas hubieran bastado, en caso de necesidad, para justificar el entusiasmo popular, que disgustó

mucho a Carlos IX.

Sea lo que fuere, el caso es que el duque de Anjou era popular. Pardaillán, curioso como todo buen parisiense, no había faltado a ninguna de esas entradas triunfales que acabamos de mencionar y la cara del duque de Anjou le era muy familiar. Así, pues, a pesar de la oscuridad de la noche, lo había reconocido. Y, como hemos dicho, pasada ya la contienda, estaba aterrado.

«*La riña ha sido tonta verdaderamente*» —pensaba—. «*¡Mal rayo me parta por haberme creado semejante enemigo! ¡Si me llega a descubrir, estoy perdido! ¿Qué mosca me habrá picado? ¿Qué necesidad tenía yo de meterme con aquellos señores? ¿Pero acaso no tendré en el corazón ningún sentimiento honrado? ¡Ni el menor respeto hacia los príncipes! ¡Así me lleve el diablo! Y ya que no tengo ninguno de estos sentimientos, propios de todo sujeto bien nacido por lo menos hubiera seguido los consejos de mi padre, ¡pero no! ¡Me he ido a meter en una ratonera oponiéndome a los deseos de un príncipe! ¿Y al cabo, por qué? ¿Quién me prueba que el duque de Anjou quería entrar en la casa por ella? ¿No podría tener otros asuntos en la misma casa? Tal vez viva allí un vendedor de boliches*».

Pero después, cambiando de idea, como era ordinario en él, después de haberse injuriado a sí mismo pensó que aquélla no era hora de ir a comprar boliches y que, seguramente, los susodichos señores llevaban malas intenciones. No obstante, siguió creyendo que su intervención no había sido oportuna. Con gran amargura se dio cuenta de que la fatalidad lo llevaba a mezclarse en asuntos que no le importaban, y que, como desnaturalizado rebelde a los consejos de su padre, hacía precisamente lo contrario de lo que se le había ordenado y, sin embargo, cada mañana se juraba observarlos religiosamente.

El caballero Pardaillán estaba muy lejos de ser un tonto. Lo fingía, solamente, cuando le convenía. Pertenecía a una época en que todo eran violencias, fiebre de sangre, en que espantosas pasiones agitaban a las masas populares, como si estuvieran embriagadas por algún licor venenoso, una época en que la moral, en el sentido que damos hoy a la idea, era desconocida. Entonces todos atacaban y se defendían como les era posible, sin reparar en los medios.

El caso es que Pardaillán, muy al revés de lo que se pudiera creer, no se burlaba de los consejos de su padre, que él mismo consideraba excelentes y se juraba seguirlos ciegamente, y por esta razón, cuando dejaba de observarlos, llevado de su temperamento generoso; se llenaba de injurias a sí mismo.

Aquella generosidad de alma que lo hacía superior a sus compatriotas, no la sentía. Este poco de psicología era necesario para colocar al personaje en su verdadera actitud. En cuanto a su última algarada, se vio precisado a reconocer que ninguna probabilidad le excusaba.

No podía admitir que el duque de Anjou, el más grande personaje del reino después del rey, se hubiera fijado en una obrera obscura y sin nombre. Finalmente, hizo aquel movimiento de hombros que le era familiar y que significaba entonces: ¡La suerte está echada y hay que atenerse a las consecuencias!

Entretanto se prometió ser prudente y no ir al día siguiente al Prado de los Curiales, en donde tenía cita con Maugiron y Quelus.

—«*He servido lo mejor que me ha sido posible a uno de esos señores*» —se dijo— «*y en cuanto al otro ya hallaré la ocasión de saldar mi deuda. Pero en cuanto ir al Prado de los Curiales, sería ir a echarme tontamente en brazos delos esbirros, que el duque de Anjou no dejará de apostar y que me conducirían en derechura a la Bastilla*».

Contento por haber arreglado sus asuntos de este modo, se acostó y soñó con Luisa.

En la calle, el mariscal Damville asistió a toda la escena, sin reconocer a Pardaillán, pues en la sombría noche en que le salvara la vida apenas lo entrevió, y además, de ello hacía ya muchos meses.

Sin moverse del sitio en que se había amparado, observó la intervención súbita del joven, la retirada del duque de Anjou y de sus acólitos y, por fin, la entrada de Pardaillán en la posada. Cuando estuvo seguro de que el silencio de la calle no iba a ser de nuevo turbado, abandonó su puesto de observación, y, bordeando las puertas de las cerradas tiendas, fue a colocarse ante la casa donde el duque de Anjou había querido penetrar. Entonces acudió a su mente la duda.

—¿Quién será esta Juana? ¿Quién será su hija Luisa? ¡Ellas! ¡Con toda seguridad! Puede darse la coincidencia de un nombre, pero de dos, ya es más difícil. ¿Será posible que las vuelva a hallar? Sí, son ellas. Es necesario, no obstante, que me asegure de ello. Volveré de día. Sí; pero ¿y si entretanto desaparece? ¡No! ¡Aguardaré aquí hasta que la vea!

La noche transcurrió así y, por fin, apuntó el día. Sus ojos interrogaron el semblante mudo de la casa. Pensamientos tumultuosos se desencadenaban en él. Pensamientos de amor, sobresaltos de la pasión mal extinguida por el tiempo, proyectos de odio contra su hermano; todos estos elementos se entrechocaban, como las nubes de las tempestades llegadas de todos los puntos del horizonte, y de aquel contacto de pensamientos salía el rayo lívido de un pensamiento criminal.

Poco a poco se abrieron las tiendas, la calle adquirió animado aspecto; los vendedores ambulantes, al pasar, vieron con asombro a aquel hombre pálido que estaba con los ojos fijos en una casa… pero nadie se atrevió a interrogarle, porque en cuanto uno se detenía ante él, el desconocido le dirigía una mirada tan dura y tan imperiosa, que obligaba al curioso a alejarse a toda prisa. Enrique de Montmorency no se movía. A veces lo sacudía un temblor nervioso.

De pronto, en lo alto, se abrió una ventana, y una cabeza de mujer se mostró durante el espacio de un segundo; pero aquel segundo bastó a Enrique de Montmorency, quien ahogó un grito. ¡La mujer era, en efecto, Juana de Piennes!

XVI - Catalina de Médicis

ERAN LAS NUEVE DE LA NOCHE. En la casa del Puente de Madera, en la que ya hemos introducido a nuestros lectores, Catalina de Médicis y Ruggieri esperaban al caballero de Pardaillán, al cual, según recordarán los lectores, el florentino había dado cita.

La reina escribía sentada ante una mesa, mientras el astrólogo se paseaba lentamente, yendo de vez en cuando a echar una mirada a lo que escribía Catalina, sin tratar de disimular esta indiscreción, sino obrando como hombre que tiene el derecho de ser indiscreto o que, por lo menos, se lo toma.

Un montón de cartas ya selladas estaban en un cestito. Y Catalina continuaba escribiendo. Apenas había terminado una carta, empezaba otra. Era prodigiosa la actividad de la reina. Su espíritu no tenía un momento de tranquilidad.

Con una facilidad realmente asombrosa, pasaba de un asunto a otro, casi sin reflexión preliminar. Así, después de haber escrito una carta de ocho páginas de menuda letra, en que exponía a su hija, la reina de España, la situación de los partidos religiosos en Francia, y le pedía la ayuda de su augusto esposo, escribía luego a su arquitecto, Filiberto Delorme, para darle indicaciones, de una lucidez y precisión extraordinarias, sobre el palacio de las Tullerías, Luego escribió a Coligny en cariñosos términos, asegurándole que la paz de Saint-Germain sería duradera; luego mandaba un billete a micer Juan Dorat, Escribió también al Papa, y al maestro de ceremonias, para que organizara una fiesta. De vez en cuando, sin interrumpir su trabajo, preguntaba:

—¿Crees que vendrá ese joven?

—Con seguridad. Es pobre, está sin apoyo y no perderá la ocasión de hacer fortuna.

—Es una buena espada, Renato.

—Sí. ¿Y qué queréis hacer de ese espadachín?

Catalina de Médicis dejó la pluma, miró atentamente al astrólogo y dijo:

—Tengo necesidad de hombres valientes. Se preparan grandes acontecimientos. Necesito hombres: pero sobre todo un buen espadachín, como dices.

—Ya tenemos a Maurevert.

—Es verdad. Pero Maurevert me preocupa. Sabe ya demasiadas cosas. Y luego, Maurevert ha sido herido en su último duelo.

Su brazo tembló. Imagínate que llega una circunstancia trágica, uno de aquellos segundos terribles, en que la suerte de un imperio depende de una espada… y que esta espada tiembla una milésima de segundo… el golpe se da en falso y tal vez ello sea causa de que el imperio se derrumbe. Renato, ¡el brazo de este hombre no tiembla!

—Será nuestro. Tranquilizaos, Catalina.

La reina selló las últimas cartas que acababa de escribir, y dijo:

—A propósito, Renato, ya está terminada la casa que he hecho construir para ti. Esta mañana me han entregado las llaves.

—Ya la he visto, reina mía, ya la he visto. Hacéis magníficamente las cosas.

—¿Qué me dices de la torre que he mandado hacer? —dijo Catalina sonriendo.

—Digo que París no vio nunca semejante maravilla de elegante atrevimiento. Es un sueño para un hombre como yo, poder acercarme a las estrellas y dominar los tejados y las brumas para leer más cerca el gran libro que el Destino ha escrito sobre nuestras cabezas y entrar de este modo a pie llano, por decirlo así, en las Doce Casas celestes, y poder casi tocar el Zodiaco solamente extendiendo la mano.

Pero la imaginación de Catalina iba ya por otro camino.

—Sí —dijo lentamente—, este joven me será útil. ¿Has tratado, Renato, de leer su destino por medio del sublime conocimiento que tienes de los astros?

—Me faltan aún algunos elementos, pero ya lo conseguiré. Por lo demás, reina mía; no veo la necesidad de que os ocupéis de este pobre paria. ¿No tenéis vuestros gentilhombres, vuestras damas…?

—Sí, Renato, tengo mis ciento cincuenta damas, y por ellas, sé lo que ciento cincuenta enemigos pueden confiar al oído de una querida. Sí, tengo mis espías en casa de Guisa, hasta en casa del

Bearnés, y por ellas conozco los planes de los que quieren mi muerte, y, en vez de ser yo la muerta, soy la que mato. Tengo, además, mis gentilhombres y por ellos soy la dueña de París y de Francia. Pero desconfío, Renato.

Apoyó entonces su cabeza pálida en la mano, una cabeza tan pálida y exangüe, que se hubiera creído la de un vampiro, y fijó vagamente la mirada en el techo. Pareció evocar cosas pasadas, como espectro que evoca cosas muertas.

—Renato —dijo fríamente—, yo tenía catorce años cuando llegué a Francia. Tengo ahora cincuenta. ¿Cuántos años hace?

—Treinta y seis, Majestad —dijo Ruggieri asombrado.

—Son, pues, treinta y seis años de sufrimientos y torturas; treinta y seis años de humillaciones, de rabia tanto más terrible cuanto que me era preciso disimularla con sonrisas; treinta y seis años en los que he sido sucesivamente despreciada, reducida al estado de criada, y, por fin, odiada… ¡pero ser odiada no es nada! ¡Esto empezó el día de mi boda, Renato!

—¡Catalina! ¡Catalina! ¿Para qué recordar? —dijo Ruggieri, frunciendo las cejas.

—Es que los recuerdos avivan el odio —dijo sordamente Catalina de Médicis—. Sí, la larga humillación empezó el mismo día de mi casamiento, y aun cuando debiera vivir cien años, no olvidaría nunca el momento en que el hijo de Francisco I, después de haberme conducido a nuestra alcoba, se inclinó ante mí y salió sin decirme una palabra… y la noche siguiente y las demás sucedió lo mismo… Cuando mi esposo fue rey de Francia, la reina, la reina verdadera no fui yo, fue Diana de Poitiers. Los años transcurrieron para mí en la soledad. Un día supe que Enrique de Francia quería repudiarme. Temblorosa, con la rabia en el corazón, interrogué a un confesor sobre los motivos que podía aducir mi real esposo… ¿Sabes lo que me contestó?

Ruggieri movió negativamente la cabeza. Catalina de Médicis, lívida como un cadáver, continuó:

—Señora —dijo el confesor—, el rey dice que lleváis con vos la muerte.

Ruggieri se estremeció, palideciendo.

—¡Qué llevaba conmigo la muerte! —prosiguió Catalina de

Médicis—. ¿Comprendes? ¡Yo mataba cuanto tocaba! ¡Y cosa espantosa, Renato! Parecía que Enrique tuviera razón al decirlo. Cuando, instado por sus consejeros y por la misma Diana de Poitiers, cuya generosidad fue para mí las heces de la hiel que me veía obligada a beber, el rey se resolvió a conservarme a su lado; cuando por instancias de los sacerdotes se resolvió a hacer de mí su verdadera esposa; entonces tuve hijos. ¿Qué ha sido de ellos, Renato?… Francisco murió a la edad de veinte años, después de un año de reinado de una espantosa enfermedad en los oídos cuyo origen ha quedado ignorado, solamente Ambrosio Paré me dijo que murió de podredumbre.

Catalina se detuvo un instante, con los labios apretados y la frente surcada por una arruga.

—¡Observad a Carlos! —añadió con voz más sorda—. Lo abaten crisis terribles, y a veces me pregunto si no va a morir de la podredumbre de la inteligencia como Francisco murió de la del cuerpo… Mira al duque de Alenzon, mi hijo menor; al ver su semblante, ¿no parece también amenazado de un mal fatal? (Aquí la voz de la reina tomó sorprendente expresión de ternura). Pues yo que lo conozco bien, que lo cuido, soy la única que he observado en él las debilidades de este muchacho, incapaz de coordinar dos ideas.

Y, con rabia contenida, añadió:

—Francisco murió. Carlos está condenado y Enrique, antes de poco tiempo, subirá al trono para ceñir su débil cabeza con una corona cuyo peso lo aplastará… ¡Ya ves, pues, que es necesario que yo sea fuerte para soportar el peso de esta corona y reinar sobre Francia mientras Enrique se divierte!

Se levantó entonces y, dando algunos pasos por la estancia, dijo, volviéndose a Ruggieri:

—¡Reinar! ¡Reinar! ¡Esto es lo que deseo, sea como sea! ¡No estar a la merced de los Coligny, Montmorency y Guisa, que se disputan el poder! ¡Piensa, Renato, que un día Guisa tuvo la audacia de llevarse a su casa las llaves del palacio del rey! ¡Piensa en que estuve casi prisionera en la corte! ¡Piensa que el maldito Coligny trabaja para sentar a los Borbones en el trono de los Valois! ¡Piensa en todos los enemigos que me llenaron de ultrajes cuando era débil y sola, y ten la certeza de que defenderé los bienes de mi hijo con

los dientes y las uñas!

—¿Qué hijo? —preguntó fríamente Renato.

—¡Enrique, futuro rey de Francia! ¡Enrique, el único que me ama y compadece! ¡Enrique de Anjou, de quien Carlos tiene celos, pobre hijo mío! Enrique, al que se acaba de rehusar la espada de Condestable. ¡Enrique, mi hijo! ¡Oh, ya comprendo lo que me quieres decir! Carlos también es mi hijo, ¿verdad? Francisco también, ¿no es eso? ¿Qué quieres que te diga? Una madre es siempre más madre para aquél de sus hijos que tiene su corazón y su espíritu, es decir, ¡qué es más hijo suyo!

Ruggieri movió la cabeza, y a media voz, como si temiera ser oído, aun cuando no había nadie en la casa dijo:

—Y del otro, señora, no habláis nunca…

Catalina se estremeció. Sus ojos se dilataron y dirigieron una aguda mirada a los ojos del astrólogo.

—¿Cuál? —preguntó con glacial frialdad—. ¿Qué quieres decir?

Bajo aquella mirada, y al oír aquella palabra, que parecían la palabra y la mirada de un espectro. Ruggieri inclinó la cabeza. Verdaderamente, en aquel instante Catalina estaba terrible.

—Creo —añadió— que no estás en tu sano juicio. Ten cuidado de que en lo venidero no se te escape más esta pregunta.

—¡No obstante, es necesario que hable!

Ruggieri, al decir estas palabras continuaba con la cabeza inclinada, y en la misma actitud continuó:

—¡Oh, no tengáis miedo, señora! Nadie va a oímos. He tomado mis precauciones. Estamos solos, y si me decido deciros cosas que en mis noches de insomnio me asustaba decirme a mí mismo, es porque van a sonar tal vez las horas graves y solemnes en el reloj de la justicia eterna… ¡Si me atrevo a hablar, reina mía, es porque los astros me han contestado!

Catalina se estremeció. El espanto heló un corazón como el suyo que tanta firmeza tenía.

Catalina de Médicis, que no temblaba ante un crimen, tembló ante la amenaza de los astros.

Seguro de ser escuchado en adelante, Ruggieri continuó, levantando ya la cabeza:

—¿Así, señora, vos podéis dormir tranquila? ¿No pensáis nunca

en el otro? Yo sí, Hace mucho tiempo que no duermo más que con sueño febril. Y cada vez que me adormezco, Catalina, se levanta en mi conciencia el mismo sueño siniestro, los mismos fantasmas van a sentarse a la cabecera de mi cama. Veo a un hombre que sale de un palacio, durante una noche oscura, mientras una mujer, la amante, la puérpera, le da una orden implacable… aquel hombre ha llorado y suplicado en vano… la mujer ha pronunciado una condena inapelable. El hombre sale, pues, del palacio, y bajo la capa lleva algo, algo que vive, pues se oye un vagido que parece pedir gracia… y el hombre es inexorable, cobarde una vez en su vida, ¡porque tiene miedo de la mujer! Sigue andando, pone al recién nacido sobre los escalones de una iglesia… ¡Y luego huye!

—¡Olvidas una cosa, Renato! ¡Olvidas lo mejor! ¡Ya que estamos evocando el pasado, evoquémoslo completamente!

—¡No!, ¡no lo olvido! ¡No, Catalina! ¡Sería feliz si lo hubiera podido olvidar! ¡Antes de llevarme al recién nacido para abandonarlo, dejé caer en sus labios una gota…!, ¡una sola!, ¡de un licor blanquecino! Es esto lo que queréis decir, ¿verdad?

—¡Sin duda! Ya que, gracias a este veneno, el niño no podía vivir dos meses. Fuiste valiente, Renato, fuiste estoico, y no puedo arrepentirme de haberte amado, ya que anonadabas la prueba del adulterio de la reina. Pero ¿para qué recordar estos dolorosos acontecimientos? ¡Es cierto, te he amado! Viniste cuando el rey, mi esposo, me obligaba a saludar a su manceba, en una época en que los nobles de la corte me volvían la espalda o se encogían de hombros cuando hablaba; en que los lacayos esperaban para cumplir mis órdenes a que Diana de Poitiers las hubiera confirmado.

»Sola, despreciada, humillada, devorada por la rabia y la desesperación, vi un día un resplandor de piedad en tus ojos, Fuimos el uno del otro. Pasábamos los días hablando de Florencia y las noches hablando de los astros.

»Me enseñaste tu arte sublime. Hiciste más, me revelaste los secretos de Borgia, y, gracias a ti, conocí el *acqua toffana*. Gracias a ti, aprendí la ciencia que iguala al hombre a Dios, que le da el derecho de vida o la muerte. Aprendí a encerrar la muerte en el engarce de una sortija, en el perfume de una flor, en las hojas de un

libro, en el beso de una querida.

»Y desde entonces soy más temible que los Borgia, porque al poder de un César añadí la fuerza de alma de Alejandro y la mortal sonrisa de Lucrecia. Desde entonces data mi buena fortuna, Renato, y a ti la debo. ¡Recibiste la recompensa que te convenía, pues compartiste el lecho de una reina!

Ésta confesión espantosa, que tenía algo de ensueño en alta voz, la hizo Catalina como si se hablara a sí misma.

—Y ahora —añadió— que soy en realidad la reina, ahora que he herido, uno después de otro, a mis enemigos, ahora que sobre el montón de ruinas de lo que he destruido, voy a fundar un poderío soberano que asombrará al mundo, tú me hablas del pasado. Renato, el día de ayer ha muerto, Mañana es lo que me interesa. ¿El niño? ¿Por qué he de fijar mi pensamiento en él? El niño, sin duda alguna, fue recogido por una mujer que se lo llevó. Y, además, como habías vertido en sus labios el germen de la muerte, a los dos meses entró nuevamente en la nada, de donde no debió salir.

Ruggieri tornó la mano de Catalina y la estrechó con fuerza.

—¿Y si me hubiera engañado? —dijo sordamente.

Catalina, al oír estas palabras, se quedó estupefacta, pronta a dar un grito que se ahogó en su garganta.

—¿Y si la dosis hubiera sido insuficiente?, o, mejor, ¿si se hubiera cumplido un milagro? ¿Y si el niño viviera aún?

—¡Maldición! —exclamó la reina.

—Oíd, Catalina, oíd. ¡Cuántas veces, desde aquella noche terrible, he interrogado a los astros! ¡Y los astros me han contestado siempre que vivía!

En vano esperaba engañarme. ¡En vano recomenzaba mis cálculos de declinación y de conjunción! ¡Siempre me daban la misma respuesta implacable! ¡Vive!

—¡Maldición! —repitió la reina con un tono de voz que heló la sangre en las venas de Ruggieri.

—No os había hablado nunca de ello —prosiguió el astrólogo—. Guardaba para mí el terror, el remordimiento y el dolor. ¡Pero ahora, reina mía, el silencio sería un crimen… un crimen hacia vos, que sois aún el ídolo de mi vida!

Entretanto, Catalina de Médicis, con aquella fuerza de carácter

que la hacía más temible que sus mismos venenos, impuso calma a su espíritu. Colocada de pronto ante una realidad que podía convertirse en temible amenaza, resolvió afrontarla audazmente. Contuvo los sobresaltos, no de su corazón, que estaba petrificado, sino de su imaginación.

—Sea —dijo—, admitamos que el hijo vive aún. ¿Qué puede importarme? ¡Si vive no sabrá jamás quién es! Vivirá en algún barrio ignorado, hijo sin nombre, y pobre según toda lógica. Vive, pero ignoraremos siempre dónde está, como él ignorará siempre el nombre de su madre.

—Catalina —dijo Ruggieri—, preparaos a saber una noticia fatal. Nuestro hijo está en París y lo he visto.

—¿Lo has visto? —rugió la reina—. ¿Dónde? ¿Cuándo?

—En París os digo.

—¿Cuándo? ¡Habla!

—¡Ayer! Y antes que nada, sabed el nombre de la mujer que lo ha recogido, salvado y educado.

—¿Y es?

—¡Juana de Albret!

—¡Fatalidad!

Catalina de Médicis, después de haberse levantado de su sillón, retrocedió como si de pronto se hubiera abierto un abismo u sus pies. Si le hubiera caído un rayo a un paso de distancia, no hubiera sentido mayor sobresalto.

—¡Fatalidad! —repitió sacudida por un temblor convulsivo—. ¡Mi hijo, vivo! ¡La prueba de mi adulterio en manos de mi enemiga implacable!

—Sin duda alguna ella lo ignora —balbuceó Ruggieri.

—¡Cállate! ¡Cállate! —exclamó ella—. Ya que es Juana de Albret la que ha criado al muchacho es prueba de que lo sabe. ¿De qué manera? ¡Lo ignoro! ¡Pero te repito que lo sabe! ¡Ya lo ves, es necesario que esa mujer muera! ¡Ya ves que mi doble vista no me engañaba mostrándome en ella el obstáculo contra el cual he de chocar! ¡Ah, Juana de Albret! ¡Ya no se trata de una lucha ambiciosa entre las dos! Ya no se trata de saber si será tu linaje o el mío el que reinará. ¡Entre tú y yo hay un asunto de muerte! ¡Y tú eres la que morirás!

Después de estas palabras que salieron de sus labios, roncas y silbantes, Catalina de Médicis se apaciguó por grados. Su palpitante seno adquirió de nuevo la inmovilidad del mármol. Sus ojos fulgurantes se apagaron. Volvió a ser una fría estatua, un cadáver cuya apariencia tenía cuando estaba tranquila o se esforzaba por aparecerlo.

—¡Habla! —dijo entonces—. ¿Cómo lo has sabido?

Ruggieri, humildemente, asustado por el furor que había visto desencadenarse, repuso:

—Ayer, señora, al salir de casa de aquel joven.

—¿El que la salvó?

—SÍ, este Pardaillán. En el momento en que salía de la posada, quedé petrificado por una visión. Un hombre venía hacia mí, y —cosa espantosa que erizó mis cabellos— aquel hombre me pareció que era yo mismo. ¡Yo mismo! ¡Yo que iba al encuentro de mí mismo! ¡Yo, tal como era hace veinticuatro años! ¡Yo, joven, como si mi espejo hubiera, de pronto, reflejado mi imagen rejuveneciéndome en un cuarto de siglo!

Ruggieri se pasó la mano por los ojos como para ahuyentar una penosa visión.

—¡Continúa! —dijo fríamente la reina.

—Mi primer pensamiento fue el de que me volvía loco. El segundo fue de ocultar mi cara, porque si aquel hombre me hubiera visto, sin duda alguna habría experimentado la misma impresión que yo. Cuando me recobré de mi estupor, vi que entraba en la posada de que yo acababa de salir. ¡Me turbé tanto, Catalina! ¡Si hubierais visto qué semblante tan triste era el suyo!

Ruggieri calló un instante, esperando tal vez descubrir una huella de emoción en el rostro de la reina, por débil que fuera. Pero Catalina permaneció impasible de fisonomía y de actitud.

—Entonces —continuó el astrólogo, dando un suspiro un pensamiento espantoso atravesó mi espíritu. Recordé que los astros habían afirmado su existencia y mi corazón me gritó: «¡*Es él, es tu hijo*!». ¡Ah, Catalina, no quiero deciros cuáles fueron los pensamientos que en aquellos instantes cruzaron por mi cerebro! ¡Luego pensé en vos! ¡Pensé en el peligro que podía amenazaros Y todo desapareció, todo! Tan sólo quedó en mí el ardiente deseo de

salvaros.

Catalina hizo un gesto semejante a los que se emplean para acariciar a los dogos fieles.

—Tembloroso entré en la posada, subí de nuevo la escalera a paso de lobo, y alcancé al joven… lo vi entrar en la habitación de Pardaillán, de donde yo acababa de salir. Apliqué mi oído a la puerta y pude escuchar toda la conversación, y de ella he sacado la convicción, mejor dicho, la seguridad, la prueba indiscutible e implacable, de que es él, ¡nuestro hijo!, recogido, salvado y educado por Juana de Albret.

Hubo algunos momentos de absoluto silencio. Catalina de Médicis reflexionaba. Después de alguna vacilación, preguntó:

—Y él, ¿sospecha acaso?…

—¡No, no! —exclamó Ruggieri con viveza—. Respondo de ello.

—¿Y qué viene a hacer en París?

—Está al servicio de la reina de Navarra y sin duda va a reunirse con ella.

Catalina volvió a sumirse en su meditación. ¿Qué combinaciones formaba en el momento en que se enteraba de la existencia de aquel hijo? ¿Qué pensamientos agitaban a aquella madre? Nadie hubiera podido adivinarlo. Y si un ángel o un demonio hubieran penetrado en aquella conciencia, tal vez hubieran retrocedido asustados. De pronto Catalina de Médicis se estremeció.

—¡Llaman! —dijo con el acento de terror que deben tener los criminales cuando se ven sorprendidos en su siniestra tarea.

—Es el caballero de Pardaillán. Lo he citado para las diez y ahora están dando en la torre del palacio.

—¡El caballero de Pardaillán! —dijo Catalina de Médicis, pasándose una mano por su frente amarilla, como si fuera de viejo marfil—. ¡Ah, sí! Escucha, Renato. ¿Por qué iba él a casa de Pardaillán? ¿Son amigos?

—No, señora. Iba simplemente a dar las gracias al caballero de parte de la reina de Navarra.

—¿De manera que no son amigos? —insistió Catalina.

—Por lo menos se vieron ayer por primera vez.

Una sonrisa lívida se deslizó por los delgados labios de la reina. Ruggieri al verla se estremeció.

—Ve a abrir, Renato, amigo mío. He encontrado ya ocupación para este joven. Dices que es pobre, ¿no es verdad? ¿Orgulloso? ¿Así me has descrito a Pardaillán?

—Sí, señora. Pobre hasta llegar a la miseria. Orgulloso hasta la demencia.

—Es decir, capaz de comprenderlo y de emprenderlo todo. Ve a abrir.

—¡Señora! ¡Señora! ¿Qué pensamientos atraviesan vuestro espíritu?

—¿Estás loco? ¡He aquí la tercera vez que nuestra visita llama a la puerta!

—¡Catalina! —exclamó Ruggieri casi sin voz—. ¡Perdón para mi hijo!

La reina tendió el brazo y repitió:

—¡Ve a abrir!

Ruggieri, obediente al gesto imperioso, se inclinó y vacilante, fue a abrir la puerta.

LA ESPIA DE LA MEDICIS

XVII - La reina madre

EN EL EPISODIO ANTERIOR (*En las garras del monstruo*) asistimos a los comienzos de la dolorosa tragedia de Juana de Piennes, la ingenua joven que, debido a la criminal conducta de Enrique de Montmorency y a la calumnia de que la hizo objeto, perdió a la vez el amor de su esposo y su reputación. Ya hemos visto también que resistió tan dura prueba amparándose en el amor de su hija, confiando siempre en que sonaría para ella la hora de la justicia y de la rehabilitación.

Su hija Luisa, en cambio, ignorante de su verdadera condición, sentíase atraída hacia el hijo de Pardaillán, es decir, el hijo del aventurero que la raptara en su niñez y que coadyuvó a la traición de Enrique de Montmorency.

El joven caballero de Pardaillán, por su parte, desoyendo, gracias a su generoso carácter, los egoístas consejos que le diera su padre, se ha lanzado a una serie de peligrosas aventuras que a cada paso pueden acarrear su ruina. En este episodio, pues, vamos a asistir al desarrollo de todas estas situaciones dramáticas llenas de vida y palpitantes de interés, rodeadas de un medio ambiente que tan bien se prestaba al desarrollo de trágicos acontecimientos que, aparte de las costumbres de la época, se debían muchas veces al genio infernal de la reina Catalina de Médicis.

* * * * *

Ésta, durante los dos minutos en que estuvo sola, mientras Ruggieri iba a abrir la puerta al caballero de Pardaillán que acudía a la cita que le diera el día anterior, trazó rápidamente su plan y compuso su semblante de tal modo, que cuando apareció el

caballero de Pardaillán vio ante él a una mujer de melancólica sonrisa, pero no siniestra; de digno porte, pero no altanera. Se inclinó profundamente, pues, y a la primera mirada reconoció a Catalina de Médicis.

—Caballero —dijo ésta con voz que sabía hacer dulce, o por lo menos exenta de la aspereza que la hacía tan antipática—, caballero, ¿sabéis quién soy?

«*¡Firmes!*» —se dijo Pardaillán—. «*Va a mentir y será preciso mentir como ella*».

Y en alta voz contestó:

—Espero que me hagáis el honor de decírmelo, señora.

—Estáis ante la madre del rey —dijo Catalina con majestuosa simplicidad.

Ruggieri admiró el golpe. Pardaillán se inclinó más profundamente que antes y luego tomó aquel aspecto cándido que tan bien le sentaba. Catalina lo examinó con sostenida atención. El caballero vestía su elegante traje nuevo que realzaba su bien formado talle. Su semblante inmóvil no expresaba ni inquietud ni curiosidad y su mirada de extraña firmeza produjo gran impresión sobre Catalina.

—Caballero —dijo entonces—, vuestra conducta de ayer fue hermosa. Arriesgar la vida ante un pueblo enfurecido por salvar a dos desconocidas es admirable…

Catalina esperaba la respuesta de cajón y mentirosa:

«*He cumplido con mi deber, otro hubiera hecho lo mismo*…».

De manera que se asombró al oír decir al caballero, sencillamente y sin fanfarronería:

—Lo sé, Majestad.

—Es tanto más hermoso cuanto que aquellas dos mujeres eran desconocidas para vos.

—Es cierto, Majestad. Aquellas dos damas me eran desconocidas en absoluto.

—¿Pero ahora ya sabéis sus nombres? —Al hacer esta pregunta Catalina se dijo:

«*Va a mentir*».

—Sé —contestó Pardaillán— que tuve el honor de defender con todas mis fuerzas a Su Majestad la reina de Navarra y a una de sus

damas de honor.

—También lo sé yo —dijo Catalina asombrada—, y ésta es la razón de que os haya llamado. Habéis salvado a una reina, caballero, y las reinas son solidarias entre sí. Lo que mi prima no ha podido hacer tal vez, quiero hacerlo yo. Comprendedme, caballero. La reina de Navarra es pobre y sus apuros son muy grandes. No obstante, es justo que seáis recompensado.

—¡Oh, en cuanto a eso, no debe apurarse Vuestra Majestad! He sido ya recompensado de acuerdo con mi mérito.

—¿Cómo?

—Con una palabra que la reina de Navarra ha tenido a bien decirme.

Catalina permaneció pensativa. Todo lo que decía aquel joven tenía tal sello de noble sencillez que la desorientó completamente. Tomó entonces una actitud más melancólica, Su voz se hizo más acariciadora.

—¿Acaso la reina de Navarra os ha ofrecido algún empleo en su ejército?

—Sí, señora, pero me he visto obligado a rehusar.

—¿Por qué? —preguntó Catalina con viveza.

—Porque me es imposible abandonar París.

—Y si yo os ofreciera entrar a mi servicio, ¿qué diríais? Esperad antes de contestarme. ¿No queréis salir de París? Pues esto es precisamente lo que yo quería pediros Caballero, vos que os lanzasteis a defender a dos desconocidas, ¿estaríais dispuesto a defender a vuestra reina?

—¡Cómo! ¿Vuestra Majestad tiene necesidad de ser defendida? —exclamó Pardaillán.

Una sonrisa fugitiva pasó por los labios de la reina. Había hallado el flaco de la coraza.

—¡Sí! Esto os sorprende, ¿no es cierto? —dijo con su voz más seductora—. Y sin embargo es así, caballero. Rodeada de enemigos, obligada a velar de día y de noche por la seguridad del rey, paso la vida en continuo sobresalto. Tal vez no sabéis cuán sordas ambiciones y cuántos complots hay siempre alrededor de un trono.

Pardaillán recordó el que había descubierto en «La Adivinadora».

—Y para defenderme —continuó la reina—, para defender al rey, para tranquilizar mi pobre corazón de madre, estoy casi sola. ¡Ah! Si solamente se tratara de mí, ¡cuánto tiempo haría que me hubiera abandonado a mis enemigos que acechan! Pero soy madre y quiero vivir para mis hijos.

—Señora —dijo el caballero sin emoción aparente—, no hay ni un solo caballero digno de este nombre que vacilara en daros el apoyo de su espada. Una madre es sagrada, Majestad. Y cuando esta madre es una reina, lo que ya era obligación de humanidad se convierte en un deber al que nadie puede substraerse.

—¿De manera que no vacilaríais en formar parte de los escasos gentilhombres que, apiadándose a la vez de la reina y de la madre, se sacrificarían por mí?

—Os pertenezco, señora —contestó Pardaillán—. Y si Vuestra Majestad quiere indicarme de qué manera un pobre diablo como yo puede serle útil.

La reina se sintió invadir de alegría. Ruggieri ahogó un suspiro.

—Antes de deciros lo que podéis hacer por mí —repuso Catalina de Médicis—, os voy a decir lo que haré por vos. Sois pobre y os enriqueceré; tenéis un nombre oscuro y os daré los honores que un hombre como vos puede pretender. Y para empezar, ¿qué me decís de un empleo en el Louvre, con una renta de veinte mil libras?

—Digo que estoy deslumbrado, señora, y que me parece estar soñando.

—No soñáis, caballero. El deber de los reyes es hallar ocupación para espadas como la vuestra.

—Veamos ahora la ocupación —dijo Pardaillán preparándose a prestar mayor atención.

Catalina de Médicis guardó silencio un instante. Ruggieri enjugó el sudor que inundaba su semblante. Él ya sabía lo que la reina iba a proponer al joven.

—Caballero —dijo Catalina acentuando el tono doloroso de sus palabras— os he dicho ya que mis enemigos son los del rey. Su audacia aumenta de día en día. Y exceptuando los pocos gentilhombres adictos de que os hablaba, hace ya mucho tiempo que habría sido víctima de ellos. Ahora voy a deciros cuál es mi conducta cuando veo que uno de mis enemigos se acerca, Por de

pronto trato de desarmarlo, con mis ruegos, con mis promesas, con mis lágrimas, y he de confesar que a menudo salgo victoriosa… porque los hombres son menos malos de lo que se cree.

—¿Y cuándo Vuestra Majestad no lo logra? —dijo Pardaillán sin poder dominar su emoción.

—Entonces apelo al juicio de Dios.

—Que Vuestra Majestad me perdone, pero no comprendo.

—Pues bien. Uno de mis gentilhombres se sacrificara en busca del enemigo, lo provoca en leal combate y lo mata o muere… Si muere tiene la seguridad de ser llorado y vengado; y si sale victorioso ha salvado a su rey y a la reina, los cuales no son ingratos. ¿Qué decís del medio, caballero?

—¡Digo que tengo deseos de desenvainar mi espada, señora! ¡Batirse por su dama o por su reina es cosa muy natural!

—De manera… que si os designo uno de esos enemigos…

—¡Iría a provocarlo! —dijo irguiéndose Pardaillán, cuyos ojos despidieron llamas—. Lo provocaría aunque se llamase…

Se detuvo a tiempo cuando iba a decir:

«*Se llamase Guisa o Montmorency*».

En efecto, en aquel momento toda la escena de la conspiración pasó ante sus ojos y estaba convencido de que la reina aludía al duque de Guisa. ¡Un duelo con Enrique de Guisa! Al pensarlo, Pardaillán se sintió crecer. Ya no era el caballero de la reina. Era el salvador de la monarquía.

—¿Aunque se llamara…? —interrogó Catalina, cuyas sospechas se despertaron enseguida Os habéis detenido en el momento en que ibais a pronunciar un nombre.

—Es cierto, Majestad. Lo estaba buscando —dijo Pardaillán, que había recobrado su sangre fría—. Quise decir que no vacilaría por terrible o encumbrado que estuviera el adversario.

—¡Ah! ¡Ya veo que sois el que me imaginaba! —exclamó la reina—. Caballero, me encargo de vuestra fortuna. ¿Lo oís? Pero no vayáis a comprometer vuestra vida… A partir de hoy me pertenecéis y no tenéis el derecho de ser imprudente.

—No comprendo, señora.

—Oíd —dijo lentamente la reina, sondeando a cada palabra, por decirlo así, el espíritu del caballero—. Escuchadme bien… Un duelo

es cosa muy buena, pero hay muchos modos de batirse. No creáis que voy a aconsejaros emboscar al enemigo por la noche en alguna esquina ¡herirlo entonces de muerte de alguna puñalada!… ¡No, no —dijo vivamente—, no os aconsejaré eso!

—En efecto, señora —dijo Pardaillán—, tal cosa sería un asesinato. Yo me bato de día o de noche, pero cara a cara, espada contra espada. Es mi sistema, Majestad. Perdonadme si no es bueno.

—Así lo entiendo yo también —se apresuró a decir Catalina—. Pero la prudencia puede combinarse con el valor. Si no he de pediros que seáis valiente, pues sois la personificación de la valentía, por lo menos os rogaré que seáis prudente… He aquí lo que os quería decir.

Ruggieri, con un gesto, hizo una suprema tentativa. Sus manos se unieron hacia Catalina, mientras su mirada pedía perdón para el hijo. La reina le dirigió una mirada feroz y Ruggieri retrocedió con la cabeza baja.

«*¡Firmes!*» —se dijo Pardaillán—. «*Sin duda alguna se trata del duque de Guisa. Detener a Guisa es imposible, y sin embargo conspira. La reina lo sabe seguramente. ¡Un duelo con Enrique de Guisa! ¡Qué honor para Granizo!*».

—Caballero —dijo de pronto la reina—, ayer recibisteis una visita…

—Recibí varias, señora…

—Me refiero a la del joven que fue a veros de parte de la reina de Navarra. Éste, caballero, es uno de mis enemigos implacables de los que os hablaba, y tal vez es el más encarnizado y terrible de todos, porque obra en la sombra y no hiere más que a golpe seguro… Éste me da miedo, caballero…, no por mí, ciertamente, que ya he hecho el sacrificio de mi vida, sino por mi pobre hijo Carlos, por Carlos, ¡vuestro rey!

Pardaillán vio desmoronarse los castillos que había formado en el aire. Su ilusión de un combate heroico contra un poderoso y valiente señor, de un duelo en que hubiera sido el campeón de una reina y de una madre, se desvaneció para dejar lugar a siniestras realidades. Su entrecejo se arrugó. Luego, de pronto, su semblante adquirió de nuevo aquella calma que le era peculiar y en sus labios se dibujó una sonrisa de desdeñosa ironía.

—¿Vaciláis, mi querido caballero? —dijo la reina, asombrada al observar su silencio.

—No, Majestad.

—¡Ya me lo figuraba! —exclamó la reina, cuya voz adquirió de nuevo su dulzura acariciadora—. No esperaba menos de un caballero andante como vos, de un caballero esforzado que va por el mundo poniendo su fuerte brazo al servicio de las pobres princesas oprimidas.

«*¡Ah!*» —pensó Pardaillán—. «*Te burlas ahora de un pobre diablo que tiene la desgracia de no poder ahogar los impulsos de su corazón, de acuerdo con los sensatos consejos de su padre. ¡Espera un poco!*».

Y en alta voz dijo:

—No vacilo, señora; me niego a hacer lo que me pedís.

Acostumbrada a ver a las gentes inclinadas ante ella, y a escuchar palabras lisonjeras, Catalina se quedó estupefacta al oír las palabras del joven. Podía esperar alguna vacilación, pero no una respuesta tan categórica. Miró a su alrededor como buscando a su capitán de guardias para darle una orden, pero se vio sola, impotente. Una ligera rubicundez se pintó en su semblante, lo que indicaba a Ruggieri el furor que en ella se desencadenaba. Pero Catalina estaba muy acostumbrada a disimular sus impresiones, pues lo había hecho toda su vida.

—¿No daréis por lo menos razones poderosas? —dijo con la misma dulzura.

—Os las daré excelentes, señora; razones que comprenderá muy bien un gran corazón como el vuestro. El hombre de que habla Vuestra Majestad vino a mi casa, se sentó a mi mesa y me llamó su amigo. En tanto, pues, que esta amistad no se altere por algún acto vil, este hombre es sagrado para mí.

—He aquí, en efecto, razones que me convencen, caballero. ¿Y cómo se llama vuestro amigo?

—Lo ignoro, señora.

—¡Cómo! ¿No sabéis el nombre de uno de vuestros amigos?

—No me hizo el honor de decírmelo. Por otra parte, es más corriente ignorar el nombre de un amigo que el de un enemigo implacable.

Catalina bajó la cabeza pensativa.

«*¡He aquí!*» —pensó— «*¡un hombre de cuerpo entero! Es, por lo tanto, más peligroso. Y ya que no quiere servirme…*».

—Caballero —añadió en voz alta—, os pregunté el nombre para saber si era, en efecto, la misma persona. Pero ya veo que no os falta ninguna cualidad. En los tiempos que corremos, la discreción es más que una cualidad. Es una virtud. No hablemos más de este hombre. Comprendo y respeto el sentimiento que os guía.

—¡Ah, señora, cuán feliz me hacéis! ¡Temí tanto haber desagradado a Vuestra Majestad!

—¿Por qué? Fiel a la amistad significa «fuerza contra el enemigo común». Idos, caballero, y recordad que me encargo de vuestra fortuna. Mañana por la mañana os espero en el Louvre.

Catalina de Médicis se levantó y Pardaillán se inclinó ante la reina, que le sonrió amablemente.

Algunos instantes más tarde se halló en la calle. Allí halló a su fiel Pipeau y regresó en su compañía a «La Adivinadora», tratando de descifrar el enigma viviente que era la reina.

—Ha dicho: Mañana os espero en el Louvre. Iremos. El Louvre es la antecámara de la fortuna. Decididamente creo que mi padre, el señor de Pardaillán, se engañaba.

Una hora más tarde de esta escena, Catalina de Médicis entraba en el Louvre, y después de haber hecho llamar a su capitán de guardias, le decía:

—Señor de Nancey, mañana por la mañana, a primera hora, tomaréis doce hombres y una carroza e iréis a la hostería de «La Adivinadora», calle de San Dionisio. Detendréis a un conspirador que en ella vive, que se hace llamar el caballero de Pardaillán, y lo encerraréis en la Bastilla.

XVIII - el mariscal de Damville

PARDAILLÁN SE LEVANTÓ AL ALBA después de haber dormido muy mal. No se llega repentinamente a conquistar la fortuna sin que el cerebro sienta alguna agitación. El caballero, que se veía próximo a ser el favorito de una gran reina, pensaba no sin emoción, en los cambios que su nueva situación iba a operar en su vida. Como era hombre metódico, acabó por tranquilizarse a fuerza de revolverse en su lecho, acerca de todos los puntos oscuros que lo inquietaban. He aquí cómo arregló sus asuntos:

> 1.- Iría al Louvre, de acuerdo con la invitación de Catalina de Médicis.
> 2.- Iría al hotel Coligny a avisar a Diosdado para que se marchara de París cuanto antes.
> 3.- Provocaría a Enrique de Guisa y haría así un señaladísimo servicio a la reina.
> 4.- Una vez que gozara de su nueva posición, iría a ver a la Dama Enlutada, le daría cuenta de su amor por Luisa, y como ya sería un gentilhombre de la corte, y tal vez favorito del rey, obtendría a Luisa en matrimonio.
> 5.- Sería desde entonces el hombre más feliz de la tierra.
> 6.- Haría buscar a su padre para que pudiera gozar de buena vejez, no sin haberle hecho observar antes que había conquistado su posición desobedeciendo precisamente todos los consejos que de él recibiera.

Habiendo arreglado así su vida, el caballero pudo dormir algunas horas, pero al alba, como se ha dicho, estaba ya en pie. Se hizo un cuidadoso tocado, porque se trataba de probar a los gentilhombres de la corte que Pardaillán era hombre capaz de brillar en todos los terrenos. Cuando estuvo listo y no le faltaba más

que ceñirse la espada, que estaba colgada de un clavo en la pared, se dio cuenta de que tenía todavía dos o tres horas a su disposición, antes de poder ir al Louvre. Se dirigió, pues, hacia la ventana, con la esperanza de ver a Luisa. Para un enamorado, mirar la ventana tras de la cual duerme el objeto de su pasión es siempre motivo de felicidad. En aquel momento Pipeau gruñó sordamente. Pardaillán no se fijó en este detalle y abrió la ventana. Casi en el mismo instante se abrió violentamente la ventana de la casa de Luisa y apareció la joven con los cabellos al aire, los ojos azorados, y mirando a Pardaillán, gritó:

—¡Venid! ¡Venid!

«*¡Maldición!*» —se dijo Pardaillán palideciendo—. «*¿Qué pasará?*».

Era la primera vez que Luisa dirigía la palabra al caballero. Y según las apariencias, para implorar socorro. El peligro debía ser muy grande para que ella diera aquel grito de terror.

—¡Voy! —gritó Pardaillán, que se volvió para precipitarse escaleras abajo.

En el mismo instante, Pipeau ladró furiosamente. La puerta de la habitación voló hecha astillas y una docena de hombres hicieron irrupción en la sala. Uno de ellos gritó:

—¡En nombre del rey!

Pardaillán intentó llegar adonde estaba colgada su espada, pero antes de que le fuera posible hacer un movimiento fue rodeado, cogido por brazos y piernas y cayó.

—¡Maldición! —gritó el caballero.

—¡Socorro, caballero! —gritó Luisa desde su ventana.

Pardaillán, tendido en el suelo, formó un arco con su cuerpo, apoyándose en la cabeza y los tacones para levantar la masa humana que sobre él pesaba…, pero eran demasiados. Volvió a caer echando espumarajos de rabia.

—¡Socorro! —gritó de nuevo Luisa y esta voz arrancó un rugido al caballero.

Con esfuerzo prodigioso contrajo sus músculos y entonces se dio cuenta de que sus piernas estaban atadas. Atados también estaban los brazos. Y cerrando los ojos, una lágrima ardiente salió de entre sus párpados.

Durante este tiempo el perro aullaba y mordía entre el grupo de asaltantes. En cuanto al caballero, fue reducido a la impotencia. Nancey contó a su alrededor dos muertos y cinco heridos. Pardaillán mató a uno de un puñetazo en la sien, Pipeau estranguló a otro.

—¡En marcha! —mandó el capitán.

Pardaillán, después de bien atado, fue llevado a la calle… y el aullido del perro dio a comprender la derrota de su amo. En la calle, el caballero abrió los ojos y vio tres carrozas. Una estaba colocada al lado de la puerta de la hostería y estaba destinada a él. Las dos restantes estaban paradas ante la casa de enfrente. La primera se hallaba vacía. ¡En la segunda Pardaillán reconoció a Enrique de Montmorency, mariscal de Damville!

No tuvo tiempo de observar más detalles, porque fue echado en la carroza que le estaba destinada y cuyas cortinillas corrieron enseguida, y el prisionero se halló en una cárcel ambulante que se puso inmediatamente en movimiento.

Pardaillán estaba loco de dolor y desesperación. Pero por desesperado que estuviera, conservó bastante sangre fría para seguir con su imaginación la marcha de la carroza. Observó sus vueltas. Como conocía admirablemente París, al cabo de algunos minutos supo dónde iba. Un sudor frío lo invadió y sus cabellos se erizaron y murmuró con angustia:

«*¡Me llevan a la Bastilla!*».

¡La Bastilla! La triste reputación de la célebre prisión de Estado era, en aquella época, la misma de que gozó aún durante los reinados de Luis XIV y Luis XV.

Solamente Enrique IV y Luis XIII tuvieron preferencia por otros lugares de reclusión. La Bastilla no era ya una prisión como el Temple, el Chatelet y otras. La Bastilla era un «*in pace*», una tumba, la muerte lenta en el fondo de algún calabozo. Había en torno de su masa enorme una atmósfera de terror. Pardaillán comprendió que estaba perdido. ¡Perdido! ¡En el momento en que la fortuna le sonreía! ¡Cuándo la qué él amaba lo llamaba en su socorro, confesando con ello su amor!

Cuando la carroza hubo franqueado los puentes levadizos y algunas puertas, se detuvo. Entonces Pardaillán descendió, miró a

su alrededor y se vio en un patio sombrío, rodeado de soldados. Por un instante tuvo la idea de lanzarse contra ellos para recibir enseguida el golpe mortal y acabar con su vida. Pero antes de que pudiera poner en práctica tal idea, fue recogido por dos o tres carceleros hercúleos que lo llevaron al interior del sombrío edificio.

Franqueó una puerta de hierro, penetró en un largo y húmedo corredor, cuyas paredes destilaban salitre. Luego subieron una escalera de caracol, hecha de piedra, franquearon dos rejas de hierro, pasaron por un corredor, y por fin Pardaillán fue encerrado en una pieza bastante grande situada en el tercer piso de la torre del oeste. Oyó cómo se cerraba la puerta, haciendo gran ruido. Alocado, fuera de sí, oyó el ruido de los enormes candados que se cerraban. Entonces, libre ya de sus ligaduras, dio un grito de desesperación y se precipitó contra la puerta, que sacudió frenéticamente. Pronto comprendió que sus esfuerzos eran vanos. ¡Y cayó inanimado sobre las losas de su prisión!

* * * * *

¿Qué pasaba, entre tanto, en la casa de la calle de San Dionisio? ¿Por qué Luisa, que no había dirigido nunca la palabra al caballero de Pardaillán, lo llamaba en su socorro? Es lo que vamos a relatar.

El mariscal de Damville había reconocido, como ya se ha dicho, a Juana de Piennes. Una vez seguro de no haberse equivocado en sus presentimientos, miró a su alrededor y vio que ya era completamente de día y que desde las tiendas vecinas lo examinaban curiosamente. Entonces se alejó y volvió al hotel de Mesmes, que habitaba siempre que llegaba a París.

Era una vivienda sombría, lúgubre, que tenía parecido aspecto con la prisión del Temple, que se hallaba en el mismo barrio. No se veían en ella más que criados silenciosos o soldados que daban a aquel hotel la apariencia de fortaleza.

Enrique pasó todo aquel día en una estancia retirada, estremeciéndose al menor ruido y prestando oído cuando se abría una puerta. En efecto, Damville, que no temía a nada en el mundo; Damville, que en aquellos tiempos de ferocidad pasaba por feroz, temblaba ante la idea que se inscribía en letras de sangre y llamas,

como nuevo «*Mane Tecel Phares*»[10], en el fondo de su atormentada imaginación.

«*¿Las mismas razones que me han traído a París no pueden traer también a Francisco? ¿La misma casualidad que me ha llevado a la calle de San Dionisio no puede conducir a mi hermano? ¿Y si la ve como yo la he visto? ¿Si ella le habla y se lo cuenta todo? ¿Si evoca ese abominable pasado que ha sido la pesadilla de toda mi vida?*».

Entonces un sudor frío inundó su frente.

«*¡Sí!*» —añadía—. «*¡Hace ya muchos años que trato de olvidar! Y hasta en las batallas y en sus carnicerías, cuando mis hombres daban muerte sin cuartel a los hugonotes, cuando me he sentido embriagado de sangre, y también en los festines que he dado a mis oficiales, cuando he estado embriagado de vino, no he conseguido olvidarla. ¡Siempre la veo como allí, en la cabaña de Margency! ¡Tan pálida como una muerta! Siempre oigo su voz que murmura a Francisco: "**¡Mátame! ¿No ves que me muero?**". ¡Cuánto me odiaba! ¡Cuánto me despreciaba! ¡Ah, el desquite fue terrible! ¡Rompí tres existencias de una vez! La del padre, la de la madre y la de la hija. ¡Desgraciado del que me odia, porque mi odio no perdona!*».

Por un momento se exaltaba con pensamientos de orgullo y poderío. Pero enseguida, el recuerdo de aquel hombre —¡su hermano!—, cuya existencia había roto verdaderamente; le asaltaba como un remordimiento, como un terror profundo. Sí, sus recuerdos, uno tras otro, salían de la tumba del pasado y se erguían ante él como espectros. Pero uno especialmente no podía soportarlo y lo evitaba con terror.

Se veía de nuevo en el bosque, cayendo bajo la espada de su hermano. Veía de nuevo a Francisco inclinarse sobre él, y aquella mirada de su hermano era la que lo perseguía, pesando sobre ella como losa de mármol. ¿Sería imposible que Francisco no averiguara la verdad? No, no lo era. ¿Y qué haría entonces? Ante esta idea, Enrique se dejó caer en un sillón y se cogió la cabeza con ambas manos. Tuvo la intención de huir. ¿Pero adónde? ¡Aunque fuera al extremo de la tierra, Francisco lo alcanzaría! Y entonces, acosado por el terror, reaccionó, dio un ronco suspiro, desenvainó su daga y con violento ademán la hundió profundamente en la madera de una mesa, como si la hubiera clavado en el corazón de su hermano. El

arma vibró algunos instantes con una especie de gemido.

—¡Crímenes! —dijo Enrique con la cara convulsa—. ¡Crímenes, asesinatos!… ¡Sea! ¡Anegaré mis terrores en sangre! ¡Ahogaré mis recuerdos antiguos con otros recuerdos! ¡Qué venga mi hermano, y esta daga me desembarazará para siempre de él! En cuanto a ella, en cuanto a su hija… ¡Qué muera también!

Pero apenas hubo gritado en su imaginación estas palabras, cuando se estremeció violentamente. ¡Amaba a la mujer a la que quería matar! ¡La había amado siempre! ¡La amaría hasta la hora de su muerte! Largo rato Enrique se debatió entre este amor y el terror que igualmente lo dominaban.

Por fin una sonrisa dilató sus labios; sin duda había hallado el medio de conciliar el terror y el amor. Hizo llamar a uno de sus oficiales y le dio algunas instrucciones. El resultado de la determinación que tomó fue que pudo comer con bastante apetito. Se echó vestido sobre una cama y durmió algunas horas.

Hacia la medianoche, es decir, casi en el mismo momento en que la noche antes hallara al duque de Anjou y a sus acólitos, se levantó y, armándose cuidadosamente, se dirigió a la calle de San Dionisio. Pasó el resto de la noche haciendo centinela en el mismo lugar en que se ocultara la noche precedente.

Por la mañana llegaron dos carrozas seguidas de hombres de armas. Los soldados habían tenido buen cuidado de borrar en ellas las marcas distintivas de la casa de Damville. Enrique subió en una de las carrozas a fin de no ser notado, e hizo seña al oficial de que podía empezar a desempeñar su cometido. El oficial, seguido de media docena de soldados, entró en la casa. La propietaria, una vieja beata, los recibió temblando y se persignó devotamente al oír al oficial que decía:

—Señora, alojáis en vuestra casa a dos mujeres protestantes. Estas dos herejes son acusadas de mantener relaciones con los enemigos del rey.

—¿Es posible? —murmuró la vieja—. ¿Pero qué enemigas?

—Unos condenados hugonotes.

—¡Santa María! ¿Y estaré yo también condenada?

—Es muy posible. Por lo menos os exponéis a pasar por cómplice.

—¿Yo?

—A menos que me ayudéis a prenderlas sin escándalo.

—Estoy a vuestras órdenes, señor oficial. ¿Quién lo hubiera creído? ¡Hugonotes en mi casa! Ya me extrañaba a mí que no fueran nunca a misa.

Diciendo estas palabras entre los cuatro dientes que le quedaban, la buena devota subió la escalera, seguida del oficial y los soldados. Al llegar ante la puerta llamó. Y en cuanto oyó que desde el interior descorrían el cerrojo, se ocultó entre los soldados. Juana de Piennes se halló en presencia del oficial, y al verlo palideció ligeramente. Pero acostumbrada como estaba a las desgracias, conservó su sangre fría y con voz firme preguntó:

—¿Qué deseáis, caballero?

El oficial se ruborizó, pues la orden que le dieron no era muy de su gusto. Se trataba en suma de un atropello, y no tenía ninguna facultad para arrestar a nadie. Y a la sazón, ante aquella mujer de porte tan digno, ante aquella belleza idealizada por la tristeza, comprendió que su papel era odioso. Pero enseguida la furiosa imagen del mariscal pasó ante sus ojos y, más tembloroso que Juana, contestó en voz baja y como avergonzado:

—Señora…, es una orden rigurosa que me han dado… Perdonadme, pero yo no hago más que obedecer.

—¿Qué orden? —preguntó Juana dirigiendo una mirada de angustia a la habitación en que se hallaba su hija Luisa.

—Vengo a prenderos, señora. Se os acusa de ser hugonote y de haber desobedecido los últimos edictos.

En aquel momento se abrió la puerta de la habitación de Luisa. La joven lo comprendió todo de una mirada.

—Caballero —dijo entonces la Dama Enlutada—, os equivocáis.

—Os será fácil probarlo, señora. Entre tanto os ruego que me sigáis sin resistencia.

—¡Mi hija!, ¡me separan de mi hija! —gritó Juana, cuya firmeza decayó.

Luisa dio un grito. Alocada, sin saber lo que hacía, corrió a la ventana, la abrió violentamente y divisó al caballero de Pardaillán. Y su primera palabra —un grito de sublime confianza y amor— fue para llamar a aquel hombre con quien no hablara nunca.

—¡Venid! ¡Venid!

El oficial, viendo que el asunto iba por mal camino, entró en el piso seguido de sus soldados.

—Señora —exclamó—, os juro que no seréis separada de la señorita, ya que queréis que nos siga. Os juro que os conduzco a las dos al mismo sitio… Obedeced, pues, sin ruido, porque me obligaríais a emplear la violencia, cosa que sentiría toda mi vida.

Juana vio que el oficial estaba resuelto a cumplir su amenaza, vio que el piso había sido invadido por los soldados y comprendió el peligro y la inutilidad de la resistencia. Además se le aseguraba que no iban a separada de Luisa, y por fin le pareció cosa fácil probar que no había desobedecido en lo más mínimo los últimos edictos sobre la religión.

—Bien, caballero —dijo recobrando su aplomo—. ¿Me concedéis cinco minutos para prepararme?

—Con gusto, señora, —contestó el oficial, feliz al ver que las cosas tomaban buen cariz.

Salió, pues, con sus soldados, mientras Juana hacía seña a la propietaria para que entrase. Ésta obedeció después de haber consultado al oficial con la mirada. Juana corrió entonces hacia su hija y la separó de la ventana. Las dos mujeres se hallaban en una de esas situaciones en que los pensamientos tienen doble valor, y en que una palabra vale tanto como un discurso. Juana hundió su mirada en los ojos de su hija.

—¿A quién llamabas, hija mía? —preguntó con dulzura.

—Al único hombre que puede socorremos, madre.

—¿Es el joven caballero que mira hacia esta casa tan a menudo y con tanta obstinación?

—Sí, madre —contestó Luisa sin pensar que tales palabras eran una confesión.

Juana abrazó a su hija con ternura, y con voz más dulce aún preguntó:

—¿Lo amas?

Luisa cambió de color, bajó la cabeza y dos lágrimas humedecieron sus párpados.

—¿Y él? —siguió preguntando Juana.

—¡Creo que sí!… ¡Estoy segura! —balbució Luisa.

—Si es tal como tú crees, ¿te parece que podemos contar con él? Piensa en ello, hija mía. Te pregunto si crees en la fidelidad y lealtad de ese caballero.

—¡Ah, madre mía! —exclamó Luisa con entusiasmo—. ¡Te aseguro que es el hombre más leal que existe!

—¿Cómo se llama? —preguntó Juana.

Luisa alzó a su madre sus lindos ojos azorados como los de un cervatillo.

—Pues… —dijo con adorable inocencia— no lo sé…

—¡Oh, candor! —murmuró Juana con sonrisa humedecida en lágrimas.

Pensó que ella también, cuando era joven, amó mucho tiempo sin saber el nombre de su amado. Una oleada de amargura invadió su corazón y sus ojos se velaron. Pero, reponiéndose enseguida, añadió:

—Bueno. No tenemos tiempo ni ocasión de buscar otro. ¡Ojalá no te equivoques!

Corrió a un cofrecillo, sacó de él una carta sellada, que sin duda había sido escrita mucho tiempo atrás, y tomando, además, una hoja de papel, escribió en ella apresuradamente:

Caballero:

Dos pobres mujeres víctimas de la desgracia se confían a vuestra lealtad.

Sois joven y sin duda accesible a la piedad, en defecto de todo otro sentimiento. Si sois tal cual imaginamos mi hija y yo, entregaréis la carta adjunta al destinatario cuyo nombre y dirección van escritos sobre el pliego.

Bendito seáis por el inmenso servicio que nos habréis hecho.

Cerró el pliego y llamando a la dueña de la casa, le dijo:

—Señora Magdalena, ¿queréis hacerme un gran favor?

—SÍ, hija mía. Y no obstante, ¿quién hubiera creído que sois hugonote, vos tan hermosa y buena?

—Señora Magdalena, ¿me creéis capaz de mentir?

—¡No, a fe mía!

—Pues bien, os juro que soy víctima de un error…, a menos —añadió tristemente— que todo esto no sea una comedia espantosa.

—En tal caso —dijo la devota con firmeza— decidme en qué puedo seros útil, y con tanta seguridad como que no temo en el mundo más que a Dios padre, a Dios hijo y a la Virgen María y a San Antonio, cumpliré vuestro encargo cueste lo que cueste.

—No os costará nada, mi buena señora. Se trata de entregar este pliego a un joven caballero que vive en la hostería de «La Adivinadora». La vieja devota se guardó el pliego que le tendían.

—Dentro de diez minutos habrá llegado la carta. ¡Dios quiera que se reconozca pronto el error!

Juana dio las gracias a la beata y abrió la puerta.

—Caballero —dijo—, estamos dispuestas.

El oficial saludó y empezó a bajar la escalera. Hubiera podido preocuparse de lo que la prisionera había dicho a la propietaria, pero, como se ha visto, estaba bastante avergonzado de la comisión que debía cumplir, y con tal que pudiera conducir a la Dama Enlutada y a su hija al hotel de Mesmes, estaba contento y resuelto a no preguntar nada más.

Enrique de Montmorency, oculto en su carroza, ahogó un grito de alegría al divisar a Juana y a su hija. Ni se fijó en que acababa de tener lugar un arresto en la hostería de «La Adivinadora» y tampoco en que grupos de gente muy numerosos comentaban el hecho.

Juana y Luisa subieron en la carroza que estaba ante la puerta. La señora Magdalena las siguió hasta allí. Entonces Juana le dirigió una mirada de suprema recomendación. La vieja se acercó vivamente en el instante en que iban a emprender la marcha y murmuró:

—No tengáis cuidado. Dentro de algunos minutos la carta estará en manos del caballero de Pardaillán.

Un grito terrible, grito de angustia, horror y espanto, desgarró el aire y Juana, lívida, quiso lanzarse fuera de la carroza. Pero en aquel instante bajaron las cortinillas de cuero y la carroza se puso en movimiento. Juana se desvaneció, murmurando:

—¡El caballero de Pardaillán! ¡Oh fatalidad!

XIX - El hotel de Mesmes

De acuerdo con la promesa que hiciera, la señora Magdalena, sin regresar a su casa, cruzó la calle y entró en la posada en cuanto hubieron desaparecido las dos carrozas por la esquina de la calle.

La señora Magdalena era como todas las viejas que no tienen nada que hacer. Pasaba su tiempo en murmuraciones y chismes. Por esta razón se había percatado, tras repetidas observaciones, de que el joven caballero se pasaba las horas muertas en su ventana mirando a la del piso de Juana de Piennes, y como estaba en muy buenos términos con la sirvienta de la hostería, la interrogó hábilmente, y supo de esta manera todo lo que podía averiguar acerca del caballero de Pardaillán, cuando Luisa, que estaba interesada por él, ignoraba hasta su nombre. La vieja devota husmeó, por consiguiente, que se trataba de algún asunto amoroso en el cual iba a encontrarse envuelta. ¿Y qué cosa hay más interesante para una vieja beata que un asunto de amor?

Así, pues, con los ojos bajos, entró en la posada y dijo a su vecina la señora Gregoire:

—Quisiera hablar con el caballero de Pardaillán.

—¡El caballero de Pardaillán! —exclamó maese Landry Gregoire, que oyera su petición—. ¿Pero no habéis visto lo que ha sucedido?

—No, no sé nada. ¿Qué pasa?

—Cosas muy gordas. Toda la calle no habla de otra cosa. Es verdad que vos también debíais estar muy ocupada. ¡Cuántos sucesos en un mismo día!

—Pero ¡en nombre del Cielo! ¿Qué pasa?

—Pues que el terrible Pardaillán…, el espadachín, el matamoros…, pues ¡qué se lo han llevado preso!

—¡Preso! —exclamó la vieja palideciendo, y no porque se interesara por la suerte del caballero, sino por temor de haberse comprometido.

La señora Landry movió tristemente la cabeza para afirmar que su marido decía la verdad, mientras que éste, radiante y alegre,

contestaba:

—¡Le ha llegado la vez! Esto le enseñará a no coger a los buenos burgueses por el cuello y a tenerlos suspendidos sobre la calle. ¡Me alegro mucho de lo que ha sucedido!

—¿Pero qué ha hecho?

—Parece que conspiraba con los condenados hugonotes —dijo Landry en voz baja y mirando a su alrededor, como si el hecho de saber semejante secreto pudiera acarrearle innumerables calamidades.

La señora Magdalena se echó a temblar. Se marchó precipitadamente y ocultó la carta que le habían confiado.

«*Todo se explica*» —pensó—. «*Eran, en efecto, hugonotes, y conspiraban con el de enfrente. ¡Y yo sin saberlo iba a convertirme en enemiga de nuestra santa religión! Haré una novena a San Antonio para que me perdone este pecado mortal*».

Mientras sucedía todo esto en la calle de San Dionisio, la carroza que llevaba a Juana de Piennes y a su hija llegaba sin tropiezo al hotel de Mesmes y entraba en el patio húmedo y triste en donde crecía la hierba entre las losas de piedra, y la puerta se cerró. El oficial, entonces, hizo bajar a las dos prisioneras.

Juana miró rápidamente a su alrededor. Pero como entonces solamente temía verse separada de su hija, se acercó a ella sin observar que la prisión a la que acababa de llegar no tenía aire de tal. El hotel era muy lúgubre, es cierto, pero la casa más siniestra, comparada con la prisión más alegre, conserva cierto aire de cordialidad y honradez que en vano trataría de adquirir una cárcel a pesar de cuanto se hiciera para ello. Las dos mujeres, estrechamente cogidas por el brazo, siguieron al oficial, que las condujo al primer piso. Se detuvo ante una puerta y dijo inclinándose:

—Servíos entrar aquí. Mi misión ha terminado y tendré una gran satisfacción si ninguno de mis actos o palabras han podido molestaros.

Juana de Piennes le dio las gracias con un movimiento de cabeza, y abrió la puerta. Así que hubo entrado con su hija, aquella

puerta se cerró de nuevo, y entonces pudo observar que eran realmente prisioneras. Pero Juana sintió la impresión de que no se hallaban en ninguna cárcel. La sala en que acababan de ser encerradas era de grandes dimensiones y estaba ricamente amueblada. Grandes tapicerías adornaban la estancia. Juana pudo observar también que en la pared habían estado colgados algunos cuadros, y se le ocurrió la idea de que tal vez contenían retratos.

En el fondo de la habitación había una puerta abierta. Daba a un dormitorio que a su vez comunicaba con otra habitación, propia también para dormir. Éstas eran las tres piezas destinadas a las prisioneras, las cuales, al acercarse a las ventanas, vieron que todas daban al patio del edificio. Las ventanas en cuestión no estaban enrejadas, pero no hacía falta tal precaución, porque el patio, antes desierto, estaba ocupado por dos centinelas que se paseaban lentamente empuñando cada uno de ellos una alabarda.

El terror que sentía Juana aumentaba por instantes y se apoderaba de todo su ser. Cuanto más observaba aquella prisión, más convencida estaba de hallarse en alguna casa señorial, y esto, en vez de tranquilizarla, le ocasionaba mayor espanto. Volvió a la primera de las tres habitaciones y se dejó caer en un sillón.

—¡Una carta! —exclamó Luisa, señalando con el dedo un papel que se hallaba sobre la mesa. Se apoderó de él y leyó:

> Las prisioneras no deben temer mal alguno.
>
> Si desean algo, sea lo que fuere, no tienen más que agitar la campanilla que se halla al lado de esta carta. Una camarera está al servicio y acudirá a la primera llamada. Esta mujer es la que servirá las comidas.
>
> Es muy probable que este encierro dure solamente días.

—¿Qué significa todo esto? —murmuró Luisa—. ¡Felizmente, madre mía, parece que no estamos en ninguna cárcel!

—¡Mejor valdría estar realmente en una de las prisiones del rey!

—¿Qué quieres decir, madre mía? No parece que nuestros secuestradores nos quieran mal.

Juana movió la cabeza como para ahuyentar terribles sospechas que la asaltaban.

—Esperemos, hija mía, esperemos. Pronto sabremos a qué atenemos. Pero, entre tanto, tengo que hacerte una grave confidencia.

—Habla, madre mía —contestó Luisa, disponiéndose a escuchar.

—Hija mía, se trata de aquel joven caballero.

Luisa se ruborizó.

—¿Es verdad que lo amas? —exclamó Juana dolorosamente.

Luisa bajó la cabeza.

La madre guardó silencio durante algunos momentos, como si vacilara en seguir hablando.

—Ahora ya sabemos su nombre —dijo lentamente.

—Sí; la señora Magdalena nos lo ha dicho. Se llama el caballero de Pardaillán. Y Luisa pronunció este nombre con tanta ternura, que Juana, al oírlo, se estremeció.

—¡El caballero de Pardaillán! —murmuró tristemente.

—¡Madre, madre! Se diría que este nombre no te es desconocido —exclamó Luisa— y que te causa alguna pena sombría, cuyo motivo no me explico. Recuerdo que al pronunciar la señora Magdalena este nombre has dado un grito, y te desmayaste luego. Al recobrar el sentido en vano te he interrogado. ¡Oh, temo averiguar algo espantoso!

—¡Sí, espantoso! —dijo maquinalmente Juana, como respondiéndose a sí misma.

—¡Oh, habla, madre mía!

—Es preciso, hija, hija mía adorada. Es preciso hablar para salvarte.

—¡Me asustas, madre!

—Escucha, Luisa mía. Cuando naciste, tu pobre madre había sufrido ya muchas desgracias. Terribles catástrofes cayeron sobre ella. De modo, Luisa, que si tú no hubieras existido me habría muerto de dolor y desesperación. Nunca has podido comprender

hasta qué punto te he querido siempre.

—Sólo tengo que mirarte para comprenderlo, querida madre mía —dijo Luisa conmovida.

—¡Querida hija! Sí, te amaba como te amo ya ahora. Más que a mí misma, más que a todo el mundo, ya que te amaba más que ¡«a él»!

—¿Él?

—¡Mi esposo! ¡Tu padre!

—¡Ah, madre! ¿Por qué no me has dicho nunca su nombre?

—Pues bien, vas a saberlo. Ha llegado la hora. Tu padre se llama… —Y se detuvo palpitante, como si todo su pasado de amor se hubiera levantado ante ella.

—¡Acaba, madre! —exclamó Luisa.

—¡Francisco de Montmorency! —dijo Juana con débil acento.

Luisa dio un grito. Luego se suspendió, por decirlo así, de los labios de su madre, que continuó:

—Tu padre, Luisa, partió para una gran campaña. Lo creí muerto. Un día, día de infinita alegría y de espantosa desgracia, supe que vivía, que iba a regresar y que pronto estaría a mi lado… Ahora es necesario decir te que el hombre que me dio tales nuevas era el hermano de tu padre, Enrique de Montmorency.

—¿Qué vas a decirme, madre? —exclamó Luisa.

—Sabe también que este hombre, antes de darme tales nuevas, te hizo raptar por un miserable…, por un tigre, cómo lo llamó él mismo. Y después de saber que tu padre volvía, después de comunicarme que te había hecho raptar, añadió que si yo desmentía las palabras que él iba a pronunciar en presencia de mi esposo, a una señal que haría, tu ibas a ser degollada.

—¡Qué horror!

—¡Sí, fue horrendo, espantoso! Porque nadie sabrá lo que sufrí cuando, ante mi esposo… Enrique de Montmorency me acusó de adulterio… ¡Quise protestar! Pero a cada uno de mis gestos veía su brazo preparado para dar la señal de muerte al tigre que te tenía en su poder… ¡Y me callé!

—¡Oh, madre! ¡Madre! —exclamó Luisa echándose en los brazos de Juana—. ¡Cómo habrás sufrido! ¡Por mí! ¡Para salvarme!

Una heroica y dolorosa sonrisa de Juana fue su única

contestación. Poco a poco, bajo las apasionadas caricias de su hija, consiguió calmar las palpitaciones de su corazón, y entonces continuó:

—Ya comprendes ahora por qué te he dicho siempre que había un hombre en el mundo del que debías huir, como se huye de la desgracia y de la muerte…, y este hombre era Enrique de Montmorency.

—¿El otro, madre? ¿El otro? —dijo Luisa con angustiosa voz.

—El otro, hija mía, fue el que te raptó.

—¡Sí, madre!

—¡El que aceptó la horrible tarea de degollarte…, el tigre!

—¡Sí, madre!

—Luisa, apronta tu valor… ¡porque aquel monstruo se llamaba «el caballero de Pardaillán»!

Luisa no dio un grito ni se movió. Se quedó anonadada, pálida, mientras dos grandes lágrimas caían de sus hermosos ojos. Luego cruzó las manos sobre su seno, bajó la cabeza y murmuró:

—¡El padre del que amo!

Juana la estrechó convulsivamente en sus brazos.

—Sí —dijo temblando y con extravío—. Sí, mi querida Luisa, las dos somos juguetes de la desgracia. Un hombre generoso te salvó y te trajo a mí, y éste fue el que me dijo el nombre del monstruo. Sí, fue el padre del que tú amas, porque supe que el criminal tenía un hijo de cuatro a cinco años… El tigre murió sin duda, pero el niño ha crecido y la misma desgracia que puso al padre en mi camino ha puesto al hijo en el tuyo.

Luisa no decía una palabra. Una angustia horrorosa le oprimía el corazón. ¡Amaba al hijo del hombre execrado a causa del cual su madre había sido condenada a una vida desgraciada! ¿Y quién sabe si el hijo no se dedicaba a los mismos siniestros quehaceres del padre?

«*¿Por qué el joven caballero no acudió al pedirle ella socorro? ¿Por qué estaba mirando a su ventana precisamente en la hora en que las detuvieron a las dos? ¿Por qué las observaba desde hacía tanto tiempo? ¡No era posible la duda! ¡El caballero de Pardaillán era el emisario del hombre que había prendido a su madre y a ella! ¿Y quién sería este desconocido?*».

Entonces se estremeció al figurárselo. Y al dirigir a su madre una mirada de desolación infinita, la vio pálida y con tal expresión de espanto pintado en los ojos, que comprendió tenía el mismo pensamiento que ella.

—¡Oh, madre! —dijo con angustia—. ¡Tengo el corazón destrozado!

—¡Pobrecita mía! Era necesario decírtelo para evitarte mayores desgracias.

—Mi corazón ha muerto —continuó Luisa—, pero no me preocupo de mí.

—¿De quién, pues, hija mía? —dijo Juana dirigiendo una mirada sobre Luisa—. ¡De él, tal vez! ¡Ah, hija mía, expúlsalo de tu pensamiento!

Luisa movió, negativamente la cabeza.

—Pienso —dijo estremeciéndose— en el hombre que nos tiene prisioneras.

Juana tembló de espanto, porque el pensamiento de su hija era el suyo propio.

—Y, además —añadió Luisa—, al fijarme en todo lo que nos ha sucedido y nos sucede, creo que este hombre es…

—¡Oh, cállate! —dijo Juana como si el nombre que estaba ya en los labios de Luisa fuera una maldición.

Las dos mujeres, cada vez más asustadas, se abrazaron estrechamente. En aquel momento, Juana, cuya cabeza estaba vuelta hacia la puerta, oprimió con más fuerza el busto de su hija. La puerta acababa de abrirse sin ruido.

—¡Él! —dijo Juana lívida de espanto.

En el umbral de la puerta, inmóvil y semejante a un espectro, estaba, con los brazos cruzados, Enrique de Montmorency.

XX - La espía

HAY EN ESTA HISTORIA un personaje a quien hemos entrevisto apenas, y que ya es tiempo de conocer más a fondo. Queremos hablar de Alicia de Lux, que acompañaba a la reina de Navarra. Ya se ha visto, cómo Juana de Albret y Alicia de Lux, salvadas por el caballero de Pardaillán, fueron a casa del judío Isaac Rubén, y cómo al salir subieron en el coche que estaba parado no lejos de la puerta de Saint-Martin.

La carroza, arrastrada por cuatro caballos de Tarbes, dio la vuelta a París, pasó por el cerro de Montmartre, franqueó el riachuelo que cerca de la Grange-Bateliére se transforma en lagunas, y luego tomó la dirección de Saint-Germain, en donde se firmó la paz entre los católicos y hugonotes, paz que no era más que un armisticio amenazador, pues cada uno de los dos partidos preparaba nuevas fuerzas para la lucha que se aproximaba.

* * * * *

Los sacerdotes predicaban abiertamente en las iglesias el asesinato de los protestantes. El rey Carlos IX tuvo que publicar un edicto mandando que solamente llevaran espada los hombres de armas y los nobles. Una casa fue incendiada por suponerse que en ella se reunían secretamente los partidarios de la Reforma. Es necesario recordar aquí que el crimen de los hugonotes era orar en francés al mismo Dios que los católicos oraban en latín. El día de la batalla de Moncontour, un emisario avisó a Catalina de Médicis que los hugonotes llevaban la mejor parte.

—¡Diremos la misa en francés! —se limitó a contestar la reina.

Y cuando supo que los hugonotes habían sido destrozados, dijo:

—¡Loado sea Dios! ¡Continuaremos diciendo la misa en latín!

Ocho días después de haberse firmado la paz, un hombre tropezó inadvertidamente en una iglesia con una vieja. Ésta buscó un insulto que dirigirle, y no hallando nada más a mano, le dijo:

—¡Luterano!

Al oírlo, la multitud cayó sobre el desgraciado, que en pocos momentos fue destrozado. Dos buenos burgueses que, indignados, quisieron defenderlo, sufrieron la misma suerte. En las esquinas de las calles había estatuas de la Virgen, al pie de las cuales se hallaban una veintena de bandidos armados hasta los dientes. En el espacio de dos meses unos cincuenta desgraciados fueron degollados por haber dejado de saludar o de arrodillarse ante la imagen.

Al poco tiempo ya se exigió que cada transeúnte depositara una ofrenda en un cesto que custodiaba uno de aquellos bandidos, y ¡desgraciado del que rehusara pagar aquella contribución forzosa!

* * * * *

Volviendo, pues, a nuestro relato, la reina de Navarra y Alicia de Lux llegaron a Saint-Germain. Juana de Albret descendió de la carroza ante una casa situada en una callejuela que desembocaba en el lado derecho del castillo. Allí halló a tres gentilhombres que la esperaban en una sala de la planta baja.

—Venid, conde de Marillac —dijo a uno de ellos.

El que acababan de llamar por este título era un hombre de unos veinticinco años, vigorosamente constituido y cuya fisonomía ofrecía singular expresión de tristeza. Al entrar la reina y su acompañante, su semblante se animó repentinamente. Alicia de Lux dirigió una mirada al joven, e inefable emoción hizo palpitar su seno. Pero aquella emoción, que nadie observó, no había durado más que un segundo.

El conde de Marillac estaba ya inclinado ante la reina y la seguía al gabinete retirado en que ésta acababa de penetrar.

—¿Por qué me llama así Vuestra Majestad? —preguntó el joven, que sin duda era familiar de la soberana, pues se atrevía a interrogarla.

Juana de Albret dirigió una mirada melancólica sobre el conde.

—¿No es éste vuestro nombre? —dijo—. ¿No os he nombrado conde de Marillac?

El joven movió la cabeza.

—Lo debo todo a Vuestra Majestad —dijo—, vida, fortuna y título. Mi agradecimiento cesará tan sólo con el último latido de mi corazón…, pero me llamo simplemente Diosdado. Todos los títulos que mi reina pueda conferirme no me darán un nombre. Todos los velos que podáis echar sobre mí, no llegarán a cubrir la tristeza y tal vez la infamia de mi nacimiento. ¡Oh, reina mía! ¿No veis que sois la única en darme este título de conde de Marillac y que todo el mundo me llama Diosdado el expósito?

—Hijo mío —dijo la reina con tierna severidad—, debéis rechazar estas ideas, porque de lo contrario os matarán. Sois valiente, leal y os espera un hermoso porvenir si no os obstináis en persistir en estas ideas que paralizarán en vos todos vuestros sentimientos honrados y generosos.

—¡Ah! —dijo el conde de Marillac con sorda voz—. ¿Por qué habré sorprendido aquella conversación? ¿Por qué la fatalidad ha querido que supiera el nombre de mi madre? ¿Y por qué no he muerto al conocer el nombre de mi madre y al saber que era la reina funesta, la tigresa sedienta de sangre, la implacable Médicis?

En ese instante se oyó un grito ahogado en la pieza vecina. Era un grito de asombro infinito o tal vez de terror. Pero ni la reina ni el conde de Marillac lo oyeron, absortos como estaban en sus pensamientos.

—¡Ah, niño! ¡Niño! —díjole Juana de Albret—. ¡Tened cuidado! ¡No corráis tras fantasmas quiméricos…! ¡Guardaos de las desilusiones!

—La desilusión está en mi corazón, Majestad.

—Sea lo que fuere —repuso la reina con firmeza—, guardad este secreto para vos solo. Ya sabéis cuánto os amo. Os he educado como a mi propio hijo, habéis corrido por las montañas con mi Enrique, habéis tenido los mismos maestros. Continuad siendo mi hijo adoptivo…, pues en mi corazón de madre hay sitio también para vos.

El conde de Marillac se inclinó, lleno de emoción, cogió la mano de la reina y la llevó a sus labios.

—Ahora —continuó la reina de Navarra—, oídme, conde. Tengo

necesidad de que en París haya un hombre del que pueda estar segura como si fuera verdaderamente mi hijo.

—¡Yo seré este hombre! —exclamó Diosdado con viveza.

—Esperaba vuestro ofrecimiento, hijo mío —dijo la reina conteniendo su emoción—. Pero fijaos bien, ¡tal vez tendréis necesidad de exponer vuestra vida!

—Mi vida os pertenece. La he expuesto cien veces por el que me llama su «hermano menor»…, por vuestro hijo, señora. Con mayor motivo, pues, la expondré por vos.

—Tal vez tengáis que exponer también algo más que la vida… Tal vez os halléis en circunstancias en que debáis luchar contra vuestro corazón… Entonces, hijo mío, es preciso que empleéis no solamente vuestro valor, sino vuestra magnanimidad.

—Sean las que fueren las circunstancias, Majestad, me será imposible olvidar que si vivo lo debo a vos y que si no soy un miserable, víctima del dolor y la miseria, es gracias a que tendisteis sobre mí vuestra mano caritativa. De modo que espero vuestras órdenes para cumplimentarlas.

—Sí —murmuró la reina, pensativa—, ¡es necesario! Escuchadme, mi querido hijo.

Entonces Juana de Albret, a pesar de estar segura de que nadie iba a sorprender sus palabras, se puso a hablar en voz tan baja, que el conde de Marillac tuvo necesidad de concentrar su atención y aproximarse mucho a ella para oírla.

La conversación, o, por decir mejor, el monólogo, duró una hora. Al cabo de este tiempo el conde repitió, resumiéndolas, las instrucciones que le acababan de dar. Entonces quiso inclinarse para saludar a la reina. Pero Juana de Albret lo cogió, lo atrajo hacia ella y besándole la frente dijo:

—Ve, hijo mío, parte con mi bendición.

Diosdado se alejó y atravesó la estancia en que se hallaban los dos gentilhombres. Echó a su alrededor una rápida mirada, pero sin duda no halló lo que esperaba ver, porque salió a la calle, desató un caballo que estaba sujeto a una anilla empotrada en la pared, montó y emprendió el camino hacia París. Tal vez experimentaba un pesar al alejarse así, porque dejaba a su caballo andar al paso; sin ocuparse de él más que para levantarlo de un brusco tirón de la

brida cuando tropezaba con alguna piedra. En efecto, el camino que seguía no era más que un sendero mal cuidado y la pendiente era rápida.

Al cabo de veinte minutos, el conde de Marillac. —Diosdado, como quiera llamársele— llegó a un grupo de cabañas reunidas alrededor de una pobre iglesia. Aquel caserío se llamaba Mareil. En la oscuridad, el conde distinguió una rama de pino sobre una puerta. Era una posada. Se detuvo para mirar tras sí las alturas de que acababa de descender, pero la oscuridad era profunda.

Saint-Germain aparecía como una prominencia negra que se destacaba sobre el azul oscuro del cielo. Suspiró y echó pie a tierra, dándose como excusa que las puertas de París estaban cerradas en aquella hora y que era mejor esperar la mañana allí que ir a dormir a Rueil o Saint-Cloud, Llamó a la puerta de la casucha con el pomo de su espada. Al cabo de algunos minutos un campesino abrió y al ver la espada del caballero, y más aún al ver brillar un escudo de plata, consintió en servir al conde una cena cerca del hogar.

Diosdado se echó de codos sobre la mesa, con los pies tendidos en dirección al fuego, mientras conducía su caballo a la cuadra. Hacía ya algún tiempo que le habían servido una tortilla, pero ni se había dado cuenta de ello, tan absorto estaba en sus pensamientos.

Después de la marcha del conde, la reina de Navarra permaneció pensativa. Al cabo de algunos minutos hizo un esfuerzo para volver a la realidad de las cosas. Esperó unos momentos y llamó con un martillito sobre un timbre, y luego, viendo que nadie acudía, llamó de nuevo. Entonces se abrió la puerta y apareció Alicia de Lux.

—Pido perdón a Vuestra Majestad —dijo con volubilidad—, creo que me ha llamado dos veces, pero estaba algo distante de esta habitación.

La reina de Navarra se había sentado en un sillón y fijaba su límpida mirada sobre la joven. Al sentirla, Alicia de Lux se turbó.

—Alicia —dijo entonces Juana de Albret—, os dije hace poco, después de estar en salvo, que habíais sido muy imprudente queriendo pasar por el puente, más imprudente aún al levantar la cortinilla de la litera y, por fin, más imprudente todavía al pronunciar en voz alta mi nombre ante el populacho hostil…

—Es cierto…, pero ya he explicado a Vuestra Majestad…

—Alicia —interrumpió la reina—, al tacharos de imprudente me equivoqué… o fingí equivocarme, porque si en aquel momento os hubiera comunicado mi pensamiento real, tal vez hubierais cometido otra «nueva imprudencia» que me hubiera podido ser fatal.

—No comprendo, señora —balbució Alicia de Lux poniéndose muy pálida.

—Vais a comprenderme enseguida. Cuando vinisteis a la corte de Navarra me dijisteis, Alicia, que os habíais visto obligada a huir de Catalina porque queríais adoptar la religión reformada. Hace de esto ocho meses. Os acogí como lo hago con todos los perseguidos, y como erais noble de cuna os hice una de mis damas de honor. En el tiempo que habéis permanecido a mi servicio, ¿tenéis alguna queja de mí? Hablad con franqueza, os lo mando.

—Vuestra Majestad me ha colmado de bondades —dijo Alicia recobrando en parte la serenidad—, pero ya que os dignáis interrogarme, permitidme que a mi vez os dirija una pregunta. ¿He perdido vuestro favor? ¿No he cumplido siempre y en todas las ocasiones mis deberes con toda exactitud? ¿He dado pie a la maledicencia? Se me llamaba la Bella Bearnesa, señora, y no obstante, a pesar de esta belleza que se me atribuye, ¿he tratado nunca de substraer a ningún caballero al cumplimiento de sus deberes? Y por fin, desde mi conversión, ¿no he dado a mi religión todas las pruebas de fe de la mejor neófita?

—Lo reconozco… —dijo la reina con una gravedad que nubló la frente de la joven—, reconozco que habéis mostrado un celo que ha sorprendido a muchos. ¿Cómo os lo diré…? Os hubiera preferido católica, mejor que protestante de un modo tan exagerado. En cuanto a vuestra conducta con relación a mis gentilhombres, es y ha sido irreprochable. Y aquí también he de confesar que os hubiera querido ver… un poco menos severa; en fin, vuestra conducta ha sido siempre admirable, hasta el punto de que cuando no estabais de servicio y cuando no tenía necesidad de vos, estabais siempre lo bastante cerca para verlo y oírlo todo.

Esta vez la acusación era tan directa, que Alicia de Lux se estremeció.

—¡Oh! ¡Majestad! —exclamó—. ¡Tengo miedo de comprender!

Juana de Albret la miró con lástima.

—Es necesario, no obstante —dijo—, que comprendáis. Mis sospechas nacieron hace quince días. Quisiera ahorraros la pena de la vergüenza, Alicia, porque os he amado. Sin embargo, es necesario que me separe de vos, porque he adquirido la convicción de que me hacéis traición.

—¡Vuestra Majestad me echa! —exclamó aterrada la joven.

—Sí —dijo simplemente la reina de Navarra—. Hubo unos minutos de silencio aplastante.

Alicia de Lux, apoyada en el respaldo de un sillón, dirigía a su alrededor extraviadas miradas y unió las dos manos para suplicar a su señora. Por fin, un largo suspiro hinchó su pecho escultural y consiguió pronunciar algunas palabras.

—Vuestra Majestad se engaña… Soy víctima de infames calumnias…

La reina de Navarra sufría tal vez más que la joven. En efecto, para un alma generosa no hay espectáculo más doloroso que la traición de un ser en que se ha depositado la confianza más absoluta. Y cuando este ser, colocado ante una irremediable vergüenza, se debate bajo el peso de la acusación, cuando se le ve agitarse haciendo inútiles protestas de su inocencia y lealtad, el espectáculo es, ciertamente, más imponente que el de un enemigo vencido.

—Escuchad, Alicia —dijo Juana de Albret con voz triste que hizo estremecer a la joven—, hubiera podido y debido entregaros a mis jueces, dándoles la prueba de vuestra traición, pero no he tenido valor para ello. Me contento con mandaros de nuevo con vuestra ama, Catalina de Médicis.

—¡Vuestra Majestad se engaña! —murmuró Alicia dando un gemido.

La reina de Navarra movió negativamente la cabeza.

—El día en que entré en vuestra habitación y os sorprendí escribiendo, ¿por qué, Alicia, echasteis vuestra carta al fuego, arriesgándoos así a provocar preguntas que por otra parte no os hice?

—Señora —exclamó la interpelada con el ardor del náufrago que siente bajo sus envarados dedos un trozo de madera—, voy a

deciros la verdad: ¡escribía a mi amante!

—Esto es lo que supuse, y me callé. Aquel mismo día uno de mis oficiales os vio hablando con un correo que partió para París. El correo se alejó precipitadamente después de haberos hablado, y no ha vuelto más. ¿Por qué?

—Le hice algunos encargos para mis amigos de París, señora. ¿Tengo yo la culpa de que aquel hombre no haya vuelto? ¿Quién sabe si lo han matado?

—Cuando se reunieron los jefes de mi ejército para deliberar, ¿por qué, Alicia, os hallaron en el gabinete que comunicaba con la sala de las deliberaciones?

—Fui sorprendida por la llegada de los soldados, señora, y no me atreví a salir.

—Sí, ésta es la explicación que disteis, y la creí. No obstante, hace quince días, como ya os he dicho, empecé a sospechar de vos.

—¿Por qué señora?

—¿Por qué? Vuestra insistencia en acompañarme a París me hizo recordar los hechos que acabo de exponeros, y otros muchos más. Me decidí a acceder a vuestros ruegos para poneros a prueba. Ya veis hasta qué punto me resistía a creer en todas las apariencias que muchos de mis consejeros y yo misma habíamos notado, cuando arriesgué mi vida para demostrar vuestra inocencia.

Temblorosa, llena de sudor, Alicia de Lux hizo la última tentativa para demostrar su inocencia.

—Pues bien, Majestad, ya veis que no soy culpable, puesto que vivís…

—¡No por vos! —dijo sordamente la reina—. Alicia de Lux, estabais en connivencia con los que querían matarme.

—¡No es cierto!

—Vos sois la que quiso que la litera pasara por el puente; vos la que alzasteis la cortinilla y vos la que, con vuestro grito, me entregasteis a los asesinos. Es a vos a quien uno de ellos quiso entregar este billete… En el momento en que cayó la litera. Parece que yo estaba menos turbada que vos, puesto que vi cómo el billete caía sobre vuestras rodillas, lo recogí del suelo, y lo guardé. ¡Helo aquí!

Y diciendo estas palabras, la reina de Navarra tendió a Alicia un

papel de minúsculo tamaño, plegado triangularmente. La joven cayó de rodillas, o, mejor, se desplomó, aplastada por la vergüenza, y pareciéndole que nunca más se atrevería a levantarse.

—¡Tomad! —dijo Juana de Albret—. Este billete os estaba destinado y os pertenece.

La espía permaneció inmóvil, petrificada, inconsciente.

—¡Tomad! —repitió la reina de Navarra.

Entonces la espía obedeció. Sin levantar la cabeza tendió la mano.

—¡Leed! —ordenó Juana de Albret—. Leed, porque este papel contiene una orden de vuestra ama.

La espía, subyugada, desplegó el billete y leyó:

> Si el asunto sale bien, id al Louvre mañana por la mañana. Si no tiene éxito, dejad vuestro cargo lo antes posible pidiendo un permiso en regla y venid dentro de ocho días. La reina quiere hablaros.

No había firma ninguna.

Un débil grito se escapó de los descoloridos labios de la espía. Luego de nuevo se dejó caer. La reina de Navarra dirigió una mirada de compasión hacia la desgraciada y le dijo:

—¡Idos!

La espía se levantó lentamente y vio a la reina que con el brazo tendido le mostraba la puerta, y retrocedió despacio. Con sus temblorosas manos la abrió y, una vez que la hubo traspuesto, echó a correr velozmente.

Juana de Albret salió a su vez y entró en la salita en donde aguardaban los dos gentilhombres.

—Nos marchamos, caballeros —les dijo y se dirigió hacia la carroza.

En el momento de subir miró a derecha e izquierda, como para ver si descubría a Alicia de Lux.

—¡Desgraciada! —murmuró suspirando.

Algunos instantes más tarde, la carroza, escoltada por los

gentilhombres a caballo, se alejó rápidamente.

Alicia de Lux, al salir de la casa, echó a correr, como hemos dicho. Su primera idea fue la de alejarse lo antes posible del lugar en que sufriera tanta vergüenza. Atravesó la explanada que había ante el castillo, sin saber adónde iba. De pronto se detuvo estremecida y miró a su alrededor.

«*¿Dónde ir?*» —se preguntó—. «*¿Dónde ocultarme? ¿Qué será de mí cuando él lo sepa? ¡Estoy perdida! ¿Qué hacer? ¿Ir a París? ¿Ponerme de nuevo a las órdenes de la implacable Catalina? ¡Oh, no!… ¿Qué he hecho? ¡He querido asesinar a la reina de Navarra! ¿No soy una criminal? ¡Oh, qué vergüenza! Felizmente es de noche y no me verán. ¡Pero en breve será otra vez de día! ¿Y quién no adivinará al ver mi vergüenza lo criminal que soy?*».

Aquella mujer era joven, hermosa, con aquella belleza morena y provocativa de las bearnesas, de frente mate, labios rojos y sensuales y mirada de fuego, velada por espesas y largas pestañas. Allí, en las montañas en que el hijo de Juana de Albret perseguía la caza y las mujeres, le llamaban la hermosa bearnesa, y tal apodo le sentaba a las mil maravillas. Pero a la sazón nadie hubiera reconocido la belleza de que hablamos en las facciones convulsas y en la mirada extraviada de la joven.

—«*¿Qué hacer?*» —se repetía—. «*¿Huir de la reina Catalina? ¡Insensata! Para huir de ella no hay más que un refugio… ¡la tumba! Y yo no quiero morir. ¡No, soy demasiado joven para morir! ¡Prosigue, miserable! ¡Es necesario que continúes tu vida de infame! ¡Vamos, espía! ¡La reina te aguarda!*».

Así se torturaba aquella desgraciada criatura. Para condenarla o compadecerla, no ha llegado todavía la hora. Los sucesos que van a desarrollarse nos mostrarán qué mujer, o qué monstruo era Alicia de Lux. Maquinalmente se levantó y siguió de nuevo el camino que acababa de recorrer, y por instinto se dirigió hacia París, porque no conocía la comarca.

Una tristeza abrumadora se había apoderado de ella. Sus pies se destrozaban contra las piedras del camino, pero no sentía ni fatiga ni sufrimiento. Iba hacia París como atraída por una fuerza

magnética, Al cabo de una hora de camino entrevió algunas casas humildes y juzgó que se hallaba cerca de Saint-Germain.

Su única idea en aquellos momentos era interponer entre ella y Juana de Albret el mayor espacio posible, como si de esta suerte se alejara de la vergüenza que la oprimía y que le parecía intolerable sufrimiento. Al mismo tiempo se sintió quebrantada de fatiga, no del corto camino que acababa de hacer, sino por sentir la necesidad de estar sola en una habitación, de ocultar su cabeza en una almohada, de no ver ni oír nada. Temía a los árboles, que agitados por el aire se balanceaban como fantasmas; sentía miedo de las estrellas, que parecían mirarla curiosamente, y se figuraba que estando a cubierto podría huir de los invisibles testigos de su vergüenza que la imaginación suscitaba a cada uno de sus pasos. A poca distancia le pareció que una de las casas bajas ante las que se había detenido dejaba filtrar un rayo de luz por la puerta. Con la inconsciente resolución que presidía todos sus movimientos, se dirigió a aquella puerta y llamó.

—Una habitación para esta noche —dijo, castañeteándole los dientes.

—Perfectamente —repuso un hombre—. Pero entrad, señora; estáis aterida de frío.

Ella entró. El hombre abrió otra puerta que daba a una habitación mayor, alumbrada por las llamas del hogar, en que ardían varios troncos. Entró, e instintivamente se aproximó al calor y a la luz, y vio a un caballero que le daba la espalda, apoyado de codos en una mesa. A la primera mirada lo reconoció. Una llamarada subió a sus mejillas y profirió un grito.

Al oír aquel grito, el caballero se volvió con viveza. Era Diosdado, quien, divisando a Alicia inmóvil y como petrificada, palideció y, levantándose precipitadamente, corrió hacia ella y le cogió una mano.

—¡Cómo! ¡Alicia! —dijo—. ¿No sueño? ¿Sois vos? ¡Vos en el momento en que mi alma estaba llena de tristeza, ante la idea de una larga separación! ¡Oh, qué feliz soy de veras!

Hablaba febrilmente, influido por una especie de alegría loca, sin atreverse a indagar por qué su amada estaba allí. La llevó cariñosamente cerca de la llama del hogar y la hizo sentar,

teniéndole cogidas las manos.

—¡Pero estáis helada! ¡Tembláis, Alicia!… ¡Acercaos más al fuego, más! Pero ¿sois vos?… ¡Oh, decidme! ¿Por qué tembláis de esta manera? ¡Qué pálida estáis! ¡Parecéis fatigada!

«*¿Qué voy a decirle?*», pensaba ella entre tanto.

—¡Querida mía! Cuando os vi en la casa de Saint-Germain, al entrar vos en ella, pensé: ¡Se acabó! ¡Ya no la veré más! ¡Y ahora hela aquí!

«*¡Oh!*» —pensó ella—. «*¿Qué voy a decirle? ¿Qué inventaré?*».

Su silencio empezaba ya a asombrar al joven.

«*Ella callaba. ¿Porqué? ¡Pardiez! ¿No era natural que estuviera asustada de su audacia? La joven había dejado a la reina de Navarra para unirse a él, realizando un acto que la comprometía para siempre, que la perdía, y aún era él lo bastante tonto para preguntarse las razones de su palidez, de su angustia y de su silencio*».

Es verdad que ellos se habían confesado su amor, que se juraron fidelidad y que se habían prometido uno a otro. Pero, a pesar de todo, una mujer casta y pura como Alicia no va a reunirse a un hombre, aun cuando sea su prometido, sin experimentar emoción profunda. ¡Ah! ¡Cómo sentía entonces no haber confiado este amor a la reina de Navarra! ¡La buena y maternal reina habría consolado a su dulce prometida! ¡Le habría infundido valor durante su ausencia!, y el joven no sabía, a la sazón, cómo probar a la enamorada de su corazón todo el respeto y la gratitud que desbordaban de su alma.

—¡Alicia! —murmuró estrechando sus manos con timidez.

Ella cerró los ojos.

«*¡Ha llegado el momento horrible!*» —pensó—. «*¡Oh, moriré antes de que se abran mis labios para decir la verdad!*».

—Alicia —dijo él, con voz que tomaba inflexiones de infinita caricia—, os voy a llevar a Saint-Germain con la reina de Navarra. Tal vez no se habrá marchado todavía.

Ella sintió un temblor que la invadía por entero y miró extraviada a su prometido.

—Alicia, querida Alicia, ángel de mi triste vida, en vano buscaría palabras con que agradeceros lo que acabáis de hacer… Si hubiera sido lo bastante miserable para dudar de vuestro amor, ¡qué

prueba más magnífica y adorable hubierais podido ofrecerme que la de la confianza sublime que os ha obligado a partir tras de mí! ¡Oh, Alicia! ¿Cómo podré olvidar esta noche de felicidad inefable?

Los ojos de la joven expresaron profundo asombro, y entonces empezó a entrever una esperanza. Prudente, no obstante, continuó guardando silencio.

—Pero lo que habéis hecho, Alicia —continuó diciendo él con dulzura—, es preciso que nadie lo sepa. Vámonos, es tiempo todavía. Vamos, dulce adorada mía. Dentro de una hora estaremos en Saint-Germain… se lo diremos todo a la reina, y luego yo emprenderé de nuevo mi camino y me esperaréis vos tranquila y confiada.

Alicia habló entonces, pues acababa de hallar un pretexto, y con voz temblorosa dijo:

—La reina se ha marchado.

—¿Se ha marchado? —exclamó el joven.

—¡Y a la sazón ya está lejos!

Hubo un silencio. Marillac, profundamente turbado, contemplaba con inefable ternura a Alicia de Lux, que ya estaba más tranquila. En efecto, el peligro había sido momentáneamente conjurado. Durante algunas horas, o algunos días, la terrible explicación no tendría lugar, pues el conde creía que la presencia de la joven obedecía a una locura que, sin embargo, no podía condenar, pues se debía a la fuerza de su amor. Entonces la joven repuso:

—He aprovechado el momento en que Su Majestad iba a subir a su carroza para alejarme. He oído cómo me llamaban y cómo me buscaban, y luego la carroza se alejó.

—Ésta es una gran desgracia —dijo el conde—. ¡Oh, comprendedme, Alicia! Para mí continuáis siendo la casta y pura Alicia de siempre, la elegida de mi corazón, y os querría más, si tal cosa fuera posible, por vuestra locura generosa. ¿Pero qué van a decir los que lo sepan? ¿Qué diría la reina?

Alicia dirigió al joven la aterciopelada llama de su mirada. Luego sus párpados de largas pestañas se bajaron y murmuró:

—¡Qué me importa lo que puedan decir y pensar, ya que os he visto! No podía soportar la idea de una larga separación, y cuando

os vi tomar el camino de París, una fuerza irresistible me obligó a seguiros. ¡Oh, amigo mío! ¡No me echéis! —Y al decir estas palabras, Alicia parecía trastornada. Realmente lo estaba. Solamente que su trastorno no obedecía al amor ni al pudor. Era la mentira lo que la trastornaba y también las consecuencias que pudiera tener aquella mentira. Pero Diosdado no vio más que la explosión de su amor. Su corazón se llenó de apasionada admiración y sus ojos se llenaron de lágrimas. Se postró de hinojos ante la joven, tomó sus dos manos y las cubrió de besos.

—¡Perdón, Alicia, perdón! —exclamó—. Sois más grande, mejor y más generosa que yo y ciertamente no merezco vuestro amor. ¡Oh, en el momento en que me dais tan sublime prueba de confianza y amor os hablo de puerilidades! Sí, Alicia, sois mía y os pertenezco por entero desde el día en que os vi. Recordad, Alicia. Veníais de París, ibais sola y vuestro coche se rompió en la montaña. Vuestros conductores os abandonaron, pero valientemente proseguisteis vuestro camino a pie. Yo os encontré ante aquel riachuelo que no podíais vadear y entonces me relatasteis vuestra historia. Y mientras vos hablabais yo os admiraba. Permanecimos solos mucho rato, solos bajo aquel gran nogal, y cuando llegó el crepúsculo os tomé en mis brazos, os pasé al otro lado del riachuelo y os conduje a presencia de la reina de Navarra.

Dichas estas palabras se levantó y ella, sentada, con la cabeza alta, lo contemplaba con una especie de admiración sublime. Los dos habían olvidado que se hallaban en una pobre cabaña de campesinos. No se inquietaban de si les podían escuchar y si los miraban. Eran aquellos minutos de los que en la vida son inolvidables, terribles y deliciosos, en que el amor estalla con toda su fuerza en dos almas que, instintivamente, adivinan los abismos que las separan. Entonces parece que el cielo se entreabre para dejar ver el eterno y sublime espectáculo de la felicidad absoluta, y en aquel momento los ojos no se atreven a mirar al cielo, por miedo de hallar en él tempestades y rayos. La espía era bella, bella como uno de los ángeles del mal, pero bella también de amor puro, sincero, que abrasaba su corazón. Para odiarla o para compadecerla, esperemos a conocerla por entero.

El hijo de Catalina de Médicis, en pie ante la espía, como hemos

dicho, continuó:

—Desde entonces os amo, Alicia, y aunque viviera cien existencias no podría olvidar el momento en que os llevé entre mis brazos. ¡Ah, es que entrabais en mi vida como un rayo de sol entra en un calabozo! Es que en mí había espantosos pensamientos, negros como las nubes tempestuosas, y entonces aquellos pensamientos tomaron un tinte rosado. Yo era la desgracia viviente y sobre ella echasteis el manto azul de los ensueños de felicidad. Yo era la desesperación, la vergüenza misma, y al veros tan hermosa, dignándoos mostrar vuestra hermosura a mi miseria, triunfé del dolor y de la vergüenza para albergar tan sólo un orgullo inmenso al sentirme amado por vos. ¡Oh, Alicia, Alicia mía! ¡Una vez más venís a alumbrar mis tristes pensamientos! ¡Seamos el uno para el otro un mundo de felicidad y olvidemos el resto del universo! ¡Qué importa lo que digan de nosotros! ¡Mi amor está aquí para ampararos y mi espada para apagar la mirada burlona que se atreviera a fijarse en vos!

Alicia de Lux se levantó entonces. Enlazó el cuello del joven con sus dos brazos delicadamente modelados y no obstante de sorprendente vigor. Apoyó su pálida cabeza sobre el corazón de su amado, y murmuró:

—¡Oh, sí dijeras la verdad! ¡Si pudiéramos olvidar al mundo! ¡Escucha, querido mío! Yo también vivía rodeada de tinieblas y sufría espantosas torturas. Al verte también se iluminó el triste horizonte que contemplaba mi alma y al que me empujaba la fatalidad. ¿Seremos acaso dos malditos que un ángel misericordioso ha llevado uno hacia otro para salvarlos de la desesperación? ¡Sí, debe ser así, sin duda alguna! Pues ya que tú lo eres todo para mí, y que yo soy todo para ti, ¡huyamos, amado mío, huyamos! ¡Salgamos de Francia! ¡Franqueemos los montes y, si es necesario, los mares! ¡Vamos a ocultar a lo lejos las tristezas de nuestro pasado y la felicidad de nuestro amor! Di. ¿quieres? Llévame contigo a donde quieras con tal de que sea lejos de París, lejos de Francia. Te haré llevar una vida de delicias, te serviré, seré tu mujer, tu querida, tu sierva… porque me habrás salvado de mí misma.

Ella temblaba. Sus dientes chocaban unos contra otros. Un terror vertiginoso se apoderaba de ella.

—¡Alicia, Alicia! ¡Vuelve en ti! —exclamó Diosdado espantado.

La joven miró trastornada a su alrededor y balbució:

—Huiremos, ¿verdad? ¡Oh, no esperemos el día! ¡Vámonos!

—¡Alicia, Alicia! —repitió el joven—. ¿Por qué profieres estas extrañas palabras? ¿Por qué quieres que te salve de ti misma?

Alicia, en vista de los requerimientos del joven, trató de dominarse. Se sentía llegada a una de aquellas espantosas situaciones en que una palabra o un gesto condenan a muerte, y tembló de horror al pensar que tal vez una de aquellas palabras se hubiera escapado de sus labios.

—¿Qué he dicho? —murmuró, mientras su seno se agitaba bajo el impulso de las precipitadas palpitaciones de su corazón—. ¿Qué he dicho?

—Nada que deba asustarte, amor mío y trató de reír.

—Compréndeme. Te propongo huir. ¿He dicho huir? No es ésta la expresión justa. ¿De qué deberíamos huir? No es huir, sino marcharme contigo lo que quisiera, poseerte por entero, no separamos jamás y vivir siempre para nuestro amor. ¡Así se evitaría mi tristeza!

—Sí, adorada mía, pero te has exaltado de un modo extraño.

—Pues mira, ¿ves?, ya estoy tranquila y completamente calmada, te digo nuevamente: ¡Marchémonos! Vamos a España, a Italia, más lejos si es necesario. Atrevido y fuerte como eres, en todas partes podrás hallar digna ocupación para tu espada. ¿Y qué príncipe no será feliz de contarte entre sus gentilhombres?

El conde de Marillac movió lentamente la cabeza. Se desprendió de los brazos de su amada que rodeaban su cuello, la hizo sentar junto al hogar, echó un haz de leña al fuego, que se avivó y cuya llama clara y brillante iluminó de nuevo la estancia.

—Escucha, Alicia —dijo a su vez—. Te juro por mi alma que si fuera libre te contestaría: Partamos a donde quieras. Tanto me importa España como Italia.

—¿Y no eres libre? —preguntó amargamente Alicia.

—¿No lo sabes? Un día te comunicaré el secreto de mi nacimiento y el nombre de mi madre.

Alicia se estremeció al recordar que había sorprendido aquel secreto en la casa de Saint-Germain; fue ella la que profirió aquel

grito ahogado cuando el conde de Marillac habló de su madre con la reina de Navarra.

—Sí —continuó el joven—. Un día, muy pronto sin duda, te lo diré todo. Pero sabe desde ahora que existe en el mundo una mujer que venero y por la que daría mi vida sin vacilar. Es, como ya sabes, la reina de Navarra, a la que llamamos nuestra buena reina. Ella me ha salvado. Ha sido para mí una madre. Me adoptó cuando estaba desnudo y miserable, para hacer de mí un hombre. Se lo debo todo, la vida, el honor y los honores. Pues bien, la reina Juana me necesita y he jurado cumplir sus mandatos. Si en este momento me marchara no sería solamente una fuga, sería una indignidad, una traición. Sería más vil que los espías de la reina Catalina de Médicis. ¿Comprendes, Alicia?

—Sí —·contestó ésta poniéndose lívida al oír las últimas palabras de su amante y en voz más baja, añadió:

—¿De modo que no nos marchamos?

—Piensa qué grandes calamidades y desgracias caerían sobre nuestra reina si yo no fuera a París —dijo el joven, profundamente asombrado al ver la insistencia de Alicia.

—Sí… es verdad… la reina está amenazada, no puedes marcharte…

—¡Veo que eres la de siempre, generosa criatura! Pero no creas que mi deber hacia la reina me hará olvidar mi amor. Los ángeles se han inclinado hacia mí. Juana de Albret es uno de ellos, tú el otro. Actualmente, ya que la reina de Navarra se ha marchado y no puedes intentar reunirte con ella, irás a París conmigo. Sé de una casa en donde serás recibida como hija querida, porque allí me reciben también a mí como si fuera un hijo. Allí esperarás al abrigo de toda sospecha y de toda desgracia, también, la feliz época en que estemos unidos para siempre.

—¿Cuál es esa casa? —preguntó la joven.

—La de nuestro ilustre jefe el almirante de Coligny.

El mismo temblor profundo que había agitado varias veces a la espía durante aquella peligrosa conversación la sacudió también entonces, y un tinte cadavérico se esparció por su semblante. A su vez movió la cabeza.

—¿No quieres refugiarte en casa del almirante? —preguntó el

joven.

Ella cerró los ojos como fatigada. Lo estaba realmente. A la sazón no tenía más que un deseo: estar sola, concentrarse en sí misma, medir su desgracia e inventar una nueva mentira.

—Estoy cansada —murmuró—, me duele la cabeza de un modo horrible.

—Estas emociones te hacen mucho daño… ¡Oh, Alicia, pobre ángel mío! ¡Cuánta felicidad no te debo por estas inquietudes que te agitan!

—No es nada. Si pudiera dormir del lado del fuego, sintiéndome mirada por ti, me parece que desaparecería toda mi fatiga.

Y como si hubiera sucumbido al sueño, echó hacia atrás su cabeza. El conde de Marillac, andando de puntillas, fue a pedir al posadero un par de almohadas y un cobertor. Colocó las almohadas de manera que sostuvieran la cabeza de la joven, echó el cobertor sobre sus rodillas, y comprendiendo, por la regularidad de su respiración, que ya dormía apaciblemente, se sentó y apoyándose de codos en la mesa, con los ojos fijos en la joven, esperó pacientemente que despertara.

El posadero, después de haber preguntado al gentilhombre si necesitaba algo más, cerró la puerta de la salita y se fue a acostar. El silencio era profundo dentro de la casa y también fuera de ella. Solamente el crepitar de los sarmientos que se retorcían entre las llamas alteraba un poco aquel silencio. Diosdado, profundamente enternecido, velaba por su adorada, que, entre tanto, meditaba.

Vamos a tratar ahora de dar cuenta de cuáles eran sus pensamientos, pues si no los explicáramos no nos sería posible comprender luego las razones de su conducta. La situación de aquella mujer era comprometida en extremo. Pocas palabras bastan para explicada. La espía adoraba al conde de Marillac. Antes que presentarse a él en su verdadero carácter hubiera arrostrado mil muertes.

Diosdado, hijo de Catalina de Médicis, pertenecía en cuerpo y alma a Juana de Albret. Alicia de Lux ejercía su espionaje en favor y por cuenta de Catalina de Médicis, a fin de perder a Juana de Albret, en estos terribles hechos se desprendía una implacable conclusión: Alicia y Diosdado eran enemigos como se podía serio en

aquellos tiempos, es decir, teniendo cada uno de ellos la precisión ineludible de matar al otro.

Ahora bien, si Diosdado no sabía nada sobre Alicia, la espía sabía perfectamente todo lo que concernía al conde. Esto que hemos expuesto lo pensó la espía claramente, planteándolo con la precisión de un teorema, y habiendo considerado los puntos citados, creyó posibles dos soluciones: Primera: se suicidaría. Segunda: viviría.

Continuemos, pues, en la dramática simplicidad geométrica del razonamiento de aquella mujer y siguiendo las deducciones que representaban a su imaginación.

Primer caso: se suicidaría. La cosa no era difícil. A todo eventualidad, llevaba siempre consigo un veneno fulminante. De modo que nada era más fácil. De esta manera escaparía a su espantosa vergüenza. Sí, pero también renunciaría a una vida de amor. Ella amaba a su modo, es verdad, pero amaba al amor tal vez más de lo que amaba a Diosdado. Morir era abandonar un espectáculo que tenía avidez de contemplar; era renunciar a las felicidades magníficas que su exaltada imaginación había forjado. Joven, bella y vigorosa criatura, no podía morir. Al pensar tan sólo que tuviera necesidad de recurrir a esta solución, se horrorizaba. No era cobardía ni temor a la muerte, sino ansia de amar. Rechazó, pues, aquella solución.

Segundo caso: viviría. Podría, tal vez, conseguir que Diosdado la llevara lejos de París. No era cosa imposible. Lo esencial era que no supiera nada. Podría intentar substraerse al dominio de Catalina. Presentía las dificultades (ya veremos de qué clase) y tal vez la imposibilidad de conseguirlo.

En aquel instante Diosdado observó que la joven se estremecía, y la cubrió más cuidadosamente, e inquieto tomó una de sus manos, que estaba helada. Ella la retiró dulcemente, como se hace durmiendo.

La conclusión fue ésta: Separarse de Diosdado por un tiempo imposible de fijar. Inventar los motivos de una separación. Volver a presentarse a Catalina y esperar. Así que se hubiera desembarazado de la reina, reunirse con el conde, a quien dejaría al partir.

Sí, pero ¿y si durante este tiempo veía de nuevo a la reina de

Navarra? ¿Y si ésta hablaba? ¿Porqué Juana de Albret hablaría si Diosdado no le hablaba de ella? Así, pues, era necesario inventar algo para que el conde de Marillac no hablara nunca de Alicia a la reina de Navarra.

Una vez adoptados estos diferentes medios, no faltaba más que hallar el motivo o pretexto de la separación. Pero ¿era necesario que la separación fuera completa? No, no solamente no era conveniente, sino que podía ser hasta peligroso. Era preciso que la joven pudiera ver al conde de vez en cuando. Y si un día, de pronto, él le decía: «Conozco vuestra infamia…», pues bien, entonces sería la ocasión de escapar de la vergüenza, de la desgracia y el desprecio, de todo… ¡por la muerte!

Tal fue la meditación de aquella mujer, realmente valerosa, durante una noche tan agitada. El alba comenzaba a iluminar los vidrios de la sala de la posada cuando la espía fingió despertarse. Sonrió al conde de Marillac. Y aquella sonrisa contenía una expresión de tan sincero amor, que el joven se estremeció de pies a cabeza.

—Ésta es una noche —dijo— de la que me acordaré toda mi vida.

—Yo también —contestó ella con gravedad.

—Es tiempo de tomar una decisión. Querida amiga, os propuse conduciros a casa del almirante de Coligny.

—¿De veras? —preguntó ella con expresión ingenua—. ¿Me lo propusisteis?

Y al mismo tiempo pensaba:

«*¡Qué miserable soy! ¡Oh, maldita mentira! ¡Siempre mentir! ¡Y lo amo tanto!*».

—Acordaos, Alicia.

—¡Ah, sí! —dijo ella con viveza—. Pero es una cosa imposible. Recordad que vos vais a vivir también en la misma casa.

El joven se turbó. Y no recordó ni por un momento que antes de dormirse ella parecía dispuesta a arrostrar cualquier peligro.

—Es verdad —dijo.

—Escuchad, querido mío. Tengo en París una anciana pariente, una tía, algo venida a menos, pero que me quiere bien. Su casa es muy modesta, pero podré permanecer en ella admirablemente hasta

el día en que pueda ser vuestra. Allí es donde vais a conducirme, amigo mío.

—¡Esta sí que es felicísima circunstancia! —exclamó alegremente Diosdado, porque, no sin ciertos temores, había propuesto a su prometida llevarla al hotel de Coligny, pues tal vez aquella mansión pudiera ser centro de acción violenta—. ¿Pero cuándo podré veros? —añadió.

—¡Muy fácilmente! —contestó la joven—. Mi tía es muy buena y le confiaré parte de mi dulce secreto… e iréis dos veces por semana a verme, los lunes y los viernes si os parece bien.

—Perfectamente. ¿A qué hora?

—Hacia las nueve de la noche.

Él se echó a reír. Estaba contentísimo de que todo se arreglara de aquel modo.

—A propósito —dijo—. ¿Dónde vive vuestra tía?

—Calle de la Hache —contestó ella sin vacilar.

—¿Cerca del hotel de la reina Catalina? —dijo el conde.

—Precisamente. No lejos de la torre del nuevo hotel. En la esquina de la calle de la Hache y de la calle Traversine veréis una casita cuya puerta está pintada de color verde. Es allí.

«*¡Tan cerca del Louvre! ¡Tan cerca de la reina!*» —murmuró sordamente el conde—. «*¿Pero qué me importa? ¿Por qué debo inquietarme por ello?*», —y como apareciera entonces el posadero, el conde le ordenó que sirviera el desayuno a la joven.

Los dos se sentaron ante la mesa y ella comió con verdadero apetito, fue aquélla una hora encantadora. Luego Diosdado montó a caballo y tomó a la joven a la grupa, cosa que entonces era muy corriente. La joven, por otra parte, estaba ya acostumbrada a ello. El conde hizo tomar a su cabalgadura un trote bastante rápido y hacia las ocho de la mañana entró a París. Pronto llegó a la calle de la Hache y dejó a su compañera ante la casa de su tía.

Algunas cabezas curiosas aparecieron por la vecindad. El joven saludó gravemente a Alicia, mientras la miraba apasionadamente. Luego se alejó sin volver la cabeza. Alicia lo siguió con la mirada hasta que hubo dado la vuelta a la esquina y entonces dio un profundo suspiro, y toda la energía espiritual que hasta aquel momento la sostuviera desapareció de pronto.

Desfallecida, alzó el picaporte murmurando:
—Adiós, tal vez para siempre, ensueño de amor y felicidad…

XXI - Alicia de Lux

LA PUERTA SE ABRIÓ. La joven atravesó una especie de jardincillo que no medía más que unos cinco metros de largo y penetró en la casa, que constaba de planta baja y un piso. Un muro bastante elevado, en el cual se abría una puerta verde, separaba el jardín de la calle de la Hache; callejuela más bien estrecha, apacible, cuyo silenció fue turbado durante tres años por los albañiles que edificaron el hotel de la reina, pero que recobró luego su habitual silencio hasta el punto de que, como ya hemos visto, el paso de un caballero era suceso bastante para causar sensación, y despertar la curiosidad de sus habitantes.

Si la calle, a causa de ese silencio y de la sombra que proyectaba el edificio de la reina Catalina, parecía bastante misteriosa, la casa de la puerta verde lo era más todavía. Nadie entraba nunca en ella. Una mujer de unos cincuenta años la habitaba, y nadie hubiera sabido decir si lo hacía a título de propietaria, de ama de llaves o de sirvienta. Era conocida en el barrio con el nombre de la señora Laura, Siempre iba vestida con gran limpieza y hasta con cierto atildamiento. Hablaba muy poco. Cuando salía lo hacía deslizándose a lo largo de los muros y sus salidas tenían siempre lugar al apuntar el día o hacia el crepúsculo. Inspiraba a todos cierto temor, aun cuando parecía buena persona, y a pesar de que los domingos asistía a la misa y a los oficios. En una palabra, era uno de aquellos seres extraños de los que se habla mucho en los barrios, precisamente porque no hay nada que decir de ellos. En cuanto a su nombre, de origen italiano, no podía dar lugar a desconfianzas, porque la misma reina Catalina era originaria de Florencia.

Laura, al ver entrar a Alicia, no manifestó gran sorpresa. No obstante hacía casi diez meses que la joven no había estado en la casa. Tal vez Laura esperaba su llegada.

—¿Ya estáis aquí, Alicia? —dijo tranquilamente.

—Fatigadísima a más no poder, mi buena Laura; cansada de

alma y de cuerpo, disgustada por mi infamia y hastiada de la vida.

—¡Vamos, vamos! ¡Siempre seréis la misma! ¡Una exaltada que se excita por nada!

—Prepárame un poco de aquel elixir que me dabas.

—En seguida. ¿Y no queréis comer?

—No tengo apetito.

—Mal síntoma en una mujer como Vos —dijo la Vieja vertiendo en una taza de plata algunas gotas de una botella que sacó de un armario.

Alicia bebió de un tirón el brebaje que contenía la taza; en el acto pareció experimentar mayor bienestar y sus labios pálidos recobraron su color de grana. Se quitó el vestido que llevaba y se puso en cambio una especie de bata blanca sujeta a la cintura por un cordón de seda. Entonces examinó la estancia como complaciéndose en reanudar sus relaciones con los objetos que la rodeaban. De pronto sus ojos se posaron sobre un retrato y lo miró largo rato.

Laura la miraba siguiendo todos sus movimientos con marcado interés. Era evidente que su carácter en aquella casa era superior al de la sirvienta. Tal vez entre aquellas dos mujeres había un misterioso lazo, porque Alicia no ocultaba nada a la vieja. Al cabo de algunos minutos de tal contemplación, Alicia mostró el retrato a Laura.

—Es necesario quitar este retrato de ahí —dijo.

—¿Para colocado en vuestro dormitorio? —preguntó la vieja con sonrisa que se hubiera podido calificar de cínica.

—¡Para romperlo! —contestó Alicia, ruborizándose—. ¡Rómpelo enseguida ante mí!

—¡Pobre mariscal! —murmuró la vieja mientras se subía sobre una silla para descolgar el retrato.

En cuanto lo hubo hecho desgarró la tela en tiras y las arrojó al fuego. Alicia, sin decir una palabra, asistió a esta ejecución. Entonces se dejó caer en un gran sillón y tendió sus manos a las llamas como si tuviera frío.

—Laura —dijo luego con cierta vacilación—, el viernes próximo vendrá un joven…

La vieja, que miraba arder la tela del retrato, volvió los ojos

hacia Alicia. Y a la sazón sus ojos expresaban gran piedad.

—¿Por qué me miras así? —dijo Alicia—. Me compadeces, ¿no es cierto? En efecto, soy digna de tu compasión. Pero escúchame. Este joven vendrá los lunes y los viernes.

—Como el otro —dijo Laura atizando el fuego.

—Sí, como el otro…, porque los lunes y los viernes son los únicos días en que tengo libertad. ¿Comprendes lo que espero de ti, mi buena Laura?

—Muy bien, Alicia. Vuelvo a ser vuestra pariente. Vuestra prima, ¿no es así?

—No, he dicho que eres mi tía.

—Bueno. Voy progresando. Vuestro nuevo amante debe ser más linajudo que el mariscal de Damville.

—¡Cállate! —dijo sordamente Alicia—. Enrique de Montmorency no era más que mi amante.

—¿Y el nuevo qué será?

—A éste lo amo.

—Y el otro… No el mariscal, sino el primero, ¿no lo amabais también?

—¡El marqués de Panigarola! —exclamó.

—A propósito, ¿sabes lo que le ha sido de aquel noble marques? ¿Sabes que ha sido de él?

—¿Cómo quieres que lo sepa?

—Se ha hecho religioso.

Alicia dio un grito.

—¿Os asombra, no es cierto? ¡Pues es como os lo cuento! Aquel espadachín, aquel diablo encarnado, héroe de todas las orgías, es ahora un digno carmelita. ¡Fraile a los veinticuatro años! ¡Quién lo dijera al ver al brillante marqués! Ayer predicó contra los hugonotes.

—¡Fraile! ¡El marqués de Panigarola! —murmuró Alicia.

—Ahora —contestó la vieja—, se llama el reverendo Panigarola. Así es la vida. Ayer demonio y hoy ángel de Dios… a menos que no sea precisamente lo contrario. Pero volvamos a nuestro joven. ¿Cómo se llama?

Alicia de Lux no la oía. A la sazón reflexionaba profundamente. Su semblante tornó sombría expresión que poco a poco fue

desapareciendo.

«*¡Oh, si fuera posible!*» —murmuró—. «*¡Sería libre!*».

—¿Dices —exclamó en alta voz— que el marqués se ha hecho fraile? ¿De qué orden?

—Está en los carmelitas de la montaña de Santa Genoveva.

—¿Y predica?

—En Saint-Germain-L'Auxerrois, adonde acude mucha gente para oírlo. Las damas más hermosas quieren ser sus penitentes. ¡Cuántas absoluciones debe distribuir después de haber condenado a tantas almas!

—En Saint-Germain-L'Auxerrois. Bien, Laura, puedes salvarme la vida si quieres.

—¿Qué debo hacer?

—Obtener del marqués…, del reverendo Panigarola, que me oiga en confesión. La vieja dirigió una mirada escrutadora sobre Alicia, pero no vio más que un semblante alterado por dolor inmenso.

«*¡Oh!*» —se dijo—. «*Hay aquí algún secreto que es preciso saber…*».

—Será algo difícil —añadió en voz alta dirigiéndose a Alicia—. El reverendo estará asediado…; pero, en fin, me parece que lo conseguiré, sobre todo si le digo cuál es la nueva penitente que implora sus socorros espirituales.

—¡Guárdate de decirle que soy yo! —exclamó Alicia—. Escucha, Laura, mi buena Laura, ya sabes cuánto te quiero y cuánta es la confianza que en ti tengo, pues me salvaste ya una vez.

—Sí, tenéis confianza en mí, pero no me habéis dicho todavía el nombre del joven que debe venir…

—¡Luego, Laura, luego! Este nombre es un secreto terrible, que apenas me atrevo a pronunciar ante mí misma por miedo de que alguien pueda oírlo. Sabe solamente que lo amo hasta el punto de que diera gustosa mi vida para evitarle un pesar. ¡Ha sufrido tanto! ¡Y quién sabe todavía las penas que le están reservadas! ¡No podría decirte cuánto lo amo! ¡Me parece que me ha purificado, pues me ha hecho conocer el amor bajo un aspecto nuevo, noble, lleno de puras alegrías, que no hubiera creído poder sentir! ¿Por qué no seré aún la virgen casta que él cree haber encontrado en mí? ¿Por qué no podré ofrecerle más que un cuerpo mancillado y un alma

corrompida?

Diciendo esto había unido sus manos.

—¡No puedo decirte su nombre, Laura! ¡Y es porque lo amo! ¡Más quisiera la muerte que decir quién es! Pero escucha… Ya sabes lo que sufro con la maldita Catalina. Ya sabes cuánto horror tengo de mí misma. Ya sabes que al verme tan infame quise matarme y que sin ti, y sin los cuidados que me reanimaron y sin tus maternales caricias, que me consolaron, estaría muerta ya. Pues bien, hoy más que nunca es preciso que deje de ser, como otras desgraciadas, un instrumento en manos de esa despiadada mujer. ¡Qué instrumento! ¡De bajas delaciones, de viles intrigas, de muerte a menudo! ¡Mi cuerpo abandonado a los besos delos que ella me designa! ¡Los secretos de mis amantes descubiertos en el lecho! ¡La infame comedia de amor representada cuando place a la reina! ¡Es espantoso! ¡Me asusta el pensar que mis besos son mortales y que el hombre que me atestigua su amor debe ser entregado por mí! ¡Y ahora, ahora que amo, concibe cuál es mi horror y mi terror! ¡Ya comprenderás la necesidad que tengo de escapar a tanta vergüenza y a tanto despotismo que hace de mí una criatura sin nombre!, y entonces rompió en sollozos.

—¡Vamos, vamos! —dijo la vieja Laura—. Todo esto pasará. Ahora estáis fatigada, enervada. Lo que necesitáis es reposo y estas ideas negras se irán solas.

—Sí, estoy cansada —dijo Alicia secándose los ojos—, mucho más de lo que puedes imaginarte. Y si ciertas cosas que espero no se realizaran, no habría para mí más que un reposo posible: ¡la muerte!

—¡La muerte a vuestra edad! ¡Vamos, dejad estos tristes pensamientos, o voy a creer que queréis imitar a vuestro hermoso marqués de Panigarola, que se ha convertido en fraile, lo que ya es una manera de morir para el mundo!

Al oír estas palabras, pronunciadas con acento mordaz y burlón, Alicia se estremeció.

—¡Él fraile! —dijo pasando una mano por su frente.

—Tranquilizaos, señora, me encargo de que os oiga en confesión.

—¿Cuándo? —exclamó la joven con viveza.

—Veamos. Hoy estamos a martes. Pues el sábado por la tarde. Ahora permitidme que no haga una pregunta. ¿Cuándo queréis ir al Louvre?

Alicia sintió un nuevo estremecimiento.

—Ya sabéis que os esperan —insistió la vieja.

—Me has dicho que el sábado podré hablar con el fraile.

—Os lo prometo.

—Pues entonces iré al Louvre el sábado por la mañana. Déjame ahora. Tengo necesidad de descanso, mi buena Laura, y estos días me son muy necesarios para reponerme.

Alicia de Lux se sumió entonces en sus pensamientos. En la noche de aquel día, cuando las luces estaban apagadas y todo parecía dormir en la casa, hacia las diez, en el momento en que el silencio y la soledad eran profundos en las estrechas callejuelas, la puerta verde se abrió sin ruido y una mujer salió a la calle. Se dirigió con silencioso paso hacia la torre del Hotel de la Reina.

Aquella torre estaba agujereada por numerosas lumbreras que dejaban pasar la luz a la escalera interior, y la primera de estas lumbreras, que estaba enrejada con gruesos barrotes, se hallaba al alcance de la mano de un hombre. La mujer que acabamos de señalar se detuvo ante aquélla y, empinándose en la punta de los pies, alargó el brazo y dejó caer Un billete en el interior de la Torre construida para el astrólogo Ruggieri. Entonces volvió sobre sus pasos, con gran prisa, deslizándose sin hacer ruido, como si fuera Un fantasma. Sin ruido entró de nuevo en la casa de la puerta verde en donde Alicia de Lux dormía rendida de fatiga. ¡Aquella mujer era la vieja Laura!

XXII - Pipeau

ESTE CAPÍTULO SERÁ CORTO, pero aunque por título lleve solamente el nombre de un animal, no es por esto menos importante en nuestro relato. ¿Acaso un perro no tiene derecho a un capítulo como otro personaje cualquiera? Sea lo que fuere, lo cierto es que en los actos del perro de que se trata hubo uno que debía influir notablemente sobre el destino de su amo, y de rechazo sobre muchos de los personajes que figuran en este drama. Es, pues, el acto de Pipeau lo que vamos a relatar a nuestros lectores.

En la mañana del día en que Pardaillán fue detenido, Pipeau, por un sentimiento de amistad fraternal, hizo cuanto pudo para defender a su amo y amigo. Si en aquella lucha memorable hubo pantorrillas destrozadas y pantalones puestos en lamentable estado y hasta un soldado estrangulado, además de los que cayeron a los golpes del amo, fue porque Pipeau empleó sus mandíbulas de hierro en tan diversos quehaceres, y la verdad es que trabajó bien y a conciencia, no sin muchos gruñidos y ladridos.

Pardaillán fue vencido y Pipeau también. Sorprendidos y aplastados por el número, Pardaillán y su perro sufrieron la derrota que hemos relatado. Pipeau bajó, pues, la escalera siguiendo a los soldados que se llevaban a su amo, cosa que no dejó de costarle algunos puntapiés y hasta una estocada que la partió una oreja. Una vez en la calle, el perro se puso a seguir la carroza en que metieron al caballero. Con la cabeza y la cola bajas, nuestro héroe —hablamos del perro— llegó a la Bastilla y con toda naturalidad quiso entrar, sin ocurrírsele, naturalmente, que fueran a impedírselo.

Pipeau ignoraba la consigna, lo que es un defecto hasta para un perro. Pero, en cambio, los centinelas de la prisión la seguían al pie de la letra. Resultó de esta ignorancia de uno y de la ciencia de los otros que el pobre animal dio con el hocico contra la punta de una alabarda y que habiendo emprendido la retirada fue acompañado en ella por una lluvia de, Piedras y proyectiles diversos. Y cuando

quiso volver a la carga se halló ante la puerta cerrada.

Ante ella Pipeau soltó un aullido lúgubre y prolongado y luego empezó a ladrar furiosamente. El aullido era una lamentación dirigida a su amo y los ladridos una amenaza a los centinelas. Viendo que ni el primero ni los segundos contestaban a su queja ni a sus provocaciones, Pipeau empezó a dar la vuelta en torno de la fortaleza con aquella velocidad desordenada que en él era habitual. Pero volvió a su punto de partida sin haber hallado lo que en su imaginación confusa y primitiva esperara hallar, es decir, la salida por la que su amo se hubiera marchado.

En efecto, ¿cómo ha de entrar en el entendimiento de un perro que un hombre es llevado al interior de espesas murallas para no salir más? Ésta es una idea humana. Transcurrieron algunas horas de sombría inquietud para el pobre animal, el que acabó por instalarse a una veintena de pasos de la puerta y del puente levadizo, y con el hocico al aire inspeccionó aquella cosa negra y enorme que se había tragado a su amo. Algunos pilluelos le arrojaron piedras, diversión que probó inmediatamente a Pipeau que aquellos desconocidos pertenecían a una raza superior. Pero se contentó con instalarse un poco más lejos.

Entre tanto el día tocaba a su fin. Llegó el apetito. Pipeau resistió heroicamente los gritos de su estómago y permaneció firme en su sitio. Solamente, de vez en cuando, bostezaba para engañar el hambre. Llegó la noche. No queremos insinuar que el perro razonara. Si se le concediera el razonamiento al perro, ¿qué sería del respeto humano? Somos demasiado respetuosos con la humanidad para dar por sentado que el animal tenía corazón e inteligencia. La teoría de la superioridad e inferioridad de razas es una buena teoría, pero si se la combatiera ordenada y lógicamente se llegaría a monstruosidades. Sería necesario admitir que un negro vale tanto como un blanco y que un judío es tanto como un cristiano, cosas abominables. Mantengamos, pues, la buena teoría.

Pipeau, ser de raza inferior, no razonaba. Entre tanto algunas personas que se interesaron por él se aproximaron. Uno quiso llevárselo y él le enseñó los clientes. Se le vio inspeccionar con sostenida atención los diferentes pisos del sombrío edificio. A veces levantaba su nariz y el extremo de sus orejas. Luego daba un sonoro

ladrido. Y como nadie ni nada le contestaba, soltaba entonces un gemido.

Pipeau no razonaba. Pero cuando hubo llegado la noche, si no fue en virtud de un claro silogismo, se debió por lo menos a alguna asociación de ideas y se decidió a marcharse. Quién sabe si no pensó en aquel momento:

«*Tal vez ha regresado a la posada. Ésta es la hora en que se sienta ante una mesa y caen los huesos que yo pesco al vuelo*».

Sea lo que fuere, Pipeau se marchó directamente a «La Adivinadora», siguiendo en sentido inverso el mismo camino que recorriera por la mañana. Entró decididamente, franqueó la sala, que inspeccionó de una mirada, y subió a la habitación de Pardaillán. Allí su desolación no tuvo límites. La habitación estaba cerrada y su amo no se hallaba en el interior. De esto último se aseguró olfateando por la rendija. Triste a más no poder, bajó la escalera, sintiendo, no obstante, que su apetito aumentaba en razón directa de su dolor.

Por lo menos suponemos que debió de pensarlo, porque sin vacilar y con la cínica resolución de un ser que no teme a maese Landry, penetró en la cocina y se detuvo allí husmeando los aromas que se escapaban de los hornillos y vigilando al mismo tiempo los movimientos de los criados. Es necesario decir que todos los encuentros anteriores de Landry con Pipeau habían acabado con un puntapié dado por el primero al segundo. Júzguese, pues, por ello, cuál debió ser el asombro de maese Landry al ver al perro plantado en la cocina, como si tuviera el derecho de permanecer en ella. Precisamente en aquel instante maese Landry estaba ocupado en la tarea de trinchar un ave. Se detuvo, y temblándole las mejillas de indignación exclamó:

—¡Largo de ahí, perro de borracho!

Pipeau se quedó impasible al oír tal injuria. Se limitó a sentarse sobre sus patas traseras y a mirar atentamente a maese Landry.

—SÍ —continuó éste—, no me comprendes. Eres demasiado bestia para ello. No eres uno de esos perros honrados que guardan la casa y respetan la cocina, y que a una seña de su amo protegen lo que es bueno para comer y para lomar. Tú no tienes estas delicadezas. Además, tal amo tal perro. ¿Quién es tu amo? Un

ladrón, un truhan, un Don Nadie salido de no se sabe dónde y que ha estado a punto de perderme. Eres ladrón como él, pues le he sorprendido muchas veces en el acto de robarme algo.

De majestuosa que era, la voz de maese Landry se tornó furiosa. Pipeau permanecía impasible. Pero las comisuras de sus labios se contrajeron ligeramente, dejando al descubierto unos colmillos muy blancos muy delgados, mientras su bigote temblaba. Evitaba mirar a maese Landry. Evidentemente estaba atento a su discurso, pero otros pensamientos solicitaban su atención.

—Así, pues —acabó diciendo el posadero—, mientras tu amo, que el diablo se lleve, estuvo aquí, me vi obligado a fingir por ti una amistad que no sentía. ¡Pipeau por aquí! ¡Pipeau por allá! ¡Qué hermoso e inteligente perro! Catalina, dale estos huesos de pichón. ¡Pero en mi interior te maldecía! Pero al fin estoy libre, pues tu amo se halla en la Bastilla. Y ahora me aprovecho para echarte. ¡Fuera de aquí! ¡Lubin, dame un asador!… O si no…, ¡espera!, mejor será un puntapié en el vientre.

Y diciendo estas palabras maese Landry tomó impulso. Con la gracia especial que pueden tener los hipopótamos, balanceó un instante su pierna y por fin dirigió un puntapié al perro. Se oyó un aullido sonoro, seguido inmediatamente de un gemido. En el mismo instante se pudo ver a Pipeau huir a toda prisa hacia la calle, mientras el posadero, tendido en el suelo de la cocina tan largo como era, hacía vanos esfuerzos para levantarse.

Maese Landry había equivocado el golpe. El perro dio un salto de lado y el hombre perdió el equilibrio y cayó arrastrado por su masa. Cuando los criados lo hubieron levantado, no sin esfuerzo y no sin gemidos del posadero, éste dijo:

—El enemigo ha huido. Será necesario que demos una buena comida para celebrar la desaparición del amo y del perro.

Pero en el mismo instante dio un grito de desesperación y con temblorosa mano señaló el plato sobre el cual había estado el ave a medio trinchar cuando llegó Pipeau.

¡El ave había desaparecido!

¡Pipeau se la había llevado! Éste era el acto de bandolerismo que el perro meditaba durante el discurso de maese Landry. El perro huyó, pues, llevándose un hermoso pollo, destinado sin duda a un

rico cliente, y aquella noche pudo cenar como un rey. Pasó la noche como pudo, y como cayó durante la misma una lluvia fría, maese Landry estuvo vengado, sin duda alguna, por las amargas reflexiones que debió hacer el pobre animal.

Durante algunos días Pipeau no se dejó ver en «La Adivinadora». ¿Qué fue de él? Se le vio dos o tres veces a veinte pasos de la posada mirándola como a un paraíso perdido. ¿Qué comió entre tanto? Tuvo, como es natural, sus altos y sus bajos: Probablemente algún carnicero fue puesto a contribución. Porque Pipeau, perro ladrón y embustero, como ya hemos dicho, conocía admirablemente la maniobra, que consiste en acercarse despacio a un aparador, fingiendo no verlo tan siquiera, y atrapar, cuando el amo está distraído, algún hermoso bocado.

Sea lo que fuere, en la Bastilla estableció su cuartel general. Pasaba ante la prisión días enteros, sentado ante la puerta por la que desapareciera su amo, con la nariz al aire y con la vista atenta fija en la prisión. Al décimo día de la desaparición de su amo lo hallamos en aquel mismo sitio. El pobre Pipeau había enflaquecido. Pero queremos creer que tal vez en ello tuvo más influencia su disgusto que el hambre. Ya no era el mismo perro a quien su amo se complacía en peinar cuidadosamente. A la sazón era tan sólo un perro vagabundo, con el pelaje sucio, y erizado.

Pipeau; con el rabillo del ojo, miraba melancólicamente la gran torre que se elevaba en un ángulo de la Bastilla. Sin duda se decía entre tanto:

«*¿Por qué diablos no saldrá? ¿Qué hará tanto tiempo allí dentro?*».

De pronto se irguió sobre sus cuatro patas y empezó a mover suavemente la cola. Acababa de divisar alguna cosa. Allí, en lo alto, en una de las estrechas ventanas de la Bastilla, apareció una cara a través de los barrotes. Pero Pipeau no tenía la seguridad completa de que fuera su amo. Miraba atentamente aquel semblante sin atreverse a dar un paso. Solamente el movimiento de su cola demostraba la esperanza que nacía en él. Pero, de pronto, la cara del hombre se acercó hasta casi pegarse a los barrotes de la reja.

Pipeau dio cuatro pasos, husmeó el aire, abrió los ojos y quedó, por fin, convencido.

—¡Es él! —exclamó.

Nuestros lectores nos perdonarán que empleemos para un perro las mismas expresiones que para un hombre pero realmente el ladrido, sonoro, delirante de alegría, tenía significación humana.

—¡Es él! ¡Es él!

Pipeau demostró su alegría corriendo de aquí para allá, como un insensato, dando vueltas sobre sí mismo para cogerse la cola con los dientes, revolcándose en el barro, saltando y haciendo, en fin, todas las extravagancias de los perros cuando quieren demostrar su alegría. Por fin, se acercó al foso tanto como le fue posible, levantó la cabeza hacia su amo y dio tres ladridos vibrantes y claros.

—¡Yo soy! ¡Mírame!

—¡Pipeau! —gritó una voz tras la ventana.

El perro respondió con un ladrido breve.

—¡Atención! —dijo la voz que parecía no preocuparse de ser oída por los centinelas. Se oyó otro ladrido que parecía significar:

—¡Estoy pronto! ¿Qué quieres?

Entonces los centinelas que hacían guardia ante la puerta se acercaron al perro. Aquella extraña conversación de un preso con un perro les pareció cosa grave, o, por lo menos, prohibida por la consigna. En aquel mismo instante salió de la ventana un objeto blanco que, vigorosamente lanzado, fue a caer a veinte pasos del perro.

Aquel objeto blanco era un papel en forma de bola que envolvía un guijarro. Los guardias se lanzaron a cogerlo. Pero más rápido que el rayo, Pipeau lo cogió con la boca. Muchas veces su amo le hacía practicar este juego y cuando se disponía a acercarse al foso para llevarlo de nuevo a su amo, lo acometieron los guardias y el perro dio media vuelta. Entonces, con toda la velocidad de que fue capaz, emprendió la fuga.

—¡A él! ¡A él! —gritaban los soldados corriendo en su persecución.

Pipeau corría como el viento. Las gentes formaban grupos preguntándose cuál era el hugonote así perseguido. Entre tanto el perro desapareció en breve. Entonces los guardias, sin aliento, volvieron a la Bastilla para dar cuenta al gobernador de este hecho inaudito. El prisionero mantenía correspondencia con el exterior y mandaba cartas por medio de un perro.

Aquel prisionero era Pardaillán. En cuanto a Pipeau, así que ya no se vio perseguido, se detuvo jadeante y soltó la bola de papel que hasta allí llevara en la boca, sin dar importancia ninguna a aquella cosa blanca que no era buena para comer, y se marchó tranquilamente. Luego, dando algún rodeo, volvió a la Bastilla. Un transeúnte que vio al perro soltar el papel lo desplegó cuidadosamente y lo examinó por los dos lados. El papel no estaba escrito por ninguna de sus caras. El transeúnte lo tiró al suelo y el papel cayó en un arroyo. El agua se llevó el papel, que pronto se confundió con otras basuras…

XXIII - En el calabozo

CUANDO EL CABALLERO DE PARDAILLÁN oyó cerrar, comprendiendo que la puerta de aquel calabozo era inquebrantable, cayó sobre las losas casi desvanecido. Bajo su aspecto despreocupado, Pardaillán ocultaba una naturaleza impresionable en extremo. Su cólera y su alegría, aun cuando no se traslucían al exterior, no por eso eran menos violentas. En cuanto volvió en sí trató, antes que nada, de recobrar su sangre fría, procurando domar el furor que lo animaba. Entonces examinó la habitación en que estaba encerrado, Era una estancia bastante grande cuyo suelo estaba formado por losas de piedra. Únicamente en un ángulo las losas habían sido reemplazadas por ladrillos ordinarios. Los muros y el techo bajo eran de piedra ennegrecida por el tiempo; pero no estaban húmedos gracias a que el calabozo se hallaba situado en uno de los pisos altos de la torre. No obstante, debido sin duda al espesor de los muros, la habitación era muy fría, tanto como pudiera serlo una bodega. Un estrecho ventanillo, practicado a bastante altura dejaba entrar un poco de luz y aire. Pero subiendo sobre un escabel de madera, único asiento que había en la prisión, era fácil llegar a aquella ventana. Un haz de paja, un cántaro de agua y encima de éste un pan, completaban el mobiliario de la estancia, en la cual reinaba una tristeza abrumadora que acentuaba el silencioso ambiente, pues solamente se oía en el pasillo el paso lento y sonoro de un centinela, y los ruidos de París llegaban allá muy debilitados por la distancia. Pardaillán se echó sobre la paja bastante limpia que debía servirle de cama, cubierta por una manta agujereada y deshilachada. En favor de nuestro héroe es preciso decir que en aquel momento de angustia terrible para un hombre que sabía perfectamente que no se salía de la Bastilla más que muerto, en aquel momento, repetimos, su pensamiento se concentró en Luisa y lamentaba su arresto sobre todas las demás consideraciones, porque le había impedido acudir en socorro de Su vecinita.

«*No hay duda de que me llamó*» —se decía—, «*y que al verse en*

peligro pensó en mí. Y ahora heme aquí preso, o, mejor dicho, en una tumba. ¿Qué va a decir? ¿Qué pensará de mí? Y lágrimas de rabia y de dolor se deslizaron de sus ojos».

Durante largo rato revolvió en su mente esta idea, pensando que había sido una desdichada casualidad el ser detenido precisamente en aquel instante. Y cuando todo había concluido, comprendía el lugar que Luisa ocupaba en su corazón. Hasta entonces Pardaillán no se había confesado a sí mismo que amaba a la joven, pero el dolor que sintió al verIa en peligro fue para él una revelación, pues le dio a entender el amor que por ella sentía. ¿Pero le sería dado volverIa a ver? ¿Se sale acaso de la Bastilla? Y aun admitiendo que un milagro lo sacara de la sombría fortaleza después de largos años, ¿encontraría de nuevo a Luisa? ¿Y cuál sería el peligro que le había amenazado para que la joven se decidiera a llamar en su socorro a un hombre que apenas la conocía?

Pardaillán pensó en el duque de Anjou. Sin duda éste y sus acólitos habían vuelto por la mañana… o, tal vez, no se habían alejado… Con desesperación inmensa, Pardaillán se dijo que de haber pasado la noche en la calle, como se lo propusiera un instante no solamente habría estado allí para proteger a Luisa, sino que tal vez no lo hubieran arrestado, y al pensar que la joven estaba entonces en poder del duque de Anjou rompió en amargos sollozos.

Tal estado de desesperación retrospectiva, por decirlo así, duró cuatro días. Durante este lapso, el desgraciado apenas durmió, ni comió como no fuera de vez en cuando algún pedazo de pan. En cambio, el cántaro siempre estaba vacío tres o cuatro horas antes de que el carcelero fuera a renovarle la provisión de agua; una sed ardiente lo devoraba; tenía fiebre.

Para fatigarse, para poder conciliar el sueño, andaba durante todo el día con paso ligero y rápido alrededor de su calabozo. No se percataba de que pensar así en Luisa, concentrando su desesperación sobre aquel punto, era un consuelo y que tal idea le impedía caer en una desesperación mayor.

A fuerza de pensar en la terrible ironía de su destino, que lo suprimía del mundo de los vivos cuando podía ser tan feliz, llegó a preguntarse por qué había sido detenido. Adivinaba vagamente que su encarcelamiento era debido a la reina Catalina. Y, no obstante,

durante la entrevista que con ella sostuvo, la reina se mostró tan buena, tan franca y le dio cita en el Louvre con tal naturalidad, que el joven casi no acertaba a considerar cierta su sospecha.

«*Pero, entonces, ¿quién sería el causante de su desgracia? Acaso el complot que he sorprendido… Tal vez el duque de Guisa…; pero no, ¿cómo lo habría sabido?*».

En breve el asunto fue para él una obsesionante tortura. Al cabo de cinco o seis días nadie lo hubiera reconocido. A fuerza de querer resolver problemas insolubles, su rostro había adquirido una especie de inmovilidad dolorosa, en la cual solamente se advertía el centelleo sombrío de sus ojos. En la tarde del sexto día no pudo resistir ya más y resolvió saber por lo menos de qué crimen lo acusaban. El desgraciado a quien se encierra en un calabozo o en un presidio para cinco años, para veinte, puede, no obstante, entrever una resurrección por lejana que sea, y no conoce los límites de la desesperación. Aun el que sabe que está condenado a prisión perpetua conoce, por lo menos, cuál será su porvenir y halla una especie de amargo consuelo en la misma certidumbre de su desgracia. Pero ser encarcelado en plena vida, cuando el cuerpo es fuerte y la juventud ardiente, sin saber por qué, sin entrever los límites del encierro, como tampoco, en una noche profunda, se puede entrever el fondo de un precipicio, no teniendo por horizonte más que cuatro muros negros, sin que se sepa la causa de haber sido arrancado de la contemplación del cielo y de la tierra, ignorando que se muere a los veinte años y que continuará muriéndose, en interminable agonía, durante cuarenta o cincuenta más, esto fue el dolor que experimentó Pardaillán. ¡Oh, era necesario saber a toda costa! Cuando, por la tarde, entró el carcelero en el calabozo, Pardaillán le dirigió la palabra por vez primera.

—Amigo mío… —dijo con amable voz al guardián.

El carcelero lo miró con el rabillo del ojo.

—Quisiera haceros una pregunta… Os suplico que me la contestéis.

—No me está permitido hablar, con los presos —contestó rudamente el carcelero.

—Una palabra, una sola. ¿Por qué estoy aquí? No os marchéis. Habladme. El carcelero se dirigió hacia la puerta y volviéndose

hacia el joven lo vio tan trastornado, tan pálido y tan miserable, que, sin duda, tuvo compasión de él.

—¡Oídme! —dijo con voz más amable—. Os lo advierto por última vez. Me está prohibido hablar con vos, y si persistís en dirigirme la palabra, me veré obligado a dar parte al gobernador.

—¿Y qué sucedería entonces? —preguntó el caballero con ansiedad.

—Pues que os encerrarían en un calabozo peor que éste.

—Bueno, tanto me importa —rugió Pardaillán—. Pero quiero saber. ¡Lo juro! ¿Oyes? ¡Habla, pues, miserable, o te juro que voy a estrangularte! Y dio un salto hacia el carcelero. Pero éste esperaba sin duda la agresión, pues con gran agilidad salió, cerrando la puerta violentamente. Como lo hiciera el primer día, Pardaillán se echó entonces sobre aquella puerta y apenas consiguió moverla; pero entonces su impotencia, lejos de calmarlo, no hizo más que exasperar su furor. Durante toda la noche y el día siguiente hizo tal ruido en su calabozo, dio tales alaridos y asestó a la puerta tales golpes, que el carcelero no se atrevió a entrar. Pero habiendo dado cuenta al gobernador de la conducta del preso, el primero tomó consigo a diez soldados armados hasta los dientes, y así escoltado se encaminó al calabozo.

—El señor gobernador viene a visitaros —gritó el carcelero a través de la cerradura del calabozo de Pardaillán.

—Por fin voy a saber de qué me acusan —murmuró el preso. Y como por ensalmo se calló y se tranquilizó. Se abrió la puerta y los soldados cruzaron sus alabardas. Pardaillán, como impulsado por un acceso de locura, hizo ademán de arrojarse contra ellas, pero de pronto se detuvo en su movimiento y una extraña expresión de asombro se retrató en su rostro. Había divisado al gobernador entre los soldados y lo reconoció. Era uno de los conspiradores de «La Adivinadora».

—¡Ah! —dijo el gobernador—. Parece que las alabardas os han producido el mismo efecto que a todos los rabiosos de vuestra ralea. ¿Retrocedéis? Bueno, bueno. ¿No decís nada? Escuchad: tengo buen carácter, pero que no vuelva a repetirse este escándalo, ¿oís? Porque, de lo contrario, a la primera reincidencia, el calabozo; a la segunda, la privación de agua y a la tercera, la tortura. Ahora ya

estáis avisado. Si no podéis dormir, dejad, por lo menos, que los demás duerman.

Pardaillán, en efecto, había retrocedido dos pasos. Luego se inmovilizó tratando de descubrir en las palabras del gobernador la causa de su desgracia. Y su rostro no expresaba más que el estupor. El gobernador, convencido de que solamente con su presencia había domeñado al preso, se encogió de hombros con indulgente lástima.

—Ver a estos enfurecidos —dijo desdeñosamente.

Pardaillán continuaba guardando silencio. Con sus cejas fruncidas, los puños crispados y todo su cuerpo envarado, reflexionaba.

—Vamos —continuó el gobernador—. ¿Ya estáis tranquilo y advertido? ¡Cuidado con la tortura! A ver si ahora os portáis bien, y dadme las gracias por mi bondad. E hizo un movimiento para retirarse, pero entonces Pardaillán avanzó con vivacidad.

—Señor gobernador… —dijo con voz cuya tranquilidad hubiera admirado al que conociera lo que en él pasaba—. Señor gobernador, tengo que haceros una petición… ¡No, no tengáis miedo! No me encolerizaré más, pues me habéis convencido.

—Es natural, exclamó el gobernador.

—Una sencilla pregunta —continuó Pardaillán.

—Yo sé cuál es. Queréis preguntarme por qué estáis aquí. Pues bien, amigo mío. Os advierto que nunca me preocupo por saber el crimen de mis presos. Me entregan un hombre, lo encierro y nada más. Únicamente puedo advertiros que, según todas las posibilidades, no saldréis nunca de la prisión, Así, pues, tratad de resignaros y de no odiar a vuestros carceleros.

—No deseo otra cosa, señor gobernador, y agradezco vuestros consejos.

—¿Qué queríais, pues?

—Sencillamente, pediros papel, una pluma y tinta.

—Está prohibido. Ya comprenderéis que el Estado se arruinaría si permitiese a los presos escribir sus memorias. Vamos, ¡hasta la vista, amigo mío!

—Señor gobernador, se trata de una revelación de la mayor importancia.

—¿Una revelación?

—Sí; y quiero hacérosla por escrito. Por casualidad he descubierto un complot.

—¿Un complot? —exclamó el gobernador palideciendo.

—Un complot de hugonotes, señor gobernador. Se trata nada menos que de asesinar a monseñor de Guisa y otros personajes adictos a nuestra religión.

—¡Ah, caramba! ¿Habéis descubierto eso? —Sí, y os daré por escrito el medio de hacer detener a los condenados hugonotes y también la prueba del complot. Espero que se me agradecerá y que tal vez se me perdonara el crimen que haya podido cometer. Una vez la haya escrito y vos poseáis ya mi revelación me quitaréis la tinta, pluma y papel, y no os pediré nada más. Entonces esperaré con paciencia que se recompense mi buena voluntad, pues realmente se trata de un servicio muy importante.

—En efecto —dijo el gobernador—. Si es tal como decís.

—Mucho más terrible todavía.

—¡Diablo!

—Más terrible de lo que podéis imaginar.

—Pues si es así, os prometo hacer todo lo que pueda para conseguir vuestra libertad.

El digno gobernador había formado su plan. Dejaría que el preso escribiera su denuncia y luego, aprovechando un pretexto cualquiera, lo haría encerrar en uno de los calabozos subterráneos, en donde un hombre moría al cabo de pocos meses. Armado con tales revelaciones sería entonces no solamente el salvador de Guisa, futuro rey de Francia a su juicio, sino también el salvador de la santa Iglesia.

Se retiró radiante de júbilo, y un cuarto de hora más tarde el carcelero llevó a Pardaillán dos hojas de papel, tinta y plumas cortadas de antemano. El caballero cogió el papel con avidez, y extraordinaria alegría brilló en sus ojos.

—Dentro de algunos días estaré libre —exclamó.

El carcelero le dirigió una burlona mirada.

—El mismo gobernador me abrirá las puertas de la Bastilla —continuó Pardaillán.

—¿El gobernador? —exclamó el carcelero, que no creyó violar la consigna.

—Sí, el gobernador, el señor de Guitalens.

—¿Decís que el gobernador os abrirá las puertas?

—El en persona.

El carcelero movió la cabeza y se retiró pensando:

—Éste es otro género de locura, paro, por lo menos, ahora está tranquilo.

Al día siguiente, por la mañana muy temprano, llegó al calabozo diciendo:

—¿Qué? ¿Ya habéis escrito vuestra revelación? ¿Puede venir a recogerla el señor gobernador?

—Aún no. Ya comprenderéis que es necesario recordar detalles.

—Daos prisa, porque el señor gobernador está impaciente.

—Bueno, decidle que no perderá nada por esperar. Os aseguro que estará contento.

—¿Hasta el punto de abriros él mismo las puertas de la Bastilla? —dijo burlonamente el carcelero al marcharse.

Una vez que Pardaillán estuvo solo acercó el escabel a la ventana, subió sobre él y aproximó su rostro a los barrotes. ¿Qué esperaba? ¿Qué pensamiento había iluminado de pronto su desesperación? Durante todo el día inspeccionó los alrededores de la Bastilla y dos o tres veces divisó a su perro, que por allí andaba errante. Pardaillán, al verlo, exclamó enternecido:

—¡Pobre Pipeau!

De pronto, al acabar de pronunciar esta palabra, ahogó un grito de loca alegría.

—¡Ya lo tengo! —exclamó bajando del escabel y se echó a correr locamente alrededor de su calabozo. Entonces entró el carcelero.

—¿Y la revelación? —dijo sin gran fe en que Pardaillán llegara a escribir, pues cada vez se convencía más de que el preso estaba loco.

—Mañana por la mañana estará lista —contestó Pardaillán.

El carcelero renovó la provisión de agua, colocó sobre el cántaro la ración de pan y se retiró. Entonces Pardaillán tomó una de las dos hojas de papel que le habían dado y escribió en ella una docena de líneas. Luego dobló cuidadosamente el papel y lo ocultó en su jubón. Hecho esto, rompió con el tacón de su bota uno de los ladrillos que estaban en un rincón del suelo del calabozo, tomó un

cascote bastante grueso y lo ocultó también en el jubón. Después se tendió sobre la paja, cerró los ojos y permaneció inmóvil para obligarse a estar tranquilo y poder perfeccionar su plan.

En esta posición pasó el resto del día y toda la noche, pero aun cuando tuvo constantemente los ojos cerrados no durmió un instante, y si guardó la inmovilidad de una estatua, su cerebro, en cambio, trabajaba activamente.

Al día siguiente por la mañana, Pardaillán, en extremo tranquilo en apariencia, tomó la hoja de papel que le quedaba, es decir, aquélla en que nada había escrito. Envolvió con ella el trozo de ladrillo que rompiera, subió en el escabel y con el corazón: palpitante se puso a mirar a través del ventanillo. En seguida su mirada cayó sobre Pipeau, que también a su vez daba guardia melancólico y fiel, como de costumbre.

—Ha llegado la ocasión, —murmuró Pardaillán temblando de angustia y con voz sonora gritó—. ¡Pipeau!

Desde el sitio en que se hallaba Pardaillán podía entrever un extremo de la puerta de entrada. Al dar el grito, vio que los centinelas levantaban la cabeza.

—Esto marcha, —se dijo y con mayor fuerza todavía repitió—: ¡Pipeau, atención!

En el mismo instante, retrocedió para tomar impulso y lanzó a través de la ventana el trozo de ladrillo envuelto en el papel blanco.

El instante que siguió fue para él de espantosa angustia. Lívido, con la frente sudorosa, vio cómo el papel caía en el suelo, cómo Pipeau lo cogía y cómo los guardias emprendieron la persecución del perro. Al cabo de un rato los vio volver y entonces abandonó su observatorio. Se sentó, pasó las manos por su frente y murmuró:

—Si el perro ha soltado el papel ante los guardias, estoy perdido.

Su libertad, su amor y su vida dependían de aquella circunstancia. Pronto resonó en el corredor un ruido de pasos. Pardaillán estaba pálido como un cadáver. La puerta se abrió con violencia y apareció el gobernador rodeado de guardias. Pardaillán se suspendió, por decirlo así, de sus labios, y esperó sus primeras palabras con ansiedad extraordinaria.

—Caballero —exclamó el gobernador—. Vais a indicarme

inmediatamente lo que decía la carta que habéis arrojado a la calle, o, de lo contrario, os hago torturar.

Pardaillán dio un suspiro de alegría delirante.

«*¡Estoy salvado!*», —se dijo.

—En vano lo negaréis —continuó Guitalens—. Os han oído cuando llamabais al perro y también os han visto. ¡Contestad!

—Estoy dispuesto a hacerlo —dijo Pardaillán con voz vibrante —. Interrogadme.

—¿El perro es vuestro?

—En efecto, es mío.

—Le habéis echado un papel y el animal se lo ha llevado. No lo neguéis.

—No lo niego, y añadiré que desde hace mucho tiempo había amaestrado a mi perro a esta clase de ejercicios.

—¿Sabe, pues, a dónde debe llevar el papel que vos le echasteis?

—Ha estado cien veces allí.

—¿De modo que con el pretexto de la revelación destinabais a este empleo el papel que os he entregado? Os aseguro que me lo pagaréis caro. Y a menos que me lo confeséis todo…

—¿Qué?

—Todo lo que habéis escrito. Decidme primero a quién.

—A una persona cuyo nombre diré sólo a vos.

—¿Y el perro llevará la carta a esa persona?

—No, pero la llevará a uno de mis amigos, el cual esta noche entregará la carta a la persona que debe leerla. He de añadir que mi amigo puede entrar en el Louvre a cualquiera hora.

El gobernador Guitalens se echó a temblar.

—Así, pues, ¿la persona a quien va dirigida la carta vive en el Louvre?

—Sí.

—¿Cómo se llama?

—En seguida os lo diré.

Guitalens reflexionó unos instantes. El preso contestaba con tal franqueza y aplomo que el gobernador no pudo menos de sentirse algo inquieto.

—Perfectamente —continuó—. Ahora decidme cuál era el contenido de la carta.

—No tengo inconveniente, señor de Guitalens —contestó Pardaillán con gran tranquilidad—, pero valdría más que os lo dijera a vos solo. Os lo aseguro.

El gobernador dirigió una mirada al prisionero, e inquieto por las intenciones que éste pudiera tener, le dijo con severidad:

—Exijo que habléis ahora mismo.

—Como queráis, caballero. He escrito a la persona en cuestión, diciéndole que no hace mucho tiempo estaba yo en una hostería de París…

—¿Una hostería? —preguntó Guitalens.

—Sí, una hostería situada en la calle de San Dionisio.

—¡Silencio! —exclamó el gobernador palideciendo.

—Una hostería —continuó Pardaillán— a la que van a beber poetas y otros personajes…

Guitalens se puso lívido.

—¿Me aseguráis, caballero —dijo con temblorosa voz— que el asunto de que trata vuestra carta es lo bastante grave para hablar de ello a solas?

—Es un secreto de Estado, señor —dijo Pardaillán.

—En tal caso, vale más, como decís, que yo solo os oiga.

E hizo un gesto a los que le acompañaban. Soldados y carceleros salieron al instante, Guitalens los acompañó hasta el corredor.

—¡Más lejos, más lejos! —les dijo.

—Pero, señor gobernador —observó un carcelero—, ¿y si este hombre tuviera malas intenciones?

—¡Oh, no hay peligro —contestó febrilmente Guitalens—, y además se trata de un secreto de Estado! Al primero que se acerque a esta puerta le hago encerrar en un calabozo.

Al oír esta amenaza todos se alejaron apresuradamente. Guitalens entró de nuevo en el calabozo, cerró la puerta para mayor precaución y se dirigió apresuradamente hacia Pardaillán. Temblaba de un modo extraordinario, pero no le fue posible articular ni un sonido.

—Señor —dijo Pardaillán—, creo que no os sorprenderéis al saber el nombre de la persona a quien va dirigida mi carta…

—Más bajo, más bajo —exclamó Guitalens.

—Es el rey de Francia —acabó diciendo Pardaillán.

—¡El rey! —murmuró el gobernador dejándose caer sobre el escabel.

—Ahora, si queréis saber lo que he escrito a Su Majestad, podréis leerlo en la copia que, para mostrárosla, he hecho de mi carta. Aquí la tenéis.

Pardaillán sacó de su jubón el papel que escribiera la víspera y lo tendió al gobernador. Éste, presa de un terror extraordinario, lo cogió y, después de haberlo desplegado, lo leyó de una ojeada, profiriendo luego un gemido de espanto.

He aquí el contenido del papel:

> Se previene a Su Majestad que algunos conspiradores han decidido asesinarlo, Los señores de Guisa, de DamvilIe, de Tavannes, de Cosseins, de Sainte-Foi y de Guitalens, gobernador de la Bastilla, han conspirado para dar muerte al rey y coronar en su lugar al señor duque de Guisa. Su Majestad tendrá la prueba del complot sometiendo a la tortura al fraile Tribaut o al señor de Guitalens.
>
> La última reunión de los conspiradores tuvo lugar en una sala de la hostería de «La Adivinadora», situada en la calle de San Dionisio.

—¡Estoy perdido! —murmuró Guitalens y medio desvanecido habría dado en el suelo si Pardaillán no lo hubiera sostenido.

—¡Valor, qué diablos! —dijo el caballero en voz baja. Al mismo tiempo oprimía enérgicamente el brazo de Guitalens.

—¿Valor? —exclamó el pobre gobernador.

—Sí, pues en vez de buscar la salvación os desmayáis como una mujerzuela.

—¡Miserable! —exclamó Guitalens, perdida ya la fuerza moral —. Después de haberme perdido, todavía me insultas con tus burlas. ¿Quieres comprar tu libertad de esta manera, eh? ¡Pues espera!

—Caballero —le interrumpió Pardaillán con voz solemne—. Tened cuidado con lo que vais a decir o hacer. No me acuséis. Soy un inocente arrojado en esta espantosa prisión para toda mi vida, y busco mi libertad. He aquí todo, pero puedo salvaros.

—¿Vos? ¿Vos me salvaréis? ¿Y cómo? ¡No es posible! —dijo retorciéndose las manos lleno de desesperación—. Dentro de algunos instantes el rey sabrá la terrible verdad y vendrán a prenderme.

—¿Y quién os ha dicho —exclamó Pardaillán sacudiendo el brazo de Guitalens— que el rey va a saberlo todo dentro de algunos instantes?

—La carta…

—La recibirá esta noche. Mi amigo la llevará hacia las ocho, y por lo tanto, tenemos todo el día a nuestra disposición.

—¿Queréis decir que huya? —exclamó Guitalens—. ¿No veis que me prenderían enseguida?

—No os aconsejo este medio —dijo Pardaillán—. Tratad sencillamente de que la carta no llegue a manos del rey.

—¿Cómo?

—Solamente hay un hombre capaz de detenerla, y este hombre soy yo. Hacedme salir de aquí, y dentro de una hora habré ido a casa de mi amigo y quemaré la carta.

—¿Y quién me garantiza que obraréis así? —balbuceó el gobernador.

—Caballero —contestó Pardaillán—. ¡Miradme! Os juro por mi vida que si me dejáis salir, la carta no llegará a manos del rey. ¡Así me mate un rayo si miento! Y ahora, escuchad. Éste es vuestro último recurso. No os diré nada más, y si vos no me soltáis, el rey, a quien salvo, me dará la libertad. ¿Y qué saldré perdiendo? Estar aquí uno o dos días más. En cambio vos, si no me dejáis salir, sois hombre muerto. Pensadlo bien, caballero y dichas estas palabras, Pardaillán se retiró a un ángulo del calabozo.

Guitalens permaneció durante algunos instantes anonadado sobre el escabel, haciendo increíbles esfuerzos por recobrar la serenidad. El golpe que lo hería era realmente espantoso; ya se veía condenado a muerte. ¡Y qué muerte! ¡Cuántos suplicios no le infligirían antes de que su cuerpo se balanceara en una de las

cuerdas de Montfaucon!

En aquel instante, con la extraña velocidad del pensamiento y la precisión que adquiere la imaginación en ciertos momentos angustiosos, reconstituyó los suplicios a que muchas veces había asistido en su calidad de gobernador de la prisión real, vio de nuevo los fantasmas de los desgraciados que había hecho atar a los instrumentos de tortura, las cuñas que se hundían entre las piernas a golpe de martillo y que rompen los huesos; las tenazas calentadas al rojo, con las que se arrancaban las carnes, y las que servían para arrancar una tras otra las uñas de los pies y manos; el embudo que se introduce en la boca del paciente y en el cual se va echando agua hasta que estalla el vientre; los caballos furiosos que tiran en cuatro direcciones distintas, y desgarran los miembros de los parricidas… el aparato fúnebre de aquellos feroces espectáculos, la multitud ávida de sangre que rodea el catafalco, y los frailes entonando salmodias y empuñando sendos cirios.

Todo esto pasó por su imaginación. ¿Y qué castigo no le infligirían a él, al regicida? Un terror espantoso se apoderó de él. Es necesario advertir que Guitalens no era más adicto a Enrique de Guisa, a quien se quería coronar, que a Carlos IX, al que se trataba de destronar. Parecidos a todos aquéllos que conspiran, no por un cambio de estado social ni tampoco por una idea o un reino, por un simple cambio de personalidades, únicamente la ambición lo había decidido a correr la aventura y ahora, ante la muerte, ante el suplicio inevitable, maldecía con toda el alma su ambición.

Dirigió a Pardaillán una triste mirada y lo vio tranquilo, indiferente, como hombre perfectamente seguro de sí mismo. Entonces creyó que los guardias y carceleros que dejara en el corredor iban a extrañarse de su larga entrevista con un preso, cosa que tal vez infundiría sospechas, y sin embargo no se decidía. Su voluntad estaba paralizada. Le parecía que jamás podría levantarse del escabel.

De pronto un ruido sonoro y triste se oyó en el corredor. Guitalens se irguió con los ojos extremadamente abiertos, los cabellos erizados y llena la imaginación de este terrible pensamiento: «*Me han descubierto y vienen a buscarme*». No obstante, el silencio volvió a reinar. No le habían descubierto. No fue más que

el ruido de un manojo de llaves que un carcelero dejó caer al suelo.

Pardaillán, que afectaba tranquila indiferencia, observaba en el rostro de Guitalens los progresos del terror y de la angustia. Esperaba con ansiedad profunda el desenlace de la escena. Podía suceder que Guitalens tuviera miedo y lo pusiera en libertad, o que este mismo temor lo paralizara y no se decidiera a soltarlo.

«*En este último caso*» —se decía— «*soy hombre perdido. Si dentro de cinco minutos este hombre no se ha convencido de que se salva soltándome, volverá a su casa y esperará los acontecimientos. Esperará así ocho días, quince, un mes, y luego, cuando se convenza de que he mentido y de que realmente no lo he denunciado, o se figure que el perro ha podido perder e papel revelador, entonces recobrará ánimos y se vengará de mí; entonces me echará en algún subterráneo; o, por mejor decir, en una tumba*».

Él también se estremeció al oír caer el manojo de llaves y estaba dispuesto a echarse sobre Guitalens para hacer una tentativa desesperada, cuando vio que el gobernador se levantaba y tambaleándose se acercaba a él.

—Juradme —balbuceó— juradme por Dios y por el Evangelio que llegaréis a tiempo para detener la carta.

—Juraré todo lo que queráis —dijo tranquilamente Pardaillán—. Pero os hago observar que el tiempo pasa y que los guardias van a asombrarse de nuestra prolongada conferencia.

—Tenéis razón —dijo Guitalens secándose la frente llena de sudor.

—¿Y qué?

En el espíritu del gobernador se trabó la última lucha. Pardaillán se moría de impaciencia, pero su rostro estaba cada vez más impasible.

—Tal vez —dijo el caballero— valdrá más dejar que las cosas sigan su curso natural. Mi amigo recibirá la carta, la entregará al rey y seré puesto en libertad. Y en cuanto a vos…, tal vez podáis disculparos fácilmente.

—Caballero —dijo Guitalens con voz sorda—, dentro de media hora estaréis en libertad.

Pardaillán tuvo bastante fuerza de voluntad para no exteriorizar su inmensa alegría, y se limitó a contestar:

—Como queráis.

Guitalens elevó los brazos hacia la bóveda como para implorar la ayuda del cielo. En efecto, los traidores del linaje de Guitalens han fabricado para su uso un dios muy cómodo que se presta siempre a ser su cómplice. Luego, satisfecho sin duda de haber puesto a Dios de su parte con aquel gesto, abrió la puerta y en alta voz dijo al preso:

—Caballero, vuestro secreto es digno, efectivamente, de ser trasmitido a Su Majestad. No dudo que el agradecimiento del rey será muy grande y que dentro de pocos instantes podré abriros la puerta de la Bastilla. El carcelero de Pardaillán estaba estupefacto.

—Ya os lo dije —exclamó sonriendo el caballero.

—A fe que os creía loco —contestó el carcelero—… Pero ahora…

—¿Ahora?

—Os creo brujo.

El gobernador, con gran apresuramiento, hizo enganchar su carroza y subió a ella diciendo en alta voz que se dirigía al Louvre. Allí fue en efecto, y permaneció en el palacio el tiempo necesario para que sus subordinados pudieran creer que había hablado con el rey. Al cabo, no de media hora, como había dicho, sino de una hora, estaba de regreso y exclamaba ante algunos oficiales:

—¡Qué gran servicio ha hecho este hombre al rey! Pero, señores, os ruego sobre todo este asunto el mayor silencio, porque arriesgaréis con ello no sólo vuestro empleo, sino también la libertad. Asunto de Estado.

«Asunto de Estado» eran las palabras mágicas capaces de amordazar a los más charlatanes. Guitalens se dirigió entonces sin pérdida de tiempo al calabozo de Pardaillán.

—Caballero —le dijo—, tengo el placer de anunciaros que, gracias al servicio que le habéis prestado, Su Majestad os perdona.

—Estaba seguro de ello —contestó inclinándose Pardaillán.

Cinco minutos más tarde, el caballero estaba fuera de la Bastilla. El gobernador lo había escoltado hasta el puente levadizo, honor que probaba a todos la estima que sentía por su ex prisionero. En el momento en que Pardaillán iba a alejarse, Guitalens le estrechó la mano de un modo muy significativo.

—¿Queréis que os tranquilice? —dijo Pardaillán sintiendo lástima del gobernador. Los ojos de éste brillaron extraordinariamente.

—Pues bien, oíd. El papel que he echado a mi perro…

—¿Qué?

—Y el amigo que debía llevar la carta…

—¿Qué?

—Pues bien, el amigo no existe y el papel estaba en blanco. Soy incapaz de denunciar a nadie, ni siquiera para salvar mi vida.

Guitalens ahogó una exclamación en la que había tanto placer como arrepentimiento. Por un instante tuvo intención de apoderarse de nuevo del que le confesaba haberse burlado de él, pero temió que tal vez Pardaillán mentía entonces y que la carta existía real y verdaderamente. Entonces repuso sonriendo:

—Sois un caballero encantador y tengo un gran placer en devolveros la libertad. Pero, si por azar cambiáis de idea y deseáis mandar verdaderamente el papel en cuestión, espero que tengáis en cuenta el servicio que hoy os hago.

—¿De qué manera?

—Olvidando mi nombre.

* * * * *

Llevaremos un instante a nuestros lectores a casa de la señora Magdalena, la vieja propietaria de la casa en que habita Juana de Piennes. Ya hemos visto que la digna matrona había ido a la posada de «La Adivinadora» en donde se enteró de la prisión del caballero de Pardaillán, que concordaba de tan extraño modo con las de sus inquilinas, y que una vez se halló de nuevo en su casa sintió gran espanto al pensar que había servido de albergue a una conspiración de hugonotes.

Su primera idea fue la de quemar la carta que le confiara Juana de Piennes. El miedo de pasar por cómplice la tenía sumamente inquieta. Pero la señora Magdalena era mujer vieja y devota. Y si se tiene en cuenta que la curiosidad de una devota es el cuadrado de la curiosidad de una vieja que no sea devota; y que la curiosidad de una vieja es el cuadrado de la de una joven, llegará a tenerse una

alta idea de la curiosidad que espoleaba a la señora Magdalena. Si del punto aritmético pasamos al punto de vista sentimental, observaremos que aquella venerable mujer temblaba de espanto al pensar que se pudiera hallar la carta en su casa… Y, no obstante, no la arrojó al fuego.

Cuando, al cabo de tres o cuatro días de luchar contra su miedo, la señora Magdalena se resolvió a no quemar aquel papel, tuvo que sostener nueva lucha contra sí misma. En efecto, así que se encontraba sola cerraba la puerta y las ventanas, tomaba la carta, se sentaba y pasaba horas enteras preguntándose:

—¿Qué podrá decir ahí dentro? Volvió el papel en todos sentidos mil y mil veces; probó de abrir el pliego con un alfiler, y tanto hizo, que por fin la carta se abrió. La señora Magdalena sintió un momento miedo por la acción cometida, pero por fin se dijo:

«*La verdad es que yo no la he abierto, y, por lo tanto, puedo leerla*».

Y en efecto, ya la leía antes de haberse autorizado a sí misma para ello. El pliego contenía algunas palabras dirigidas al caballero de Pardaillán y otra carta que llevaba escrita una dirección. Las palabras dirigidas al caballero eran una súplica de la Dama Enlutada para que hiciera llegar la carta a su destino. Esta iba dirigida a Francisco, mariscal de Montmorency.

La vieja se quedó estupefacta y llena de remordimientos, pues veía que entre la Dama Enlutada y el caballero de Pardaillán no existía la menor relación. Por otra parte, su curiosidad no había sido satisfecha, pues había una segunda carta que abrir y ésta era la causa de su remordimiento. ¿Qué podría haber de común entre la Dama Enlutada y el mariscal de Montmorency? He aquí la cuestión que empezó a atormentar a la vieja. Durante varios días resistió heroicamente al deseo desmesurado de saber lo que una pobre obrera como su inquilina podría decir a un gran señor como Francisco de Montmorency. Por fin se sintió vencida por la curiosidad.

Un día, en que, por milésima vez, se repetía que no tenía derecho de abrir la carta, y que la Dama Enlutada podría dirigirle amargos reproches cuando gozara de nuevo de libertad, tomó una decisión. Cogió la carta, la dejó sobre la mesa, se sentó e hizo saltar el sello. En aquel momento tuvo un sobresalto. Acababan de llamar

a la puerta. Entonces se abrió aquella puerta y la vieja dio un grito de terror. En su impaciencia olvidó cerrarse bajo llave y alguien entraba en el piso. Y este alguien era el caballero de Pardaillán.

—¡Vos! —exclamó la señora Magdalena cubriendo con sus manos temblorosas los papeles que habían quedado sobre la mesa. El caballero se detuvo un instante asombrado.

«*Se ve que esta vieja me conoce*», pensó. Luego saludó con graciosa cortesía y le dijo:

—Señora, tranquilizaos. No quiero haceros ningún mal. Perdonadme el haber entrado en esta casa, dándoos, con ello, un sobresalto, pero un asunto muy grave me ha hecho olvidar las conveniencias.

—Sí, la carta —dijo la vieja asustada.

—¿Qué carta? —preguntó Pardaillán muy asombrado.

La señora Magdalena se mordió los labios al comprender que se había hecho traición. Trató torpemente de ocultar los papeles, pero Pardaillán ya los había visto y no les quitaba la vista de encima.

—¿Ya no estáis preso? —dijo la vieja para desviar la conversación.

—Ya lo veis, señora; se equivocaron, y al reconocerlo me dieron suelta. Y mi primera visita ha sido para vos. Podéis quitarme una gran preocupación…

«*No me habla de la carta*», —pensó la vieja.

—… O, por lo menos —continuó diciendo Pardaillán— ayudarme a desvanecer la incertidumbre que me mata.

—¡Pobre joven! Hablad y os contestaré lo mejor que pueda.

—Diez días ha, señora, que fui preso y conducido a la Bastilla, a consecuencia de un error, que, como veis, ha sido reconocido. En el momento en que mi casa estaba invadida por los guardias, dos personas que habitaban en la vuestra estaban también amenazadas de un gran peligro, pues me llamaron en su socorro. Sé que estas dos personas fueron secuestradas violentamente el mismo día de mi prisión.

—En el mismo instante.

—Precisamente; pues bien, señora, ¿podéis darme alguna noticia sobre el particular? ¿Cómo ocurrió la cosa? Pardaillán hablaba con una emoción que enterneció a la vieja.

—Os diré todo lo que sé —contestó—. La Dama Enlutada y su hija Luisa fueron detenidas, según se dijo, porque conspiraban con vos.

—¿Conmigo?

—Sí, y es evidente que las dos pobrecitas son inocentes, puesto que vos lo sois también.

—Decidme: ¿y quién vino a detenerlas?

—Soldados al mando de un oficial.

—¿Un oficial del rey?

—No lo sé. Si hubieran sido frailes, os podría decir a qué orden pertenecen, porque las conozco muy bien.

—¿No iba con ellos el duque de Anjou?

—¡Oh, no! —dijo la vieja asustada.

Pardaillán guardó silencio. Comprendía que no iba a averiguar nada de aquella vieja. El misterio, lejos de aclararse, era cada vez más complicado.

—¿No tenéis idea del lugar a que pueden haberlas conducido?

—No… Estaba tan turbada, como podéis comprender…

—Cuando entré —dijo de pronto el caballero— me hablasteis de una carta. ¿Acaso me escribieron aquellas desgraciadas? Las manos de la vieja se crisparon sobre los papeles que había encima de su delantal.

—Sí…, es decir…

—Veamos, señora. ¿Qué papeles son ésos que arrugáis?

—Caballero, os juro que no los he abierto yo —exclamó la vieja.

Y con gesto convulso tendió los papeles a Pardaillán, el cual los cogió ávidamente y recorrió con una sola mirada la carta que le estaba dirigida.

—La Dama Enlutada me hizo prometer que os entregaría estos escritos —dijo la señora Magdalena con volubilidad— os juro que en el acto me fui a «La Adivinadora» para cumplir mi promesa, pero como os habían detenido, los guardé cuidadosamente para entregároslos a la primera ocasión.

—¿Nadie los ha visto? —preguntó Pardaillán con temblorosa voz.

—Nadie, mi querido señor, nadie en el mundo; os lo juro por la Virgen.

—¿Quién los ha abierto, pues?

—Se han abierto solos —contestó ella con el aplomo que da la desesperación—. Estaban mal cerrados.

—¿Los habéis leído?

—Uno solo, señor, uno solo. El que os estaba destinado.

—¿Y el otro?

—¿La carta para el mariscal de Montmorency?

—Sí.

—Iba a leerla cuando habéis llegado.

—Señora —dijo Pardaillán levantándose—, me llevo estos papeles. Ya lo veis, estoy encargado de entregar esta carta al mariscal de Montmorency. Nadie en el mundo me podrá impedir que cumpla la voluntad de la que me ha honrado con su confianza. En cuanto a vos, señora, habéis cometido una mala acción al abrir estos pliegos que no os estaban destinados. Sin embargo, os lo perdonaré con una condición:

—¿Cuál, caballero?

—La de que no hablaréis a nadie de estos papeles.

—¡Oh! En cuanto a esto ya podéis estar tranquilo. Tendré miedo de comprometerme —dijo ingenuamente la devota.

«*Bueno*» —pensó Pardaillán—. «*He aquí que esto me tranquiliza más que todos los juramentos*».

El caballero saludó a la señora Magdalena y se retiró. Fuera halló a Pipeau que lo esperaba. Atravesó tranquilamente la calle y entró en la posada. Maese Landry, que llevaba un vaso de vino a uno de sus clientes, lo dejó caer lleno de asombro al ver a Pardaillán.

—Buenos días, maese Gregoire —dijo Pardaillán.

—¡Él! —exclamó aterrado el posadero.

—Tranquilizaos, querido amigo, ya comprendo la alegría que experimentáis al verme de nuevo, pero ello no es una razón para no preguntarme si tengo apetito y si comería de buena gana.

Landry contestó dando un gemido. Su mirada vacilante se dirigió primero al caballero, que a la sazón se sentaba ante una mesa, y luego al perro, que le enseñaba los dientes. Lleno de desesperación, fue hacia la cocina y sentándose sobre un escabel se dio a sí mismo dos puñetazos sobre el cráneo.

En vista de tan grande desolación, su esposa comprendió que había ocurrido una catástrofe; precipitose, pues hacia la sala, y al ver a Pardaillán lo comprendió todo. Suponiendo que ella experimentara la misma desesperación que su marido, hay que confesar que la traducía de un modo muy diferente. Se ruborizó, y acercándose con viveza al caballero, lo felicitó por su regreso y empezó a preparar activamente la mesa.

—¡Ah, señor caballero! —dijo dulcemente—. ¡Qué miedo me habéis dado! Desde hace diez días apenas si puedo dormir por la noche.

«*Pobrecilla*» —pensó Pardaillán—. «¡*Qué lástima de que se haya dado cuenta de mi amor por Luisa*!».

A pesar de no ser consciente de ello, los ojos del caballero miraban más tiernamente de lo que, sin duda, la hostelera tenía costumbre de ver, porque se ruborizó. Ligeramente vestida, iba de una parte a otra con la sonrisa en los labios y tarareando una cancioncilla, empujando a las criadas y preparando un festín digno de Pardaillán.

—¡Pobre joven! ¡Qué flaco se ha puesto! —dijo a su marido.

—Así se hubiera derretido como la manteca en el fuego —contestó maese Landry.

—Señor Gregoire, veo que sois muy malo.

—No, señora Landry, pero este joven y su perro me van a arruinar tras un ayuno de diez días.

—Bueno, pero ya habéis cobrado por anticipado.

—¡Cómo! —exclamó majestuosamente Landry.

—¿Habéis olvidado acaso que os quedasteis con todo el dinero que el joven dejó en su habitación? Y si os lo reclama, ¿qué diréis? Creedme, señor Gregoire, haced buena cara a vuestro huésped para que no os pida cuentas.

Maese Landry comprendió la fuerza de este razonamiento. Adoptó enseguida alegre aspecto y se fue a rondar alrededor del caballero, al cual la señora Landry servía ya un pedazo de cierto pastel que a Pardaillán gustaba con delirio.

—¡Oye, querida! —dijo Landry a su esposa—. ¿Acaso no has visto al pobre Pipeau que está medio muerto de hambre? ¡Hola, Pipeau! Tú también estás aquí, ¿verdad? ¡Qué perro tan bueno

tenéis, señor caballero! Oye —continuó hablando a su esposa—. Ve a ver si en la cocina encuentras algunos huesos, Señor caballero, hacedme el favor de probar este vino. Lo guardaba para vuestro regreso.

Pardaillán le dejaba hacer y se relamía de gusto.

Pipeau, magnánimo, no gruñía, contentándose con Vigilar de lejos el pie de maese Landry. Así se restableció la paz entre todos ellos. Pardaillán marchó al establo y se convenció de que nada faltaba al caballo y de que el noble animal había sido bien cuidado durante su ausencia. Luego subió a su habitación y su primer movimiento fue ceñir la espada, que estaba colgada en el muro. Entonces leyó tres o cuatro veces seguidas la carta que le había dirigido la Dama Enlutada.

«*En una palabra*» —se dijo—, «*se trata de entregar al mariscal de Montmorency esta otra carta*».

Y lo mismo que la señora Magdalena, Pardaillán se preguntó qué relaciones podía tener la que él creía una pobre obrera con el gran mariscal de Montmorency. La carta estaba allí, encima de la mesa. Pardaillán se paseaba a lo largo de la habitación muy pensativo, y a cada vuelta que daba, sus ojos se fijaban en la carta, que estaba abierta. Pero no la leería. Y sin embargo… ¿Qué mal haría leyéndola? ¿Y quién sabe si no encontraría indicaciones preciosas sobre las gentes que se habían apoderado de Luisa y de su madre? Sin duda alguna la Dama Enlutada imploraba la protección del mariscal de Montmorency. Si es así, Pardaillán podría sustituir al mariscal. La protección de tal señor era muy problemática, mientras que la suya pertenecía en absoluto a Luisa.

«*¿Qué necesidad hay de que intervenga el mariscal? Si alguien debe libertar a Luisa y su madre, éste soy yo. No quiero que nadie más se mezcle en este asunto. Leámosla, pues*». —Y cogiendo la carta que la señora Magdalena había abierto, Pardaillán vaciló todavía. Pero al pensar que era preciso socorrer a Luisa y que tal vez allí encontraría los datos necesarios, no tuvo ya más escrúpulos. Además sentía un poco el aguijón de los celos y no quería que otro tuviera el honor de salvar a Luisa y a su madre.

El joven desplegó bruscamente el pergamino y empezó a leer. La lectura duró largo rato. Una vez terminada, el caballero de

Pardaillán estaba muy pálido. Dejó el pergamino sobre la mesa y mirándolo fijamente se dibujó en sus labios una amarga sonrisa. Luego, de codos sobre la mesa, y quizá por primera vez en su vida, el caballero se puso a reflexionar. Su imaginación debió arrastrarlo a las regiones de la desesperación, porque cuanto más reflexionaba más sombrío se ponía.

Un suspiro profundo salió de su pecho. Volvió a tomar la carta y la leyó de nuevo, deteniéndose en dos o tres pasajes esenciales; repitió a media voz frases enteras, como si el testimonio de sus ojos no fuera bastante para convencerlo y en cuanto hubo terminado esta segunda lectura la carta se escapó de sus manos. El caballero de Pardaillán dejó caer la cabeza sobre su pecho y se puso a llorar.

* * * * *

La carta de Juana de Piennes estaba fechada el 20 de agosto de 1558, es decir, el año mismo en que Francisco de Montmorency se desposó con Diana de Francia, hija natural de Enrique II. A la sazón hacía catorce años que aquella carta había sido escrita.

He aquí lo que decía la carta:

> He sufrido el dolor más grande que pueda sufrir una esposa. Mi alma esta todavía dolorida, mi corazón se desgarra y a pesar de todo no me muero. Tal vez mi hora no ha llegado todavía y además lo que me liga a la vida es la alegría de inclinarme sobre la camita de mi hija. Si yo muriera, ¿quién cuidaría de ella? Es necesario vivir.
>
> Cuando me ahogan los sollozos, cuando me parece que este pobre corazón marchito va a cesar de latir, cuando creo que el dolor va a vencerme por fin, voy a sentarme al lado de su

pequeño lecho la contemplo y entonces poco a poco siento que el valor y la vida me sostienen de nuevo.

¡Tiene ya cinco años! ¡Oh, si pudieras verla, Francisco! En este momento duerme apacible, confiada, pues sabe que su madre vela junto a ella. Sus sueltos cabellos esparcidos por la almohada rodean su cabeza como una aureola; sus labios sonríen, su pecho se levanta dulcemente y es feliz. ¡Qué hermosa es! ¡Qué ángel, Francisco! No es posible imaginar nada más gracioso, más tierno y más puro. Es tu hija, querido esposo.

Hoy, Francisco, se ha celebrado tu matrimonio. Las gentes de la calle en que vivo no hablan más que de la pompa de esta ceremonia y añaden que Diana es digna esposa de un noble señor como tú. ¡Ay de mí! ¿No era yo digna de asegurar tu felicidad? Hoy todo ha terminado. La única esperanza que había en mi alma acaba de desvanecerse. El día en qué tu padre me arrojó de su casa, destrozó mi corazón como si lo hubiera oprimido con su fuerte mano cubierta del guantelete; el día en que, casi loca, salí balanceándome de su palacio en donde, para salvarte, acababa de firmar mi ruina, el día en que, fuera de mí, agonizante, me hundí en el negro París con mi hija en brazos, aquel día, Francisco, creía haber

rebasado los límites del dolor humano. Pero ¡ay! No había vivido aún el presente día.

Por grande que fuera mi desgracia, entreveía aún más allá de los horizontes fúnebres que me rodeaban, algo parecido a una aurora… Pero hoy todo ha terminado y todo lo que me rodea es negro. Todo ha terminado, Francisco, pero, no obstante, a mi te une indiscutible lazo. Tu hija vive. Tu hija vivirá y por ella he callado, por ella he sufrido calvarios de desesperación y por ella he sufrido el martirio.

Tu hija vivirá Francisco, «Debería callarme por ella, pero hoy, es por ella que quiero hablar». ¿Te he dicho ya que se llama Luisa? Lleva admirablemente este bonito nombre. Si quieres figurarte a tu hija, Imagínate la más hermosa que hay en el mundo y todavía no te harías cargo. Sería necesario que la vieras.

Soporto para mí la desgracia. Estoy resignada a llevar una vida desheredada y me he resignado a perder mi título de esposa sin haber merecido tal afrenta, pero quiero que Luisa sea feliz. Toda la vida que me resta fuerza de voluntad, energía, pensamiento, todo está aquí. No quiero que Luisa sea desgraciada sin motivo y herida sin causa como yo lo he sido. Para esto es necesario que tú puedas

abrir tu corazón a tu hija.

Es necesario que pueda entrar con la cabeza muy alta en tu casa y ocupar en tu hogar el sitio que le corresponde. Y para ello, querido esposo, debes saber la verdad la verdad entera… Te llamo todavía mi esposo, porque tal serás a mis ojos hasta que me muera.

Te casaste conmigo en la antigua capilla de Margency. Acuérdate de aquella noche en que nuestra boda, tuvo por testigo un moribundo y en que ante el cadáver de mi padre, muerto por la emoción, juraste amarme Siempre. Tal como te vi aquella noche, querido esposo mío, sigo viéndote todavía. ¿Y qué importan las órdenes del condestable, del Rey o del Papa? ¿Qué me importa lo que ellos hayan decidido o convenido? Tú eres mi esposo, Francisco.

Ahora es necesario que sepas el abominable crimen que nos ha separado. Vas a saberlo todo. Tu padre fue cruel, y tu hermano criminal; tu amante esposa puede llevar dignamente tu nombre y tu hija tiene el derecho de habitar la casa de los Montmorency, No creas que voy a turbar tu vida. Únicamente te escribo esta carta porque es necesario que la verdad resplandezca. Más para enviártela, para hacerla llegar a tus manos, espero tres cosas:

La primera es que tu padre haya muerto. Porque el condestable haría descargar su ira sobre ti, en cuanto supiera que conoces el secreto.

La segunda es que mi hija, tu Luisa, tenga edad bastante para defender mi memoria y hablar valientemente, cual corresponde a una Montmorency y a una Piennes.

La tercera es que me sienta a punto de morir o que un gran peligro amenace a nuestra hija.

En tanto que no se cumplan todas y cada una de estas tres condiciones, permaneceré en la sombra, feliz aún al pensar que callándome aseguro la paz y la felicidad del hombre a quien tanto he amado. Mi vida no tiene para mí ningún valor. Lo que me importa, Francisco, es la vida y la felicidad de nuestra hija.

Cuando recibas esta carta Luisa tendrá bastante edad para poder hablarte, tu padre ya habrá muerto y por este lado nada podré temer para ti. Pero también entonces, o yo estaré moribunda o Luisa amenazada por algún peligro. En ambos casos, Francisco, la última voluntad de tu esposa es que concentres en Luisa aquel amor del que yo estaba tan orgullosa; que corras en su auxilio, que la tomes bajo tu amparo y que le des el nombre al que tiene derecho, pues nació cuando yo

aún era tu esposa, y, por fin, que le hagas llevar la vida de una digna heredera de los Montmorency.

Y ahora, Francisco, querido esposo mío, voy a relatarte el espantoso secreto. Tu hermano Enrique me amaba. Toda nuestra desgracia se resume en estas palabras. No tuvo reparo en manifestármelo. Más yo esperé que la rectitud y el deber acabarían por vencer en un hombre tan joven todavía. Creía que mi amor por ti me pondría al abrigo de su amor. Me callé para no desencadenar la guerra entre los miembros de una familia ilustre.

La noche de tu partida para la guerra tenía en mis labios una confidencia. Ya sabes qué precipitados acontecimientos tuvieron lugar y cómo se celebró nuestro matrimonio. Al día siguiente te esperé en vano. Te habías marchado. La confidencia que quería hacerte, hela aquí, Francisco mío. Estaba encinta e iba a darte un hijo. Luisa nació mientras tú te batías.

En aquellos meses terribles en que te creía muerto yo misma estuve a punto de morir. Tu hermano desapareció y yo esperé que se hubiera marchado para siempre. Un día me robaron mi hija. Y mientras yo, loca de dolor, la buscaba, apareció tu hermano anunciándome tu regreso y al mismo tiempo me dijo que conocía al hombre que había robado a la niña. Y mientras

yo, temblorosa, me entregaba a la esperanza de verte de nuevo, y me preguntaba qué locura impulsaba a tu hermano, entonces se abrió bajo mis pies el abismo que debía tragarme.

He aquí, pues, lo que supe, en el mismo instante en que tú llegabas y cuando yo oía tu querida voz. Nuestra Luisa estaba en poder de un hombre pagado por tu hermano… Un miserable llamado el caballero de Pardaillán. Este monstruo debía, a una seña de tu hermano, degollar a la niñita. ¡A tu hija, Francisco, a mi querido angelito!, y tu hermano haría la señal convenida al caballero de Pardaillán si yo tenía la desgracia de pronunciar una sola palabra ante ti mientras era acusada de adulterio por tu propio hermano.

Ya conoces la espantosa escena que siguió. Ya sabes ahora por qué me callé al acusarme tu hermano. Me callé, Francisco, y, no obstante, mi alma se agitaba desesperada protestando contra tal sufrimiento. Me callé, sintiendo que la locura invadía mi cabeza. Me callé, y la naturaleza, sin duda apiadada de mi estado, me hizo perder el sentido y cuando lo recobré tú habías desaparecido. Yo estaba condenada, pero, en cambio, tu hija se había salvado. ¡Ah, Francisco! ¡Maldito sea para siempre el ser abominable que lleva tu nombre…, tu

hermano…, tu miserable hermano, que fue aquel día un infernal demonio para mi pérdida y la tuya! ¡Maldito sea aquel Pardaillán, aquel cómplice indigno que aceptó la indigna tarea!

Pero es necesario decirte el resto. Una vez que te hubiste marchado, mi hija me fue devuelta por un desconocido. Entonces corrí a Montmorency para decírtelo todo, pero ya te habías marchado hacia París. Entonces yo también fui a París y vi al condestable. Y éste, que supo de mis labios toda la verdad, me dio a escoger entre renunciar a mi título de esposa, o ser tú encerrado en el Temple para toda la vida. Firmé. Firmé y desaparecí, quebrantada materialmente, pero en compañía de mi hija.

He vivido para ella y para ella viviré, pues es necesario que viva. Ahora, querido esposo, ya sabes la horrorosa verdad. Te juro que si yo sola fuera la víctima, me hubiera muerto llevándome a la tumba mi secreto. Pero, ahora lo escribo para que llegue a tus manos el día de mi muerte, y estoy segura de que, gracias a esta revelación, Luisa recobrará el rango a que tiene derecho y que inaugurará una vida llena de felicidades.

Apresúrate, pues, esposo mío. Cualquiera que sea el año, día y hora

en que recibas esta carta, sigue al mensajero que te mandaré, acude al lado de tu mujer inocente que siempre ha sido digna de ti y que no ha cesado de amarte; al lado de tu Luisa, que quiero devolver a los brazos de su padre.

JUANA DE PIENNES,

Duquesa de Montmorency.

Tal era la carta que acababa de leer el caballero de Pardaillán. Por una especie de culto conmovedor, de protesta tal vez, consciente de su derecho moral y de su perfecta inocencia, la desgraciada Juana lo había firmado con su título… Duquesa de Montmorency. El papel, como hemos dicho, había caído de las manos de Pardaillán. Durante algunos minutos, el joven permaneció inmóvil, atontado, como si se hubiera enterado de una gran catástrofe.

En efecto, una catástrofe había caído sobre él. Lloraba silenciosamente, y aun cuando ardientes lágrimas corrían por sus mejillas, no se cuidaba de secarlas. Por fin recogió el pergamino, lo frotó maquinalmente contra la manga de su vestido y lo colocó ante sus ojos para convencerse de su desgracia. Su mirada cayó entonces sobre la firma: «¡Duquesa de Montmorency!».

«*¡Luisa es hija de los Montmorency!*».

Esta sorda exclamación revelaba una parte de su amargura.

En efecto, Pardaillán, pobre diablo sin un cuarto, hubiera podido casarse con Luisa siendo ésta hija de una modesta obrera; pero Luisa, convertida en la hija de un mariscal de Montmorency, no podía ser la esposa del pobre caballero. Si entonces los reyes ya no se casaban con sus pastoras, menos todavía las princesas daban su mano a aventureros sin título, sin gloria y sin dinero.

Es necesario darse cuenta de que el nombre de Montmorency evocaba entonces formidable poderío y esplendor. Durante la vida del condestable, aquella casa, una de las más orgullosas de la nobleza del reino, había conocido el apoyo de la grandeza, y una

vez el condestable muerto, el nombre conservaba todavía todo su prestigio. Y si se piensa en que Francisco era el jefe de un poderoso partido que contrarrestaba el de Guisa por una parte y el del rey por la otra, se comprenderá que Pardaillán experimentara una especie de vértigo al medir la distancia que entonces lo separaba de Luisa.

«*Todo ha concluido*», murmuró repitiendo la frase desesperada que leyera en la carta de la Dama Enlutada, es decir, de Juana de Piennes.

Era el despertar de un sueño. Entonces, no obstante, pareció al caballero que en su corazón entraba un rayo de esperanza. ¿Y si Luisa lo amaba? ¿Y si no se dejaba deslumbrar por la nueva situación que la esperaba?

«*Pero no, pobre loco*» —se decía en seguida—. «*Aun cuando Luisa me amara, ¿acaso su padre consentiría en tal alianza? ¿Quién soy yo? Menos que nada, un truhan para la mayor parte de las gentes; un aventurero sin hogar, pues no poseo en el mundo otra cosa que mi espada, mi caballo y mi perro*».

Pipeau, en aquel momento, colocó su expresiva cabeza sobre las rodillas de su amo y éste lo acarició dulcemente.

«*Y además*» —continuó—, «*¿qué pruebas tengo de su amor? Al cabo, todo ello es una ilusión mía. Nunca le he dirigido la palabra y me he figurado que me ama porque me miró sin enojo el día en que me atreví a tirarle un beso, y además porque me pidió auxilio en un momento terrible. ¡Ah, tonto de mí! ¡Vaya, no debo esperar!*».

Se levantó y dio algunos pasos rápidos por la habitación.

«*¡Oh!*», —dijo cerrando los puños—. «*Me olvidaba de lo más importante. No solamente Luisa no puede ser mía, ni me ama, según todas las apariencias, sino que debe odiarme. El día en que su madre le diga lo que hizo mi padre, y sepa que me llamo Pardaillán, ¿qué sentimientos podré tener por mí, sino de repulsión? ¡Ah, padre mío! ¿Qué hicisteis? ¿Y por qué, ya que soy vuestro hijo, no he podido seguir vuestros consejos?*».

Cogió de nuevo la carta y leyó otra vez el pasaje que se refería a su padre como si esperara haberse engañado. Pero la acusación era clara, precisa, terrible. Se encontraba, pues, con que él amaba a

Luisa, y su padre había sido el raptor de aquella misma niña. Luisa, por lo tanto, sólo podía sentir odio y desprecio por Pardaillán y por su hijo. El caballero hizo un gesto de ira.

«*Pues bien*» —exclamó sordamente—, «*ya que todo nos separa, ya que ella debe odiarme, ¿por qué me ocuparé de lo que le sucede? Sí, ¿por qué he de llevar esta carta? ¿Y qué me importa la señora duquesa de Montmorency que maldice a mi padre y que me maldecirá seguramente a mí? ¿Qué me importa su hija? Si son desgraciadas, que las socorran otros. Que pidan auxilio a un rico y poderoso hidalgo digno de casarse con una Montmorency. Vamos, fuera debilidades. ¡Oh, padre mío! ¿Por qué no estáis aquí para infundirme valor? Pero ya que no vuestra presencia, tengo vuestros consejos y os juro que éstos los seguiré. Seamos hombres, ¡qué diablo! La vida y la felicidad son para los más fuertes. Seamos, pues, como ellos. Aplastemos a los débiles, tapémonos las orejas al oír gritos lastimeros, rodeemos nuestro corazón de triple coraza y emprendamos la conquista de la felicidad con el hierro, ya que no puedo obtenerla con el amor*».

Extraña exaltación trastornaba al joven, que se paseaba por la habitación dando grandes pasos y gesticulando a pesar de ser tan sobrio de gestos, y hablando en alta voz, aun cuando de ordinario hablaba siempre conmensurado tono.

Resumió entonces su situación, y realmente era espantosa. Tenía por enemigos a la reina Catalina, es decir, a una de las mujeres más poderosas y más implacables de la época; al duque de Anjou y a sus cortesanos, a quienes había ofendido gravemente; al duque de Guisa, a quien Guitalens se apresuraría, sin duda alguna, a poner al corriente de lo sucedido en la Bastilla. La Médicis, el hermano del rey y el jefe del partido religioso. ¡Qué poderosos enemigos!, y al pensar que él, sin valimiento, que no tenía más que su espada, se había captado tan temibles adversarios, capaces de aplastar al más poderoso señor del reino, una especie de vértigo lo invadía.

«*Solo contra la reina, solo contra Anjou, solo contra Guisa. Vamos, si muero no podrá decirse que fui atacado por enemigos pequeños*».

Y rompió en una amarga carcajada.

«*Ya me olvidaba. En la nomenclatura de mis enemigos olvidaba a Montmorency. Caramba, éste no es tampoco el menor. Y cuando la señora de Piennes le haya repetido que mi padre atentó contra su hija,*

no me asombrará que este digno señor trate de acabar conmigo, en caso de que la Médicis no me haya encerrado ya en alguna mazmorra, que los cortesanos del duque de Anjou no me hayan acribillado a puñaladas en alguna oscura callejuela o el señor de Guisa no me haya hecho matar por Crucé, Pezou o Kervier. Hay que luchar. Siento que he nacido para la lucha. En guardia, pues, señores, guardaos cual yo me guardo».

Y desenvainando su espada con aquel gesto rápido que le era familiar, Pardaillán se tiró a fondo cinco o seis veces contra la pared. Con los cabellos erizados, los ojos despidiendo llamas y la frente bañada de sudor la sonrisa en los labios y los ojos llenos de lágrimas, estaba en aquel momento magnífico y terrible.

—¡Jesús, Dios mío! ¿Con quién os las habéis ahora, señor caballero? —dijo una voz y la señora Landry apareció pronunciando estas palabras con voz dulce y acariciadora. Pardaillán se detuvo, envainó la espada, trató de dar tranquila apariencia a su rostro y contestó:

—Estaba ensayando, mi querida señora Landry. Mis brazos se han enmohecido durante estos últimos diez días… Pero, dejemos esto. ¿Sabéis que os agradezco mucho el haber venido a verme? Vamos, no lo neguéis, sois la perla de la calle de San Dionisio.

—¡Oh, señor caballero!

—Como lo digo; y al primero que sostenga que no Sois la más hermosa hostelera de París, lo extermino.

—¡No os burléis más, señor! —dijo la mujer dando un delicioso grito de espanto. Pardaillán la cogió por la cintura, y resonaron dos sonoros besos sobre las frescas mejillas de la señora Landry.

—Perdonadme el haber entrado de este modo… Venía…

—Poco importa a, lo que veníais. Siempre llegáis a tiempo. ¡Por Barrabas! Os Juro que nunca he visto labios más rojos más lindos que los vuestros. Sois capaz de condenar a un arzobispo.

—Venía… por esto… —acabó diciendo la señora Landry.

—¿Esto? —exclamó Pardaillán examinando con el rabillo del ojo un talego repleto que la hostelera depositaba en una esquina de la mesa.

—Sí, señor caballero, cuando os prendieron… olvidasteis el dinero allí…, y yo, ya comprendéis, os lo he guardado y ahora os lo devuelvo.

Pardaillán se puso pensativo.

—Señora —dijo de pronto—, vos decís una mentira.

—¡Yo, Dios mío!… Os juro…

—No juréis fue vuestro marido, maese Landry, que le quedó con mis pobres escudos, y vos, buena mujer me los devolvéis.

—Y aunque así fuera… —dijo ella tímidamente.

—Señora Landry —dijo Pardaillán con aquel aire socarrón que desesperaba tanto a la buena mujer—. Os equivocáis; debía este dinero a vuestro marido, y no lo he olvidado, sino que lo he dejado para él. Así, pues, querida amiga, volved a meter esta talega en el cofre de vuestro marido.

—¿Pero qué va a ser de vos? Partámoslo por lo menos.

—Mi querida amiga, es necesario que sepáis una cosa, y es que nunca me siento tan rico como cuando no tengo un sueldo. Además me queda este broche —añadió mirando la joya que le enviara la reina de Navarra y que llevaba en su hombro.

La señora Landry volvió a tomar el saco suspirando.

—No obstante —continuó el caballero, abrazándola de nuevo— no creáis que es amo menos. Tenéis buen corazón, amiga mía, y sois tan buena como hermosa…

—Buena… tal vez, pero hermosa.

—Como os lo digo. ¿Me desmentiréis acaso? Os aseguro que sois la mujer más bonita que he visto nunca. Tenéis ojos que lanzan rayos, mejillas que a las rosas podrían compararse, dientes blancos como la nieve y un cuerpo idealmente formado… ¡Ah, amiga mía! Creo decididamente que os adoro.

La señora Landry bajó la cabeza y dos lágrimas brillaron en sus párpados.

—¡Cómo! ¿Lloráis? —exclamó Pardaillán con la misma vehemencia mientras en sus ojos se pintaba la desesperación—. ¿Lloráis en el momento en que os declaro mi amor?

La señora Landry se desprendió dulcemente de los brazos de Pardaillán.

—¡Cómo debéis sufrir! —dijo con voz alterada.

Pardaillán se estremeció.

—¡Yo sufrir! ¿Por qué lo creéis así?

—Señor caballero…

—Querida mía.

—¿No os molestará que diga lo que pienso?

—¿Y qué diablos pensáis? Tengo curiosidad por saberlo.

La señora Landry levantó sus hermosos ojos para mirar al joven.

—Pienso —dijo melancólicamente— que tenéis un gran pesar. ¡Oh, no riais! Me hace daño vuestra alegría fingida y a vos os hace más aún. Sí, señor caballero. Tenéis el corazón triste porque amáis. ¿Creéis que no lo he notado? Perdonadme si he observado vuestros actos. Os he visto pasar muchas horas en vuestra ventana contemplando aquella otra pequeñita que se descubre más allá —dijo señalando la casa de la Dama Enlutada—. Os he visto bajar malhumorado el día en que no se abría la ventana, y amable cuando podíais contemplar a la vecinita. Amáis y la que desapareció lo hizo llevándose vuestro corazón. ¿Vos creéis, pobre hombre, que no os aman? Pues estáis engañado, porque sois correspondido.

Pardaillán cogió con viveza la mano de la señora Landry.

—¿Cómo lo sabéis? —preguntó con vehemencia.

—Lo sé, señor, porque si os he observado a vos, también he vigilado los movimientos de la vecinita. Y si bien es muy fácil engañar a una indiferente, es imposible hacerlo con una mujer…

La señora Landry se calló palpitante y acabó diciendo para sí:

«… *Es imposible engañar a una mujer celosa… que ama*».

Pardaillán no oyó estas palabras, pues no fueron pronunciadas, pero las comprendió. Inefable emoción contrajo su garganta y con dulce acento murmuró:

—Querida mía, sois un ángel. —Y a pesar de sus esfuerzos, sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¿La amáis mucho? —preguntó la señora Landry en voz baja.

Él no contestó, y se limitó a estrechar, convulso, las manos de la hostelera. Ésta se acercó a él y depositó sobre su frente un beso en que su alma, dulce y buena, puso un mundo de consuelos casi maternales. No sabemos cómo habría terminado esta escena, si no se hubiera oído la voz de maese Landry que desde abajo llamaba a su mujer. Ésta salió ligeramente, feliz y desgraciada a un tiempo.

«*¡Pobre mujer!*» —pensó Pardaillán—. «*Me ama y, no obstante, trataba de consolarme engañándome, pero ¡se acabó! Luisa no me ama ni puede amarme. Pues yo tampoco. Vuelvo a ser libre y podré disponer*

libremente de mi corazón, de mi pensamiento y de mis pasos. Váyase al diablo París. Desde mañana empiezo a buscar a mi padre, y en cuanto a esa carta, llegará a su destino como pueda».

Diciendo estas palabras, Pardaillán cogió la carta de Juana de Piennes, la cerró de nuevo, la guardó en su jubón y con movimiento rápido salió a la calle, resuelto a no preocuparse más por lo que pudiera acontecer a Luisa, a su madre y a todos los Montmorency de Francia. Eran entonces las dos de la tarde.

Lo que hizo Pardaillán aquel día es probable que lo ignorase él mismo. Se le vio en dos o tres tabernas en las que era conocido. No tomó ninguna precaución por ocultarse, y a pesar de que su situación era peligrosísima, anduvo descuidadamente por todas partes, ocupado a veces en injuriarse a sí mismo y otras en discutir entre dientes alguna resolución importante. Hacia las cinco se halló calmado, lleno de sangre fría y dueño de sí mismo. Miró a su alrededor y se vio no lejos del Sena, casi enfrente del Louvre y en un suntuoso hotel y como si hubiera ignorado que su paseo lo había conducido allí, exclamó encolerizado:

«*¡El hotel de Montmorency! ¡Oh, no, no entraré!*». —Y casi al mismo tiempo, Pardaillán se acercó a la gran puerta y dio furiosamente con el aldabón.

XXIV - El confesor

La víspera del día en que el caballero de Pardaillán salió de la Bastilla gracias a su astuto plan, y en que, a pesar de su firme resolución, se halló ante el hotel de Montmorency, tuvo lugar una interesante escena en la iglesia de Saint-Germain-L'Auxerrois.

Eran casi las nueve de la noche. El predicador había terminado su sermón ante una multitud enorme que invadiera la vieja basílica, multitud compuesta en gran parte de mujeres elegantes, cuyos ricos tocados se distinguían apenas en la sombra. Aquel predicador era un fraile elegante y de alta estatura. Vestía con distinción teatral el traje blanco y negro de los carmelitas. Lo llamaban el reverendo Panigarola.

Aquel fraile, a pesar de su juventud, producía una impresión de ascetismo severo que corregía oportunamente el entusiasmo muy poco religioso que producía en sus hermosas oyentes. Este hombre de notable belleza; poseía el arte del gesto, aquel gran gesto de los brazos, levantados hacia las bóvedas lejanas, que dejaba caer de pronto para amenazar o bendecir. Su voz era áspera y se desencadenaba a veces con un furor que estremecía al auditorio. Pero lo que más se admiraba de él era la vehemencia de sus ataques, que no respetaban ni al mismo rey.

Panigarola predicaba abiertamente la guerra contra la herejía y la exterminación de los hugonotes. Englobaba en el mismo odio a la reina de Navarra, Juana de Albret; a su hijo Enrique, al príncipe de Condé, al almirante Coligny y, en fin, a todos los hugonotes y a todos los que, como el rey Carlos IX, tenían la debilidad de tolerarlos.

Panigarola inspiraba la curiosidad apasionada a las mujeres que lo escuchaban. Para algunas, y sobre todo para las mujeres del pueblo, era un santo hombre que la reina Catalina de Médicis había traído de Italia para salvar a Francia y rescatar sus pecados. Pero, para la mayoría de las nobles damas que escuchaban sus sermones, era más y mejor que un santo: era un hombre. Un hombre que

había pecado mucho y a quien, siguiendo el precepto del Evangelio, ellas perdonaban también mucho.

Poco tiempo antes habían tratado al brillante marqués de Panigarola. Asistía a todas las orgías; era entonces un terrible espadachín que tenía sobre la conciencia media docena de muertes. Un perdonavidas, un vicioso insolente, cuyo lujo y cuya fuerza asombraban al mundo. Más de pronto desapareció y he aquí que lo hallaban de nuevo bajo el hábito de carmelita, más gallardo que nunca, más elegante, pero con el anatema en les labios que antes sabían sonreír graciosamente.

Aquella tarde, cuando después de una tonante invocación cayó de rodillas y pareció entregarse a profundas meditaciones, hubo entre la multitud rumores y exclamaciones ruidosas que no fueron lo bastante moderadas para guardar el respeto debido al santo lugar. Luego la concurrencia salió lentamente a la calle gritando:

—¡Mueran los hugonotes!

Quedaron solamente una quincena de mujeres hermosas que se pusieron a rezar arrodilladas ante un confesonario. Pero el sacristán fue a avisarles de que aquella noche el reverendo estaba muy fatigado y no oiría en confesión a ninguna de sus penitentes. Entonces, llenas de desencanto, salieron a su vez, a excepción de dos que se obstinaron en permanecer allí.

Una de ellas, joven y hermosa a juzgar por lo que podía notarse e través de los negros velos que le cubrían, se había acurrucado en un reclinatorio y de vez en cuando un estremecimiento agitaba su cuerpo. Cuando el fraile atravesó la iglesia deslizándose silenciosamente a través de la oscuridad, su compañera le dio un golpe con el codo y murmuró:

—Ahí viene, Alicia.

Alicia de Lux levantó la cabeza y se estremeció. La gran nave de la iglesia estaba a la sazón sumida en profunda oscuridad. A lo lejos, cerca del altar mayor, iba y venía una luz llevada por el sacristán que arreglaba el coro. En lo alto desaparecían las bóvedas entre las sombras, y los menores ruidos resonaban extrañamente. En aquel gran silencio, Panigarola pasó cerca de la penitente y se encerró en el confesonario.

—¿Qué hacéis ahí quieta? —dijo en voz baja la compañera de

Alicia.

—Laura, no me atrevo —contestó la joven con temblorosa voz.

—Vamos; he obtenido para vos un favor extraordinario; han despedido a las demás penitentes…

—Espero que no habrás pronunciado mi nombre —exclamó Alicia sordamente.

—El reverendo os espera. —Contestó la vieja encogiéndose de hombros.

Alicia se acercó al confesonario y se arrodilló en el lugar reservado a las penitentes. Estaba separada del fraile por una reja de madera y además los velos ocultaban su semblante, sin contar que la oscuridad era bastante grande para que no pudiera divisar claramente al confesor. Se tranquilizó, pues, al comprender que no podría ser conocida, entretanto el fraile murmuraba oraciones, y una vez las hubo terminado, dijo con voz indiferente:

—Os escucho, señora.

«*No sabe que soy yo*» —pensó Alicia—; «*trataré de sorprenderle*».

Luchó unos instantes consigo misma y de pronto exclamó:

—Marqués de Panigarola, soy Alicia de Lux, la mujer a quien habéis amado y a quien tal vez todavía amáis…, y esta mujer viene a vos suplicante.

—Os escucho, señora —dijo el fraile con la misma voz indiferente.

Alicia sintió un gran terror al observar que tras aquella frágil reja no la escuchaba un hombre, sino una estatua impasible.

—Clemente —dijo con vehemencia—. ¿No reconocéis mi voz?

—Clemente ya no existe, ni tampoco el marqués de Panigarola —contestó el fraile—. Ante vos sólo hay un hombre de Dios que os escuchará en Dios y que suplicará a Dios que tenga piedad de vos si lo merecéis. Hablad, señora, os escucho.

—¡Oh! —balbuceó Alicia—. Es imposible que hayáis olvidado nuestro amor.

—Si me habláis así, señora, me veré obligado a retirarme.

—¡No, no, quedaos! Es necesario que os hable.

—Hacedlo, pues, como si hablarais a Dios, señora, porque el hombre que acabáis de nombrar ha muerto.

—Sea; escuchadme, reverendo padre, y cuando os haya hablado

como si fuerais Dios mismo, me diréis si he expiado bastante mis faltas y mis crímenes y si el brazo de Dios no me ha castigado ya bastante.

—Os escucho, hija mía —dijo el monje con el mismo acento de absoluta indiferencia.

—Antes os referiré mi falta y luego mi expiación y así podréis juzgar. Yo tenía apenas dieciséis años y era muy hermosa. Todos me adulaban. Una gran reina me distinguía con su benevolencia y me había nombrado su doncella de honor. Y como yo era huérfana y no tenía familia, aquella reina me aseguró que sería mi madre y cuidaría de mi porvenir.

Alicia de Lux guardó silencio unos instantes y luego continuó:

—En aquella época muchos jóvenes señores me declararon su amor, pero yo no amaba a nadie. Únicamente me seducían el lujo, los trajes y las joyas, y era pobre. La reina de que os he hablado me prometió no solamente el lujo, sino la riqueza y la opulencia, si cumplía sus órdenes y yo prometí obedecerla ciegamente. Este fue mi primer crimen. La contemplación de algunos estuches llenos de diamantes me enloqueció, y para poseerlos y poderme adornar con ellos a mi antojo hubiera firmado un pacto con Satanás… y, ¡ay!, el pacto fue firmado. Un día la reina me hizo entrar en su oratorio y abrió ante mí un cajón lleno de perlas, esmeraldas, rubíes y diamantes… y me dijo que todo sería mío si quería obedecerla. Alocada, ardiéndome la sangre en las mejillas y con el alma trastornada, exclamé:

—¿Qué debo hacer, Majestad?

La reina, sonriendo, me tomó de la mano y me condujo a una pieza que precedía a su oratorio. Una vez en ella alzó una colgadura, tras de la cual estaba la galería contigua a las habitaciones del rey. Por ella se paseaban varios gentilhombres, a todos los cuales conocía. Ella me señaló uno con el dedo y me dijo:

—Hazte amar de ese hombre.

La penitente se calló entonces, esperando tal vez un gesto, una palabra, un movimiento…, pero tras la celosía de madera, el monje permaneció inmóvil y silencioso, como si el hábito del Carmen hubiera sido tallado en dura roca y el reverendo fuera solamente una de aquellas estatuas que en sus hornacinas guardan eterna

insensibilidad. La voz de Alicia fue más temblorosa al proseguir la confesión.

—Un mes más tarde —continuó en voz tan baja que el fraile la oía apenas—, yo era la querida de aquel gentilhombre.

Entonces, sin hacer el menor gesto, el fraile preguntó:

—¿Cómo se llamaba aquel hombre?

Alicia se estremeció. Comprendió el ultraje, y palpitante contestó:

—Sí… Queréis decir que he tenido tantos amantes, que es necesario precisar, ¿no es esto? Pues bien, se llamaba Clemente Jacobo de Panigarola. Era marqués, llegaba de Italia. Creo que lo habéis conocido, padre mío.

—Continuad, hija mía —dijo tranquilamente el fraile—. ¿Vos amabais, sin duda, a aquel hombre? Si es ésta vuestra falta, os puedo asegurar que Dios os perdonará, como yo, pues ¿qué no va a perdonarse a una mujer que ama?

—La joven se indignó y estuvo a punto de levantarse y salir, pero sin duda se asustó al pensar en las consecuencias de su marcha, porque se calmó y dijo:

—Os burláis de mí, pero escuchadme; yo no amaba a aquel gentilhombre.

Entonces llegó la vez al fraile de estremecerse. Ahogó un suspiro. Los sentidos exasperados de la joven percibieron aquel estremecimiento y aquel suspiro por débiles que hubieran sido.

—No lo amé jamás —continuó diciendo con voz suave— y, sin embargo, nunca caballero más brillante apareció ante mis ojos. Tenía algo más de diecinueve años y su figura era graciosa en extremo. Su altivez, la nobleza de sus modales, su temerario valor, su magnificencia, todo hacía de él un ser destinado al amor… Pero yo no lo amaba.

—¿Y él? —preguntó sordamente el fraile.

—Él me amó, me adoró. Por lo menos así lo creo. Sea lo que fuere, reverendo padre, un año después de haber recibido de la reina la orden que os he referido fui madre. El niño vino al mundo en una casita de la calle de la Hache que la reina me había regalado. Aquel nacimiento permaneció secreto y el padre se llevó al recién nacido.

Al llegar a este punto de su relación, los sollozos impidieron que Alicia continuara.

—Ya comprendo —dijo el monje rechinando los dientes—. Un tardío sentimiento maternal ha florecido en vuestro corazón, os remuerde la conciencia y queréis saber lo que ha sido de vuestro hijo. Puedo informaros sobre este asunto, porque lo veo cada día.

—¡Vive! —gimió Alicia en un espasmo de espanto. ¿Habíais, pues, mentido? Hablad, o de lo contrario amotino al barrio con mis gritos y os denuncio de escándalo público.

—¡Silencio! —contestó Panigarola—. Silencio u os abandono para siempre.

—No, no, perdón. Tened piedad de mí. ¡Hablad!

—Dios permitió que el niño viviera; quería hacerlo instrumento de su justa cólera. El padre, aquel marqués, aquel brillante y engañado gentilhombre, se lo llevó, como decís, lo confió a una nodriza y le dio un nombre.

—¿Cuál? —preguntó Alicia.

—El que lleva él mismo. El niño se llama Jacobo Clemente.

—¿Dónde está? —preguntó la madre con vehemencia.

—Se educa en un convento de París. Ya os lo he dicho, es un hijo de Dios y tal vez el Señor lo reserva para alguna heroica aventura. ¿Es esto lo que queríais saber? —continuó el monje con ardiente curiosidad—. ¿Es este remordimiento el que os ha hecho caer a mis pies? Ya veis que tengo piedad de vos, pues os digo la verdad. Ya sabéis ahora que el crimen no fue cometido y que el niño no murió.

Alicia guardó silencio. Y aquel silencio era tal vez más terrible de lo que podía sospechar el confesor. Tal vez Alicia de Lux interrogaba su corazón en aquel momento en que se le afirmaba la existencia del hijo que creyera muerto y quizá en vez de la alegría de la madre no hallaba en su corazón más que un nuevo motivo de espanto.

El monje, con voz áspera, como mellada por las poderosas emociones que se desencadenaban en él, continuó dejando esta vez de lado la ficción que había querido adoptar, cesando de ser el confesor para convertirse en el hombre.

—¿Habéis querido hablarme; Alicia? Ahora vais a oírme a

vuestra vez. Habéis venido a turbar la paz que empezaba a extenderse como un sudario sobre mi corazón miserable… Habéis removido las amarguras los dolores las desesperaciones y todas estas heces suben a mi alma. ¡Ah!: ¿Creísteis que el niño estaba muerto y, arrepentida quizá, habéis venido a implorar la absolución de un crimen que no se cometió?

No vio el gesto de negación desesperada que hizo Alicia, y prosiguió.

—¿Os habéis preguntado por qué fue meditado este crimen? Decid. ¿Habéis adivinado nunca las causas profundas de mi actitud hacia vos? ¿Habéis tratado de averiguar por qué después de haberme llevado el niño no reaparecí al lado de la madre y por qué me hundí en el torbellino de las fiestas y descendí al infierno de la orgia, y por qué, en fin, me he echado en este abismo sin fondo llamado convento?

—Clemente —dijo la joven con palabras apenas inteligibles—, no solamente me lo he preguntado, sino que como lo he sabido, y esto es lo que me trae a vuestros pies, y vengo a suplicaros que suspendáis vuestra venganza. ¡Ah, creedme, he sido muy desgraciada he sufrido mucho, mucho! —El monje se estremeció.

—¡Venid, hablad! —dijo—. Contadme lo que habéis averiguado. Decidme, sobre todo, los orígenes del crimen, si queréis que mida el mal y la expiación.

Entonces Alicia de Lux, Con voz entrecortada y apenas perceptible, empezó a decir:

—La reina suponía que el partido de Montmorency había buscado alianzas en Italia. Supo que vos habíais pasado por Verona, Mantua, Parma y Venecia. Se os había visto con Francisco, mariscal de Montmorency. La Reina quiso tener la prueba de esta conspiración y por tal causa fui vuestra querida. He aquí el origen del crimen.

—Ahora decidme cuál fue este crimen —exclamó el monje—. Decidlo todo.

—Una noche en que dormíais profundamente enervado por mis caricias… ¡yo!… ¡Clemente, no me obliguéis a soportar tamaña vergüenza!

—La vergüenza es una expiación como otra cualquiera. Hablad.

—Pues bien —balbució la desgraciada—, me aproveché de vuestro sueño para…

—No os atrevéis a concluir —interrumpió el fraile—. Ya lo haré yo. Os aprovechasteis de mi sueño para robarme los papeles y al día siguiente estaban en manos de Catalina de Médicis.

Alicia, anonadada, guardó profundo silencio.

—Me percaté enseguida de lo sucedido —continuó el monje, y pocos días después tuve la certeza de que la mujer que amaba era una miserable espía.

—¡Perdón! —gimió Alicia—. Os juro que me he arrepentido de ello.

—Felizmente, aquellos papeles eran insignificantes, pero, no obstante, el mariscal de Montmorency tuvo que huir y la vida de una docena de hombres se vio en peligro. No os hablo de la mía, porque habría muerto gustoso si hubiera tenido la seguridad de que lo sucedido solo había sido una pesadilla.

—¡Perdón! ¡Callaos!

—Un mes después dabais a luz un niño, Yo, entre tanto, durante aquellos días mortales había estudiado mi venganza.

—¡Venganza espantosa —dijo la joven—, que os ha puesto a mi nivel! Os aprovechasteis del estado de debilidad en que me hallaba y del delirio de mi fiebre para hacerme escribir y firmar una carta que me dictasteis palabra por palabra en la que me acusaba a mí misma de haber dado muerte a mi hijo.

—¿No estaba acaso convenido? —dijo el fraile—. ¿No habíais consentido en que me llevara al niño para matarlo? Sois una amante pérfida, sin corazón, y ahora ¿os atrevéis a acusarme?

—¡No, no! —exclamó aterrada—. No acuso, suplico. Vuestra venganza fue justa, pero no por eso menos terrible… Hacerme escribir al dictado aquella carta que me condena a muerte… ¿La habéis entregado a Catalina de Médicis?

—Sí —dijo el monje con terrible frialdad. Alicia clavó sus uñas en la celosía de madera que la separaba del confesor.

—¿Y sabéis lo que ha resultado? Decid. ¿Lo sabéis? Ha resultado que en las manos de la reina soy ahora un instrumento de infamia y que gracias a ello paso la vida temblando. Debo sufrir los abrazos de todos aquéllos de quienes Catalina sospecha. Me he visto

obligada a tratar de conquistar a Francisco de Montmorency, y no habiéndolo conseguido, no habiéndome sido posible seducir a este hombre que pasa en la vida como espectro helado, tuve que seducir a su propio hermano Enrique. No hablo de otros amantes que he tenido, pero os aseguro que vivo en la abyección más baja y que ya no puedo resistir por más tiempo.

—Pues bien —dijo el monje con siniestra sonrisa—. ¿Quién os impide libraros de vuestro sino? Ya sabéis ahora que el crimen no fue cometido y que el niño vive…

—¿Y cómo voy a probarlo? —exclamó la espía con desaliento.

La sonrisa del monje fue entonces triunfal.

—¡Oh, vuestra venganza es horrorosa! —dijo sollozando la pobre mujer.

—Habíais adoptado un oficio y he buscado el medio de obligaros a continuarlo. Esto es todo.

—¡Oh, no tenéis piedad!

—¿Quién os dice que no tengo lástima de vos? —exclamó Panigarola—. ¿Acaso me habéis pedido nunca nada? Alicia se estremeció. Una esperanza hizo irrupción en aquella alma. Sus manos se estrecharon convulsivamente una con otra.

—¡Oh! —dijo—. ¿Sería, pues, posible? Me posternaría ante vos como ante un Dios salvador. Besaría el polvo de vuestros pasos. Clemente, Clemente, repetidme que vais a sacarme de mi infierno. Decidme otra vez que, en adelante, no seré una de aquellas condenadas cuyos instantes de vida son otras tantas horas de desesperación. Decidme que vais a perdonarme.

La sonrisa que vagaba por los labios del monje desapareció. Punzante sufrimiento crispó sus facciones. Con el dorso de la mano enjugó el sudor que bañaba su frente y lentamente exclamó:

—Decidme lo que puedo hacer por vos.

—¡Ah, estoy salvada! —gritó Alicia con voz que repercutió en la grande y silenciosa nave de la iglesia.

El eco la espantó y miró a su alrededor llena de pánico pero no vio a lo lejos más que la sombra imprecisa de la vieja Laura, que la esperaba arrodillada en un reclinatorio. Entonces, con voz queda y vehemente, murmuró:

—Clemente, podéis salvarme y arrancarme a la vergüenza, a la

desesperación y a la muerte. Para esto os basta una sola palabra. Esto es todo lo que he venido a pediros, Clemente. Al saber que os habíais consagrado a Dios, he creído que tal vez el perdón estaba en vuestra alma, y me he dicho que aquel corazón feroz aspiraría ahora a la misericordia. Clemente, he hecho mucho mal, pero sed grande y generoso. ¡Perdonadme, perdonadme!

—¿Qué puedo hacer para salvaros? —repitió el monje.

—Lo podéis todo. He venido, Clemente, en son de súplica. Recordad que me habéis amado. Escuchad: no sé qué pacto os liga ahora con Catalina, pero yo la conozco muy bien y sé muchos secretos, Sé que, tanto como antes sospechaba de vos, ahora os admira. No puede rehusaros nada, Clemente, Decid una palabra y os devolverá la carta fatal.

—¿Esto es lo que habéis venido a pedirme? —dijo Panigarola casi con amabilidad.

—Sí —contestó ella esperanzada.

—No os engañáis —dijo el monje con gravedad—. Tengo bastante influencia sobre la reina, y para recobrar la carta bastaría, en efecto, que se la pidiera. Dentro de algunas horas estaría en vuestras manos; vos la echaríais al fuego y recobraríais vuestra libertad.

—¡Oh! No en vano había confiado en la nobleza de vuestro corazón. Me dais una alegría inmensa.

—Pediré, pues, esa carta…

—¡Bendito seáis, Clemente!

—Con una condición —acabó diciendo el monje.

—Hablad todo lo que queráis; vuestros deseos serán órdenes.

—No quiero más, sino que me probéis la utilidad que os reportará recobrar esta carta.

Un espanto repentino agrandó los ojos de Alicia, que balbuceó:

—¿Pero no os he dicho ya todo lo que sufro?

—Ésta no es ninguna razón válida. Algunos amantes o traiciones más o menos en vuestra vida no es cosa de importancia para vos. Decidme cuál es la verdadera razón.

—Os juro…

—Vamos, veo que será necesario que os arranque la confesión y que pruebe sin ayuda vuestra cuán necesario os es libraros. Si

deseáis la libertad, Alicia, si sufrís en vuestro corazón anegado por la vergüenza, es que por fin amáis. ¿No es cierto? ¿Será necesario que os diga también el nombre de vuestro amante? Se llama el conde de Marillac. Si es así, precisais realmente libertaros.

—Pues bien, sí, es verdad —exclamó la espía uniendo las manos—. Amo por primera vez en mi vida, amo con todo mi corazón y con toda mi alma. Dejadme amar, y ¡qué os importa lo que será de mí! Os habéis vengado. He sufrido, expiado mi falta… Desapareceré. ¡Oh Clemente! ¡Recordad que me habéis amado y que mi indigno corazón se ha conmovido por vos! ¡Salvadme! ¡Dejadme revivir, dejadme renacer a una existencia de amor y pureza!

Panigarola permaneció silencioso. Aquel grito de amor escapado a la penitente desencadenó en él una tempestad que en vano trató de calmar.

—¿Os calláis? —imploró la joven.

—Voy a contestaros —dijo el carmelita con voz tan ronca y quebrantada que Alicia apenas la reconoció—. Me pedís que vaya a visitar a la reina Catalina y que le pida la devolución de la carta acusadora que le entregué. ¿No es así? Pues bien tal cosa es imposible, porque no gozo del favor de la reina como os figuráis y como os dije antes para que me expresarais todo vuestro pensamiento. Hace mucho tiempo que no he visto a la reina y, probablemente, no la veré más. Os aseguro que lamento mucho mi impotencia.

El acento del monje era triste. Hablaba con voz pálida, si puede permitirse la expresión. Evidentemente su pensamiento se hallaba en otro lugar. Tal vez trataba de obtener mayor ventaja en el duelo que sostenía con su penitente o de tranquilizarse por la aparente calma de las expresiones. Alicia estaba estupefacta, aniquilada, sin comprender las palabras que oía.

—¿No queréis salvarme? —murmuró.

Una exclamación brusca resonó en el fondo del confesonario.

—¡Salvaros! —exclamó el monje, incapaz de contenerse por más tiempo—. Es decir, desde el fondo de mi desgracia contemplar vuestra felicidad, que sería obra mía. Es decir permitiros que améis a ese Marillac. ¡Vamos, estáis loca!

Alicia profirió un gemido ahogado. El monje se revelaba a ella

demostrando que no era el confesor Panigarola, el hombre templado por las oraciones, el religioso lleno de misericordia, sino que aún vivía en él el marqués de Panigarola, aquel gentilhombre de furiosas pasiones que ella conociera.

Sintió entonces que la invadía la desesperación. ¿Cómo sabía Panigarola el nombre de su novio? ¿Quién le había revelado aquel amor? El monje se lo explicó, pues lleno de furor por la desbordante pasión y sin preocuparse de que lo oyeran, continuó hablando violentamente y llenando el silencio de la gran basílica con su voz de extrañas sonoridades.

—¿Creéis que os he perdido de vista un solo instante? Desde el fondo de mi claustro os he seguido paso a paso. He visto vuestros gestos y oído vuestras palabras. No hay ni uno de vuestros actos, es decir, ni una de vuestras traiciones, cuya historia no pueda relataros. Podría citaros todos vuestros amantes uno después del otro. Más no creáis que he sentido celos, pues era yo quien entregaba vuestra carne, como carne de ramera. Por mi voluntad descendisteis uno a uno los escalones de la infamia. Entregándoos a la reina yo supe lo que hacía. Ésa era mi venganza. Me complacía observar cómo vuestro cuerpo, que yo había adorado, se encenagaba cada vez más, y yo, que fui el primer traicionado, os condené a la eterna traición. Pero no supe que mi venganza sería más completa y mejor.

»Cuando fuisteis arrojada de la corte de Navarra, supe cuáles fueron vuestros actos y vuestras palabras, cuales son vuestros pensamientos, y me he enterado de vuestro amor, bendiciendo al conde de Marillac, pues gracias a él mi venganza ha sido más perfecta. ¡Ah, lo amáis! Tanto como es posible que améis vos. Pues bien, ahora vais a conocer la desesperación que da el amor no satisfecho ni correspondido. ¡Ojalá que este hombre sea digno de una gran pasión, pues entonces conoceréis en todo su horror los sufrimientos que me habéis infligido!, y soltó una carcajada mientras la espía, caída sobre sí misma, temblaba de espanto.

»Os atrevéis a venir a mí para que sea el artífice de vuestra felicidad. Os he revelado la existencia de vuestro hijo, tratando de despertar en vos un sentimiento humano que os hiciera digna de olvido cuando no de lástima, y vos, en cambio, no pensáis más que

en vuestro amor. ¡Insensata! Decís haber venido a buscar la absolución de vuestros crímenes. Decid mejor una maldición. Dios nos ve, y si oye el ardiente ruego que sale de mi corazón arriesgando mi salvación eterna, oirá cómo le pido vuestra desgracia, vuestra vergüenza y vuestra desesperación.

El monje se levantó, salió del confesonario y se fue, deslizándose como un fantasma sacudido por roncos sollozos y desvaneciéndose en las tinieblas, mientras Alicia yacía desmayada al lado del confesonario. Entonces la vieja Laura, sonriendo con sus delgados labios, acudió al lado de la joven y le hizo respirar un violento revulsivo. Inmediatamente la joven volvió en sí. Alocada y asustada se levantó; miró a su alrededor con extravío, y luego, cogiendo el brazo de Laura, dijo:

—¡Huyamos, huyamos!

XXV - La política de Catalina

ALICIA DE LUX pasó una noche espantosa. Más era tal la energía moral de aquella mujer, que no perdió un instante en lamentarse. Según todas las apariencias, su vida debía conducida fatalmente a una catástrofe, y aquella noche, empleando todas las facultades de su inteligencia, dio en buscar un medio de salvación.

—Es preciso luchar hasta él fin —dijo.

Lo que había esperado resultaba imposible. Si su antiguo amante hubiera tenido piedad de ella; si el monje hubiese arrancado a Catalina la terrible carta que la esclavizaba, su plan era no volver al Louvre más que para decir a la reina:

«*Hasta hoy os he servido y ahora reclamo mi libertad. Sólo os pido que seáis neutral y no espero otra cosa sino que me olvidéis. Me voy, esto es todo, y el resto me concierne a mí sola*».

Pero todo aquel sueño de libertad y dicha se había derrumbado. Era necesario arrastrar de nuevo la cadena e ir cuanto antes al Louvre en cumplimiento de las órdenes recibidas. Es cierto que podía decir que el billete que tan desdeñosamente le entregara la reina de Navarra, no había llegado a su poder. Pero ya conocía la cólera de Catalina y era tiempo de presentarse a ella.

Al día siguiente por la mañana, Alicia tenía el rostro impasible, como si la escena de la víspera no hubiera sido más que una pesadilla. Con la ayuda de Laura se vistió cuidadosamente y acompañada de la vieja marchó directamente al Louvre.

Pronto llegó a las habitaciones particulares de la reina en donde las doncellas de honor le hicieron mil preguntas, a las que contestó con aquel aire de buen humor y notable presencia de espíritu que le valieron la terrible confianza de la reina. Inmediatamente fue advertida Catalina de Médicis de que la señorita Alicia de Lux, de regreso de un largo viaje, solicitaba el honor de presentarle sus respetos. La reina hizo contestar que recibiría a Alicia en cuanto estuviera libre y que no se marchara del Louvre en tanto que no la hubiera visto.

Catalina, en efecto, estaba conferenciando con su astrólogo Ruggieri. Luego debía celebrar una entrevista con el rey Carlos IX, el cual sabiendo que la reina quería hablarle, esperaba su visita con aquella sorda e inquieta curiosidad que su madre le inspiraba siempre.

Penetremos, pues, en un vasto y magnífico gabinete que daba al dormitorio de Catalina. Estaba alhajado con una suntuosidad verdaderamente real; lo adornaba gran número de telas de maestros italianos. El Tintoreto, Rafael Sanzio, Perugino, el Tiziano, Veronés y Primaticio estaban representados en las paredes cubiertas de terciopelo rojo, con sus cuadros sagrados y eróticos; Dianas lascivas y Madonas extáticas estaban unas al lado de otras, en marcos que, por sí mismos, eran ya maravillas; marcos de madera esculpida por artistas geniales y recubiertos por uniforme capa de oro viejo.

El oro, materia pura, metal admirable, alegría de los ojos, es el único color que realza el colorido de un cuadro; una pintura rodeada de oro adquiere toda su significación. El oro no distrae la mirada del fondo del cuadro, como lo hace la plata. El oro se adapta y se armoniza a la violencia, a la dulzura, al esplendor, a la delicadeza, a Rembrandt, al Tiziano, a Rubens, a Vatteau; el oro es el marco ideal. Añadamos que aquellos cuadros estaban entonces en todo el brillo de su colorido, pues el tiempo no los había agrietado ni oscurecido.

Catalina era contemporánea de aquellos maestros geniales que descubrieron la armonía de los colores. Aquellas telas que actualmente desaparecen bajo la pátina de los siglos, que en las vastas necrópolis del arte llamadas museos aparecen como tristes fantasmas y no merecen más que nuestra veneración sentimental, pues apenas se les ve, y que a pesar de todo nos obstinamos en mirar cuando el arte moderno ofrece a nuestros ojos hermosas alegrías en el esplendor de juventud de los colores; aquellas telas hoy avejentadas, arrugadas, borradas, dignas de la meditación del filósofo, pero que, como todas las cosas viejas, han llegado a ser impuras para el artista; aquellas telas, repetimos, brillaban entonces y poseían, sin duda alguna, diferente significado de belleza, armonía y realidad.

Catalina, que era consumada artista, las había reunido con perfecto buen gusto sin inquietarse del asunto representado por los pintores. No había razón, en efecto, en imaginarse a Catalina de Médicis como una criminal vulgar ocupada en hacer mal por el solo placer de hacerlo. Tenía prodigiosa imaginación y adoraba la vida en todas sus manifestaciones.

Cuando iba con sus hijos a la guerra se hacía acompañar por artistas, músicos y pintores, y en los campos de batalla improvisaba suntuosas fiestas. La desgracia del pueblo quiso que esta mujer fuera reina y que, para la satisfacción de sus apetitos, desencadenara espantosos desastres. ¿Pero cuál es el hombre que permanece inofensivo cuando los demás abdican de la libertad en sus manos? ¿Cuál es la mujer que, colocada en la cumbre del poder, no experimenta enseguida el vértigo de la tiranía?

Escéptica, incrédula, sedienta de poder y de goces, y roída por el amargo pesar de haber pasado su juventud temblando en vez de vivir, Catalina de Médicis, en el umbral de la vejez, desplegaba todos sus instintos de artista y de dominadora y por esta razón se rodeaba de maravillosas obras para combinar horrorosos planes. Necesitaba rodearse de una atmósfera de genio para ingeniarse a su vez en practicar el mal, que juzgaba necesario para asegurar su felicidad.

Así, pues, en un gabinete amueblado con fantástica curiosidad, con estatuas excitantes y cuadros maravillosos, era en donde tenía sus más terribles inspiraciones. Allí la encontramos con su confidente, su antiguo amante, su verdadero amigo, el astrólogo Ruggieri. Catalina tenía plena confianza en la ciencia de éste, el cual, a su vez, no era un charlatán, pues consideraba la astrología como la única ciencia merecedora de estudio.

Esto no es ninguna contradicción. Catalina, que no creía en Dios, tenía bastante imaginación y arte para creer en una ciencia que se le aparecía como hada seductora. Aquella audaz escrutadora de conciencias, aquella poetisa desenfrenada, debía desear lo absoluto. Y la astrología que permite leer en el porvenir, es lo absoluto. Creemos, a juzgar por los rasgos generales de Catalina, que si hubiese creído en Dios y Satanás, sus preferencias se hubieran inclinado hacia este último, pues lo habría encontrado más

interesante en su rebeldía, más hermoso en su actitud, más poético y más semejante a sí misma. En el momento en que penetramos en el gabinete de la reina, Ruggieri se despedía de ella.

—De modo —decía Ruggieri— que os decidís por la paz.

—Sí, Renato, la paz es, a veces un arma más terrible que la guerra.

—¿Y creéis que Juana de Albret vendrá a París?

—Sin duda alguna.

—¿Y Coligny?

—También vendrá, y con él Condé y Enrique de Bearn. Piensa, pues, en lo que te he recomendado.

—Hacer circular el rumor de que la reina de Navarra está enferma.

—Precisamente, querido Renato —dijo Catalina sonriendo—. Y puedo asegurarte que está muy enferma pero olvidas lo principal.

—Hacer creer que Juana de Albret tiene otro hijo además de Enrique —dijo Ruggieri palideciendo.

—Sí, un hijo de más edad que Enrique de Bearn y que tendría derecho a la corona si éste desapareciera. Ya sabes quién es —añadió fijando escrutadora mirada sobre el astrólogo.

Éste inclinó la cabeza y murmuró suspirando:

—¡Mi hijo! —e irguiéndose añadió—: Esto es una calumnia, Catalina.

—Efectivamente, Renato.

—Nadie querrá creerla —dijo él.

Catalina se encogía de hombros diciendo:

—En otro tiempo conocí a un hombre muy hábil que hizo una corta aparición en la corte de Francisco I. Era un espíritu de los más templados y lúcidos que he conocido. Tenía el genio de las grandes empresas que sobreviven a su creador y llevan su sello en los siglos futuros. No soñaba dominar el mundo durante su vida como un rey vulgar sino en dominarlo después de su muerte por la lucidez de sus enseñanzas legadas a sus discípulos.

La reina se quedó un instante pensativa, tal vez creyendo que ella era una buena discípula del gran hombre.

—Este —continuó— me vio abandonada de todos. No sé si tuvo lástima de mí o si comprendió que mi espíritu era terreno favorable

para la buena semilla, pero el caso es que consiguió avivar mi desesperación y antes de abandonar la corte de Francisco I, me regalo un arma preciosa para el ataque y la defensa.

—¿Cuál? —preguntó Ruggieri.

—La mentira.

—¿La mentira?

—Es el arma de los fuertes, la de aquéllos que han mirado la ira cara a cara. El arma de los que han sondeado su conciencia y le han dicho:

«*Tú no eres más que imaginación*».

—El vulgo, el rebaño que gobernamos, debe odiar la mentira, porque si comprendiera su fuerza, usaría de ella contra nosotros y estaríamos perdidos. Pero nosotros, Renato, podemos y debemos mentir, pues la mentira es la base de todo gobierno sólido.

—Tal vez sea un arma —dijo el astrólogo—, pero temible para el que la emplea. No lo olvidéis, reina mía.

—Esto es precisamente lo que yo dije a mi consejero, y aquel gran hombre me contestó:

«*Es un arma peligrosa en manos torpes, y llamo torpes a las manos que no saben herir a fondo. Si encontráis un perro rabioso y el cuchillo tiembla en vuestra mano heriréis al perro, pero antes de morir habrá tenido tiempo de morderos y vos pereceréis atacada del mismo mal. Por el contrario, si valientemente herís al animal en el corazón, lo matáis, salvándoos al mismo tiempo*».

Catalina de Médicis sonrió ante la idea del enemigo herido de muerte al primer golpe y prosiguió:

—Mi amigo y consejero después de haber hablado así, me expuso sus ideas sobre la mentira:

«*Si mentís tímidamente, las gentes tendrán horror de vos o fingirán tenerlo. Si mentís con energía y afirmáis la mentira con toda la fuerza necesaria, repitiéndola sin cesar con aire convencido, la gente creerá que decís una verdad, y si comprueba que habéis mentido, fingirá creer en vuestra mentira y esto basta. Es una tontería inquietarse por la verosimilitud de una mentira, pues no hay ninguna que sea inverosímil. Todo depende de la energía o timidez del que miente. Suponed, por ejemplo, que yo diga, o haga decir que la señora de Etampes ha tratado de envenenar a Francisco I. Pensad, ante todo, en la enorme cantidad de*

imbéciles que dirán: "Cuando el río suena, agua lleva". Añadid a esta multitud la de los enemigos particulares de la señora de Etampes, que repetirán por todas partes: "Yo no lo creo, pero se afirma que la señora de Etampes ha querido envenenar al rey Francisco". Añadid a estas dos multitudes la de las gentes que andan a caza de escándalos para regocijarse en ellos o para su propio provecho. Y he aquí que la señora de Etampes se ve rodeada de una red de afirmaciones. Entonces pueden suceder dos cosas: o desdeña rechazar la mentira o quiere defenderse. Si no contesta, la mentira va siguiendo su camino, y vos la repetís o la hacéis repetir hasta que las multitudes de que os hablaba exclaman con el vigor de las falsas indignaciones: "No dice nada, pues no hay duda de que es culpable". Si por el contrario quiere defenderse, dad un detalle, una nueva mentira que ampare la primera. Decid, por ejemplo, que el veneno era un polvo verde, y entonces la señora de Etampes os retará a que le probéis que en su casa ha habido jamás polvos de semejante color. Desde entonces está perdida, pues no discute la mentira principal, sino la accesoria. Los cortesanos, los burgueses y el pueblo entero hablan en pro o en contra de los polvos verdes. Y a consecuencia de un fenómeno muy natural, al cabo de algún tiempo se discute para saber si la envenenadora tenía polvos verdes o azules, pero la cuestión del envenenamiento nadie la pone ya en duda».

—Catalina de Médicis guardó silencio un instante, sonriendo satisfecha. Luego añadió:

—He aquí lo que me dijo mi extraño consejero, que era un gran filósofo, y he recordado sus palabras.

—¿Acaso alguna vez habéis puesto en obra sus consejos? —preguntó Renato.

—A menudo —contestó sencillamente Catalina.

—¿Sabéis que es espantoso, reina mía? Y que si alguien usara esa arma…

—Sería amo del mundo. Y en defecto de este uno, un grupo de hombres bien disciplinados puede gobernar por este medio. Creedme, vendrá un día en que los partidarios políticos comprenderán la enorme fuerza de la mentira y la emplearán atrevidamente. Llamo partidarios políticos a los grupos de hombres ya nacidos para dominar, a los que comprenden que la multitud inmensa y estúpida debe trabajar en beneficio de unos cuantos.

Piensa en la fabulosa suma de mentiras acumuladas en los siglos para que los pueblos hayan sentido la necesidad de un rey, de un amo, de un gobernador, o, en una palabra, de alguien que esté sobre ellos, y entonces comprenderás la fuerza de la mentira. Proclama conmigo que es sagrada, que es nuestro principio y nuestro fin y que le debemos todo lo que envidia la humanidad entera. ¡Ah, Renato!, ¡mintamos, mintamos con fuerza, con valentía, con frenesí, y seremos los amos!

—Mentiré, pues, mi hermosa reina —exclamó Ruggieri.

—Te repito que la reina de Navarra vendrá a París. Es pues necesario que antes de su llegada la mentira nos haya preparado el camino. Por de pronto está enferma, ¿comprendes? Y además, tiene un hijo… ¿Por qué te pones sombrío? ¿Quién te dice que no reserve este hijo a grandes destinos? ¿Quién te asegura que no será rey en lugar de Enrique? Ruggieri ahogó un grito de alegría que fue a morir en sus labios.

—¡Silencio! —exclamó Catalina de Médicis.

—¡Ah, Catalina! —murmuró el astrólogo apoyando sus labios sobre una mano de la reina—. ¡Cuán grande sois! ¡Cuán profundo es vuestro pensamiento y cómo os admiro humildemente!

—Vete —dijo la reina sonriendo—. Vete y obedece.

—Ciegamente —exclamó el astrólogo marchándose del gabinete. A su vez, Catalina de Médicis salió de sus habitaciones y, sin pasar por la sala en que estaban reunidas sus damas, atravesó corredores reservados y penetró en las habitaciones del rey.

A medida que se acercaba, oía un aire de caza. Carlos IX, gran cazador, tenía una pasión furiosa por el arte de la montería en general, y en particular por todas las otras cosas relacionadas. Soplaba vigorosamente en su trompa hasta perder el aliento. Su médico, Ambrosio Paré, le recomendaba en vano que se entregara con más precauciones a su pasión favorita. Más el rey sentía necesidad de tocar cada día el repertorio completo de sus aires de caza, el cual se aumentaba a menudo con algún aire nuevo.

Antes de entrar en la habitación del rey, Catalina compuso su semblante y tornó su actitud más melancólica. Cuando entró, Carlos IX dejó enseguida la trompa en que tocaba con afición de cazador, y avanzó hacia su madre, la tomó de una mano, que besó, y la

condujo por fin hasta un gran sillón de ébano en el que la reina se sentó.

—¡Hijo mío! —dijo entonces Catalina—. ¡Vengo como cada mañana a informarme de vuestra salud! ¿Cómo estáis? Volveos hacia la ventana para que os vea. Tenéis muy buen semblante, muy bueno. ¡Ah respiro! Os aseguro que no vivo desde que os dan estos malditos ataques y sobre todo desde que Ambrosio Paré me ha asegurado…

—Acabad madre —dijo Carlos con aparente tranquilidad.

—El sabio doctor me ha dicho que uno de estos ataques podía mataros de repente, pero yo no lo creo. Por otra parte, he ordenado rogativas secretas en tres iglesias y especialmente en Nuestra Señora.

—Lo que me decís, señora, me tranquilizaría si tuviera necesidad de ello, pero soy como vos; no creo en las siniestras profecías de maese Paré, que, por otra parte, ignoraba. Todavía estoy fuerte y los que podrían alegrarse por mi muerte tendrán que esperar mucho tiempo.

—¡Amén! —dijo Catalina—. Pero hijo mío, ¿querréis creer que hay gentes que se alegrarían de la muerte del rey? ¡En qué tiempos vivimos! Cuando vuestro ilustre padre cayó en aquella fiesta, herido involuntariamente por su adversario, París entero lloró, el reino guardó luto y el mundo civilizado testimonió su dolor. ¿Por qué no sucederá lo mismo cuando plazca a Dios llamaros a Él?

Carlos IX palideció. ¿Fue de cólera o de miedo? Sin duda por las dos cosas. Miró fijamente a su madre y exclamó:

—Vamos a ver, señora, ¿de dónde os vienen esas fúnebres ideas? No puedo hablar dos minutos con vos sin que se trate de mi muerte.

—La constante inquietud de una madre, Carlos, es la que me obliga a temer siempre.

—Y yo, ¡por el diablo!, os aseguro que estoy perfectamente. No hablemos de ello. En cuanto a las gentes de que antes hablabais que se regocijan en secreto cuando tengo alguna indisposición, se hallan en todas partes y aun en este mismo palacio.

—Os referís a los hugonotes, ¿verdad, hijo mío? Cabalmente, os quería hablar de ellos, y si os parece, señor, el momento es oportuno.

Y Catalina dirigió una mirada significativa hacía tres o cuatro cortesanos que en el momento que entró la reina se habían retirado respetuosamente a un rincón. El rey se encogió de hombros y volviéndose hacia sus cortesanos les dijo:

—Señores, la reina quiere hablar conmigo. Maese Pompeyo, volveréis dentro de una hora para mi lección de armas. ¡Ah! Traedme alguna de aquellas espadas árabes de que me hablabais. Maese Crucé, mañana hablaremos más de cerrajería; quiero ver la nueva cerradura que habéis inventado. Señores, hasta pronto.

El maestro de armas, Crucé y los gentilhombres salieron después de haber hecho una profunda reverencia a la reina. En el momento en que salía Crucé, cambió con Catalina una rápida mirada.

—Os escucho, señora —dijo entonces Carlos IX echándose sobre los cojines de un gran sillón—. ¡Aquí, Nysos! ¡Aquí Euyalus!

Dos magníficos lebreles, que desde que la reina entrara no habían cesado de gruñir sordamente, fueron a echarse a los pies del rey, el cual, maquinalmente, empezó a tirarles del pelo con la mano que tenía colgando.

—Carlos —dijo entonces Catalina—. ¿No os parece lamentable el estado de vuestro reino? ¿Acaso no pensáis que esta larga disputa, estas guerras funestas en que sucumben uno tras otro los mejores gentilhombres de ambos lados, acabarán de empobrecer la herencia de vuestro padre, que debéis transmitir intacta a vuestros sucesores?

—¡Ya lo creo! ¡*Pardiez*! Hallo que se paga muy caro el placer de oír la misa y ver sucumbir a tantos valientes. Cuya vida hubiera podido emplearse de un modo más útil a nuestro servicio.

—Me gusta de veras que creáis en estas disposiciones, señor —dijo Catalina, sonriendo.

—Me asombra, señora, que estas disposiciones parezcan ser nuevas para vos. ¿No he sido siempre de opinión que la paz debía hacerse entre las dos religiones? ¿No he manifestado horror a la sangre vertida haciendo pregonar edictos sobre edictos en las calles de París acerca de las gentes que quieren batirse? ¿No soy yo también el que quiso que se firmara la paz en Saint-Germain? Así, pues, vuestra actitud, y no la mía, es la sorprendente. Vos venís predicándome la concordia, cuando siempre he debido resistir a

vuestro voraz apetito de guerra y venganza.

—¡Cuán mal me conocéis, hijo mío!

—¡Pero, señora, si no pido más que conocer bien a mi madre! —exclamó Carlos con amargura—. Confesad que si os conozco tan mal, es porque mis hermanos han merecido más vuestra confianza.

Catalina fingió no haber oído esta observación, como tenía por costumbre cuando no sabía que contestar.

—Mi vida ha sido —dijo melancólicamente— no ser conocida durante toda mi vida. Pero, hijo mío, no creo deciros nada nuevo al haceros observar que he querido la guerra para tener paz.

—Sí, sí, ya conozco vuestras razones. Destruyamos a los hugonotes hasta el último y estaremos tranquilos. Ya habéis visto el hermoso resultado obtenido. A pesar de Jarnac y Moncontour, en donde mi hermano de Anjou se ha cubierto de gloria, según me aseguró Tavanne (Catalina se mordió los labios), a pesar de haber obtenido diez victorias, el viejo Coligny nos rechazó en Arnay le Duc con un nuevo ejército y estuvimos en peligro de que siguiera tal vez adelante y amenazara París si yo no lo hubiera detenido ofreciéndole una paz honrosa.

»Estas guerras no se acabarán nunca. Cuando se derrota a los reformados en un punto, reaparecen más fuertes en otro. Ya hay bastante. ¡Por Dios! Quiero que se haga mi voluntad y que todos nuestros cortesanos cesen de provocar a los hugonotes y que estos condenados monjes como vuestro Panigarola…

»Ya lo veremos. ¡*Pardiez*! —añadió Carlos IX, levantándose—, ya veremos quién manda en París. Haré encerrar en la Bastilla a los cortesanos de mi hermano y tanto peor si éste los llora. Y en cuanto a vuestros monjes, los meteré en cintura. Por de pronto haré prender a vuestro Panigarola.

El joven rey se exaltaba. Paseábase agitadamente por la habitación, y diciendo las últimas palabras dirigióse hacia Catalina con aire tan amenazador, que la reina se levantó a su vez extendiendo el brazo.

—¡Por Dios, hijo mío! —exclamó con forzada risa—. No parece sino que amenazáis a vuestra madre.

Carlos IX se detuvo de pronto, y un ligero rubor tiñó su frente, de ordinario pálida como la cera.

—Excusadme, señora —dijo sentándose de nuevo en su sillón—. Estas gentes han llegado a exasperarme. En cuanto a creer que se os amenace en mi palacio del Louvre, espero que no lo hayáis podido decir en serio.

—No, hijo mío. Es un decir. Pero si queréis creerme, no mandaréis prender a nadie.

—Encerraré a quien se parezca, señora, y si es preciso hasta a mi hermano Enrique. Que tengan cuidado todos pues mi paciencia se acaba.

—Bueno ya —dijo la reina—. ¿Habláis de paz y tratáis de arrestar hasta a individuos de vuestra familia?

Más Carlos IX, con actitud cansada, se echaba de nuevo sobre su sillón. Su cólera, que acababa de estallar, había quebrantado su débil energía. Catalina esperaba aquel momento.

—No prenderéis a nadie —dijo— si os doy un buen medio para asegurar la paz general.

—¿Habéis hallado este medio, señora?

—Sí.

—¿Y no se trata de ninguna matanza; de una batalla o de alguna leva de tropas y dinero?

—Nada de esto, hijo mío —dijo la reina con maternal sonrisa.

—Os escucho, señora —dijo Carlos sintiendo gran desconfianza.

—Hace mucho tiempo que pienso en ello. Mientras me creéis ocupada en soñar guerras como una heroína no soy más que una pobre madre que trata de asegurar la felicidad de sus hijos. He aquí lo que he imaginado, hijo mío: Los hugonotes cesan de tener importancia o por lo menos de ser peligrosos en cuanto no tengan con ellos a Enrique de Bearn y a Coligny.

—¿Tratáis acaso de…?

—Esperad, hijo mío. Digo que, privados de estos dos jefes, los hugonotes no podrían, en adelante, haceros la guerra.

—Pero señora, no me la hacen a mí.

—Es cierto, pero la hacen. Suponed ahora que Coligny y Enrique de Bearn se sometan.

—No querrán hacerlo jamás.

—Pues bien —exclamó Catalina triunfante—. He hallado el medio de obtener de ellos más que su sumisión, que tal vez sería

hipócrita. Empleando mi plan, haré de ellos los amigos y los aliados del rey.

—¡Por Dios, señora! Os aseguro que si conseguís esto os admiraré.

—Escuchadme, pues. ¿Qué haría el viejo Coligny si le dierais un ejército para ir a defender correligionarios de los Países Bajos que el duque de Alba mata sin compasión?

—Caería a mis pies. Pero, señora, ello significaría la guerra con España.

—Ya hablaremos de esto en el Consejo, hijo mío. Conozco un medio de evitar la guerra con España, que debe continuar siendo nuestra fiel amiga. Conseguido esto, ¿os decidís a hacer al almirante la proposición de que os he dado cuenta?

—Sí, ¡caramba! Aunque ello debiera acarrear una guerra con España, pues siempre vale más una guerra de frontera que civil.

—Bien. ¿Admitís que, en estas condiciones, el almirante es nuestro? He aquí, pues, que los revoltosos del partido hugonote, que ya no tendrán jefe, se pondrán de vuestro lado.

—Sin duda, pero ¿y Enrique de Bearn? —preguntó ávidamente el rey.

—¡Ah! He aquí el punto principal de mi idea. Enrique de Bearn es vuestro enemigo; pues bien, hago de él más que vuestro amigo y lo convierto en vuestro hermano.

—Enrique no es enemigo, como tampoco el almirante, señora. Nosotros somos los que hasta aquí los hemos obligado a guerrear. Confesemos nuestras faltas. Pero, en fin, me gustaría saber de qué manera el Bearnés puede convertirse en hermano mío.

—Casándose con vuestra hermana, con mi hija Margarita —dijo Catalina.

—¡Margot! —exclamó Carlos estupefacto.

—¡La misma! ¿Creéis que rehusará esta alianza? ¿Creéis que la misma Juana de Albret no estará orgullosa de semejante unión?

—La idea es admirable, en efecto, pero ¿qué dirá Margot?

—Margarita dirá lo que queramos. Y, cuando no su sumisión, su inteligencia nos asegura que consentirá en nuestro plan.

—¡Por Dios! —exclamó el rey levantándose—. He aquí, señora, una hermosa y profunda idea. Sí, esto nos asegura la paz. Con el

Bearnés formando parte de nuestra familia y Coligny ocupado en los Países Bajos, se acabó el partido hugonote. Es admirable, realmente. Se acabó la guerra y el derramamiento de sangre en las calles de París. En adelante pasaremos el tiempo en fiestas, cacerías y bailes. ¡Vaya una vida alegre que vamos a llevar! ¿Sabéis que mi vida empezaba a ser muy triste? ¡Oh, qué bien! ¡Vamos a estar tranquilos! Haced reunir el Consejo para mañana. ¡Ah, por fin respiro!

Y el rey Carlos, como verdadero niño que era, esbozó un paso de danza; luego cogió a su madre le dio un abrazo y la besó en ambas, mejillas y, finalmente, tomando su trompa, tocó un alegre aire de caza.

Catalina observaba fríamente aquella expansión de alegría juvenil. De pronto vio palidecer a su hijo. Carlos llevó su mano crispada al corazón y se detuvo jadeante. Su mirada se turbó y las pupilas se dilataron. Durante dos segundos pareció presa de alguna misteriosa visión, más luego sus facciones se calmaron. La mirada recobró su tranquilidad y respiró más libremente.

—Ya lo veis, madre —dijo con triste sonrisa—. Una crisis abortada. La alegría que me habéis dado me ha devuelto mis fuerzas. ¡Ah! Si alrededor de mi trono no hubiera sordas enemistades ni intrigas y por fin tuviéramos paz…

—La tendréis, Carlos —dijo Catalina levantándose—. Tened confianza en vuestra madre, que vela por vos. ¿Me dais vuestra aprobación para empezar las conferencias relativas al casamiento?

—Sí, señora, id. Y yo, por mi parte, voy a convencer a Margot.

La reina madre sonrió astutamente. Se retiró después de haber dirigido profunda mirada sobre su hijo, que, muy satisfecho y contento, fue efectivamente a ver a su hermana Margarita. Así se decidió un acto político que, preparado para asegurar la paz del reino, debía conducir a una de las más atroces y sangrientas tragedias que han conmovido a la humanidad.

Pero con este capítulo, en que hemos querido demostrar bajo un simple aspecto la sombría y tortuosa política de Catalina de Médicis, no hemos terminado… El tercer episodio de este libro completara los dos anteriores y alumbrará con vívida luz el

pensamiento que guiara a la reina, primero en su conversación con Ruggieri y luego con Carlos IX. Catalina de Médicis ingresó a sus habitaciones andando despacio y meditabunda, y entró en su oratorio. Aquella estancia era la antítesis de aquella otra en que introducimos a nuestros lectores. Aquí no había cuadros, estatuas, cortinas bordadas ni cojines. Las paredes estaban cubiertas de sombría tapicería y por todo mobiliario la estancia tenía solamente una mesa de ébano, un sillón de la misma madera, un reclinatorio y sobre éste, clavado en la pared, un Cristo de plata maciza sobre una cruz negra.

—Paola —dijo Catalina a una camarera italiana que estaba allí —. Haz entrar a Alicia.

Algunos instantes más tarde, Alicia de Lux entraba en el oratorio haciendo profunda reverencia ante la reina, tanto para obedecer las reglas de la etiqueta como para ocultar en parte su turbación.

—Heos aquí de regreso, hija mía —dijo Catalina con gran dulzura—. ¿Llegasteis ayer?

Alicia de Lux hizo un esfuerzo para dominarse y contestó:

—No, señora; llegué hace once días.

—¡Once días, Alicia! —exclamó la reina, pero sin severidad—. ¡Once días y no habéis venido antes!

—Estaba muy fatigada, señora —balbuceó la joven.

—SÍ, ya comprendo, teníais necesidad de reposo y tal vez de reflexionar un poco para hilvanar vuestro relato… Pero dejemos esto. Estoy contenta de vos, hija mía. Habéis comprendido vuestra misión y no conozco mejor diplomática. Alicia, habéis servido noblemente mis intereses, que son los del rey y los de la monarquía, y seréis dignamente recompensada.

—Vuestra Majestad me abruma con sus bondades —dijo la desgraciada.

—¡No, no! Digo solamente la verdad. Gracias a vos, mi querida embajadora, he podido conocer a tiempo y echar por tierra los proyectos de nuestra enemiga la reina Juana. ¡Ah! He de felicitaros por la elección de vuestros correos. Son todos hombres seguros y diligentes. Lo mismo os digo acerca de la redacción de vuestras cartas. Todas son obras maestras de claridad. Sí, hija mía, nos habéis prestado grandes servicios y no tenéis la culpa de no haberlo

podido hacer más tiempo. Decidme, Alicia —continuó la reina—. ¿Cómo salió de París la reina de Navarra? Sé que vino; contadme qué sucedió. La acompañabais, ¿verdad? Me dijeron que en el puente de Madera hubo una algarada. Hubiera sentido mucho que a mi prima de Navarra le hubiera ocurrido algo. Veamos, ¿qué sucedió?

Alicia hizo entonces a la reina una relación extractada de los sucesos de aquel día, que hemos ya referido a nuestros lectores.

—¡Jesús! —dijo entonces Catalina uniendo las manos—. ¿Es posible que hayáis corrido semejante peligro? Cuando pienso que por poco muere la reina de Navarra no puedo menos de echarme a temblar. Porque, al cabo, no le deseo la muerte. Me basta con reducirla a la impotencia. Y la prueba de que no le quiero hacer ningún mal es que deseo hacer la paz con ella, y para este objeto os mandaré de nuevo a su lado a fin de que la preparéis para un gran acontecimiento. Ahora, sin duda, ya habréis reposado y podríais emprender el camino hoy mismo.

Diciendo esas palabras, Catalina miraba fijamente a la joven. Ésta, temblorosa, y con la cabeza baja, permanecía muda de estupor, como el pájaro que ve estrecharse los círculos que el halcón describe en el aire antes de arrojarse sobre él.

—A propósito —dijo de pronto la reina Catalina—, ¿qué venía a hacer en París la reina de Navarra?

—Vino a vender sus joyas, Majestad.

—Ah, «*pecatto*». ¡Pobre reina! ¡Sus joyas! ¡Caramba! ¿Se las han pagado bien por lo menos? Pero, en fin, no quiero ser indiscreta. No obstante, es feliz si puede vender todavía joyas. A mí no me quedan ya… más que algunas, que no son para mí. Las destino a mis amigos. Mira, Alicia, toma el cofrecillo que está sobre aquel reclinatorio.

Alicia había obedecido y colocaba sobre la mesa un cofrecillo de ébano que Catalina abrió enseguida. Dentro del cofrecillo había una serie de compartimentos superpuestos, cada uno de los cuales se componía de una plancha cubierta de terciopelo que podía sacarse por medio de dos cordones de seda adaptados a cada una de los extremos. Una vez abierto el cofrecillo, a las miradas de Alicia, aparecieron las joyas del primer estante. Se componían de un

broche de cintura y de un par de pendientes. Estas joyas estaban incrustadas con perlas, cuyo suave brillo armonizaba muy bien sobre el fondo de terciopelo. Alicia permaneció insensible y fría. La reina le dirigió una mirada y se sonrió.

«*¡Caramba!*» —se dijo—. «*La señorita se vuelve refinada*».

Y preguntó en voz alta:

—¿Qué te parecen, hija mía?

—Son muy bonitas —dijo Alicia.

—Sí, es cierto. El oriente de estas perlas es admirable y en vano se buscaría en ellas un defecto. ¿Pero qué decíamos? Tengo tantos asuntos en la cabeza ¡Ah, sí, que la reina de Navarra había vendido sus joyas en casa de…! ¿En casa de quién decís?

—En casa del judío Isaac Rubén —contestó Alicia, que aún no había dado este dato.

—Sí, éste habías dicho —contestó Catalina—, y añadiste que la buena reina partió luego…

—Hacia Saint-Germain, señora. Luego marchó a Saintes pasando por Tours, Crinon, Loudon, Moncontour, Parthenay, Niort, Saint-Jean d'Angely. Por lo menos éste es el itinerario que yo conocía. Pero ha podido ser modificado. Creo que desde Saintes, la reina de Navarra irá a la Rochela.

Catalina escuchó atentamente esta nomenclatura que la espía recitó con voz opaca, como una lección fastidiosa de la que se quiere desembarazar la memoria.

—¿Por qué, Alicia, habéis dicho que tal vez sería modificado este itinerario? —preguntó Catalina, que según el momento tuteaba o no a su doncella de honor.

—Ya lo explicaré a Vuestra Majestad.

—Veamos, hija mía, ¿por qué estáis inquieta? No obstante, habéis descansado durante diez días, y nada os he dicho de los contratiempos que podéis haber causado no poniéndoos inmediatamente a mis órdenes. Pero ahora se trata de hacer buena cara; un esfuerzo más, mi querida Alicia. No tengo confianza en nadie más que en ti y estoy rodeada de enemigos. Voy a darte, pues, una gran noticia que prueba de que para ti no tengo secretos. Sabes que el rey quiere reconciliarse completamente con los hugonotes. ¿Comprendes? Y entonces mi prima de Navarra será nuestra amiga,

vendrá aquí a París, a la corte…

A medida que Catalina hablaba. Alicia se ponía cada vez más pálida. Al pronunciar las últimas palabras ahogó un grito que la reina fingió no oír.

—De modo —prosiguió la reina— que es necesario mandar un mensaje a la reina de Navarra, un mensaje verbal que precederá a las proposiciones oficiales, ¿comprendes?, Y a ti te encargaré de esta gran misión.

Alicia hizo un gesto para interrumpir a la reina.

—Calla —continuó ésta—. Escúchame bien, pues ya sabes que nuestro tiempo es precioso. Vas a partir. Dentro de una hora estará ante tu puerta una silla de posta con la que irás hasta donde se halla la reina. Ahora fíjate bien y graba mis palabras en tu cerebro. Voy a encargarte una misión doble. La primera será presentar a la reina, con toda la delicadeza necesaria, las ofertas que te expondré enseguida; y la segunda será, según las disposiciones en que la encuentres, ofrecerle o no un regalito que procederá de ti, ¿entiendes? No quiero que mi nombre suene para nada. ¡Oh, tranquilízate! Este regalito será fácil. Se trata sencillamente de una caja de guantes. ¡Calla! Sé todo lo que puedes objetar. Dirás e inventarás lo que quieras para explicar por qué te he encargado de transmitir el mensaje, pero en cuanto a los guantes, no quiero saber nada de ello. Tú los habrás comprado en París para obsequiar a tu bienhechora.

—Suplico a Vuestra Majestad que no prosiga porque es inútil —exclamó Alicia.

«*Ha comprendido lo de los guantes*» —pensó Catalina— «*y tiene miedo*».

Entonces la reina retiró el primer compartimiento del cofrecillo y apareció el segundo estante.

«*Dejémosla respirar cinco minutos*» —pensó.

Y, prosiguió diciendo la reina.

—¿Qué te parece esto? —dijo a Alicia en voz alta.

—¿Lo que acabáis de decir? —balbuceó la joven pasándose una mano por la frente.

—No, me refiero a estos rubíes. ¡Míralos!

Sobre el estante de terciopelo rutilaba una gran peineta de oro,

coronada por seis grandes rubíes, cuyos sombríos resplandores incendiaban la noche de terciopelo negro de una joya real.

—Esta peineta sentará maravillosamente a tus cabellos —dijo la reina—; parece una corona y tú eres digna de ella, hija mía.

Alicia retorcía con desesperación sus manos.

«*¡Hum!, la tentación es fuerte*» —pensó Catalina—. «*Los guantes, ¡vaya un asunto! Las mujeres de ahora degeneran. A ver si tranquilizo un poco a esta niña*».

Y sacando la peineta del estuche, la hizo brillar en sus manos.

—A propósito —exclamó—, no me has dicho cómo llegaste allí. Cuéntamelo.

—Ocurrió todo tal cual habíamos convenido —dijo Alicia con volubilidad febril—. El conductor llevó el coche al sitio indicado por vos y allí se rompió una rueda.

»Entonces esperé a que llegara alguien —añadió con voz débil.

—¿Quién fue? —preguntó la reina levantando rápidamente la cabeza.

—Un gentilhombre de la reina de Navarra, el cual me condujo a presencia de su soberana. Y una vez allí, hice el relato convenido, es decir, que había querido convertirme a la religión reformada, que vos me habéis perseguido y que resolví refugiarme en Bearn, La reina me acogió y ya sabéis el resto.

—¿Cómo se llamaba aquel gentilhombre?

—No lo he sabido nunca —contestó Alicia estremeciéndose—, porque se marchó él mismo día. ¡Ah, Majestad! Ya veis que no puedo cumplir esta misión de que me habláis, pues dije a la reina de Navarra que vos me perseguíais. ¿Cómo se explicaría…?

—¿Y decís que no habéis sabido nunca su nombre?

—¿El nombre de quién? —preguntó Alicia con aplomo.

—El de aquel gentilhombre.

—¡Ah, sí es verdad!… Se marchó el mismo día.

—No hablemos más de ello. En cuanto a las sospechas que pueda tener Juana de Albret, nada temas. Has venido a París, y enterada yo de tu presencia, sabiendo además que estabas en buenas relaciones con Juana de Albret y animada además por mi deseo de conciliación, te encargo decirle, lo que vas a saber en breve. Pero antes hablemos de los guantes… A propósito, te encargo

encarecidamente que no te los pruebes ni abras la caja que los contiene.

—Es imposible, señora. Os repito que es imposible.

El acento de la joven era esta vez tan firme, a pesar de su temblorosa voz, que Catalina fijó una mirada aguda sobre la espía.

—¿Qué os sucede? —preguntó—. Decidme qué obstáculo hay y trataremos de vencerlo.

—El obstáculo es infranqueable, señora. No quería hablar de él porque mi corazón se destroza de vergüenza cada vez que pienso en tal cosa.

—¡Hablad! —dijo Catalina con ruda voz.

Alicia bajó la cabeza y tapándose los ojos con las manos murmuró:

—La reina de Navarra… se percató…

—¿De qué? ¿Estás loca?

—De lo que yo era a su lado, señora.

—¿Juana de Albret os desenmascaró? —gritó furiosamente Catalina de Médicis.

—Sí, señora.

—¿Estás segura?

—Sí, señora.

—¡Cuerpo de Cristo! —exclamó Catalina rechazando la mesa ante la cual estaba sentada y poniéndose a dar grandes pasos por el oratorio.

Pasaron algunos minutos. Catalina reflexionaba y su agitación se calmaba poco a poco. No era mujer que se dejara dominar largo tiempo por un acceso de cólera. Volvió a su sitio y con voz indiferente dijo:

—Relatadme cómo sucedió la cosa.

Alicia, sin retirar las manos con que se cubría el rostro, contestó:

—El día en que sucedió lo del puente, alguien me echó sobre Las rodillas un billetito en el que se me daban órdenes yo no lo vi, más en cambio la reina se quedó con él. Como ya tenía vagas sospechas, éstas se cambiaron en certidumbre. Me retuvo en su compañía hasta hallarse en Saint-Germain y allí me echó.

Hubo un instante de silencio. La espía sollozaba débilmente, cosa que asombró a Catalina y le hizo creer que en ello habría

alguna otra cosa que hacía llorar a la joven. En efecto, así era, y Alicia se sentía en aquel momento muy feliz de tener aquel pretexto para dejar desbordar su dolor.

—Vamos, cálmate —dijo la reina—, después de todo te has librado bien de este asunto. El golpe es duro, sobre todo para mí. Comprendo lo que has debido sufrir. Pero piensa que ha sido por él servicio del rey y de la reina. Pudiera acusarte de torpe, pero no tengo valor para ello. Te aseguro que me entristece tu dolor. Vamos, valor, pequeña Alicia. No temas que te despida. Hallaré una ocupación digna de tu inteligencia y de tu belleza. No volveremos a hablar de la reina de Navarra, pero, seguirás gozando de mi confianza, y voy a probártelo.

Alicia sintió un estremecimiento y, llena de temor, se preguntó qué iba a hacer. ¿Se adelantaría a las nuevas proposiciones que Catalina trataba de hacerle? ¿Trataría de substraerse a esta terrible confianza? ¿Pretextaría fatiga y absoluta necesidad de reposo? De hacerlo así, se arriesgaba a despertar las sospechas de aquella terrible mujer, a quien era imposible ocultar un pensamiento y la pobre joven no sabía qué partido tomar.

—Veamos —dijo de pronto la reina—, ya estás más tranquila, no pienses más en el pasado. Te reservo un buen porvenir, y ya que no puedes servirme lejos de París, utilizaré tus servicios aquí mismo.

—Pero, señora —observó tímidamente la espía—, ¿no me habéis dicho que la reina de Navarra iba a venir?

—Sí, por lo menos así lo espero, pero guárdate de hablar de ello con nadie. Olvida todo lo que te he dicho, pues ya sabes el destino que reservo a los que me hacen traición. No te digo esto en son de amenaza, porque tengo confianza en ti. Por otra parte, ¿qué mal ves en que Juana de Albret venga a París?

—¿Al Louvre, señora?

—Precisamente.

—¿Pero y si me ve, señora? ¿No sería mejor para Vuestra Majestad y también para mí que la reina de Navarra no me viera? Si Vuestra Majestad me da su permiso, yo me alejaría por algún tiempo, durante seis meses o un año, y entre tanto podría estar en correspondencia con vos.

—Tienes razón. No es conveniente que Juana de Albret te Vea.

Alicia sintió una alegría tan grande, que tuvo que esforzarse para no dejarla traslucir. Pero fue de corta duración, porque Catalina continuó:

—No vendrás al Louvre. Además, para la misión que te reservo no es necesario, pero no te marcharás de París. Seguirás viviendo en tu casa de la calle de la Hache y todas las noches harás llegar a mis manos el resultado de tus observaciones. Te fijas bien en lo que digo, ¿verdad?

—Sí, Majestad —contestó Alicia con gran desaliento.

—¿Has visto el nuevo hotel que he mandado construir? ¿Te has fijado en la torre que tiene? Pues bien, la primera abertura de la torre está casi a la altura de un hombre. Tiene dos barrotes, pero entre ellos puede pasar perfectamente una mano. Todas las noches echarás allí tus misivas, y en cuanto yo tenga una orden que darte, una mano te entregará un billete con mis instrucciones. ¿Has comprendido?

—Sí, Majestad —repitió Alicia viendo que su hermoso sueño se desvanecía.

—Perfectamente; ahora fíjate bien. Por de pronto voy a decirte una cosa, y es que ya has trabajado bastante por mí para que yo te recompense. Hace ya cerca de seis años, Alicia, que te empleo en mis asuntos, que son los del rey, hija mía. Y en verdad, debo confesar que en todas ocasiones has cumplido fielmente con tu deber. Sólo alabanzas he de dirigirte por tu celo e inteligencia. Ahora, Alicia, ya has trabajado bastante y la misión que te impongo será la última, ¿entiendes? La última.

—¿No me engañáis, señora? —exclamó Alicia con alegría.

—De ningún modo, hija mía. Te juro que después de este servicio que habrás hecho a la monarquía serás enteramente libre. Te lo juro por este Cristo que nos oye, pero yo no me consideraré libre con respecto a ti. Te daré riquezas, Alicia. Por de pronto puedes contar con una renta de doce mil escudos a cargo del tesoro real. Además, tengo siete u ocho casas en París y te daré a elegir la que quieras, y te la daré amueblada, con sus caballos y hombres de armas. Pero esto no es todo, porque el día en que te cases, de mi bolsillo particular recibirás cien mil libras. Has de saber que pienso casarte —dijo mirando fijamente a su doncella de honor.

»Así, pues —continuó Catalina, segura de que Alicia no se opondría a sus designios—, te buscaré un hermoso gentilhombre que te ame y a quien tú puedas amar y viviréis a vuestro antojo en París o en cualquier provincia. Vendréis o no a la corte, como os plazca, y, en fin, seréis enteramente libres, y tú, hija mía, serás además rica y envidiada. Mira, mira las joyas que te pondrás el día de tu boda —y diciendo estas palabras, Catalina levantó el segundo compartimiento del cofrecillo.

Apareció el tercero, que contenía una joya magnífica. Sostenido por ligerísimos broches de oro, serpenteaba un collar de diamantes, digno de ser lucido por una reina en el día de su coronación. En los cuatro ángulos había otras tantas pulseras de oro macizo, adornada cada una de ellas con una gran perla del tamaño de una avellana.

Entre estas pulseras y el collar había gran número de sortijas y pendientes adornados con zafiros y, por fin, en el centro del espacio ocupado por el collar, se veía un broche con dos monstruosas esmeraldas, parecidas a dos ojos glaucos que hubieran tratado de fascinar a la joven.

Más Alicia experimentaba horror por aquellas Joyas que antaño ejercían sobre ella irresistible tentación. Dirigió una mirada sobre aquellas suntuosas preseas, y las esmeraldas, los dos ojos que la miraban irónicamente la hicieron estremecer. Más comprendiendo enseguida la grave falta que había cometido al permanecer impasible, hizo un esfuerzo para fingir su antigua pasión por las joyas, y exclamó:

—¡Oh, señora! ¿Es posible que me destinéis tan magnífica recompensa? —y para sí, añadió:

«*Éste va a ser el precio de mi última vergüenza, de mi última infamia, y luego seré libre y podré llevar feliz existencia al lado de mi amado*».

La reina, por su parte, pensaba:

«*¿Qué le sucederá? No se ha conmovido al ver las joyas del tercer compartimiento. Vamos a ver lo que dirá al ver el contenido del cuarto*».

Y luego, en voz baja, como si a pesar de su cinismo se avergonzara, dijo:

—Así pues, estamos de acuerdo, ¿no es cierto? Ahora voy a explicarte cuál es tu misión. Presta atención a mis palabras, porque

el asunto es de excepcional gravedad. Te perdoné no haber conseguido mi objeto con Francisco de Montmorency, más no te perdonaría lo mismo con el hombre de que se trata ahora. Es necesario que éste tenga en ti confianza ciega, y que no solamente su corazón, sino también su espíritu, sean tuyos en absoluto. Es necesario que conozcas sus más íntimos pensamientos y que, en un momento dado, puedas llevado a donde yo te diga, ¿me has comprendido?

—Sí, señora.

—Este hombre —continuó la reina— está en París. Es mi enemigo mortal; más todavía, es una amenaza viviente para mí. Te diré cómo podrás hallado, porque ignoro dónde se oculta, más con mis indicaciones lo descubrirás fácilmente. Entonces ingéniate, sé prudente como una Borgia, hermosa como Diana, púdica o impúdica, lo que quieras, pero hazte dueña de este hombre.

—¿Cómo se llama? —preguntó Alicia.

—El conde de Marillac.

Aquel nombre resonó como un trueno en los oídos de Alicia de Lux. Lívida y agitada de convulsivo terror, la pobre joven hacía desesperados esfuerzos para permanecer impasible, para no gritar ni desvanecerse y para no provocar una sospecha.

Pero Catalina había seguido atentamente con su mirada el cambio de fisonomía de la joven y yendo hacia ella la tomó de una mano.

Entonces exclamó:

—¿Conoces a este hombre?

La desgraciada se sintió sobrecogida de espanto y durante un instante tuvo la idea de echarse a los pies de la reina, pero conteniéndose, contestó:

—No.

Hubiérale sido imposible pronunciar otra palabra.

—Pues yo estoy segura de que lo conoces —dijo la reina mirándola fijamente.

La pobre joven perdió la serenidad, pero haciendo un sobrehumano esfuerzo tuvo aún fuerza para repetir:

—No.

Catalina estaba inclinada sobre la espía tratando de sondear su

conciencia con la mirada. El instante fue trágico. Aquellas dos cabezas, una de admirable belleza, pero descompuesta por la angustia, y la otra violenta, siniestra, con los ojos fulgurantes, daban la impresión exacta del drama que originaba el choque de aquellas dos conciencias.

Bajo la mirada de Catalina, Alicia se inclinaba hacia atrás, como tratando de huir de espantosas visiones, y por fin, cayó al suelo perdida ya su fuerza psíquica… Catalina entonces se arrodilló, y con voz ronca dijo:

—Tú lo amas.

La espía reunió su debilitada energía y tuvo fuerza para murmurar:

—No lo conozco. —Y luego se desvaneció.

Catalina sacó entonces de su armario un frasquito de cristal que destapó con precaución y le hizo respirar su contenido. El efecto fue inmediato, pues una violenta sacudida agitó a la joven y abrió los ojos. Entonces su rostro se cubrió de abundante sudor.

—¡Levántate! —dijo Catalina.

Alicia de Lux obedeció. Mientras se ponía en pie, Catalina volvió a instalarse en su sillón y al mismo tiempo, su rostro, prodigiosamente hábil en cambiar de expresión, se serenó y apaciguó como por encanto. Sus ojos adquirieron expresión de dulzura pero no por grados, sino instantáneamente. Una sonrisa asomó por sus labios y su voz se tornó acariciadora.

—¿Qué os sucede, hija mía? ¿Estáis fatigada hasta el punto de desmayaros? ¿Acaso, durante vuestra ausencia, perdisteis vuestras hermosas facultades de energía y fuerza moral que tanto admiraba en vos? Vamos, hablad sin miedo, pues ya sabéis que os quiero lo bastante para soportar un poco vuestros caprichos. —Y se encogió de hombros.

Y entretanto Alicia vacilaba no sabiendo si decidirse por engañar a la reina o confesárselo todo, esperando que tal vez, por afecto, capricho o política, la relevara de su cometido y la perdonara.

* * * * *

Cuando los jueces de instrucción y los policías quieren arrancar

al acusado la confesión del crimen que lo mandará a presidio o al cadalso, emplean un medio vergonzoso para el género humano. Cualesquiera que sean los derechos de la sociedad para defenderse; a veces emplea medios que avergüenzan, (a cualquiera que sobre ellos medite), de pertenecer a la especie humana.

Tanto si es culpable como si es inocente, el acusado se ve sometido a una tortura moral, comparable solamente con las torturas físicas de la Inquisición; y esto es de una verdad desgraciadamente irrebatible, pues se ha visto a inocentes declarar lo que sus jueces han querido, para evitar esta tortura.

El vergonzoso ardid del juez y del policía consiste en hacer pasar al acusado, en un espacio de tiempo lo más breve posible, por estados de ánimo lo más opuestos entre sí. Tal sería, por ejemplo, el caso del comerciante acomodado a quien se notificara en el momento que acaba de heredar diez millones, que no solamente no ha heredado, sino que además está completamente arruinado; hay pocos cerebros capaces de resistir este doble choque.

Del mismo modo el juez de instrucción hace pasar al acusado por corrientes contrarias: lo empuja al vértigo del espanto, le muestra el cadalso, y le pinta la última noche del condenado a muerte, el despertar de tan horrible día y luego, de pronto, le ofrece la libertad, le muestra cómo se abren las puertas del calabozo y su regreso al hogar. Estas oscilaciones violentas del pensamiento conducen a la locura o a un desequilibrio muy semejante.

* * * * *

Esto fue lo que hizo Catalina de Médicis con la espía, cuya situación era, en efecto, la del acusado que hemos evocado, pues además era la prisionera de Catalina.

—Vamos —dijo la reina sonriendo con bondad—. Confesadme que estáis fatigada. Dios mío, ya lo comprendo. Os iba a encargar del último servicio, pero si no tenéis fuerzas para llevarlo a cabo, no creáis que me aproveche de ello para retractarme de mis promesas. No, no, Alicia. Siento por vos particular afecto entre todas las demás doncellas de honor. Si desde ahora queréis descansar, cumpliré de todos modos lo prometido y os entregaré la dote, os

casaré, os señalaré la renta y el resto.

Alicia escuchaba atentamente a la reina, y si no estaba segura de ello, por lo menos le parecía muy probable que Catalina le tuviera algún afecto. Además, la reina hablaba con la mayor naturalidad y por más que Alicia la observaba cuidadosamente no pudo sorprender un indicio de afectación o de ironía.

—¡Oh, señora! —exclamó uniendo las manos—. Si Vuestra Majestad se dignara autorizarme…

—¿Para qué? Vamos, habla con claridad, ya sabes que no puedo perder tiempo.

—Pues bien, sí —dijo con temblorosa voz Alicia—. Estoy fatigada, más de lo que Vuestra Majestad pueda suponer. Hace un momento, llevada por mi deseo de seros agradable y también por la seguridad de que este esfuerzo sería el último, os prometí ingeniarme para seducir a la persona que me designara Vuestra Majestad; más cuando me he visto casi en el trance de cumplir lo prometido, he sentido entonces mi fatiga.

—¿De modo que no ha sido el nombre de mi enemigo el que te ha hecho palidecer? —preguntó la reina.

—¿Su nombre? Ni me acuerdo de él, Majestad. Este u otro, ¿qué me importa?, y pronunció estas palabras con tal vehemencia, que habría bastado para probar que mentía si la reina hubiera necesitado prueba alguna.

—No —continuó—. No es el nombre el que me da horror. No lo conozco, y aun cuando no fuera así, Vuestra Majestad sabe que pasaría por encima de mis escrúpulos. No, señora; lo único que hay es que estoy fatigada. Tengo necesidad de reposo, de soledad, y nada pido a Vuestra Majestad, que ya me ha colmado de beneficios, pues soy rica, tengo tierras y más joyas de las que deseo. Pero todo esto, señora, lo daría por pertenecerme un poco a mí misma, para tener libertad de ir, venir, reír y llorar a mi antojo…, sobre todo llorar. Y diciendo estas palabras, la desgraciada rompió en sollozos.

Catalina, por su parte, balanceaba la cabeza.

—¡Pobre muchacha! —dijo cual si hablara consigo misma—. ¡Cómo sufre! Yo tengo la culpa, pues hubiera podido notar que desea llevar una vida más tranquila.

La espía cayó de rodillas y dijo sollozando:

—Sí, Majestad. Esto es, una vida tranquila. Vuestra Majestad es una gran reina.

—¿Cómo? ¿Me has oído?

—Perdonadme, señora —dijo Alicia tratando de sonreír—. Ya sabéis que tengo el oído fino. ¡Oh, reina mía! ¡Tened piedad de mí! Os he servido fielmente, he puesto mi cuerpo y alma a vuestras órdenes, he sido leal y hasta valiente. Los intereses de Vuestra Majestad han sido para mí sagrados. Pero ahora ya no puedo más; he agotado mis fuerzas.

—Levántate, pues —dijo la reina.

Alicia creyó que le preparaba algo desagradable. Pero tal sospecha se desvaneció enseguida, cuando oyó decir a la reina:

—Así, pues, quieres despedirte de mí, Alicia.

—Si Vuestra Majestad me lo permitiera, se lo agradecería toda mi vida. No lo digo por decir, pues si la reina tuviera lástima de mí, moriría por ella en la primera ocasión peligrosa que se presentara.

—¿De modo —dijo la reina sonriente— que no quieres hacer este esfuerzo? ¡El último!

—¡Oh! —exclamó Alicia—. ¿Acaso Vuestra Majestad no me ha comprendido?

—¡El último, Alicia! ¡El último!

—¡Tened piedad de mí, señora!

—¡Bah! Todavía puedes hacer este esfuerzo. El último. Mira, si lo haces, te voy a dar una joya de inestimable valor. Mira, está aquí, en este cofrecillo.

—Vuestra Majestad me ha enseñado las demás joyas, que no me han parecido tan hermosas como mi libertad.

—Sí, porque no has visto la del último compartimiento. No puedes figurarte su belleza. Los pendientes de perlas, el peine con rubíes, el collar de diamantes y el broche de esmeraldas no son nada.

—¡Señora, os lo suplico!…

—Deja que te lo enseñe y luego decidirás.

Y diciendo estas palabras, Catalina sacó rápidamente el tercer compartimiento del cofrecillo de joyas. Apareció el fondo, que estaba cubierto, como los otros, de terciopelo negro.

—¡Mira! —dijo Catalina levantándose.

Alicia dirigió una mirada indiferente sobre el cofrecillo, más al ver el contenido se puso lívida, y retrocedió rápidamente dos pasos con las manos extendidas como si quisiera conjurar un espectro. Un grito ronco se escapó de su garganta:

—¡La carta! ¡Mi carta!

Catalina de Médicis, al ver el movimiento de la espía, cogió el papel y lo ocultó en su seno.

—Tu carta —exclamó—. ¿La reconoces? Es la misma, en efecto. ¿Sabes lo que se hace a las madres que matan a su hijo y lo confiesan cínicamente como tú en esta carta?

—¡Es falso! —gritó la espía—. ¡Es falso! El niño no está muerto.

—Pero tu confesión existe —contestó Catalina—. Sabe que a la madre criminal se la lleva ante el tribunal del preboste.

—¡Perdón!

—… Y es condenada a muerte…

—¡Perdón! ¡Mi hijo vive!

—… Entonces se entrega la madre culpable al verdugo…

—¡Perdón! —repitió Alicia cayendo de rodillas y llevando las manos a su cuello.

—Elige —dijo la reina con Frialdad—. Obedece, o te entrego a mis guardias.

—¡Es horroroso, es horroroso! ¡No puedo!, ¡os juro que no puedo!

Catalina golpeó con violencia un timbre y al oírlo entró Paola, su doncella italiana.

—Que venga el señor de Nancey.

—Está en la habitación contigua, Majestad.

—Que entre.

A los pocos instantes el capitán de guardias apareció en la puerta del oratorio.

—Señor de Nancey… —empezó diciendo la reina.

—¡Perdón! —gimió Alicia y levantándose murmuró temblorosa —: Obedezco.

—Señor de Nancey —repitió Catalina sonriendo—. ¿Veis a la señorita de Lux?

—Sí, señora.

—Pues bien, es posible que dentro de pocos días tenga necesidad

de vos y de vuestros hombres, Recordad que debéis obedecerla, seguirla a donde os lleve y ayudarla en lo que os ordene, así como detener a la persona que os designe. Id y no lo olvidéis.

El capitán se inclinó sin manifestar ningún asombro, como hombre acostumbrado a semejantes cosas. En cuanto hubo desaparecido, Catalina se volvió hacia la espía y con voz dura le dijo:

—¿Estáis decidida?

—Sí, señora —murmuró la desdichada.

—¿Te pondrás en relaciones con el conde de Marillac?

—Sí, señora.

—Ahora escucha, si me haces traición…

Alicia se estremeció al ver que la reina adivinaba su propósito.

—Si me haces traición —continuó Catalina— no entregaría tu carta al gran preboste, pues aún me inspirarías lástima y te dejaría vivir, pero en cambio la haría entregar a otra persona, añadiendo a la carta la historia de tu vida con pruebas de cada uno de tus actos. Y esta persona se llama el conde de Marillac.

Un grito de espanto y horror resonó en el oratorio y Alicia de Lux cayó de espaldas sin conocimiento a los pies de la reina.

XXVI - Un encuentro

COMO YA HEMOS EXPLICADO al empezar uno de los capítulos precedentes, las escenas que acabamos de relatar tuvieron lugar al día siguiente del en que el caballero de Pardaillán salió de la Bastilla, con la complicidad involuntaria del gobernador señor de Guitalens. Hemos visto a consecuencia de qué razonamientos el joven tomó la resolución de no ocuparse en adelante más que de sí mismo y cómo, teniendo en su poder la carta de Juana de Piennes a Francisco de Montmorency, decidió no hacerla llegar a su destino. Seguro, no solamente de no ser amado de Luisa, sino también de que la joven lo detestaba, y convencido, por otra parte, de que aun sin el odio de Luisa era imposible casarse con ella, pues su hermosa y joven vecina era la hija de un alto y poderoso señor.

«*Tonto sería ocupándome en asuntos que no me conciernen. ¿Por qué voy a llevar esta carta? ¿Qué me importan a mí los Montmorency?*» —se dijo Pardaillán:

A pesar de esta resolución, el caballero guardóse la carta en el jubón y salió de «La Adivinadora» para tomar el aire. En realidad, tras muchas vueltas y revueltas, y también alguna que otra parada en ciertas tabernas en que era conocido, se dirigió hacia el hotel de Montmorency, y cuando se decía a sí mismo que no entraría allí, dio con el aldabón un golpe en la puerta. El pobre caballero de Pardaillán parecía obligado por algún genio maléfico, a hacer siempre lo contrario de lo que se proponía. Habiendo llamado, con cierta cólera contra sí mismo, el caballero esperó algunos instantes, y como no abrían con toda la celeridad que él hubiera deseado, se puso a golpear la puerta de tal modo, que el vecindario se alarmó y alguna que otra cabeza asomose a las ventanas para observar la causa de aquel estrépito. Por fin se abrió, no la puerta principal, sino la de servicio, y de ella salió un gigantesco portero armado de un garrote.

—¿Qué queréis? —dijo el coloso agitando su bastón con aire nada pacífico.

Tal acogida era realmente inoportuna, porque el caballero de Pardaillán, furioso contra los Montmorency y contra sí mismo, estaba en excelentes disposiciones para armar camorra. El tono rudo, el traje lujoso, y sobre todo el garrote del portero, cambiaron en desesperación su mal humor. Inmediatamente su fisonomía tomó aquel aspecto de impasibilidad que le era peculiar. Tan sólo la sonrisa sardónica que se dibujaba en sus labios hubiera indicado, a quien le conociera, aquel estado especial del hombre que experimenta la necesidad de romper algo y que halla de pronto a su alcance unas espaldas en que satisfacer su deseo.

—¿Qué queréis? —repitió el gigante con rudeza.

El caballero examinó al suizo desde sus grandes pies al birrete guarnecido de plumas que llevaba, más para examinar este último fue preciso levantar la cabeza. Y en aquella posición de pigmeo contemplando a un coloso, contestó con su voz más dulce y más irónica, más fría y más cortés:

—Quisiera hablar con tu amo, «*pequeño*».

Es imposible describir el estupor y el aire de majestad ofendida del suizo al oírse llamar pequeño por aquel jovenzuelo de fría mirada y provocativa espada, que tomaba aire de valentón.

—¿Cómo? —preguntó.

—He dicho, «*pequeño*», que quisiera hablar con tu amo, el mariscal.

El portero miró a su alrededor como para asegurarse de que, en efecto, a él le dirigían aquellas palabras.

—¿Habláis conmigo? —preguntó.

—Sí, «*pequeño*», contigo.

Entonces el portero soltó una carcajada tan sonora, que las vidrieras del hotel empezaron a retemblar en sus marcos de plomo dorado. Pero apenas hubo empezado aquella sonora sinfonía, le pareció que un eco contestaba a su risa con otra carcajada estridente, capaz de romper los oídos más fuertes. Se detuvo de pronto, e inclinando la cabeza hacia el jovenzuelo, vio que era éste el que reía, aun cuando sus ojos no participaban de la hilaridad de su boca. El suizo se puso entonces a reflexionar, y de pronto, tras de haberse rascado la cabeza, tuvo una inspiración. Se puso rojo de ira y doblando sus rodillas hasta poner su cara al nivel de la de

Pardaillán y le dijo:

—¿Os burláis de mí, acaso?

Pardaillán, que se había empinado sobre sus pies, contestó sencillamente:

—Sí, «*pequeño*».

El portero se quedó atónito al oír tal respuesta y no sabía si reír o enfadarse. Como con la risa no había alcanzado ninguna ventaja, trató de enfadarse e irguiéndose cruzó sus brazos sobre el amplio pecho y vociferó:

—¿Y os atrevéis a decírmelo en la cara?

—Claro —contestó Pardaillán.

—¿Y para esto habéis tratado de derribar la puerta a fuerza de llamar?

—No para esto, sino para ver a tu amo, «*pequeño*».

—¡Pequeño, pequeño! —rugió el coloso exasperado por aquel tratamiento obstinado—. ¡Largo de aquí o de lo contrario mi garrote os dará un disgusto!

—Ten cuidado, «*pequeño*» —dijo el caballero con gran cortesía —, porque te harás daño con este juguete. Créeme, guárdalo para tu mujer cuando estés en edad de contraer matrimonio, pues gracias a este bastón tendrás paz en tu casa. No conseguirás evitar los cuernos que tanto adornarían tu frente, pero por lo menos tendrás la sopa caliente y el vino fresco. Así, pues, «*pequeño*», conserva preciosamente tu garrote para tu cara mitad cuando suene para ti la hora de unirte a la inmensa cantidad de cornudos que existen.

Durante este discurso, metódicamente pronunciado, el portero daba grandes gritos de furor.

—¡Insulta a mi mujer! —aullaba—. ¡Maldito seas! Vas a probar…

—… ¿A tu mujer? —preguntó el caballero con feroz ingenuidad.

—… ¡Mi tranca! —rugió el gigante y levantándola, la dejó caer con furia sobre Pardaillán.

Más éste, ágil como un resorte de acero, dio un salto de costado y el portero administró al aire un formidable garrotazo. Apenas había ejecutado este movimiento cuando sintió que la arrancaban la tranca de las manos con irresistible vigor; al mismo tiempo Pardaillán se la echó entre las piernas; el gigante tropezó y

finalmente cayó tan largo como era sobre el santo suelo.

—¡Me sale sangre de la nariz! —vociferó.

En el mismo instante oyó un sonoro gruñido y dos sólidas quijadas mordieron un poco más abajo de su espalda.

—¿Estás seguro de que te sale sangre de la nariz? —preguntó Pardaillán irónicamente.

—¡Socorro! —exclamó el portero, sobre el cual acababa de lanzarse Pipeau.

—¡Aquí, Pipeau! —mandó severamente el caballero—. Suéltalo, es un bocado indigno de ti.

El perro obedeció. Y Pardaillán, sosteniendo el garrote con la mano izquierda, ofreció la derecha al gigante para ayudarlo a levantarse. El suizo vaciló un segundo y reflexionó sin duda que no tenía fuerza bastante para luchar con tal adversario. Gimiendo aceptó la ayuda de Pardaillán, y perdiendo sangre por la nariz y por el extremo inferior de la espalda, se levantó.

—En seguida comprendí que este asunto terminaría mal para los dos —dijo Pardaillán.

El gigante, entre tanto, andaba apoyándose en el hombro de Pardaillán y no sin asombro se dio cuenta de que éste resistía admirablemente su enorme peso. Una vez en la portería, exclamó gimiendo:

—Heme aquí condenado a no sentarme en ocho días.

—Esto no es nada —le contestó Pardaillán.

—Yo quisiera veros en mi lugar. ¡*Pardiez*!

—Quiero decir que os curaréis muy pronto si seguís mis consejos.

—¿Acaso un remedio?

—Es muy justo que os lo dé, después de haberos causado el mal.

—No habéis sido vos, sino vuestro perro —dijo el portero.

—Es lo mismo. He aquí el remedio: haced hervir vino, aceite y miel y luego echáis un poquito de jengibre. Frotaos dos veces por día con este bálsamo y ya veréis. Y ahora que estoy aquí, decidme, amigo: ¿Queréis tener la amabilidad de avisar al señor mariscal de que el caballero de Pardaillán desea hablar con él para un asunto grave?

—El señor mariscal no está en el hotel —dijo el portero.

—¡Diablo! ¿Y cuándo estará?

—No lo sé. Tal vez mañana o quizá dentro de ocho días.

—¿No está, pues, en París?

—No, señor. ¡Ay!

—¡Diablo! ¡Diablo! —dijo Pardaillán, que aun cuando parecía contrariado, experimentaba en realidad gran alegría en su interior —. Ya volveré y espero que vuestra próxima entrevista será más cordial.

—Sin duda alguna, señor. Dijisteis vino…

—… Aceite, miel y jengibre. Hacedlo hervir durante dos horas. Adiós, amigo. Decid al mariscal en cuanto llegue que volveré y que se trata de un asunto de la mayor importancia… para él, no para mí.

Y dichas estas palabras, Pardaillán llamó a Pipeau y después de saludar al portero con amabilidad se retiró.

—¡Por Barrabás! —se decía remontando a grandes pasos la orilla del Sena—. ¿En dónde diablos estarán estas pobres mujeres? El mariscal no está en París… Bueno, en cuanto llegue le entregaré la carta, no me cuesta nada hacerlo, pero en cuanto a lo demás me lavo las manos. Que las salve el mariscal ya que son de su familia, pues yo no la tengo.

Llegaba la noche. Enfrente de Pardaillán y al otro lado del río se elevaban en la bruma las construcciones no terminadas del palacio que maese Delorme edificaba para Catalina de Médicis; más lejos se alzaban las amenazadoras torrecillas del antiguo Louvre, y a cierta distancia se destacaba el campanario de Saint-Germain-L'Auxerrois, y una confusión de techos agudos de las casas de la ciudad.

El caballero se detuvo bajo un grupo de altos chopos, que el mes de abril cubría ya de tenues hojas de delicado color verde. Allí se sentó sobre una piedra, y apoyando la cabeza entre sus manos miró deslizarse las aguas del río, ocupación grata a los que no saben qué hacer de la hora que transcurre, y entre la multitud de gente que tal hace se halla siempre la tribu de los enamorados. Un enamorado se siente siempre inclinado a filosofar. Para los felices es la filosofía risueña y les muestra el mundo pintado con los colores más brillantes del prisma, y para los otros, los desgraciados, su filosofía es amarga y no les deja ver más que tristezas y negruras sobre este

pobre planeta. De modo que a cada segundo que transcurre, el mundo es bendecido y maldecido por dos categorías de seres, que de la misma fuente sacan sus maldiciones y bendiciones.

Pardaillán se puso, pues, a filosofar mirando al Sena y, como era natural, su filosofía era la más amarga del mundo. Acusó al cielo y a la tierra de conspirar para su desgracia. El caballero, a pesar de haber jurado no pensar más en Luisa, era desgraciado, y sentado sobre la piedra que lo sustentaba, se hacía así mismo una declaración muy grave:

«*¡Cuánto acabo de decir no es más que una hipocresía y una mentira! No puedo ocultarme que amo a Luisa más que a mi propia vida y que mi amor es sin esperanza*».

En aquel momento, Pipeau, que se había echado sobre la tibia arena, dio un largo bostezo, lo que significaba, no que le fastidiara la filosofía de su amo, sino que tenía hambre. Pardaillán le echó una mirada de soslayo, y Pipeau, comprendiendo que acababa de cometer una inconveniencia, cruzó sus patas delanteras, como para expresar que estaba resignado a tener paciencia.

«*La amo sin esperanza*» —continuó el caballero—, «*y me hace desgraciado la situación en que se halla. Sé perfectamente que si consigo libertarla, otro será recompensado con su amor, porque una Montmorency no puede amar a un pobre paria como yo. No obstante, la idea de no socorrerla me es insoportable. Es, por consiguiente, preciso que me ponga en su busca, hasta hallarla y libertarla, aunque tal cosa deba costarme la vida. Y entonces le diré…, o mejor, no le diré nada. Hallémosla primero y luego veremos*».

Por este soliloquio ya se verá que el caballero estaba muy indeciso, y a su pesar tropezaba con este dilema que no era muy halagüeño: O libertaría a Luisa y entonces la perdía para siempre, pues no concebía la posibilidad de una unión con la heredera de una familia poderosa y rica, o, por el contrario, no la libertaría, y en tal caso la perdía con mayor motivo.

El resultado de aquella meditación a la orilla del Sena, bajo los grandes chopos que agitaba la brisa de la tarde, fue que el caballero apartó de su espíritu toda esperanza de recompensa amorosa, y resolvió sacrificarse por Luisa, cualquiera que fuese el resultado. Pardaillán, entonces, se sintió aliviado de un gran peso, y anunció a

su perro que era llegada la hora de la cena. En seguida se levantó y tomó el camino de «La Adivinadora».

Andaba con tranquilo y ligero paso, que es indicio de robustez, y cuando entraba en la calle de San Dionisio, oyó que alguien corría tras él. Aun cuando la noche era oscura, Pardaillán no se dignó volverse para ver quién era. Al cabo de pocos instantes el desconocido se echó sobre él y los dos chocaron violentamente. El caballero, que no lo esperaba, vaciló, pero reponiéndose enseguida, sacó furiosamente la espada y se disponía a provocar al aturdido que lo había empujado, cuando se sintió clavado en el suelo por estas palabras que pronunció el desconocido:

—¡Por Barrabás! Valía la pena que os echarais a un lado.

Cuando el caballero se repuso de la sorpresa, el desconocido, que no cesó de correr, había desaparecido ya.

«*Yo conozco esta voz y este juramento, estoy seguro de que era mi padre*».

Y a su vez echó a correr, pero ya era demasiado tarde y no vio a nadie en la calle de San Dionisio. En cuanto entró en «La Adivinadora», la primer pregunta que hizo a la señora Landry sirvió para informarse de si, por azar, habían ido a preguntar por él diez minutos antes. Pero ante la respuesta negativa de la hostelera, se convenció de que se había equivocado y entonces lamentó haber dejado huir al hombre que con él tropezara.

Después de haber comido abundantemente, particularidad que lo coloca en una categoría especial en la tribu de los enamorados, que son gente de poco apetito, el caballero se ciñó el cinturón, completó su armamento con un puñalito de sólida hoja, y por las calles silenciosas, negras y desiertas, se dirigió al hotel del almirante Coligny. Como se lo recomendara Diosdado, dio tres ligeros golpes en la puertecilla de servicio y enseguida se abrió el ventanillo, lo que probaba que alguien estaba de guardia permanente tras de aquella puerta. Pardaillán acercó su rostro y pronunció en voz baja las palabras convenidas.

—«Jamac y Moncontour».

En seguida se abrió la puerta, y apareció un hombre cubierto con coraza de cuero y armado de una pistola.

—¿Qué queréis? —dijo con voz bastante ruda.

—Quisiera ver a mi amigo Diosdado —dijo Pardaillán, pensando que no iba a tener más éxito en su visita al hotel del almirante Coligny del que tuviera en la que quiso hacer al mariscal Montmorency.

—Perdonadme, caballero —dijo el hombre volviendo la pistola al cinto—. ¿Queréis decirme vuestro nombre?

—Soy el caballero de Pardaillán.

El hombre contuvo un grito de alegría y abrió la puerta de par en par, haciendo entrar al joven a un patio.

—Señor de Pardaillán —exclamó entonces—. Sed bienvenido. ¡Cuánto deseaba conoceros!

—Perdonad —dijo el caballero—. ¿A quién tengo el honor…?

—No me conocéis, ¿verdad? Pues bien, pronto seremos amigos. Soy el señor de Teligny.

XXVII - Los hugonotes

TELIGNY, yerno del almirante Coligny, era hombre de veintiocho a treinta años. Tenía sólida constitución y se le reputaba muy fuerte en el manejo de las armas, así como muy sabio en el consejo. Tenía exquisitos modales de refinada cortesía, elegante porte, inteligencia muy cultivada, y se comprendía muy bien que la hija del almirante lo hubiera preferido a otros partidos más ricos, y especialmente, según se decía, al mismo duque de Guisa.

Después de haber introducido al caballero en el patio se apresuró a cerrar sólidamente la puerta, llamó a un criado y le entregó su pistola diciendo:

—No esperamos más que a una persona, ya sabes a quién, de modo que no puedes equivocarte, Luego, cogiendo del brazo a Pardaillán, atravesó con él el patio, le hizo subir una hermosa escalera de piedra, y por fin, entraron en una pequeña estancia.

—Estaba yo mismo de guardia —dijo al subir la escalera— porque esta noche tenemos reunión. Aquí están el almirante, el señor de Condé y, además, Su Majestad el rey de Navarra.

Pardaillán no se asombró de la extremada confianza que con él tenía su interlocutor, pero pensó:

«*A ver si voy a asistir también a una reunión opuesta a la que se celebró en "La Adivinadora". Tal vez veré conspirar a los hugonotes después de haber visto cómo lo hacía el duque de Guisa*».

Entre tanto, Teligny, después de haber introducido al caballero en el gabinete, le dio un abrazo, con alegría tan evidente y sincera, que el joven se sintió conmovido.

—He aquí al héroe que ha salvado a nuestra grande y noble reina Juana —exclamó Teligny—. ¡Ah, caballero! ¡Cuántas veces, durante estos últimos días, hemos deseado ardientemente veros y daros las gracias! ¡Qué hermosa acción la vuestra! Y es más notable todavía, por cuanto, no siendo partidario de la religión reformada, no teníais ninguna razón para sacrificaros.

—A fe mía, debo confesaros que no sabía en honor de qué ilustre

princesa desenvainaba la espada; pero excusadme, un asunto grave me ha obligado a venir en busca de mi amigo Diosdado, que tuvo la bondad de ponerse a mi disposición.

—Aquí está también, caballero, y puedo aseguraras que el conde de Marillac está encantado con vos.

Teligny llamó entonces a un criado y le dio una orden. Éste se alejó, no sin que Pardaillán hubiera observado que, como los demás criados de la casa, iba armado hasta los dientes, cosa que daba al hotel de Coligny la apariencia de una fortaleza que se prepara a sostener un sitio. Transcurrieron algunos instantes. Luego se oyeron pasos precipitados, la puerta se abrió y Marillac corrió hacia Pardaillán con los brazos abiertos.

—¡Vos aquí, querido amigo! —exclamó—. ¿Tendré la fortuna de que me necesitéis? ¿Venís por mi bolsa o por mi espada? Las dos están a vuestra disposición.

El caballero, al observar aquel amistoso recibimiento, sintió que el corazón se le dilataba de placer, y se dio cuenta de cuán agradable era para él aquella amistad, acostumbrado como estaba a vivir solo, sin afectos, y obligado a disfrazar sus sentimientos.

—Realmente —dijo— no sé cómo agradeceros…

—Pero si soy yo el que debe sentir agradecimiento, y todos mis amigos también, puesto que salvasteis a nuestra reina. Además, por mi parte, no olvidaré nunca el agradable rato que pasé a vuestro lado.

Teligny, viendo a los dos amigos en conversación, se retiró discretamente. Pardaillán y Marillac se sentaron.

—Os aseguro —dijo el conde de Marillac— que no parece sino que vuestra amistad me haya traído suerte.

—En efecto —dijo Pardaillán—. Tenéis más alegre semblante. ¿Habéis tenido algún feliz acontecimiento?

—Decid mejor una gran dicha.

—¿Cuál? ¡Oh, perdonad mi manía de curiosear!

—Querido amigo —dijo el conde—, siento por vos tal amistad, que aun cuando mi dicha fuera un secreto, y realmente lo es en parte, os daría cuenta de ella, pues no quisiera tener nada oculto para vos. Pero, en una palabra, mi dicha solamente es un secreto, porque no quiero confiarla a los que me rodean, no porque

desconfíe de ellos, sino por temor de que no me comprendieran.

—¿Y creéis que yo tengo más probabilidades para ello? —preguntó Pardaillán sonriendo.

—Tengo la seguridad absoluta. En una palabra. Estoy Enamorado.

Pardaillán dio un suspiro.

—Estoy enamorado desde hace un año, pero hasta el punto de que he dado mi corazón entero para siempre, es decir tal vez como sin duda alguna os enamoraríais ya.

—¡Yo! —dijo el caballero.

—Es decir, que, para mí, nada existe además de la mujer que amo. Si me fuera preciso renunciar a ella, me volvería loco, y si me traicionara…

—¿Qué haríais?

—Nada; me moriría —dijo el conde con grave sencillez—. Ahora voy a explicaros por qué creo que me habéis traído suerte. Vine a París con la convicción de que me había separado de ella para mucho tiempo o tal vez para siempre. De acuerdo con las órdenes que recibí, tuve que ir a Saint-Germain, en donde la reina Juana me confió varios encargos, entre ellos el de daros las gracias. Al dirigirme a París para veros, dio la feliz casualidad que en una cabaña cercana a la ciudad encontré a mi adorada. Sería muy largo contaros los motivos de su estancia en aquel lugar y por esta razón lo dejaremos para otro rato. Sabed tan sólo que puedo verla dos veces por semana, esperando el día feliz de poderla llevar a Bearn y casarme con ella. Mi novia está sola en el mundo y actualmente soy su hermano, hasta el día en que me convierta en su esposo.

—Ahora comprendo vuestra felicidad —dijo Pardaillán suspirando.

—¡Cuán egoístas somos los enamorados! —dijo el conde—. Os estoy fastidiando con mis historias que vos tenéis la cortesía de oír con paciencia, y todavía no os he preguntado…

—He aquí lo que sucede —dijo Pardaillán—. Estoy enamorado como vos.

—¡Qué casualidad! Nos casaremos el mismo día.

—Esperad… Amo, como vos, amigo mío, del modo que habéis expresado. Y también siento que me volvería loco si me separara de

ella para siempre, y que moriría al enterarme de su traición. Únicamente hay la diferencia de que vos podéis ver a vuestra novia dos veces por semana, y yo no le he dirigido nunca la palabra. Vos estáis seguro de ser amado, y yo, en cambio, temo ser odiado por ella. Vos sabéis dónde encontrar a vuestra adorada, pero la mía ha desaparecido. No obstante, quiero hallarla cueste lo que cueste, aun cuando debiera decirme que me detesta. Y por esta razón he venido a solicitar vuestro auxilio.

—Contad conmigo —dijo calurosamente el conde—. Huronearemos los dos juntos en París. ¿Y no podríais prefijar en qué circunstancias ha desaparecido?

Pardaillán refirió brevemente la historia de su amor, su arresto en el momento en que Luisa le llamaba, su prisión en la Bastilla, su salida de ella, y la carta que le habían encargado entregar al mariscal, y, en una palabra, todo lo que ya saben nuestros lectores. Únicamente se calló el nombre de Montmorency, reservándose pronunciarlo en momento oportuno, es decir, cuando dieran principio las pesquisas.

—Tengo una vaga sospecha —añadió terminando— del lugar en que pueda hallarse y del hombre que ha podido tener interés en raptar a Luisa y a su madre. Y si queréis empezaremos nuestras pesquisas por los alrededores del Temple.

—Perfectamente, amigo mío. ¿Cuándo queréis empezar?

—Mañana mismo.

—Bueno, pues desde mañana os pertenezco. Ahora venid, que os presentaré a algunas personas que desean conoceros.

—¿Quiénes son?

—El rey de Navarra, el príncipe de Condé, el almirante… Venid, venid, sin cumplidos, amigo mío. Aquí sois conocido y vuestra salida de la Bastilla habrá de granjearos la admiración de estos grandes señores.

Y, casi por fuerza, Pardaillán fue arrastrado por el conde de Marillac. Éste atravesó rápidamente dos o tres habitaciones y llegó por fin al gran salón de honor del almirante. Allí alrededor de la mesa, estaban sentados cinco personajes, y Pardaillán reconoció enseguida a dos de ellos. Éstos eran Teligny, al que acababa de ver, y el almirante, a quien divisara antes dos o tres veces desde cierta

distancia. En cuanto a los tres restantes le eran desconocidos. El conde de Marillac, llevando cogido del brazo a Pardaillán, avanzó hasta la mesa y dijo:

—Señor, monseñor, señor almirante y señor coronel, he aquí al salvador de la reina, el señor caballero Juan de Pardaillán.

Al oír estas palabras, aquellos personajes que, no sin inquietud, vieron entrar a un desconocido, aunque éste fuera acompañado de uno de los suyos, aquellos personajes, repetimos, dirigieron al caballero miradas llenas de benevolencia cordial y admiración.

—Dadme la mano, joven —exclamó Teligny—. Habéis sido fuerte como Sansón y como David al evitar a la religión reformada una irreparable desgracia. El caballero cogió la mano que se le tendía, con respeto y emoción visibles.

—Yo también quiero estrechar esta mano que salvó a mi madre —dijo entonces con marcado y desagradable acento gascón un joven de diecisiete a dieciocho años, que no era otro que el rey de Navarra, y futuro rey de Francia, con el nombre de Enrique IV.

Pardaillán dobló la rodilla, según costumbre de la época, tomó la mano del rey con el extremo de sus dedos y se inclinó sobre ella con altiva gracia. El personaje sentado al lado del rey era también un joven que no contaba tal vez más de diecinueve años, más en su rostro y en sus modales había algo caballeresco e imponente que faltaba al Bearnés. Era Enrique I de Borbón, príncipe de Condé, primo de Enrique de Navarra. El príncipe de Condé tendió también la mano a Pardaillán, pero en el momento en que éste se inclinaba, lo atrajo hacia él y lo abrazó cordialmente diciendo:

—Caballero, Su Majestad la reina nos dijo que erais un paladín de los antiguos tiempos; hagamos, pues, como ellos cuando se encontraban y abracémonos. Mi primo, el rey de Navarra, lo permite.

—Monseñor —dijo Pardaillán, que en estas palabras reconoció al joven príncipe de Condé—, hoy ya puedo aceptar el calificativo de paladín, pues me lo da el digno hijo de Luis de Borbón, es decir, del más valiente caballero que ha caído en el campo de batalla.

—¡Bien dicho! —exclamó el Bearnés.

El joven príncipe, agradablemente conmovido por aquel elogio que con tacto y oportunidad encantadora dirigió el caballero a su

padre muerto, en vez de tratar de adularlo a él, contestó:

—Sois tan espiritual como valiente, caballero, y tendré gran placer en cultivar vuestra amistad. El último personaje, que nada había dicho todavía, felicitó a su vez al caballero diciendo:

—Si la amistad del viejo d'Andelot os es agradable, la habéis adquirido, joven.

—El coronel d'Andelot —contestó Pardaillán— se equivoca, sin duda, al ofrecerme su amistad; ha querido decir su ejemplo y sus lecciones, y jamás un ejemplo de lealtad, modestia y valentía habrá sido ofrecido a un joven aventurero como yo, que todo ha de aprenderlo aún.

—Exceptuando la cortesanía —dijo el príncipe de Condé.

—Y el valor —añadió el rey—. Caballero, sois muy atrevido y me gustáis. En cuanto a mi viejo d'Andelot, si sus ejemplos son buenos para vos, antes lo han sido para nosotros, ¿no es así, primo? Yo sé lo que digo y no tengo la culpa de que no sea mariscal, pero en cambio le daré la espada dorada de condestable.

—¡Oh, señor, me confundís! —dijo d'Andelot horrorizado. Y como Pardaillán era la causa directa de las halagadoras palabras que acababa de pronunciar el rey, el viejo soldado, muy conmovido, estrechó la mano del caballero y le dijo al oído:

—Joven, sabed que soy vuestro amigo en vida y muerte.

—Como lo digo —continuó el Bearnés—. Tú serás condestable como mi primo de Condé teniente general; al almirante lo haremos gran mariscal de mi Consejo; Teligny, ayudante general de mi caballería, y Marillac será el primero de mis gentilhombres en palacio. Quiero que tanta adhesión reciba un día u otro la recompensa. Quiero ver a mi alrededor ojos risueños y caras satisfechas. Entre tanto, tengamos paciencia. Después de la lluvia viene el buen tiempo. Dejadme crecer y ya veréis. Ahora contentaos con estas promesas.

En efecto, las promesas que el Bearnés acababa de distribuir con tan magnífica liberalidad, y sobre todo con tan buen humor y marcado acento gascón, exagerado para aumentar el efecto de sus festivas palabras, produjeron tan buen efecto, que todo el mundo se echó a reír alegremente.

—Esto me gusta —exclamó Enrique de Navarra—. He aquí los

semblantes que quiero vez a mi lado. Señor caballero, ¿qué diríais de un reino en que todo el mundo se riera de este modo?

—Diría, señor, que tal reino tendría la dicha de ser regido por un rey de talento.

—¡Bravo! —dijo Enrique—. Pero quizá no se necesita tanta inteligencia para hacer a las gentes felices. Un día, en las montañas de Bearn, volvía a mi casa con las calzas destrozadas y el jubón hecho jirones; de tal modo me encaramé por entre los espinos. Me había extraviado y temía que al volver a casa me dieran una paliza. Tenía hambre y sed y, en una palabra, era tan desgraciado cómo es posible serlo, cuando de pronto descubrí una cabaña de leñador de la que salía una canción tan alegre, que enseguida me dije: allí debe estar un hombre feliz. En efecto, el leñador me hizo beber un vino excelente y me invitó a comer algunas manzanas y peras secas que conservaba para el invierno, y una vez qué me hube saciado, me indicó el camino que debía seguir:

«*Señor*» —me dijo—. «*He aquí vuestro camino, y hasta la vista*».

Viendo que me había reconocido, le pregunté:

«*Buen hombre, veo que eres perfectamente feliz, más que yo: es verdad que no te obligan a aprender el griego como a mí y que no tienes miedo de que te den una paliza cuando has ido a coger nidos. ¿Cómo haces para ser tan feliz en tu cabaña?*».

«*¡Oh, señor!*» —me contestó—, «*no sabía que yo fuera tan feliz. Pero, en fin, ya que, según vos, lo soy, creo que mi dicha procede de que nadie se ocupa de querer hacerme dichoso. Estoy perdido en el fondo de estos bosques. Pocos saben que yo exista. Ignoro, pues, qué cosa son los impuestos y todo lo que sirve para hacer felices a gentes contra su voluntad- Procurad recordar estas palabras cuando reinéis, señor*».

—He aquí —dijo terminando el rey de Navarra— lo que me contó el buen leñador. Ya veis, por consiguiente, que no se necesita mucha inteligencia y que basta dejar en paz a las gentes para que se proporcionen a sí mismas la felicidad.

—Vuestra anécdota es encantadora, señor —dijo el príncipe de Condé—, pero permitidme completarla.

—Te escuchamos, primo.

—Hace casi tres años, en la batalla de Jarnac, yo peleaba al lado de mi padre. Ya sabéis la espantosa desgracia que sobre mí cayó

aquel día. Mi padre fue hecho prisionero y a mí me arrastraron los míos a bastante distancia de aquel lugar; me ataron sobre la silla del caballo porque yo quería arremeter solo contra el enemigo a fin de rescatar a mi padre. En los movimientos desordenados que yo hice, mi caballo se volvió y he aquí el horroroso espectáculo que entonces pude contemplar: bajo una alta encina distinguí perfectamente a mi padre: sin duda lo habían herido en el brazo, porque un cirujano estaba ocupado en curarlo. Estaba en pie y algunos caballeros del duque de Anjou lo rodeaban desmontados y de pronto, uno de aquellos miserables avanzó, brilló un relámpago y oí la detonación de una pistola. Inmediatamente cayó mi padre con la cabeza rota y asesinado miserablemente, cuando, en calidad de prisionero, se hallaba bajo la salvaguardia de sus enemigos.

El príncipe de Condé se detuvo emocionado por aquel horroroso recuerdo.

—Me desvanecí —continuó—. Tenía entonces menos de dieciséis años y mi debilidad hubiera sido excusa hasta en un guerrero de mayor edad. Pero antes de desmayarme pude oír que uno de los nuestros exclamaba:

«*Este miserable Montesquieu acaba de matar al príncipe*».

Me creeréis fácilmente si os digo que lloré, pues adoraba a mi padre. No obstante, al cabo de seis meses pensé que tenía otra cosa que hacer además de llorar, y entonces pedí permiso y vine a París.

—¡Ah! —dijo el rey de Navarra—. Nunca nos habías esto.

—Como la ocasión es buena, la aprovecho para hacerlo —contestó el príncipe—. Vine, pues, a París, en donde pronto me enteré de que aquel Montesquieu era capitán de guardias de monseñor el duque de Anjou. Me oculté en casa de uno de mis amigos, que quiso aceptar un encargo que le di…

—Nunca se ha sabido lo que fue de Montesquieu —dijo d'Andelot.

—Paciencia —dijo el príncipe—. El encargo consistía en rogar al capitán que, al oscurecer, fuera a la orilla del Sena, cerca de las antiguas Tullerias. Debo confesar que Montesquieu aceptó galantemente el desafío. Acudí solo a la cita, a la hora indicada, y allí me halló y me dijo:

«*¿Qué me queréis, joven?*».

«*¡Mataros!*».

«*¡Diablo! Sois muy joven, casi me dará vergüenza cruzar el acero con vos*».

«*Decid más bien que tenéis miedo*».

«*¿Quién sois?*» —preguntó asombrado.

«*El hijo de Luis I de Borbón, príncipe de Condé, asesinado por ti en Jarnac*».

—Entonces no hizo ya ninguna objeción. Se quitó la capa y desenvainó la espada; yo hice lo mismo y nos pusimos en guardia sin decir nada más. Yo estaba como loco; no sé ni cómo ataqué ni cómo paré los golpes. La única cosa que recuerdo es que al cabo de unos minutos sentí que mi espada se hundía en algo blando, y a través de la niebla roja que cubría mis ojos vi el acero teñido en sangre y al capitán Montesquieu caído al suelo golpeando con el tacón la arena de la playa, en la que se crispaban sus dedos. Comprendí que iba a morir y entonces, inclinándome sobre él, le dije:

«*¿Alguien te indujo a cometer el asesinato? Habla. Di la verdad, pues vas a morir*».

«*Nadie*» —dijo con voz ronca.

«*¿Nadie? ¿Ni tu amo el hermano del rey?*».

«*Nadie*» —repitió—. «*Obré por propia voluntad*».

«*¿Pero por qué? Di, ¿por qué un crimen en la persona de un prisionero?*».

«*Me había persuadido de que la muerte de él era necesaria para la tranquilidad del reino y que no habría paz ni felicidad posibles en tanto que hubiera gente que se negara a oír misa… Ahora veo que me equivoqué*». —Y dichas estas palabras salió de su herida un chorro de sangre y exhaló su suspiro.

—En cuanto a mí, monté caballo y hui, feliz de haber vengado a mi padre.

—Lo que quiere decir, primo —dijo el rey de Navarra—, que un rey no debe preocuparse por la religión que practiquen sus súbditos. Acepto la moraleja de tu historia, y por lo tanto mis súbditos podrán rezar en francés, griego, o latín.

El Bearnés detuvo de pronto, mientras una arruga cruzaba la frente de Coligny, y añadió para su sayo:

«Y hasta que no recen si quieren, con tal que yo reine en París».

El joven príncipe de Condé guardó silencio, impresionado por el recuerdo que acababa de evocar. Pardaillán lo examinaba con curiosidad y simpatía. Aquel rostro franco y aquella mirada tan pronto impregnada de gran dulzura como de autoridad, aquella cara de encantadora lozanía y de varonil belleza, formaba un violento contraste con la fisonomía del rey. Éste, aun cuando era más joven que su primo, disfrazaba con astucia fanfarrona sus egoístas pensamientos.

El Bearnés con frecuencia y por cualquier causa hablaba en voz alta, sus ojos brillaban, más evitando siempre mirar cara a cara. A menudo hacía chistes con gran facilidad, pero pecaban de groseros. No era antipático ni mucho menos. Era uno de esos egoístas a quienes la multitud perdona muchas cosas porque saben reír. Tuvo la suerte de estar a los servicios de Sally, y es que el pueblo ha conservado cierta amistad por aquellos reyes algo tunantes.

Pero, volviendo a nuestra historia, ¿quién partió con Coligny, el príncipe de Condé rey de Navarra? No tardaremos en saberlo. Lo que de momento nos interesa es la presentación del caballero de Pardaillán a los personajes que acabamos de hacer salir a escena. Por otra parte, la reunión había terminado ya en el momento en que se hizo la presentación, pero, no obstante, se esperaba todavía otra persona importante.

El joven rey de Navarra miraba astutamente al caballero, buscando tal vez, el medio de ganarlo a su causa, cuando se abrió de pronto la puerta y uno de aquellos criados armados, que Pardaillán había observado al entrar, se dirigió al almirante Coligny y le dijo dos palabras al oído.

—Señor —dijo Coligny con alegría, el señor mariscal de Montmorency ha aceptado mi invitación. Está entrando las instalaciones de Vuestra Majestad. Una luz de satisfacción brilló en los ojos del Bearnés, y con su buen humor gascón exclamó:

—¡Mi buen Francisco! Tendré gran placer en verlo. Que entre, que entre. Señor almirante y vos, primo mío, háganme favor de estar a mi lado durante esta entrevista.

Los otros personajes se levantaron para retirarse.

—¿Qué os sucede? —dijo Marillac cogiendo del brazo a

Pardaillán—. ¿En qué puedo ayudaros? Pardaillán se estremeció como si despertara de un sueño. Al oír que el mariscal de Montmorency iba a entrar en aquella sala, se sintió en una especie de estupor.

—¡Perdonadme! —dijo. Y se inclinó el rey de Navarra, el cual a su vez le tendió mano, y le dijo:

—El conde de Marillac me ha informado de que nada os gusta tanto como vuestra independencia y que estáis decidido a manteneros apartado de toda suerte de querellas; no obstante, me inclino a creer que nuestro encuentro tendrá consecuencias y por mi parte os aseguro que me gustaría veros formar parte de los nuestros.

—Señor —contestó Pardaillán—, a tanta benevolencia no puedo contestar más que con entera franqueza. Las guerras religiosas me asustan porque tengo la desgracia de no tener casi ninguna religión, pues mi padre se olvidó de enseñármela.

Pardaillán no observó el movimiento que hizo Coligny ni tampoco pareció sospechar que acababa de decir una enormidad. Al oírla, el futuro Enrique IV se contentó con sonreír y esta sonrisa era muy elocuente acerca de los verdaderos sentimientos religiosos del Bearnés.

—No obstante —terminó diciendo el caballero—, confieso a Vuestra Majestad que si la ardiente simpatía de un pobre diablo como yo puede serle de alguna utilidad, esta simpatía no le faltará en cuanto llegue la ocasión.

—Bueno, bueno, ya continuaremos esta conversación —dijo el rey. Pardaillán salió con Marillac. El anciano d'Andelot y Coligny estaban ya fuera.

—¿Qué teníais hace un momento, querido amigo? —preguntó Marillac—. Parecíais conmovido y todavía estáis pálido.

—Oíd —dijo Pardaillán—. ¿Es, en efecto, el mariscal de Montmorency el que ahora ha llegado para hablar con el rey?

—El mismo.

—Francisco de Montmorency, ¿no es verdad?

—En efecto —contestó Marillac asombrado.

—Pues bien, este Montmorency es el padre de la que amo. Es necesario que le entregue la carta que llevo en mi jubón y que me abrasa el pecho. Si no le entrego esta carta seré un felón y

arrebataré a Luisa toda esperanza de salvación y la protección de su padre; y si, en cambio, se la entrego, este hombre me odiará y Luisa habrá muerto para mí.

HORRIBLE REVELACIÓN

XXVIII - Francisco de Montmorency

EL HOMBRE ESPERADO en el hotel de Coligny y que acababa de ser introducido ante el rey de Navarra, parecía tener unos cuarenta años. Era alto, robusto, y sus miembros tenían la ligereza peculiar de las gentes que se entregan a violentos ejercicios corporales.

Sus cabellos eran blancos, y era asombroso ver canas en una cabeza todavía joven, pues el bigote de color castaño oscuro y la ausencia de arrugas daban una impresión de juventud que desvanecía en parte la mirada de sus ojos apagados, que, sin embargo, expresaba lealtad y valentía. Una lasitud indefinible parecía destruir la armonía de vigor que se advertía en el conjunto de su persona.

Con los años, lentamente, había mitigado el dolor, pero la tristeza era todavía profunda y pesaba sobre aquel hombre del mismo modo que antaño, y he aquí causa de su lasitud. Francisco de Montmorency, parecía un hombre que viviese sin hallar en la vida el menor atractivo. Parecía, en realidad, que su vida se detuvo el día funesto en que, volviendo tan feliz y apasionado de la guerra y de la cautividad, fue herido por la gran desgracia cuyo peso arrastraba todavía, sin poder desprenderse del dulce recuerdo de su amor de juventud.

Era semejante a los viajeros que al desembarcar de una larga travesía hallan su casa incendiada, su familia destruida y la ruina la desgracia por todas partes, y se quedan estupefactos por el exceso de injusticia que los hiere.

Francisco de Montmorency era una de esas personas que no recobran su corazón una vez que lo han dado. Existía aún en su corazón el amor puro que sintiera por Juana de Piennes, pero había tomado otra forma, y puede decirse que, después de la catástrofe,

no pasó hora sin pensar en Juana y sin maldecirla.

Muchas veces experimentó tentación de verla de nuevo, más siempre había refrenado sus deseos y se entregaba a una nueva campaña, o a una empresa política en las que desplegaba su actividad febril, sin conseguir desprenderse del recuerdo que lo obsesionaba. El fantasma de Juana montaba en la grupa de su caballo y entraba con él en los consejos. A veces, en medio de una discusión, se le veía abstraerse, mirar fijamente en el vacío, y entonces ya no oía nada; y aún murmuraba palabras sin sentido. En cambio pensaba poco en Enrique de Montmorency, no porque lo hubiera perdonado, sino porque se había impuesto la obligación de olvidarlo y lo conseguía con bastante facilidad, cosa que no podía lograr al tratarse de Juana. Con tal carácter, con un amor tan arraigado en el corazón, es casi inútil decir que Francisco de Montmorency no pensó en reconstituir su felicidad con otra familia.

No obstante, consintió casarse con Diana de Francia, pero lo hizo para escapar a las tiránicas órdenes de su padre, el anciano condestable. Tal lo hizo también esperando que el amor lo esclavizara de nuevo, pero, de todas suertes estaba convencido que la muerte no tardaría en libertarlo. No se contentó esperar la muerte, sino que la buscó; desgraciadamente para él, la muerte no lo quiso. Su existencia con Diana de Francia fue de convivencia con ella, es decir, una simple asociación. Ella tenía un espíritu cultivado, era ambiciosa y jamás buscó en Francisco al esposo, sino su compañía. Sus ambiciones políticas fracasaron, y observando que Francisco no era muy conspirador, pronto cesó toda clase de relaciones con él. Se veían tras de largos intervalos; en ocho años Francisco de Montmorency trató poco a la princesa, que llevaba su nombre con gran dignidad; es decir, que, si bien tenía numerosos amantes, como confirman las crónicas, se estimó lo bastante y respetó a su marido suficientemente para salvar las apariencias, cosa, que en aquella época, era mucho. Probablemente, Francisco ignoraba la conducta de su mujer porque no tenía ningún interés en conocerla. Diana de Francia no era su esposa más que de nombre.

Debemos añadir que, por dos o tres veces, Francisco de Montmorency tuvo la idea de volver a su castillo señorial. Un día se puso en marcha con la intención decidida de reconstituir la historia

del crimen que había destrozado su vida, a fin de conocerlo en todos sus detalles. En realidad, no conocía más que el hecho escueto, referido por su propio hermano y confirmado por Juana. Quería saberlo todo, interrogar a las gentes y adquirir toda clase de detalles sobre la espantosa desventura. Llegó decidido hasta una altura, de la que, al salir de un bosque, se veía Montmorency y a alguna distancia la aldea de Margency. Más allí sus fuerzas se desvanecieron y detuvo nerviosamente su caballo. Para no mostrar la emoción que lo trastornaba, mandó su escolta que regresara a París.

Cada mirada que dirigía lo lejos despertaba en él un recuerdo, evocando un fantasma dulce y terrible. La contemplación de los lugares en que se ha amado o sufrido, precisa, cuando han transcurrido muchos años, con incomparable nitidez, los sentimientos que empezaban ya a ser confusos en la memoria. Francisco no pudo soportar la idea de que iba a atravesar aquel bosque de castaños en que escuchó las palabras amorosas de Juana, y de que iba a entrar en la vieja casa en que se presentó al señor de Piennes y en la antigua capilla cuya campana en aquel instante resonaba tristemente. Dos lágrimas corrieron por sus mejillas, y por mucho tiempo permaneció allí contemplando el teatro de su felicidad y de su desgracia. Luego se marchó y no le volvió el pensamiento de volver a Margency, pues el verla solamente de lejos le había hecho sufrir mucho.

El destino de los hombres depende a menudo de muy poca cosa; si Francisco hubiera tenido valor para llegar a Margency y recoger allí el testimonio de la vieja nodriza, se habría convencido muy pronto de la perfecta inocencia de Juana de Piennes. Ocurrió, no obstante, una circunstancia en que la verdad del drama que había destrozado el corazón de Francisco hubiera podido aparecer a sus ojos por casualidad. En 1567 se dio batalla de Saint-Denis: entre hugonotes y católicos. Los primeros llevaban la ventaja y habían avanzado hacia París. El condestable Anne hizo una salida, cargó frente de su caballería e hizo gran mortandad entre los herejes. Pero en el combate, el condestable fue herido.

Fue al hotel de Mesmes, que pertenecía su hijo Enrique, duque de Damville. Entonces Enrique estaba en Guiena, donde se

distinguía por su celo en imponer la misa a los herejes. Francisco se hallaba en París, y no había visto a su padre desde hacía tres años. En cuanto tuvo la noticia de que estaba gravemente herido, acudió al hotel de Mesmes seguro de no hallar en él a su hermano. Halló condestable en cama con la cabeza vendada y dictando su última voluntad a un escribano.

En cuanto el viejo Montmorency hubo terminado divisó su hijo mayor que acababa de entrar e intensa impresión de alegría iluminó su rostro. Un canónigo de Nuestra Señora llegó y le administró la extremaunción y los criados, de rodillas, lloraban en la estancia, el condestable les dijo sonriendo que sus lamentos molestarían al canónigo. Casi enseguida recibió al enviado del rey y de Catalina de Médicis, que expresó el vivo dolor de sus reales amos y que conmoviera tambien a aquel embajador que trataba de consolarlo, y le dijo:

—¿Creé que en ochenta años de vida no habré de aprender a morir en diez minutos? Luego hizo salir a todo el mundo, expresando el deseo de quedarse solo con su hijo Francisco. La agonía estaba cercana. La respiración del condestable era ya sibilante y tuvo que hacer un gran esfuerzo para pronunciar algunas palabras que Francisco pudo recoger inclinándose sobre su padre.

—Hijo mío —dijo él—, cuando la muerte está cerca, se ven las cosas de muy distinto modo. También en algunas circunstancias no me he preocupado bastante de vuestra felicidad. Contestadme francamente, ¿sois feliz?

—Tranquilizaos, padre mío. Soy tan feliz como es posible que yo lo sea.

—Vuestro hermano… —Francisco palideció.

—¿No os reconciliaréis con él?

—¡Jamás! —contestó con sorda voz.

El condestable hizo un nuevo esfuerzo para luchar contra la agonía.

—Escuchad… Tal vez es menos culpable… de lo que os figuráis.

Francisco movió la cabeza.

—¿Qué sido de aquella joven? —continuó condestable.

—¿De quién habláis, padre?

—De la hija del señor de Piennes… ¡Ah!… me muero… Francisco…

—Padre, calmaos, todo eso ha muerto para mí.

—Francisco, te digo… que es necesario… hallar a ella y a su…

El condestable no tuvo tiempo de pronunciar la palabra que estaba ya en sus labios. Entró la agonía, balbuceó frases y expiró. De esta manera el secreto de Juana de Piennes no llegó a Francisco de Montmorency, el cual tampoco trató averiguar porque padre quería que buscase a Juana.

«*Capricho de moribundo*» —pensó.

Se enterró al condestable con pompa casi real, y desde los Guisas, que temían su poder, hasta Catalina de Médicis, que con impaciencia había soportado su grandeza, todo el mundo sintió alivio por aquella muerte. Únicamente Francisco lloró con sinceridad a aquel hombre con el que desaparecía toda una época.

Después de la batalla de Saint-Denis, Francisco vivió de los campos de batalla. Un día que la reina madre le ofreció ejércitos para ir a combatir a los hugonotes, rehusó diciendo que consideraba a los partidarios de la religión reformada como hermanos de armas y no como enemigos que fuera necesario combatir. Tal actitud le valió las sospechas y el odio de Catalina de Médicis, que en vano trató penetrar sus secretos enviándole a Alicia de Lux, pues ella fracasó en su propósito.

Por otra parte, Francisco no tenía secretos; no hacía más que retirarse de las luchas en que había tomado parte por obedecer al condestable. Esta actitud fue causa de que también lo vigilara un numeroso partido que se formaba entonces y que veía en él a un posible jefe. Dicho partido, indignado de ver correr tanta sangre en nombre de la religión, tendía restablecer la armonía entre todos los franceses, tanto hugonotes como católicos. Se llamó partido de los Políticos. Francisco fue su jefe, algo a pesar suyo, pero seducido por la idea de una paz duradera y sincera.

A la sazón recibió un día la visita del conde de Marillac, que iba comisionado por Juana de Albret y obtuvo del mariscal la promesa de celebrar una entrevista con el rey de Navarra. Éste, que había ido a París secretamente en compañía del conde Coligny, se preparó recibir la visita de Francisco de Montmorency. En el día y hora

convenidos, el mariscal se presentó el hotel de la calle de Bethís. Ya se ha visto el efecto que produjo el anuncio de su llegada al caballero de Pardaillán. Dejaremos a él que explique a su amigo Marillac las causas de su emoción y seguiremos al mariscal en su entrevista con Enrique de Bearn, entrevista que tiene en nuestro relato considerable influencia.

El Bearnés recibió al mariscal con aire grave. Sobresalía, en efecto, en el arte de acomodarse al modo de ser de las gentes: entusiasta donde pudiera seducir al pueblo, o triste según el carácter del hombre a quien hablaba.

—¡Salud! —dijo— ¡al ilustre defensor de Thé!

El saludo era anroní. Entre los hechos de armas del mariscal no había ninguno que le mereciera tanto aprecio como la defensa de Thé, ya sea por ser obra de su juventud o porque con ése se relacionaban sus más queridos recuerdos.

Francisco se inclinó el rey.

—Señor —le dijo—, me habéis hecho el honor de citarme para hablar conmigo sobre la situación general de los partidarios religiosos. Espero que Vuestra Majestad se dignará decir sus intenciones y yo le contestaré con franqueza.

A pesar de su astucia, el Bearnés se sintió asombrado por aquella precisión un poco seca. Esperaba palabras de doble sentido y en cambio se hallaba ante un hombre que pretendía hablar sin ambages.

—Sentaos —dijo para darse el tiempo de reflexionar—; no permitiré que el mariscal de Montmorency permanezca en pie, mientras estoy sentado yo, que no soy sino aprendiz en la carrera de las armas.

—¡Señor! El respeto…

—Lo quiero —dijo Enrique, sonriendo.

Entonces Montmorency obedeció.

—Señor mariscal —continuó el rey después de unos momentos de silencio, durante los cuales estudió la viril fisonomía de su interlocutor— no os hablaré de la confianza que tengo en vos. Aunque hayamos combatido en campos opuestos, siempre os he tenido singular estimación, y la mejor prueba es que sois la única

persona en París que conoce mi estancia en el asilo que he elegido.

—Esta confianza me honra —dijo el mariscal— pero me permitiré decir a Vuestra Majestad que no hay un solo noble capaz de traicionar este secreto.

—¿Lo creéis así? —dijo el rey con escueta sonrisa—. No soy de vuestra opinión y os repito que sois la única persona a quien he podido hacer venir con la certeza de dormir tranquilo esta noche.

El mariscal se inclinó sin contestar.

—El resultado de esta confianza es que voy a hablaros con el corazón en la mano y que, desde el primer momento, os revelaré motivo de mi viaje a París.

Coligny y Condé dirigieron al rey una mirada llena de asombro, pero el Bearnés no la vio o fingió no verla y con voz muy tranquila continuó:

—Señor mariscal, tenemos la intención de apoderarnos de Carlos IX, rey de Francia. ¿Qué os parece?

Coligny palideció, y Condé se puso a jugar muy nervioso con las agujetas de su jubón. La entrevista había sido llevada repentinamente a una altura en extremo peligrosa. Sin embargo, el mariscal ni siquiera pestañeó, y su voz continuó tan tranquila como la del Bearnés.

—Señor —dijo—. ¿Vuestra Majestad me interroga sobre la posibilidad de la aventura, o sobre las consecuencias que podría acarrear el fracaso?

—Ya hablaremos más adelante de ello, señor mariscal. Por el momento deseo saber vuestra opinión sobre la justicia de este acto que ha llegado a ser necesario. Veamos, ¿qué os parece? ¿Os decidiréis en favor nuestro, o contra nosotros, o guardaréis, por el contrario, neutralidad?

—Todo depende, señor, de lo que queráis hacer del rey de Francia. No he recibido ni agravios ni ofensas de Carlos IX, pero es mi rey y le debo ayuda y fidelidad. Todo noble es felón si no corre a socorrer a su rey cuando está peligro. Así, pues, señor, si tenéis la intención de hacer violencia al rey de Francia y poner en el trono a alguno de sus parientes, estoy contra vos. Si, en cambio, tratáis de obtener justas garantías para el libre ejercicio de vuestra religión, permaneceré neutral, pero en ningún caso os ayudaré en vuestra

empresa.

—He aquí lo que se llama hablar claro. ¡Cuánto me place conversar con vos, señor mariscal! Ahora voy a deciros por qué hemos resuelto apoderarnos de mi primo Carlos. Sé, y conmigo lo saben muchos, que la reina madre prepara nuevas guerras. Nuestros recursos están agotados, tanto en hombres como en dinero, y ya no podemos hacer frente al rey de Francia. Sin embargo, ahora estamos más amenazados que nunca. Si Carlos marchara al frente de sus ejércitos ¿no trataría yo de hacerlo prisionero?… Estamos de acuerdo en este punto, me figuro.

—Sí, señor, y si yo tuviera el honor de ser vuestro vasallo en vez de serlo del rey de Francia, con gusto os ayudaría en vuestro proyecto.

—Muy bien. Queda, pues, la cuestión de saber lo que haremos del rey una vez sea nuestro prisionero.

—En efecto, señor, ése es un punto muy delicado.

El Bearnés, muy pensativo, le dirigió una mirada. ¿Qué había en el porvenir cuyas sombras trataba entonces de penetrar? ¿Acaso la corona de Francia? ¿Tal vez trataba de aparecer leal ante aquel hombre que era la lealtad personificada? Sea lo que fuere, su rostro perdió aquella astuta expresión no exenta de melancolía y grandeza, y dijo:

—Señor mariscal, por mi padre Antonio de Borbón, soy descendiente en línea directa de Roberto, sexto hijo de Luis IX (San Luis), soy el primer príncipe de la sangre de la casa de Francia. Tengo, pues, algún derecho para inmiscuirme en los asuntos del reino, y si se me ocurriera pensar que tal vez un día la corona de Francia debería ceñir mis sienes, tal pensamiento no sería ilegítimo. Pero los Valois reinan por la gracia de Dios, y así, pues, esperaré la gracia de Dios para saber si los Borbones, a su vez, deben ocupar este trono, el más hermoso del mundo. Y mi intención es de no ayudar en nada a la voluntad divina… En este punto por lo menos. Ya veis que he penetrado vuestro pensamiento, querido duque.

—Señor, lejos de sospechar de las intenciones de Vuestra Majestad, no quiero permitirme el tratar de descubrirlas; decía solamente, y lo repito, que no quiero emprender nada contra mi rey.

—Creo haberos dado una satisfacción. No envidio la corona de Carlos. Que reine mi querido primo tanto como pueda reinarse cuando se tiene por madre a una Catalina de Médicis; pero, por Dios, si no tenemos animosidad contra Carlos, ¿por qué la tiene él contra nosotros? ¿Por qué estas persecuciones a pesar de la paz de Saint-Germain? ¿Por qué hace una diferencia entre los que van a misa y los que no van? Es preciso acabar con todo esto, y como no tenemos bastante fuerza para sostener una campaña, es necesario obtener por la persuasión lo que la guerra no puede darnos. Para ello, es necesario que yo pueda hablar con Carlos tranquilamente y como hablo con vos en este momento. Así, ¿no es un acto legítimo el que vamos a emprender para tratar de apoderarnos de Carlos? No le hacemos ningún mal y le concederemos, además, la libertad de aprobar o rechazar mis proyectos. Quiero, sencillamente, hablarle a solas para que no sufra influencias extrañas.

El Bearnés acababa de efectuar un cambio de frente que el mismo Coligny no pudo por menos que admirar. En efecto, ya no se trataba de una captura, de un acto de guerra, sino de una conversación en que los dos partidarios contrarios serían libres de firmar o rechazar el convenio propuesto.

—En estas condiciones —acabó el rey de Navarra— ¿puedo contar con vos?

—¿Para apoderaras del rey?, señor, Franqueza por franqueza: estoy aquí y los vuestros son numerosos. ¿Puedo hablaras con tanta franqueza como exige mi conciencia sin temor que la muerte…?

Coligny avanzó un paso y dijo:

—Duque, sois mi huésped. Decid lo que queráis y os aseguro que saldréis de aquí sin que os hayan tocado un pelo de la ropa. Hablad ahora.

—Quería decir lo siguiente: Olvidaré la entrevista a la que he tenido el honor de ser invitado, pues vuestro proposición no entra de lleno en mi modo de ser… Pero os doy mi palabra, señor, de que, sin prevenirle, haré todo lo que pueda para proteger al rey Carlos.

—Envidio a mi primo Carlos el tener amigos como vos —dijo el Bearnés dando un suspiro—, y me consideraría feliz si todos mis enemigos se os parecieran.

—Vuestra Majestad se engaña en estos dos puntos, no soy de

Carlos, soy un servidor de Francia. En cuanto a ser vuestro enemigo, señor, os juro que nadie ha hecho votos más ardientes que yo para que lo hugonotes sean tratados con justicia.

—Gracias, mariscal —dijo el rey algo despechado—. Así que no podemos contar ni con vos ni con vuestros amigos.

—No, señor —dijo Francisco con firmeza—, pero permitidme que añada que si un día me llamaran a una entrevista que se celebrara entre vos y el rey de Francia…

—¿Qué? —dijo Coligny con ansiedad.

—Si esa entrevista tuviera efecto —continuó— y si Su Majestad Carlos IX me llamara, no trataría de averiguar cómo se había preparado y apoyaría con todas mis fuerzas las decisiones del rey, sin miedo de proclamar que yo, católico, estoy disgustado por la actitud de los católicos.

—¿Esto haría, duque? —exclamó rey de Navarra, cuyos ojos brillaron de alegría.

—Os doy mi palabra, señor —contestó—, y, además, os aseguro que una vez haya salido de esta casa, voy a tomar mis medidas para que se consienta libremente en celebrar la entrevista a que antes he aludido.

—Sois valiente, leal y fiel —dijo Coligny tendiendo su mano al mariscal.

—Duque —dijo el Bearnés—, tomo nota de vuestras promesas y espero que la entrevista se celebrará. Id duque; siento gran satisfacción al saber que no sois nuestro enemigo.

—Yo, señor, puedo aseguraros que os guardaré el secreto, exceptuando siempre los casos en que se trate de ciertas empresas —dijo Francisco sonriendo ligeramente.

Dichas estas palabras, el mariscal se retiró con el almirante. Mientras atravesaban el patio, precedidos por dos lacayos, pero sin luces, pues el hotel debía pasar por deshabitado a las miradas de los vecinos, dos hombres se acercaron vivamente a Francisco de Montmorency. Éste, confiando en la palabra del almirante, no hizo un gesto de detención, a pesar de figurarse que le iban a dar una puñalada. Pero su sospecha se disipó al instante, oyendo que uno de los hombres le decía:

—Señor mariscal, ¿queréis permitirme presentaros a uno de mis

amigos al mismo tiempo que os ruego me perdonéis lo intempestivo de la presentación?

—Vuestros amigos lo son míos, conde de Marillac. —Dijo Francisco reconociendo al que le dirigía la palabra.

—He aquí caballero de Pardaillán, quien desea comunicaros algo urgente.

—Caballero —dijo el mariscal a Pardaillán— durante todo el día de mañana permaneceré en mi palacio y tendré satisfacción en recibiros.

—No, mañana, no —dijo Pardaillán con alterada voz—. Sino ahora mismo es que solicito el honor de hablar con el mariscal de Montmorency.

La emoción de la voz y la entonación de la frase a la vez imperativa y cortés, causaron profunda impresión al mariscal. Colígny, asombrado de aquella escena, pero seguro de que Pardaillán no tenía Intenciones sospechosas, intervino entonces para decir:

—Mariscal, os presento al caballero como a uno de los hidalgos más valientes y leales que he conocido.

—He aquí un elogio que, al salir de tal boca os hace mi amigo, joven —dijo Francisco—. Venid, pues, conmigo, ya que el asunto de que queréis hablarme no permite demora.

Al oír la palabra amigo, Pardaillán se estremeció. Se despidió de Marillac mientras el duque hacía mismo con Colígny, y los dos hombres salieron Juntos. Tal era la confianza de Montmorency, y su temor de comprometer el secreto del rey de Navarra que no había llevado con él ninguna escolta. Pero entonces, acompañado de Pardaillán llevaba una que un rey le habría envidiado. Sin embargo no tuvieron ningún encuentro desagradable.

El trayecto de la calle de Thuisy al palacio de Montmorency fue recorrido rápida y silenciosamente, pues, con gran asombro por parte del mariscal, su joven compañero no dijo una palabra durante el camino y él, por su parte, tenía bastante cortesía para no interrogar a las personas cuando les placía callarse. Hizo entrar al caballero en un gabinete del hotel que daba a la gran sala de honor. En aquel mismo gabinete, Juana de Piennes fue, en otra ocasión, obligada por el anciano condestable, a firmar la renuncia al

matrimonio secreto, cosa que Francisco había ignorado siempre.

—Os dejo un instante —dijo el mariscal—. El tiempo necesario para quitarme la coraza de cuero y la cota de malla y al decir estas palabras, observaba al joven, pero ése contentó con inclinarse respetuosamente.

«*Ciertamente*» —dijo Francisco retirándose—, «*no tiene aires de perdonavidas*».

Una vez solo, Pardaillán se secó sudor que corría por su frente. Por fin llegaba el instante tan deseado y temido. Iba a revelar a Francisco de Montmorency que tenía una hija. El mariscal iba a saber que si hasta entonces había ignorado la existencia de aquella hija, que si había repudiado a Juana de Piennes; que si había sufrido tal vez y que si se había cometido una tremenda injusticia, lo debía todo a un Pardaillán y uno de este mismo nombre era el encargado de repararlo. Había llegado el momento en que iba a constituirse en el acusador de su padre y a perder también para siempre a Luisa.

«*Es preciso*» —decía mirando a su alrededor.

De pronto, su mirada se fijó un retrato colgado en el lado obscuro del gabinete, y Pardaillán, al verlo, sintió un estremecimiento. Contemplando aquel retrato con avidez le tendió manos.

—¡Luisa! ¡Luisa! —murmuró y enseguida pensó:

«*¿Cómo es posible que el mariscal posea un retrato de la hija cuya existencia ignora?*».

Pero pronto, a fuerza de examinar las facciones delicadas de la joven maravillosamente hermosa que representaba la tela, comprendió la verdad.

«*No es Luisa, sino su madre cuando era joven*».

En aquel momento, Francisco de Montmorency entró el gabinete y vio al joven extasiado ante el retrato de Juana de Piennes. Avanzó hacia Pardaillán y le puso una mano sobre el hombro. El caballero dio salto como si le hubieran arrancado violentamente de un sueño.

—Excusadme, señor mariscal —dijo.

—¿Mirabais a esta mujer?

—En efecto.

—Y sin duda la hallabais bella, adorable…

—Así es, señor. Esta noble dama es de una belleza tal que me ha impresionado.

—¿Y tal vez en vuestra alma, todavía llena de ilusiones, os decís que seríais feliz de hallar en vuestro camino una mujer semejante a ésta, con estos mismos ojos llenos de franqueza, con sonrisa igualmente dulce y tal expresión de pureza?

El mariscal parecía presa de extraordinaria emoción. Ya no miraba a Pardaillán y sus ardientes ojos estaban fijos en el retrato, mientras un profundo suspiro salía de su pecho.

—Habéis leído mi pensamiento, monseñor —dijo Pardaillán con triste acento—. En efecto, soñé que si hallara a una mujer cual ésta, la adoraría le dedicaría mi vida entera, seguro de que una mujer capaz de sonreír de este modo y de mirar con esos ojos, es incapaz de abrigar un mal pensamiento. Además, pensaba que el hallazgo de tal mujer, sería para mí una desgracia, porque tan alta señora no podría fijarse en un pobre aventurero como yo.

Amarga sonrisa se dibujó los labios del mariscal.

—Joven —dijo—, me gustáis no sólo por el elogio que de vos ha hecho el almirante esta noche, sino porque vuestro aspecto y la franqueza que advierto en vuestra mirada, me inspiran por vos verdadera simpatía.

—Me confundís, monseñor —dijo Pardaillán con emoción que sorprendió mariscal—. No puedo creer que vuestras palabras sean otra cosa que una cortesía digna de vos.

—Esta simpatía es tan real —contestó mariscal— que voy a referiros una historia muy antigua que hace mucho tiempo no he contado a nadie. Esto tal vez me aliviará. Me sois desconocido; no obstante, si tuviera un hijo desearía que se os pareciera.

—¡Oh, monseñor! —exclamó con extraña exaltación.

—Sentaos en esta silla, frente al retrato, ya que os ha impresionado.

Pardaillán obedeció mientras que el mariscal al sentarse lo hizo dando la espalda al cuadro.

—Esta mujer —dijo entonces Francisco de Montmorency— fue esposa de uno de mis amigos. Ella era pobre, su padre enemigo de la familia de mi amigo. Él la vio, la amó se casó ella. Más, para hacerlo, tuvo que desafiar la maldición paterna, rebelarse contra su

padre, que era un alto y poderoso señor. El mismo día de su casamiento, mi amigo tuvo que marchar a la guerra y al volver ¿sabéis lo que supo?

Pardaillán guardó silencio.

—La joven de la frente pura, —continuó con voz tranquila— era una ramera, pues desde antes de la boda hacia traición a mi amigo. Joven, desconfiad de las mujeres.

Pardaillán recordó los consejos que su padre le había dado antes de marcharse.

El mariscal frunció el ceño y continuó sin emoción aparente:

—Mi amigo había puesto en aquella mujer todo su amor, su esperanza, su felicidad, su vida, y se vio llevado a sentir odio, desesperación y a ser desgraciado; en una palabra, puede decirse que murió. ¿Cuál fue causa de todo ello? Sencillamente al darse cuenta de que la mujer adorada era una cualquiera.

Pardaillán, al oír estas palabras, se levantó y encarándose al mariscal le dijo con firme acento:

—Vuestro amigo se engaña, monseñor.

Francisco le dirigió caballero una mirada de sorpresa, no comprendiendo lo que le quería decir.

—… O, mejor dicho —continuó— os engañáis.

El mariscal se imaginó que el joven, todavía lleno de fe en el amor, protestaba de un modo general contra las acusaciones que los hombres dirigen a las mujeres, de manera que haciendo un gesto de indiferencia, dijo:

—Bueno, dejemos esto y vamos al motivo de vuestra visita. ¿En qué puedo seros útil?

Pardaillán dirigió una mirada al retrato de Juana de Piennes, como para tomarla por testigo del sacrificio que, llevaba a cabo. Luego su rostro adquirió tal expresión de gravedad, que el mariscal empezó comprender que realmente se trataba de un asunto serio.

—Monseñor —empezó Pardaillán— vivo en la calle de San Dionisio, en la posada de «La Adivinadora». Frente a él se alza una casa modesta, como puede serlo la que habitan las pobres gentes que se ven obligadas a trabajar para asegurar su subsistencia; las dos mujeres de las cuales he venido a hablaros, monseñor, forman parte de estas pobres gentes a que me refiero.

—¡Dos mujeres! —dijo el mariscal extrañado.

—Sí, madre e hija.

—Madre e hija; ¿y cómo se llaman?

—Lo ignoro, monseñor…, mejor dicho, no quiero decirlo todavía. Antes quiero que os intereséis por estas dos nobles criaturas tan injustamente desgraciadas, y para ello es preciso que os relate su historia.

—Os escucho —dijo con más benevolencia hacia su interlocutor que para las dos desconocidas.

—Estas dos mujeres —continuó el caballero— son consideradas en el barrio como dignas de todo respeto. La madre sobre todo. Hace unos catorce años que habita aquella pobre casa y nunca la maledicencia ha podido cebarse en ella. Todo lo que se sabe es que se mata trabajando haciendo tapicerías para dar a su hija una educación de princesa, porque la joven sabe leer, escribir, bordar e iluminar misales. Además es un ángel de dulzura y…

—Caballero —dijo Montmorency—, defendéis la causa de vuestras humildes protegidas con tal ardor, que, desde luego, estoy dispuesto a hacer en su obsequio cuanto me pidáis. ¿Qué es? Hablad.

—Un poco de paciencia, señor mariscal. He olvidado decir que no se la conoce más que por el nombre de la Dama Enlutada. En efecto, siempre se la ve vestida de luto. Sin duda hay en aquella existencia tan noble y tan pura una espantosa desgracia —continuó con alterada voz—. Yo quisiera remediar esta desgracia a todo trance, porque uno de los míos fue la causa de ella.

—¿Uno de los vuestros, caballero?

—Sí, mi padre, mi propio padre, el señor caballero de Pardaillán.

—¿Y qué hizo vuestro padre…?

—Voy a decíroslo, monseñor, y os relataré al propio tiempo la catástrofe que hirió a aquella noble dama. Sabed, pues, que se casó, y que su marido tuvo que ausentarse por mucho tiempo. Ya lo veis, es casi como la historia que referisteis…

—Continuad, caballero.

—Después de la partida de su marido, cinco o seis meses más tarde, la dama de que hablo dio luz a una niña. Inesperadamente

llegó su marido… y entonces mi padre cometió crimen.

—¿El crimen?

—Sí, monseñor —dijo Pardaillán con voz ahogada—. El crimen; y la palabra que digo ahora, le costaría la vida a quien la repitiera. Mi padre raptó la niña, y la madre, que la adoraba, y que hubiera muerto para ahorrar una lágrima a su adorada hijita…, la madre, monseñor, se vio en esta horrorosa alternativa: O consentiría en pasar a los ojos de su marido por perjura y adúltera, o su hija moriría.

Francisco de Montmorency se puso horriblemente pálido y le faltaba el aire. Se arrancó cuello de su jubón.

—¡El nombre! —gritó voz ronca.

—Aun no puede decíroslo, monseñor.

—¿Cómo lo habéis sabido? ¡Decid! —exclamó poniéndose en pie y en extremo trastornado.

—He aquí el fin… Estas dos mujeres, la madre y la hija, acaban de ser raptadas y han hecho llegar a mis manos una carta dirigida a un gran señor.

Pardaillán dobló la rodilla, buscó en su jubón y, uniendo la acción a las palabras dijo:

—He aquí carta, monseñor.

Montmorency no observó el homenaje real que le rendía el caballero. Sólo vio la carta que le tendía abierta. No la tomó enseguida, sino que cayó en un sillón, anonadado por las noticias que acababan de darle.

—Leed, monseñor —dijo Pardaillán—. Leed y cuando lo hayáis hecho, interrogadme, porque, si bien no fui testigo del crimen, soy, por lo menos, el hijo del hombre que la carta denuncia a vuestra cólera y este hombre, mi padre, me ha hablado: y si me dijo cosas que antes no comprendí, no por eso están menos grabadas en mi memoria. Leed, monseñor.

Entonces el mariscal tomó carta con temblorosas manos.

«*Veamos*» —se dijo Francisco—. «*Todo esto es un sueño, cuando despierte, la realidad me parecerá más horrible. Seamos hombres. Todo ello no es más que un sueño, y esta carta una ilusión. Vamos a ver lo que dice*».

En seguida reconoció letra de Juana. Resistió la tentación de

llevar a sus labios aquel papel que ella había tocado, aquellos caracteres trazados por la mujer amada que aún tenían el privilegio de conmover al hombre a quien iban dirigidos. Leyó la carta y en cuanto hubo terminado se volvió al retrato, sacudido por terribles sollozos, y arrodillado, levantó los brazos hacia la adorada imagen y exclamó:

—¡Perdón! ¡Perdón!

Luego quedó, sin conocimiento. El caballero corrió seguida a socorrerlo y no juzgando oportuno llamar a nadie se las ingenió para lograr reanimar al mariscal le echó agua sobre la frente y le aflojó el jubón. Al cabo de algunos minutos el desvanecimiento cesó, Francisco abrió ojos. Se levantó enseguida. Pardaillán quiso hablar.

—Callaos —murmuró—. Callaos. Ya hablarémos más tarde. Entre tanto esperadme aquí. Prometedlo.

—Os lo prometo —dijo Pardaillán.

Montmorency se guardó la carta en el jubón y salió del gabinete. Corrió a la cuadra y el caballero oyó el galope de un caballo que se alejaba. Francisco atravesó París al galope, guiando por inercia el caballo y tratando de restablecer el orden de sus ideas. El caballo se detuvo ante la puerta de Montmartre, cerrada como todas las de París.

—¡Abrid, por orden del rey! —gritó.

El jefe de guardia salió y reconociendo al mariscal, se apresuró hacer abrir la puerta y bajar el puente levadizo que en aquellos revueltos tiempos se levantaba todas las tardes. El mariscal desapareció de la vista en un instante y los soldados de la guardia se dijeron que algún acontecimiento grave debía de haber sobrevenido. Tal vez se había sorprendido un alijo de armas de los hugonotes.

En el campo silencioso y negro se oía gritar a Francisco algunas palabras que cubrían las sonoridades del galope de su caballo. Poco a poco la furia de la carrera apaciguó su sentimientos.

—¡Viva!… ¡Inocente!… ¡Juana! ¡Una hija mía!…

Cuando Francisco llegó a Montmorency, cerca de Margency, se sentía más tranquilo, porque el júbilo ocupaba, a la sazón, el lugar en que sólo había reinado el dolor. Se dirigió sin vacilar hacia la

casita en que apareciera ante Juana y Enrique.

—Dios quiera que viva la anciana nodriza —se decía.

Aun cuando muy vieja, la pobre mujer y su marido vivían aún, y al oír los fuertes golpes que dio en la puerta, el marido se despertó, se vistió, y armado de un viejo arcabuz, fue hacia la puerta y preguntó través de la rendija:

—¿Quién va?

—¡Abrid, por Dios vivo!

La anciana nodriza se acercó cubierta con una capa, y cogiendo la mano de su marido le dijo:

—Es él.

—¿Quién?

—El señor de Montmorency y de Margency. Abre. Seguramente lo sabe todo cuando viene. —Y desatrancando la puerta, dijo—: Entrad, monseñor. Os esperaba. Entrad. No quería morirme sin veros, pues sabía que vendríais.

El hombre, entre tanto, había encendido una tea que humeaba dando triste luz al cuadro. Montmorency entró. Iba con la cabeza desnuda y el jubón destrozado. Sus espuelas estaban teñidas en sangre y se oía al pobre caballo que, con las piernas temblorosas, respiraba afanosamente.

Francisco se dejó caer jadeante sobre un escabel. A la luz roja de la antorcha vio la anciana en pie ante él, tratando de enderezar su cuerpo encorvado por la edad y el trabajo. Y, cosa extraña, como si ella hubiera comprendido que en aquel momento las distancias se borraban, la humilde campesina interrogó al alto y poderoso señor.

—¿Deseáis saberlo todo?

—Sí —contestó mariscal tembloroso, en tanto que la anciana parecía muy tranquila, tal vez porque las emociones no tenían ya influencia sobre ella.

—Os habéis enterado de lo sucedido ¿verdad?

—Sí.

—Venid, pues, hijo mío —dijo la anciana.

El señor de Montmorency no se asombró que aquella pobre mujer, personaje infinitamente pequeño en su ducado, lo llamara su hijo, y la anciana, por su parte, tampoco se asombró haber proferido aquella expresión, pues a Juana muchas veces la había

llamado hija en gracia del cariño que por ella sentía. Francisco se levantó siguió la anciana, que andaba despacio encorvada y apoyada en un bastón.

—Alú —dijo a su marido.

Abrió una puerta en el fondo y el mariscal entró. Se halló en una pequeña estancia cuyo mobiliario casi elegante contrastaba con el resto de la miserable vivienda. Había allí sillones de, lujo asombroso en aquella cabaña, y una gran cama de columnas. En la pared había dos o tres imágenes, una Virgen toscamente iluminada, un Judío Errante, un crucifijo y, precisamente encima de la cabecera, una miniatura en la que el mariscal se reconoció; sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Aquí vino la señorita Juana al día siguiente de vuestra partida, señor, y en esta cama permaneció meses como muerta, porque le dijeron que la habíais abandonado. Aquí, rezó, y suplicó a vuestro nombre en su delirio.

El mariscal cayó de rodillas y un sollozo se escapó de su pecho. La anciana se calló ante el dolor y la meditación de su señor, en tanto que a la entrada de la habitación estaba el campesino alumbrando la escena con su antorcha resinosa. Cuando el mariscal se levantó, la nodriza de Juana prosiguió:

—Aquí volvió a la vida y desde entonces se vistió luto.

«*La Dama Enlutada*» —se dijo Francisco.

—En esta cama, monseñor, nació Luisa; vuestra hija. El nacimiento de la niña salvó la madre, pues ella, que se debilitaba cada día más, halló en sí fuerza para vivir por la pequeña. A medida que Luisa crecía, la madre adquirió nueva vida, y cuando la niña sonrió la primera vez, su madre, por vez primera desde vuestra partida, sonrió también.

Francisco, con el dorso de la mano, se limpió sudor que inundaba su frente.

—¿Queréis saber el resto? —preguntó la nodriza.

—Todo, todo lo que sepa.

—Venid, pues —dijo la anciana.

Salió de la casa seguida paso a paso por Montmorency. El campesino los acompañó, pero sin la antorcha. La noche era clara y el valle estaba iluminado por la luz de la luna, con sus masas de

sombra claramente recortadas sobre la tierra. Al lado de un seto la vieja se detuvo y señaló la casita con su brazo.

—Mirad, monseñor —dijo—, desde aquí se ve la ventana que en este momento alumbra la luna. Desde este sitio y en pleno día se divisaría muy bien a uno que estuviera de pie en el interior de la casa y al lado de la ventana y se podrían ver todos los gestos que hiciera.

«*Mi hermano estaba allí, cerca de la ventana, cuando entré*» —se dijo Francisco.

Y Montmorency vio nuevo a Enrique cerca de la ventana, con el birrete en la mano, y a la sazón lo veía mejor que en la realidad, pues comprendía el valor de algunos gestos de su hermano, La vieja, entonces, se volvió su marido y le dijo:

—Cuenta lo que viste.

El hombre se acercó, e inclinándose ante su señor, dijo:

—Recuerdo perfectamente los hechos de aquel día, como si hubieran sucedido ayer. Durante toda la mañana trabajé en el campo que se ve detrás de este seto, y habiéndome tendido a la sombra para dormir, al despertar vi lo siguiente: Un hombre estaba a dos pasos de mí, llevando algo envuelto en su capa. Parecía un oficial del castillo y yo me estuve quieto a causa del miedo que siempre me han inspirado los oficiales y gentes de armas. Estuvo allí tal vez media hora y yo no me moví. De pronto se puso en pie y se marchó con gran rapidez y el cuerpo encorvado a lo largo de los setos. En el momento de marcharse vi lo que llevaba debajo de la capa: era una criatura, pero no pude suponer que era la hija de nuestra señora. Esto es lo que vi monseñor, tan cierto como que vos estáis a mi lado. Al regresar a casa supe que habíais llegado y que nuestra señora acababa de marcharse.

Entonces la nodriza añadió:

—Lo que pasó entre ella, y vos, y monseñor Enrique, no lo supe enseguida, sino que lo adiviné por las palabras desesperadas que se le escaparon de la pobre madre. Luego llegó un hombre trayendo la niña y la madre estuvo a punto de perder la razón a impulsos de la alegría. Inmediatamente salió con el propósito de ir a vuestro encuentro y prohibió que la siguiéramos. ¿Qué sido de ella? No lo sé… Desde entonces la lloro como si estuviera muerta. He aquí lo

que sabemos, monseñor. Durante los primeros años, cuando yo era todavía bastante fuerte, el día del aniversario de la desgracia iba cada año a París, pero nunca pude ver a Juana. Ahora ya no la lloro, pues mis ojos ya no tienen lágrimas, pero bendeciré al que nos diga: «Vive y será feliz una vez que se hayan reparado tan grandes injusticias». ¿Es esto, lo que monseñor venía a decir a la anciana nodriza de Juana?

El duque de Montmorency se arrodilló ante la pobre mujer.

—Bendecidme —dijo sollozando— porque yo puedo deciros: «Vive y será feliz, pues repararé grandes injusticias».

La humilde mujer hizo lo que su señor le mandaba y luego los tres, silenciosamente, entraron de nuevo en la casa. Francisco se encerró una hora en la estancia en la que habla nacido Luisa. No quiso que encendieran ninguna luz. Los dos ancianos le oyeron cómo lloraba y hablaba en alta voz tan pronto encolerizado como con dulce acento.

Luego, cuando la calma volvió reinar en él, salió de la pieza, se despidió los dos viejos y montó caballo.

Una vez en Montmorency, se detuvo ante la casa del baile, a quien hizo despertar, y éste asombrado por el regreso imprevisto de su señor, quería echar las campanas al vuelo. Pero Francisco lo detuvo con un gesto y le pidió papeles en los que escribió algunas líneas. La anciana nodriza los recibió al día siguiente: Eran una donación para ella y sus descendientes de la casa que habitaba, con los campos colindantes y, además, una suma en metálico de veinticinco mil libras de plata.

Dejando al baile, Francisco fue al castillo. Allí se emocionó recordar escenas de antaño. Inmediatamente hizo venir a su presencia al intendente y le dijo que hiciera los preparativos necesarios, pues en breve iría habitar el castillo. Insistió sobre todo en que renovaran un ala del edificio y la amueblaran lujosamente, ya que tendría el honor de albergar a dos princesas de alta calidad.

Luego se alejó al galope y tomó camino de París. Llegó ya abiertas las puertas, y continuando su furiosa carrera, se dirigió a su palacio. Sus pensamientos eran todavía confusos. Tenía la cabeza dolorida por el extraordinario acontecimiento que trastornaba completamente su existencia. No podía apartar de su imaginación el

pensamiento de que Juana había sido fiel, de que era su verdadera esposa y que él, en cambio, se había casado con otra.

Más esta última idea no tenía otro efecto que irritarlo, y en cambio concentraba todo su esfuerzo en pensar que Juana corría un grave peligro. Era necesario hallarla, salvarla, devolverle en centuplicada felicidad, todo lo Que había sufrido. ¿Cómo podría conseguirlo? ¿Qué podía hacer? ¿Intentaría una separación de Diana de Francia? Estas ideas predominaban en su cerebro, pero por fin se detenía singularmente en una que le hacía hundir sus espuelas en los ijares del caballo.

«*Ante todo es preciso hallarla*» —y de esta manera, en la carrera loca de su imaginación sobreexcitada, semejante a los saltos de su caballo, llegó al palacio donde Pardaillán lo esperaba.

* * * * *

El caballero había pasado aquella noche en una inquietud y agitación que le sorprendía de un modo extremado. Trató bromear consigo mismo, pero no consiguió más que exasperarse. Probó dormir en un sillón pero apenas se sentaba cuando sentía la necesidad de dar largos paseos por la habitación.

¿Por qué se habría marchado Montmorency? Tal vez quería tranquilizarse con una carrera desenfrenada. Pero pronto comprendió que la verdadera y la temible cuestión, era la de saber qué opinaría el mariscal del padre de Pardaillán. Es verdad que el viejo Pardaillán había devuelto la niña espontáneamente. El caballero recordaba muy bien que su padre se lo había dicho y que dio a la madre el diamante que recibiera en pago de su criminal acción. Pero todo ello era una excusa mediocre; el hecho brutal y terrible era igualmente odioso, pues gracias al rapto que cometió, el mariscal había repudiado a su mujer y Juana de Piennes sufrió por tal causa dieciséis años de torturas.

Éstos eran los pensamientos que inquietaban al joven caballero mientras esperaba el regreso del mariscal. Hacia el alba se paseaba por el gabinete, cuando se abrió puerta. El portero con quien tratara la víspera, apareció y se quedó sorprendido al divisar a Pardaillán. Es necesario advertir que el mariscal no había dado cuenta a nadie

de la presencia del caballero en el palacio, pues al partir, casi alocado por la lectura de la carta, había olvidado completamente que Pardaillán existiera. Por otra parte, el digno portero no vio al caballero y por esta causa su asombro fue natural.

—¡Vos aquí! —exclamó cuanto pudo hablar.

—Yo mismo, amigo —dijo Pardaillán—. ¿Cómo están vuestras posaderas?

—¿Por dónde habéis entrado?

—Por la puerta. —El criado estuvo a punto de enfadarse, pero recordando la fuerza del joven mantuvo su cólera en los justos límites.

—¡Por la puerta! —exclamó—. ¿Y quién os ha abierto?

—Vos, querido amigo. —El portero hizo un gesto como si quisiera arrancarse los cabellos.

—¡Ah! —exclamó—. ¿Queréis explicarme cómo habéis entrado aquí?

—Hace diez minutos que os lo estoy diciendo. He entrado por la puerta y vos me habéis abierto.

—¿Y yo soy también el que os ha hecho entrar en este gabinete? Tal vez queráis hacerme creer que ha sido el señor mariscal.

—Lo habéis acertado. No me figuraba que fuerais tan inteligente.

Entonces el portero exclamó:

—¡Fuera de aquí…! O no, no salgáis. Mejor será que quedéis encerrado en el palacio que tratabais de desvalijar. Voy a haceros detener y entregaros en manos del preboste. Una buena cuerda será vuestra digna recompensa. —El portero no tuvo tiempo de acabar el discurso que tan bien había empezado, porque se sintió cogido por un brazo y volviéndose se halló frente al mariscal.

—Dejadnos —dijo él— y cuidad de que no nos moleste nadie.

El gigante se inclinó, más a causa de la sorpresa que del respeto, y cuando ya Francisco había desaparecido tras la puerta, aún estaba el buen hombre haciendo exageradas reverencias.

—Caballero —dijo Montmorency al entrar—, excusadme por haberos dejado solo. Estaba muy conmovido… casi trastornado, pero ahora ya estoy tranquilo gracias a la carrera que he dado, y vamos a hablar.

Pardaillán comprendió que pasaba en el espíritu del mariscal, y dijo:

—Monseñor, siempre he oído decir que teníais un noble carácter; he oído hablar del orgullo de los Montmorency y de la importancia que dan a la grandeza de su casa; pero esta nobleza de carácter y esta grandeza nunca han sido para mí más patentes que cuando os vi emocionado y llorando ante este retrato.

—Tenéis razón —exclamó el mariscal—. He llorado, es verdad, y confieso que es dulce cosa llorar ante un amigo. Permitidme que os de ese título que bien merecéis, puesto que sois el que me ha proporcionado la mayor alegría de mi vida.

—Señor mariscal —dijo el caballero con temblorosa voz—, ¿olvidáis que soy el hijo del señor de Pardaillán?

—No, no lo olvido, y no solamente os quiero por la alegría que os debo, sino también por el sacrificio que habéis llevado a cabo, porque sin duda alguna amáis a vuestro padre.

—Sí —dijo el joven—. Siento por mi padre profundo cariño. ¿Cómo podría no amarlo? No he conocido a mi madre, y en los más remotos recuerdos de mi infancia, siempre veo a mi padre inclinado sobre mi cuna, sosteniendo mis inseguros pasos, doblegando su rudeza de aventurero a mis exigencias infantiles. Más tarde, tratando de hacer de mí un hombre valiente; llevándome a los combates y protegiéndome con su espada. En las noches frías en que nos acostábamos sobre el duro suelo, ¡cuántas veces le he sorprendido en el acto de quitarse su capa para cubrirme! Y a menudo, cuando me decía. Toma come y bebe, yo guardo mi parte para más tarde, entonces yo buscaba en nuestro ligero equipaje y veía que nada había guardado para sí, el señor de Pardaillán es mi vida, a quien le debo todo y a quien amo de veras, no teniendo otra persona a quien amar.

—Caballero —dijo conmovido— tenéis un gran corazón, pues amando hasta tal punto a vuestro padre, no habéis vacilado en traerme esta carta que lo acusa gravemente.

Pardaillán levantó la cabeza con altanería dijo:

—No os lo he dicho todo, señor mariscal. Si no he vacilado en traeros la carta acusadora para reparar una gran injusticia, es porque me reservaba el derecho de defender a mi padre por todos

los medios que estén a mi alcance. Es decir, que me constituiré en mortal enemigo de cualquiera que se atreva a decir ante mí que el señor de Pardaillán ha cometido un crimen.

La situación era grave para el caballero porque dentro de un instante iba a ser el amigo o el enemigo declarado del padre de Luisa, según lo que este contestara. Así pues, prosiguió sin vacilar.

—Así, señor mariscal, espero que me hagáis el honor de tratarme de igual a igual. Antes de seguir adelante nuestra conversación, os ruego que me digáis con franqueza qué actitud vais a tomar con respecto a mi padre. Si os constituís en enemigo suyo, yo lo seré vuestro; y si tratáis de vengaros del mal que ha podido haceros, estoy preparado a defenderlo espada en mano.

El caballero se calló entonces temblando de emoción. Noble entusiasmo se pintaba en su franca fisonomía llena de audacia.

Montmorency, pensativo, lo contemplaba con la mirada. ¿Qué hubiera dicho al saber que Pardaillán pronunciaba aquellas atrevidas palabras lleno de desesperación, pues amaba a su hija? Pareció vacilar un momento. Aquella pregunta que el caballero acababa de precisar con tanta firmeza, le sorprendió, pues no había pensado en ella. En suma, se le pedía que borrara con una palabra lo que él podía considerar como un crimen. ¡Y que crimen! Gracias a Pardaillán, cómplice de Enrique, había podido tener lugar el espantoso error que originó la desgracia de dos existencias. Pero en un espíritu tan firme y recto como el del mariscal la vacilación no podía durar largo rato. Paz o guerra. Debía tomar su decisión con la prontitud y generosidad en él habituales.

Tendió la mano a Pardaillán.

—Caballero —dijo con voz grave—, no existe, ni puede existir para mí, más que un solo Pardaillán, y éste es el que acaba de librarme de mi desesperación. Si alguna vez encontrara a vuestro padre, lo felicitaría por tener un hijo como vos.

El caballero tomó gozosamente la mano que le tendía el mariscal.

—¡Ah! Ya puedo deciros ahora que si hubierais pronunciado tan sólo una palabra de odio contra mi padre, habría salido de aquí con la muerte en mi alma. Pero ahora, señor, ya puedo deciros que mi padre trató de reparar el mal que hizo.

—¿Cómo? —preguntó el mariscal con viveza.

—Me lo relató él mismo. Mejor dicho, me relató a medías lo sucedido en una época en que ciertamente, no pensaba en que yo tendría el honor de hablar con vos. Monseñor, sin duda el señor de Pardaillán fue el que robó a la niña, pero también el que la devolvió a pesar de las órdenes recibidas.

—Sí, sí —dijo el mariscal—, ya veo cómo han debido de suceder estas cosas. En el fondo hay un criminal, y éste lleva mi nombre. —Y Francisco, cogiendo la mano del caballero, le dijo con voz sombría—: Hijo mío, ésta es una cosa muy horrible. Es horroroso que tal crimen haya sido concebido por mi propio hermano y que esta traición se deba a aquél a quien yo había confiado mi esposa. Pero dejemos esto. Caballero, voy a tratar de libertar a la desgraciada mujer que tanto ha sufrido. ¿Queréis referirme exacta y precisamente todo lo que sabéis?

Pardaillán relató brevemente de qué modo había sido detenido y cómo al salir de la Bastilla, la propietaria de la casa en que viviera la Dama Enlutada le entregó la carta abierta. Un solo punto quedó obscuro en su relato. ¿Por qué Juana de Piennes y Luisa se habían dirigido a él? Tuvo gran cuidado de deslizarse rápidamente en este pasaje escabroso. En cuanto a poder decir qué peligro amenazaba a las dos mujeres, quién las había raptado y en dónde se hallaban a la sazón, Pardaillán nada podía decir, pero tenía alguna sospecha y la expuso.

—Hay dos pistas posibles —dijo terminando—. Ya os he dicho que vi rondar al duque de Anjou y a sus secuaces por la calle de San Dionisio. Por lo tanto, tal vez tendréis que pedir cuenta de esta desaparición al hermano del rey.

El mariscal movió la cabeza y dijo:

—Ya conozco a Enrique de Anjou. La acción violenta no es su fuerte. No es hombre que se atreva a dar un escándalo.

—Entonces, monseñor, es preciso volver a la suposición que no ha cesado de inquietarme. Supongo que un azar ha podido poner al mariscal de Damville en presencia de la duquesa de Montmorency y que debemos empezar nuestras pesquisas en el palacio de Mesmes. Es lo que decía esta noche al conde de Marillac, a quien fui a rogar que me ayudara en mi empresa.

—Creo que tenéis razón —dijo el mariscal sumamente agitado —. Iré a ver a mi hermano; pero, decidme: si no me hubierais hallado en París, ¿habríais intentado vos solo la liberación de mi mujer y de mi hija? ¿Por qué? ¿Qué interés particular os guiaba?

—Monseñor —dijo Pardaillán que estuvo a punto de hacerse traición—, con el de reparar en parte el mal de que mi padre era responsable.

—Sí, es verdad… Sois un hombre digno, caballero. Perdonad mi pregunta.

—En cuanto a ir a ver al mariscal de Damville —continuó Pardaillán—, imagino que es cosa peligrosa.

—¡Oh! ¡Si yo lo encuentro… —dijo el mariscal con furor concentrado—, ya veremos para quién será el peligro!

—No hablo por vos, monseñor, sino por ellas. Se trata del peligro que puedan correr.

—Tenéis razón —dijo el mariscal.

—Sin duda. ¿Quién sabe a qué recursos podrá apelar el duque de Damville si se hallan en su casa y si vais a provocarlo? ¿Quién sabe las órdenes que habrá dado a sus secuaces? Tal vez ahora, otro cómplice ejecutaría esta vez lo que mi padre rehusó hacer.

—¡Oh, no! —dijo el mariscal.

—Monseñor, os ruego que tengáis un día y una noche de paciencia. Dejadme hacer. Me encargo desde ahora de saber lo que sucede en el palacio de Mesmes. Si están, celebraremos consejo para decidir los medios conducentes a su libertad. Vos seréis libre de emplear la fuerza cuando ya no se trate más que de la venganza.

—En verdad, caballero —dijo Francisco—, cuanto más os oigo más admiro vuestra energía y astucia. Ha sido para mí una gran dicha el conoceros.

—Así, pues, monseñor, me dejaréis obrar…

—Hasta mañana, sí.

—Monseñor —dijo Pardaillán—, os aseguro que durante el día de mañana me habré introducido en el palacio de Mesmes y sabré exactamente lo que allí pasa.

—Haced lo que queráis, hijo mío, y si conseguís vuestro empeño, os deberé más que la vida.

El caballero se levantó para retirarse, pero antes, el mariscal lo

abrazó con ternura. Comprendía perfectamente que en el estado de ánimo en que se hallaba, todo lo que pudiera hacer sería contraproducente, y consideraba al caballero como un ser especialmente designado por el destino para salvarlo y para salvar a Juana y a su hija. Pardaillán se alejó a grandes pasos del palacio de Montmorency y se encaminó a «La Adivinadora», en donde se armó con gran cuidado y luego salió diciéndose:

—Y ahora, quizá, a la conquista de la felicidad, ¡al palacio de Mesmes!

XXIX - El Señor de Pardaillán padre

CASI DOS MESES ANTES de que tuvieran lugar los acontecimientos que acabamos de relatar, dos hombres, al atardecer de un día muy frío, se detuvieron en la única posada de Pont-de-Cé, cerca de Angers. Uno de ellos tenía aire de capitán que iba a unirse a su compañía por pequeñas etapas y el otro parecía ser su escudero. Aquel hombre que parecía un capitán era, en realidad, el mariscal de Damville, que, saliendo de Burdeos en dirección a París, había dado un ligero rodeo para detenerse en Pont-de-Cé, y si viajaba con modesto séquito, era porque no deseaba llamar la atención. Por otra parte, si había dado un rodeo, no era para admirar los hermosos paisajes de Anjou, con sus frondosos bosques bajo el cielo azulado, sus ríos lentos que se arrastran perezosamente entre las praderas, ni para refrescarse con el vino claro y espumoso de aquella tierra, ni tampoco para cortejar a las campesinas tocadas con grandes cofias blancas y que pasaban entonces por ser las más bonitas y las menos hurañas de Francia entera. Sencillamente, el mariscal tenía una cita en la posada de Pont-de-Cé.

A cada instante el escudero salía al camino y miraba en la dirección de Angers. A las ocho, el mesonero quiso cerrar la puerta pero el mariscal se lo impidió, diciendo que esperaba a una persona. Por fin, ya muy entrada la noche, un jinete se detuvo ante la posada, y sin desmontar preguntó por un hidalgo llegado sin duda el mismo día o en el anterior; y como le contestaran que un caballero y su escudero se hallaban efectivamente en la posada, desmontó y entró en la casa. Fue llevado a presencia de Enrique de Montmorency, el cual hizo un signo misterioso, y como el recién llegado contestara con otro parecido, el mariscal cerró cuidadosamente la puerta y preguntó con viveza:

—¿Venís del castillo de Angers?

—Sí, monseñor.

—¿Debéis hablarme del padre del duque?

—¿Qué duque, monseñor? —dijo el caballero guardando

reserva.

—Del que en estos días ha debido hacer una visita al castillo.

—Servíos precisar, monseñor.

—El duque de Guisa —dijo Montmorency en voz baja.

—Estamos de acuerdo. Perdonad todas estas precauciones, señor mariscal, pero estamos muy vigilados.

—Bueno. ¿Está Guisa todavía en Angers?

—No. Partió hace tres días en dirección a París. El duque de Anjou se marchó ayer.

—¿Sabéis si hay algún convenio entre ellos?

—No lo creo, monseñor. El duque de Anjou está sobradamente preocupado con sus favoritos y sus boliches.

—¿Me traéis alguna orden de parte de Enrique de Guisa?

—Sí, monseñor. Escuchad —y continuó en voz baja—. El treinta de marzo próximo, a las nueve y media de la noche, en la posada de «La Adivinadora», en París, calle de San Dionisio. ¿Os acordáis, señor mariscal?

—Sí.

—Preguntaréis por micer Ronsard. Iréis enmascarado y llevaréis en vuestro birrete una pluma roja.

—El treinta de marzo por la noche, calle de San Dionisio, posada de «La Adivinadora». ¿Nada más?

—No, monseñor. ¿Puedo retirarme? Es preciso que no se advierta mi ausencia.

—Id, amigo mío.

—Os agradeceré que deis cuenta a monseñor Enrique de Guisa de que he cumplido perfectamente el encargo que me ha confiado, y además decidle que le pertenezco en cuerpo y alma, aunque, en apariencia, sirva al duque de Anjou.

—Así lo haré. ¿Cómo os llamáis?

—Maurevert, para serviros aquí y en París, a donde iré en breve.

Y el mensajero, después de saludar se marchó. Algunos instantes más tarde el mariscal oyó el galope de su caballo, que se alejaba por el camino de Angers.

«*He aquí un bribón*» —pensó—. «*¿Por qué Enrique de Guisa empleará a tales gentes? ¿Quién nos asegura que ese pícaro que hoy hace traición a su señor no nos la hará mañana a nosotros? En cuanto a*

esta reunión en plena calle de San Dionisio, iré a ella, pero no sin tomar antes mis precauciones».

Nuestros lectores ya han visto cómo Enrique de Montmorency asistió a la reunión de «La Adivinadora» en la noche en que Ronsard Y sus poetas fingieron el sacrificio de un macho cabrío y en que el duque de Guisa y sus secuaces buscaron el medio de dar muerte a un rey.

Después de la salida de Maurevert, el escudero subió a la habitación del mariscal, que se hallaba en el primer piso y daba a un pequeño patio en que estaba la cuadra.

—¿Continuamos nuestro camino, monseñor? —preguntó el escudero.

—No, a fe mía; pernoctaremos aquí, pero preparadlo todo para mañana a primera hora. Ahora hazme subir la cena, porque el camino me ha despertado un apetito feroz.

El escudero se apresuró a cumplir las órdenes de su amo. En aquel momento, Enrique de Montmorency oyó irritadas voces en el patio.

—¡Os repito que no lo quiero aquí! ¿Soy o no el amo de la posada?

—Y yo os repito que lo pondré aquí. ¡Por Barrabás!

—Yo conozco esa voz —se dijo Enrique.

—Esta cuadra está reservada para los caballos de estos señores —gritó el posadero.

—¡Pues os juro que mi caballo no irá al establo con vuestras vacas!

—¡Señor mendigo, os echaré de mi casa!

—¡Señor huésped, os voy a apalear!

—¡Apalearme a mí, bandido! ¡Estáis borracho!

—¡Yo, borracho! ¡Ahora lo verás…! —El resto de la frase se perdió en una serie de interjecciones feroces que muy pronto se convirtieron en aullidos y por fin en lastimeros gemidos.

Enrique bajó rápidamente al patio y vio a dos sombras, una de las cuales apaleaba a la otra con una maestría tal, que probaba su mucha práctica en semejante ocupación.

—¡Socorro! ¡Al asesino! —gritó el posadero viendo llegar refuerzos. Porque, en efecto, la sombra apaleada era la del

posadero.

El apaleador, por su parte, suspendió la operación, saludó cortés al recién llegado y le dijo:

—Caballero, por vuestra espada y vuestro porte, veo que sois noble. Yo lo soy también y quisiera haceros juez de la contienda.

El mariscal hizo con la cabeza un signo de asentimiento, pero guardó silencio.

—Este villano —continuó el desconocido, tratando en vano de distinguir en la obscuridad los rasgos fisonómicos de su interlocutor— pretende que saque mi caballo de la cuadra y lo lleve al establo.

—En la cuadra sólo caben tres caballos —gimió el posadero—. Hay el sitio justo para el de este caballero, el de los equipajes y el del escudero.

—En donde caben tres, caben cuatro. ¿No es verdad, caballero? Un caballo tan hermoso como el mío. Voy a enseñároslo, señor, y así podréis juzgar mejor el caso. ¡Eh, posadero, una luz! —Éste, seguro de ser amparado por el caballero, al que juzgaba muy rico por la cena que había encargado, se apresuró a encender una linterna. Inmediatamente Enrique de Montmorency la cogió y dirigió la luz sobre el desconocido que tan enérgicamente defendía a su caballo; al verle la cara, una sonrisa entreabrió sus labios.

«*Él*» —se dijo—. «*Por la voz me lo había parecido*».

Y al mismo tiempo, Enrique empujó la puerta de la cuadra mirando al interior vio al lado de sus tres caballos otro de una delgadez espantosa, cuyos huesos casi le atravesaban la piel; los cascos gastados, lleno de mataduras y los arcos superciliares muy prominentes. Aquel caballo de huesos a cabeza parecía haber ayunado más de lo justo y sus melancólicos ojos explicaban elocuentemente la amargura de largas jornadas sin avena. No obstante, parecía de una solidez a toda prueba y se mantenía firme sobre sus jarretes.

—Mirad, caballero —exclamó, entre tanto, el desconocido—. Observad esta cabeza fina, estas piernas vigorosas, este pelo reluciente, y decidme si semejante animal merece dormir en el establo.

Montmorency se volvió con la linterna en la mano y dijo:

—Tenéis razón, señor de Pardaillán; es un caballo de precio.

El desconocido se quedó con la boca abierta, y la mirada atónita. Iba a escapársele un nombre, cuando Montmorency le detuvo con una mirada y dijo en alta voz:

—Caballero, nuestro huésped consiente en vuestra demanda; en cuanto a vos, me honraréis si os dignáis compartir mi cena. Nada de cumplidos. Entre nobles… Aceptáis, ¿verdad? —Y, hablando así, con gran estupefacción del posadero, el mariscal de Damville pasó su brazo por debajo del de Pardaillán y lo llevaba hacia su habitación.

El viejo Pardaillán, más estupefacto todavía que el posadero, dejábase llevar sin pronunciar una palabra. No obstante, durante el trayecto desde el patio a la habitación, reflexionó sin duda, porque apenas la puerta se hubo cerrado tras el mariscal, cuando, apoyando en la cintura su mano izquierda y mientras con la derecha se atusaba el bigote, exclamó sin la menor emoción aparente:

—Tengo gran satisfacción en veros sano y bueno, monseñor. —Luego, irguiéndose de nuevo, tras haber hecho una reverencia, añadió—: Un poco envejecido, no obstante, ¡caramba! La última vez que tuve el honor de presentaros mis respetos no teníais más de veinte años y, si no me equivoco, ahora debéis tener treinta y cinco o treinta y seis. ¡Cómo se cambia! Veo que ya tenéis cabellos grises en las sienes. Vuestra boca ha tomado un pliegue amargo y vuestro semblante, en general, se ha endurecido. Es preciso confesar que no erais ya muy tierno antes.

»Yo, como veis, soy todavía el mismo, porque nosotros, los aventureros una vez hemos pasado cierta edad, ya no envejecemos. A los cuarenta años era como ahora, y si muero centenario, como espero, moriré tal como soy ahora. A propósito, monseñor, os felicito. Muchas veces he oído hablar de vos y me he enterado de que sois un esgrimidor terrible. ¡Parece que sabéis partir un cráneo en dos con la mayor limpieza y que ya se ha perdido la cuenta de los hugonotes que habéis muerto!

»¡Por Barrabás! Tengo gran satisfacción en recordar que yo os enseñé algunos golpes famosos y si yo fuera vanidoso me enorgullecería de un discípulo como vos. No lo soy, a Dios gracias pero no obstante, siento satisfacción.

»¿Decís algo, monseñor? ¡Toma! ¿No decís nada? Entonces,

monseñor, como antes os dije, siento gran satisfacción en veros sano. Permitidme, pues, que os desee buenas noches y que monte en mi caballo, porque esta misma noche debo llegar a Gauge…; una larga etapa.

—Señor de Pardaillán —dijo Montmorency— hacedme el honor de aceptar mi cena.

El viejo aventurero, que ya entreabría la puerta giró sobre sus talones, militarmente. Volvió los ojos hacia la mesa sobre la cual el posadero acababa de depositar suculentas viandas y ventrudas botellas pero dirigió luego su mirada hacia el mariscal y con voz en la que se traslucía el pesar, contestó:

—¡Excusadme, monseñor, pero me esperan! ¿Me permitís?

Un gesto de Damville detuvo nuevamente al aventurero.

—No os esperan, pues hace poco disputabais con el posadero para meter vuestro caballo en la cuadra. De modo que si no aceptáis, me figuraré que tenéis miedo.

Pardaillán soltó una carcajada.

—¡Miedo! —dijo—. Para tenerlo sería preciso hallar al diablo en persona, y aun así tampoco me asustaría. Ya veis, pues, monseñor, que no puedo tener miedo en vuestra compañía, porque no sois el diablo, como me complazco en creer.

Hablando así, el viejo Pardaillán echó sobre la cama su birrete y su capa, se desciñó el cinturón y, en una palabra, hizo los preparativos necesarios para cenar cómodamente; no obstante, puso cerca de sí su larga espada, apoyada contra la mesa. Montmorency observó perfectamente este detalle y cogiendo la suya la echó sobre la cama. Y visto eso por el aventurero, fue a dejar su arma en el mismo sitio.

El mariscal de Damville se sentó y con un gesto indicó a su comensal que hiciera otro tanto.

—Por obediencia, monseñor —dijo Pardaillán sentándose y dando un gran suspiro destapó un bote de gres, el cual una vez abierto despidió aromático perfume—. ¡Caramba! —exclamó—. No hay cosa tan agradable como una mesa bien puesta a dos pasos de un buen fuego, cuando el viento sopla en el exterior y se tienen veinte leguas en las piernas del caballo y…

—… Y se pregunta uno cómo va a acostarse después de haber

comido poco o nada. Nada. ¿No es eso?

«*¡Caramba!*» —se dijo—. «*No me habla de nada. ¿Acaso habrá olvidado la aventura?*».

—Habéis puesto el dedo en la llaga, monseñor —añadió en voz alta—. Yo me alojo muchas veces en la posada de las estrellas, y en ella, tal vez no sepáis que no hay hornilla, asadores ni cocineros: la única llama que se ve es la del resplandor de la luna; si se aspira un perfume no es el de un pastel ni el de una honrada tortilla, sino el de las florecillas del campo; el único líquido que uno recibe es el de la lluvia y no el purpúreo del vino. Así, pues, ante una magnificencia como ésta, monseñor, trato de desquitarme lo mejor que puedo.

En efecto, Pardaillán, que hablaba como dos, no perdía bocado y comía como cuatro. Damville lo miraba con aire pensativo.

«*¡Qué diablos meditará!*» —se decía el aventurero—. «*Tiene una sonrisa sarcástica que nada bueno anuncia, y se calla. ¡Malo! No me gusta la gente que no habla, pero veremos*».

Como si quisiera tranquilizar a su huésped, Enrique se puso entonces a hablar.

—Hace poco me felicitabais —dijo con áspero tono— y yo quiero hacerlo a mi vez. Vos sí que no habéis envejecido. Os reconocí enseguida. No es extraño, porque guardaba buen recuerdo de vos. (El aventurero prestó oído atento). No obstante, lo que ha envejecido es vuestro traje. ¡Por Dios! Parece ser todavía la misma casaca que llevabais el día en que os marchasteis con tanta precipitación.

«*¡Ya llegó!*», —se dijo Pardaillán tragándose un pedazo de pastel y sirviéndose un buen vaso de vino.

—¡Pobre casaca! Desde aquí veo que está agujereada en el codo izquierdo; tiene, además, un remiendo sobre el pecho e incontables zurcidos. ¿Y vuestras botas? Las pobres están pidiendo perdón y reposo. Estáis bastante flaco, y en cuanto a vuestro caballo, no he visto otro semejante en todos los días de mi vida. ¿Cómo os las arregláis los dos para viajar? Sin duda alguna, cuando vais por montes y valles, uno sobre otro, y el viento penetra a través de los agujeros de vuestra capa; cuando las sombras de la noche empiezan a envolveros, seguramente el que os halle os tomará por un

fantasma de jinete cabalgando en una sombra de caballo…

Mientras el mariscal examinaba de arriba abajo y de derecha a izquierda a Pardaillán para hacer este retrato, tan exacto como poco halagador, el caballero había tomado la actitud de falsa modestia de aquéllos a quienes se dirigen cumplimientos exagerados y que sucumben al peso de los elogios.

—¿Qué queréis, monseñor? —dijo con ironía—. Siempre he tenido la coquetería de la miseria. Por otra parte…, si me diera el capricho de llevar buenos jubones de paño fino, ya no se podría distinguir a las personas decentes de los truhanes.

Y dicha esta frase ambigua que el mariscal podía aplicarse si lo deseaba, el aventurero vació un vaso de Saumur y cerró los ojos con beatitud.

—A fe mía —añadió—, me acordaré mientras viva de nuestro encuentro, monseñor.

Montmorency, con el codo sobre la mesa y la barbilla en la mano, contemplaba fijamente a su invitado.

—Bueno —dijo de pronto—. ¿Qué ha sido de vos durante todo el tiempo en que no os he visto?

—Ya lo veis, monseñor. Soy lo que era antes de que vuestro ilustre padre, el condestable, me llevara al castillo.

—¿Pero qué habéis hecho?

—He vivido, monseñor.

—¿En dónde?

—En todos los caminos y bajo todos los cielos hospitalarios; además he permanecido durante dos años en París.

—¿En París? ¿Y por qué salisteis de allí?

—¿Por qué? —exclamó Pardaillán con maliciosa mirada—. Pues voy a decíroslo, monseñor. Estaba en París muy tranquilo y alojado en muy buena posada. Era feliz, engordaba y esto a veces me daba cierta vergüenza. Una noche de octubre último, divisé a cierta persona en la esquina de una calle. Un antiguo conocido. Y es necesario añadir que yo tenía gran empeño en evitarlo. Figuraos que este hombre quería hacerme feliz a pesar mío y yo me dije enseguida: si me quedo en París, tarde o temprano acabaré por topar con «él». Y entonces, ¡adiós mi vida miserable que tanto amaba! Tendré que ser feliz por fuerza, hablar, dar explicaciones…,

en una palabra, me marché sin hacer ruido y tomé el camino del azar. Es preciso añadir, monseñor, que si sólo se hubiera tratado de mí, me habría quedado, pero al lado estaba cierta persona a quien yo quería mucho y era muy verosímil que mi hombre no se hubiera contentado con hacer mi felicidad, sino que habría querido, asimismo, realizar la de mi hijo… ¡Por Barrabás! Ya se me ha escapado.

—Pues precisamente yo estaba en París en la época que vos mencionáis —dijo Damville.

—¡Qué casualidad, monseñor! ¿Por qué no os encontraría a vos en vez del otro?

—Sí, allí estaba —continuó el mariscal—, y me acuerdo de una aventura que me ocurrió. Una noche fui atacado por los truhanes e iba a sucumbir cuando fui salvado por un digno desconocido a quien regalé el mejor de mis caballos, «Galaor».

«*¡Maldito sea el que le prestó auxilio! ¡Vaya un servicio que me ha hecho!*», —pensó Pardaillán.

Transcurrieron algunos momentos en silencio. El mariscal reflexionaba, examinando con sombría satisfacción el rostro intrépido de su convidado, y cuando observaba la evidente miseria del aventurero, su satisfacción parecía aumentar.

—Mi querido señor de Pardaillán —dijo de pronto—, os haré notar que hace dieciséis años que no nos hemos visto, y aun cuando hace mucho rato que os tengo ante mí, todavía no os he pedido cuentas de vuestra traición.

«*¡Ya está!*», pensó Pardaillán.

—¿Qué traición? —dijo en voz alta y mirando con el rabillo del ojo a donde estaba su espada.

Y como Enrique guardara silencio, vacilando, tal vez, en recordar acontecimientos antiguos, Pardaíllán exclamó dándose un golpe en la frente:

—¡Ah! Ya sé. Monseñor quiere hablarme, sin duda, de aquel sinvergüenza que mató un ciervo en los bosques de monseñor. Lo hicisteis ahorcar en una rama de castaño que me parece ver todavía. ¡Hermoso árbol, a fe mía…! Es verdad, me acuso con toda humildad de que una vez que monseñor hubo vuelto la espalda, salvé al bribón, el cual echó a correr sin darme las gracias. Esto me

sirvió de lección. Fue una traición, lo confieso.

—Ignoraba este detalle, Pardaillán —dijo Montmorency.

—¡Diablo! ¿No llamáis a esto traición? Bien mirado, entre tantos ahorcados, uno más o menos no importa mucho. Pero… ahora recuerdo: una noche monseñor convino con algunos poderosos barones como él, en ir a derribar la puerta de cierta cabaña; robar a una muchacha que se había casado el mismo día y sortearla, antes de que el marido… Monseñor y sus amigos hallaron la cabaña vacía y los pájaros fuera de la jaula; me avergüenzo de ello. Y aunque os parezca cinismo he de confesar noblemente que había avisado al marido de la doncella.

—Tampoco recordaba este detalle, señor de Pardaillán.

—Pues, señor, me confieso vencido. ¿Me permitís, monseñor? Cuando he cenado bien no puedo hacer buena digestión si no siento mi espada entre las piernas; es una manía como otra cualquiera…, —y diciendo estas palabras, Pardaillán se levantó y cogiendo su espada se la ciñó, dando un suspiro de satisfacción.

Enrique de Montmorency sonrió irónicamente.

—Ahora —dijo— estoy seguro de que recobraréis la memoria.

—En efecto —dijo Pardaillán con gran frialdad—. Recuerdo algunas traiciones del género de las que os he citado. ¿Monseñor quiere aludir, quizá, el asunto de Margency, después del cual tuve el pesar de abandonaros?

—Os marchasteis creyendo que seríais ahorcado.

—¡Ahorcado! ¡Ja! Descuartizado, enrodado vivo, tal vez. Ya podéis comprender que si sólo hubiera temido la horca, no me habría marchado tan lejos. En cuanto a la traición, la confieso como las demás, monseñor. Aquel día os traicioné devolviendo la niña a su madre. Oí cómo ésta decía cosas que me conmovieron; no supe hasta entonces que el dolor humano pudiera ser tan grande y me dije que si vos hubierais oído llorar aquella madre, me habríais dado enseguida la orden de devolver la niña y, por lo tanto, no hice más que adelantarme a vuestras órdenes. Luego, me dije también, que ante aquel dolor vos sentiríais horror por el crimen que yo había cometido al raptar la pequeña y que, impulsado por este justo horror, me encerraríais en algún calabozo, y por esta razón me alejé. Permitid ahora que os haga una confesión sincera, y es que

desde hace dieciséis años, no pasa un solo día sin que me arrepienta de haberos obedecido y de haber sido, con ello, la causa de grandes desgracias. ¿Y vos, monseñor…?

Enrique de Montmorency guardó silencio durante algunos instantes y dijo:

—Bien, maese Pardaillán. Veo que tenéis buena memoria y, por lo tanto, os repetiré lo que antes os dije, o sea que me hicisteis traición. No quiero indagar ni saber los motivos de vuestro acto; me limito a hacerlo constar. Además, fijaos en que no os dirijo ningún reproche por ello. He olvidado y quiero olvidar. —El mariscal se levantó y con ruda voz añadió—: Quiero olvidar igualmente que hace un instante cogisteis vuestra espada, temeroso de que hubiera disputa entre los dos; quiero olvidar que hayáis podido creer en la posibilidad que yo cruzara mi espada con vuestro hierro.

Pardaillán se levantó y cruzado de brazos dijo:

—Sin duda, monseñor, vuestra espada habrá chocado contra otras menos nobles que la mía. No soy ningún barón cuyo solo quehacer consiste en robar mujeres o niños; ni soy tampoco ningún duque que habiendo sido armado caballero para proteger al débil y castigar al fuerte, emplea su caballería en temblar ante los príncipes y bañar su bajeza en la sangre de sus víctimas.

»No, monseñor; no tengo bosques en que poder transformar los árboles en horcas, ni villas en que pueda pasear el orgullo de mis injusticias, ni castillo con profundos calabozos ni aduladores bailes, ni guardias en el puente levadizo que, no obstante, franquea el remordimiento. Por lo tanto, no soy lo que se llama un gran señor; pero es conveniente que algunas veces los grandes señores como vos oigan voces como la mía.

»Por esta razón os hablo sin cólera y sin miedo, sabiendo que si vos sois hombre, yo lo soy también, y que mi espada vale tanto como la vuestra; y que si, en este momento, quisierais imponerme silencio, yo sería lo bastante generoso para dar al olvido inolvidables recuerdos y honrar vuestra espada con el choque de la mía.

Enrique de Montmorency se encogió de hombros y dijo:

—Señor de Pardaillán, sentaos. Tenemos que hablar.

¿Acaso el mariscal no había oído el vehemente apóstrofe del

aventurero? Era evidente que sí, pero tal vez se decía que palabras pronunciadas desde tan bajo no podían llegar a él. Tal vez también la actitud de Pardaillán le inspiraba una admiración que lo confirmaba en su proyecto. Así, pues, con gran frialdad se sentó, y dijo:

—Veo, maese Pardaillán, que sois siempre tan batallador; pero, si os parece bien, esta noche no desenvainaréis vuestra espada. Otras ocasiones se nos ofrecerán para ello. Os tengo por un hidalgo bueno y digno, y concedo a vuestra espada la estimación que reclamáis con tanta aspereza; vuestras palabras no me ofenden, porque en ellas quiero ver tan sólo las manifestaciones de un hombre leal y bravo. Escuchadme, pues, si gustáis, ya que quiero haceros proposiciones que podréis aceptar o rehusar; si las rehusáis, os marcharéis por vuestro lado y yo por el mío y no habrá más que hablar, y si, por el contrario, las aceptáis, resultará de ello honra y beneficio para vos.

—He aquí lo que se llama hablar bien —dijo Pardaillán. Y hablando consigo mismo se dijo:

«*¡Cómo cambia a un hombre la edad! Antes, por la cuarta parte de lo que he dicho, me habría cosido a estocadas y puñaladas. ¿Qué me querrá ahora? No ha olvidado el asunto de Margency y, no obstante, no sólo no me guarda rencor, sino que aún me adula y me acaricia… ¿Tendrá necesidad de mí?*».

—Señor de Pardaillán —continuó el mariscal después de un instante de reflexión—. ¿Sabéis que muchos Jóvenes, aun de entre los más valientes, envidiarían la firmeza de vuestra mirada y la altivez de vuestros gestos? ¡Antes erais hombre temible, pero ahora sois sin duda, terrible!

—Lo sé si se conoce un poco el oficio.

—Pero ¿y la edad?

—¡Ah, monseñor! Vos dijisteis que no había envejecido y realmente los años me son ligeros.

—¿De modo que todavía os atreveríais contra tres espadachines?

—¡Oh! Si no fueran más que tres todo iría bien.

—Así, pues, ¿no habéis perdido la sangre fría, la agilidad, ni la fuerza que tanto admiraba en vos?

—Monseñor, corriendo por los caminos hay muchos encuentros

y no pasa una semana sin que tenga que batirme. En vuestro castillo de Montmorency yo me enmohecida, y no os lo digo en son de reproche, pero luego he hecho bastante ejercicio y conquistado nuevamente lo perdido.

—Bien —dijo el mariscal asombrado—. ¿Y sigue igual vuestro furioso apetito de aventuras?

—El apetito es el mismo, monseñor. Lo que falta son ocasiones de satisfacerlo.

Al oír estas palabras el mariscal se echó a reír con toda su alma.

—De modo —continuó Enrique siguiendo la broma—, que si cada día se ofreciera comida a vuestro apetito…

—Depende de la clase de manjares que se me ofrecieran. Hay aventuras y aventuras. Algunas me excitan y otras, en cambio, me hacen perder el apetito antes de catarlas.

—Perfectamente —dijo el mariscal volviendo a tomar aquel aire sombrío que raras veces lo dejaba—. Escuchadme con la mayor atención, porque os voy a decir cosas muy graves.

Pareció vacilar un momento, más luego se decidió y dijo:

—Señor de Pardaillán, ¿qué pensáis del rey de Francia? —El aventurero abrió desmesuradamente los ojos.

—¿El rey de Francia, monseñor? ¿Y qué diablos queréis que un pobre paria como yo piense de él, sino que es el rey? Es decir, la omnipotencia encarnada; algo menos que Dios, pero mucho más que un hombre, y al cual no debe dirigirse la mirada por miedo de quedar deslumbrado.

—Me parece, Pardaillán, que no teméis los deslumbramientos. Estoy seguro de que habéis mirado. Decidme, pues, lo que pensáis sobre el particular y os doy palabra de que nadie sabrá jamás cuál es vuestra opinión.

—Monseñor —dijo Pardaillán—, me gustaría mucho que me dierais el ejemplo.

—Como queráis —dijo en voz baja Montmorency—, pues yo creo que Carlos IX no es un rey.

Pardaillán se estremeció. Creyó ver que se abría un abismo ante sus pies.

—Monseñor —dijo—. No conozco a Su Majestad; se dice que es un rey débil y malo. Se dice también que es víctima de una

enfermedad que puede ocasionarle accesos de furor. Es opinión vulgar también que no conoce ningún buen sentimiento y que carece de valor. He aquí lo que se dice, pero yo no sé nada de ello; únicamente estoy seguro de que tal rey no puede inspirar afectos verdaderos.

—Si tal es vuestro pensamiento, creo que nos entenderemos perfectamente —dijo Damville—. Sois fuerte, libre, vigoroso, lleno de valor y habilidad. En vez de disipar tan buenas cualidades en miserables aventuras de camino, podríais emplearlas en una obra grandiosa. Hay peligro, pero eso no os arredra. ¿Qué diríais si en lugar de este rey maniático, despiadado y enfermo, qué diríais de un rey que fuera la generosidad en persona y que fuera grande por su corazón y por su raza, joven, entusiasta y capaz de hacer la felicidad de sus súbditos de todos los que lo rodearan?

—Monseñor, me proponéis sencillamente conspirar contra el rey.

—Sí —dijo Montmorency.

Pardaillán inclinó la cabeza y dio un largo silbido.

—Ya veis, pues —continuó el mariscal—, la confianza que en vos me han inspirado vuestras traiciones; los hombres de vuestro temple son raros y cuando se halla uno de ellos es agradable hablar con él abiertamente.

—No os digo lo contrario, monseñor, pero tal cosa pudiera conduciros al cadalso.

—¿Tendríais miedo, acaso?

—¿De quién voy a tenerlo, si vos no me lo inspiráis?

—¿Entonces, qué os detiene? —dijo Montmorency sonriendo—. Además he de preveniros de que no os pido una acción directa, sino de segundo orden.

—Explicaos, monseñor, explicaos.

—Bien; estoy comprometido en esta aventura y cualquiera que sea el resultado que pueda tener, y quiero seguirla hasta el fin. Puede, surgir tal acontecimiento en que yo tenga necesidad de algunos hombres adictos a mi alrededor. En caso de derrota me defendería mal solo o en compañía de gente indiferente. En una palabra, tengo necesidad de alguien que vele por mí, mientras yo conservo mi entera libertad de acción. Si voy a la guerra, para que

esté a mi lado y pare los golpes que me dirijan, y si me prenden para que busque el modo de libertarme. Nadie como vos posee las cualidades de astucia y ligereza necesarias para, tal vez, una guerra de éstas, pues en caso necesario podría servirme de embajador y hablar en mi nombre.

—Empiezo a comprender, monseñor. Seré el brazo que obra sin que se pueda saber cuál es el cerebro que lo dirige.

—Exactamente; ¿os conviene?

—Sí, si la recompensa es buena.

—¿Qué pedís? Hablad francamente.

—Nada para mí, exceptuando lo necesario para llevar una vida cómoda.

—Cobraréis quinientos escudos mensuales durante todo el tiempo que permanezcáis a mi servicio en esta campaña, ¿es bastante?

—Demasiado. Pero esto, monseñor, es un sueldo y no la recompensa.

—Si no queréis nada más para vos, ¿para quién pedís, pues?

—Para mi hijo.

—¿Y qué pedís para él?

—Si el proyecto fracasa, una suma de cien mil libras, que le serán aseguradas de antemano.

—¿Y si se obtiene éxito?

—Es decir, en el caso de que consigamos sentar en el trono un rey de nuestra elección, entonces monseñor, ya no pido dinero, pero me parece que un empleo de teniente con promesa de ascenso a capitán sería digna recompensa para el hijo del hombre que os hubiera servido. Además, este hijo, si no me engaño, nos traerá una espada que no es de desdeñar, os lo aseguro.

—En cuanto a las cien mil libras —dijo el mariscal—, me comprometo a entregarlas desde ahora; y por lo que respecta al empleo de teniente, me comprometo a hacerlo figurar en la lista de condiciones que pienso imponer a cambio de mi aceptación definitiva.

—Muy bien, monseñor. Me basta vuestra palabra… por ahora. ¿Y cuándo empezaremos la campaña? ¿Cuándo queréis que vaya a París? El mariscal reflexionó algunos instantes.

—Dentro de dos meses —dijo—; hasta entonces no habrá nada preparado. Bastará que os presentéis en mi palacio en los primeros días de abril.

—Allí estaré, monseñor, y antes si lo deseáis.

—No, preferiría que no os vieran en París antes de la fecha indicada. Además, cuando lleguéis sería conveniente que os encaminarais enseguida al palacio de Mesmes y que no toparais con ningún conocido.

—Llegaré de noche durante la primera semana de abril.

—Eso es. Entre tanto ¿qué vais a hacer?

—Iré acercándome a París muy despacio.

Enrique de Montmorency llamó al escudero y le dijo algunas palabras en voz baja. Éste volvió a los pocos momentos con un talego repleto que dejó sobre la mesa.

«*He aquí*» —se dijo el aventurero— «*unos postres que hace tiempo no he comido*». —Y apoderándose del talego lo hizo desaparecer en uno de sus bolsillos.

Una hora después de esta escena, todo dormía en la posada. Únicamente Montmorency y Pardaillán reflexionaban todavía antes de dormirse, el uno en su cama y el otro sobre el heno del granero, donde se había echado.

«*Acabo de hacer*» —se decía uno— «*una gran adquisición, que el mismo duque de Guisa habría pagado a peso de oro*».

Y el otro se decía:

«*Arriesgo mi cabeza, pero aseguro la fortuna de mí hijo*».

XXX - Las prisioneras

EN LOS PRIMEROS DÍAS de abril, es decir, cuando Pardaillán padre, vestido de nuevo y transformado de pies a cabeza, se acercaba a París, y cuando su hijo trataba de ponerse en relación con Francisco de Montmorency, penetraremos en el palacio de Mesmes, en donde Juana de Piennes y Luisa eran prisioneras hacía cosa de doce días.

El mariscal de Damville se paseaba sombrío y agitado por una gran sala del primer piso.

Estaba trastornado, y al encontrar de nuevo a Juana, Enrique se sintió nuevamente llevado hacia los sentimientos de su juventud.

En el capítulo anterior ya hemos visto que, poco a poco, sus pasiones se habían atenuado hasta el punto de que no dirigió ni una palabra de reproche a Pardaillán.

Enrique había conseguido olvidar a Juana, o por lo menos, así lo creía, pero en cuanto la vio de nuevo y se apoderó de ella, comprendió que la amaba aún. Tal vez su amor tomaba distinta forma, pues a la sazón era más bien orgullo; pero veía claramente que si antaño, para satisfacer sus pasiones, había sido capaz de un crimen, ahora no vacilaría en cometer toda clase de Violencias y atentados.

«*Antes*» —pensaba—, «*cuando yo la observaba a través de los setos, en la cabaña en que se había refugiado, cuando sentía mi corazón latir con fuerza y mis sienes palpitar sordamente, me decía que nunca tendría atrevimiento para acercarme a ella*».

«*Mis deseos eran tan sólo que Juana no perteneciera a otro…, a "él", al hipócrita dulzón que la sedujo con hermosas palabras que yo nunca he conocido*».

«*Sí, estaba entonces conforme con no verla nunca más, con tal que "él" tampoco la Viera. Recuerdo que en el momento en que me hirió y fui llevado al castillo por aquellos leñadores, mi dolor más atroz era el de pensar que iban a reunirse los dos y que todo lo que yo había hecho hasta entonces sería inútil*».

«*Felizmente, nada de esto sucedió, y cuando supe que mi padre*

habla dispuesto su separación definitiva, tuve inmensa alegría y esto me bastó. ¿De dónde viene, pues, el amor que ahora siento? ¿Por qué no traté de buscarla si la amaba?».

El mariscal se detuvo pensativo y se contestó:

«*Es que odiaba más a mi hermano de lo que la amaba a ella. He aquí por qué los años consiguieron borrar el amor, en tanto que el odio era el mismo. Y era a impulsos del Odio, para domarlo y para aplastado, por lo que me metí en esta formidable aventura de la que tal vez no saldré con vida*».

Y siguió su agitado paseo, prosiguiendo el monólogo.

«*Entonces ¿por qué me turba tanto el hecho de haberla encontrado? ¿Por qué experimento una pasión que creía ya apagada? ¿Voy a amarla ahora más que nunca? ¿Dónde estará él? Lejos de París, sin duda alguna. ¡Cuánto me gustaría informarlo de que tengo a Juana en mi poder!*».

Mientras Enrique pronunciaba estas palabras, llamaron a la puerta, y dando permiso para que entraran, apareció el escudero que le había acompañado a la posada de Pont-de-Cé.

—Monseñor —dijo sin esperar a ser interrogado—, tengo que daros una noticia grave.

—Habla.

—El hermano de monseñor está en París.

Damville palideció.

—Lo he visto con mis propios ojos —continuó diciendo el escudero— y lo he seguido. Ahora está en su palacio.

—¿Estás seguro de no haberte engañado?

—Lo he reconocido perfectamente, monseñor.

—Está bien, déjame.

Una vez que salio en el castillo, Montmorency se dejó caer en el Sillón, y aun cuando pocos instantes antes expresaba el deseo de hallar a su hermano, a la sazón recorría su cuerpo fuerte temblor.

Y ya buscaba el medio de huir de su hermano, porque personificaba la venganza que a cada momento podía caer Implacablemente sobre él.

«*Presiento que el encuentro es inevitable, es en vano que, desde hace dieciséis años, hayamos interpuesto grandes distancias entre nosotros. Lo inevitable va a llegar. Dentro de ocho días, tal vez mañana, nos*

encontraremos cara a cara, y entonces ¿qué nos diremos uno a otro?».

Se levantó, dio algunos pasos con el rostro contraído, tratando de componerse o excusar ante sus propios Ojos el espanto que le causaba el solo anuncio de que su hermano había llegada a París.

«*¡Ah! ¡Si yo estuviera Solo!*» —dijo dando un puñetazo sobre una mesa—. «*Cómo iría a buscarlo y desafiarlo, gritándole a la cara: ¿Es a mí a quien buscáis en París? ¡Aquí me tenéis!: ¿Qué queréis? Pero no estoy solo, porque ella está allí y la amo. No quiero que la encuentre ni que se vean. ¿Quién sabe si él ya no la ama? ¿Qué haré? ¿Dónde voy a esconderla?*».

Durante una hora, Enrique de Montmorency continuó su paseo y poco a poco se calmó. Pero una sonrisa apareció en sus labios. Tal vez por haber hallado lo que buscaba, porque murmuró:

—Sí. Allí estará con seguridad. Tengo un buen medio para asegurarme de la fidelidad de esta mujer.

Inmediatamente se dirigió a la habitación en que estaban encerradas Juana de Piennes y su hija Luisa. Una vez hubo llegado a la puerta, escuchó un instante, y no oyendo ningún ruido, abrió despacio con una llave que llevaba colgada; luego empujó la puerta y se detuvo. Juana y su hija se hallaban ante él estrechamente abrazadas, como si quisieran protegerse mutuamente y mirándolo con indescriptible espanto. Durante el primer instante no vio más que a Juana. ¡Qué hermosa estaba todavía! Dio un paso, cerró cuidadosamente la puerta y avanzó diciendo:

—¿Me reconocéis, señora?

Juana de Piennes se colocó resueltamente ante Luisa y dijo:

—¿Cómo os atrevéis a presentaros ante esta niña? ¿Por qué osáis hablar en su presencia?

—Ya veo que me reconocéis —dijo el mariscal con ruda ironía—. Me felicito de ello, pues veo que no he envejecido, como me decía poco tiempo ha, uno de vuestros antiguos conocidos, el señor de Pardaillán.

El amor maternal dio audacia a Juana que exclamó con tranquila voz:

—¡Caballero! Hacéis mal evocando ante mi hija tan odiosos recuerdos. Idos, creedme. Habéis cometido otra infamia destruyendo la pobre felicidad que nos quedaba, pero una felonía

más o menos no tiene importancia en vuestra vida. Somos vuestras prisioneras, pero os juro que estoy decidida a evitar que mi hija oiga vuestras infames alusiones.

Montmorency se enfureció y estuvo a punto de dejarse llevar de su violento carácter, pero se contuvo y dijo:

—Os vuelvo a ver como siempre os he visto, pues tantas veces como me he hallado ante vos, sólo he visto retratado en vuestro semblante el odio o el temor. Y hoy, después de tantos años, que debieran haberos inspirado el olvido, hallo de nuevo en cada una de vuestras palabras y en todos vuestros gestos el odio y el terror. Más esto os importa poco, sin duda. Pero he de hablaras, señora. Y como vos creo conveniente que nuestra conversación sea tan sólo entre los dos. Ruego, pues, a vuestra hija que tenga la bondad de retirarse.

Luisa se abrazó a su madre exclamando:

—Madre, no quiero dejarte.

—No, hija mía —dijo Juana—. No nos separaremos. Quiero estar a tu lado para defenderte.

Enrique palideció. Su designio de aislar a Juana fracasaba. Por un instante inclinose a pensar que lo mejor sería emplear la violencia, pero vio a Juana tan decidida, que tuvo miedo. Y, no obstante, era preciso hablar con ella.

—¿Qué teméis? —dijo por fin en voz alta—. Si hubiera querido separaros de vuestra hija ya lo habría hecho con la mayor facilidad, pero no he querido tal cosa. Decid y pensad lo que queráis, pero no podréis quitarme el mérito de la franqueza. Sí he obrado violentamente y tal vez obraré en adelante del mismo modo. Soy fiel a mí mismo. No soy como esos miserables que, una vez casados, repudian a su mujer. ¿Protestáis, eh? ¿Y a mí qué me importa? No podéis alterar las cosas que han sido, y la verdad es que Francisco os abandonó cobardemente y yo soy fiel conmigo mismo.

Un grito de horror e indignación salió de los labios de Juana. Sin pensarlo, Enrique había hallado el mejor medio para obligar a Juana a contestarle. Por un momento olvidó a Luisa para no pensar más que en Francisco.

—¡Miserable! —gritó con vehemencia en la que puso todo su amor de antaño—. ¡Miserable! Tu felonía y tu infamia fueron las

causas de nuestra, separación, pero sabe que Francisco, lejos de mí, me llora como yo lo lloro a él.

Juana rompió entonces a sollozar amargamente.

—¡Madre, madre! Me tienes a mí —gritó Luisa…

Estas palabras devolvieron a Juana su presencia de espíritu, y estrechando a su hija entre sus brazos, le dijo:

—Sí, hija mía. Te tengo a mi lado, y tú eres ahora mi único tesoro.

Enrique contempló irritado el grupo que formaban abrazadas madre e hija y comprendió entonces cuán grave error había cometido al no separarlas. Comprendió que todas sus palabras serán vanas y que únicamente la violencia podía darle resultado.

—Bueno —dijo tratando de dar a su voz un tono conciliador—. Más tarde me haréis justicia, y cuando sepáis a qué peligro os he substraído, tal vez me miraréis con menos horror. Ahora es necesario que sepáis lo que venía a deciros… No podéis continuar en este palacio, porque el mismo peligro que os amenazaba en la calle de San Dionisio, os amenaza todavía. Hacedme el favor de prepararos, porque dentro de una hora una carroza os transportará a una casa en la que estaréis en perfecta seguridad. Adiós, señora.

Un imperceptible movimiento de alegría se le escapó a Juana, pero la desconfiada mirada de Enrique lo observó.

—Debo añadir —dijo tranquilamente— que toda tentativa de evasión y cualquier grito durante el camino serían por lo menos inútiles, pero muy bien pudieran convertirse en peligrosos para esta niña.

Y salió murmurando:

«*Por lo demás, ya escogeré yo el momento conveniente*».

Después de la salida de Enrique de Montmorency, las dos mujeres permanecieron algunos minutos silenciosas y estupefactas. La fuerza ficticia que había sostenido a Juana en presencia de su temible enemigo, la abandonó de un golpe. La pobre experimentaba uno de esos terrores que paralizan el pensamiento.

—No hay remedio —se dijo—. Mi hija y yo estamos perdidas.

En efecto, la conversación que acababa de sostener con Enrique —si conversación puede llamarse a un cambio de amenazas y desafíos— le probaba que aquel hombre era todavía el mismo de

antaño. En los días que acababan de transcurrir, aun sabiendo que se hallaba en poder de Enrique de Montmorency, la desgraciada se había atrevido a esperar.

Juana, que había esperado que el remordimiento hubiera modificado el carácter del mariscal de Damville, tuvo ocasión de observar que su pasión era más violenta que nunca. Su esperanza se había, pues, desvanecido porque el Enrique que acababa de presentarse ante ella era el mismo que antes había conocido, si bien menos violento y más hipócrita.

—¿,Qué va a hacer con nosotras? —se preguntó.

—Valor, madre —dijo Luisa—. Lo principal es que no nos separen. Aquella noche las dos pobres mujeres no se acostaron, pero las horas transcurrieron sin que hubieran ido a buscarlas, a pesar de lo dicho por Enrique, y hacia el alba se durmieron una junto a otra, muertas de fatiga.

XXXI - La casa de la calle de la Hache

DOS ACONTECIMIENTOS IMPREVISTOS impidieron al mariscal de Damville ejecutar aquella noche su proyecto. Al dejar a Juana de Piennes, observó con extrañeza que se sentía casi feliz y además, su invención al decir que las había substraído a un gran peligro, le parecía magnífica.

—Ha empezado por maldecirme, pero otra vez me escuchará sin cólera.

Y con esta idea se dispuso a guardar a sus prisioneras en sitio seguro. Separarse de ellas le era, muy penoso, pero la seguridad de que Francisco estaba en París y sus presentimientos vagos de que pudiera ir al palacio de Mesmes, lo decidieron a aquella separación, que, por otra parte, según creía, no iba a ser muy larga.

Enrique esperó que la noche empezara a caer, y hacia las siete y media, en pleno crepúsculo, se envolvió en una amplia capa, cubrióse la cabeza con un birrete sin pluma y se armó con un sólido puñal.

Salió del hotel y media hora más tarde estaba en la calle de la Hache y se detenía en la esquina de la Traversine, ante la casita de la puerta verde que habitaba Alicia de Lux.

Echó el mariscal una rápida mirada a su alrededor para convencerse de que nadie le espiaba y luego introdujo una llave en la cerradura, pero la puerta no se abrió.

—¡Ah! —exclamó—, ha hecho cambiar la cerradura. Es una mujer muy inteligente.

Entonces se decidió a llamar. Pero en el interior de la casa reinaba el mayor silencio. No obstante, el mariscal observó que se apagaba instantáneamente la débil luz que salía por la rendija.

—Desconfia —dijo el mariscal—. Pero, esto me prueba que está aquí. Y, por el diablo, que no tendrán más remedio que abrirme.

Y llamó con más fuerza. Sin duda desde el interior temieron que el ruido atrajera la curiosidad de las gentes sobre aquella casa, que tenía absoluta necesidad de que nadie se fijara en ella.

Enrique oyó pasos por la arena del jardincillo y muy pronto se oyó una voz agria, diciendo:

—Continuad vuestro camino, si no queréis que llame a la ronda.

—Laura —exclamó Enrique.

Le contestó una exclamación ahogada.

—Abre, Laura —continuó el mariscal— por todos los diablos, o entraré saltando la pared.

La puerta se abrió enseguida.

—¿Vos, monseñor? —dijo la vieja Laura.

—SI, yo, ¿te extraña mi visita?

—¡Oh! Como hace casi un año…

—Razón de más para acogerme con alegría cuando vuelvo, quiero hablar con Alicia.

—No está en París, monseñor.

—Vamos —continuó Enrique—. Hace pocos días en el Louvre no se hablaba más que de su regreso.

—Se ha marchado otra vez —dijo Laura con energía.

—Bueno, me instalaré aquí aun cuando deba esperarla un mes.

—Entrad, señor —dijo una voz al mismo tiempo que una figura blanca se dibujaba en el umbral de la casa.

Era Alicia. El mariscal la reconoció enseguida y la saludo con una gracia no exenta de la insolencia que aquel caballero de alta cuna se creía con derecho a dejar traslucir.

Alicia volvió a entrar en la casa y Laura encendió las luces. El mariscal se volvió hacia la joven, mientras que ésta, en pie, un poco pálida y con los ojos bajos, esperó que Laura hubiera salido.

—Os escucho… señor —dijo entonces—. Forzáis mi puerta; habláis a gritos y me saludáis con toda la ironía de que sois capaz; todo porque he sido vuestra querida. Veamos qué tenéis que decirme.

El mariscal se quedó asombrado, al oír aquellas palabras, pues en la actitud y la ironía de Alicia habla una especie de dignidad dolorosa. Entonces se descubrió y se inclinó ceremoniosamente.

—¡Lo que tengo que deciros! —exclamó—. Por lo pronto os pido perdón de haberme presentado así y temo haberme atraído vuestra cólera en el momento en que quiero pediros un favor.

—Nunca me encolerizo, señor.

Efectivamente, en cuanto hubo comprendido que el mariscal de Damville no iba a su casa como amante que tiene derechos adquiridos, sino a pedirle un favor que ella podría hacerle, su presencia le era indiferente. Entre tanto éste había recorrido con la mirada aquella habitación que conocía tan bien.

—Nada ha cambiado —dijo—, exceptuando dos cosas.

—¿Cuáles, señor?

—Ante todo vos, que estáis más hermosa que nunca… ¡Oh, tranquilizaos! Esto no es más que una sencilla observación.

—¿Y además? —dijo Alicia.

—Además —contestó el mariscal sonriendo—, observo que ha desaparecido mi retrato.

—En dos palabras os voy a explicar, monseñor, por qué no está aquí vuestro retrato, porque han tardado en abriros y por qué, en fin, os ruego que olvidéis que yo existo… Tengo un amante…

Esto fue dicho con una franqueza Que habría parecido muy dolorosa o muy sublime a Enrique si éste hubiera podido leer en el corazón de su antigua amante. Alicia de Lux hizo esta confesión no como un desafío sino como una advertencia que honraba al mariscal, pues se le suponía capaz de guardar discreción absoluta.

—He sido reemplazado —dijo Enrique sin sospechar que decía una grosería—. Ello me satisface. No por vos, señora, aun cuando os deseo toda clase de felicidades, sino por mí mismo.

Alicia dirigió al mariscal una mirada llena de asombro.

—Sí —continuó éste— el favor que vengo a pediros exige que me hayáis olvidado lo bastante para comprender lo que voy a deciros y no totalmente pues entonces no contaría con vuestra buena voluntad.

—Contad con ella.

—Voy a explicarme con claridad —dijo Enrique sentándose en un sillón a instancias de Alicia.

En aquel momento la joven palideció intensamente y ahogó un grito. Cogió al mariscal por un brazo, y con fuerza centuplicada por el peligro, lo arrastró hacia un gabinetito, cuya puerta cerró. Casi inmediatamente apareció la vieja Laura muy asustada.

—Silencio —dijo Alicia con ronca voz—. Ya lo sé; lo he oído.

Lo que sabía y lo que había oído era que alguien acababa de

abrir la puerta exterior de la casa y la única persona que podía hacerlo era el conde de Marillac.

El conde franqueó el jardín en dos saltos y se presentó a Alicia, la cual, lívida y trastornada estaba en el centro de la estancia, apoyada en un sillón.

—¿Vos, amado mío? —dijo.

El conde avanzaba sonriendo con las dos manos tendidas hacia ella, y al ver su turbación y palidez le preguntó:

—¿Estáis enferma, Alicia?

—No —contestó la joven—, tan sólo la emoción de veros. Y haciendo un gran esfuerzo consiguió dar tranquilo aspecto a su semblante.

El conde de Marillac estaba asombrado Hasta entonces había observado escrupulosamente los días y horas señalados para sus visitas y no comprendía porqué el hecho de haberse adelantado un día podía turbar de tal modo a su joven amiga. Ésta, comprendiendo lo que pasaba en el ánimo del joven, dijo risueña:

—Soy una niña; he estado a punto de ponerme mala, porque os veo el jueves en vez del viernes, pero esto es la dulce sorpresa, amigo mío, pues no tengo a nadie más que a vos y no pienso en otro que en vos y siempre que os veo late apresuradamente mi corazón.

—¡Querida Alicia! —exclamó el joven cogiéndola entre sus brazos y besando los perfumados cabellos de la joven—. Yo tampoco tengo en el mundo a nadie más que a vos y también, cuando me acerco a esta bendita casa, siento que mi corazón se dilata de alegría. Alicia íbase tranquilizando y pensaba:

«*El mariscal va a oírlo todo. Pero ¿qué me importa? No verá a Diosdado ni lo reconocerá*».

—Perdonadme por haber venido sin avisaros —dijo el conde.

—¿Perdonaros, cuando me hacéis tan feliz?

—He venido a advertiros que mañana no podré ser dichoso a vuestro lado.

—¿No vendréis? —preguntó Alicia con voz en que se traslucía el pesar.

—No. Escuchad, amiga mía. Asisto esta noche, dentro de una hora, a una reunión de grandes personajes, pero como no quiero tener nada oculto para vos…

Alicia, al oír estas palabras, sintió gran terror, pues comprendió claramente que el conde iba a revelarle secretos políticos.

«*¿Cómo impedir que hable? ¿Cómo lo haré para que Damville no oiga nada?*».

—¿No sois mi bien amada? —continuó el conde.

—¿Para qué queréis explicarme nada de todo esto? —dijo Alicia —. De vos sólo quiero oír palabras amorosas.

—Alicia —continuó el conde sonriendo— sois la compañera de mi vida y por lo tanto no debo tener secretos para vos.

—Hablad más bajo, os lo suplico —balbució Alicia llena de temor.

—¿Por qué? ¿Quién podría oírnos? —dijo el conde mirando a su alrededor.

—Mi tía Laura; recordad que es muy curiosa y habladora como todas las viejas.

—¡Ah, caramba! Tenéis razón, no pensaba en ella —dijo el conde riéndose. En aquel momento se abrió la puerta y apareció Laura.

—Alicia —dijo— he de salir un momento y aprovechare la presencia del conde de Marillac para no dejarte sola.

Alicia estuvo a punto de dar un grito de desesperación. Ella había procurado no pronunciar una sola vez el nombre del conde y Laura lo profirió a voz en grito.

—Podéis marcharos tranquila —dijo el conde.

—No, no, no salgáis, no os mováis de aquí —gritó Alicia fuera de sí.

—¡Oh, Alicia! —exclamó el joven—. ¿Desconfiáis de mí?

—¿Yo? —dijo ella—. De ningún modo —y esforzándose por parecer tranquila, exclamó—: Id, id, tía, pero volved pronto.

—¡Oh! —dijo la vieja Laura—. Estando aquí el señor conde, no he de llevar prisa. Un instante después el conde de Marillac oyó cómo se cerraba la puerta de la calle.

—Ya estamos solos —dijo sonriendo—. Ahora voy a claros pruebas de mi confianza. Ella, para evitar que hablara, hizo una tentativa desesperada y cogiendo a Marillac por la mano lo arrastró diciendo:

—Venid, os voy a enseñar mi habitación pues nunca la habéis

visto.

El joven se estremeció y una oleada de sangre subió a su cabeza, pero enseguida se impuso a sí mismo el respeto que debía guardar a su prometida. Se reprochó el pensamiento que había atravesado su espíritu y para escapar a la tentación, empezó apresuradamente su relato:

—Quedémonos aquí. Por otra parte, sólo me quedan unos minutos. ¿Sabéis quién me espera, Alicia? El rey de Navarra. Sí, el rey en persona. Además forman parte de la reunión el almirante Coligny y el príncipe de Condé. Se han reunido en la calle de Bethisy.

«*¡Desgraciados de nosotros!*» —se dijo la pobre mujer.

—Sin contar con que esperan al mariscal de Montmorency.

Alicia se echó a temblar, y si el conde, al verlo, no se hubiera asustado, sin duda alguna habría podido percibir un ruido semejante a una exclamación ahogada, muy cerca de él, detrás de una puerta.

—¿Qué tenéis, Alicia? —exclamó el joven—. ¿Por qué os ponéis tan pálida? ¿Os sentís mal?

—Yo, no, no… O más bien… sí, realmente… no estoy muy bien.

Por un momento Alicia se preguntó si un desmayo no sería la mejor solución; pero con la rapidez del cálculo que poseía, pensó enseguida que si lo hacía, Diosdado buscaría agua por toda la casa y abriría la primera puerta que encontrara, en cuyo caso no dejaría de descubrir a Enrique de Montmorency.

—¡Ya pasó! ¡A menudo tengo vahídos!

—¡Pobre ángel mío! ¡No temáis, que os haré la vida tan hermosa y tan dulce que todas estas molestias desaparecerán!

—Sí, hablemos del porvenir, amado mío.

—Es necesario que me marche, Alicia. Ya sabéis que me esperan. Hoy se tomarán grandes resoluciones, y si nuestro plan tiene éxito ya no habrá más guerras y entonces, Alicia, no nos separaremos más; seréis mi mujer y nuestra felicidad será eterna. Alicia, fijaos bien, se trata nada menos que de secuestrar a Carlos IX y de imponer nuestras condiciones.

Esta vez, Alicia dio un grito y, para que el conde no continuara, exclamó:

—¡Silencio! He aquí a mi tía.

Y dio la casualidad de que al abrir la puerta, Laura apareció, efectivamente. Alicia había pronunciado estas palabras únicamente con el intento de hacer callar al conde, y si hubiera estado menos trastornada, sin duda se habría preguntado por qué no habría oído abrir la puerta de la calle y la casualidad de que la aparición de Laura coincidiera con sus palabras. En cuanto al conde, estuvo persuadido de que la vieja acababa de entrar.

—Así, pues —añadió como si continuara una conversación empezada—, mañana no nos veremos. Ya sabéis, querida amiga, el viaje que debo hacer.

—Idos, señor conde —balbució Alicia—, y que el Cielo os guíe.

Como de costumbre, Marillac, cuando se hallaba en presencia de Laura, estrechó las manos de su prometida. Y ésta, también como solía, lo acompañó hasta la puerta de la calle, mientras la tía se quedaba en casa. Allí se despidieron dándose un apasionado beso.

—Amigo mío —murmuró Alicia entonces—, estos vahídos que me dan a veces no son sin motivo. Hace algunos días que estoy muy inquieta, sueño cosas terribles y me asaltan siniestros presentimientos.

—¡Niña! —exclamó Marillac.

—¿Me amáis? —preguntó ella poniendo toda su alma en esta pregunta.

—¿Cómo puedes dudarlo?

—Pues bien —dijo Alicia con una vehemencia que alarmó al joven—. Si realmente tu corazón y tu vida son míos, te ruego encarecidamente que veles por ti mismo sin distraerte un momento. Desconfía de todo el mundo. Si tu padre estuviera aquí te diría que desconfiaras de él, y aun te digo más: desconfía de mí misma. —Y como él tratara de cerrarle la boca con un beso, añadió—: ¿Quién sabe? Tal vez entre sueños se me habrá escapado una palabra Imprudente. ¡Oh, Diosdado! Júrame que antes de aventurarte por una calle, examinarás el pavimento. Júrame que te alejarás de los inofensivos transeúntes y que mirarás detrás de las paredes antes de hablar, así como que te asegurarás no están envenenadas ni el agua que bebas ni las frutas que comas. ¡Júralo!

—Bueno, te lo juro —dijo él casi asustado—. Acabarás por

darme miedo. ¿Has oído algo alarmante?

—No, nada, te lo juro. Son únicamente presentimientos, pero no me engañan nunca, pues siempre se han convertido en realidades. Diosdado, tengo tu promesa y juramento de que desconfiarás constantemente y velarás sobre ti mismo como si estuvieras rodeado de enemigos.

—Sí, querida mía, te lo vuelvo a jurar. Vamos, tranquilízate y muy pronto cesarán tus lágrimas.

Ella lo estrechó convulsivamente entre sus brazos, se dieron otro abrazo y el conde de Marillac se alejó rápidamente. Alicia se quedó un momento en el jardín para poner en orden sus ideas y afrontar el peligro con aquella fría intrepidez de que tantas pruebas había dado.

La situación era espantosa en las visiones que atravesaron su cerebro con la rapidez incalculable de los sueños, vio claramente a Diosdado reducido a prisión, torturado y decapitado.

Montmorency lo había oído todo. De esto estaba segura. Tal vez trataría de negarlo, pero ella sabía perfectamente que al hacerlo mentiría, porque el mariscal no había podido por menos que enterarse de todo. Primero del nombre del conde, pronunciado por Laura, y luego de las confidencias del joven. A la sazón, Enrique de Montmorency sabía que el conde de Marillac conspiraba contra el rey de Francia en unión del príncipe de Condé, el rey de Navarra Colígny y Francisco de Montmorency.

Por una parte, el mariscal de Damville, adicto a los Guisas, tendría interés en denunciar a los hugonotes y, además, su odio contra Francisco lo decidiría a llevar a cabo la delación, aun cuando no hubiera tenido deseo de perjudicar a sus enemigos de religión. Alicia conocía muy bien estas circunstancias y, por lo tanto, no dudó un momento de que al salir de su casa, el mariscal se marcharía al Louvre para denunciar a su hermano, a Coligny, a Condé y a Enrique de Bearn. Igualmente estaba segura de que en la declaración iría comprendido el conde de Marillac y esto representaba la muerte.

¿Permanecería Alicia impasible ante la pérdida de su prometido? De ningún modo. Tal situación no tenía más que una salida, y era suprimir la posibilidad de la denuncia, suprimiendo al

posible denunciador.

Muy pronto estuvo decidida y el asesinato fue aceptado y resuelto. Entonces recobró enteramente la calma después de haber luchado contra la necesidad de derramar sangre. Volvió a la casa después de haber permanecido indecisa solamente durante un minuto. Entró en el edificio, y de la pieza de que había salido Diosdado, tomó un puñal corto y muy acerado; un arma mortal con la punta casi triangular, la hoja sólida y el mango robusto. Ocultó el arma en su mano con la punta en alto, de modo que levantando el brazo, quedaba instantáneamente armada y preparada para herir. Entonces, sin vacilar ni palidecer, fue al gabinete en que estaba oculto Enrique y abrió la puerta con la mano izquierda. El mariscal era de alta estatura y por esta razón la joven había resuelto herirlo cuando los dos estuvieran sentados uno frente a otro. Entonces, levantándose repentinamente, lo heriría con mayor facilidad.

«*Ahora va a negar y sostener que nada ha oído*» —dijo Alicia—, «*pero en cuanto trate de probármelo, le clavaré mi puñal*».

Pero, la primera palabra del mariscal al salir fue:

—Debo preveniros, Alicia, de que lo he oído todo. —La joven se quedó estupefacta. Todo lo había previsto menos esto.

Se le escapó un gesto de sorpresa, Y moviendo involuntariamente la mano derecha, dejó el puñal descubierto. El mariscal lo vio y se quedó pensativo.

—Debo preveniros también —dijo luego— de que siempre llevo una cota de malla que vuestro puñal no podrá atravesar. Así, pues, Alicia, es inútil que tratéis de matarme.

Alicia retrocedió con viveza hasta la puerta de salida y la cerró. Luego, apoyándose en ella, dijo:

—Siento que hayáis adivinado mis intenciones, porque esto me obligará a sostener con vos lucha repugnante en la cual seguramente seré vencida, pero me veo obligada, mal de mi grado, a daros muerte. Así, que señor, voy a atacaros, porque prefiero morir a vuestras manos a dejaros salir vivo de aquí.

Y no tratando ya de ocultar el puñal, lo asió fuertemente. Con los brazos cruzados se apoyó de espaldas en la puerta y dirigió al mariscal intrépida mirada. Enrique de Montmorency sintió admiración por ella, no solamente por la bravura de aquella mujer,

sino por la extraordinaria belleza que en aquel momento tenía su rostro. Luego, dirigiendo una mirada a su alrededor, se parapetó detrás de la mesa.

—Alicia —dijo—, el resultado de una lucha entre los dos no es dudoso.

—Lo sé —dijo ella con tranquilidad prodigiosa—. Matadme, pues. Es preciso que uno de los dos muera.

—Ni os mataré ni me mataréis; si debo habérmelas con vos para pasar, me contentaré con desarmaros, cosa que no me costará mucho, pero en todo caso no esperéis que os mate.

Ella comprendió con estas palabras que el mariscal se había percatado de su desesperación.

—Pero si me obligáis a usar de la violencia —añadió—, os aseguro que una vez franqueado el umbral de esta casa, me creeré libre de hacer el uso que me plazca de los secretos que he sorprendido.

Un temblor agitó el cuerpo de la joven, pero fue corto. Inmediatamente adquirió de nuevo su actitud de desafío.

Enrique continuó diciendo:

—En cambio, si llegamos a un acuerdo, me creeré obligado a olvidar todo lo que sé y sobre la fe de mi palabra, que nunca fue dada en vano, os aseguro que podréis estar tranquila. Esperad, Alicia, no os mováis de vuestro sitio, como yo tampoco me muevo del mío. Dejadme explicar mi pensamiento y haréis lo que mejor os convenga. ¿Os contentaréis con mi palabra formal de olvidar?

Ella movió negativamente la cabeza, y al hacer este movimiento, sus cabellos se desataron y cayeron sobre sus hombros.

—No creo en vuestra palabra —dijo—. Aunque fuerais Dios no os creería tampoco.

Enrique palideció ligeramente y empezó a sentir terror ante aquella mujer decidida a morir o matar. Respiró penosamente y dijo:

—¿Y si os diera un rehén? Escuchad, hablemos como dos buenos amigos. Yo había venido a pediros un favor y voy a deciros cuál era y es mi pensamiento. Escuchadme atentamente. Adivino que sentís furiosa desesperación de amor. Habéis sido mi amante y siempre vi que erais un poco fría en asuntos amorosos, pero ahora estáis muy

cambiada.

»Para que contra mí hayáis tomado tal actitud, es preciso que vuestro amor sea muy grande. Os figuráis que quiero aprovecharme de lo que he oído, y en contestación, os diré que a vos no os importa salvar al rey de Navarra, a Coligny, a Condé o a mi hermano. Sólo os interesa la salvación del conde. ¿Quién es este hombre? Lo ignoro. A mis ojos es tan sólo un hombre al que amáis más que a vuestra vida y por el cual estáis dispuesta a morir.

»Mientras tuve el honor de ser vuestro amante siempre vi en vos un lado tenebroso que a veces me inquietó, pero ahora leo tan claramente en vuestra alma como si vuestros sentimientos fueran los míos. Amáis apasionadamente, de un modo prodigioso, con amor salvaje, si así puede decirse.

Alicia lo miraba con ferocidad y atención para evitar que tratara de sorprenderla con alguna acometida.

Enrique continuó tras un momento de silencio:

—Alicia, es necesario que me contestéis; porque, si me equivocara, lo que voy a deciros no tendría ningún significado. ¿Os he comprendido, Alicia? ¿Os halláis en este estado de desesperación profunda y de amor absoluto que me ha parecido ver en vos?

—Sí, así es como amo al hombre cuya presencia habéis sorprendido y me hallo en tal situación que es necesario matar o morir.

—Bien, pues ya nos entenderemos. Alicia, ¿queréis distraeros un instante de vos misma para sondear con lúcida mirada el alma del hombre que se halla ante vos? —Alicia se encogió de hombros con soberbia indiferencia.

—Es necesario —contestó Enrique—. ¿Queréis preguntaros por qué soy tan paciente, a pesar de no ser esta mi virtud y estar acostumbrado a que todos tiemblen y se dobleguen ante mí? ¿Queréis saber por qué trato de ser elocuente, cuando, siguiendo los impulsos de mi temperamento, os habría forzado a dejarme el paso libre? Es porque os necesito, y también porque he comprendido vuestra desesperación y vuestro amor.

Entonces la mirada de Alicia se humanizó un tanto. El mariscal lo advirtió y dijo:

—Comienzo a despertar vuestro interés, pero mayor será éste

dentro de poco. A las preguntas que os he formulado voy a contestarme yo mismo, aun cuando al hacerlo deba destrozarme el corazón. Pero es necesario, Alicia, no para probaros que vuestro amante no ha de temer nada de mí, sino para obtener vuestra ayuda, que me es indispensable. ¿Por qué soy paciente, yo que tengo fama de feroz? ¿Por qué he comprendido vuestro amor cuando siempre lo he despreciado? Es porque también amo, Alicia, y porque mi amor es tan ardiente y furioso como el vuestro, y mi desesperación es, asimismo, terrible. El hombre al que amáis os ama, pero, en cambio, la mujer que yo amo me desprecia y me odia. Vos, con vuestro amor, inspiráis igual pasión, y en cambio yo no inspiro más que espanto y horror.

La emoción del mariscal era tan violenta y tan comunicativa, que Alicia se echó a temblar al ir desarmándola la expresión de Enrique, bajó los brazos y aflojando la mano dejó caer al suelo el puñal.

Si Enrique de Montmorency hubiera tratado de engañar a Alicia, al observar el cambio de ésta, habría sonreído triunfalmente. Pero Enrique era sincero y su sinceridad era precisamente lo que desarmó a Alicia, pues ésta no se habría dejado engañar por una comedía, porque estaba habituada a adivinar el pensamiento de la comedianta más asombrosa de la época: Catalina de Médicis. Pero desde el momento en que pudo medir la profundidad de la voz y de la desesperación de Enrique, comprendió que podría tratar con él sobre una base de igualdad de sentimientos.

Se adelantó con la mano tendida y el mariscal se la estrechó con vehemencia. Asombrado tal vez de haber revelado a sus propios ojos su profundo amor, del que no había hablado nunca con nadie, olvidó casi el motivo de su visita, y en cuanto cogió la mano de Alicia, un sollozo se detuvo en su garganta, mientras dos lágrimas resbalaban por sus mejillas.

Estaban los dos cara a cara como dos condenados del amor.

—Sentaos, señor mariscal, —dijo Alicia con dulzura—, y tened la seguridad de que el secreto de vuestro dolor no saldrá jamás de mi corazón.

—Os doy las gracias —dijo él con voz sorda mientras trataba de recobrar su sangre fría.

Se sentaron uno ante el otro y se miraron con igual expresión de piedad; aquel criminal y aquella espía sintieron esos raros alivios del alma que apaciguaron por un instante el dolor más acerbo.

El mariscal, ya más tranquilo, continuó:

—Si yo no hubiera sorprendido vuestro secreto, si no os hubiera visto decidida a morir o a matar, tampoco habría hablado de este amor que me mata. Sucede ahora que el favor que vine a pediros es para vos una garantía, así como también vuestro secreto lo es para mí. Voy a explicarme. Sois una mujer de superior inteligencia con la que se puede hablar claramente.

»He sido vuestro amante. Pero ya sabéis muy bien que yo no os amaba y vos habéis sido mi querida sin amarme tampoco. No sé cuál era vuestro objeto al entregaros a mí. El mío era distraerme de la horrible pasión que me tortura desde hace dieciséis años. Perdonadme que os hable con esta franqueza brutal, pero es necesario. Ahora, no obstante, me he apoderado de la mujer que amo y con su hija la guardo prisionera en mi palacio. Durante ocho días, o tal vez menos, es necesario que esa mujer habite fuera de mi casa. Además, quiero estar seguro de que no se me escapará y venía a pediros el favor…

—¿De ser su guardiana? —interrumpió Alicia con acento de rebeldía.

—Sí —contestó el mariscal con firmeza.

De nuevo se midieron con la mirada. La piedad que los había unido se desvaneció y la lucha tornaba nueva forma.

—Oídme —dijo el mariscal—. Si no hubiera sorprendido vuestro secreto, os habría pedido esto mismo disfrazando la verdad, pero ahora todo esto es inútil. Yo os propongo que me ayudéis en mi amor y en cambio os ayudaré en el vuestro. Guardad en vuestra casa a la mujer que amo y a cambio me callaré sobre el complot de vuestro amante. Ya veis que os doy una garantía, un rehén. Si os hago traición entregando a vuestro amante, podéis hacerme el hombre más desgraciado del mundo avisando al mariscal de Montmorency de que Juana está en vuestra casa; de que es inocente del crimen de que la acusé y de que no ha dejado de amar a Francisco… mi hermano.

Ésta revelación, hecha con voz terrible, causó a Alicia impresión

indecible, pues comprendió el drama espantoso que se había desarrollado entre los dos hermanos. La idea de representar en aquel drama el papel odioso que se le destinaba, la hizo estremecerse de horror.

—Os asombra, ¿no es cierto? —dijo Enrique—. ¿Os sorprende saber que amo a la mujer de mi hermano y que haya conseguido separarlos y de que todavía persiga a esta mujer con el fuego de mi pasión? Esto también me asombra, pero nada puedo hacer para impedirlo. Ahora, he aquí el caso. Guardad a Juana de Piennes, guardádmela fielmente, sed una guardiana prudente, fuerte, insensible e incorruptible, porque, de lo contrario…

—¿Qué? —preguntó Alicia llena de angustia.

—Al salir de aquí denuncio a vuestro amante Marillac y lo mando al cadalso.

Y como ella se quedara alelada, sin saber qué partido adoptar, Enrique añadió:

—Nos tenemos uno a otro. Os entrego un rehén y en garantía tomo a mi cargo la vida de vuestro amante. ¿Lo amáis bastante para salvarlo al precio de una acción vergonzosa? Si no consentís, es que no lo amáis.

—¡Yo! —rugió ella—. ¿Yo no amarlo? ¡Por salvarlo sería capaz de incendiar París!

—Así pues, aceptáis. Dejad tranquilo vuestro puñal. Amáis demasiado para suicidaros, y en cuanto a herirme, mirad.

Y descubrió su pecho. Alicia entrevió la fina cota de malla de acero templado que le cubría hasta el cuello. Entonces Alicia se levantó, y retorciéndose las manos exclamó:

—¡Oh amor mío! Por ti descenderé el último escalón de la infamia. No era más que espía, pero ahora voy a hacerme carcelera.

El mariscal se inclinó profundamente ante ella, con mayor respeto tal vez del que otras veces lo hiciera ante el condestable, el rey o la reina Catalina.

—Mañana —dijo—, al caer de la noche, estaré aquí. Disponedlo todo para recibir a vuestras prisioneras.

Y dichas estas palabras salió de la casa.

—¡Me hallo en el fondo de la ignominia! ¡Oh! ¿Quién vendrá para sacarme de este abismo de vergüenza?

—Yo —dijo una voz grave.

Alicia, de un salto, y llena de sorpresa, se volvió hacia la puerta.

—¡El fraile! —exclamó medio loca.

Y por la misma puerta que había dado paso al mariscal, apareció envuelto en los pliegues blancos y negros de su hábito, inmóvil y con la mirada helada, el fraile Panigarola, el primer amante de Alicia de Lux.

XXXII - Padre e hijo

CASI A LA MISMA HORA en que Enrique de Montmorency salió de la calle de la Hache y tomaba el camino de Mesmes, es decir, un poco antes de las nueve de la noche, un hombre transcurría rápidamente por la calle de San Dionisio. En aquella época en que las tiendas se cerraban muy temprano y no alumbraban las calles, no había linternas, faroles ni lámparas que disiparan la obscuridad reinante; solamente alguna que otra taberna alteraba las tinieblas con la escasa luz que irradiaba a través de las aberturas de la puerta. La obscuridad era, pues, profunda a las nueve de la noche, y aquel hombre que andaba muy aprisa, chocó contra otro transeúnte al que no había podido ver.

Soltó un enérgico voto, murmuró algunas palabras y continuó su camino. El transeúnte, que sin duda tenía buen carácter no dijo nada… El hombre en cuestión se detuvo un instante ante la posada de «La Adivinadora», la contempló emocionado y pareció decidirse a entrar en ella pero moviendo la cabeza, continuó su interrumpido camino, murmurando:

«*No hagamos imprudencias, que ya tendré tiempo de verlo*».

Penetró entonces en un callejón y dos minutos más tarde levantaba el aldabón de la puerta del palacio de Mesmes. Se abrió una ventanilla, dejando entrever una cara desconfiada, la cual preguntó al recién venido por los motivos de su llamada.

—Decid al señor mariscal —contestó el interpelado— que ha llegado el hombre que encontró en la posada de Pont-de-Cé.

La puerta se abrió enseguida.

La casa del mariscal de Damville, así como la de Guisa y como la de otros grandes señores, estaba organizada como el Louvre. El mariscal tenía sus gentilhombres, sus guardias y sus oficiales, y en su casa era tan rey como Carlos pudiera serlo en el Louvre.

Hasta Luis XIII, el rey no fue más que el primer noble del reino. Más tarde Richelleu debía empezar a desmantelar todos aquellos Louvres en miniatura, a decapitar y a imponerse a todos aquellos

reyezuelos. De modo que Luis XIV no heredó solamente un reino, sino también una idea: la monarquía absoluta.

Al mismo tiempo que el lacayo abría, salió un oficial y dijo:

—¿Venís de Pont-de-Cé?

—En efecto, de allí llego en pequeñas etapas.

—¿Entonces sois Pardaillán?

—Realmente tengo el honor de ser el señor de Pardaillán, ¿y vos?

—Bueno, no os enfadéis. Soy hombre capaz de reparar mi olvido si éste os ha chocado.

—Mucho, y más porque no recuerdo vuestra cara.

—Me llamo Orthés y soy vizconde de Aspremont. Así, pues, cuando queráis, señor de Pardaillán.

—En seguida. No hay nada que me moleste tanto como tener pendiente un desafío.

—¡Señores, no riñáis! —dijo un oficial interviniendo.

El vizconde de Aspremont se encogió de hombros y dijo a Pardaillán, que ya desenvainaba:

—No temáis, caballero; ya cuidaré de que no tengáis que esperar mucho, pero como el mariscal no quiere que aquí se bata nadie, será necesario esperar. Entre tanto, servíos entrar, pues os aguardan.

El aventurero penetró en el palacio, cuya puerta se cerró con ruido.

—Caballero —dijo entonces Orthés—. Voy a tener el honor de conduciros yo mismo a la habitación que os han preparado.

—El honor será mío —dijo Pardaillán contestando ceremoniosamente al saludo de su adversario.

Precedido por un lacayo que llevaba una antorcha, Orthés, vizconde de Aspremont, echó a andar acompañado de Pardaillán, con el cual, siguiendo la costumbre de la época, se puso a conversar alegremente, como si fueran los mejores amigos del mundo. Así llegaron al segundo piso del palacio y entraron por fin en una hermosa estancia.

—Ésta es vuestra habitación —dijo Orthés—. ¿Queréis cenar?

—Mil gracias. He comido muy bien al llegar a París.

—Sólo me resta, pues, desearos buena noche.

—A fe mía, me caigo de sueño y estoy seguro de dormir de un tirón hasta mañana. Pero, decidme, ¿el señor mariscal no está en casa?

—Está ausente, en efecto, pero esperaba vuestra llegada hoy o mañana y en cuanto regrese será avisado.

Los dos hombres se saludaron. Orthés salió y Pardaillán se fijó en que al marcharse cerraba con llave la puerta de la habitación.

—¡Hola! —se dijo—. Me encierran, ¿por qué será?

Y ni corto ni perezoso, corrió a la puerta. Ésta era sólida y no había que pensar en violentar la cerradura. Entonces examinó la ventana, que se hallaba, como ya sabemos, en el segundo piso de la casa. Así, pues, no había medio de saltar desde tal altura sin correr el riesgo de romperse los huesos en la caída, cosa que no seducía al aventurero. Tiró rabiosamente su birrete sobre la cama y exclamó:

—¡Tonto de mí! ¡Me he dejado coger! Ahora comprendo perfectamente la conducta del mariscal. Me explico su paciencia, su amabilidad sus promesas y los escudos que me dio. ¡Ah, cobarde! Cara a cara tiene miedo y si fingió haber olvidado el asunto de Margency fue para combinar una emboscada. Y yo, como un estornino, me he metido en la trampa. Ahora me explico también la insolencia de este Orthés. El amo tiene miedo y va a hacerme asesinar por sus criados, pero ¡por Barrabás! ¡Ya lo veremos!

Estos fueron los primeros pensamientos de Pardaillán, pero reflexionando luego, halló un detalle que trastornaba todas sus suposiciones. El mariscal le había declarado positivamente que conspiraba contra el rey de Francia; terrible confidencia que podía llevarlo al cadalso.

—A menos —murmuró— que no haya imaginado esta conspiración para inspirarme confianza y si no quiero que me degüellen mientras duermo, será necesario velar toda la noche. ¡Y pensar que me estoy cayendo de sueño!

Pardaillán empezó a recorrer furiosamente la estancia, para no dormirse, pero cada vez que pasaba ante la cama daba un suspiro de envidia. Así transcurrió una hora y el aventurero andaba ya con los ojos cerrados. De pronto, no pudo resistir por más tiempo y desenvainando la espada, la empuñó fuertemente. Luego se echó sobre la cama dando un suspiro de satisfacción y dijo:

—Quiero dormir a pesar de todo. Bien mirado, dos horas de buen sueño valen la pena de correr el riesgo de ser degollado. Y además, entre morir de sueño o de una puñalada, la diferencia no es grande, porque ¡se parecen tanto el sueño y la muerte! —Y aún persuadido de que irían a acribillarlo a puñaladas, no por eso dejó de cerrar los ojos con gran delicia; diez segundos más tarde un sonoro ronquido llenó al aire de la habitación con ingrata melodía.

Después del encuentro de Pont-de-Cé, el viejo Pardaillán dio algunos rodeos y habiéndose vestido de nuevo y comprado otro caballo, pasó algunos días reflexionando. Por fin se percató de que era ya el día 7 de abril, de que sólo le quedaba una libra en el bolsillo y que se hallaba a dieciocho leguas de París.

Las recorrió en una jornada y llegó a la capital en el momento en que cerraban las puertas. Con el fin de esperar a que fuera completamente de noche, de acuerdo con la recomendación del mariscal, entró en el primer bodegón que halló al paso, en donde cenó abundantemente.

Vació dos botellas de cierto vino de Borgoña, cada una de las cuales costaba tres libras, y cuando le anunciaron que su cena y la de su caballo costaban once libras y tres sueldos, Pardaillán, que no tenía más que una libra, dejó su caballo en prenda, y marchó rápidamente hacia el palacio de Mesmes. Ya hemos visto de qué modo llegó y cómo acabó por dormirse tranquilamente después de la larga jornada de aquel día.

Cuando se despertó, vio que el sol estaba bastante alto, y lleno de sorpresa se dijo:

—¡Caramba! No estoy muerto todavía.

—Saltó de la cama y casi al mismo tiempo se abrió la puerta, Apareció el mariscal, que estaba pálido, pues Ciertamente había pasado peor noche que su prisionero.

—Habéis sido exacto en acudir a la cita. Os doy las gracias, Pardaillán.

—A fe mía, monseñor, me arrepiento de haber venido.

—¿Por qué? ¡Ah, sí, porque os han encerrado! Yo di la orden. Perdonadme esta precaución, mi querido señor de Pardaillán, pero

he querido evitaros un encuentro desagradable y que pudiera alterar nuestras buenas relaciones.

—No comprendo una palabra de lo que me decís monseñor.

—No importa. Lo esencial es que habéis llegado. Voy a pediros dos cosas, querido Pardaillán.

—«*¡Oh, oh!*» —pensó el aventurero—. «*¡Cuánta amabilidad!*».

—Primera —continuó el mariscal— es que os dejaréis encerrar durante todo el día de hoy. Os juro que no tenéis nada que temer y que gozaréis de vuestra libertad a las once en punto de la noche. Pardaillán hizo una mueca de disgusto.

—A no ser que me deis palabra de no salir de aquí durante todo el día hasta que vengan a buscaros de mi parte.

—Prefiero esto último. Os doy mi palabra, monseñor. Pero ésta es una de las dos cosas que me anunciasteis.

—La otra, Pardaillán, es que poseo un tesoro inestimable que no está seguro en este palacio y quiero transportarlo a una casa en donde estará bien guardado. Esta operación se llevará a cabo esta noche a las once. ¿Puedo contar con vos para ayudarme?

—Monseñor, desde el momento en que consentí entrar a vuestro servicio, es que estoy decidido a correr a vuestro lado todos los riesgos. Contad, pues, conmigo. ¿Pero no teméis que os roben por el camino vuestro tesoro?

—Sí, lo temo —dijo Enrique—. Y por esta razón no tengo confianza más que en vos y en uno de mis oficiales, hombre bravo y fiel, el vizconde de Aspremont. He aquí, pues, lo que he combinado. A las once la carroza saldrá del palacio.

—¡Ah! ¿Lo transportaréis en una carroza?

—Sí. d'Aspremont guiará; yo iré a caballo a la vanguardia y vos, con la espada en una mano y la pistola en otra, iréis a retaguardia, preparado a matar sin misericordia a cualquiera que trate de acercarse al vehículo. De este modo, nadie más que vos, d'Aspremont Y yo, sabremos la casa en que ocultaré mi tesoro.

—Entendido, monseñor. Voy a haceros una pregunta. ¿Acaso esta expedición se relaciona con… la campaña de que hablamos en Pont-de-Cé? En otros términos. ¿Es este tesoro de metal, piedras preciosas o bien de carne y hueso? Enrique palideció, y dirigiendo su escrutadora mirada a Pardaillán, exclamó:

—¿Qué queréis decir? ¿Sabéis algo?

—¿Yo? Nada absolutamente —contestó Pardaillán examinando al mariscal con no menor atención—. Pregunto solamente, ¿no sería, por ejemplo… una corona? —añadió bajando la voz.

«*Cree que se trata del rey*», —se dijo el mariscal tranquilizándose al momento.

—Porque en tal caso —continuó diciendo Pardaillán— doblaría las precauciones.

—Escuchad, Pardaillán, no puedo deciros si se trata de lo que creéis, pero obrad como si realmente escoltarais una corona.

«*Bueno*» —pensó Pardaillán—. «*Ya han raptado al rey. He aquí una hermosa guerra que se avecina, es decir, ocasión de dar y recibir muchos golpes, pero ¿cómo es posible que Paris esté tan tranquilo?*».

Y como una idea atravesara su espíritu, preguntó:

—Así, monseñor, a mi llegada me encerraron por miedo de que me enterara de la clase de persona que estaba prisionera en este palacio.

—Exactamente —dijo el mariscal y no mentía, pues temió que Pardaillán se interesara por la suerte de Juana y de su hija.

—Está bien —dijo resueltamente Pardaillán. No me moveré de aquí en todo el día y esta noche a las once estaré preparado.

Una vez el mariscal hubo salido, el aventurero se dijo:

«*Si no querían que yo supiera el nombre del preso, ¿para qué el mariscal me lo habrá dicho? Y si ahora lo sé ya, ¿de qué Sirve la precaución de obligarme a permanecer en mi cuarto durante todo el día? No, no es el rey el prisionero. ¿Y se tratará solamente de un preso? Lo que es evidente es que tratan de ocultarme algo, que sabré tal vez esta noche, pero que quiero averiguar ahora mismo*».

Dicho esto, Pardaillán quiso asegurarse de que no lo habían encerrado y observo con gran satisfacción que estaba libre. La puerta daba a un corredor por el cual se aventuró un poco yendo hacia la ancha y monumental escalera que conducía al patio, Retrocedió pensando que sería infaliblemente sorprendido.

Pasando entonces por delante de la puerta de su cuarto exploró el otro extremo del corredor que conducía a una puerta y, abriéndola, vio que daba a una escalera de caracol.

Y contento de este descubrimiento, regresó a su habitación.

La mañana transcurrió sin incidentes. Pardaillán se paseó un poco, meditó, silbó algunos aires de caza, tamborileó en los vidrios de su ventana y, en una palabra, se aburrió le mejor que pudo.

Hacia las once se presentó un lacayo, el cual dispuso la mesa y la cubrió con abundantes y sabrosos manjares, acompañados de algunas botellas de hermosa apariencia.

Mientras el aventurero se las había con el almuerzo, con un apetito propio de los veinte años, el lacayo desapareció, regresando a los pocos instantes con un talego lleno de monedas de plata.

Pardaillán, sonriendo alegremente, puso al descubierto sus blancos y sólidos dientes.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—La primera mensualidad del señor oficial, que el señor intendente de monseñor me ha entregado, pensando que tal vez el señor oficial necesitaría dinero después de su viaje.

«*He aquí un lacayo de fastidiosa urbanidad*», —pensó Pardaillán.

—Pues bien —dijo en voz alta—, el señor intendente ha pensado muy bien, como digno intendente de monseñor, y el señor oficial está satisfecho. Porque supongo que el señor oficial soy yo. Pero decidme, amigo, ¿sabéis lo que contiene este saco?

—Sí, mi oficial, seiscientos escudos.

—¿Seiscientos? ¡Pero si sólo debo cobrar quinientos!

—Es verdad, señor oficial, pero los cien escudos son para los gastos de viaje. El señor intendente me ha rogado explicarlo así al señor oficial.

—¡Cien escudos para el viaje! —exclamó Pardaillán, y para su sayo dijo:

«*Decididamente, este hombre es menos fastidioso de lo que me pareció*».

—Gracias, amigo —añadió, en voz alta—. Tened la bondad de abrir este saco.

—Ya está, mi oficial —dijo el lacayo.

—Bueno, toma cinco escudos.

—Ya está, señor oficial.

—Pues guárdatelos. Te los beberás a mi salud.

—Gracias, mi oficial —dijo el lacayo inclinándose hasta el suelo —. Os prometo que mañana me los beberé a vuestra salud hasta el

último sueldo.

—¿Y por qué mañana y no hoy, amigo mío? ¿Sabes acaso donde estarás mañana? Bébetelos, amigo, bébetelos hoy mismo.

—Es que tengo orden de estar todo el día a disposición del señor oficial.

«*Esto es lo que quería saber*», —se dijo Pardaillán.

—Así, pues, hoy… —añadió en voz alta.

—No debo dejar al señor oficial. Debo servirlo sin alejarme.

«*He aquí un animal cuya urbanidad es muy molesta*» —pensó el aventurero.

—Pero ahora que me acuerdo —exclamó—, ¿y mi caballo? A ver, vuelve a meter mano en el saco.

—Ya está, mi oficial.

—Toma cinco escudos más.

—Ya los tengo.

—Bueno, pues hazme el favor de ir enseguida a la taberna de «El becerro que Mama». ¿Sabes dónde está?

—Sí, entre la Truanderie y el Louvre.

—Precisamente. Pagarás una cuenta de un docena de horas que olvidé satisfacer ayer y la vuelta te la guardas. De paso te traes mi caballo. Y cuando vuelvas, ten cuidado de no despertarme, porque he dormido mal esta noche y voy a echar una siestecita para estar descansado por la noche, para una excursión que debo hacer.

El lacayo permaneció inmóvil.

—Bueno. ¿Qué haces aquí? —dijo Pardaillán.

—Ya iré mañana, mi oficial.

—¿Mañana? ¡Pero si yo necesito mi caballo hoy!

—Las cuadras de monseñor están a disposición del señor oficial.

Pardaillán miraba ya a su alrededor para ver si encontraba un bastón para romper en las costillas del criado, cuando se le ocurrió una idea y se echó a reír. Como el almuerzo estaba terminado, llenó un vaso y lo ofreció a su carcelero, porque aquel lacayo no era, en realidad, otra cosa.

—¿Cómo te llamas, muchacho? —preguntó.

—Didier, para serviros.

—Bueno, pues, Didier, trágate esto ya que no puedes ir a beber fuera. El lacayo movió negativamente la cabeza y dijo:

—El señor intendente me ha dicho que si aceptaba un solo vaso de vino del señor oficial, perdería el sueldo de este mes y tal vez algo más todavía.

«*¡Maldito sea!*» —se dijo el aventurero.

—Bueno —añadió en voz alta—. Veo que eres fiel y obediente y, por lo tanto, cuando te mueras irás derechito al cielo.

Y levantándose dio dos o tres vueltas por la habitación, mientras el criado arreglaba la mesa y volviéndose hacia el lacayo le puso una mano sobre el hombro y le dijo:

—¿De modo que has de estar a mi lado durante todo el día para fastidiarme e impedirme dormir?

—No, mi oficial; debo permanecer en el corredor y ante la puerta.

—Y si me diera la gana de salir de aquí me seguirías, ¿no es verdad?

—No, mi oficial, pero avisaría en el acto al señor intendente.

—Didier, amigo mío. ¿Qué dirías tú si yo quisiera estrangularte?

—Nada, mi oficial, me limitaría a gritar.

Tanta ingenuidad no fue bastante para desarmar al aventurero, que tenía más deseos de visitar el hotel cuantos más impedimentos hallaba para hacerlo.

—¿Gritarías? ¡Ca! No te daría tiempo —y diciendo estas palabras, Pardaillán cogió con viveza una servilleta y, antes de que el desgraciado hubiera podido hacer un gesto, se la ató alrededor del rostro y le amordazó sólidamente. En el mismo instante desenvainó su puñal y dijo con la mayor tranquilidad:

—Si te mueves y haces ruido, eres hombre muerto. Didier cayó de rodillas y, no pudiendo hablar, unió las manos en acción suplicante.

—Bueno —dijo Pardaillán—, veo que eres hombre razonable. Gracias a Dios que ya no oigo tu fastidioso apelativo: «Señor oficial». Ahora, escúchame bien. ¿Estás decidido a obedecerme? Reflexiona antes de comprometerte.

El pobre lacayo, valiéndose de la mímica, juró fiel obediencia.

—Muy bien. Hazme, pues, el favor de quitarte tu librea y ponerte en cambio mi casaca y mis botas y yo entonces me vestiré con el traje que te sienta tan bien. Voy a ver qué cara tengo con el

traje de lacayo del señor intendente de monseñor.

Mientras hablaba, el aventurero ayudaba al lacayo a desnudarse, porque el pobre hombre, tembloroso como estaba, no hubiera podido hacerlo él solo. El cambio se llevó a cabo en pocos minutos. Didier se endosó el traje de Pardaillán y éste el del lacayo.

—Ahora acuéstate, «señor oficial» —dijo Pardaillán. El lacayo obedeció y se echó sobre la cama. Pardaillán le cubrió la cabeza como si quisiera defenderlo de la luz.

—Si oyes abrir la puerta —añadió— te pones a roncar y no hagas el más pequeño movimiento si no quieres que te corte las orejas.

Un gruñido quejumbroso y ahogado dio a entender que Didier estaba resuelto a guardar obediencia pasiva. Entonces Pardaillán salió de la habitación y se instaló en el corredor, en el cual reinaba cierta obscuridad. Luego se dirigió a tientas hacia la escalera de caracol que antes había descubierto, pero aún no había dado dos pasos, cuando se abrió la puerta dando paso a un hombre que Pardaillán reconoció enseguida. Era el escudero que acompañaba al mariscal durante su estancia en la posada de Pont-de-Cé. El aventurero dio inmediatamente medía vuelta, pero enseguida el escudero lo abordó.

—¿Qué hace el señor de Pardaillán? —murmuró.

El escudero abrió despacio la puerta de la habitación y divisó al falso Pardaillán echado sobre la cama y como oyera un sonoro ronquido, cerró la puerta diciendo en voz baja:

—Bueno, no te muevas de aquí, y así que se despierte, avísame.

Dichas estas palabras, el escudero del mariscal prosiguió su camino, de puntillas, y bajó por la escalera grande.

—¡Uf! —murmuró el aventurero. Estoy sudando de angustia. Pero ahora podré estar tranquilo durante una o dos horas, y aunque el diablo me lo impida, descubriré el misterio, es decir, la persona que se oculta en este palacio y que tanto empeño tienen en no dejarme ver. Vamos, en marcha.

Entonces fue hacia la escalera de caracol y empezó a bajar por ella.

«*Esto está obscuro como boca de lobo*» —se dijo—. «*Temo seguir una pista falsa*».

Ya en el primer piso vio una puerta que daba acceso a las habitaciones del mariscal. Pardaillán iba a proseguir su descenso, cuando a través de la puerta oyó ruido de voces. Inmediatamente pegó su oído a la cerradura y con gran claridad oyó pronunciar su nombre repetidas veces.

* * * * *

Casi en el mismo instante en que Pardaillán amordazaba al lacayo Didier, una silla de mano, sin armas de ninguna clase, se detenía ante el palacio de Mesmes. De allí salió misteriosamente un hombre y penetró en el palacio. Sin duda un personaje de gran importancia, porque fue introducido inmediatamente en el gabinete del mariscal de Damville. Éste, al ver a su visitante, fue hacia él y con cierta emoción le dijo en voz baja:

—¡Vos aquí! ¡Qué imprudencia!

—Mayor hubiera sido ir a casa de monseñor el duque de Guisa o de Tavannes, Por otra parte, lo que sucede es tan grave que era absolutamente necesario avisaros lo antes posible. Desde ayer no vivo y por fin he podido salir de la Bastilla sin despertar sospechas. Voy a explicároslo todo. Es necesario que Guisa sea avisado hoy mismo, porque en ello va la cabeza de todos.

—Exageráis, Guitalens —exclamó Damville, que no obstante, se puso pálido al observar la agitaciones de su interlocutor. Este era, como se ha visto, Guitalens, el gobernador de la Bastilla.

—Vamos, qué sucede —continuó el mariscal.

—¿Estamos solos? ¿Tenéis la seguridad de que nadie puede oírnos?

—Perfectamente seguro; pero, para más precauciones, venid. El mariscal llevó entonces a Guitalens a un cuartito que comunicaba con su gabinete.

—Bueno —dijo—. Estamos ahora separados de mis gentes, por el gabinete, la sala de armas y una antecámara. En cuanto a esta puertecita, da a la escalera de caracol y solamente Gil, mi intendente, y yo, podemos pasar por ella. Ya sabéis que Gil conoce perfectamente el asunto. Explicaos, pues, sin miedo.

—Pues bien —dijo Guitalens sentándose en un sillón—, ocurre

que, probablemente, estamos perdidos. Existe un hombre en París que conoce nuestro secreto y que, según le plazca, puede perdernos mandarnos al cadalso.

—¡Qué un hombre conoce nuestro secreto! Cuidado con lo que decís.

—¡Ah! Es la pura verdad. Este hombre asistió a nuestra reunión en «La Adivinadora». Os repito que lo sabe todo.

—¿Cómo se llama?

—Pardaillán.

—¿Pardaillán? —exclamó Enrique estupefacto—. ¿Un hombre de unos cincuenta años al parecer, aun cuando en realidad tiene más de sesenta, alto, delgado y con el bigote gris erizado?

—No. El Pardaillán de que os hablo es joven y no parece tener más de veintidós o veintitrés años. Su mirada es glacial, tiene la boca crispada por singular sonrisa. Es esbelto, ancho de espaldas, burlón y con la mano puesta siempre en el pomo de la espada.

—En tal caso es su hijo.

—¡Su hijo! —dijo Guitalens sin comprender.

—Sí. Yo ya me entiendo. Continuad. Decís que Pardaillán ha sorprendido nuestro secreto en la hostería de «La Adivinadora», pero antes contestad a mi pregunta. ¿Estáis seguro de que es el único que lo sabe?

—Sí, por lo menos tal creo.

—En este caso podemos tranquilizarnos; sé una manera para apoderarnos de este Pardaillán y reducirlo al silencio. ¿Pero cómo lo habéis sabido?

—Porque lo he tenido en mi poder durante algunos días, en mi calidad de gobernador de la Bastilla. Fue encerrado allí y me recomendaron que lo vigilara estrechamente.

—Pues entonces el asunto es muy sencillo —contestó el mariscal.

—¿Por qué?

—¿Acaso no hay mazmorras en la Bastilla?

—¡Pero si está libre! Me vi obligado a dejarlo salir. Que digo salir, ¡le abrí en persona las puertas, rogándole que me dispensara por haberlo tenido preso! El mariscal creyó que Guitalens se había vuelto loco.

—Esto os asombra —continuó el gobernador de la Bastilla—. Cuando pienso en ello y desde ayer que reflexiono acerca de este asunto también me asombro yo. Ese hombre tenía mi vida en sus manos y me fue preciso ponerlo en libertad.

—Calmaos, querido Guitalens, y explicadme con mayor precisión lo sucedido. Si ese joven es el que yo imagino, no será el peligro tan grande como os parece.

—El Cielo os oiga —dijo Guitalens. Y relató la tragicomedia que tuvo lugar en la Bastilla—. ¿Qué os parece? —añadió al terminar.

—Digo que es maravilloso y que es necesario hacer nuestro ese joven, cueste lo que cueste. Dejadlo a mi cargo.

—¿Lo conocéis acaso?

—No, pero conozco a uno que es su amigo y esto basta. Id, querido Guitalens, y tranquilizaos. Me encargo de avisar al duque de Guisa en caso de peligro, pero no habrá necesidad. Esta misma noche o mañana, el joven Pardaillán estará en nuestro poder.

—Vuestra tranquilidad me consuela —dijo Guitalens—. Ya empiezo a respirar. Si ese canalla cae en nuestro poder, como aseguráis, traédmelo, pues arriesgo mi empleo, cuando no mi cabeza, por haberlo dejado salir, y ya sabéis que hay buenos calabozos en la Bastilla.

—Estad tranquilo. Mañana os haré llevar al joven Pardaillán atado de pies y manos, en caso de que no se pueda sacar mejor partido de él.

Guitalens penetró de nuevo en la silla de manos con tantas precauciones como al entrar en el palacio y se alejó algo más tranquilo que al llegar.

En aquel mismo instante Pardaillán entraba precipitadamente en su habitación y una vez en ella, cambió de traje con el criado y le dijo:

—Hay Cien escudos para ti si no dices una palabra de lo sucedido, o una puñalada si te empeñas en hablar de ello. ¡Elige!

—Prefiero los cien escudos —dijo Didier muy contento de salir tan bien parado. Y sin hacer cumplidos empezó a contarlos de los que el saco contenía.

—Ahora —dijo Pardaillán—, ve a avisar al señor intendente de que he despertado, en cumplimiento de la orden que te dio en el

corredor antes de abrir la puerta para ver si yo dormía, como tú le dijiste. Anda, imbécil. ¿No has comprendido todavía?

—Sí, comprendo que el señor Gil os ha confundido conmigo. Corro a avisarlo.

Pardaillán se instaló en un sillón con las piernas estiradas, llenó su vaso como si se hubiera entretenido bebiendo y esperó los acontecimientos.

Lo que había oído a través de la puerta, modificó completamente sus ideas. Nuestros lectores ya habrán comprendido que Pardaillán se enteró de la parte más interesante de la conversación sostenida por el mariscal y el gobernador de la Bastilla fue tanta la impresión que le produjo, que olvidó completamente el motivo de sus pesquisas a través del hotel. El peligro que corría su hijo lo absorbió y se puso a reflexionar profundamente en los medios de avisarle cuanto antes.

A este azar, más que a las precauciones adoptadas por el mariscal, se debió que Pardaillán ignorara la presencia, en el palacio de Mesmes, de Juana de Piennes y su hija.

En caso de saberlo, ¿hubiera tratado de libertarlas? Como no queremos hacer a nuestros héroes más virtuosos de lo que eran en realidad, debemos manifestar nuestra duda de que tal hiciera. En efecto, ¿quién era Pardaillán? Un aventurero sin educación moral y que si tenía el sentimiento del bien y del mal, era gracias a su instinto natural. En Margency sintió lástima de Juana, pero ¿quién sabe si en su corazón endurecido tal sentimiento hubiera hallado eco nuevamente? Sea lo que fuere, es preciso hacer constar que Pardaillán amaba a su hijo. Y su inquietud y dolor al enterarse de que corría el peligro de ser enterrado en vida en un calabozo de la Bastilla, se tradujo en una serie de blasfemias, proferidas en voz baja, y en algunos vasos de vino que se tragó.

Haremos gracia al lector de las reflexiones que se sucedían en el cerebro del aventurero, el cual, tras mucho reflexionar, se dijo:

«*¿El señor intendente? ¡Cuánto me carga! Iré a “La Adivinadora”, y si alguien quiere oponerse a mi salida, ¡juro a Dios que lo mato! Luego ya veremos*».

Pero cuando tras de haberse ceñido la espada se disponía a salir, apareció Damville.

—Bueno —dijo el mariscal—. ¿Habéis dormido bien? ¿Estáis dispuesto para esta noche?

—Ya veo, monseñor, que estáis bien informado. ¡Caramba! Tenéis unos criados que todo lo ven y todo os lo cuentan.

—No hay tal —dijo Damville—. Lo sucedido es que hace poco quise visitaros y como me aseguré que dormíais, no quise interrumpir vuestro descanso y di orden para que me avisaran en cuanto despertarais.

—Estad tranquilo, monseñor. He descansado tan bien, que ahora sería capaz de estar despierto tres días con sus noches.

—No hay ninguna necesidad —dijo Damville—. Porque a las doce estará todo listo.

—¿Y desde esa hora seré libre monseñor?

—Como el aire. Podréis ir donde os plazca pero tened presente que esta habitación os pertenece mientras dure la campaña proyectada, que será dura, os lo advierto. Por esta razón cuantos más seamos, mejor. A propósito, ¿no me hablasteis de vuestro hijo?

—Sí, monseñor —dijo Pardaillán poniéndose en guardia.

—¿Lo creéis capaz de dar buenas estacadas si la ocasión se presenta?

—¡Ya lo creo!

—Pues bueno, traédmelo mañana sin falta. ¿Dónde Vive?

—Cerca de la, montaña de Santa Genoveva.

—¡Vaya un Sitio! ¿Acaso quiere hacerse abate o doctor?

—No, pero le gusta la compañía de los estudiantes, asiduos concurrentes de las tabernas buenos bebedores y espadachines.

—Así me gusta. ¿De manera que puedo contar con él?

—Como conmigo mismo.

El mariscal se marchó.

—He aquí cómo han cambiado las cosas —murmuró el aventurero desciñéndose la espada— pues si cuenta con que yo mañana le traiga mi hijo es prueba de que nada hará esta noche en contra de él. En cuanto esté libre me iré a pasear ante «La Adivinadora» y ya veremos lo que sucede. Hasta entonces no vale la pena armar un escándalo.

Entonces Pardaillán se tendió en la cama y durmió tranquilamente hasta la hora de cenar.

A las diez de la noche, Enrique de Montmorency hizo los últimos preparativos. Gil, su escudero, su intendente, su cómplice, para decirlo en una palabra, era el único que sabía el lugar a donde Juana y su hija debían ser transportadas. Fue mandado allí anticipadamente con orden de permanecer en la calle de la Hache y de vigilar los alrededores de la casa de la puerta verde.

El vizconde de Aspremont debía conducir la silla de posta hasta la entrada de la calle de la Hache, y enseguida echar pie a tierra, mientras el mariscal, conduciendo los caballos por la brida, llevaría el vehículo hasta la puerta de la casa.

Pardaillán debía ir a retaguardia y detenerse en el mismo lugar que d'Aspremont.

Así el mariscal y su escudero serían los únicos en saber el sitio preciso en que la silla de posta se detuviera. Pardaillán debía ignorar además quién iba dentro del vehículo.

A las once, el vizconde de Aspremont se presentó a Pardaillán y le dijo:

—Cuando gustéis, caballero.

—Estoy pronto. Los dos hombres bajaron juntos la escalera, y mientras lo hacían, d'Aspremont puso al corriente a Pardaillán de lo que el mariscal había decidido.

—Una palabra, mi aguerrido adversario —dijo Pardaillán—. ¿Sabéis quién va en la silla de posta?

—No, ¿y vos?

—Que me ahorquen si lo sospecho siquiera.

En el patio del hotel esperaba el vehículo pronto a salir.

Sin duda la persona que debía transportar estaba ya instalada, las ventanillas habían sido corridas y cuidadosamente cerradas. D'Aspremont se sentó en el lugar reservado al cochero y Damville, a caballo, dio las últimas instrucciones.

—Iremos al paso, y vos —dijo a Pardaillán— seguid a diez pasos de distancia y si alguien quiere acercarse, no vaciléis, ¿me habéis comprendido?

Por toda respuesta, Pardaillán le enseñó la espada desenvainada que llevaba debajo de la capa. Además estaba armado con una pistola y un puñal. A una señal de Enrique se abrió la puerta del palacio. El mariscal salió primero seguido por el cochero, y

Pardaillán se puso en marcha sondeando las tinieblas con sus escrutadores ojos.

«*No creo que nos ataquen ahora*» —se dijo Pardaillán.

En aquel momento la silla de posta doblaba una esquina y de pronto sonó un tiro cuyo fogonazo alumbró la obscuridad como un rayo.

—¡Adelante! —gritó el mariscal. D'Aspremont, a quien habían apuntado pero sin herirlo, soltó las riendas de los caballos y el coche avanzo rápidamente alterando el silencio que reinaba en el barrio.

—¡Bandidos! ¡Ladrones de mujeres! —rugió una voz—. ¡Deteneos!

Entre tanto el mariscal y la silla de posta continuaban rápidamente su camino. La escena relatada transcurrió en un segundo. Apenas resonó el pistoletazo, Pardaillán distinguió una sombra que echaba a correr tras el vehículo.

«*Ésta es la ocasión de obrar*» —se dijo—. «*El truhan no sospecha que por más que corra yo corro tan de prisa como él y…*».

E interrumpiendo su soliloquio, emprendió la persecución del desconocido que por lo visto intentaba alcanzar al mariscal. La persecución duró tal vez un minuto y, por fin, Pardaillán alcanzo al desconocido y llegando a su lado le dirigió una furiosa estocada.

Pero el otro había oído Que corrían detrás de él y en el momento en que Pardaillán le tiraba una estocada dio un salto con gran agilidad y evitó la acometida de su agresor.

Pardaillán aprovechó el movimiento del desconocido para interponerse entre él Y la silla de posta, pero el desconocido no se amilanó y desenvainando su espada atacó resueltamente a Pardaillán. Instantáneamente cruzáronse los hierros y los adversarios guardaron silencio al reconocer, cada uno de ellos, que el otro era un notable esgrimidor. La obscuridad era profunda, y apenas podían verse, de modo que únicamente debían guiarse por el contacto de las armas; era realmente siniestro aquel duelo en la obscura noche, aquel grupo confuso del que solamente se oía el choque de las espadas y la respiración corta y jadeante de los dos adversarios.

El viejo Pardaillán se mantenía a la defensiva, a fin de detener lo

más posible al desconocido para que no pudiera alcanzar la silla de posta, cuyo ruido se perdía a lo lejos. El desconocido, por el contrario, tenía empeño en pasar lo antes posible. Hizo dos o tres fintas para probar a su adversario, y de pronto se tiró a fondo violentamente. Se oyó aquel roce del acero parecido al ruido que hace la seda al rasgarse. Pero el viejo Pardaillán paró la estocada. Entonces los dos combatientes exclamaron a un tiempo:

—¡Por Barrabás!

Y apenas lo hubieron proferido cuando las dos espadas se bajaron.

—¡Padre! —exclamó el desconocido.

—¡Hijo! —contestó el viejo Pardaillán.

Y ambos envainaron sus espadas, el viejo Pardaillán con embarazo y el joven con desesperación. Transcurrieron algunos instantes en silencio, durante los cuales el joven trató de percibir el ruido de la silla de posta que pudiera indicarle hacia qué lado se había dirigido, pero ya no oyó nada.

—¡Perdidas! —dijo desalentado.

Entre tanto el viejo Pardaillán estuvo reflexionando acerca de lo que iba a decir a su hijo. Sentía una vaga necesidad de disculparse y adivinaba instintivamente que el caballero tenía derecho a reprocharle su conducta. Para evitarlo, adoptó una actitud de dignidad ofendida y empezó el ataque.

—Después de tan larga ausencia, os hallo de nuevo, hijo mío. ¡Y de qué modo! Desobedeciendo enteramente mis consejos que jurasteis seguir y que hubierais debido considerar como órdenes. Os encuentro en flagrante delito de debilidad del alma, contra la cual tuve especial cuidado de preveniros. Os encuentro interviniendo en lo que no os importa, interponiéndoos en el camino de ladrones de alto copete, capaces de romperos como si fuerais de vidrio; interesándoos por desconocidos que ni siquiera piden socorro y, en una palabra, haciendo precisamente lo contrario de lo que debierais. ¿Así aprovecháis mis consejos? Os mandé desconfiar de los hombres, de las mujeres y de vos mismo y heos aquí haciendo de caballero andante.

»Triste oficio, hijo mío, que no os proporcionará dinero ni buena reputación y que tarde o temprano os conducirá al cadalso. Los

hombres, hijo mío, son bestias feroces que se sienten humilladas por la valentía empleada en causas que no dan dinero. Lo menos que podrá sucederos es pasar por loco y que las gentes sensatas os señalen con el dedo y digan de vos: «He aquí un loco que se sacrifica por cosas que ninguna utilidad le reportan. Será necesario encerrarlo o darle muerte». He aquí lo que dirá la gente, hijo mío, y reconozco con amargura que tendrían razón.

»Pensad, nada más, en las terribles catástrofes que nos amenazarían si existieran solamente tres o cuatro docenas de tontos como vos. No quiero hacer largo mi discurso y acabo rogándoos que me sigáis hasta cierta taberna que conozco y que está abierta toda la noche para quien sabe llamar a ella de cierto modo. ¿Venís?

—Padre —dijo el caballero con voz tan alterada, que el aventurero escuchó lleno de sorpresa—. Vuestra intervención en este asunto me sume en mortal desesperación. Pero aún es más grande mi tristeza al ver que combatimos en campos enemigos.

—¿Me dejáis? —dijo el viejo Pardaillán con voz que tembló ligeramente—. ¿Por qué?

—¿No me obligáis vos mismo? —exclamó el joven—. Pensad, padre, que esta noche habría podido ocurrir una desgracia. Ambos nos hemos batido furiosamente y pensad en que si yo os hubiera herido, inmediatamente me habría echado al río. Pensad también que sólo por vos no he llegado a acercarme a la silla de posta. ¡Ojalá no nos encontremos más en semejantes circunstancias! ¡Adiós, padre!

Y el caballero dio algunos pasos alejándose. El viejo Pardaillán vaciló y fue a sentarse en un guarda-cantón y apoyando la cabeza en las manos, exclamó:

—¡Cómo! ¿Mi hijo me abandona? ¿Somos enemigos? Y entonces ¿qué Voy a hacer yo solo? ¿Qué va a ser de mi pobre vida? Hasta aquí me alentaba la esperanza de que hiciera fortuna y llegara a ser un temible capitán. Esperaba también que cerrara mis ojos al morir. ¿Y estas ilusiones han de desvanecerse? ¿Podrá ser verdad que seamos enemigos?

Dos gruesas lágrimas se deslizaron por las curtidas mejillas del aventurero y se detuvieron en su bigote gris. Era la segunda o tercera vez en su vida que lloraba. Llevó la mano al cuello como

para contener un sollozo que pugnaba por salir.

—Se acabó —dijo con tristeza profunda.

En el mismo instante se sintió coger por las manos y al divisar a su hijo dio un grito de alegría.

—No puedo, no puedo dejaros así, padre. Es necesario explicaros, porque me moriría de pesar diciéndome que sois mi enemigo. Venid.

—¡Por el diablo! —exclamó el viejo Pardaillán sintiéndose renacer—. Empecemos por abrazamos. Ésta es la mejor explicación.

Y padre e hijo se abrazaron estrechamente. El primero con gran alegría y el otro con cierto pesar.

—Déjame que te vea —exclamó entonces el aventurero—. Me parezco algo a los gatos y, además para un padre, no es precisa mucha luz para ver a su hijo. ¡Diablo! Ya no eres el mismo. ¡Eres fuerte como una torre! Vaya unos puños: Casi, casi no me atrevería a habérmelas contigo, aun siendo un buen esgrimidor. ¿De modo que has adoptado mi voto? Cuando dijiste «¡Por Barrabás!» comprendí enseguida que eras tú. Vamos, ven, dame el brazo y, ¡por los cuernos del diablo!, te aseguro que ahora desafiaría al mundo entero.

—Por aquí, padre. Vamos a nuestra antigua vivienda.

—¿A «La Adivinadora»?

—Sí, padre.

—¡Ca! ¿Sabes lo que representa para ti «La Adivinadora» en este momento? Pues sencillamente una trampa en la que serás cogido infaliblemente, a menos que no destripes a los que vayan a prenderte, cosa que, por otra parte, no me asombraría mucho.

—¿Eso creéis?

—Te repito que debes alejarte de «La Adivinadora». Conozco a cierto Guitalens que te profesa gran cariño y tiene muchos deseos de encerrarte en una de sus mazmorras. Vamos, ven.

Entonces el caballero se dejó llevar sin resistencia, y veinte minutos más tarde, padre e hijo penetraron en la taberna «El Martillo que Golpea», situada en los confines de la Truhanería y que, para ciertos clientes, estaba abierta toda la noche, a pesar de las rondas y de los edictos reales relativos al toque de queda.

En el primer piso de la taberna, en una sala estrecha, se

instalaron ante una cena improvisada, Y el viejo Pardaillán, al romper el cuello de la primera botella de Borgoña, exclamó alegremente:

—Ahora cuéntamelo todo. Desde mí salida de París, porque no sé nada y tengo deseos de enterarme. Empieza. Pero antes que nada —continuó el viejo— dime lo que hacías acechando aquella silla de posta. ¿Sabías que iba a salir y a aquella hora?

—Sí.

—¿Y también quién iba dentro?

—También.

—Pues mira, estás más adelantado que yo, que ignoro quién estaba en ella.

—Bueno, padre —empezó Pardaillán—. Ya sabréis que maese Landry Gregoire, el patrón de «La Adivinadora», goza de gran reputación por la maestría con que hace algunos platos de pescado y pasteles de alondra.

—Los recuerdo perfectamente —dijo el viejo Pardaillán—. El buen Landry, con gran paciencia, quita los huesos a los pajaritos y trincha la carne menudita, la fríe, la extiende en una terrina y vierte entonces grasa hirviendo. Cuando esta grasa se ha enfriado, forma una capa que protege el pastel por mucho tiempo. Sí, en verdad, Landry tiene una especialidad para esta operación culinaria. En mis viajes he tratado muchas veces de preparar tal manjar, pero nunca lo he conseguido. Hoy precisamente he comido uno de esos pasteles.

El caballero sonrió.

—Esta mañana —dijo— tuve el capricho de enterarme de lo que sucedía en el palacio de Mesmes y, por lo tanto, allí me fui bien armado. Por La calle hallé a Rosa. ¿Os acordáis de ella, padre?

—Ya lo creo.

—Bueno, pues estoy con ella en las mejores relaciones. Es una buena mujer, con un corazón muy sensible. El caso es que me crucé con ella y la saludé sonriendo, y me preguntó si le haría el honor de acompañarla. Llevaba una cestita cubierta con una servilleta blanca y observé que iba vestida con el traje de los domingos. Por cortesía le pregunté dónde iba y me contestó que, como todas las semanas, a llevar sus pasteles a casa de la señora de Nevers, a casa de la joven

duquesa de Guisa y por fin a casa del mariscal de Damville. Creed, padre, que en mi vida he tenido emoción tan fuerte. Ya comprenderéis que enseguida vi el medio de entrar en el palacio de Mesmes.

—La buena señora Rosa es una mujer muy interesante y simpática. A fe que tuviste suerte.

—¡Oh, padre! La suerte pasa diez veces por día por el lado de los hombres. Todo consiste en verla y apoderarse de ella.

»Con gran alegría de la señora Rosa, muy orgullosa de que yo la acompañara, le dije que la había alcanzado precisamente con la idea de escoltarla. Fuimos al palacio de Guisa y luego al de Nevers y por fin llegamos al de Mesmes. Detrás del palacio hay un jardín con una puerta y por ésta entró la señora Rosa, para ir directamente a la cocina. Y cuando la buena mujer entró en el jardín yo hice lo mismo.

«*¿Qué hacéis?*» —exclamó ella.

«*Ya lo veis, os acompaño hasta la cocina. Diréis que soy vuestro primo, vuestro hermano, o lo que queráis, pero quiero entrar*».

«*¡Ah, señor caballero! El señor intendente…*».

—¿Otra vez el señor intendente? —exclamó el viejo Pardaillán —. A este tipo ya lo tengo montado en la nariz. Que tenga cuidado, porque si no se porta bien en tu relato, le cortaré las orejas. Prosigue, hijo.

El caballero, asombrado por esta interrupción, continuó:

«*Si el señor intendente lo sabe, perderemos la clientela del mariscal*» —dijo Rosa, pero como viera que estaba firmemente decidido a entrar, dio un suspiro y siguió adelante. Penetramos en una especie de vestíbulo a cuya derecha estaban las cocinas. Rosa entró en ellas y yo le dije entonces:

«*Aquí os espero*». Algo temblorosa y desconsolada, la buena mujer entró, y yo, dirigiéndome hacia la puerta del fondo, hallé un gabinetito y me encerré allí. Transcurridos diez minutos oí a Rosa que salía.

«*¡Cómo! ¿Ya no está aquí vuestro primo?*» —exclamó una voz fresca y juvenil.

«*Se habrá cansado de esperar y tal vez está en el jardín*».

«*No, señora Rosa, porque así como lo vi venir por la ventana,*

también lo hubiera Visto al marcharse».

«*Tal vez salió cuando abríais el armario*» —contestó Rosa.

«*Es posible*» —asintió la voz fresca.

«*Espero, mi querida Juanita, que no estaréis enfadada*».

«*¿Por qué? ¿Porque habéis traído a vuestro primo? ¡Al contrario! Además, esta parte de la casa no comunica con las restantes habitaciones más que por un corredor que sólo está abierto a la hora de las comidas. Decidle que tendré gran placer en verlo de nuevo*». —Las oí cómo salían del jardín y aproveché la ocasión para entrar en la cocina.

«*Gracias, Juanita*» —dijo Rosa con sequedad.

—¡Caramba! —dijo el aventurero—. Ésta es una situación peligrosa. Siento angustia por ti. Y dime, ¿qué sucedió luego?

—Pues que por la ventana de la cocina vi a la criada y a Rosa que me buscaban por el jardín y que por fin la señora Landry, ya cansada, se marchó. Entre tanto yo pude examinar a Juanita y vi que era joven, bonita y que tenía hermosos ojos.

—¿En esto teníais humor de fijaros?

—Esperé a Juanita y cuando llegó, sencillamente la cogí entre mis brazos y con un beso ahogué el grito que iba a dar. Paso por alto las preguntas y las respuestas, pues bastará el saber que al cabo de media hora la pobre Juanita estaba persuadida de mi amor volcánico hacia ella; supe también que iba a casarse para complacer al señor intendente.

—¡Vaya, se acabó! ¡Ahora sí que le corto las orejas! —exclamó el viejo Pardaillán.

—El intendente quería casarla con su sobrino, palafrenero del mariscal de Danville. Supe que el intendente se llamaba Gil y el sobrino Gilito. Averigüé también que Juanita no ama a su prometido y que detesta al señor Gil, cosas muy agradables para mí. Y estábamos a punto de hacernos más dulces confidencias, mitigadas en parte por un poco de miedo que yo inspiraba todavía a la linda jovencita, cuando de pronto se oyeron pasos en el vestíbulo. Juanita abrió un gran armario y me encerró dentro, precisamente en el momento en que la puerta se abría.

—¡Uf! —dijo el aventurero—. Ya era tiempo. Apuesto que era el imbécil de Gilito.

—No, era su tío.

—¿El señor intendente? ¡Cuánto me carga este hombre! Pero no hablemos más de él, puesto que debo cortarle las orejas. ¡Ah, hijo mío! ¡En qué triste situación te hallas! ¿Cómo saldrás del armario?

—Ya lo veréis, padre. Así, pues, era el intendente que llegaba. Lo comprendí enseguida por las palabras de Juanita. Y he aquí la conversación:

«*Juanita*» —dijo el intendente—. «*¿No te han dicho algo esta mañana las prisioneras?*».

—¡Las prisioneras! —dijo sordamente Pardaillán padre.

—Sí, padre. Esta fue la pregunta del intendente, y si os ha conmovido, también me sucedió lo mismo. Mi corazón latía con tal fuerza que por milagro no lo oyó el intendente. Por lo menos así me lo parecía en aquel instante.

El caballero bebió un vaso de vino y, después de haberse secado el sudor de la frente, continuó:

«*No, señor intendente, no me han dicho nada esta mañana, como tampoco los otros días. Lo único que puedo deciros es que estas señoras están muy tristes*».

«*Espero*» —continuó el intendente— «*que no habrás dicho una palabra a nadie acerca de la presencia de estas señoras en el palacio, ni tampoco a mi sobrino*».

«*¡Oh, señor! Me habéis amenazado tanto, que no hay miedo de que diga una palabra*».

«*Bueno, acuérdate de que monseñor te dará una buena dote si eres juiciosa y obedeces*».

«*Monseñor es demasiado bueno. Mi deber es obedecer y no merezco recompensa por ello*».

«*Muy bien, hija mía. Eres digna de casarte con Gilito y te prometo que serás su mujer. Fíjate muy bien en lo que hagan y lo que digan cuando les lleves la comida*».

«*Poca cosa nueva podré observar. Estas damas lloran siempre y apenas comen. Os aseguro que me dan mucha lástima. Es para mí un momento muy triste cuando voy a llevarles la comida*».

«*Bueno, hoy es el último día, Juanita. Mañana ya no estarán aquí. Monseñor les devuelve la libertad. Ya sabes, Juanita, que son parientes del mariscal. Y éste ha hecho cuanto estaba en su mano para decidir a*

la más joven a que se casara con un buen partido, pero la joven no lo quiere. Y en vista de que son tan obstinadas madre e hija, nuestro amo ha renunciado a su empeño, y las deja nuevamente en libertad. Te recomiendo mucho que todo lo que acabo de decirte quede entre nosotros, ¿comprendes?».

«*No tengáis cuidado. Estoy muy satisfecha de que se vayan estas damas*».

«*Esta noche se irán; a monseñor se le ha acabado ya la paciencia. Bueno, hasta la vista, Juanita. Eres una muchacha inteligente y te casarás con Gilito*».

—Sí, fíate mucho, animal —exclamó el viejo Pardaillán—. Me parece que Juanita es una chica muy lista que no se casará con el imbécil de tu sobrino. ¿Y si le cortara las orejas también a éste?… Pero continúa, hijo mío. Tu relato me gusta mucho, pero me da mucha sed por lo emocionante. ¿Y quiénes eran esas parientes prisioneras?

—Ahora lo sabréis, padre —continuó el caballero, mientras el viejo Pardaillán rompía el cuello de otra botella—. Apenas hube comprendido que el intendente del diablo se había alejado, salí de mi escondrijo.

«*Aprisa*» —me dijo Juanita—. «*Idos ahora. Ya volveréis mañana si… os gusto*».

«*¡Ya lo creo que me gustas, Juanita, y por esta razón me quedo! ¿Por qué quieres que me vaya?*».

«*Porque es la hora en que mi prometido viene a hacerme la corte. Os suplico, pues, que os vayáis porque si os ve, empezará a gritar y todas las gentes de la casa acudirán. No podéis imaginaros cuán guardada está la casa. Hasta los mismos criados se espían los unos a los otros*».

«*Juanita*» —dije resueltamente—, «*no quiero marcharme*».

«*¡Pero Gilito va a venir!*».

—¡Así reventara! —dijo el viejo Pardaillán—. Si lo tuviera en mis manos…

«*No solamente no me marcho, sino que vas a llevarme*».

«*¿A dónde?*».

«*A la habitación en que se hallan las dos damas de que hablaba el intendente. Las que están encerradas*».

«*¿Estáis loco?*» —exclamó Juanita. Y entonces quiso saber quién

era yo y lo que iba a hacer al palacio. Insistí para que me guiara, pero ella se negó rotundamente. Noté que había obrado con excesiva precipitación, pues mi demanda me hizo perder el terreno conquistado. Estaba desesperado. Y no comprendía la razón de la actitud de mi amiga, cuando de pronto exclamó, amargamente:

«*Sin duda amáis a esta señorita y sois correspondido por ella. Ahora comprendo que no quiera casarse con el que le propone monseñor, pero no contéis conmigo para ayudaros*». —Y la pobre muchacha se puso a llorar amargamente. Comprendí enseguida que estaba celosa.

—¡Pobre muchacha! —exclamó el viejo Pardaillán.

—Entonces —continuó el caballero— me apresuré a tranquilizarla. Le aseguré que la señorita amaba a un alto personaje que me enviaba allí para ver si podría hablar con ella.

«*¿Cómo quieres*» —añadí— «*que esta señorita, una Montmorency, ame a un pobre diablo como yo, primo de un hostelero y aventurero sin un cuarto?*». —Este razonamiento la impresionó más que todos mis juramentos.

«*Es verdad*», —dijo por fin.

—¡Ja, ja, ja! —exclamó el viejo Pardaillán—. Tuviste una buena ocurrencia.

El caballero se quedó unos instantes silencioso.

—Padre, ¿qué os parece de la opinión de aquella muchacha?

—¿Qué opinión? ¿La de que una Montmorency no pueda amar a un pobre diablo como tú? Digo que es la opinión de una niña y de un muchacho. Sabe una cosa: El amor ignora las distancias, suponiendo que éstas existan. No hay dama, por grande que sea, que rehúse casarse con el primero que pase, si es de su gusto. ¿De modo —continuó el aventurero— que una de las prisioneras se llama Montmorency? Qué cosa más rara —dijo Pardaillán—. Continúa, porque tu relato me interesa cada vez más.

—Así, pues —dijo el caballero dando un suspiro—, una vez que Juanita se hubo convencido de que una Montmorency no podía amar a un pobre diablo como yo, fue accediendo poco a poco a lo que le pedía. No obstante, me dijo que no podría llevarme a la habitación de las prisioneras hasta las ocho de la noche. Y yo me imaginaba que esto era una astucia para alejarme del palacio, pero enseguida vi que me equivocaba, porque Juanita, poniéndose

colorada, me dijo:

«*Hasta entonces os ocultaréis en mi habitación y yo os llevaré comida. Quiero hacer todo lo posible en favor de esa señorita que llora desesperada y tendría gran placer de que, con mi ayuda, pudiera casarse con el que ama: Ahora démonos prisa, porque Gilito no tardará en venir*». —Le di las gracias lo mejor que supe y pude. Ella me hizo jurar que me acordaría del servicio que me prestaba y yo la complací muy gustoso. Entonces me dijo que la siguiera y, atravesando el vestíbulo con gran prisa, abrió una puerta y penetró en un corredor obscuro y abovedado. Yo continuaba siguiéndola y, de pronto, en el extremo opuesto del corredor, apareció una persona.

—¡Apostaría que era el intendente!

—No; era Gilito.

—Tanto da; los dos me son odiosos. ¡Ah, pobre caballero! ¡Ahora sí que te han descubierto! ¿Cómo te las vas a componer?

—Ya lo veréis, padre. Yo había observado en el corredor y hacia la derecha, una depresión en la pared a cosa de tres pasos del lugar en que me hallaba. En aquella depresión había una puerta y mientras Juanita se detuvo petrificada, yo retrocedí y la muchacha, viendo lo que hacía, se puso a hablar en voz alta con Gilito, que iba aproximándose. Entre tanto abrí la puerta y me encontré en la entrada de la bodega. Me metí allí y cerrando nuevamente la puerta, me puse a escuchar:

«*¿A dónde vas, Gilito?*» —dijo Juanita.

«*Ante todo a darte un abrazo*». —Y entonces oí el ruido de un beso.

«*¿Y además?*» —preguntó la joven.

«*Además, debo decirte que el tío Gil me ha ordenado que esta noche prepare la silla de posta con dos buenos caballos. Debe estar dispuesta a las once en punto. Y como la silla de posta no ha servido hace mucho tiempo y por lo menos me pasaré un par de horas limpiándola, voy a buscar una botella para tomar fuerza*».

«*¡Cómo! ¿Vas a la bodega? ¿Y si el bodeguero lo sabe?*».

«*¡Oh! ¿Quién va a decírselo? Supongo que no serás tú*».

«*¡La puerta está cerrada!*».

«*Acabo de abrirla*».

«*Bueno, ven conmigo a la cocina, ya volverás*».

«*¡Ca! Tengo prisa por devolver la llave a su sitio*». —Entonces se abrió la puerta y pude ver a Juanita que, asustada, ocultaba la cara entre las manos. Yo empecé a bajar de espaldas y a medida que Gilito avanzaba, yo descendía un escalón. Por fin llegué abajo y me adosé a la pared, esperando que Gilito no me viera y que podría subir mientras aquel imbécil buscaba una botella. Pero he aquí que el animal encendió una antorcha.

—¡Hola! —exclamó el viejo Pardaillán.

—Me vio enseguida y, por un instante, se quedó aterrado con los ojos muy abiertos por el miedo. Por fin, recobrando la serenidad, quiso sin duda dar un grito, pero ya era demasiado tarde. Yo lo había cogido por el cuello y en aquel preciso instante oí una voz en lo alto de la escalera que gruñía contra la negligencia del despensero. Era el tío Gil, que cerró la puerta con llave. Juanita, sin duda, habíase vuelto a la cocina.

—¡Diablo! —dijo el viejo Pardaillán—. ¡Maldito intendente! En verdad siento que no tenga más que dos orejas. Ya estás encerrado en la bodega, y la verdad, no sé cómo vas a salir.

—Me parece que desde el momento en que estoy a vuestro lado es que pude escaparme —dijo el caballero sonriendo irónicamente.

—Es verdad; no obstante, me estremezco al pensar en el peligro que corrías.

—En una palabra —dijo entonces el caballero—, la puerta de la bodega estaba entonces perfectamente cerrada. Yo tenía cogido a Gilito por el cuello para que no gritara y, de pronto, vi que se ponía rojo y luego amoratado. Entonces aflojé la mano y el pobre diablo, respirando ansiosamente, se echó a mis pies diciendo:

«*Perdón. Señor bandido. Dejadme vivir y no os denunciaré*».

—¿Te tomó por un bandido? —preguntó el aventurero.

—No era extraño que se engañara —contestó el joven—, porque además de mi espada llevaba puñal y pistola. Por otra parte, no traté de sacarlo de su error y para más seguridad lo amordacé sólidamente.

El viejo Pardaillán se echó a reír.

—¡A qué hora sucedió eso! —preguntó.

—Serían las once de la mañana —contestó el joven.

—Precisamente cuando yo amordazaba también a maese Didier. ¡Caramba con los Pardaillán!

—No sé de qué habláis, padre.

—Ya te lo contaré. Ahora prosigue tu relato.

—Transcurrió una hora y luego otra y entonces, a pesar de mi inquietud sentí hambre y sed.

—En cuanto a esta última —observó juiciosamente Pardaillán padre—, no tenías nada que temer, pues estabas en la fuente, o sea en la bodega. Pero en cuanto al hambre, sin duda te dio un mal rato.

—No, porque registrando la bodega, descubrí un lugar en que había bastantes jamones y no hay que decir Que me harté de lo lindo. Una vez que hube saciado mi hambre y mi sed, me vino la idea de dar de comer y beber a mi prisionero. Empecé, pues, a buscarlo, y lo descubrí ¿dónde?, diréis Pues en lo alto de la escalera y preparándose para armar un escándalo aporreando la puerta. De un salto me puse a su lado, lo cogí y lo arrastré hacia abajo. Entonces le dije:

«*¡Miserable! ¿Ibas a hacerme traición?*». —Como estaba amordazado, no pudo contestarme y el pobre diablo temblaba de pies a cabeza. Entonces añadí:

«*Merecerías que te dejara morir de hambre pero me das lástima*». —Le quité la mordaza y le di el resto de un jamón, que se puso a devorar. Una vez hubo satisfecho su apetito, lo amordacé de nuevo, lo até cuidadosamente y por fin lo puse en una especie de sobradillo entre los jamones y embutidos, de modo que estaba como si en realidad fuera uno de ellos.

—Perfectamente —exclamó el viejo Pardaillán—. ¿No lo ahumaste?

—No se me ocurrió tal idea. Tranquilo por este lado, traté entonces de abrir la puerta, pero mis esfuerzos fueron inútiles. Para colmo de desdichas, la antorcha que estaba encendida, se apagó entonces y me hallé en una profunda obscuridad, sentado en un escalón y esperando con profunda ansiedad a que algún criado fuera a buscar vino y abrirme paso así puñal en mano; pero pasaron horas y más horas hasta que no se oía el menor ruido. Entre tanto, de acuerdo a lo que Gilito había manifestado a Juanita, es decir que

la silla de posta debía estar preparada antes de la noche y con terror y angustia creciendo, era entonces cuando las prisioneras iban a ser trasladadas sin que pudiera enterarme del lugar al que las conducían y sin poder hacer nada para libertarlas.

—¿Os reís, padre? —dijo el Joven con sorpresa no exenta de reproche.

—No hombre, pensaba en el otro, en el imbécil de Gilito que, atado como un fardo, se hallaba entre los jamones sin tener el consuelo de devorarlos, pues estaba amordazado.

—El caballero, a pesar de su tristeza, no pudo por menos que sonreír.

—En cuanto a ti —continuó el aventurero—, confieso que tu situación no era divertida, pero en fin, pudiste abrir la puerta.

—No, me la abrió Juanita.

—¡Pobre chiquilla!

—Cuando ya empezaba a desesperar. Entonces me prepare para el ataque; pero se abrió la puerta y apareció Juanita.

«*Tomad la llave Aprisa*» —me dijo—. «*¡Huid, huid!*».

«*¿Qué hora es*?» —le pregunté febrilmente.

«*Un poco más de las diez*». —Di un suspiro de alegría. La silla de posta no había salir hasta las once. Entonces abrace a Juanita con toda mi alma.

«*¿Volveréis?*» —me preguntó ella.

«*Ciertamente, ¿cómo podré olvidarte?…*».

«*¿Y Gilito?*» —preguntó de pronto, acordándose de su novio.

«*Haciendo compañía a los Jamones*». —Entonces la muchacha se lanzó a la bodega y entre tanto, yo salí al jardín y lo atravesé rápidamente. Hallé la puerta cerrada, pero salté por encima del muro. Luego di la vuelta a la casa y viendo que ya era demasiado tarde para avisar a las personas interesadas en este asunto, me decidí a esperar solo el paso de la silla de posta. No tuve que esperar mucho. Al cabo de media hora, vi cómo se abría la puerta del palacio y entonces me aposté en la próxima esquina. La silla de posta pasó por allá y observé que la escoltaba un solo jinete, que iba a la vanguardia. Entonces concebí rápidamente el plan: Derribar al cochero de un pistoletazo, desarzonar al jinete y obligarlo a batirse conmigo y tratar de matarlo o herirlo; luego hundir una

portezuela de la silla de posta y libertar a las prisioneras… Inmediatamente hice fuego sobre el postillón y erré el tiro.

—¡Pobre muchacho!

—¿Qué queréis, padre mío? Tenía la cabeza perdida. La esperanza, el temor, la angustia me habían trastornado y alterado mi sangre fría habitual. En fin, para terminar, en cuanto disparé el pistoletazo, la silla de posta echó a correr y yo tras ella. La habría alcanzado, sin duda alguna, pero de pronto noto que me persiguen, vuelvo la cabeza y veo a un hombre que me acomete espada en mano; doy un salto de costado, que el hombre aprovecha para interponerse entre mí y la silla de posta, que desaparece rápidamente, y ya sabéis el resto; aquel hombre erais vos, padre mío.

Tal fue el relato que el caballero de Pardaillán hizo a su padre en la salita de la taberna.

Hemos procurado reproducir su conversación con las mismas palabras con que fue sostenida, a fin de dar a conocer más aún el especial modo de ser de nuestros héroes, aventureros de una época violenta, sin escrúpulos, pronta a atacar al enemigo con la pistola o la espada, cosas que hoy merecerían ser reflexionadas.

—He aquí exactamente cuál ha sido mi jornada —acabó diciendo el caballero después de un largo silencio, durante el cual su padre lo había examinado con el rabillo del ojo.

—Pero tu relato sólo comprende la jornada de hoy —dijo el aventurero con ánimo de distraer a su hijo—. Observo que has empezado a contarme tus aventuras por el final.

—¡Ah, padre! —exclamó el Caballero—, la importancia de esta jornada os indicará la del resto. Si he querido penetrar a toda costa en el palacio de Mesmes, empleando la fuerza y la astucia, para averiguar si aquellas mujeres estaban en el palacio y para presentarme a ellas y tratar de libertarlas, es porque, en adelante, mi vida estará unida a la suya. Pero padre hemos venido aquí para explicamos acerca de nuestra respectiva situación. Ante todo contestad francamente a una pregunta.

—Habla, hijo mío —dijo el viejo Pardaillán con ternura.

—Vos escoltabais la silla de posta, ¿no es verdad?

—Sí, hijo, y tenía la orden de matar a cualquiera que tratara de

acercarse. Por lo visto la precaución no era innecesaria.

—¿Así sabréis dónde iba la silla de posta? —exclamó el joven—. En cambio me dijisteis antes que ignorabais quiénes iban en ella.

—Es la pura verdad, Hay que confesar que Damville no es muy confiado.

—¿Pero sabéis dónde iba?

—No, hijo mío… Supongo que creerás en mi palabra.

—Os creo, padre —dijo el caballero con desafrento, pues acababa de desvanecerse su esperanza:

—Pero en cambio, si no puedo decirte a donde iba el condenado mariscal —continuó el viejo Pardaillán— tú podrás decirme cuáles son las prisioneras Que con tanto empeño ocultaba. Me hablaste de una Montmorency. ¿Quiénes son estas parientes del mariscal, que yo no conozco?

—Padre, ¿os acordáis de lo Que me dijisteis el día de vuestra partida? Acordaos de aquella mujer cuyo nombre no Quisisteis revelarme, porque era un secreto. Recordad aquella mujer, cuya hija raptasteis en otros tiempos.

El viejo aventurero se puso pálido al oír estas palabras.

—Pues bien, aquella hija, Luisa de Piennes es Luisa de Montmorency.

—¿La amas?

—Sí, señor.

—¡Fatalidad! —dijo el anciano Pardaillán, que bajó la cabeza pensativo.

—¡La amo! —repuso el caballero pensativo—. La amo sin esperanza, pero quiero abrasarla, Ella y su madre eran las que Iban dentro de la silla de posta.

—¿Estáis seguro?

—Demasiado. Acordaos de lo que me dijo la criada Juanita. Sus palabras concuerdan exactamente con el retrato de la madre y de la hija, que fueron raptadas hace unos quince días. Yo sospechaba del mariscal de Damville, pero ahora estoy seguro de que él es el autor del rapto. ¿Adónde las habrá llevado? ¿Por qué las cambia de prisión?

—Ahora me explico las precauciones que ayer tomaron conmigo —dijo el Viejo Pardaillán—. El mariscal no quería que yo me

enterara de que tenía dos prisioneras y de quiénes eran ellas. Tenía miedo y no le faltaba razón para ello, porque, de haber sabido la verdad, yo las hubiera libertado.

—Pero padre, ¿por qué estáis ahora al servicio del mariscal? ¿Desde cuándo vivís en su casa?

—Desde ayer solamente. He sido guardado a vista. El mariscal, sin embargo, me dijo que a partir de las doce de la noche, estaría libre y entonces me proponía ir a visitarte.

El viejo Pardaillán hizo entonces a su hijo el relato de su encuentro con Damville en Pont-de-Cé y lo que de su entrevista resultó. El caballero, a su vez, completó el relato refiriendo los principales acontecimientos de su vida desde la partida de su padre. Estas confidencias terminaron al apuntar el día. Resolvieron que el viejo Pardaillán volvería al palacio de Mesmes y que serviría fielmente al mariscal con todo lo que se refiriera a su plan de campaña política. Éste era el mejor medio de averiguar lo que había sido de Juana de Piennes y su hija.

—En caso necesario —añadió el aventurero— hay uno que debe estar enterado de todo. Es el que guiaba la silla de posta, un tal vizconde de Aspremont, y a éste lo obligaré a hablar. Tranquilízate, porque antes de poco sabré noticias.

—Yo voy a informar al mariscal de Montmorency de todo lo que acaba de ocurrir y luego os esperaré en «La Adivinadora».

—¿En «La Adivinadora», desgraciado? ¿Quieres volver a la Bastilla?

—Es verdad, ya no me acordaba.

—Quédate aquí. Estoy en muy buenas relaciones desde hace tiempo con el ama de esta taberna, y como es un establecimiento que goza de mala reputación, los señores de la ronda y los esbirros no se atreven a entrar. Estarás completamente seguro. Voy a dar órdenes para que te preparen una cama decente.

El aventurero despertó a la dueña, que dormía, y le dio instrucciones. La mujer juró que el caballero estaría en la posada más seguro que el mismo rey en el Louvre. El caballero acompañó a su padre hasta la calle, y cuando se alejaba le dijo:

—Padre. He dejado a un amigo en «La Adivinadora». Hacedme el favor de ir a buscarlo, ya que yo no puedo.

—Bueno, ¿y cómo se llama tu amigo?
—«Pipeau»; es un perro.

XXXIII - En el Louvre

EL CABALLERO DURMIÓ dos o tres horas sobre el mal colchón que la dueña de la taberna, algo inclinada a las exageraciones sentimentales, llamó cama suntuosa, y el tal colchón estaba en un cuartucho indecente que ella denominaba «La habitación de los Príncipes».

—¿Cómo serán las habitaciones de los marqueses barones o caballeros? —se preguntó el joven echándose sobre el colchón.

No obstante, se durmió tranquilamente sobre el catre como si se humera tendido sobre el lecho más blando y cómodo. Además soñó en el objeto de su amor como si los azares de la Vida no lo hubieran separado de cuajo, quizá para Siempre. Pero en la feliz edad de los veinte años la ilusión es más fuerte que la triste realidad. Hacia las nueve de la mañana, el caballero se levantó y marchó directamente al palacio de Montmorency, en donde habitaba el mariscal, que lo esperaba con sombría indiferencia.

Montmorency habla pasado aquella jornada reflexionando profundamente, y tan pronto se arrepentía de no haber seguido su primera inspiración de ir al encuentro de su hermano, como se convencía de que el joven caballero tenía razón, pues la astucia era a la sazón más poderosa que la fuerza; otras veces pensaba en su hija Luisa, a la que no conocía, y entonces a su pesar, se le llenaban los ojos de lágrimas, en otros momentos pensaba en Juana, la heroica madre, víctima de tan largo martirio. Juana se le aparecía como la vio la última vez en el bosque de castaños, radiante de juventud y de hermosura y entonces un terrible problema se planteaba, y aun cuando él hiciera esfuerzos para no examinarlo no podía menos que recordar que estaba casado con Diana de Francia, la cual a la sazón trataba de intimar con él. La imposibilidad de una separación que hubiera inflingido terrible insulto a la familia real, era evidente a todas luces. Hallose un Papa bastante complaciente para anular el casamiento con Juana más no se hubiera hallado otro dispuesto a hacer lo mismo con Diana de Francia. Y no obstante

comprendía la imposibilidad de vivir lejos de Juana y perpetuar su matrimonio, una vez ya convencido de su inocencia.

Y cuando pensaba en que su vida estaba condenada, que era demasiado tarde para ser feliz y que había vivido desesperado durante diecisiete años, en los cuales habría podido llevar una vida dichosa, formidables juramentos de venganza subían a sus labios. Así oscilaba el pensamiento de aquel hombre digno y desgraciado.

El caballero, al llegar, no se atrevió a dirigirle ninguna pregunta, pues se asustó al contemplar los estragos de aquel rostro que la víspera le había parecido tan imponente por la natural majestad del mariscal, por su gran renombre y por la grandeza y noble origen del nombre de Montmorency. A la sazón no era más que un hombre desgraciado. Todo Su prestigio se había desvanecido y el humilde caballero, el pobre paria, pudo tener lástima del poderoso señor.

—Monseñor…, no me había engañado. Ellas estaban, realmente, en el palacio de Mesmes.

—¡Estaban! —exclamó sordamente el mariscal—. Esto significa que ya no se encuentran allí.

—¡Ah, monseñor, hay en todo ello una fatalidad inconcebible! He estado a punto de libertarlas. Un tiro mal dirigido, mi brazo tembloroso, han sido la causa de que sea preciso empezar de nuevo.

—¿Os habéis batido? —exclamó Francisco.

—Si monseñor, pero sin éxito. ¿Qué queréis? Hay momentos en que la audacia, la astucia, la fuerza y la prudencia, todos los elementos que deben asegurar la victoria, son inútiles para conseguirla.

—¿Os habéis batido por mí? Caballero, siento por vos tal gratitud que no sé cómo expresaros mi amistad. Ha sido para mí una gran suerte el hallar un hombre de vuestro temple, tan fiel y desinteresado.

El caballero se ruborizó ligeramente y por un momento sus labios se contrajeron con expresión de lástima, porque el mariscal le parecía tan desgraciado y tan digno de simpatía que, en aquel momento, lo hubiera servido de todo corazón aun cuando su amor por Luisa no lo obligara a sentir interés por ella.

—Así —dijo Montmorency apretando los puños— es mi hermano quien se encarniza en ella. ¡Es decir, uno de mi familia por

cuyas venas corre mi sangre! Veamos, contadme todo lo que sabéis. ¿Habéis Visto a ese tigre? ¿Os ha visto él?

—Monseñor, calmaos. El odio es una cosa excelente si se sabe dirigir y no dejarse dominar por él. No he visto a monseñor de Danville y él tampoco a mí. Voy a referiros lo sucedido.

El caballero hizo entonces el mismo relato que hiciera a su padre. Inútil es decir que entonces fue más lacónico y que guardo para sí ciertos detalles con que había salpicado la conversación con su padre. Además, no citó para nada el nombre del viejo Pardaillán. No Obstante, la relación de sus aventuras, interesó grandemente al mariscal, que sentía gran admiración por el caballero.

—¿Habéis hecho todo esto? —exclamó.

—Sí, monseñor —contestó sencillamente el caballero—. Desgraciadamente todo ello sólo ha servido para convencernos, según nuestras sospechas, de que el mariscal de Danville es el raptor. No obstante, dentro de poco espero saber a dónde fue la, silla de posta.

Francisco cogió con violencia la mano de Pardaillán y dijo:

—Y yo, joven, quiero saberlo inmediatamente.

—¿Qué queréis hacer, monseñor?

—¿Sois capaz de repetir ante mi hermano lo que me habéis contado, aun cuando el hacerlo pueda acarrearos algún peligro?

—¡Ya lo creo! —dijo Pardaillán con gran frialdad—. Y en cuanto al peligro, monseñor, creo haberos probado que me divierte. Un pobre como yo, que no tiene otra cosa que su piel para arriesgar, no teme a la estocada más que por el desgarrón que pueda hacer en su traje.

—En tal caso, ¿queréis ir conmigo al Louvre?

—Inmediatamente —dijo el caballero sintiendo que ligero temblor corría su cuerpo.

—Bueno, pues nos vamos al Louvre y pediré al rey que haga justicia…, y si el rey no lo hace…

—¿Qué? —preguntó el caballero con ansiedad.

—Entonces —contestó el mariscal con sombría voz—. Si el juicio de los hombres no me nace justicia, apelare al juicio de dios.

Y el Mariscal se fue a su habitación.

—¡*Pardiez*! —Se dijo Pardaillán—. ¡Acudir a palacio! Es decir, a

ver a la Reina Catalina, esa mujer que me quiso encerrar en la bastilla y que no desperdiciará un momento en hacerme prender de nuevo. Decididamente estoy destinado a vivir bajo la tutela del peligro. Pero ya no puedo volverme atrás. Iré al Louvre.

Un cuarto de hora más tarde reapareció el mariscal vistiendo su traje de gala con el que lucían sus insignias. Llevaba un Collar de oro con larga cadena que le rodeaba el cuello, birrete negro con pluma blanca, jubón y calzas de seda negra, capa cortada de seda gris adornada de amarillo, y botas altas, pero en lugar de la espada de gala con puño enriquecido de brillantes, había ceñido la tizona, cuyo puno era de hierro y en forma de cruz.

La blanca gorguera hacía resaltar su extrema palidez y vestido con aquel traje que armonizaba perfectamente con su alta estatura y robusta constitución se advertía en él algo de aquella majestad ruda que había sido la característica del difunto condestable. Era a la sazón un verdadero Montmorency, es decir, un gran señor de su época, lleno de orgullo y capaz de tratar con el rey sobre un pie de igualdad.

El mariscal hizo a Pardaillán seña de que lo siguiera. En el patio esperaba una carroza que había dado orden de preparar, a la cual iban enganchados cuatro caballos negros que conducían el picador y los postillones. Cuatro lacayos iban encaramados en la trasera y todos llevaban vestido de gala con las armas de Montmorency.

El mariscal y Pardaillán tomaron asiento en el interior. Ante ellos se sentaron cuatro pajes jovencitos, vestidos de satén blanco y en la parte delantera del jubón bordadas las armas de los Montmorency. El suntuoso vehículo salió del palacio mientras los doce guardias presentaban las armas. Lentamente se dirigió hacia el Louvre y a su paso las gentes se decían:

—El señor mariscal va a cumplimentar a Su Majestad.

Durante el camino, Francisco de Montmorency y Pardaillán no cambiaron una sola palabra. El primero estaba sumido en sombrías reflexiones y el caballero, impresionado por aquel aparato majestuoso, pensaba, con cierta emoción, que pronto se hallaría en presencia del rey de Francia.

Por fin llegaron al Louvre y la noticia de la visita que el mariscal

de Montmorency hacía al rey cundió inmediatamente en aquella ciudad del rey de Francia llena de intrigas. Efectivamente, el enorme coloso de piedra guardaba en su seno una población numerosa, fastidiada por la etiqueta y agitada por pasiones de toda clase. Dramas, comedías, amores violentos o poéticos, adulterios, duelos, asesinatos e intrigas se elaboraban en aquel vasto horno.

Los rostros pintados, según la moda de la época, guardaban su artificial rigidez e impasibilidad que constituían otra capa de pintura, una especie de curiosidad inquietante y sorda que daba a los ojos extraños resplandores. La llegada del mariscal de Montmorency que, desde hacía muchos años, vivía alejado de la corte, causó viva impresión en el palacio. Aquella mañana había habido recepción en las habitaciones del rey. Es decir, que Carlos IX había recibido la visita de sus cortesanos a la hora de levantarse.

El joven rey parecía estar de muy buen humor y con la alegría que le era peculiar cuando se encontraba bien, había llevado su corte a visitar un nuevo gabinete que se había hecho arreglar en la planta baja, precisamente debajo del lugar que ocupaban sus habitaciones.

Era una estancia bastante grande en realidad, pero muy pequeña comparada con las inmensas salas del Louvre. Carlos IX quería instalar allí su gabinete de armas y de caza y a tal efecto había hecho transportar todas las espadas, pesadas tizonas que sus débiles manos no habrían podido manejar, espadas damasquinadas, cimitarras, dagas italianas, arcabuces, pistolas, cuchillos de caza, cuernos y trompas, y ni un solo cuadro, estatua o libro. La ventana de aquel gabinete daba al Sena a una altura de siete u ocho pies. No había en aquel lugar muelle alguno; el Sena corría libre y caprichoso, bordeando la fina arena de la orilla.

Veíase a poca distancia un bosquecillo de árboles centenarios que inclinaban sus copas al soplo de la brisa como si fueran otros tantos señores que se saludaran mutuamente. La masa blanca del Louvre, nuevo aún, el verde agradable de los árboles, el glauco Sena y más lejos el amontonamiento de techos agudos sobresaliendo de las casas, hacían el lugar encantador. Tal vez Carlos IX había querido instalar allí su pequeño museo, seducido por el panorama que se desarrollaba ante sus ojos.

La ventana estaba completamente abierta, y un hermoso sol de abril esparcía sobre París oleadas de luz. En el momento en que penetramos en aquel gabinete en que estaban reunidas unas quince personas, el rey Carlos IX tenía en las manos un arcabuz que le acababa de entregar su orfebre y armero Crucé y dirigía alegres miradas al paisaje que tenía ante los ojos.

Rogamos a nuestros lectores que no olviden que Carlos IX, que lleva ante la posteridad el peso formidable del crimen de la noche de San Bartolomé, tenía entonces veinte años y estaba en la edad de las ilusiones, de las generosidades, y amaba la caza por el placer de hallarse entre la Naturaleza. Era, además, sencillo en sus gustos y en su traje y adoraba a una mujer encantadora graciosa y amable, que lo amaba con el mismo ardor.

—Señor —dijo Crucé—, el nuevo sistema de este arcabuz permite apuntar con precisión extraordinaria.

—¿De veras? —dijo el rey, examinando el arma.

—Sin duda alguna —contestó Crucé—. Así, por ejemplo, supongamos que un enemigo de Vuestra Majestad pasa en este momento ante la ventana. Supongamos Que es uno de estos árboles. Disparando desde aquí, Vuestra Majestad lo heriría sin duda y al mismo tiempo estaría al abrigo de los ataques del enemigo. ¿Queréis, señor, hacer la prueba?

—¿Para qué? No tengo enemigos, me parece —dijo Carlos IX.

—Indudablemente. Vuestra Majestad no tiene enemigos —dijo Crucé—, pero el arma es tan precisa…

—Bueno, la probaré —dijo el rey bruscamente y apuntó a uno de los árboles mientras los cortesanos se acercaban para presenciar el ensayo.

—Duque —dijo el rey—, mirad Que no pase nadie. Sería espantoso que probando esta arma matara a alguien.

El duque de Guisa, a quien iban dirigidas estas palabras, se apresuró a mirar por la ventana.

—Nadie, señor —dijo.

Entonces el rey apuntó a un árbol que se hallaba a treinta pasos de la ventana. El joven duque de Guisa se acercó con la mecha encendida.

—Ya —dijo de pronto el rey.

El duque acercó la mecha, resonó la detonación y la estancia se llenó de humo.

—¡Tocado! —exclamó Crucé—. Ved, señor; desde aquí se divisa el agujero hecho al árbol. Es un arma admirable.

—Pero también —dijo uno con voz gangosa— mi hermano es un tirador de primera fuerza.

El duque de Anjou era el que acababa de pronunciar estas palabras, y entonces los cortesanos hicieron coro y algunos aplaudieron.

—El ojo del rey es infalible —dijo Quelus.

—El rey es el primer cazador del reino —añadió Maugiron.

Y, de pronto, un personaje de rostro bastante sombrío que estaba muy apartado, dijo riendo:

—Si por azar en vez de un árbol hubiera sido un hugonote, ya estaría ahora en el otro barrio.

—¡Bravo, Maurevert! —exclamó otro cortesano, Saint-Megrin, que desde hacía algunos días pasara del servicio del duque de Guisa al del duque de Anjou.

Mientras se cruzaban estas palabras, el rey, pálido y agitado por estremecimientos convulsivos, miraba la «herida» hecha al árbol. Puso de pronto el arcabuz en un rincón y dijo con gravedad:

—¡Quiera el Cielo que nunca tengamos que tirar sobre árboles humanos!

Los cortesanos se inclinaron silenciosamente, y Carlos, llamando al viejo Ronsard, que hablaba con Dorat en un rincón, le preguntó:

—¿Y vos qué pensáis?

Fue necesario repetir la pregunta a Ronsard, el cual, como ya saben nuestros lectores, era perfectamente sordo, hasta el punto de que apenas había oído la detonación. Le enseñaron el arcabuz, el árbol, y cuando por fin hubo comprendido la pregunta, contestó:

—Digo, señor, que es una lástima estropear de esta manera un hijo de la Naturaleza. Este árbol se desangra, llora y, no lo dudéis, señor, se pregunta con tristeza qué mal os ha hecho para verse así tratado.

—Bueno —dijo burlonamente Enrique de Guisa—. He aquí el poeta que quiere hacernos creer que las plantas tienen alma. Esto es una herejía.

Ronsard no lo oyó, pero comprendió la intención irónica de la fisonomía de Guisa. Sus blancas cejas se fruncieron y exclamó:

—Diría lo mismo del cazador que mata al ciervo, al gamo: Es un crimen. Y todo el que por placer mata a un animal inofensivo, cuyos hermosos ojos piden gracia inútilmente, es capaz también de matar a un hombre. El cazador es feroz por naturaleza y en vano disfraza su ferocidad con el barniz superficial que le da la educación. Si mata, es que tiene el instinto del asesinato.

Tales palabras pronunciadas ante un rey cazador no dejaban de ser muy atrevidas, pero Carlos IX se contentó con sonreír, murmurando:

—¡Poeta!

En aquel mismo instante la atención general fue distraída por la entrada de un criado del rey, especie de personaje oficial que en ciertas ocasiones servía de introductor. El criado se detuvo a dos pasos del rey.

—¿Qué hay? —preguntó Carlos IX.

—Señor, el mariscal de Montmorency solicita el honor de saludar a Vuestra Majestad.

—¡Montmorency! —exclamó Carlos IX como si le costara creer las palabras del criado—. Habrá oído hablar de la paz que va a convenirse. ¡Qué entre!

Carlos IX se sentó enseguida en un gran sillón de ébano ricamente esculpido, y todos los presentes, de pie, se colocaron en fila a derecha e izquierda del sillón. Entonces se abrió completamente la puerta y los cuatro pajes del mariscal entraron de dos en dos, con el puño cerrado apoyado en la cintura, y se colocaron dos a la derecha y dos a la izquierda de la puerta, en ceremoniosa actitud. Luego entró el mariscal seguido por el caballero de Pardaillán.

Francisco de Montmorency se detuvo a tres pasos del sillón, se inclinó profundamente y luego, irguiéndose, esperó que el rey le dirigiera la palabra. Carlos IX contempló un instante en silencio la noble cabeza del mariscal, que expresaba admirablemente la fuerza y la dignidad. El rey, que era de salud delicada, admiraba con amargura la alta estatura y las anchas espaldas de su vasallo. Los cortesanos presentes esperaban a que el rey hablara, para

abandonar su envarada actitud, y se preparaban a sonreír a Montmorency, o mirarlo con insolencia según el monarca lo acogiera bien o mal. Únicamente Enrique de Guisa dirigía al mariscal una mirada desdeñosa y llena de odio.

—¡El amigo de los hugonotes! —dijo por fin Carlos IX—. Desde hace tanto tiempo que habéis desertado de la corte de Francia, se podría creer que habíais muerto y muchas veces nos preguntamos si fue vuestro padre o vos el que pereció en la batalla de Saint-Denis, Felizmente os veo vivo y sano.

Y habiendo satisfecho su ligero rencor con esta burla insulsa, Carlos IX añadió con tono más serio:

—Lo esencial es Que habéis vuelto, y por lo tanto sed de nuevo, bienvenido.

Entonces los cortesanos, exceptuando a Guisa, dirigieron al mariscal sus más amables sonrisas, y un murmullo de alegría recorrió la reunión, como si todos experimentaran júbilo por su vuelta:

—Señor —dijo Montmorency—, he venido a suplicar a Vuestra Majestad Que me conceda audiencia. Señor, solicito el honor de una audiencia particular.

—¿Queréis hablarme a solas?

—Si Vuestra Majestad lo permite…

—Pues bien, sea.

Apenas el rey hubo pronunciado estas palabras, todos los cortesanos, incluso el duque de Anjou hermano de Carlos IX, se inclinaron a la vez y salieron de la estancia.

—¿Por qué se queda este joven? —dijo el rey señalando a Pardaillán.

El caballero se estremeció y dirigió la mirada a Carlos IX. Acababa de tener lugar una escena muda mientras el mariscal y el rey cambiaban las palabras que hemos citado.

Al entrar en el gabinete, el caballero se fijó enseguida en Quelus, Maugiron y Maurevert y les dirigió una sonrisa como sabía hacerla cuando quería molestar a alguien.

Sin duda los cortesanos de Anjou lo reconocieron también, porque se pusieron a mirarlo con gran insolencia. El caballero, con gran disimulo, se rascó el brazo derecho mirando a Maugiron. (Ya

recordará el lector que en el encuentro nocturno de la calle de San Dionisio Pardaillán hirió a Maugiron en el brazo derecho). El cortesano comprendió perfectamente el gesto y dirigió una feroz mirada al joven, el cual le contestó con otra llena de cándido asombro, como diciéndole:

«¿Por qué os enfadáis así?».

Entonces se volvió hacia Maurevert y como éste lo miraba con aire provocativo, el caballero se acarició suavemente la mejilla. (Ya se recordará que Pardaillán había cruzado la cara de Maurevert con la hoja de su espada y éste a la sazón tenía aún un cardenal en la mejilla). El espadachín cerró los puños y palideció de rabia.

—Ya nos encontraremos —dijo en voz baja.

—Cuando tú quieras —contestó Pardaillán en el mismo tono.

Al salir del gabinete, Quelus y Maugiron empezaron a hablar en voz baja con el duque de Anjou, y éste, volviéndose hacia Pardaillán, le dirigió tan amenazadora mirada, que el joven se dijo:

«*¡Caramba! Ahora sí que estoy perdido. El hermano del rey me ha reconocido y es seguro que no salgo de aquí a no ser para ir directamente al Temple o a la Bastilla*».

Por esta razón ante la pregunta del rey, Pardaillán se asustó. Montmorency se apresuró a contestar:

—Señor, el caballero de Pardaillán, aquí presente, es un testigo de lo que voy a decir. Solicito para él el mismo honor que para mí. Carlos IX hizo con la cabeza una señal de asentimiento.

—Esto no es todo, señor —prosiguió el mariscal—. Ya que Vuestra Majestad se digna hacerme objeto de su benevolencia, os suplico que mandéis a buscar al instante al señor mariscal de Damville.

—¿Queréis celebrar un consejo de familia en nuestra presencia?

—Sí, señor —dijo Francisco con voz singular—. Un consejo de familia. Y como el rey de Francia es el padre de todos sus súbditos, es razonable que este consejo se celebre en presencia del padre.

Carlos IX conocía el odio que separaba a los dos hermanos, pero ignoraba las causas. Tuvo el presentimiento de que por fin iba a conocerlas y, sintiéndose impresionado por la actitud de Francisco, resolvió acceder a lo que de él solicitaba. Golpeó, pues, con un martillo de plata una campanilla que estaba a su alcance e

inmediatamente apareció un ayuda de cámara, a quien ordenó que fuera en busca del señor de Cosseins, su capitán de guardias.

—Vuestra Majestad concedió un permiso de tres días al señor de Cosseins —dijo el ayuda de cámara.

—Es cierto. ¡*Pardiez*!

—Pero ahí está el capitán de guardias de Su Majestad la Reina y si Vuestra Majestad lo desea…

—Nancey. Sí, me es igual.

Un minuto más tarde el capitán Nancey entraba en el gabinete. A pesar de la etiqueta, en cuanto Nancey divisó al caballero de Pardaillán, que había conducido por sí mismo a la Bastilla, se detuvo lleno de estupor. Pardaillán parecía examinar con atención profunda un arcabuz colgado en la pared, pero como Nancey continuara mirándolo, como hipnotizado, el caballero se decidió a dirigirle una sonrisa y a hacerle con la mano una seña amistosa, casi de protección.

—¿Qué os pasa, Nancey? —dijo el rey frunciendo el entrecejo.

—Perdón, señor, perdón mil veces, —balbució el capitán—. He tenido un deslumbramiento.

«*Si esto continúa*» —pensó Pardaillán—, «*la cosa se pondrá tan complicada, que aumentarán las probabilidades de no salir con bien*».

—Bueno —dijo el rey—. Id ahora mismo al palacio de Mesmes y decid al señor de Damville que quiero hablarle.

—¿Vuestra Majestad ordena que vaya solo o con algunos guardias?

—¡Solo, *Pardiez*, solo! No se trata de ningún arresto. Siempre os figuráis estar en el gabinete de mi madre.

Carlos IX tenía a menudo exabruptos como éste, y cuando Catalina se enteraba de ellos se ponía furiosa. Es verdad que entonces tenía el recurso de consolarse con su segundo hijo, el duque de Anjou, e idear con él toda suerte de intrigas. El capitán se inclinó profundamente y salió.

—Y ahora, señor —dijo Francisco de Montmorency—, debo decir a Vuestra Majestad que he venido a pedir justicia y que ante vos acusaré al mariscal de Damville de felonía, traición y rapto violento.

»¡Ah! Señor —añadió con vehemencia viendo los movimientos

que hacía el rey—. Adivino vuestro pensamiento. Queréis decirme que hay jueces en París y que ante ellos debo exponer mis quejas, pero vos sois el primer juez del reino, señor, y no solamente apelo a vuestra justicia soberana, sino también a vuestro honor. Las terribles cosas que voy a relataros, deben permanecer secretas, señor, y antes que darlas como pasto a los jueces, promoviendo con ello un escándalo que llenaría de lodo para siempre mi nombre glorioso, por el cual tantas veces me he sacrificado, antes de hacer tal cosa, señor, tomaría la justicia por mi mano. Vuestra Majestad va a comprenderme con pocas palabras. Se trata de dos mujeres, mejor dicho, de dos mártires, una de ellas, la hija herida desde su nacimiento por la desgracia, puesto que su padre la abandonó antes de nacer, y la otra, la madre, digna de lástima por un largo suplicio injusto, sufrido en silencio y digna de admiración por este mismo silencio.

—Señor mariscal —dijo el rey con emoción que no pudo dominar—, ya que lo queréis seremos árbitros en este asunto. Vuestras palabras y la agitación que en vos se advierte, nos hacen comprender que se trata de un asunto de familia muy grave que no debe traslucirse. Hablad, pues, sin miedo, y os aseguramos justicia y discreción.

—Vuestra Majestad me colma de bondades y, realmente, no sé cómo podré corresponder a ellas. Pero precisamente a causa de las graves acusaciones que he de hacer contra mi propio hermano, ¿no convendrá esperar que venga para entrar en detalles?

—Tenéis razón, mariscal —dijo el rey.

Largo y embarazoso silencio siguió a estas palabras, y casi transcurrió media hora distrayéndose el rey con su curiosidad excitada. Pardaillán se preguntaba cómo acabaría todo aquello, y el mariscal, impaciente, tenía los ojos fijos en la puerta.

—Entre tanto, podríais referirme quiénes son esas mujeres.

—Sí, señor, dos simples obreras.

—¿Obreras? —exclamó lleno de asombro Carlos IX—. ¿En qué trabajo?

—Señor, hacían bordados y tapicerías y con ello subvenían a su pobre existencia.

—¿Y dónde vivían? —preguntó el rey—. Algunas veces he

mandado hacer bordados y creo conocer a las cinco o seis obreras de París capaces de hacer bien estos trabajos.

—Habitaban en la calle de San Dionisio, señor.

—¿En la calle de San Dionisio? —exclamó Carlos IX con viveza —. ¿Delante de una posada?

—Ante «La Adivinadora», señor.

—Eso es —exclamó el rey—. Ya las conozco. Es la mejor bordadora que hay en París.

Y con tierna sonrisa, Carlos IX recordó la escena en que había ofrecido a María Touchet el tapiz hecho por la bordadora de la calle de San Dionisio y que llevaba la divisa «*Je charme tout*». El mariscal estaba estupefacto.

—¿Esto os sorprende? —dijo el rey con alguna melancolía—. No he de ocultaros que algunas veces paseo por París disfrazado de burgués. También se conoce el aburrimiento en el Louvre, señor mariscal. Si vos tenéis vuestras cuitas, también tenemos aquí las nuestras y entonces buscamos, en donde nos es posible hallarla, una sonrisa franca, una acogida cordial labios que no mientan y frentes en las que podamos leer como en un libro. En uno de estos paseos tuve ocasión de buscar una obrera hábil para un trabajo que… me era agradable, y la encontré como la buscaba: discreta, poco amiga de hacer preguntas, diligente y una verdadera hada para bordar divisas. Habitaba en el lugar que decís, de modo que, sin duda alguna, se trata de ella.

Francisco de Montmorency se puso pálido de emoción pues el rey acababa de confirmar con sus palabras; que Juana había debido subvenir a sus necesidades con un trabajo penoso y mal retribuido. El remordimiento, la desesperación y la venganza llenaban su espíritu. Y cuando Carlos IX, pensativo evocaba el recuerdo de la Dama Enlutada, relacionado con el de María Touchet, diciendo:

—La llamaban la Dama Enlutada.

El mariscal ya no pudo contenerse y con voz ronca por los sollozos, exclamó:

—¡La Dama Enlutada, porque le habían arrebatado su fortuna y su situación! Un maldito y un criminal la condenó a tan triste suerte. Fue mi hermano señor, mi hermano, que la hizo aparecer a mis ojos como culpable, yo le creí ciegamente y durante diecisiete

años no he tratado de averiguar si estada muerta o viva. La Dama Enlutada, señor, se llama Juana de Piennes y de Margency y se ha llamado duquesa de Montmorency.

El rey, ante esta revelación, se puso sombrío. Sus cejas se fruncieron. Conocía de Juana de Piennes lo que corrientemente sabía todo el mundo: es decir, que, casada secretamente con Francisco de Montmorency, había sido repudiada, gracias a la insistencia que en lograrlo puso el condestable y gracias también a las gestiones de Enrique II en la corte de Roma.

Sabía, además, que Diana, su hermana natural y esposa de Francisco, había vivido siempre separada del mariscal y, por lo tanto, se vio ante uno de esos terribles problemas de corazón y de familia que las conveniencias sociales son incapaces de resolver. El mariscal, observando la fisonomía del rey, comprendió lo que pasaba en su cerebro.

—Señor —dijo con vehemencia—, no se trata ahora de anular o confirmar ningún matrimonio. Únicamente vengo para apelar a vuestra justicia. Justicia para dos desgraciadas que, después de tantos infortunios, han sido privadas de la tranquilidad, única cosa que les restaba. Señor, al enterarme de que tenía que reparar una gran injusticia, supe, al mismo tiempo, que mis esfuerzos serían vanos, porque la madre y la hija han desaparecido. Han sido raptadas y únicamente pido justicia para este crimen. Vengo a acusar al raptor, y al raptor es ése…

Francisco de Montmorency tendió violentamente su puño cerrado hacia la puerta que se abría en aquel instante para dar paso al mariscal de Damville. Enrique estaba lívido. Los dos hermanos se miraron un instante, y si el odio hubiera podido matar, ciertamente los dos hombres habrían caído muertos por las miradas que se dirigían mutuamente. Enrique de Montmorency, después de haber cerrado la puerta, se apoyó en ella como si le faltaran las fuerzas. No obstante, al dirigirse al Louvre sabía que iba a encontrar a su hermano y estaba, por lo tanto, preparado para ello.

Sin duda había previsto todo lo que Francisco podría decir, pero su fértil imaginación le había sugerido alguna terrible respuesta para confundir a su hermano, porque en el momento en que abrió la puerta, una sonrisa se dibujó en su rostro. Pero al ver a Francisco,

aquella sonrisa desapareció. Quedose estupefacto como si Nancey no le hubiera prevenido de la visita de su hermano. Hacía diecisiete años que no se habían visto, pues su última entrevista tuvo lugar en el bosque de Margency, donde se batieron ferozmente. Durante este lapso, siempre que Enrique pensaba en su hermano, se lo imaginaba inclinado sobre él e iluminado por la rojiza luz de la antorcha de los leñadores. Lo veía de nuevo desconocido por el furor que lo animaba, levantando el puñal y luego, arrojándolo lejos de sí, para huir a toda prisa.

Al entrar en el gabinete real, recordó de nuevo aquella escena, pues el rostro de Francisco expresaba igual desesperación y el mismo odio que diecisiete años antes. Hizo un violento esfuerzo para recobrar la serenidad, y mirando luego a Carlos IX, avanzó hacia él. Y desde entonces la sonrisa triunfal que se dibujaba en sus labios al entrar, volvió a animar su semblante.

—Señor —dijo con la voz áspera y metálica que le era peculiar cuando estaba fuertemente emocionado—, me habéis hecho el honor de llamarme. Heme aquí, pues, a las órdenes de Vuestra Majestad.

Ante aquella escena en que cada gesto y cada palabra eran un drama, el caballero de Pardaillán había retrocedido a un ángulo como para ocultarse. Y por esta razón, Enrique no lo había visto, cosa que, por otra parte, no hubiera sido fácil, dada la atención con que observaba a su hermano, que, sin duda, le preparaba la ruina.

La principal cuestión para él era adelantarse y tratar de aplastar a Francisco con sus palabras. ¿Y qué diría? ¿Qué había imaginado no sólo para impedir que Francisco lo acusara, sino para perderlo y mandarlo a la Bastilla o tal vez al cadalso? Su plan era sencillamente espantoso. Proponíase denunciar el secreto que sorprendiera en casa de Alicia de Lux, a pesar de su promesa de no hacer uso de él. Iba a decir que el rey de Navarra, el príncipe de Condé y Coligny estaban en París; que Francisco de Montmorency había celebrado una entrevista con ellos y que habían acordado secuestrar al rey. He aquí la causa de su diabólica sonrisa.

—Señor de Damville —dijo el rey al hallarse delante de aquella tragedia—, os he hecho venir cediendo a los ruegos de vuestro hermano. Escuchad, pues, si os place, con la paciencia y la dignidad

convenientes, lo que el señor mariscal de Montmorency quiere decir… Luego contestaréis. Hablad, mariscal.

—Señor —dijo Francisco—, tened la bondad de preguntar al señor de Damville qué ha hecho de Juana de Piennes y de Luisa, mi hija.

Hubo un momento de silencio y el mariscal añadió:

—Si quiere contestar de buena fe y comprometerse a no seguir persiguiendo a estas desgraciadas mujeres, le perdono todo lo demás.

—Contestad, mariscal de Damville —dijo el rey.

Enrique se irguió y mirando a Francisco repuso:

—Señor, para contestar dignamente a Vuestra Majestad, quisiera antes que el señor mariscal me dijera para qué fue a cierta casa de la calle Bethisy, qué personas vio allí y lo que convino con ellas.

Francisco se puso pálido como un cadáver, sintiendo vacilar su cabeza como si ya el verdugo lo hubiera tocado. Buscó una respuesta, pero las palabras se detuvieron en su garganta.

«¡*Miserable*!» —se dijo.

—Ya que el mariscal no contesta —dijo Enrique— voy a hacerlo en su lugar.

—Un momento, monseñor —dijo de pronto una voz tranquila y apacible que tuvo el privilegio de despertar en Francisco la esperanza, en el rey la curiosidad y en Enrique el furor.

El caballero avanzó hasta el sillón interponiéndose así entre los dos hermanos, y antes de que nadie hubiera pensado en imponerle silencio, antes de que Enrique se repusiera del asombro que le causó oír aquella voz, el caballero dijo:

—Señor, pido perdón a Vuestra Majestad, pero llamado como testigo, debo hablar, y me permito decir al señor mariscal de Damville que la contestación a su pregunta no es interesante para Vuestra Majestad.

—¿Y por qué? —Dijo Enrique—. ¿Quién sois vos que osáis hablar ante el rey sin ser interrogado?

—Poco importa quién soy; lo esencial es que no vale la pena de hablar de la calle de Bethisy si antes no hablamos de una hostería de la calle de San Dionisio en una de cuyas salas se reúnen algunos poetas.

—¿Qué significa esto? —exclamó Carlos IX.

—Sencillamente, que la pregunta del señor mariscal de Damville era ociosa y nada tiene que ver con el asunto que aquí nos ha reunido. Apelo a su propio testimonio. Y el caballero dio un paso hacia atrás, mientras el rey, al observar su inteligente y simpática fisonomía, le dirigía una sonrisa.

—¿Es cierto, Damville? —preguntó Carlos IX—. ¿Confesáis que vuestra pregunta nada tiene que ver en el asunto que en nuestra presencia os ha reunido a vos y a vuestro hermano? Enrique dio un suspiro de rabia y contesto:

—Es cierto, señor.

Francisco dirigió al caballero una mirada de elocuente gratitud.

«*Acabáis de salvarme la vida*» —decía aquella mirada—, «*y nunca lo olvidaré*».

Pero a la sazón habíase despertado la curiosidad del rey y tal vez sus sospechas. Rodeado de emboscadas y conspiraciones y acostumbrado a buscar en cada palabra el plan de un asesinato y en cada mano el puñal que iba a herirlo, Carlos frunció el entrecejo y su frente amarilla se arrugó…

—No obstante —dijo con sorda cólera—, habéis hablado así con alguna intención. Mencionasteis la calle de Bethisy. ¿De qué casa se trata? ¡Hablad, os lo mando!

Era evidente que el rey pensaba en el hotel de Coligny, lugar de reunión de los hugonotes, y Enrique comprendió que de su prontitud dependía su vida. Si no encontraba una respuesta inmediata, su hermano estaba perdido, pero el maldito desconocido, que lo miraba con ojos ardientes, denunciaría la escena de «La Adivinadora»; y si la conspiración de Francisco no era segura, la suya, en cambio, era cierta. Con esfuerzo sobrehumano reunió sus ideas. Y lleno de rabia al pensar que se veía obligado a mentir para salvar a su hermano, contestó:

—Señor, quise referirme al hotel de la duquesa de Guisa. Es asunto de mujeres.

—¡Ah! —dijo Carlos IX sonriendo.

—Y confieso, señor, que me sería penoso contaros esta historia, pues soy amigo del duque de Guisa.

Carlos IX detestaba cordialmente a Enrique de Guisa, en el cual

adivinaba un temible competidor. Conocía además, la conducta de su mujer, que en aquellos días estaba en muy buenas relaciones con el conde Saint-Megrin. Se echó a reír y dijo en voz alta:

—Hablad más bajo, Damville, porque Guisa y Saint-Megrin están allá tras de la puerta.

—¿Comprendéis, señor?

—Ya lo creo. ¡*Pardiez*! —exclamó el rey riéndose—, pero y «La Adivinadora» ¿qué significa eso?

Pardaillán dirigió a Enrique una mirada que significaba:

«*Ya que nos habéis salvado os salvaré también*».

Y contestó:

—Señor, si os dignáis permitirlo, diré a Vuestra Majestad que la posada de «La Adivinadora» es el lugar en que se reúnen algunos poetas para hablar de poesía y también damas de noble cuna van a hablar de lo mismo o de cosas poéticas. Únicamente, a veces, el poeta lleva jubón de satén de color malva capa de seda de color violeta y calzas con cintas y lazos.

Era el retrato de Saint-Megrin, y el rey entonces soltó una carcajada y dijo:

—Por Dios, que daría cien escudos porque Guisa se hubiera enterado.

De este modo la comedía se mezcló con el drama, si bien para hacerlo más trágico. En efecto, Enrique, asustado aún por la perspectiva del cadalso, sonreía para sostener su mentira, y Francisco, por su parte, que tenía la muerte en el alma, trataba también de sonreír ante el soberano. Carlos IX reía asimismo con aquella risa nerviosa que a veces se convertía en una crisis de la enfermedad que le aquejaba. Únicamente Pardaillán permanecía serio. Cuando el rey hubo acabado de reír, Francisco, secándose el sudor que inundaba su frente, dijo:

—Señor, me atrevo a recordar a Vuestra Majestad que he venido, confiando en vuestra justicia, a reclamar la libertad de dos desgraciadas que han sido raptadas y que están encerradas contra su voluntad.

Carlos IX miró a Montmorency con aire de asombro. Así era como el rey, que, sin duda, había heredado alguna espantosa enfermedad, salía de la atonía a que estaba condenado. Una

contrariedad, la alegría, la tristeza o la risa, cualquier cosa servía para llevarlo al borde del abismo en que su espíritu estaba a punto de naufragar a cada instante. Hizo un esfuerzo y pasándose una mano por la frente como acostumbraba hacer cuando temía la Crisis, dijo:

—Sí, es verdad. Hablad, Montmorency.

—Señor, como ya he dicho a Vuestra Majestad, Juana de Piennes y su hija han sido raptadas de su casa de la calle de San Dionisio y reducidas a Prisión. Sostengo que el señor de Damville, aquí presente, es el culpable.

—¿Oís, Damville? —dijo el rey—. ¿Qué contestáis?

—Lo niego rotundamente —dijo Damville—. No sé de lo que se trata, pues hace diecisiete años que no he visto a las personas de que me hablan. Yo soy el que debería pedir justicia, pues el odio que se me tiene estalla, y como no se atreve nadie a atacarme cara a cara, se toma este pretexto para acusarme de una felonía imaginaria.

—Señor —dijo otra vez Francisco con voz firme—, la petición que he dirigido a Vuestra Majestad sería incalificable si no tuviera la prueba de lo que digo. He aquí al señor caballero de Pardaillán, que pasó el día de ayer y una parte de la noche, hasta las once, oculto en el palacio de Mesmes. Si Vuestra Majestad lo autoriza, el caballero está pronto a decir lo que vio y lo que oyó en el palacio.

—Acercaos y hablad, caballero —dijo el rey.

El caballero dio dos pasos y saludó graciosamente. Damville no pudo menos que estremecerse. Su hábito de juzgar rápidamente le hizo observar que el caballero era uno de esos hombres que van siempre sin vacilar hacia el objetivo que se proponen. No obstante, su aire apacible y su juventud lo tranquilizaron.

«*¡Ah!*» —se dijo—. «*¿Éste es el hijo? No creo que valga tanto como su padre*».

—Señor —dijo el caballero—. ¿Queréis permitirme preguntar al mariscal de Damville por dónde quiere que empiece mi relato?

—No comprendo, señor —dijo Damville.

—Pues es muy fácil; en toda historia hay el principio, el medio y el fin, y, según os plazca, monseñor, empezaré por el fin, es decir, por la silla de posta que sale misteriosamente del palacio de

Mesmes, o por el principio, o sea por la complicidad de vuestro intendente Gil, o, si lo preferís, por el medio, o sea la conversación en que se trata de muchas cosas y personas, especialmente de vuestro servidor el caballero de Pardaillán, conversación en la que desempeñó importante papel alguien que fue a vuestra casa desde la Bastilla, expresamente para hablar con vos.

Al oír estas últimas palabras que le probaban claramente que el caballero conocía la conversación que sostuvo con Guitalens, Damville vaciló y se puso lívido, como cuando Pardaillán había hablado de «La Adivinadora».

«¡*Miserable*!» —se dijo, y luego, en voz alta añadió:

—Empezad por donde queráis, caballero.

«*La victoria es nuestra*» —pensó Pardaillán y seguro de que con la amenaza disfrazada que acababa de hacer obtendría todas las confesiones que deseaba.

Abría ya la boca para empezar su relato cuando se abrió la puerta del gabinete. Detúvose enseguida y dirigió la mirada a la persona que entraba en aquel momento.

—¿Quién se atreve a entrar sin ser mandado? —exclamó Carlos IX—. ¡Cómo! ¿Sois vos, señora?

Era Catalina de Médicis, que avanzó dejando la puerta abierta. En la habitación inmediata estaban el duque de Anjou, sus favoritos, el capitán Nancey y una docena de guardias.

«*Me parece que va a tronar*» —pensó Pardaillán mirando rápidamente a su alrededor.

La reina madre avanzaba con aquella sonrisa que daba a su rostro cruel expresión.

—¡Pero señora! —dijo Carlos IX palideciendo de cólera—. He dado audiencia particular al señor mariscal de Montmorency y nadie, ni vos…

—Ya lo sé, señor —dijo tranquilamente Catalina—, y por lo tanto ha sido necesaria una circunstancia grave en extremo para decidirme a cometer una infracción que estoy segura me agradeceréis, cuando os haya dicho que aquí hay un enemigo de la reina, vuestra madre, del duque de Anjou, vuestro hermano y de vos mismo.

Damville, comprendiendo que estaba salvado, respiró a plenos

pulmones, y Francisco, en tanto, esperando ser acusado levantó su cabeza con altivez. Únicamente Pardaillán permaneció tranquilo.

—¿Qué queréis decir, señora? —exclamó Carlos IX, que al oír la palabra «enemigo» miraba a su alrededor con inquietud.

—Quiero decir que hay aquí uno, lo bastante audaz para haber penetrado en el Louvre, después de haber insultado al duque de Anjou y de haberlo atacado con su espada y, por fin, después de haberse burlado de mí misma.

—Nombradle, ¡por todos los diablos!

—Es un tal Pardaillán. Ahí lo tenéis.

—¡Hola! —dijo el rey levantándose—. ¡Guardias! ¡Capitán! ¡Prended a este hombre!

Antes de que el rey hubiera acabado de hablar, los favoritos del duque de Anjou se adelantaron a los guardias y penetraron en el gabinete gritando:

—¡Ahora vas a morir!

Y al mismo tiempo habían desenvainado sus espadas. Quelus iba ante todos y lo seguían Maugiron, Saint-Megrin y Maurevert. Más atrás, Nancey y sus guardias.

Francisco y Enrique estaban llenos de asombro y mientras Francisco pensaba ya en interceder para salvar al caballero, Enrique pensaba con alegría que aquel incidente lo salvaba.

En cuanto a Pardaillán, se había puesto en guardia desde la entrada de la reina.

Su mirada, que, en ocasiones, adquiría gran intensidad, observó los menores detalles de la escena que entonces tenía lugar. Vio al rey en pie y a la reina que lo señalaba con el dedo. Oyó la orden de arresto; vio cómo Francisco de Montmorency hacía un gesto como para hablar al rey, a Enrique de Damville que retrocedía para dejar sitio a los asaltantes y a Quelus con la espada en alto que se dirigía hacia él. Vio todo esto al mismo tiempo, como en ciertos sueños en donde personajes de extraño relieve ejecutan mil gestos, todos perceptibles a un tiempo.

Inmediatamente se vio cómo el caballero cogía la espada de Quelus, se la arrancaba, la rompía en sus rodillas y arrojaba sus restos a la cara de los asaltantes, los cuales, al presenciar cosa tan enorme e inaudita, como una rebelión en presencia del rey, se

detuvieron mirándose embobados, si bien inmediatamente reanudaron el ataque.

Aquella pequeña tregua, por rápida que hubiera sido, bastó a Pardaillán para concebir y ejecutar una de aquellas bravatas en que parecía complacerse.

Quelus llevaba puesto el birrete.

Se oyó entonces una voz pasmosamente tranquila, que profería estas palabras:

—Saludad a la Majestad del rey.

Quelus, al mismo tiempo, dio un grito de dolor, porque Pardaillán acababa de arrancarle su birrete, rompiéndole al mismo tiempo los largos alfileres de oro que lo retenían, y arrancando, de paso, algunos mechones de cabellos.

El birrete cayó a los pies de Catalina. En aquel momento todos los asaltantes se echaron sobre el caballero y cinco o seis espadas redirigieron furiosas estocadas que dieron en el vacío. Entonces Pardaillán, echándose hacia atrás, se encaramó en el antepecho de la ventana gritando:

—Hasta la vista, señores —dijo… Y saltó.

La ventana era poco elevada, pero había un foso, lleno de agua, ancho y profundo.

«*Si caigo al agua*» —pensó Pardaillán— «*me cubro de ridículo*». —Otro hubiera pensado—: «*Estoy perdido*».

Pardaillán, antes de saltar el foso lo midió con la mirada, y reuniendo sus fuerzas, saltó en el preciso instante en que Maurevert y Maugiron iban a cogerlo.

Lo vieron caer con los pies juntos en la orilla opuesta del foso y volverse, mientras que ellos, aullando, le enseñaban los puños. Entonces el caballero, gravemente y sin prisa, se quitó el sombrero, y después de haber saludado, se marchó sin apresurar el paso.

—¡El arcabuz! ¡El arcabuz! —gritó el duque de Anjou.

Pardaillán lo oyó, pero no se dignó volverse.

Maurevert, que gozaba fama de buen tirador, cogió un arcabuz cargado y apuntó al caballero. Sonó la detonación, pero Pardaillán no fue herido.

—¡Maldito sea! —exclamó Maurevert—. He errado el tiro.

Y los bateleros que bajaban por el Sena vieron con asombro que

en aquella ventana del Louvre estaban cinco o seis gentilhombres asomados enseñando los puños y profiriendo apocalípticas amenazas. En aquel instante el caballero de Pardaillán doblaba la esquina y entonces echó a correr. Durante algunos minutos siguientes a la escena que acabamos de relatar, en el gabinete real todo fue confusión, y sin parar mientes en la etiqueta, cada uno daba su opinión sin escuchar la del vecino.

—¡Caramba! —exclamó el duque de Guisa—. Es el espadachín del Puente de Madera y para su sayo dijo:

«*¡Qué lástima que no quiera servirme! ¿Quién será el que utiliza sus servicios?*».

—Si se me da la orden —exclamó Maurevert— esta misma noche entregaré el rebelde a Su Majestad.

—Yo os la doy —dijo Catalina.

Maurevert, seguido de algunos de sus compañeros, salió del palacio. Quelus, que se quejaba de la cabeza, no lo acompañó. Al mismo tiempo el rey, dando puñetazos en el brazo del sillón en que estaba sentado, decía:

—Quiero que se registre todo París y que se le encierre en la Bastilla. Mañana mismo debe empezarse su proceso. Señor de Montmorency, os felicito por las gentes que me traéis.

—El señor mariscal ha tenido siempre el defecto de no escoger sus amistades —dijo Catalina con voz melosa—. El mariscal viene raras veces al Louvre y elige a sus amigos en la calle.

Enrique de Damville sonreía con gran satisfacción, mientras Francisco dejaba pasar la tormenta.

—El señor de Montmorency tiene tratos con los enemigos del rey —dijo rencorosamente el duque de Guisa.

—Tened cuidado, duque —contestó Francisco—. A vos puedo contestaros, pues no sois el rey ni la reina.

Y en voz baja, tocándole el pecho con el dedo y mirándole a los ojos, añadió:

—Por lo menos no sois todavía rey a pesar de vuestros deseos.

Guisa, asustado, retrocedió.

—Señor —continuó Catalina—, el caballero de Pardaillán me insultó en una circunstancia que ya referiré a Vuestra Majestad. Además se atrevió a levantar la mano a vuestro hermano, ¿no es

verdad, Enrique?

—Sí, ciertamente —contestó el duque de Anjou con displicencia, alisando su barba rala con un peine y volviéndose hacia Quelus, le preguntó:

—¿Cómo está tu pobre cabeza, amigo?

—Monseñor, mal, muy mal. Aquel bandido me ha arrancado un puñado de cabellos.

—Tranquilízate, te daré un ungüento que es milagroso. Mi madre lo hizo ayer expresamente para mí.

Entre tanto, Catalina de Médicis decía al rey:

—Señor, ese hombre es un enemigo peligroso para mí; el duque de Anjou…

—Esto basta —dijo Carlos IX—. Quiero que lo prendan y que instruyan su proceso. Quiero hacer un escarmiento. Y sonriendo añadió:

—Así se verá que amo a mi familia tanto como ella a mí.

Satisfecho con esta pulla que lanzaba a su madre y a su hermano, el rey se puso muy alegre y manifestó deseos de quedarse solo. Los cortesanos se retiraron también, pero Francisco de Montmorency se quedó firme en su puesto y viéndolo Enrique, hizo lo propio.

—Me figuro haber dicho que la audiencia estaba terminada —exclamó.

—Señor —dijo Francisco con firmeza—. Vuestra Majestad me ha prometido hacer justicia y espero…

—Es verdad —dijo Carlos IX—. Hablad.

—Ya que no está aquí el señor Pardaillán —dijo Francisco— diré lo que él vio y oyó. Una silla de posta salió la noche pasada a las once del palacio de Mesmes llevando secretamente a dos mujeres. Inútilmente lo negaría el señor de Damville.

—No lo niego —dijo fríamente Enrique.

Francisco cerró los puños, y una oleada de sangre subió a su rostro.

—Ya Que se me obliga a ello —continuó Damville— haré aquí una confidencia que no hubiera hecho ante nadie. Y mirando con inquietud hacia la puerta dijo misteriosamente.

—Señor, una joven duquesa y su dama de compañía vinieron a

pedir hospitalidad a mi casa y me rogaron que las hiciera acompañar a su palacio. ¿Quiere Vuestra Majestad que le diga el nombre de esta alta señora?

—No, a fe mía —exclamó Carlos IX riendo.

Francisco, lleno de desesperación, comprendió que no podría convencer al rey. Además él era mal visto en la corte y en cambio su hermano gozaba de gran favor. No teniendo a su lado a Pardaillán, que hubiera podido proporcionarle pruebas irrecusables, había perdido al mismo tiempo toda esperanza de éxito.

—Vamos, ya veis que estáis equivocado —dijo el rey—. Idos, señores. Pero quiero deciros que vemos con gran pesar a la casa más noble de Francia dividida por querellas intestinas. ¡Espero y quiero Que todo esto tenga pronto fin! ¿Me entendéis señores?

Los dos hermanos se inclinaron y salieron. Enrique radiante y Francisco con la rabia en el corazón. Una vez en la estancia vecina, el mariscal de Montmorency apoyó pesadamente su mano en el hombro de Enrique.

—Veo —dijo con voz ronca— que vuestras armas son siempre las mismas; mentira y calumnia.

—Tengo otras a vuestro servicio —contestó Enrique. Francisco dirigió a su hermano una mirada colérica y su mano se crispo en el mango de la daga Pero se contuvo, pensando que si hería a su hermano enseguida; le sería imposible saber lo que había sido de las que buscaba.

—Escucha —le dijo—. Quiero darte tiempo para reflexionar; pero cuando me presente en el palacio de Mesmes, todo habrá concluido. Si en aquel momento no me entregas las dos infelices que has raptado, ¡ay de ti, porque en tu casa, en el Louvre, en la calle, o donde te encuentre, te mataré! ¡Espérame!

—Te espero —contestó Enrique.

XXXIV - El primer amante

EL CONVENTO DE FRAILES CARMELITAS de la montaña de Santa Genoveva comprendía diferentes edificios: un convento, una capilla y grandes jardines. Estaba miserablemente organizado y como todos los conventos, tenía frailes mendicantes que iban por las calles pidiendo limosna para su convento, mezclando su voz con la de los vendedores ambulantes.

Un convento era tanto más rico cuantos más frailes mendicantes tenía, y los carmelitas disponían de una docena.

En aquel convento había iluminadores de libros piadosos que se vendían muy caros a las grandes damas; Sabios que se ocupaban en descifrar antiguos pergaminos: predicadores que iban por las iglesias a amenazar con las llamas eternas a los malos cristianos que, apenados, miraban perecer en la hoguera a los condenados hugonotes: tenía además un abad y, en fin, todo lo que poseían los demás conventos.

Pero lo que no tenían éstos y en cambio tenían los carmelitas eran dos seres excepcionales para un convento. El primero era un niño y el segundo un fraile encargado de impetrar oraciones por los muertos. El niño tenía cuatro o Cinco años. Era pálido y pequeño. No le gustaba jugar en los jardines y tampoco la compañía de los frailes. Lo llamaban tan pronto Jacobo como Clemente. Era miedoso, un poco sombrío y muy arisco.

Un solo fraile era el que merecía las simpatías del niño. Era el que una vez dado el toque de queda en Nuestra Señora y cuando las otras iglesias hablan repetido al pueblo de París que era llegada la hora de apagar el fuego y la luz, él tenía por misión pasearse por las calles negras y silenciosas. Toda la noche iba errante, completamente solo, como alma en pena. En una mano llevaba un farol para alumbrarse y en la otra una campanilla que agitaba de vez en cuando y entonces con voz lúgubre exclamaba:

—¡Hermanos, rogad a Dios por el alma de los difuntos!

Aun cuando este encargo era de los más humildes, el hermano

que lo ejercía era muy considerado y hasta temido en el convento. El abad lo llamaba a menudo para conferenciar con él, y además de estas consultas oficiales, tenía con el muchas entrevistas particulares. Era opinión entre los monjes de que aquel hermano había llegado al convento provisto de grandes poderes otorgados por el Papa. Por otra parte era un predicador de gran elocuencia y su extraño atrevimiento confirmaba los rumores que corrían sobre los poderes ocultos de que estaba investido.

Había solicitado y obtenido enseguida el cargo de ir de noche por las calles, para recomendar a las gentes que rogaran por los difuntos. Lo llamaban el reverendo Panigarola, a pesar de que no tenía aún los titulas necesarios para merecer tal tratamiento. Es de creer que le gustaba aquel lúgubre y modesto cargo, porque al cerrar la noche, Panigarola, si no tenía ningún sermón que pronunciar, se cubría con una capa negra y tomando la campanilla y la linterna, íbase por las calles para no volver hasta la mañana extenuado de fatiga por su triste paseo.

Entonces se encerraba en su celda. ¿Para dormir acaso? Tal vez, porque, en fin, por ascético que fuera, el reverendo Panigarola estaba sometido al sueño, como el resto de los hombres, animales y hasta las plantas. Pero algunos jóvenes frailes pretendían que Panigarola no dormía nunca y que muchas veces al acercarse a su celda, en horas en que debería haber dormido, oían sollozos y fervientes súplicas.

Panigarola no hablaba a nadie en el convento, exceptuando al abad o al prior. No porque fuera orgulloso, pues, por el contrario, exageraba su humildad, pero sin duda tenía sobradas cosas en que pensar para gustarle la conversación. Parecía aún muy joven, pero los pesares o preocupaciones habían impreso en su semblante precoces arrugas. No obstante, tal como era Panigarola gustaba al niño Jacobo Clemente. Era el único que podía acercarse a él, y el niño, a no ser por Panigarola, habría vivido abandonado.

Después de comer se les veía ir siempre juntos por el jardín y la mayor parte del tiempo se paseaban silenciosos. El fraile trataba de provocar las preguntas de Jacobo, excitando su curiosidad, y le enseñaba a leer en un libro lleno de imágenes. Por otra parte, el niño era en extremo precoz, y si su cuerpo no se desarrollaba en el

convento, su inteligencia, en cambio, aumentaba de un modo asombroso.

El fraile llamaba al niño: «hijo mío», y el niño le daba al fraile el tratamiento de «amigo». Había entre ellos una intimidad monótona, al parecer sin ternura. Aquel día el monje y el niño, hacia las dos de la tarde, estaban sentados en un banco, mientras la comunidad cantaba un oficio en la capilla. Panigarola, por favor especial, asistía a los oficios cuando le parecía bien.

El fraile tenía sobre las rodillas un misal escrito en grandes caracteres y en idioma latino, pero el libro tenía también algunas oraciones en la lengua que entonces se llamaba vulgar y que era el francés. El niño Jacobo Clemente estaba de pie, a su lado y no se apoyaba en su maestro, como hubiera podido hacerlo otro niño, sino que parecía guardar actitud desconfiada, medrosa. En una palabra, consentía en hablar con Panigarola, pero no lo admitía en su intimidad.

A la sazón, el fraile parecía haber olvidado a su discípulo. Miraba ante él con ojos vagos y las facciones contraídas; y el pequeño se callaba, no porque se asustara de aquel silencio al cual estaba acostumbrado, sino esperando con paciencia que se continuara la lección. Por fin un profundo suspiro hinchó el pecho del fraile y sus labios se movieron como si fueran a balbucear algunas palabras. De pronto su mirada cayó sobre el niño, y pasándose la mano por la frente, dijo:

—Vamos, hijo mío, vamos y señaló una línea con el dedo.

El niño, deletreando, leyó:

—«Padre nuestro… que estás en los cielos…». ¿Quién es este padre, amigo mío?

—Es Dios, hijo mío. Dios es el padre de todos los hombres. Dios, hijo mío, es nuestro padre en los cielos, como nuestro padre visible lo es sobre la tierra.

—De modo —dijo el niño pensativo— que tenemos dos padres. Uno está en el cielo y es el padre de todos; y además todos los niños tienen un padre en la tierra.

—Sí, hijo mío, así es —dijo el fraile asombrado de que tal pregunta hubiera podido germinar en la inteligencia de aquel niño. Y un sentimiento de orgullo brilló en sus ojos al decir—:

Continuemos, niño.

—«Padre nuestro que estás en los cielos».

Pero el niño estaba obsesionado por un pensamiento.

—¿Tú tienes padre, amigo mío?

—Sin duda, hijo mío.

—¿Y el hermano guardián? ¿Y los dos chantres que son tan feos? ¿Y el hermano jardinero? ¿Todos tienen padre?

—Claro —dijo el fraile mirando atentamente al pequeño.

—¿Y los niños que, a veces, pasan por la calle también tienen padre?

—Sí, hijo mío —contestó el fraile con voz ahogada.

—Entonces —dijo el pequeño—, ¿por qué yo no tengo padre?

El fraile palideció y con voz sorda preguntó:

—¿Quién te ha dicho que no tienes padre?

—Así lo veo —dijo el pequeño—. Si tuviera padre, estaría conmigo. Yo veo a los demás niños cuando vienen a la capilla el domingo, que todos van acompañados por su padre o por su madre. Y yo no tengo ni uno ni otra.

Panigarola se quedó sombrío, perplejo, sin atreverse a contestar. El niño continuó:

—¿No es verdad, amigo, que no tengo padre ni madre y que estoy solo, completamente solo?

—¿Y yo? —dijo el fraile con voz que hubiera asustado a otro niño—. ¿Quién soy yo?

Jacobo Clemente miró a su amigo con atención y asombro.

—¿Tú? —dijo—. Tú no eres mi padre.

El fraile sintió terrible impresión al oír las palabras del niño, y por un momento luchó contra el deseo furioso de coger en sus brazos al hijo de Alicia.

—¡Ah, miserable corazón! —se dijo—. Tomo como pretexto la paternidad. Confiesa que sobre las mejillas de tu hijo buscarías algo de la mujer adorada.

Y se reconcentró en feroz silencio; recogido sobre sí mismo y apoyada su cabeza en su mano crispada, recordó, con horror y delicia, la radiante visión de la mujer que era su ídolo. Viendo su inmovilidad Y comprendiendo que no continuaría la lección, el niño preguntó:

—¿Puedo jugar?

—Sí, juega, hijo.

Jacobo Clemente se retiró a pocos pasos de distancia, se sentó en el suelo, apoyó su barba en las dos manos y con su clara mirada se fijó sobre cosas vagas que entreveía. Éste era su juego y nadie hubiera sabido decir cuál de los dramas era más digno de lástima: el que furiosamente se desarrollaba en el corazón del padre, o el confuso y doloroso que tenía lugar en el alma del niño. Lo que el niño trataba de evocar era una imagen de mujer que hubiera sido su madre; y lo que el monje evocaba plenamente era aquella madre que realmente existía.

De pronto, levantándose del banco en que estaba sentado, y olvidándose del niño, el monje, sombrío y meditabundo, se dirigió hacia una escalera que conducía a su celda. Las paredes estaban blanqueadas con cal y por todo mobiliario había una estrecha y dura cama, una mesa y dos escabeles. Sobre la mesa, arrimada a la pared, y enfrente de la cama, había algunos libros. En uno de los muros Veíase el crucifijo. Panigarola se sentó apoyándose de codos en la mesa. A la sazón pensaba:

«*¡Ah! ¡Cuánto sufrí al verla llorando a mis pies, en el confesionario! ¿Cómo he podido resistir a la tentación de romper la celosía que nos separaba y estrecharla en mis brazos? ¡Oh, la tentación de verla de nuevo me persigue y acabará por dominarme! ¡Pobre de mí, que en la religión no he encontrado el consuelo que mi alma deseaba! No hay remedio, siento necesidad absoluta de verla otra vez, pues desde la escena del confesonario, mi pasión ha tomado nuevos bríos, Es una mujer infame, pero, no obstante, me veo arrastrado a ella. ¿Qué me importa que haya tenido amantes y que se haya prostituido al servicio de Catalina?*».

Así se desesperaba el desgraciado y así transcurrió aquel triste día. Cuando se dirigió al refectorio, con los ojos bajos y los brazos cruzados, los monjes observaron su palidez cadavérica. Llegó la noche y entonces Panigarola se echó sobre los hombros una capa negra y se dirigió a la puerta del convento. El hermano portero, grueso fraile de rubicunda faz, encendió una linterna y se la entregó, así como la campanilla.

—¿No tenéis miedo —dijo riendo— de pasearos así de noche y

de hallar un truhan o algún demonio?

Panigarola meneó negativamente la cabeza, y tomando silenciosamente la linterna y la campanilla se echó a la calle, gritando:

—¡Hermanos, rogad a Dios por el alma de los difuntos!

Habitualmente iba al azar sin camino fijo, pero aquella noche atravesó el Sena y penetró en las callejuelas que rodeaban el palacio real.

Pronto llegó a la calle de la Hache.

Se detuvo casi enfrente de la casa de la puerta verde y se ocultó bajo un soportal, confundiéndose con la obscuridad reinante, y allí esperó.

No era la primera vez que iba a refugiarse en aquel sombrío lugar, pues muchas noches, después de haber andado errante por París, acababa por llegar allí como ave nocturna que después de haber trazado grandes círculos, acaba por posarse en la punta de la roca que la atrae, para lanzar allí su grito fúnebre.

Ordinariamente se esforzaba por evitar los caminos que podían llevarlo a la calle de la Hache y la mayor parte de las veces conseguía vencerse, pero ¡cuántas, también, después de haberse resistido largo rato, abandonaba su itinerario y se encaminaba allí por el camino más corto!, y cuando llegaba anegado en sudor se preguntaba, desesperado, qué había ido a hacer allí. Por fin, comprendiendo que era inútil su loco empeño, marchábase agitando la campanilla y gritando:

—¡Rogad por los difuntos!

Aquella noche, como se ha visto, el monje encaminose directamente a la calle de la Hache, aliviado moralmente por haber tomado una resolución. Apagó entonces la linterna y la dejo en un rincón junto con la campanilla para tener libertad de movimientos, Panigarola había ido allí con la determinación de entrar enseguida en la casa; pero al llegar ante ella, comprendió cuán difícil le era hacer una cosa tan sencilla como es levantar el aldabón para hacerse abrir la puerta. Por fin se decidió. Más al decirse a sí mismo «vamos», se ocultó de nuevo bajo el soportal, al observar que se abría la puerta y sé oían algunos murmullos.

Entonces el monje oyó el ruido de un beso que resonó en su alma con el estampido del trueno. Quiso lanzarse contra la puerta, pero el hombre entonces se marchó rápidamente y aquélla se cerró.

Era el conde de Marillac que se alejaba, y Panigarola lo Siguió un instante con la mirada, lleno de envidia y furor. Inmóvil, en el mismo sitio, el monje luchó largo rato contra el dolor de los celos, como si los hubiera sentido por vez primera. Más, por fin, al cabo de una hora de espera, se dirigió nuevamente hacia la puerta.

En el momento en que iba a llamar, se abrió de nuevo y el fraile tuvo el tiempo preciso para adosarse a la pared. Salió otro hombre que también se alejó rápidamente. Aquella vez era el mariscal de Damville.

El monje no lo reconoció y no prestó tampoco gran atención al hecho de que hubieran Sido dos los hombres que se hallaban dentro de la casa, dio un empujón violento a la puerta que se cerraba y entró en el jardín. La vieja Laura, que había acompañado a Enrique, no era mujer que se asustara por poca cosa pues siempre estaba prevenida para todo lo que pudiera suceder a la honrada dueña, una mujer tal como Alicia de Lux. A la primera mirada reconoció a Panigarola y sonrió, pero, queriendo cubrir las apariencias, fingió oponer alguna resistencia a que entrara.

—¡Silencio! —dijo el monje cogiéndole el brazo.

Y seguro de que la vieja no le Impediría el paso, penetró en la casa de la que acababan de salir, uno después de otro, el conde de Marillac y Enrique de Montmorency. Después de la partida del mariscal, la espía, llena de vergüenza, había caído de rodillas preguntándose:

—¿Quién me sacará de este abismo de ignominia?

Panigarola oyó estas palabras llenas de desesperación y presentándose en el umbral contestó:

—Yo.

Alicia se levantó de un salto, estupefacta y asustada de tan inesperada aparición: pero se calmó enseguida al reconocer a su primer amante, al marqués de Panigarola. Creyó de pronto que el monje, después de la escena de la confesión, se había arrepentido y, apiadándose de ella, había arrancado de Catalina de Médicis la carta acusadora para entregársela. Dominó su emoción, forzó su

rostro para sonreír y con dulzura exclamó:

—¡Vos, Clemente! ¿Vos aquí? ¿Habéis oído lo que decía, no es cierto? Ya habréis visto la desesperación que me tortura. Espero que la severidad que mostrasteis en la iglesia se habrá convertido en piedad. ¿No es así? Vuestra contestación a mi desesperada pregunta me lo prueba. ¡Ah, Clemente! Si existe un hombre que pueda salvarme, sois vos únicamente.

Mientras hablaba así, con humilde dulzura, Panigarola había entrado y cerrando tras sí la puerta escuchaba inmóvil y frío en apariencia, pero en realidad devorado por el fuego de la pasión.

—¿Quién es ese hombre que acaba de salir? —preguntó.

Imperceptible sonrisa de triunfo animó el semblante de Alicia al comprender que el fraile estaba celoso, y viéndolo así a su merced:

—Ese hombre —contestó acercándose al monje— me ha infligido una de las humillaciones más terribles de mi vida.

—¿Cómo se llama?

—El mariscal de Damville.

—¿Es alguno de vuestros amantes? —dijo con sorda rabia.

—¡Clemente, sed generoso! —contestó la joven.

El monje la contemplaba extasiado, pareciéndose más hermosa que nunca.

—Clemente —continuó ella atreviéndose a cogerle la mano, cosa que hizo estremecer al monje—. Clemente, habéis vuelto, tal vez, para apiadaros de mi desgracia. ¿Queréis saber lo que ha venido a pedirme el mariscal de Damville?

El monje miraba con ojos extraviados, y como si no hubiera oído lo que Alicia acababa de decir, murmuró:

—He venido a proponeros un trato.

—¿Un trato? —exclamó la joven con cierta desconfianza.

—¿Un trato he dicho? Perdonadme, estoy turbado, tengo muchas cosas en la cabeza que no quisiera decir. ¡Soy muy desgraciado, Alicia!

Pero reponiéndose enseguida, al ver que iba a hacerse traición, añadió:

—Hoy mismo he visto a nuestro hijo, Alicia.

La joven palideció y exclamó fuera de sí:

—¡Mi hijo! ¿Dónde está?, ¡oh, decídmelo! Dejadme abrazar a mi

hijito.

—Ya os dije que se educa en un convento.

—Los conventos de París son innumerables e impenetrables como ciudadelas —contestó la joven amargamente—. Si no me dais más que esta indicación, vale tanto como decirme que habéis venido a atormentarme. ¡Ah, caballero! ¡El otro día no tuvisteis piedad de la amante y hoy sois igualmente cruel para la madre!

—¿Acaso amará realmente a su hijo? —exclamó el fraile estremeciéndose de alegría.

Y, lentamente, en voz alta, añadió:

—Hoy lo he visto, Alicia, ¿y sabes lo que me decía? Me preguntaba por qué todos los niños tienen padre y él no.

—¿Y habéis podido escuchar tal pregunta sin que estallara vuestro corazón? —dijo Alicia enfurecida—. ¿Habéis podido resistir al deseo de decirle que erais su padre? ¡Ah, marqués de Panigarola! Me figuraba que no teníais de fraile más que el hábito, pero veo que también tenéis el alma negra.

—No sólo me preguntaba esto —continuó el fraile con indiferencia—, sino también por qué no tiene madre. Os aseguro que al decir esto el pobre niño era digno de lástima. Esto me ha hecho reflexionar, pues si bien había proyectado contra vos terribles venganzas, me he dicho que no tenía derecho a herir a nuestro hijo. Por fraile que me haya vuelto, queda todavía en mí algo del marqués que conocisteis y ya sabéis que era naturalmente inclinado al perdón y tal vez se ha conmovido, pues viene a deciros: ¿Alicia, queréis ver a vuestro hijo?

—¡Oh! ¡Si hicierais esto, diría que sois un santo y os veneraría como a tal!

—¡Un santo! —murmuró el monje con amargura—. En efecto, es todo lo que puedo esperar ahora.

—¿Qué queréis decir, Clemente? Os conjuro a que me habléis con claridad. Estoy cansada de adivinar el pensamiento de los que me hablan. ¡Ah! ¡Qué felicidad la mía si las gentes dijeran lo que piensan!

—¿De modo —dijo el monje— que queréis conocer mi pensamiento?

—Sí —exclamó Alicia temerosa, pero resuelta.

—¿Y tenéis real y sinceramente deseos de ver a vuestro hijo?

—Moriría a gusto para que fuera feliz y mis faltas no recayeran sobre él.

Alicia fue sincera al decir estas palabras.

—He aquí, pues, mi pensamiento —dijo Panigarola—. Os confesasteis a mí y ahora yo voy a hacerlo con vos y os juro que jamás director de conciencia alguno habrá oído verdad más completa. En lo que voy a deciros, ciertas cosas os sorprenderán tal vez, pero escuchadme con paciencia hasta el fin y luego juzgaréis. Creo no deciros nada nuevo al manifestaros que os amo todavía. ¿Lo sabéis, no es cierto?

—Lo sé —dijo Alicia con firmeza.

—Bueno, esto nos evitará explicaciones inútiles y dolorosas, La escena de Saint-Germain-L'Auxerrois necesita una explicación. En poco estuvo, Alicia, Que aquella noche no os matara, pues varias veces tuve que resistir al deseo furioso de hundir mis dedos en vuestro cuello. Y tened la certeza de que, de haberos matado, hubiera sido a impulsos de mi amor. He aquí, la explicación de mi conducta, que seguramente debió pareceros extraña.

Alicia escuchaba atentamente.

—Debo advertiros, Alicia —continuó el monje—. Que todo lo que un hombre puede hacer para olvidar su amor, lo he hecho. Se ve que os amaba mucho, pues no he conseguido olvidaros. Os he odiado, es verdad, con odio tan extraordinario que no podéis imginároslo. Así, Alicia, el odio disfrazó la realidad de mi amor, y yo, pobre tonto, pude creer que había muerto. Cuando reapareció más violento que nunca, blasfemé en mi interior. He de añadir, Alicia, que he luchado terriblemente contra este amor, más fuerte que el desprecio y el odio, pero he sido vencido y heme aquí —dijo Panigarola avanzando un paso.

La joven comprendió Que había llegado el momento en que iba a revelarse el verdadero pensamiento de su antiguo amante.

—Al entrar —dijo el monje— he visto cuán desgraciada sois. La situación es, pues, terrible, porque hay tres seres que sufren mucho: Yo, vos y el niño. La madre estremeciose al oír nombrar a su hijo.

—Yo —continuó el monje—, que he comprendido la imposibilidad de vivir sin vos, el niño que languidece por falta de

las caricias de su madre y vos que, según vuestra propia expresión, rodáis por abismos de ignominia. He venido, pues, a deciros lo siguiente: ¿Queréis que vuestro hijo viva? ¿Queréis que yo salga del infierno en que vos me habéis encerrado? Decid. ¿Lo queréis?

—¿De qué modo?

—Partiendo con el niño y conmigo. Soy rico. En Italia soy hombre considerado tanto por mi fortuna como por mi familia. Italia es el país del amor y del ensueño, pero si Italia no os gusta, iremos a otro país.

El silencio de Alicia daba ánimos al monje, el cual lleno de esperanza le cogió la mano.

—Escucha —dijo dando rienda suelta a su Pasión—: iremos adonde quieras. Podemos ser felices todavía. Soy capaz de hacer un esfuerzo tal, Que borraré de mi espíritu el pasado, el desprecio de mi alma y llegaré a considerarte como la virgen que fuiste en otro tiempo.

Alicia continuaba silenciosa, mientras el amante, ebrio de esperanza, creyendo que iba a ceder, continuó con voz ardiente:

—Me habéis hecho traición, pero lo olvidaré, y también olvidaré que has entregado tu cuerpo a varios amantes. Te daré mi amor, mi fortuna y mi vida, y en mí tendrás un esposo amante y fiel. ¿Aceptas, no es cierto? Acepta por mí, por nuestro hijo y por ti misma. ¿Quieres?

—No —contestó Alicia.

—¿No? —repitió el monje lleno de desesperación.

—Escuchad, Clemente —dijo con gravedad—. Me torturáis haciéndome estas proposiciones, producto de un sueño irrealizable.

—¿Por qué? ¿Dudas de mi amor? ¿Quieres que los celos retrospectivos hagan tu desgracia y la mía? Escucha: ¿Quieres que te jure que si algún día un espectro del pasado se levanta en mi corazón, me mataré antes que dirigirte un reproche?

—No dudo de tu amor, Clemente, ni tampoco del poder que tienes sobre ti mismo. Te creo capaz de olvidar, pero en cambio yo no olvidaré nunca.

—¿Qué quieres decir?

—¡Qué amo a otro! Que amo hasta el punto de ser criminal. Amo verdaderamente y el día en que me despida de mi amado, me

despediré también de la vida. Clemente, para hacerte olvidar mi crimen, pídeme la sangre; estoy pronta a verter hasta la última gota. Para asegurar la felicidad de mi hijo abandonado, consentiría en ser víctima del tormento. ¡Paro olvidar a Diosdado! No es mi amante, ¿entiendes? No es ni será jamás mi esposo, pero yo soy su prometida y para decirle que lo amo sería capaz de bajar al infierno.

»Siendo amante infiel te rechazo, y madre infame, me niego a partir con mi hijo. Todo lo que Quieras, Clemente, pero olvidar mi amor, ¡jamás! Y aun cuando él debiera abofetearme con su desprecio y hacerme víctima de su odio, moriría satisfecha por su mano y en cambio acabaría mi vida en la desesperación si moría lejos de él.

Alicia estaba como loca al decir estas palabras. Atontado por el dolor, Panigarola comprendió que había concluido y maquinalmente levantó los brazos al cielo como para implorar. Pero sus brazos cayeron enseguida lentamente, y silencioso salió de la casa, se desvaneció en la noche como un espectro y a los pocos instantes Alicia oyó la campanilla y su voz lejana que gritaba:

—¡Rogad por los difuntos!

Y la pobre mujer cayó al suelo desvanecida.

XXXV - El desafío de Pardaillán padre

DESPUÉS DE LA INTERESANTE conversación tenida con su hijo en la taberna «El Martillo que Golpea», el señor de Pardaillán padre se marchó alegre y perplejo. Alegre por haber hallado a su hijo, y perplejo porque él se hallaba al servicio de Damville y Pardaillán hijo al de Montmorency.

«*¿En qué diablos se mete?*» —se decía el aventurero—. «*Y lo peor es que ahora ama a Luisa. ¡Cómo si en París faltaran muchachas amables! De no ser así, todo iría a las mil maravillas. ¿Por qué no siguió mi consejo? Todo esto me recuerda el día en que robe a la pequeña, la puse en la cama de Juan. La pobrecita se durmió abrazada a él. ¿Pero por qué diablo no amará a otra? Y luego… ¿de dónde ha sacado ideas tan raras? ¿No me dijo que si me hubiera herido en la contienda se hubiera echado al agua? Como si unas gotas de mi sangre valieran la vida de un Joven como él. ¿De dónde diablo sacará tales ideas? ¿Qué aguilucho habré empollado?*».

Y Pardaillán, al decir estas palabras, se encogía hombros.

«*A pesar de todo*» —continuó diciéndose— «*no dejare a Damville y haré la felicidad del caballero a pesar suyo si es necesario. Haré que tenga ideas más razonables. Es un hombre completo. ¡Pardiez! Y, sin los extraños sentimientos que lo llevan a inmiscuirse en lo que no le importa… Bueno, ya veremos*».

Ya era de día cuando el aventurero llegó al palacio de Mesmes.

—Monseñor os espera con impaciencia —le dijo el lacayo que abrió la puerta.

—Que vayan al diablo las gentes que no comprenden que éstas no son horas de hablar —murmuró Pardaillán dirigiéndose, no obstante, hacia la habitación del mariscal de Damville.

Enrique, después de su expedición nocturna, pasó el resto de la noche en pasear y meditar. La desaparición del viejo Pardaillán no le inquietaba mucho, porque sabía que era capaz de salir con bien de los peores pasos. Lo que le inquietaba sobre todo era que el agresor que disparara el pistoletazo pudiera haber seguido a la silla

de posta.

—Monseñor —dijo el aventurero al entrar—, os confieso que me caigo de sueño.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó el mariscal con viveza—. ¿Os atacaron?

—Sí, pero, mejor dicho, a vos era a quien atacaban. Ha sido una feliz circunstancia que yo estuviera allí.

—¿Pero quién era? ¿Iba contra mí o contra la silla de posta?

—Creo que contra los dos.

—¿Conseguisteis detener al que nos atacaba? ¡Hablad por todos los diablos!

—Oh, monseñor, ya se ve que habéis dormido. Tenéis muchas ganas de hablar y yo, en cambio, he corrido toda la noche. Pero, en fin, he aquí lo sucedido. Apenas estuvimos a doscientos pasos del palacio, cuando sonó el pistoletazo. La silla de posta echó a correr y yo me precipité en su seguimiento.

Entonces vi a un hombrón que corría precipitadamente, deseando alcanzaros, pero yo me interpuse entre él y el coche.

«*¡Paso!*» —me gritó.

«*Bueno, amigo*» —le contesté—. «*Si vais de prisa procurad pasar; yo no me muevo*».

—Entonces se echó sobre mí. ¡Vaya unos golpes que daba! Viendo que mi enemigo era hombre decidido y parecía de primera fuerza, le dirigí algunas de mis mejores estocadas, pero sin conseguir herirlo. De pronto dio un salto al lado y se me escapó y no por miedo, sino deseando alcanzar la Silla de posta…

—¿Lo consiguió? —preguntó el mariscal con inquietud.

—Esperad, monseñor. Corría, y yo tras él. ¡Vaya una carrera que dimos! Afortunadamente conservo los bríos de los veinte años, porque no tardé en alcanzarlo, si bien no conseguí ponerle la mano encima.

—¿Se os escapó?

—Esperad. He aquí que mi pillastre atraviesa el río. El mariscal respiró, y Pardaillán observó que ya se había tranquilizado.

«*Bueno*» —pensó el aventurero—. «*El coche no franqueó el río; por lo menos ya sé esto*».

—Entonces —continuó en alta voz— empezó una larga

persecución que no ha terminado hasta hace poco. Hemos corrido París en todos los sentidos y por fin he conseguido acorralar a mi hombre cerca de la puerta Bordet. Viendo que estaba cogido, me presentó cara y entonces le propiné la estocada de las grandes ocasiones; ya la recordaréis, señor, la que os enseñé antaño, y lo atravesé de parte a parte. Es lástima, porque era valiente.

—¿Ha muerto?

—Tanto, que Quise preguntarle quién era y por qué razón se habla interpuesto en vuestro camino y no me contestó más que con un suspiro, el último.

—¿Qué clase de hombre era, joven o viejo?

—Representaba unos cuarenta años, tenía la barba espesa e iba vestido de negro, como si de antemano llevara luto por sí mismo.

—Pardaillán —dijo el mariscal—, habéis llevado a cabo un servicio muy importante, y como nada tiene que ver con la campaña para la cual os he contratado, voy a dar orden a mi intendente para que os entregue…

—Maese Gil —dijo aturdidamente el aventurero al recordar el relato de su hijo.

—Sí, ¿cómo sabéis su nombre?

—Me lo dijo él mismo. Además, en este palacio todo el mundo lo nombra. Decíais, pues, señor, una cosa muy interesante, que ibais hacerme entregar…

—Doscientos escudos de seis libras. Id a descansar, mi querido Pardaillán. Idos.

—Una palabra: ¿Monseñor pudo conducir su tesoro a buen puerto?

—Sí, gracias a vos, querido, y también al valiente Orthés.

—¡Ah! ¿El señor d'Aspremont?

—El mismo. Es el que guiaba. Es, como vos, buen compañero. Tratad de ser su amigo.

—Así lo haré, monseñor —contestó Pardaillán, el cual después de haber saludado se retiró.

El aventurero entró en la habitación en que había amordazado a Didier y se echó vestido en la cama. Tenía ya la costumbre de dormir la mayor parte de las noches con las botas puestas y sin desceñirse el cinturón y no por eso dormía peor. No obstante antes

de cerrar los ojos, preguntó a Didier, que estaba destinado a su servicio:

—¿Hay aquí un individuo llamado Gilito?

—Sí, señor oficial, es el primer palafrenero.

—¿No hay también una tal Juanita?

—Sí, señor, es una criada de las cocinas.

—Bueno, pues ve a buscar a ambos, porque quiero verlos.

Aunque muy asombrado, el lacayo se apresuró a obedecer, porque todos los criados del palacio sabían que Pardaillán gozaba del favor del mariscal. Diez minutos más tarde entró una joven muy bonita, de aire cándido y malicioso a la vez, que hizo una reverencia.

—¿Tú eres Juanita? —dijo Pardaillán incorporándose a medías.

—Sí, señor oficial.

—Pues bien, tengo gran placer en haberte visto. Toma esos dos escudos que hay encima de la chimenea y vete. Eres una buena muchacha.

La joven se quedó asombrada, pero no rehusó el regalo que se le hacía de un modo tan extraño y salió después de haber dirigido una sonrisa y hecho una reverencia a Pardaillán. Cinco minutos después se presentaba un muchachote de aire bobalicón sonriendo torpemente.

—¿Tú eres Gilito? —preguntó Pardaillán frunciendo el entrecejo.

—Sí, señor oficial —dijo el palafrenero asombrado.

—Pues bien, Gilito, amigo mío. Te he llamado para decirte que me eres sumamente antipático.

Gilito abrió desmesuradamente los ojos.

—¿Te asombra lo que te digo? —continuó el aventurero—. Eres muy impertinente, muchacho.

—Perdonadme, señor —dijo Gilito poniéndose encarnado—. Ya no lo haré más.

—Bueno, por esta vez te perdono. Vete y no olvides que me muero de ganas de cortarte las orejas.

Gilito huyó con rapidez y más que regularmente asustado, como puede comprenderse. Y casi enseguida Pardaillán se durmió apaciblemente. Al despertar, después de algunas horas de sueño,

supo por boca de Didier que el mariscal de Damville acababa de salir en dirección al Louvre, pues el rey le había hecho el honor de mandarlo a buscar.

«*¡Hum!*» —pensó Pardaillán—. «*He aquí un honor que, según me parece, no da mucho gusto al digno mariscal. ¿De qué se tratará? ¡Bah! Ya lo sabré*».

Al saltar de su cama, la primera cosa que vio fueron los doscientos escudos que maese Gil había hecho poner sobre la chimenea, mientras Pardaillán dormía.

«*He aquí una casa en la que llueven escudos*» —se dijo—. «*Esto presagia una ruda campaña. Tomémoslos sin cumplidos, pues tal vez luego lloverán otras cosas más desagradables*».

Dicho esto, arregló el desorden de su tocado, refrescándose antes con agua clara, y luego embolsó religiosamente sus escudos en un cinturón que llevaba debajo del traje. Pardaillán, como el sabio de la antigüedad, llevaba siempre consigo su fortuna, con la diferencia de que las riquezas de Blas consistían en filosofías de todo género, mientras que Pardaillán no concedía el título de fortuna más que a la sonora filosofía que se llama dinero y que, después de todo, vale tanto como otra cualquiera.

«*Esperaré el regreso del mariscal*» —pensó Pardaillán cuando estuvo dispuesto—. «*Pero será mejor que me aproveche de su ausencia. Me iré a ver a mi hijo. Y Pardaillán se dirigió hacia la taberna "El Martillo que Golpea"*».

Por el camino se dio un golpe en la frente y exclamó:

—Ya me olvidaba que debo ir a «La Adivinadora» a buscar a Pipeau, el perro al que tanto quiere mi hijo. —E inmediatamente cambió de dirección, encaminándose hacia la posada, a donde llegó a la hora de la comida, es decir, en ocasión de que las mesas se cubrían con los productos más suculentos de maese Landry, cuando la sala de la hostería estaba llena de apetitosos perfumes y criados y criadas iban de la cocina al comedor, en donde había gran ruido de tenedores y vasos.

El viejo Pardaillán, aspirando glotonamente los perfumes de los manjares, a guisa de mudo homenaje para la ciencia culinaria de maese Landry, y sonriendo con cierta melancolía al recordar tiempos pasados, fue a sentarse modestamente en un rincón y

siempre con la misma modestia escogió una mesa en la que había cubiertos para cuatro personas que no habían llegado aún.

—Esta mesa está tomada, señor —le observó una camarera.

Pardaillán pareció muy asombrado por la observación, pero se instaló ante aquella mesa diciendo:

—Hija mía, traedme una botella de Saumur, porque solamente el entrar aquí ya da sed.

La criada desapareció y algunos instantes más tarde vio llegar con aire majestuoso y severo a un viejo criado que estaba en la casa como un general de los demás sirvientes. Aquel digno representante de la autoridad de maese Landry, audazmente desobedecido por el recién llegado, no era otro que Lubin, ex fraile colocado allí para misteriosos designios de los que nada comprendía, pero de los que se aprovechaba para engordar lo más posible.

—Os han dicho que esta mesa está tomada —gritó Lubín con voz que juzgó bastante severa para hacer temblar al cliente recalcitrante que en aquel momento bajaba la cabeza hacia su plato vacío.

—Buenos días, maese Lubín —dijo de pronto Pardaillán levantando la cabeza.

—¡Bondad divina! ¡Es el señor Pardaillán! —exclamó Lubín con acento que quería ser muy alegre sin conseguirlo.

—El mismo —dijo Pardaillán—. Veo, maese Lubín que recibís con ceño adusto a los amigos de vuestro amo que corren cien leguas para venir a verlo. Estáis más gordo, maese Lubín; parecéis un rollo de manteca. Yo que he ayunado durante meses enteros, pareceré a vuestro lado tan delgado, tan delgado, que no me encontraré si me busco. Por lo tanto, idos enseguida y mandadme vuestro amo.

Lubín murmuró algunas excusas y Pardaillán lo vio atravesar la sala deslizándose a través de los grupos de bebedores como un nadador a través de las olas.

Muy pronto cundió por la cocina de «La Adivinadora» la noticia de que el señor de Pardaillán estaba de vuelta y Landry, asustado y más obeso que nunca, se secó el sudor que le bañaba la frente y acudió ante Pardaillán, el cual al verlo exclamó:

—¡Cómo, señor Landry! ¿Lloráis? Tenéis los ojos enrojecidos y llenos de lágrimas. ¿Será por la alegría de verme?

—Ciertamente, siento gran alegría, pero también se debe a las

cebollas que estaba picando.

—No importa, hablemos de vuestra alegría, que me honra mucho, os lo juro.

—Es sincera, señor —dijo Landry con una mueca que demostraba que no sabía mentir.

Pardaillán se echó a reír y Landry creyó deber imitarlo.

—¿Os tendremos aquí mucho tiempo? —insinuó el dueño de la posada, una vez calmada la hilaridad del caballero.

—No, amigo mío. Sólo he venido de paso.

—¡Cuánto lo siento! —dijo Landry con una alegría que aquella vez era muy sincera. Y aprovechándose de las buenas disposiciones en que creía ver a su ex tirano, le dijo:

—¿Os han dicho acaso, señor, que esta mesa está tomada?

—Sí, pero no es razón para que me vaya. Ya es sabido que las mesas son del primero que las ocupa, pero en fin, para complaceros…

—¡Cuánta bondad, señor!

—¿Pero quién come aquí?

—El señor vizconde d'Aspremont —dijo Landry pavoneándose —. El señor vizconde ha invitado a tres notables burgueses, a los señores Crucé, Pezou y Kervier.

«*¡Caramba!*» —pensó Pardaillán, y en voz alta añadió:

—En este caso dejo el sitio libre. Haced que me sirvan aquí al lado… o, si no, comeré en este gabinetito. Prefiero la soledad.

—En seguida, señor —dijo Landry lleno de júbilo.

Y estaba escrito que aquel día el digno posadero iría de sorpresa en sorpresa, porque en el momento en que se retiraba, para preparar la comida de Pardaillán, éste lo cogió por un brazo y le dijo:

—A propósito, ¿no os debía yo algunos escudos?

—En efecto —balbució Landry con cierta desconfianza.

—Pues bien, ya me diréis a cuánto asciende la cuenta y os la pagaré.

Y al mismo tiempo Pardaillán se dio un golpe en la cintura, que despidió argentino ruido. Aquella vez el entusiasmo de Landry iba a ocasionarle verdaderas lágrimas de alegría, cuando voces que salían de la cocina atrajeron su atención.

—¡Cogedlo, cogedlo! —decían varias voces a un tiempo.

Al mismo tiempo, un perro con el pelo rojo erizado se precipitó como una bala a través de la sala y corrió hacia la puerta que Lubín cerró en el momento en que iba a franquearla. Entonces fue a refugiarse en el ángulo en que estaban Landry y Pardaillán. Allí el perro dejó sobre el suelo un cuarto de liebre, puso una pata encima y temblándose la nariz esperó al enemigo con la cabeza alta.

—Apuesto a que éste es Pipeau —dijo Pardaillán.

—El mismo señor —contestó el posadero con cierta tristeza—. Este cuarto estaba destinado al señor vizconde de Aspremont y…

—Y a los burgueses notables que convida; entendido —interrumpió Pardaillán—, pero no quiero que se toque al perro de mi hijo… Yo pago la liebre.

—Es un perro simpático en extremo —dijo Landry—, pero desgraciadamente ladrón.

—¿Y cómo está mi hijo?

—Admirablemente, señor, ¿no lo habéis visto?

—Acabo de llegar. Bueno, hacedme servir la comida en el gabinetito. Que me lo traigan todo de una vez, porque cuando tengo mucho apetito, no quiero ser molestado.

—En seguida, señor de Pardaillán —contesto el hostelero.

Algunos minutos más tarde sirvieron una comida exquisita a Pardaillán, y éste, después de haber cerrado la puerta, prohibió que se le lo molestara. Únicamente Pipeau fue admitido y pudo devorar la carne en el gabinete en el que comía Pardaillán. El perro entró de buena gana viendo que no trataban de quitarle su presa.

Una vez instalado en el gabinete, Pardaillán observó tres cosas: Primera, que a través de la cortinilla que cubría la vidriera de la puerta, podía ver todo lo que pasara en la sala que comenzaba a desocuparse. Segunda, que entreabriendo un poco la puerta, oiría fácilmente todo lo que se diría en la famosa mesa retenida por el señor vizconde de Aspremont y los tres burgueses, y la tercera, en fin, que el perro que a la sazón se comía el cuarto de liebre con extraordinario cinismo, es decir, sin el menor remordimiento por el robo cometido, estaba armado de formidables mandíbulas.

«*Me gustará ver la cara de los notables burgueses amigos de los oficiales del señor mariscal de Damville*» —pensó—. «*Tengo verdadera*

curiosidad por oír lo que estas gentes van a decirse».

Y fijándose entonces en Pipeau.

«*¡Pardiez! No quisiera ser enemigo del amigo de mi hijo*».

En consecuencia, Pardaillán arregló la cortinilla para observarlo todo, entreabrió la puerta para oír mejor e hizo una caricia al perro para congraciarse con él. Pipeau, que acababa de comerse el último hueso del último muslo de la liebre, y se lamía los hocicos, movió la cola y dio un ladrido sonoro. Al mismo tiempo se puso a oler al aventurero, operación que llevó a cabo con la lentitud y cuidado necesarios. Una vez tomados sus informes, su cola se agitó más de prisa y dio un ladrido.

—¡Ah! Parece que me reconoces —dijo Pardaillán—. Bueno, ya sé lo que quiere decir tu mímica. Ahora me cuentas que reconoces en mí a un amigo de tu amo ¡Cómo que soy su padre!

Pipeau dio un nuevo ladrido y habiendo terminado así la conversación con Pardaillán, fue a echarse en un rincón con las dos patas delanteras cruzadas, según tenía por costumbre.

En aquel momento, la sala estaba casi vacía y Pardaillán, a través del vidrio de la puerta vio entrar a tres personajes y reconoció en el primero al vizconde de Aspremont. Éste dirigió una mirada de contrariedad al no hallar allí a quien esperara. Luego los tres hombres tomaron asiento ante la mesa que Pardaillán había desocupado, y uno de ellos dijo:

—A Crucé le habrá sucedido algo, porque siempre es exacto a nuestras citas.

«*Bueno*» —pensó Pardaillán—, «*parece que no es la primera vez que se reúnen*».

—Ahí viene —dijo de pronto el vizconde, que se había sentado de cara a la puerta de entrada y de espalda al gabinetito en el que se hallaba Pardaillán. En efecto, Crucé compareció casi enseguida y dirigiéndose hacia los tres personajes que lo esperaban les dijo:

—Llego del Louvre y de ahí mi retraso.

—¡Ah! Sí —dijo Pezou riéndose a carcajadas—. Sois amigo del reyezuelo, del flaco Carlitos.

Para Pezou el ser delgado y bajo era sin duda un crimen.

—Ya lo creo —dijo Crucé—. Soy su orfebre y además su armero. Acabo de venderle un arcabuz perfeccionado, cuyo sistema, según

espero, no tardaremos en probar.

—¿Y qué dice el rey? —preguntó Orthés con cierta impaciencia.

—Quiere la paz a todo trance; quiere que todo el mundo se abrace; católicos y protestantes, creyentes e infieles deben jurarse amistad, fraternidad, ayuda y afecto. El rey ha mandado un mensajero al señor de Coligny y ha escrito a la reina de Navarra y por fin quiere casar a su hermana con Enrique de Bearn. He aquí lo que el rey dice, señores.

—Bueno, bueno —exclamó el vizconde—. Pronto le haremos cantar otra letanía.

Crucé añadió:

—Pero no ha sido esto lo que me retrasó. La causa fue que quise ver el final de una escena extraña, curiosa, casi increíble, que acababa de desarrollarse en pleno Louvre.

—Oigámosla —dijo Kervier— y si es bonita la haré relatar en uno de los libros que vendo.

—Apresuraos, Crucé —dijo entonces el vizconde—, porque he de daros instrucciones de parte del mariscal.

—Ya sabéis que no soy hablador —dijo Crucé—, prefiero obrar. Así, pues, si tengo empeño en contaros mi historia, no es para divertirnos ni para que figure en los libros de Kervier. Es porque en ella interviene nuestro gran mariscal.

—En resumidas cuentas, es que fueron a buscar a monseñor de Damville —dijo d'Aspremont.

—¿Y sabéis por qué? Pues porque Carlitos quería reconciliar a Damville y a Montmorency y obligar a los dos hermanos enemigos a que se dieran un abrazo. Ya os he dicho que el reyezuelo quiere paz. Pero nuestro gran mariscal se ha resistido, según parece. La verdad es que los dos hermanos estaban con el rey, el cual hizo salir a todo el mundo del gabinete. Yo escuchaba por el agujero de la cerradura y si bien, de vez en cuando, sorprendí palabras proferidas en voz muy alta, no podía entender gran cosa, cuando he aquí que la reina Catalina, la gran reina, llegó y atravesó la antecámara. El duque de Anjou le hizo observar que el rey daba audiencia particular. Ella se encogió de hombros y sonrió. ¡Si hubierais visto su gesto y su sonrisa!

»Entonces entró dejando la puerta abierta y todos nos

acercamos. Anjou, Maugiron, Quelus, Maurevert, Saint-Megrin, y además Nancey y algunos guardias que habían llegado con la reina. El rey se enfadó; más su madre, sin dejarse imponer silencio, señaló con el dedo a un joven que acompañaba a Montmorency y le acusó de felonía, lesa majestad y violencia hacia el duque de Anjou. El rey palideció y dio orden de prender al Pardaillán.

—¿Cómo al Pardaillán? —exclamó d'Aspremont levantándose.

Al oír el nombre de su hijo, el viejo Pardaillán prestó mayor atención.

—Como os lo digo —continuó Crucé—, así se llama el joven en cuestión.

—Pero si Pardaillán es viejo. Lo conozco muy bien, pues he de batirme con él.

—No, que es muy joven, señor vizconde. Os aseguro que Montmorency tiene a su servicio hombres de valor.

—No puede ser. No estaría con Montmorency, sino con Damville. Lo habéis visto mal.

—No, señor; al contrario, que lo he visto muy bien. Lo que decís prueba sencillamente que hay dos Pardaillán. Vos conocéis al vuestro y yo al mío, y no de hoy. Es el que hizo fracasar el asunto del Puente de Madera. Pero basta. Para acabar, os diré que cuando el rey dio orden de prenderlo, nos lanzamos todos contra él y Quelus a la cabeza. Pero he aquí que el granuja rompe la espada de Quelus, le arranca el birrete, y aprovechándose del tumulto que tales actos produjeron, profirió algunos insultos y por fin, saltando por la ventana, desapareció. Maurevert le disparó un arcabuzazo, pero no le dio. En seguida los cortesanos por un lado y Nancey y los guardias por otro, salieron del Louvre en busca del truhan para prenderlo donde lo encontraran, y os aseguro…

Cuando Crucé decía estas palabras, se abrió bruscamente la puerta del gabinete y los cuatro comensales asombrados vieron ante ellos al viejo Pardaillán que, un poco pálido, con el mostacho erizado, pero sonriente, decía con voz amable:

—Señores, permitidme que pase. Voy muy aprisa.

Efectivamente, la mesa impedía el paso.

—¡Señor de Pardaillán! —exclamó d'Aspremont con gran asombro.

Los tres burgueses miraron estupefactos al aventurero.

—Paso, ¡por Barrabás! Os repito que voy de prisa. —Y diciendo estas palabras, Pardaillán dio un empellón a la mesa. Las botellas se tambalearon, los platos chocaron unos contra otros y en el mismo instante d'Aspremont, pálido de rabia, desenvainaba su espada, gritando:

—Por de prisa que vayáis tenéis que darme satisfacción por este insulto.

—Tened cuidado —dijo Pardaillán—. Tengo la espada mala cuando voy de prisa creedme, aplacemos la cuestión.

—¡En el acto, ahora mismo! —vociferó el vizconde—. En guardia u os atravieso con mi espada.

—No sois amable, señor Orthés, vizconde d'Aspremont, pero como queráis —añadió Pardaillán con los dientes apretados—. Sin embargo, os aseguro que os arrepentiréis.

Inmediatamente los dos adversarios se pusieron en guardia en la misma sala de la posada, mientras los criados pedían auxilio, Lubín rezaba en alta voz, la hermosa posadera se desvanecía y Landry gritaba que llamaran a la ronda. Por el contrario, los concurrentes formaban círculo alrededor de los combatientes.

Apenas estuvieron en guardia, d'Aspremont dirigió a Pardaillán una furiosa estocada. Éste, profiriendo un voto, observó que había sido herido en una mano, de la que manaba sangre, cosa que convirtió los gritos en alaridos. El aventurero sintió que sus dedos se le envaraban y la mano se le ponía pesada, y comprendiendo que iba a caérsele la espada, la cogió con la mano izquierda y se arrojó sobre su adversario dirigiéndole una serie de estocadas tan furiosas y metódicas a la vez, que d'Aspremont se vio a los pocos instantes acorralado a la pared después de haber derribado algunas mesas.

Una pendencia en una posada no era cosa rara en aquella época en que abundaban los espadachines, pero las vociferaciones de Landry, que temía por su vajilla, haciendo gesto de arrancarse los cabellos que no tenía, y los agudos clamores de las criadas habían atraído un grupo de transeúntes ante «La Adivinadora». Como acabamos de decir, Pardaillán había acorralado a d'Aspremont hacia la pared. Esto fue tan rápido, que los numerosos testigos de aquella escena no vieron más que una serie de relámpagos y no

oyeron otra cosa que el choque de las espadas. Por fin viose de pronto la espada de Pardaillán hundirse en el cuerpo de d'Aspremont, que cayó desangrándose por la herida que le atravesaba el hombro de parte a parte.

Pardaillán, sin decir una palabra, envainó la espada roja de sangre, se precipitó a la calle, y abriéndose paso a través de la multitud, echó acorrer. En su apresuramiento había olvidado llevarse a Pipeau, pero tal vez el perro sintió instintiva simpatía por él, pues volviendo la cabeza, Pardaillán vio al animal que lo seguía al galope. En un cuarto de hora el aventurero llegó a la posada «El Martillo que Golpea».

—¡Catho! ¡Catho! ¡Catho! —vociferó al entrar.

Catho era el ama de la taberna, ex ramera muy célebre en los tiempos de su juventud. Había sido una de las reinas de la Corte de los Milagros hasta el día en que la viruela la desfiguró horrorosamente. Entonces tuvo que renunciar a la dignísima profesión que ejerciera con celo y ardor tales, porque había podido reunir algunas economías. Éstas las empleó en fundar la posada «El Martillo que Golpea», ¿por qué aquella infame taberna llevaba el nombre de posada? Según ya hemos dicho; la buena mujer tenía el defecto de exagerar las cosas.

En cuanto al título extraño de «El Martillo que Golpea», era sencillamente en recuerdo del último amante de Catho, el cual le daba terribles palizas, y ella, en su manía de emplear metáforas, se había comparado a sí misma a un yunque y al amante a un martillo. De modo que la enseña de la taberna o de la posada, no era, en suma, otra cosa que un homenaje retrospectivo a los bíceps y a los puños del amante susodicho, vulgar truhan acerca del que no tenemos más noticias.

Catho era una mujer gruesa, mal vestida y peor peinada, roída por la enfermedad, contra la cual no se poseían entonces los remedios que hoy la hacen casi benigna. Tal como era, no obstante, Catho tenía muy buen corazón y aun ciertos ribetes de inteligente; y en prueba de esto último diremos que no quiso casarse nunca. Como cosa extraña, debemos hacer notar que si bien nadie quiso casarse con ella cuando era hermosa, encontró maridos a docenas en cuanto fue dueña de una taberna y se le supuso algún dinero.

Si «La Adivinadora» era frecuentada por oficiales, vizcondes y nobles espadachines, atraídos por el gran renombre de los famosos pasteles y asados, la clientela de «El Martillo que Golpea» se componía de truhanes, ladrones y otras clases de gentes, todos enemigos de la ronda de la ciudad. Catho, que, a su manera, era buena mujer, guardaba piadoso recuerdo de sus antiguos conocidos y los protegía, los ocultaba y nunca era tan feliz como cuando podía jugar una mala partida a los señores de la ronda. Al oír la furiosa llamada de Pardaillán, bajó una escalera de madera gritando:

—¡Ya voy! ¿Qué queréis, hidromiel, vino o hipocrás?… ¡Ah, sois vos!

—¿Y mi hijo? El joven que te di a guardar.

—¿Qué? —preguntó Catho.

—¿Dónde está?

—No lo sé, durmió toda la noche como un bendito, luego salió y no ha vuelto.

El aventurero se consumía de impaciencia, pero viendo que Catho no le podía dar ninguna noticia, adoptó el partido de esperar y sentándose en un banquillo, dijo:

—Dame para hacer un poco de hipocrás y algo para curar este rasguño.

Algunos minutos más tarde, Catho ponía ante Pardaillán: vino, azúcar cande, ámbar, canela, almendras y almizcle. Luego una infusión de vino caliente mezclado con aceite y plantas diversas. El vino caliente con aceite en el que había hervido algunas plantas era para curar la herida de su mano derecha, herida leve, como observó moviendo los dedos, uno después de otro. Los demás ingredientes eran para componer el hipocrás, cosa que Pardaillán llevó a cabo con la ciencia y paciencia de un «gourmet» consumado. Entre tanto no apartaba los ojos de la puerta y murmuraba:

«*¿Le habrá sucedido algo? ¿Por qué diablos se mete en lo que no le importa? ¿Para qué habrá tenido que ir al Louvre? Daría con gusto el brazo derecho que d'Aspremont ha estado a punto de inutilizarme, para que el caballero perdiera esta maldita manía de hacer bien a las gentes. ¡Ah, la juventud!*».

El viejo Pardaillán había terminado la preparación de su hipocrás y comenzaba a degustar aquella bebida complicada,

cuando Pipeau ladró alegremente y se lanzó a la calle. Un instante después el caballero entró corriendo y al ver a su padre dijo:

—¡Alerta! ¡Me persiguen!

* * * * *

Al salir del Louvre del modo que ya se ha visto, después de haberse asegurado el caballero de Pardaillán de que nadie iba a su alcance, tomó el camino del palacio de Montmorency, a donde no tardó en llegar.

Aquella vez el gigantesco portero no opuso ninguna dificultad para introducir al caballero, a pesar de sentir todavía cierto rencor, no tanto por las heridas que Pipeau le había hecho y que le impedían sentarse, como por el remedio heroico dado con tanta generosidad por el amo del perro.

Ya se recordará que aconsejó al digno portero que se frotara la parte dolorida con vino y jengibre y esta última substancia había transformado el ardor de las mordeduras en braseros ardientes. El mariscal llegó media hora más tarde que el caballero, y al verlo, lo estrechó entre sus brazos diciéndole:

—¡Ah, querido hijo! Vuestra presencia de espíritu me ha salvado la vida y sin duda también la de otros personajes.

—No vale la pena, monseñor.

—¡Ya lo creo! Pero decidme, ¿cómo os arreglasteis para escapar? ¿Por qué la reina os acusó de todos aquellos crímenes?

—Su Majestad me profesa odio mortal porque no quise matar a un hidalgo que me honra con su amistad. Ya lo conocéis, es el conde de Marillac. En cuanto al duque de Anjou, es cierto que lo ataqué cierta noche en que iba a rondar bajo las ventanas de dos personas que vivían entonces en la calle de San Dionisio.

—¿Creéis, pues —dijo el mariscal palideciendo— que el hermano del rey?…

—Por esta razón, la primera pista que se me ocurrió fue la del duque de Anjou, cuando no sabíamos dónde se hallaban las nobles damas que buscamos.

—No —dijo Montmorency—, no puede ser Anjou. Mi hermano es el único capaz de tal cosa. A él, pues, le pediré razón de su acto.

¿De modo —añadió— que para defender a mi mujer y a mi hija, os expusisteis a ser víctima de la cólera de tan poderosos personajes?

—Monseñor —balbució el joven—, ya dije que quería reparar el mal causado por mi padre.

—¿Y ahora vais a salir de París?

—¿Yo? —exclamó el caballero asombrado.

—Pensad que van a perseguiros, que vos estáis perdido. Después de la escena del Louvre, nada debéis esperar del rey.

—No espero más que de mí mismo —dijo Pardaillán—. Ni me iré de París, ni necesito a nadie para defenderme. Por otra parte, os lo aseguro, si perdiera la vida, monseñor, no perdería gran cosa.

El mariscal entrevió por primera vez que en el corazón del caballero había algún secreto pesar.

—Monseñor —dijo de pronto Pardaillán como si quisiera cambiar el curso de la conversación—, ¿puedo preguntaros cuál fue el resultado de la entrevista con el mariscal de Damville?

—Mi hermano lo niega todo —dijo Francisco con voz sombría.

—Lo niega, ¡pero si yo vi y oí lo contrario!

—Una vez os hubisteis marchado, ya no tuvo reparo en negarlo.

—¡Tonto de mí! —se dijo el caballero dándose un golpe en la frente—. No pensé en esto.

—¿Os hubierais quedado, de haberseos ocurrido esta Idea?

—¡Claro! Pero ya no se trataba de eso sino de obligarlo a capitular. ¿Habéis tomado alguna decisión?

—Sí, amigo mío. Ir al palacio de Mesmes. He concedido a mi hermano tres días para que reflexione y transcurrido este plazo, lo mataré o me matará.

El caballero, a juzgar por el tono con que Montmorency había dicho las anteriores palabras comprendió que nada podría hacerle desistir de su idea, y no teniendo, por otra parte, gran confianza con el mariscal, guardó silencio. Entonces Francisco de Montmorency continuó:

—Ahora pensemos en vos. Desde luego seréis mi huésped hasta que no sea peligroso para vos salir de aquí.

—Perdonadme, monseñor, pero ya he aceptado otra hospitalidad.

—Mal hecho.

—De una persona que me es querida —dijo Pardaillán pensando en su padre.

El mariscal creyó que podría tratarse de la amante del joven y no se atrevió a insistir. Únicamente preguntó:

—¿Cómo haré para avisaros si tengo necesidad de vos? No debo ocultaros que sois el único amigo en quien podré confiar para una aventura como ésta.

—Monseñor, vendré aquí todos los días o mandaré a alguna persona de mi entera confianza. Pero, en fin, si sobreviniera alguna complicación, podréis hallarme en la posada de «El Martillo que Golpea». —Entonces el joven se despidió del mariscal y éste lo estrechó entre sus brazos.

Una vez en la calle, el caballero echó a andar con el paso tranquilo Y altivo que le era peculiar. Se decía que en el caso de que lo buscaran, el mejor medio para llamar la atención y hacerse prender era ir corriendo o tener el aspecto de una persona que quiere ocultarse. Este razonamiento era muy lógico, pero Pardaillán ignoraba que su continente no se parecía a ningún otro y que llamaba precisamente la atención por su marcial apostura. De modo que su razonamiento se desmoronaba por la base. Además observaba atentamente a todos los transeúntes; pero no viendo nada sospechoso a su alrededor digno de llamar su atención, pues únicamente la transitaban señores a caballo, damas en silla de mano, burgueses y vendedores de toda suerte, poco a poco abandonó a sus pensamientos.

Nuestro héroe soñaba, pues, andando, y no veía nada de lo que a su alrededor pasaba. No reconoció la silueta de Maurevert, contra el cual estuvo a punto de chocar. Ello sucedió en la esquina de una callejuela cercana al Louvre. Pardaillán no vio nada y prosiguió su camino hacia «El Martillo que Golpea», al mismo tiempo que su sueño lo conducía a los pies de Luisa. Pero Maurevert, que no tenía ninguna razón para soñar, vio perfectamente al caballero, y dando un salto de alegría, se ocultó en la tienda de un ropavejero. Cuando Pardaillán hubo pasado, Maurevert salió de su escondrijo y avisó a un guardia que, habiendo terminado su servicio, se paseaba. Le dijo dos palabras y el hombre echó a correr.

En aquel momento llegaron Quelus y Maugiron, a los cuales

Maurevert había dado cita. Los puso al corriente del encuentro y se lanzó en persecución de Pardaillán, mientras sus compañeros esperaban. Todo ello pasó inadvertido al caballero, el cual iba siguiendo tranquilamente su camino. En el momento en que entraba en la calle de Montorgueil, donde se hallaba la taberna de «El Martillo que Golpea», oyó de pronto a su espalda el ruido de pasos numerosos y precipitados. Volviéndose vio una banda compuesta de diez guardias, a cuya cabeza iban Quelus y Maugiron y precediéndoles a todos marchaba Maurevert. Pardaillán alargó el paso.

—¡Alto! —gritó Maurevert.

—¡En nombre del rey! —gritó el sargento.

Al oírlo, los burgueses que contemplaban aquella escena se descubrieron respetuosamente. En seguida dos o tres vendedores ambulantes se precipitaron para impedir el paso a Pardaillán, cosa que se explica por la afición que todo el mundo tiene en ayudar al más fuerte. El caballero nada dijo, pero empuñando su larga daga, la exhibió con aire tanto más terrible cuanto más apacible parecía. Los policías voluntarios dieron un salto de lado y se pegaron a la pared, porque cuando hay peligro se va al diablo la afición policíaca, la ley y el rey.

—¡Alto en nombre del rey! —vociferaron los perseguidores echando a correr.

Pardaillán, daga en mano, emprendió entonces una carrera más rápida. Su intención era pasar ante la taberna sin detenerse e ir a perderse en el dédalo de callejuelas que formaban inextricable red cerca de la nueva iglesia de San Eustaquío. Pero en el momento en que se disponía a poner en obra su plan, vio que por el extremo de la calle asomaba la ronda que alguna alma caritativa había avisado sin duda, se vio cogido, y ligero sudor humedeció la raíz de sus cabellos. Cuando vacilaba pensando si sería mejor abrirse paso a través de sus enemigos, un perro fue a echarse entre sus piernas.

—¡Pipeau! —gritó Pardaillán—. Así que mi padre está aquí —y entró en la taberna, diciendo:

—¡Alerta! ¡Me persiguen!

EL CIRCULO DE LA MUERTE

XXXVI - El sitio de «El martillo que golpea».

PARDAILLÁN PADRE, en la taberna «El Martillo que Golpea», estaba ocupado en la importante tarea de saborear un vaso de hipocrás, en espera de su hijo, cuando éste apareció de pronto y, al ver a su padre, dijo:

—¡Alerta! ¡Me persiguen!

Sin perder el tiempo en hacer preguntas, el viejo Pardaillán saltó hacia la puerta y una mirada a derecha e izquierda lo convenció de la gravedad de la situación. La calle estaba llena de enemigos, las puertas ocupadas por las comadres y los curiosos y, en fin, toda la calle estaba revolucionada.

Cerrar la puerta y correr el cerrojo, fue para el aventurero cosa de un instante. Inmediatamente resonaron furiosos golpes y una voz dijo:

—¡Abrid!

—Levantemos una barricada —dijo el viejo Pardaillán.

—¡En nombre del rey! —gritaba el sargento de armas.

Entre tanto en el interior se amontonaban mesas y escabeles ante la puerta. En el exterior, los golpes eran cada vez más furiosos.

—Ya lo tenemos —vociferó una voz, que el caballero reconoció por la de Maurevert.

—Pongamos este armario —dijeron los dos sitiados empujando un pesado mueble que completó la barricada.

—Podremos estar tranquilos una hora —añadió el viejo.

—En una hora se puede incendiar París —contestó el joven.

—¡Catho, Catho! —gritó el aventurero.

La gruesa Catho asistía a los preparativos de resistencia sin mucha emoción, y es necesario añadir que si sentía alguna, era al pensar que aquel joven tan valiente y simpático pudiera caer en

manos de los cortesanos del rey.

—Aquí estoy, señor —dijo.

—Una sola pregunta, Catho. ¿Vas a nuestro favor o contra nosotros?

—A vuestro favor, señor —contestó Catho.

—Eres una buena mujer y recompensaré tu fidelidad.

Y el viejo Pardaillán dijo en voz baja a su hijo:

—Si se hubiera declarado enemiga nuestra, la habría matado.

El caballero hizo un signo afirmativo. ¿Qué quieres, lector? Ponte en su lugar.

—¿Pero qué te pasa? —preguntó Pardaillán a su hijo.

—Ya os lo contaré, señor, es una historia bastante larga.

Pardaillán padre dijo entonces:

—Catho, trae vino. Cuéntame, hijo, tenemos tiempo.

Y mientras terribles golpes conmovían la puerta, contestados por los feroces ladridos de Pipeau y al exterior se oían gritos de los guardias y de algunas mujeres que contemplaban la escena, el caballero, en breves palabras, relató a su padre la escena del Louvre.

—¿Qué diablos ibas tú a hacer en aquel antro? —Dijo el viejo Pardaillán con malhumorado gesto—. Yo ya te habla recomendado…

Entonces, a impulso de un gran golpe, se hundió la puerta de arriba abajo.

—¡Catho! —gritó el aventurero.

—¿Qué queréis, señor?

—Tienes aceite, ¿verdad?

—Hace ocho días que hice traer tres jarras de aceite de nueces.

—Bueno, ¿hay una chimenea arriba?

—Sí, señor.

—¿Dónde está el aceite?

—En la bodega, señor.

—Dame las llaves.

—Aquí están.

—Catho, eres una buena mujer. Sube al primer piso y enciende un buen fuego, ¿sabes? Como si quisieras asar un cerdo.

Catho cogió dos haces de leña y subió al primer piso. Pardaillán,

seguido de su hijo, fue a la bodega y diez minutos más tarde las tres jarras de aceite estaban arriba. Además llevó allí todo el pan que había en la casa, cincuenta botellas de vino, una barra de hierro y un pico hallado en la bodega.

—Aquí están las municiones —dijo el padre señalando el aceite.

—Y aquí las provisiones —repuso el hijo subiendo las botellas y los jamones.

—¡A la escalera! —dijo el viejo.

Ésta era de madera carcomida y se sostenía de milagro.

—¡Catho! —Gritó el aventurero—. ¿Quieres que derribe tu casa?

—Derribad, señor —contestó la buena mujer, colocando sobre el fuego una enorme olla de hierro y en ella aceite bastante para llenarla.

Los dos hombres, con el pico y la barra de hierro, empezaron a arrancar los garfios que sujetaban la escalera a la pared, y en cuanto lo hubieron logrado, desde el primer piso empezaron a empujar la escalera.

Un griterío terrible se oyó entonces, pues habiendo derribado la puerta, los guardias trataban de penetrar en la casa a través de los obstáculos que se lo impedían. Contestó a los gritos un espantoso ruido; el de la escalera que se desplomaba. Los asaltantes ya no tenían medios de llegar hasta los sitiados. Y dominando todo el ruido se oyeron las sonoras carcajadas del padre y del hijo.

—Señores guardias, ya sabemos lo que son asaltos —dijo Pardaillán.

Y dirigiéndose a Catho, le preguntó:

—¿Está caliente el aceite?

—Hirviendo, señor.

—Bueno, vamos a enfriar el ardor de estos señores. ¡Cuidado!

La olla llena de aceite hirviendo fue arrastrada al borde del agujero en que antes estaba la escalera. La sala de la planta baja estaba llena de gentes que derribaban la barricada y gritaban:

—¡Traed una escalera!

Pardaillán se inclinó y dijo:

—Señores, retiraos o de lo contrario vamos a escaldaros.

—¡Mueran! —gritaron los guardias, encantados por la fácil victoria que preveían.

—Bueno, como queráis —dijo el viejo Pardaillán—. ¡Cuidado!

Y con un gran cucharón tomó aceite hirviendo y lo echó sobre los asaltantes.

Se oyó entonces un terrible concierto de aullidos, clamores y amenazas. Por segunda vez cayó la temible lluvia de lo alto, y luego otra, y al cabo de pocos instantes, hubo una desbandada general y la sala quedó vacía.

—Catho, sigue calentando.

—Ya lo hago, señor.

En la calle se oían terribles vociferaciones y de pronto resonó un clamor más fuerte, al observar que un carpintero llevaba una larga y sólida escalera.

—Por la ventana —gritó Maurevert.

—Bueno —dijo el viejo Pardaillán—, nueva táctica. Esperad, hijos míos, que vamos a reírnos.

La escalera fue adosada contra la ventana, y sus montantes se apoyaron en los vidrios, que saltaron a pedazos. El viejo aventurero abrió la ventana y se inclinó hacia la calle.

Siete u ocho hombres subían uno tras otro y entonces hizo un signo y acudió su hijo.

Los dos cogieron los montantes de la escalera y uniendo sus fuerzas la hicieron balancear un momento y por fin caer. Dos hombres se rompieron la cabeza, y en el mismo instante, la terrible olla fue puesta sobre el antepecho y, con violenta sacudida, los sitiados la vaciaron sobre la multitud. Hubo una explosión de alaridos e instantáneamente la calle quedó despejada ante la taberna.

Los asaltantes, asustados y asombrados ante semejante resistencia, celebraron consejo. Quince hombres escaldados o heridos estaban fuera de combate y en cambio los sitiados no tenían ni un solo rasguño.

Tranquilamente, Catho puso de nuevo la marmita en el fuego e hizo calentar una nueva jarra de aceite. Al vaciarla en la olla dio un suspiro y exclamó:

—¡Qué lástima! ¡Tan buen aceite como éste!

Fuera, los asaltantes se concertaban para un nuevo ataque.

—Mandemos a buscar refuerzos —dijo Quelus.

—Creo que esos diablos me han echado aceite en el cuello —dijo Maugiron.

Y verdaderamente tenía en el cuello enormes ampollas.

—Ya que les gusta lo caliente, incendiemos la casa —propuso Maurevert.

—Eso, los asaremos vivos.

El viejo Pardaillán lo oyó, y ante la amenaza de ser quemado vivo hizo una expresiva mueca.

—¡Diablos! —dijo—. Dame vino, hijo mío.

El caballero llenó tres vasos y los sitiados los vaciaron.

—Creo —dijo el caballero— que pronto habrá terminado el sitio.

—¿Creéis que van a quemarnos vivos, señor? —dijo Catho.

—Sí —dijo el aventurero—, pero; ¡bah!, podrás figurarte que estás en el purgatorio y esto te conducirá en derechura al paraíso que mereces.

—Catho —dijo de pronto el caballero—, ¿qué hay detrás de esa pared?

—La casa de mi vecino, el vendedor de volatería.

—Buena idea, hijo —exclamó el padre—. Tratemos de pasar a la casa próxima.

El caballero cogió el pico y empezó a golpear el muro. Pero enseguida su padre lo detuvo.

—El vecino oirá los golpes y avisará a los guardias, de modo que en vez de huir abriremos la brecha para que entren.

—Se trata de correr un riesgo —dijo fríamente el caballero—, pero prefiero morir en un combate cuerpo a cuerpo que dentro de un brasero como será pronto esta casa.

—Pues adelante, hijo.

Los picos empezaron a resonar sordamente. El muro era muy sólido, pero, felizmente, fuera continuaba el tumulto, si bien con gran rapidez hacinaban al pie de la casa grandes montones de leña.

—Con tal que el vecino no lo oiga —dijo el viejo Pardaillán, mientras su hijo, como un minero que agujerea la tierra, golpeaba con fuerza la pared.

Catho, con un gesto, llamó al aventurero y conduciéndolo a la ventana le señaló a un hombre que en la calle se lamentaba y se arrancaba los cabellos.

—El vendedor de volatería —dijo la hostelera.

En aquel momento prendieron fuego a la leña y todos los espectadores empezaron a proferir gritos de alegría regocijados con la idea de que iban a perecer achicharrados dos hombres a quienes no conocían y que ningún mal les habían hecho.

Algunos instantes más tarde la alegría se convirtió en delirio, al observar que un espeso torbellino de humo subía al cielo. Muy pronto las llamas empezaron a lamer los muros de la casa.

¿Qué era entre tanto de los sitiados?

Maurevert dirigía sombrías miradas de satisfacción sobre el incendio, y repitiendo el gesto que en el Louvre hizo el caballero, se acariciaba la mejilla herida.

La casa quedó enteramente destruida. Aquélla era una justicia sumaria muy corriente en una época en que las ideas de justicia empezaban a nacer.

En una palabra, la casa ardió, y muy pronto las gentes tuvieron que esforzarse en apagar el incendio que ya se cebaba en las casas vecinas y amenazaba invadir toda la calle. Algunos vecinos sufrieron grandes pérdidas, pero ello tenía poca importancia. Lo esencial era que Maurevert, Quelus y Maugiron pudieron regresar al Louvre muy satisfechos.

Maurevert fue recibido por la reina Catalina y Quelus y Maugiron por el duque de Anjou.

—Señora —dijo el primero a la reina madre, en presencia de Nancey, que estuvo a punto de morirse de envidia—. Vuestra Majestad ha sido vengada. Hemos cogido al truhan como una zorra en su madriguera y hemos incendiado la casa, es decir, que ha muerto achicharrado. A no ser por Quelus y Maugiron, que, con su indecisión, retrasaron la cosa, habría terminado dos horas antes.

—Maurevert —dijo Catalina—, hablaré de vos al rey.

—Vuestra Majestad me confunde con su bondad. Pero lo más hermoso no ha sido la muerte de aquel insolente, al que hubiera dado muerte en la primera ocasión. Lo magnífico fue la alegría del pueblo, cuando les dije que allí se estaban asando dos hugonotes.

—Chitón —dijo la reina con maligna sonrisa—. ¿No sabéis que vamos a concertar la paz verdadera?

—¡Oh! Esto no impide la paz, al contrario —contestó Maurevert,

el cual, creyéndose necesario, se tomaba a veces ciertas libertades al hablar con la reina.

En cuanto a Quelus y Maugiron, dijeron al duque de Anjou:

—Monseñor, estáis vengado, y si Maurevert, no hubiera tenido inexplicables vacilaciones, os habríamos podido dar esta noticia una hora antes. Pero, en fin, ya está hecho. El insolente no se presentará más. Lo hemos achicharrado en unión de algunos truhanes de su especie que querían defenderlo.

—Sois buenos amigos míos —dijo el duque de Anjou poniéndose cosmético en las cejas—. Quisiera ser rey, sólo para recompensaros según merecéis.

XXXVII - De que modo el caballero de Pardaillan desobedeció una vez más a su padre

EN TANTO QUE LOS CORTESANOS del duque de Anjou, por una parte, y Maurevert por la otra celebraban la muerte de su enemigo, acaeció a los dos Pardaillán una aventura que vamos a relatar al lector. Ante todo hagamos constar que ninguno de los dos murió y he aquí cómo se libraron de perecer abrasados.

En el momento en que el fuego empezó a prender en las paredes de la casa, un humo blanco y aromático producido al arder la madera seca, invadió la estancia en que se habían refugiado los sitiados. Pero por aromático que fuera aquel humo, no por eso dejaba de ser una amenaza de asfixia para dentro de pocos instantes.

El caballero, que manejaba el pico hacía ya cinco minutos, se detuvo un momento lleno de sudor, y entonces el viejo Pardaillán tomó la herramienta y prosiguió el trabajo a tientas, porque no se veía nada.

Así transcurrieron algunos minutos. La respiración de los tres desgraciados era ya penosa y daban como cierta la terrible muerte que los esperaba, cuando el pico, impulsado por un golpe más fuerte que los anteriores, cayó al otro lado del muro y apareció un agujero bastante ancho.

Entonces los hombres y Catho que, en cuanto a fuerza muscular, valía por dos mujeres, se pusieron a arrancar febrilmente ladrillos y argamasa y al cabo de dos minutos estaba hecho un agujero suficiente para permitirles el paso.

Por allí penetraron en la casa del vecino, no sin hacerse jirones en la ropa; pero, en fin, pasaron.

Ya era tiempo. El fuego rugía amenazador y ya crepitaban las vigas del techo.

Los tres sitiados se hallaron entonces en una especie de granero en donde el vecino guardaba los sacos de grano para las aves que

criaba. Aquel granero estaba cerrado por una vieja puerta, cuyo cerrojo hicieron saltar con un golpe de pico. Luego se precipitaron a una escalera que iba a dar a la cocina de la casa.

La cocina daba por una parte a la tienda, la cual comunicaba, naturalmente, con la calle, es decir, con la parte peligrosa para los fugitivos. Pero, la otra parte daba a un patio bastante grande, cuyos cuatro ángulos estaban ocupados por gallineros.

—Huyamos —dijo Catho.

—Esperemos un momento —dijo el viejo Pardaillán.

—Sí, respiremos —añadió el caballero—. A punto hemos estado de perder la costumbre de hacerlo.

—Apenas me acuerdo de cómo se respira.

Estas bromas no les impedían estudiar atentamente el terreno en que se hallaban. El patio estaba rodeado de paredes bastante altas, pero era fácil franquearlas encaramándose al techo de un gallinero.

El caballero fue el primero en subir a fuerza de puños sobre el gallinero del fondo y una vez allí tendió la mano a Catho, que en un instante se le reunió. Llegó la vez a Pardaillán padre. De allí al extremo superior de la pared no era difícil llegar, y una vez sobre ella, no tuvieron que hacer sino dejarse caer al suelo.

Halláronse entonces en un huerto bastante grande y por el momento estaban salvados.

—¿Qué te propones hacer? —preguntó el aventurero a la ex propietaria de la taberna.

—Estoy arruinada —dijo Catho suspirando—. ¿Qué va a ser de mí?

El caballero, viendo que su padre trataba a la buena mujer con alguna ingratitud, quiso intervenir.

—Si nos sigue —dijo el aventurero— nos cogerán a los tres y nos ahorcarán con toda seguridad. La Corte de los Milagros está a dos pasos y lo mejor que puede hacer Catho es refugiarse allí, en donde nadie se atreverá a prenderla. En cuanto a nosotros, ya veremos. Vamos, Catho, hija mía. ¿No te parece bien mi plan?

—Sí —contestó ella—. Si no se tratara nada más que de salvarme, pronto estaría hecho, pero ¿qué va a ser de mí sin un mísero sueldo?

—Extiende tu delantal —ordenó Pardaillán padre.

Hízolo así Catho, y el viejo Pardaillán, desabrochando su cinturón de cuero y dando un suspiro, echó en el delantal de la tabernera todo el dinero que allí guardaba. Los ojos de Catho brillaron alegremente.

—¡Pero si aquí hay más de quinientos escudos! —exclamó.

—Más de seiscientos, hija —contestó Pardaillán.

—No valía tanto la casa.

—No importa, tómalos. Podrás establecer otra posada, y otro día tal vez nos ayudes a quemarla. Únicamente te recomiendo que no la llames la posada de «El Martillo que Golpea».

—¿Cómo, pues?

—Todo el mundo nos cree muertos; así, llámala pues, «Posada de los dos muertos». Será un poco largo, pero en cambio sentimental… Adiós, Catho.

—Adiós —dijo a su vez el caballero—. Siento no poder añadir nada a los escudos de mi padre.

—Sí. Podéis unir vuestra ofrenda, señor caballero —exclamó Catho con viveza.

—¿De qué modo? —preguntó asombrado el caballero.

Catho, ruborizándose, presentó su mejilla y el caballero, sonriente, la besó de muy buena gana en las dos mejillas, cosa que dejó sumamente satisfecha a la buena mujer.

Los dos hombres se alejaron entonces rápidamente; franquearon la puerta del huerto y se encontraron en una callejuela que daba a la calle del Rey de Sicilia.

En cuanto a Catho, se hundió en las calles sombrías y estrechas que rodeaban la Corte de los Milagros.

Pardaillán padre, seguido de su hijo, echó a andar por la callejuela y pronto llegó a la calle del Rey de Sicilia; y de allí, torciendo a la derecha, penetraron en la calle de San Antonio, entonces muy concurrida.

—Hablemos un poco de nuestros asuntos —dijo entonces el aventurero—. A decirte verdad, me parecen muy embrollados.

—Pues yo veo la situación muy clara —dijo el caballero—. Los dos hemos cometido un delito de rebelión.

—Bueno, dejemos esto y dime qué fuiste a hacer a aquel antro.

—¿Cuál, señor? ¿A «El Martillo que Golpea»?

—No, hombre, al Louvre. Pero, en fin, a lo hecho, pecho, no hablemos más. Me gusta la claridad con que hablas y creo, en efecto, que no es ninguna cosa complicada ni el tormento ni la horca. ¿Qué vamos a hacer ahora? ¿Qué te parece un paseíto fuera de París? Hace mucho tiempo que no hemos recorrido juntos los caminos de Francia. Estamos en primavera, hijo mío, y en esta estación, los viajes son verdaderos placeres. Creo que serás de mi opinión.

Iban así hablando tranquilamente y sin tomarse la molestia de ocultarse.

Por otra parte, en la calle de San Antonio, en extremo concurrida, estaban realmente al abrigo de ser descubiertos.

—Padre —contestó el joven—, en este momento no puedo salir de París.

—¿No puedes? ¿Quieres, pues, que nos ahorquen, nos descuarticen o nos enrueden?

—No, padre mío; os ruego que os marchéis, pero yo he de quedarme. ¿Pero qué nasa allí? Se oyen gritos de mujer. ¡Corramos, padre, corramos!

Y unió la acción a las palabras. El viejo Pardaillán lo retuvo por el brazo, y con sincero pesar y tierna severidad, le dijo:

—¿A dónde vais ahora? ¿En qué diablos queréis meteros? ¿Éste es el caso que hacéis de mi experiencia? ¿De qué os han servido mis consejos?

—¡Ah, padre mío! —Respondió el caballero—. Lo que he visto de los hombres, me obliga a despreciarlos a casi todos; temo a las mujeres y en cuanto a mi corazón, las maldice por los malos ratos que me ocasionan. Ya veis, pues, que soy de vuestra opinión y además el respeto que os debo me obliga a ello.

Y dichas estas palabras, el caballero dio una sacudida y sustrayéndose a la presión de la mano que lo retenía, se lanzó hacia donde se proferían los gritos cada vez más agudos y denotando mayor espanto. El aventurero se quedó un instante estupefacto.

«*He aquí lo que él llama seguir mis consejos*» —se dijo—. «*Me parece que acabará en el cadalso y no me cabrá otro consuelo que el de acompañarlo. Vamos, vamos allá*».

Y a su vez se lanzó hacia el grupo que obstruía la calle de San

Antonio y en el cual acababa de desaparecer el caballero. He aquí lo que sucedía. En aquel lugar de la calle había una tienda de herborista, cuya enseña decía en grandes letras:

«AL GRAN HIPÓCRATES».

El herborista había hecho una especie de hornacina dentro de la cual colocó una estatuita de madera, representando un venerable anciano vestido con traje griego y poseedor de una hermosa barba, el cual no era otro que el gran Hipócrates en persona. No obstante, tal personaje cambió poco a poco de identidad.

En el cerebro de las comadres del barrio, la estatua no representaba al médico griego, sino un santo. Su traje y su barba contribuyeron a aquella transformación extraña, pero poco sorprendente. El herborista se guardó muy bien de desengañar a su clientela, pues gracias a ello hacía mejores negocios. «El gran Hipócrates» se convirtió, pues, poco a poco, en «El gran San Antón».

La cosa adquirió carácter oficial el día en que el tendero, queriendo dar satisfacción a la opinión pública, hizo colocar en la mano de Hipócrates un cordelito y al extremo un cerdo de madera. Desde entonces ya no hubo duda posible. No obstante, la enseña continuó llevando el nombre de Hipócrates.

Al igual que en otros muchos puntos de París, algunos celosos servidores de la Iglesia se instalaron ante la puerta de la tienda y bajo la hornacina con una mesa y sobre ella un cesto destinado a recibir las limosnas de los fieles de San Antón. Los ricos echaban un dinero o un sueldo y los pobres un liar y los menos afortunados echaban en el cesto pan o legumbres para la sopa de San Antón y, finalmente, los que nada tenían hacían el signo de la cruz y rezaban ante la imagen. Estos últimos eran bastante mal vistos por los celosos bandidos que permanentemente vigilaban el cesto, pero no había medio de acusarlos de herejes.

No hay necesidad de añadir que todas las tardes los frailes limosneros de los conventos iban a recoger el contenido del cesto o por lo menos de todo lo que quedaba, porque los celosos vigilantes comenzaban, naturalmente, por apropiarse la mayor parte.

Con estos antecedentes se comprenderá la indignación pública y

el santo furor que animó a los guardianes del cesto de las ofrendas, cuando un burgués que pasaba se negó formalmente a depositar la menor limosna.

—Humillaos, por lo menos, ante el gran San Antón —le gritaron.

—¡De rodillas!

—¡Pero si no es San Antón, que es Hipócrates! —objetó el burgués.

Entonces los guardianes del cesto de las ofrendas lo acusaron de blasfemo y, echándose sobre él, lo molieron a golpes y lo desvalijaron perfectamente, gritando al mismo tiempo:

—¡Muera el hugonote!

—¡Muera! —repitió la multitud contenta al tener con quien entretenerse.

En aquel momento pasó una litera arrastrada por un caballo blanco y ocupada por una joven de hermosos ojos y linda cara. La litera se vio detenida por la multitud y la joven apartó las cortinillas para observar lo que sucedía. Apenas hubo divisado al maltratado burgués, exclamó:

—¿Así se trata al ilustre Ramus? ¡Es indigno!

Oyendo el burgués aquella voz amiga, hizo grandes esfuerzos para acercarse a la litera.

—¡Déjenlo! —decía la joven—. Os repito que es el sabio Ramus.

La multitud sólo comprendió una cosa: que aquella mujer defendía al «hugonote», y habiendo observado que la litera no llevaba armas, prueba de que no era noble y que, por lo tanto, no debían guardársele ninguna clase de consideraciones, gritó a coro:

—¡Muera el hugonote! ¡Quememos a los dos en honor de San Antón!

La litera fue rodeada en un abrir y cerrar de ojos, y la multitud, que hasta entonces había bromeado, se puso furiosa al oír sus propios clamores y en pocos instantes la situación se convirtió en amenazadora para la joven, que empezó a gritar en demanda de socorro. Ramus, con la cara ensangrentada y los vestidos destrozados, se agarraba desesperadamente a las cortinillas de la litera.

—¡Paso! ¡Paso! ¡Paso! —gritó de pronto una voz sonora.

Entonces se vio a un joven atravesar la multitud, apartar a los

más furiosos a puñetazos y llegar, por último, al lado de la litera. Allí, desenvainando una larga espada, empezó a repartir furiosos golpes a los asaltantes.

Un círculo se formó alrededor del caballero de Pardaillán, pues era él. La joven, viendo el socorro inesperado, se reanimó y tendió la mano al anciano Ramus, que entró en la litera, murmurando:

—Por esta vez me he salvado. Es una lástima que un pueblo cometa semejantes maldades.

El pobre sabio ignoraba que, poco tiempo después, sucumbiría en un ataque semejante.

La litera continuó su camino, y la multitud, viendo que se le escapaba la presa, se puso a aullar, pero la terrible espada de Pardaillán describía tan rápidos círculos con la punta, que a su alrededor se formaba el vacío.

No obstante, los más furiosos iban a intentar un ataque desesperado, cuando terribles ayes de dolor resonaron en las últimas filas de la multitud, que se dispersó como las hojas secas ante el huracán. Era Pardaillán padre que llegaba esgrimiendo su espada con tal maestría que, en pocos instantes, se reunió a su hijo al otro lado de la litera.

Con semejante escolta, la litera se halló bastante protegida para avanzar rápidamente, y como, en suma, no se sabía muy bien el porqué de todo lo sucedido, la multitud se detuvo, contentándose con amenazar con los puños a los dos salvadores que, cien pasos más lejos, envainaron las espadas.

Pardaillán padre, una vez pasado el peligro, se dirigió a su hijo diciéndole con voz gruñona:

—¿Por qué diablos te has metido a salvar a estas gentes?

El caballero no contestó. A la sazón fijábase en que la litera seguía el mismo camino que él recorriera el día en que siguió a la Dama Enlutada con la firme intención de decirle que amaba a su hija Luisa.

Su emoción fue en aumento cuando la litera entró en la calle de los Barrados, en cuya esquina había esperado pacientemente a la Dama Enlutada, a la cual, como el lector ya sabe, no se atrevió a decir nada.

Por fin el corazón del caballero latió con más fuerza cuando la

litera se detuvo ante la casa en que viera entrar a Juana de Piennes.

El anciano Ramus salió de la litera seguido por la joven, que saltó ligeramente al suelo.

—Entrad —dijo ésta con voz dulce—. Entrad a descansar un poco. Tomaréis, para reponeros, un poco de elixir cuya receta me disteis vos mismo.

—Sois una niña encantadora —dijo Ramus, que no parecía muy conmovido por lo que acababa de sucederle—, y tendré gran placer en descansar junto a vos.

Y una vez abierta la puerta, Ramus penetró en la casa. Entonces la joven se volvió hacia el caballero y su padre.

—Entrad —dijo con cariñosa autoridad.

Los dos hombres obedecieron siguiendo a la que acababan de salvar. El caballero no hubiera querido aceptar el ofrecimiento, pero se dejó dominar por la curiosidad de conocer la casa en que entraba la madre de Luisa.

El interior de la casa tenía aspecto burgués. Penetraron luego en un corredor y la dama ordenó a una criada que trajera refrescos. Ella misma llenó los vasos de un vino espumoso que inmediatamente conquistó la estima del viejo Pardaillán.

—Señores —dijo ella—, me llamo María Touchet ¿Queréis hacerme el obsequio de decirme a quiénes debo mi vida?

El caballero abría la boca para contestar, pero su padre le dio un pisotón y se apresuró a decir:

—Me llamo Brisard, antiguo sargento de los ejércitos del rey, y mi joven camarada, que es noble, se llama el señor de la Rochette.

—Pues bien —dijo María Touchet—, señor Brisard, y vos, señor de la Rochette, recordaré vuestros nombres mientras viva.

Estas palabras no eran nada, pero lo que les daba valor era el tono con que se pronunciaron.

El caballero sintióse conmovido y exclamó:

—Señora, por vuestro aspecto y vuestra voz, veo que sois tan buena como hermosa. Soy más feliz de lo que podría expresaros por haber merecido la simpatía que vuestra mirada nos ha hecho el honor de expresar a mi padre y a mí.

—¿Es vuestro padre? —preguntó María Touchet asombrada.

—Así me llama —contestó el viejo Pardaillán— porque le doy

algunos consejos que me dicta mi experiencia.

La conversación siguió durante algunos minutos y María Touchet dio las gracias a sus salvadores en conmovedoras frases y quiso hacerles prometer que irían a verla, pero a ello no quisieron obligarse. El viejo Ramus, por su parte, estrechó afectuosamente la mano de los dos aventureros, que por fin se retiraron.

—¿Qué relaciones podría tener con esta señora la Dama Enlutada? —se preguntaba el caballero.

—Y yo me pregunto de qué nos sirve haber expuesto la vida por estos desconocidos —exclamó el aventurero—. Ni a uno ni a otra los veremos más, y por poco dices tu nombre, cuando debemos ocultarnos y desconfiar de todo el mundo.

—¡Oh, padre! ¿Creéis que esta mujer, que nos debe la vida, sería capaz de hacernos traición? Estoy seguro de que no lo haría aun cuando no nos debiera ningún favor.

—Pues yo, ahora, desconfiaría del mejor de mis amigos —dijo Pardaillán meneando la cabeza—. Pero ven, ven conmigo, pues se trata de hallar un alojamiento seguro, ya que quieres permanecer en este infernal París.

* * * * *

Al día siguiente María Touchet recibió la visita del rey Carlos IX, que, como de costumbre, llegó solo y de incógnito.

Lo puso al corriente de lo sucedido en la víspera y añadió:

—Mi querido Carlos, si sentís amor por mí, os ruego que recompenséis a un anciano sargento llamado Brisard y al valiente hidalgo señor de la Rochette.

—Así lo haré, querida María —dijo el rey—. Tened la seguridad de que estos dos hombres serán objeto del agradecimiento del rey Carlos.

Esta visita tuvo diversos resultados.

El primero fue que el rey dio orden de buscar activamente a Brisard, antiguo sargento, y a un hidalgo llamado De la Rochette, y que los llevaran a su presencia en cuanto fueran hallados.

El segundo fue que la misma noche se publicó un edicto que prohibía pedir limosna para la Iglesia al pie de las diversas

imágenes de santos que existían en París.

Y el tercero fue que el herborista de la calle de San Antonio recibió orden de cambiar inmediatamente su enseña, so pena de cerrar la tienda.

El efecto de la primera orden fue nulo, porque a pesar de activas pesquisas, no se pudo dar ni con Brisard ni con Rochette. El rey sintió gran contrariedad y su gran preboste cayó en desgracia.

La tercera orden recibió satisfacción inmediata y no tuvo ninguna repercusión: el oficial que la comunicó al herborista, esperó a que fuera ejecutada ante él. El tendero llamó a un pintor y se borraron las palabras: «Al gran Hipócrates».

—¿Qué título he de poner? —preguntó el pintor.

El herborista sonrió irónicamente y dijo:

—Ya que debo cambiar mi enseña, pintad «Al gran San Antón».

El oficial aprobó esta piadosa elección y aseguró que Su Majestad estaría muy satisfecho.

Así la orden del rey fue cumplida, pero sin serlo en realidad, y en adelante la enseña estuvo de acuerdo con la imagen y el cerdo de madera. Este cambio pasó inadvertido en el barrio, así como las pesquisas acerca de Brisard y su compañero pasaron inadvertidas en París.

Pero la segunda orden del rey, es decir, el edicto relativo a las ofrendas solicitadas con las armas en la mano, provocó en París rumores terribles. En todas las iglesias, los predicadores condenaron el edicto y uno de los pregoneros fue apedreado y otro echado al Sena. Hubo motín y sedición.

De esta manera el joven Pardaillán, al desobedecer de nuevo a su padre, hizo historia sin saberlo.

XXXVIII - El albergue

AL SALIR DE LA CASA de la calle de los Barrados, padre e hijo, paseándose por la orilla del Sena, discutieron el lugar en que se ocultarían y la conducta que deberían adoptar. Siguiendo su paseo pasaron por una taberna frecuentada por marineros.

—Tengo hambre —dijo el caballero dirigiendo una mirada a la taberna, que estaba rodeada de un jardincillo de agradabilísimo aspecto.

—Y yo me muero de sed —dijo el aventurero—. Entremos.

Y cuando ya estaban cerca de la puerta se detuvieron.

—Supongo que tendrás bastante dinero para pagar una tortilla y una botella de vino —dijo el padre.

El caballero registró sus bolsillos e hizo un signo negativo.

—Yo lo di todo a Catho —continuó el viejo Pardaillán—. Bonita idea tuve.

—No debemos lamentarnos, porque Catho nos salvó la vida.

—No digo que no, pero si nos morimos de hambre y sed, de nada le habrá servido salvarnos.

Dando un suspiro, los dos hombres se alejaron de la taberna y con gran tristeza continuaron andando por la orilla del Sena, mientras sus ideas tomaban melancólico aspecto. De pronto, a su espalda, oyeron un gruñido y algo animado pasó por entre sus piernas a gran velocidad.

Aquel algo era Pipeau que gruñía con las mandíbulas cerradas, queriendo advertir con ello que nadie fuera osado de tocar lo que tenía entre los dientes. En efecto, Pipeau, el fiel Pipeau, había seguido a su amo paso a paso, asistiendo al suceso de la calle de San Antonio, en donde repartió alguno que otro mordisco. Luego fue a echarse ante la puerta de la casa de María Touchet y cuando salió el caballero se puso a seguirlo. Entre tanto, el animal habíase dicho lo mismo que su amo:

—Tengo hambre.

Y Pipeau, cuyo razonamiento no sentía las trabas de los respetos

humanos, añadió para su coleto:

—Y ya que tengo hambre es necesario comer.

En virtud de esta lógica irrefutable, el perro, mientras iba siguiendo a su amo, dirigía miradas a derecha e izquierda, para ver lo que podría robar.

Algunos montones de basura, que olió al pasar, no le revelaron nada bueno, y Pipeau demostró a todos ellos su desprecio del modo más cínico que imaginarse puede, es decir, como los perros acostumbran hacer en su desconocimiento de la utilidad de los urinarios, los cuales, por otra parte, no se habían inventado todavía.

Pipeau se preguntaba ya si iba a morir de hambre y se lo preguntaba dando formidables bostezos, cuando se detuvo de pronto con la nariz atada y la cola enhiesta.

Entre tanto el caballero y su padre continuaban su camino por la orilla del Sena, Pipeau había observado a un vendedor de carne cocida que tenía una magnífica serie de provisiones coronadas por una colección de jamones de maravilloso aspecto.

Pipeau miraba a uno de estos últimos con el rabillo del ojo, diciéndose:

—He aquí la comida que me convendría.

Y Pipeau, ladrón como el que más, no era perro que se entretuviera en largas consideraciones. Adoptó su continente más inofensivo y se aproximó despacio a la tienda.

—Hermoso perro —dijo el vendedor, que estaba dentro de la tienda.

Pero enseguida saltó sobre el escabel y se lanzó fuera, gritando:

—¡Al ladrón! ¡Detenedlo!

Pero sus clamores fueron inútiles, porque el perro estaba ya a gran distancia.

—Me ha robado el mejor de mis jamones —dijo tristemente el pobre hombre—. ¡Maldito perro!

En efecto, Pipeau había robado un jamón. Si el perjudicado había exagerado diciendo que era el más hermoso de todos, era necesario confesar, no obstante, que era de respetable tamaño y que un perro no podía soñarlo más apetitoso.

A los pocos momentos Pipeau había alcanzado al caballero y se echó entre sus piernas. Luego, seguro de no perder a su amo, se

echó en la arena y se preparó para devorar su hallazgo o, mejor dicho, su presa.

Pero el viejo Pardaillán lo había visto, y precipitándose sobre el perro, le arrancó el jamón.

Y como Pipeau lo mirara con aire de asombro y amenaza, le dijo:

—Esta mañana te di un cuarto de liebre perfectamente asado y, por lo tanto, puedes darme la tercera parte del jamón. Aquí tenemos comida, hijo.

—¡Ya sabes que no quiero que robes! —dijo el caballero al perro.

Éste meneó débilmente la cola, como diciendo que no lo haría nunca más.

Los tres amigos se sentaron sobre la arena, y Pardaillán, sacando su daga, hizo del jamón tres partes. Así fue como el caballero y su padre comieron aquel día. Una vez terminado el jamón, bebieron agua del Sena, que corría fresca y cristalina, los hombres en el hueco de la mano y el perro dando lengüetazos.

—Ahora se trata de hallar un albergue —dijo el viejo Pardaillán con la mayor naturalidad, como hombre que ha pasado sesenta años en los caminos y todas las noches se ha preguntado: «*¿En dónde dormiré?*».

El joven Pardaillán, en cambio, suspiró dolorosamente al verse reducido a buscar albergue, después de haber compartido la comida con su perro, y probablemente ésta sería siempre su vida. ¿Y aún se atrevía a soñar con una alianza con la más noble y rica familia de Francia, como eran los Montmorency?

«*Qué carcajada no darían las gentes que pasan, París entero, si alguien gritara: "¿Veis a este paria que no lleva un sueldo en la bolsa, que no sabe qué techo lo abrigará esta noche y a quien la ronda busca para prenderlo y el verdugo espera para decapitarlo? Pues bien, ama a Luisa, la hija y heredera de los Montmorency". ¡Ah! ¡Qué carcajada!*».

Y el caballero, efectivamente, se echó a reír.

Su padre, de pronto, se quedó estupefacto. Luego miró a su hijo atentamente, y comprendiendo poco más o menos lo que pasaba en su alma, le puso una mano sobre el hombro y le dijo:

—¡Valor, caballero! ¡Valor, por Barrabás! Veo claramente cuál es

tu pesar y comprendo la razón, porque al reír tienes los ojos llenos de lágrimas. Somos muy pobres, ¿no es cierto? La miseria para gentes como nosotros es una buena compañera, una querida ideal que nos da vista certera y vigor extraordinario. Siempre he odiado a los perros gordos que, al lado de una escudilla bien provista, están atados con una cadena; viven y mueren siervos, como nacieron. He reservado mi simpatía y mi admiración para la zorra que vive de su astucia y lucha por la noche contra la formidable fuerza del hombre, tratando de arrancarle una presa; admiro al lobo que, flaco y con la mirada ardiente, recorre los bosques en la embriaguez de su libertad. Mírame, caballero. Soy una de estas zorras o lobos, y por Dios te juro que con la espada en la mano me siento Igual al rey.

»En sesenta años de miseria he vivido ya más que una familia de burgueses o señores durante varias generaciones. ¿Cuáles son los encantos de la vida, hijo mío? El viento que sopla, la lluvia que cae, las viñas en que maduran los racimos, las colinas, los montes y la tierra entera. El aire que respiro, la dicha de ir y venir y de ser amo de mí mismo, pudiendo contemplar las magnificencias de la naturaleza. El resto es la innoble vida del perro atado ante la escudilla. La vida en París, entre hombres que se odian y mujeres que sonríen, la vida ciega y estúpida, con su enorme trabajo diario destinado únicamente a asegurar la escudilla de mañana. ¡Ah, caballero! Esto no es vida, es la muerte a cada momento.

»Créeme, caballero, hagámonos zorros o lobos, emprendamos el camino alumbrado por el sol del estío o cubierto por las nieves del invierno. Tomemos al azar por guía, y así, hablando, riendo o llorando, si tal quieres, recorreremos Francia, Italia, Alemania y el mundo entero si nos place.

Al discurso de su padre, el caballero contestó moviendo negativamente la cabeza, dando a entender que no quería salir de París, porque tenía la convicción de que Luisa estaba en la ciudad.

—¿De modo —dijo el padre— que rehúsas seguirme?

—Padre, ya os lo he dicho, prefiero la muerte que salir de París.

—Bueno, bueno, tratemos, pues, de buscar un albergue.

—Creo, señor, haber encontrado uno —dijo el caballero.

—¿Es acaso alguna posada cuya dueña no pueda negarte nada?

—Nada de esto, señor, es un palacio, el de Montmorency. El duque me ofreció hospitalidad e iremos a pedírsela para los dos. Tengo razones para creer que nos recibirá con alegría.

—Sí, pero olvidas, caballero, que le robé a su hija y que el digno mariscal no tendrá mucha simpatía por tu padre.

—Os equivocáis; si hubo rencor, ya ha desaparecido.

—¡Ca! No me fío; pero, en fin, ya que puedes albergarte en casa de Montmorency, ¿por qué no lo decías antes? Esto me habría ahorrado alguna inquietud. Ya tienes donde ir.

—Vos también, padre, porque por nada del mundo consentiré en dormir en buena cama sabiendo que vos lo hacéis en el santo suelo.

—No te inquietes por mí. Ya que tú tienes albergue, yo también he hallado el mío.

—¿Cuál?

—¡El hotel de Mesmes, *pardiez*! Vamos, caballero, te acompañaré hasta casa de Montmorency y luego me iré por mi lado. Así tendremos un pie en cada uno de los dos campos, y si yo adquiero alguna noticia relacionada con las dos prisioneras en cuestión, te informaré enseguida.

Este plan les pareció mejor y lo adoptaron inmediatamente. Y como bravata, pero no sin tomar las debidas precauciones, los Pardaillán pasaron ante el Louvre y el caballero mostró a su padre la ventana por la que había saltado.

Al llegar ante el embarcadero que estaba frente al palacio que Catalina hacía construir en el lugar que antes ocuparan las antiguas Tullerías, padre e hijo se abrazaron, y como la barca estaba en aquel momento en la otra orilla, el caballero tuvo que esperar algunos momentos, que aprovechó para decir a su padre:

—Señor, ya me hicisteis el favor de ir a «La Adivinadora» a recoger a Pipeau. Allí tengo aun otro amigo al que profeso gran cariño.

—¿Es otro perro?

—No, señor, un caballo.

—Hombre, pues así somos ricos. Un caballo bueno vale dinero.

—Es excelente, pero guardaos de venderlo, padre.

—¿Por qué?

—Porque me lo regaló Damville.

—Así, pues, ¿fuiste tú quien lo salvó?

El caballero sonrió por toda respuesta.

—¿Y por qué no me lo dijiste? ¡Vive Dios!

—Porque en aquella circunstancia os desobedecí completamente.

—¡Ya lo creo que no lo venderé! Tal vez el caballo vale una fortuna.

En aquel momento atracaba la barca y el caballero subió a bordo, mientras el aventurero, muy contento, tomaba el camino de «La Adivinadora».

El caballero dio un suspiro, pensando que en aquella aventura hizo mal desobedeciendo a su padre, pues de no haber socorrido a Damville, éste habría sucumbido sin duda alguna y con ello se hubiera evitado la posibilidad del rapto de Luisa.

Al llegar al hotel de Montmorency, el caballero, seguido de Pipeau, se hizo conducir a presencia del mariscal.

—Monseñor —le dijo sencillamente—, la persona a quien pensaba pedir hospitalidad no está en París.

El mariscal, sin pronunciar una palabra, cogió al caballero de la mano y lo condujo a una magnífica habitación.

—Caballero —le dijo entonces—, una noche el rey Enrique II, padre del monarca actual, vino a visitar al señor condestable de Montmorency, y habiendo pasado gran rato en hablar de guerras y batallas con mi padre, no quiso regresar al Louvre por lo avanzado de la hora y durmió en esta habitación, que nadie más la ha utilizado desde entonces. Os la destino, porque os considero igual a un rey y os agradezco el insigne honor que me hacéis.

Luego el mariscal salió a dar órdenes para que el caballero fuera tratado como huésped de importancia. El joven se quedó aturdido ante tal acogida, que sobrepujaba a la más favorable que pudiera esperar, y su asombro duraba todavía cuando vio entrar al portero que humildemente iba a ponerse a su disposición para todo lo que se relacionara con el servicio de la puerta.

—Únicamente —añadió el gigante— me atreveré a dirigir una pregunta al señor caballero.

—Hacedla, amigo.

—¿El perro del señor caballero habitará también aquí? Lo digo

para prepararle buena comida.

El caballero no pudo contener la risa.

—Pipeau —dijo—, pide perdón a este buen servidor y trata de respetarlo en adelante.

Pipeau ladró alegremente.

—La paz es cosa hecha —dijo el caballero—, podéis estar tranquilo.

El portero se retiró muy contento.

Entre tanto, Pardaillán padre llegaba a «La Adivinadora» y dirigiéndose a la cocina preguntó:

—¿Dónde está Galaor?

—¿Galaor? —Dijo Landry—. En la cuadra…, En cuanto al hombre que habéis herido…

—¿Qué cuadra? —interrumpió Pardaillán.

—A la derecha del patio —contestó el hostelero azorado—. La más hermosa de nuestras cuadras, pero aquel hombre…

El aventurero ya no oía, pues se dirigió a la cuadra indicada, seguido por maese Landry, que le señaló con el dedo un magnífico caballo overo de fina e inteligente cabeza.

—Aquí está Galaor —dijo—, pero el herido…

—Ya me fastidiáis, maese Landry, con vuestro herido —exclamó Pardaillán ensillando el caballo—. ¿Es culpa mía que se haya echado sobre la punta de mi espada? Pero, en fin, veamos, ¿ha muerto?

—No quise decir que fuera culpa vuestra, señor.

—¿Pues entonces, qué? Pero démonos prisa, dadme la brida. Bueno, gracias. ¡Pobre vizconde! Siento mucho haberlo matado.

—¡Pero si no ha muerto, señor!

—¡Maldito sea! ¿Y qué habéis hecho de él?

—Es lo que quería deciros. En cuanto recobró el sentido, después de vuestra partida, dijo que su herida os costaría cara.

—¿De veras? —dijo el aventurero sacando a Galaor de la cuadra.

—Y que os sacaría del cuerpo tantas pintas de sangre como gotas había derramado de su herida.

—Será un poco difícil, porque no tengo tanta.

—Quiso ser llevado al hotel de Mesmes.

—¡Diablo, diablo! —dijo Pardaillán poniéndose a reflexionar.

—Bah —díjose de pronto—. Galaor lo arreglará todo.

—¿Galaor curará la herida del señor vizconde? —preguntó el hostelero asombrado.

—Sí. Bueno, ¡adiós, maese Landry, y no me guardéis rencor!

—Caballero —exclamó—, me dijisteis…, me habíais prometido…, ya sabéis, vieja cuenta…

—Es cierto, *pardiez*. ¡Ah! No tenéis suerte, amigo. Lo he dado todo a Catho. No hagáis visajes, porque Catho no es ninguna querida mía. En fin, otra vez será.

—Dejad por lo menos el caballo —exclamó el pobre Landry—. Me fiaba de él para cobrar.

—No puedo, porque lo necesito para curar la herida del señor vizconde.

Y Pardaillán, después de haber saltado sobre la silla, se alejó al trote rápido de Galaor, dejando a maese Landry muy melancólico.

Pronto llegó al hotel de Mesmes, y una vez allí mandó a Gilito que colocara a Galaor en la cuadra.

El palafrenero reconoció enseguida la antigua montura del mariscal y se preguntó en virtud de qué sortilegio había desaparecido aquel caballo de repente y regresaba traído por el hombre que quería cortarle las orejas. Efectivamente, Pardaillán no dejó de decirle:

—Acuérdate, amigo mío, de que tengo un deseo desmesurado de cortarte las orejas. Si quieres conservarlas, cosa que no te aconsejo porque son muy feas, procura que Galaor esté bien cuidado y que no le falte el pienso.

A partir de entonces Gilito se puso melancólico, temiendo que muy pronto perdería las orejas.

Y para disimular anticipadamente la falta, púsose una especie de gorro de dormir que le llegaba al cuello, de modo que Juanita, que hasta entonces lo había hallado feo, lo encontró grotesco.

Pardaillán, entonces, dirigióse al gabinete del mariscal.

—Os esperaba —dijo éste—. Hemos de arreglar algunos asuntos.

—Ante todo la cuestión de d'Aspremont —dijo Pardaillán.

—Sí, os recomendé que trabarais amistad con él y he aquí que me lo han traído en triste estado; me habéis privado de un fiel

servidor.

—Os traigo otro, monseñor.

—¿Dónde está? —dijo el mariscal con viveza.

—En la cuadra, monseñor. Si me atreviera a dirigiros un ruego, os diría que me acompañarais allí, porque el servidor de que os hablo, no querría o no podría subir aquí.

El mariscal, intrigado, asintió y siguió a Pardaillán.

Éste bajó al patio, abrió la puerta de la cuadra e indicó con el dedo, sin decir una palabra, a Galaor.

—¡Mi caballo de batalla! —dijo el mariscal asombrado—. ¿Quién lo ha traído? ¿Vos?

—Yo, monseñor. Me ha sido dado como vos lo disteis; y el que acaba de regalármelo es el mismo que cierta noche en que fuisteis atacado por los truhanes, os prestó ayuda. Parece que fue muy oportuna y que, a no ser por él, tal vez yo no tendría el honor de hablaros en este instante.

—Es cierto, aquel desconocido me salvó la vida —dijo el mariscal.

—¿No tenéis curiosidad de saber su nombre?

—¡Sí, *pardiez*!

—Pues bien, es el caballero de Pardaillán, único hijo y heredero de vuestro humilde servidor.

—Venid —dijo el mariscal encaminándose rápidamente hacia su gabinete.

El aventurero lo siguió riéndose socarronamente. Por fin el duque de Damville, sentándose en un sillón, miró fijamente a Pardaillán y dijo:

—Explicadme, ante todo, vuestro duelo con Orthés.

Pardaillán, que esperaba otra pregunta, se estremeció, y a pesar de su astucia no adivinó que el mariscal quería ganar tiempo para reflexionar y contestó:

—¡Dios mío! Monseñor, es muy sencillo. Al llegar aquí el señor d'Aspremont me miró y me habló de un modo que me disgustó. Así se lo hice observar, y como es noble, me comprendió enseguida. Hoy hemos hallado la ocasión de manifestarnos la estima que nos profesábamos, y a fin de que nuestras expresiones fueran más picantes y nuestros argumentos más verdaderos, dejamos la palabra

a las espadas. Creo que, hablando con demasiada viveza, el señor d'Aspremont se lastimó. He aquí el asunto, monseñor.

—Así, pues, no existe odio entre los dos y se trata de una sencilla disputa, como dijo Orthés.

—No tenemos motivos para odiarnos, monseñor —dijo Pardaillán con sinceridad.

—Bueno, tratemos de Galaor o, mejor dicho, de vuestro hijo. Decís que él fue quien me prestó auxilio.

—La prueba es, monseñor, que en señal de reconocimiento me ha dado Galaor.

—Vuestro hijo, amigo mío, es un valiente. Hoy he tenido de ello nueva prueba. Pero debo recordaros que me prometisteis traerlo.

El aventurero, antes de contestar, reflexionó un momento y, para despistar enteramente al mariscal, resolvió emplear el arma más terrible, la verdad.

Los hombres están tan habituados a mentir unos a otros y a considerar la mentira como el mejor medio de engañar a un adversario, que es fácil conseguirlo diciendo la verdad. Así, pues, Pardaillán aquella vez fue veraz instintivamente.

—Monseñor —dijo—, he propuesto a mi hijo que os sirviera y no ha querido aceptar, porque sirve ya al señor de Montmorency. Vale más que nos expliquemos francamente sobre este asunto. Mi hijo, monseñor, sorprendió un terrible secreto. Ignoráis cuál y voy a decíroslo: Asistió a vuestra entrevista en la hostería de «La Adivinadora». Tiene, pues, motivos para temer vuestra cólera o el terror de alguno de vuestros acólitos, como, por ejemplo, el señor de Guitalens.

»Está persuadido de que si lo tuvierais en vuestro poder, lo mandaríais a la Bastilla, de donde salió por milagro… He aquí las buenas y sólidas razones que me ha dado para no venir, sin contar, por otra parte, con que, como ya os he dicho, pertenece a Montmorency. Yo soy vuestro y de ello resulta que me veo en la necesidad o de haceros traición, cosa que no quiero, o ser enemigo de mi hijo, lo que me parece más imposible todavía.

»Sentadas estas premisas con toda la claridad que me ha sido posible, hemos de convenir francamente en cuáles van a ser nuestras relaciones en lo venidero… O me habéis contratado para la

campaña contra el rey, o esperáis otra cosa de mí. Si me exigís cumplir las condiciones estipuladas, seré para vos un compañero leal, fiel y, según creo, de alguna utilidad. Si, por el contrario, so capa de una lucha política, queréis hacerme tomar parte en vuestras guerras de familia, no podré serviros, monseñor, porque a ningún precio quiero ser enemigo de mi hijo.

El mariscal había escuchado estas palabras con indecible satisfacción.

—Pero —preguntó— ¿por qué el joven va contra mí?

—No hay tal —dijo Pardaillán—. Únicamente sirve a Montmorency. Tiene tan poca gana de enemistarse con vos, monseñor, que esta misma noche se marcha de París.

—¿Y por qué ha de irse? Voy a hablaros francamente, Pardaillán. Es cierto que formé el proyecto de devolverlo a Guitalens, pues aun cuando ignoro los medios de que se valió, pudo sorprender mi conversación con el gobernador de la Bastilla. (El aventurero sonrió adoptando candorosa actitud). Pero tal como es vuestro hijo, a juzgar por lo que de él sé y he visto, el caballero es incapaz de revelar un secreto.

»Su audacia en penetrar aquí, su actitud en el Louvre y el modo como salió del gabinete real, que, sin duda, os habrá referido (Pardaillán hizo un signo afirmativo), todo, en fin, sin contar que me salvó la vida, y sin contar tampoco lo que acabáis de decirme, hace que desee ardientemente contarle entre los nuestros. Pardaillán, vuestro hijo es muy valiente, pero está solo y no tiene apoyo. Traédmelo, lo haré rico, lo casaré y lo convertiré en un personaje en la próxima corte de Francia.

—Olvidáis, señor, que a causa del asunto del Louvre, lo persiguen y que se verá obligado a salir de París, si no quiere ser ahorcado.

—En mi palacio —dijo Damville sonriendo— el caballero estaría más seguro que en cualquiera de los castillos en donde le va a enviar mi hermano. Id a hablar con él, Pardaillán.

—Si no me engaño, monseñor, ya se habrá marchado, porque la cosa urgía, como veréis por lo que voy a relataros.

Y entonces Pardaillán refirió a Damville el sitio de «El Martillo que Golpea», cosa que el mariscal escuchó con creciente y no

disimulada admiración.

—Ya veis que era necesaria su salida de París.

—Pero entonces vos estáis tan comprometido como él. ¿Por qué os quedáis?

—Porque prometí ayudaros, monseñor —contestó sencillamente Pardaillán.

El mariscal tendió la mano al aventurero, el cual se inclinó, más bien para ocultar una sonrisa que por respeto.

Así fue como Pardaillán padre fue acogido en el hotel de Mesmes, y gracias a su astuta sinceridad, gozó más que nunca del favor de Damville. Los dos Pardaillán, después de haber corrido el peligro de carecer de albergue, tuvieron cada uno de ellos un palacio por morada.

XXXIX - La reina madre

TRES DÍAS DESPUÉS de la escena del Louvre, y en cumplimiento de la promesa hecha a su hermano, Francisco de Montmorency se dirigió al hotel de Mesmes, resuelto a terminar definitivamente aquel odio de diecisiete años. Fue solamente precedido de un heraldo de armas.

El caballero de Pardaillán había insistido en vano para acompañarlo.

El mariscal atravesó París sin ningún aparato, revestido de su coraza de piel de gamo sin curtir y ciñendo una espada de combate. Montaba un caballo completamente negro, igual al de su escudero.

Eran casi las siete de la tarde cuando el mariscal llegó ante el palacio de Mesmes. A la sazón se ponía el sol, cosa que el mariscal había tenido en cuenta, pues habiendo dado tres días a su hermano para reflexionar, no quería exponerse a que le dijeran:

—No han transcurrido los tres días; faltan todavía unos minutos.

Francisco esperó aún; un cuarto de hora para estar seguro de que procedía de acuerdo con su derecho. Los transeúntes vieron sin gran asombro aquella doble estatua ecuestre que parecía guardar la puerta del palacio. Pero los que reconocieron al mariscal y estaban enterados del odio que dividía a la familia, aunque sin conocer el motivo, se apresuraron a pasar, porque las luchas de dos ilustres señores como Damville y Montmorency formaban parte de aquellas cosas que un hombre sensato debía ignorar.

Como Francisco hubo mirado a lo lejos las torres del Temple y vio que el sol no las doraba ya con sus últimos rayos, hizo una seña al heraldo y éste, sin bajar del caballo, tocó el cuerno que a prevención llevaba.

La gran puerta del palacio continuó cerrada; todas las ventanas lo estaban también, y la sombría morada parecía abandonada.

Por dos veces más se oyó el sonido del cuerno, pero nadie de la casa contestó. Algunas cabezas salieron a las ventanas de las casas vecinas, pero pronto desaparecieron.

Entonces, obedeciendo a una nueva señal del mariscal. El heraldo de armas echó pie a tierra y golpeó la puerta con el aldabón.

Abrióse un ventanillo que al lado había y una voz preguntó:

—¿Por quién preguntáis?

—Por Enrique de Montmorency, llamado duque de Damville —contestó el heraldo.

—¿Qué le queréis?

—Venimos a pedirle justicia, por una injuria que nos infirió y si rehúsa apelaremos al juicio de Dios.

Entonces se entreabrió la puerta, y un oficial, vistiendo el uniforme de la casa de Damville, salió a la calle. Descubriéndose respetuosamente ante Francisco, le dijo:

—Monseñor, siento tener que comunicaros una mala noticia. El palacio está desde ayer deshabitado. Nuestro señor, monseñor de Damville, ha salido de París, por orden expresa de Su Majestad. Ahora, monseñor —continuó el oficial—, si os place reposar en esta morada, me esforzaré en cumplir con vos las leyes de la hospitalidad tanto como me lo permitan las circunstancias y la ausencia de todos los criados.

Francisco miró al heraldo, y éste contestó:

—Rehusamos la hospitalidad ofrecida.

El oficial se cubrió entonces y, entrando en la casa, cerró la puerta, El heraldo tocó nuevamente el cuerno y por tres veces seguidas llamó en voz alta a Enrique de Montmorency, señor de Damville.

Luego echó pie a tierra y aproximándose a la puerta, dijo:

—Enrique de Montmorency, hemos venido a pedirte razón de una grave injuria. Te habíamos prevenido que estaríamos hoy ante tu puerta. Declaramos que has huido cobardemente, te consideramos felón y te dejamos nuestro guante en señal de desafío, pues nuestra causa no puede ser más justa.

Entre tanto, Francisco se descalzaba un guante. El heraldo lo tomó y sacando de las alforjas de su caballo un clavo y un martillo, se acercó a la puerta del palacio y clavó en ella el guante.

Durante algunos minutos Francisco de Montmorency esperó a que su hermano contestara a este ultraje, pues no dudaba que, en

realidad, se hallaba en el palacio; pero viendo que la puerta continuaba cerrada y no oyendo ningún ruido, se retiró.

En aquel momento dos hombres aparecieron en la esquina de la callejuela en que el caballero de Pardaillán trató de atacar al carruaje del mariscal de Damville. Eran el caballero en persona y el conde de Marillac.

Una vez que Francisco de Montmorency hubo salido de su palacio, Pardaillán salió casi enseguida y se dirigió a la calle de Bethisy, en donde halló al conde. En dos palabras le contó la tentativa que iba a hacer el mariscal. Marillac, que no tenía mucho interés en ayudar a Montmorency a pesar de la simpatía que le inspiraba, pero que, en cambio, estaba dispuesto a ayudar con todas sus fuerzas al caballero por el que cada vez sentía mayor admiración, no vaciló en seguir a su amigo, que lo condujo al palacio de Mesmes.

—Si el mariscal entra en el palacio y no lo vemos salir, entraremos a nuestra vez para saber lo que ha sido de él.

—No creo que entre —dijo el conde—. Conozco bastante a Damville, para suponer que querrá evitar una entrevista de este género.

Los dos jóvenes, ocultos en el hueco de una puerta, asistieron a la escena que acabamos de relatar.

—Ya veis cómo lo había adivinado —dijo el conde de Marillac, cuando el mariscal hubo partido.

Volvieron entonces al hotel de Coligny, y una vez allí, Pardaillán tendió la mano a su amigo y le dijo que se volvía a casa del mariscal. Pero el conde lo retuvo.

—¿Queréis —dijo— hacerme un gran favor?

—Si es posible, con el mayor placer, y aun cuando fuera imposible, también lo haría tratándose de vos.

—La cosa es de las posibles, querido amigo: se trata sencillamente de cenar conmigo esta noche. Son casi las ocho, iremos a una hostería que conozco y en la que no correréis riesgo de ser visto. Luego, hacia las nueve, os conduciré a una casa y os presentaré a cierta persona que deseo conozcáis.

—¿A quién? —dijo el caballero sonriendo, pues ya sospechaba de lo que se trataba—. La otra noche me presentasteis a un rey, a

un príncipe y a un mariscal, y os advierto que no quiero conocer a personas de menor rango.

—Se trata de mi novia —dijo el conde.

—Entonces es una reina —dijo el caballero— y os aseguro que prefiero tal presentación a las que el otro día me hicisteis.

—Así, aceptáis. ¿Estáis libre esta noche?

—Sí, amigo mío, pero aun cuando estuviera encerrado en la Bastilla, la demolería para tener el honor de ser presentado a vuestra prometida.

Hablando de esta suerte y diciendo con la mayor naturalidad enormidades como la referida, los dos amigos, cogidos del brazo, se encaminaron hacia la hostería indicada por el conde y allí cenaron con gran apetito, como si ninguno de los dos tuviera motivos de preocupación bastante terribles para quitar el apetito al más hambrón.

Hacia las nueve, el conde de Marillac, seguido del caballero, se dirigió a la calle de la Hache.

Alicia de Lux lo esperaba aquella noche con ansiedad y terror extraordinarios por causas que ya veremos más adelante. Pero antes es necesario hacer una observación que, sin duda, no habrá escapado al lector.

Varias veces Pardaillán y Marillac hablaron de la escena del Puente de Madera, pero Pardaillán nunca había referido que la reina de Navarra iba acompañada por una joven que parecía ser su confidente. Por su parte, Alicia de Lux, que era la prudencia personificada, nunca dijo a su prometido que estaba en aquella ocasión con la reina, pues temía que una palabra imprudente hubiera podido revelar su verdadera personalidad. De ello resultaba que Marillac no sabía que Pardaillán hubiera salvado a su prometida, y por otra parte, el caballero ignoraba que la compañera de la reina de Navarra fuera precisamente aquella joven de la que su amigo le hablaba con tanta pasión.

Ahora volvamos a Alicia de Lux.

Ya hemos dicho que la joven sentía ansiedad y terror. La ansiedad la tenía por causa la presencia de Juana de Piennes y Luisa. Ciertamente había tomado todas las precauciones y las dos

mujeres se alojaban en el primer piso, en dos habitaciones que daban a la parte posterior de la casa. Estaban encerradas con llave, pero cualquier accidente fortuito podía revelar su estancia en la casa. Y entonces ¿cómo explicaría su presencia? ¿Y si Juana de Piennes hablaba? ¿Y si pedía auxilio al conde? Entonces Marillac comprendería que Alicia de Lux ejercía el innoble oficio de carcelera. Y toda su vida de espía y de mujer venal a sueldo de Catalina, iba a revelarse.

Pero esto no era todo, porque si bien el peligro hubiera sido grande, Alicia tenía fértil imaginación y era maestra en mentiras. Esperaba, pues, en caso necesario, poder salir de este mal paso. Lo que provocaba su terror, era un lacónico billete que acababa de recibir.

No se olvidará que, de acuerdo con lo convenido con la reina Catalina, Alicia debía depositar cada noche en la ventana más baja de la torre construida para el astrólogo Ruggieri, una especie de parte policíaco. Generalmente, se contentaba con trazar algunas lacónicas palabras, disfrazando su carácter de letra, que decían:

«Nada nuevo».

O bien:

«Tengo al hombre, todo va bien».

Aquella noche, en el momento en que Alicia echaba el parte, se sintió coger la mano y alguien deslizó en ella un papel plegado, de modo que ocupara el menor espacio posible. Regresando apresuradamente a su casa, la espía desplegó el papel, y al leerlo sintió que su corazón palpitaba con fuerza. Lo leyó de nuevo con profunda atención para grabar en la memoria las palabras que contenía, luego quemó el papel y esparció las cenizas como si hubiera temido que alguien pudiera descifrar su contenido.

Aquel billete procedía de Catalina de Médicis y no llevaba ninguna firma, ni signo que hubiera podido dejar adivinar quién lo había escrito o dictado. La letra era masculina, y he aquí lo que decía:

> Retened al hombre esta noche hasta las diez. A dicha hora hacedlo salir. Si quiere pasar la noche con vos, inventad una excusa, pues es preciso que a las diez esté en la calle. No hay inconveniente en añadir que no se le hará ningún mal.

La cínica suposición de que el conde quisiera pasar la noche en la casa, avergonzó a Alicia de Lux, y dos lágrimas se escaparon de sus ojos. En cuanto a las dos últimas palabras del billete, no la tranquilizaron. Si Catalina de Médicis quería que el conde estuviera en la calle a las diez era porque intentaba hacerlo atacar, o prender… ¿Qué sería de ella? Toda suerte de siniestros presentimientos la asaltaron.

Y cuando oyó el aldabonazo, aún no había tomado ninguna resolución.

—Aquí está —murmuró poniéndose pálida como si no hubiera esperado la llamada.

Inmediatamente se resolvió a retener toda la noche a Marillac, si era preciso. Estaba ya tan cansada de aquella existencia llena de sobresaltos, en que el menor ruido alteraba el ritmo de su corazón y era necesario mentir sin cesar, inventar, combinar nuevas mentiras a cada momento, que hasta la tan temida catástrofe de que el conde supiera quién era ella, no le causaba ya el espanto de otras veces. No obstante, no tuvo ánimos para salir al encuentro de su prometido como solía y fue Laura la que abrió la puerta. Algunos instantes más tarde, el conde entró en la estancia en que ella se encontraba y al verla tan sonriente nadie hubiera podado adivinar la angustia que sentía.

—Querida Alicia —dijo el conde—, quiero presentaros al caballero de Pardaillán, a quien considero como a un hermano, y espero que vos lo querréis también por amor a mí.

Y hablando así, el conde cogió del brazo a Pardaillán, que había quedado atrás.

Alicia se estremeció, pues a la primera mirada reconoció al joven del Puente de Madera, que después de haber salvado la vida a

la reina de Navarra, la había acompañado a casa del judío.

Pardaillán, que después de haberse inclinado levantó la cabeza, la reconoció también enseguida. Alicia sintió un momento de punzante angustia y se preparó a dar una explicación si el caballero manifestaba reconocerla.

Pardaillán no hizo el menor gesto de sorpresa y fingió tan perfectamente que veía a Alicia por vez primera, que la joven se engañó. Ya tranquilizada, tendió su mano al joven y con su dulce voz, que constituía uno de sus encantos, dijo:

—Señor caballero, ya que sois amigo del conde, permitidme que os exprese mi satisfacción de veros en mi casa. Un amigo es cosa preciosa, señor, y atendida la situación en que el conde se halla en París —añadió con alterada voz—, es realmente una felicidad para él poder contar con un hombre como vos.

—Caballero —dijo el conde riendo—, a la primera mirada Alicia ha adivinado lo que valéis.

—Señora —dijo Pardaillán—, he sentido amistad por el conde desde el momento en que lo vi. Es un noble carácter, y si mi amistad sincera puede contribuir a su felicidad, os aseguro que seré dichoso.

Marillac, radiante de alegría, no observó que la respuesta de Pardaillán le estaba consagrada por entero.

«*¿Por qué este joven no hace mención de mí?*» —se dijo Alicia—. «*¿Sabrá acaso quién soy?*».

Y para substraerse a la obsesión del momento, se dispuso a preparar refrescos.

«*¿Por qué?*» —se preguntaba Pardaillán— «*hallo aquí a la compañera de la reina de Navarra ¿Por qué parece tan turbada e inquieta? Recuerdo que la reina le reprochó de extraño modo el haberla llevado hacia el Puente de Madera*».

Y el caballero empezó a examinar cuidadosamente a la joven. Al cabo de algunos minutos se rompió el hielo y los tres hablaban alegremente, si bien Alicia observaba con terror que la manecilla del reloj avanzaba hacia las diez.

«*¿Qué haré? ¿Cómo se lo diré?*» —pensó.

Dieron las diez, y Alicia, para ocultar su turbación, se puso a hablar con volubilidad, y su conversación hubiera parecido

encantadora a otro que no fuera Pardaillán, cuyas sospechas se despertaban a cada momento. Parecíale que hacía gestos equívocos. Sorprendió varias veces que palidecía o se ponía colorada. Había algo raro en algunas de las entonaciones de su voz y no se sorprendió, por lo tanto, al oír el grito de terror que dio cuando el conde, levantándose, le anunció que era hora de marcharse.

—Por Dios —dijo con angustia—. Quedaos todavía.

—¿Ya vuelves a sentir miedo, querida mía?

—Señora —intervino el caballero—, os juro que, por lo menos, esta noche no sucederá nada desagradable a mi amigo.

Ella le dirigió una mirada de reconocimiento y dijo al conde:

—Id, amigo mío, pero acordaos de que me habéis jurado ser cauto.

Y cuando los tres se hallaban en el jardincillo, se inclinó de repente hacia Pardaillán y le dijo en voz baja:

—¡Por piedad! No le dejéis hasta que esté en seguridad. Creo que quieren matarlo.

El caballero no pudo reprimir un estremecimiento. Tales palabras confirmaban las extrañas cosas que había observado en aquella mujer. En cuanto a ella, pensó:

«*Lo que acaba de decir me entrega a esta joven. La cuestión se reduce a saber si es tan leal como parece*».

Los dos hombres salieron y se alejaron. Alicia permaneció bastante rato en la puerta de su casa escuchando con atención, pero no oyendo nada se retiró casi tranquilizada.

—¿Qué os parece? —preguntó el conde a Pardaillán, cuando estuvieron a cierta distancia de la casa.

—¿De qué?

—De ella, ¿de quién, pues?

—Dispensadme, querido amigo…, pienso… que es una joven adorable… ¿Qué hay en aquel rincón?

Acercáronse los dos y no vieron nada. Pardaillán estaba contento de haber desviado la conversación, pero pensaba:

«*¿Debo acaso decirle que su prometida me inspira extraña desconfianza?*».

—¿Os habéis fijado —continuó el conde— en su recomendación de que fuera cauto? A veces se ve asaltada por terrores

inexplicables.

—¡Oh! —Dijo el caballero—, ¿quién os prueba que no son justificados?

—¿Qué queréis decir?

—¡Qué sé yo! Creo que las mujeres tienen instintos superiores a la razón del hombre. ¿Quién sabe si vuestra prometida conoce cosas que vos ignoráis?

El caballero se detuvo entonces, porque un pensamiento acababa de atravesar su espíritu.

«*¿Con qué derecho voy a destruir el amor de mi amigo? Y además, ¿en qué se fundan mis sospechas? Evidentemente esta mujer tiene algo que ocultar, pero lo ama, y esto lo perdona todo*».

Y entonces, en voz alta, dijo al conde:

—Si yo tuviera la dicha de ser amado como vos, obedecería a mi adorada en todo y por todo, hasta en sus inexplicables caprichos.

—Sí, sí —dijo el conde sonriendo—, con toda seguridad. Alicia no tiene serios motivos para sentir terror. Solamente me lo explico por el gran amor que me profesa.

En aquel momento, cuando entraban en la calle de Bethisy, una sombra que los había seguido paso a paso, se aproximó a ellos. Los dos jóvenes se pusieron en guardia.

—Señores —dijo el hombre—. No temáis nada. Únicamente quiero decir dos palabras al conde de Marillac.

Pardaillán se estremeció al reconocer la voz de Maurevert. Guardó silencio y se tapó con la capa, de modo que solamente quedaran los ojos al descubierto. Marillac entonces contestó:

—Soy yo, señor. ¿Qué tenéis que decirme?

Maurevert miró atentamente a Pardaillán, pero no pudo reconocerlo.

—Señor conde —dijo—, quisiera hablaros a solas.

Pardaillán estrechó con fuerza el brazo de su amigo, y éste, comprendiendo el significado de ello, contestó:

—Podéis hablar ante este caballero, que es mi amigo y para el cual no tengo secretos.

Maurevert vaciló un momento y trató de nuevo de reconocer a Pardaillán. Por fin, haciendo un gesto indicador de que obedecía contra su voluntad, dijo:

—Señor conde, cierta persona me ha encargado rogaros que me acompañarais a su casa.

—¿Quién es esa persona? —preguntó Marillac.

—Una mujer de rango augusto. Es todo lo que puedo deciros en presencia de otra persona, pues este secreto no me pertenece. Debo añadir, no obstante, que esta mujer no se halla ya en edad de correr aventuras galantes.

—Si accedo, ¿a dónde debo acompañaros?

—Hasta la primera casa del Puente de Madera, señor conde. Ya veis que no os lo oculto. Pero deberéis ir solo.

—¿Quién sois? —preguntó Marillac.

—Perdonad que no os lo diga, señor conde. Ved en mí solamente, a un diputado de la persona que me envía.

Pardaillán arrastró entonces a Marillac a cierta distancia.

—¿Iréis? —Preguntó en voz baja—. Recordad que jurasteis ser prudente.

—No iré —contestó Marillac.

—Haréis bien, querido amigo. ¿Sabéis quién es el hombre que os habla? Maurevert, uno de los esbirros de la reina Catalina. ¿Sabéis quien os espera en la casa del Puente de Madera? Médicis en persona.

—¿Estáis seguro de ello? —preguntó Marillac con voz tan extraña que asombró a Pardaillán.

—Pondría las manos en el fuego —contestó éste—. Así, pues, amigo mío despidamos a Maurevert con todos los honores debidos, es decir…

Pardaillán no tuvo tiempo de acabar la frase, porque Marillac se volvió hacia Maurevert y con extraño tono le dijo:

—Estoy pronto a seguiros, caballero.

Y en voz baja se dijo con amargura:

«*Quiero ver a mi madre de cerca*».

—¿Qué hacéis? —exclamó Pardaillán.

—Venid, señor conde —dijo Maurevert.

El caballero trató de retener a Marillac, pero éste, presa de turbación inexplicable, abrazó a su amigo como para despedirse de él, acercó la boca a su oído y con voz conmovida, dijo:

—Amigo mío, me despido de vos y os bendigo por toda la

felicidad que me ha proporcionado vuestra amistad.

—¿Estáis loco, amigo? —exclamó Pardaillán.

—No, porque creo que Catalina de Médicis va a hacerme asesinar.

—¡Pues por Dios os juro que no os dejo solo!

—Os ruego que me dejéis, Pardaillán, porque a donde voy no podéis acompañarme.

—Conde, no os dejo. Ni vos ni yo moriremos. ¡Por Barrabás!

—Pardaillán, no es el conde de Marillac quien va a visitar a la reina madre, sino Diosdado, el niño recogido en las gradas de una iglesia. ¿Queréis comprender con una sola palabra la causa de mi tristeza, que habrá podido pareceros extraña? ¿Queréis saber por qué, aun temiendo que van a asesinarme, persisto en ir a ver a la reina?

Y sin esperar respuesta de Pardaillán, le dijo:

—Pues bien, es porque quiero conocer a Catalina de Médicis, que es mi madre.

Y substrayéndose a su amigo, el conde hizo una seña a Maurevert y se lanzó rápidamente en dirección al Puente de Madera. Maurevert lo siguió, no sin haber procurado distinguir el rostro de Pardaillán, pues en vano había prestado oído a la conversación que sostuvo con el conde y no le fue posible reconocer su voz.

El caballero, en tanto, permaneció algunos instantes como alelado.

«*¡Diosdado hijo de la Médicis!*» —exclamó para sí.

Pero, recobrando inmediatamente su sangre fría, dirigióse a su vez hacia la casa que conocía bien, con ánimo de vigilar los alrededores mientras el conde estuviera dentro y dispuesto a penetrar en ella, si tardaba en salir.

Y mientras corría, una pregunta obstinada se formulaba en su espíritu:

«*¿Acaso Alicia de Lux sabía que Maurevert esperaba a Marillac en la calle?*».

Casi enseguida llegó al Puente de Madera, cuyos alrededores estaban desiertos y silenciosos. Maurevert y Marillac habían desaparecido ya y el caballero examinó con cuidado la misteriosa

casa en que viera tiempo atrás a Catalina de Médicis. El edificio estaba silencioso y rodeado de tinieblas. Y con sus ventanas provistas de rejas de hierro, su sólida puerta y el tejado agudo que en la obscuridad parecía provisto de torrecillas, aquélla se asemejaba a una fortaleza.

«*Es un Louvre en miniatura, pero más formidable que el verdadero*» —*pensó Pardaillán*—, «*porque en éste, en los vastos salones dorados, un rey débil y enfermizo es el amo, mientras que aquí la gran reina, como la llaman sus partidarios, forja, en trágico silencio, pensamientos de que puede salir el rayo. Y esta reina, madre de Francisco, que murió de extraña enfermedad después de pocos meses de reinado; madre de Carlos, que se muere de un mal desconocido; madre de Enrique de Anjou, más mujer que hombre; madre de Margarita, más hombre que mujer, es también madre de Diosdado, en quien se reúnen la perfección del cuerpo humano, la grandeza de alma, la inteligencia brillante y el corazón del héroe. Esta mujer que ha dado vida a seres tan diversos, monstruos de belleza o de fealdad, que ha creado la fuerza y la debilidad, ¿no será también un monstruo?*».

Y se la figuraba tal como la viera en la sencilla estancia de aquella casa, sentada en aquel sillón de gran respaldo de madera negra, envarada, blanca, con aguda sonrisa de santa a quien el escultor hubiera tenido capricho de dar mirada satánica.

La reina crecía en la imaginación de Pardaillán y a la sazón no era ya una mujer ni la reina; era una maga prodigiosa, venida de fabulosas regiones para llevar a cabo una obra terrible con ayuda de los maleficios de su espíritu poderoso y perverso.

Pardaillán no era soñador ni contemplativo, pero sentía la influencia misteriosa que se desprendía de Catalina. No obstante, se substrajo de pronto a su ensimismamiento y volvió a ser el hombre de acción.

«*Por reina, maga o demonio que sea, que no se atreva a tocar un cabello del conde, porque iría a buscarla al Louvre y dejaría huérfano al rey de Francia*».

El caballero buscó entonces un sitio conveniente para ocultarse y no encontró otro mejor que las ruinas del cobertizo que anteriormente había derribado para salvar a la reina de Navarra.

Allí se ocultó con la daga en una mano y los ojos fijos en la

misteriosa casa del Puente de Madera.

En ella tenía lugar una terrible escena, a pesar de la aparente frialdad de las palabras que se decían sus actores, que eran la reina Catalina, el astrólogo Ruggieri y Diosdado, es decir, la madre, el padre y el hijo.

Para que el lector se de perfecta cuenta de lo que allí sucedía, precederemos al conde de Marillac y penetraremos en la casa, como ya hicimos antes de que Pardaillán entrara en ella. Antes de la llegada del conde, Catalina no escribía, sino que estaba completamente preocupada por si Marillac iría o no a visitarla.

Ruggieri la contemplaba silenciosamente con creciente angustia.

—¿No te he dicho que te tranquilizaras? —Decía la reina—. No quiero que muera hoy. Quiero sondearlo y, si es tal como espero, si reconozco en él mi sangre y mi raza, está salvado. Eres su padre y comprendo tus temores. Y yo, Renato, soy su madre, pero también la reina, y debo ahogar la maternidad, para pensar sólo en los asuntos del Estado, y si este hombre se aparta de mí, morirá.

—Catalina —dijo Ruggieri, que en sus momentos de emoción olvidaba la etiqueta—, que viva o muera, ¿qué tiene que ver él con los asuntos del Estado?

—Toda la cuestión está ahí —interrumpió Catalina con sorda voz—. Si el secreto debiera ser guardado siempre, trataría de olvidar que hay alguien en el mundo que puede pedirme cuentas por mi abandono. Sí, creo que conseguiría olvidar, pero vivir con esta amenaza perpetua es imposible. ¿Crees que mi corazón no se conmovió cuando me dijiste que vivía? ¿Crees acaso que sin pesar alguno me dije que sólo los muertos son capaces de guardar un secreto?

—¡Ah, señora! —exclamó el astrólogo con amargura—. ¿Por qué no decís de una vez que habéis resuelto su muerte y que nada puede salvarlo, pues su padre es impotente y su madre lo condena?

—Te repito que no está condenado… todavía. Al contrario, si él quiere, las cosas pueden arreglarse. Escucha, he estudiado cuidadosamente el asunto y creo que podría arreglarse muy bien de acuerdo con lo que he imaginado.

Catalina guardó silencio algunos momentos, como si vacilara en

revelar todo su pensamiento, pero ya estaba acostumbrada a hablar con Ruggieri como si pensara en alta voz. El astrólogo no era para ella más que un eco, fiel esclavo de sus deseos y habituado a una obediencia absoluta.

—¿Qué es lo que quiero? —continuó diciendo—. Que mi hijo, el verdadero hijo de mi corazón, sea rey. Una vez que Dios llame a sí al desgraciado de Carlos, Enrique subirá al trono. Es cosa muy sencilla, pero ante nosotros se levanta un enemigo terrible que no nos dará cuartel. Será necesario sucumbir o exterminarlo. Nuestros enemigos son los Borbones. Juana de Albret, astuta y ambiciosa, desea la corona de Francia para su hijo Enrique de Bearn. El trono de Navarra no es para ella más que un escalón para conducirla a mayor altura y, para defenderme, no tengo otro remedio que suprimir este escalón. Si Juana de Albret muere, desaparece virtualmente el reino de Navarra y he aquí que los Borbones se ven inutilizados para siempre. Entonces ¿a quién pondríamos sobre el trono de Navarra? A uno que fuera como yo, de mi raza, y que no pudiera desagradar ni a España ni al Papado. ¿Comprendes, Renato? Mi hijo Enrique, rey de Francia…, y él, el hijo clandestino, rey de Navarra.

Tal vez Catalina era sincera y quizá trataba de dar, en realidad, el reino de Navarra al conde de Marillac; pero Ruggieri, que estaba acostumbrado a las ideas de Catalina, meneó tristemente la cabeza cuando oyó llamar, y al ver que Maurevert introducía a Marillac, sintió que un estremecimiento recorría su cuerpo.

Maurevert no se quedó en la casa, sino que, en cumplimiento de órdenes que, sin duda, habría recibido anteriormente, después de haber introducido al conde, se retiró enseguida.

Ruggieri y Marillac se quedaron solos por un instante en la sala de la planta baja, y por fin el astrólogo, que tenía una antorcha en la mano, dijo con temblorosa voz:

—Sed bienvenido a esta casa, señor conde.

Marillac, trastornado a su vez por indecible emoción, no observó la que dominaba al astrólogo, y se contentó con inclinarse. Y como observara que Ruggieri le hacía seña de seguirlo, obedeció andando con paso firme.

Llegado al primer piso, Ruggieri empujó una puerta y se echó a

un lado para dejar pasar al conde Marillac. Éste dirigió una mirada a su alrededor fijándose especialmente en las manos del astrólogo.

—Nada temáis, caballero —dijo Ruggieri palideciendo al observar las sospechas de su hijo.

Éste se encogió de hombros y atravesó la puerta. Inmediatamente se vio en presencia de la reina Catalina, sentada en un sillón.

«*Mi madre*» —pensó el joven dirigiendo a la reina ardiente mirada.

«*Mi hijo*» —pensó ésta inmovilizando su rostro y tomando glacial expresión.

El conde estaba emocionado y esperaba una palabra, un gesto de ternura para dejar desbordar los sentimientos que ocupaban su corazón. Tal vez un gesto hubiera bastado para que cayera de rodillas ante la reina y le besara la mano.

—Señor conde —dijo fríamente Catalina—, no sé si me reconocéis.

—Sois… —empezó a decir Marillac, y arrastrado por la pasión filial que llenaba su alma iba a continuar: «*Sois mi madre*».

—¿Quién? —interrogó Catalina con la misma tranquilidad aparente.

—Reconozco a Vuestra Majestad —dijo el conde—. Sois la madre… del rey Carlos IX de Francia.

—¿Me habíais visto antes?

—Sí, señora, tuve el honor en Blois.

—Bien, caballero. Voy a hablaros con toda franqueza. He sabido que estabais en París, y no quiero saber lo que habéis venido a hacer ni a qué personajes habéis visto. Sé, solamente, que el conde de Marillac es un amigo fiel de nuestra prima de Albret. Sé que la reina Juana tiene en vos confianza sin límites, y como quiero hablar a esta gran reina con el corazón en la mano, he pensado que seríais para ella un mensajero agradable.

Mientras la reina hablaba, Marillac la contemplaba con ardiente curiosidad. Y asombrada por aquella mirada que sobre ella pesaba y de la extraña palidez que se extendía en el rostro del conde, se detuvo atemorizada, creyendo que su hijo iba a preguntarle por qué lo había abandonado inmediatamente después de nacer.

Pero muy pronto la reina se sintió tranquilizada al ver que el conde, haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, tomaba respetuosa actitud y contestaba con tranquila voz:

—Espero la comunicación de que Vuestra Majestad quiere encargarme y me atrevo a aseguraros, señora, que será fielmente transmitida a mi reina.

«*No sabe nada*» —pensó Catalina dando un suspiro de alivio—. «*¿Cómo va a saberlo?*».

La certidumbre de su seguridad serenó su semblante, y adoptando su actitud favorita, apoyó un codo en un brazo del sillón y la barbilla en la mano y dijo:

—Lo que voy a comunicaros es de extrema gravedad y requiere que os de algunas noticias preliminares. Por lo pronto, conde, no os asombréis de que os reciba aquí por la noche en presencia de un amigo fiel, en vez de recibiros en el Louvre, en pleno día y en presencia de la corte. Hay para ello dos motivos; el primero y más esencial es que todo el mundo, excepto yo, ignora vuestra presencia en París, así como la de ciertos personajes. No quiero descubrirlos, ni entregaros a odios de partido. La segunda razón es que toda la negociación de que voy a encargaros debe permanecer secreta.

El conde se inclinó.

«*¡Oh, cuánto hubiera dado porque la reina no fuera la mujer perversa que él imaginaba! ¡Cuánto le hubiera gustado poderla amar de lejos, ya que de cerca y abiertamente no le era posible!*».

—Además —continuó la reina— debo explicaros por qué os he elegido con preferencia a otro. Hubiera podido encargar de esta misión a cualquiera de mis gentilhombres o también a uno de los del rey. A Dios gracias, hay en la corte de Francia buen número de altos personajes para tratar con Juana de Albret. Hubiera podido rogar a d'Andelot, el anciano capitán de Enrique de Bearn, que viniera a visitarme. Yendo más lejos, me parece que el almirante Coligny se hubiera creído honrado con semejante embajada. Por fin, y para revelaros por completo mi pensamiento, creo que no me hubiera dirigido en vano al príncipe de Condé, y a falta de todos estos diputados, me habría dirigido sin vacilar al mismo rey de Navarra.

Marillac, que nada temía para sí, tembló al oír nombrar, uno

detrás de otro, los personajes que secretamente habitaban la casa de la calle de Bethisy. La reina no manifestó hallarse enterada de su estancia en París, pero pronunció los nombres de todos, uno después de otro, como si hubiera querido atemorizar a Marillac.

Comprendió que había logrado su objeto, y su satisfacción se tradujo por una débil sonrisa, que, observada por Marillac, hizo que perdiera instantáneamente toda su emoción filial. Ya no hubo allí más que el servidor y amigo fiel de Juana de Albret y el compañero de juegos y guerras de Enrique de Bearn.

—Sí, conde —continuó diciendo Catalina—, he querido encargaros a vos solo los intereses de un Estado todopoderoso; únicamente a vuestras manos he querido confiar la tranquilidad de dos reinos y la solución de la enemistad que tanta sangre ha costado a los hombres y tantas lágrimas a las madres, y esto lo lamento con toda mi alma, porque además de reina, soy también madre.

Esta palabra de impudencia increíble en semejante momento, sacudió al conde de Marillac con tal violencia, que se puso lívido y le flaquearon las piernas, y a no haberse apoyado en el respaldo de una silla, habría caído. Pasó inadvertida a la reina la emoción del conde, pero no al astrólogo, que comprendió la razón que la motivaba.

—Os decía —continuó la reina— que he pensado en vos porque sé cuánto os quiere Juana de Albret. Además os he buscado porque tengo ciertas miras sobre vos.

—¿Acaso tendré el honor de que Vuestra Majestad me conociera anteriormente?

—Sí, caballero, os conozco y desde hace mucho más tiempo del que podéis imaginar.

—Espero que Vuestra Majestad me exponga lo que acaba de anunciarme.

—En seguida, conde. Por el momento quiero indicaros las proposiciones firmes y francas que lealmente os encargo transmitir a mi prima de Albret. Oídme atentamente y grabad mis palabras en vuestra memoria. Así habré asegurado la paz del mundo, y si alguna terrible calamidad cae sobre el reino, no seré responsable de ella, ni ante Dios, ni ante los reyes de la tierra.

Catalina permaneció unos instantes pensativa y luego dijo:

—Con razón o sin ella, soy considerada como representante del partido de la misa; y también, con más o menos justicia, se considera a Juana de Albret representante de la nueva religión. He aquí lo que le propongo; Paz duradera y definitiva; derecho para los reformados de sostener un sacerdote y erigir un templo en París y libertad asegurada para el ejercicio de su culto; diez plazas fuertes elegidas por la reina de Navarra a título de refugio y garantía; veinte empleos en la corte para sus correligionarios; derechos para predicar su teología; derecho a acceso a todos los empleos, como si fueran católicos. ¿Qué os parecen estas condiciones, señor conde? Os pido vuestra opinión personal.

—Señora, creo que, si se observaran, no habría más guerras de religión.

—Bueno. He aquí ahora las garantías que espontáneamente ofrezco, porque se podrían creer insuficientes mi palabra y la firma sagrada del rey. El duque de Alba extermina en los Países Bajos a los partidarios de la religión reformada. Ofrezco reunir un ejército que, en nombre del rey de Francia, irá a socorrer a vuestros hermanos de los Países Bajos, y esto, a pesar de todo mi afecto por la reina de España y por Felipe. A fin de que no haya dudas, el almirante Coligny asumirá el mando supremo y elegirá a sus principales ayudantes. ¿Qué os parece, conde?

—¡Ah, señora! ¡Sería realizar el deseo más querido del almirante!

—Perfectamente; he aquí ahora la última garantía que demostrará la seriedad de mi ofrecimiento y mi ardiente deseo de una paz definitiva. Me queda una hija que se disputan los más grandes príncipes de la cristiandad. Mi hija es, en efecto, una prenda de alianza inalterable. La casa en que entre, será para siempre la más amiga de la casa de Francia. Ofrezco en casamiento mi hija Margarita al rey Enrique de Navarra. ¿Qué os parece?

Aquella vez Marillac se inclinó profundamente ante la reina y contestó dando un suspiro:

—Señora, he oído decir que sois un genio en política, y ya veo que es verdad. Y he de añadir que muchas gentes que conozco serían felices amando a Vuestra Majestad.

—¿Creéis, pues, que Juana de Albret aceptará mis

proposiciones?

—Tal creo, al ver vuestra magnanimidad, Majestad. No hubiera cedido ante la fuerza o la violencia. Mi reina, como Vuestra Majestad, se siente animada por sincero deseo de paz, y únicamente se ha lanzado a la guerra a causa de las persecuciones de que han sido objeto los partidarios de la religión reformada, y por lo tanto oirá con profunda alegría la seguridad de que en adelante no habrá ya diferencia entre un católico y un partidario de la religión reformada.

—Daréis cuenta de mis proposiciones a Juana de Albret. Os nombro mi embajador secreto para esta gestión y he aquí la carta que lo acredita.

Catalina tendió entonces a Marillac un pergamino abierto y ya provisto del sello real, conteniendo las siguientes líneas escritas de puño y letra de Catalina:

> Señora y querida prima:
>
> Ruego a Dios que la presente halle a Vuestra Majestad en salud y prosperidad, como deseo. Conmovida por las largas disputas que destrozan el reino de mi hijo, he encargado al señor conde de Marillac que os haga proposiciones equitativas, que os convendrán, según espero. Os dará cuenta de cuáles son mis propósitos y creo, además, que tal embajador os será agradable.
>
> Sin más, señora y querida prima, ruego a Dios que tenga a Vuestra Majestad en su santa guarda.
>
> En fe de lo cual he firmado con mi nombre…

El conde de Marillac dobló la rodilla para recibir esta carta, que

leyó, y luego, doblándola, la guardó en su jubón. Entonces se levantó y esperó a que Catalina le dirigiera de nuevo la palabra.

La reina reflexionaba, y revolviendo en su imaginación el pensamiento que quería emitir, miraba disimuladamente a aquel joven, que era su hijo. ¿Estaba acaso conmovida? ¿El sentimiento materno acababa de florecer en su corazón como una flor en árido desierto? No; Catalina trataba de adivinar solamente si el afecto del conde de Marillac hacia Juana de Albret era sincero y discutía consigo misma para decidir si lo hacía matar o haría de él un rey.

—Ahora, conde —dijo con cierta vacilación—, terminados los asuntos del Estado y de la Iglesia, ha llegado la hora de que hablemos de vos. Ante todo quiero haceros una pregunta muy franca, a la que contestaréis de igual modo, según espero. He aquí la pregunta: ¿Hasta qué punto sois adicto a la reina de Navarra? ¿Hasta dónde puede llegar vuestra fidelidad para con ella?

Marillac se estremeció. La pregunta era en apariencia muy sencilla, pero el joven creyó entrever en ella sorda amenaza para Juana de Albret.

Catalina sospechó tal vez lo que pensaba el conde, porque sin esperar la respuesta continuó:

—Comprendedme bien, señor; si la reina de Navarra estudia, como no lo dudo, las proposiciones que le hago, vendrá a París para las fiestas de la reconciliación. Quiero que el casamiento de mi hija con el joven Enrique sea ocasión de alegría popular, de la que se guarde recuerdo durante siglos. **Quiero que el licor rojo corra abundante por las calles de París y que la llama de las hogueras sea tal, que alumbre la ciudad durante noches enteras**. Ya me comprendéis, ¿no es cierto, conde? Tomarán parte en la fiesta Juana de Albret, Enrique de Bearn, Coligny, vos y todos los de vuestra religión.

»Quiero que se vea de lo que soy capaz, una vez me he propuesto pacificar el reino. Pero esto no es todo, conde. Quiero hablaros con el corazón en la mano. Sabed, pues, que sueño para Enrique de Bearn glorioso destino, y ya que va a ser de la familia, quiero darle un reino verdadero y digno de él. ¿Qué es Navarra? Una bonita, pero pequeña comarca, que constituiría un reino aceptable para un hidalgo sin otros bienes; pero para Enrique de

Bearn quiero algo semejante a otra Francia… Polonia, por ejemplo.

—¿Polonia? —exclamó Marillac asombrado.

—Sí, querido conde, tengo noticias ciertas de este gran Estado y creo que, dentro de poco tiempo podré disponer de tan hermosa corona. La reservo para uno de mis hijos. Y Enrique de Bearn ¿no será mi hijo el día en que se case con Margarita de Francia? Desde entonces Navarra ya no tendrá rey.

—Majestad —dijo con firmeza Marillac—, no creo que Juana de Albret abandone nunca Navarra.

—Todo es posible, conde, hasta que Juana y su hijo rehúsen la gloria que sueño para ellos en mi ardiente deseo de borrar un triste pasado. Pero, en fin, si os engañarais, si por alguna otra razón Navarra quedara sin rey… ¿Qué decís, caballero?

—Nada, señora, espero que Vuestra Majestad me exponga su pensamiento.

—Pues bien, es muy sencillo: sería necesario buscar un rey para Navarra, porque aquel hermoso país no podría pasarse sin él. Y este rey ya lo he encontrado.

Marillac, asombrado de que la reina sostuviera semejante conversación con él, obscuro hidalgo, se preguntaba dónde iría a parar. Por otra parte, daba muy poca importancia a la conversación y lo único que trataba de sorprender era una palabra conmovida que le permitiera perdonar a su madre, pues en su generoso corazón la amargura acumulada por los años había desaparecido.

Casi enseguida la fisonomía de la reina se endureció, petrificándose, por decirlo así, y con acento de irresistible autoridad dijo:

—Y este rey sois vos.

Aquellas palabras produjeron en Marillac el efecto de un rayo. Tuvo la sensación violenta e instantánea de que Catalina sabía que era su hijo y, sintiendo irresistible deseo de saber lo que pasaba en el pensamiento de aquella reina que era su madre, dijo:

—¡Yo! ¿Yo rey de Navarra?

—Vos, conde —dijo tranquila Catalina, atribuyendo a la sorpresa la visible emoción del joven.

—¡Yo! —Repitió Marillac—. Pero, señora, ¿olvidáis que no soy nada?

—Es una razón para que de vos haga un todo.

—¡Señora! ¡Señora! —Exclamó el conde fuera de sí—. ¡Para convertir en rey a un pobre como yo, son necesarios poderosos motivos!

—Ya los encontraré; no os preocupéis, conde.

—No me comprendéis, señora. Lo que quisiera saber es la causa que os ha inducido a pensar en mí para querer hacerme rey, y por saber vuestro pensamiento, Majestad, moriría a gusto bendiciéndoos.

La exaltación del conde sorprendió a Catalina, pero también la atribuyó al asombro.

—¿Qué importa, conde? —dijo—. ¿No os he dicho que tengo miras especiales sobre vos? Aprovechaos de la fortuna que pasa al alcance de vuestra mano y no os preocupéis en indagar el capricho que la ha llevado hacia vos. Comprendo la estupefacción que os domina en este instante. Pero os aseguro que hablo con vos con la mejor buena fe, y por muy asombrosa que os parezca la fortuna que os propongo, os está asegurada. Toda la cuestión estriba ahora para mí en saber el grado de afecto que os une a Juana de Albret. Es necesario saber esto, porque cuento con vos para llevar a buen término una empresa que estoy madurando y que debe dejar libre el trono de Navarra.

Y observando que el conde hacía un gesto, añadió sonriendo:

—Es decir, la empresa que debe asegurar a Enrique de Bearn otro reino.

Marillac bajó la cabeza sin comprender, a pesar de sus esfuerzos, las tortuosas explicaciones de Catalina.

—Señora —dijo con voz triste—, sin querer averiguar las intenciones de Vuestra Majestad, me limitaré a contestar a las preguntas que me hacéis. Me preguntáis, señora, si amo a la reina de Navarra, si le soy adicto y hasta dónde alcanza mi afecto por ella. ¿Es esto lo que Vuestra Majestad desea saber?

—En efecto, señor conde, esto es.

—Pues bien, señora, hace poco que pronunciasteis una palabra que me conmovió. Dijisteis que vos sois también madre. Os recuerdo esta palabra, porque siendo madre supongo que sentiréis cariño maternal por vuestros hijos y que moriríais antes que hacer

sufrir voluntariamente a cualquiera de ellos. Igualmente debéis comprender, y así lo creo, cuál puede ser el afecto de un hijo por su madre.

Catalina se puso pálida y exclamó con sorda voz:

—Caballero, tenéis muy extraño modo de expresaros. ¡Suponéis que tengo sentimientos maternales y que comprendo el afecto filial! ¿Lo dudáis acaso?

—Perdonadme, señora —dijo Marillac con frialdad—. Me está permitido dudarlo todo, pues fui abandonado por mi madre.

—Caballero, un noble puede dudar de todo el mundo excepto de la palabra de una reina.

—¡Ah, señora! ¿Me habéis preguntado cuál es mi afecto por mi reina? Es el de un hijo. Yo no soy noble, pues ignoro quién fue mi padre. No sé si soy hijo de algún lacayo a quien no pudo ennoblecer la pasión de una gran dama.

—Tened cuidado, joven —murmuró Ruggieri—, tened cuidado.

Pero Marillac ya no oía nada. Habíase aproximado a Catalina y con voz ronca y mirada ardiente, dejaba exhalar su cólera filial.

—Ya veis, pues, señora, que no puedo tener los sentimientos de los nobles y que me está permitido dudar de todo, hasta de una reina. ¿Quién me prueba, después de todo, que mi madre no lo es? El campo de las suposiciones está abierto para mí y me aventuro por él como obscura selva, con la certeza de no divisar nunca la luz salvadora que ha de guiar mis pasos furtivos y mis pesquisas desesperadas.

»Sí, señora, ¿quién podrá probarme que mi madre, la mujer vil y miserable que me dio las gradas de una iglesia por cuna y me condenó a morir recién nacido, quién podrá probarme que esta mujer no era una reina que quiso enterrar en mi tumba el secreto de su falta? En efecto, ¿quién soy yo? Un niño perdido, señora. Un desgraciado de cuyo nacimiento han renegado sus padres, un ser a quien los malos rehúsan estrechar la mano y a quien los más generosos conceden un poco de estimación, como si fuera limosna… porque nadie sabe qué ayuntamiento criminal fue la causa de mi nacimiento.

»Sólo una mujer tuvo piedad de mí. Ella me recogió, me tomó en sus brazos, me llevó y por fin me ha criado lo mismo que a su hijo

verdadero. Ha tenido para mí la sonrisa y caricias que mi madre hubiera debido prodigarme. Durante mi infancia me rodeó de inagotable bondad. Y en mi juventud, cuando conocí mi triste nacimiento, me prodigó sus consuelos.

»Esta mujer es una verdadera madre, es mi reina, es la grande y noble Juana de Albret. ¿Y me preguntáis si la amo, señora? La amo como puede amarse a una madre, y mi afecto por ella llega hasta consagrarle todo lo que poseo, es decir, mi vida. Moriré feliz el día en que mi reina me diga que mi muerte le sería útil. Hasta entonces, señora, viviré amparado en la sombra tutelar que sobre mí proyecta.

»Viviré a su lado, decidido a observar a todo el que a ella se acerque y a herir con mano que no temblará, os lo aseguro, al que pueda inspirarme la menor sospecha. Una palabra, señora y reina, fáltame decir. En cuanto a mi verdadera madre, que me abandonó, todo lo que puedo desear es no conocerla nunca.

Y dichas estas palabras el conde de Marillac retrocedió un paso, se cruzó de brazos y esperó. Tal vez se figuraba que Catalina daría un grito, pero no conocía a Catalina de Médicis.

Sin emoción aparente, sin que un músculo de su rostro se contrajera lo más mínimo, contestó:

—Comprendo, caballero —dijo—, todo lo que habéis debido sufrir y comprendo también vuestro afecto por mi prima Juana de Albret. Veo que no me han engañado. Sois el hombre de noble corazón que me describieron y, por lo tanto, puedo contar con vos para lo que se relacione con la felicidad de la reina de Navarra. Esto es lo que quería saber. Idos, conde; en breve hablaremos de nuevo de los grandes proyectos de qué os he dado cuenta, pues más que nunca os hallo digno de ocupar el trono de Navarra, si Enrique de Bearn acepta otra corona. Por el momento, vuestra misión es transmitir a la reina, mi prima, las proposiciones que he formulado.

Según la costumbre, Catalina, al despedir al conde, le tendió la mano para que la besara, pero sin duda el joven no vio aquel movimiento, porque se limitó a inclinarse profundamente y la mano de la reina cayó lentamente sobre el brazo del sillón.

Marillac se retiró y Ruggieri hizo un movimiento como para acompañarlo, pero Catalina lo contuvo con imperiosa mirada. En

cuanto creyó que Marillac había llegado a la sala de la planta baja, cogió la mano del astrólogo y le dijo:

—Lo sabe todo.

—No lo creo —balbució Ruggieri.

—Te repito que lo sabe todo. Vamos, de prisa, la señal.

—¡Señora, señora! Es nuestro hijo.

La reina entonces lo llevó violentamente a la ventana y la abrió.

—La señal —mandó.

En aquel momento Marillac aparecía en el puente. Catalina entrevió su elegante silueta.

—¡Perdón, Catalina! —dijo el padre asustado—. ¡Perdón para el hijo de nuestro amor! —añadió esperando ganar algunos segundos, de incalculable valor en aquel instante.

Catalina, sin contestar, le arrancó un silbato que él llevaba suspendido del cuello por una cadenita de oro, y lo acercó a sus labios. Preparábase a silbar para dar la señal de que hablaba, cuando Ruggieri la cogió del brazo y le dijo:

—Mirad.

En efecto, una sombra salía de entre los escombros de la casa de enfrente, y uniéndose rápidamente al conde, lo cogió por el brazo y se alejaron juntos.

Aquella sombra era el caballero de Pardaillán.

—Se ha hecho acompañar —murmuró Catalina con acento de rabia que espantó a Ruggieri.

—Sí, y sin duda otros hombres están apostados por las cercanías. Nuestros cuatro espadachines no conseguirán matarlo. Además, ahora ya está demasiado lejos.

El astrólogo dio un suspiro de alivio, mientras Catalina arrojaba con violencia el silbato a la pared.

—Hoy se me ha escapado, pero ya hallaré nueva ocasión. Ahora sé dónde encontrarlo. Te aseguro que lo sabe todo, Renato. ¿Quién se lo habrá dicho? Sin duda la infernal Juana de Albret. ¿Pero cómo lo habrá sabido ella? ¡Oh! ¡Es necesario que los dos desaparezcan!

Y sentándose en su sillón se ensimismó en meditación profunda.

—Señora —dijo entonces el astrólogo para desviar los pensamientos de la reina—. Los arrestos preparados…

—No, no —contestó ella con viveza—. Quiero que se deje

tranquilos a Coligny y al rey de Navarra. ¿No ves tú, Renato, que el hombre que ha salido de aquí va a decirles que conozco su presencia en París y ellos van a admirar mi generosidad? Bien pensado, veo que las cosas se arreglan por sí mismas. Dentro de un mes, todos los hugonotes de Francia se hallarán en París en plena seguridad, y entonces…

XL - Con que se divertia el pequeño Jacobo Clemente

EL CABALLERO DE PARDAILLÁN acompañó a Marillac hasta la puerta del palacio de Coligny. Eran entonces sobre las doce de la noche. Durante el trayecto. Marillac, que estaba profundamente trastornado por la escena que acabamos de relatar, pronunció muy pocas palabras, si bien rogó a su amigo que entrara con él en el palacio, y en ello consintió Pardaillán.

El conde hizo despertar enseguida al rey de Navarra, a Coligny y a sus compañeros.

El futuro Enrique IV dormía con toda su alma, cuando fueron a despertarlo, y saltando de la cama cogió la espada y exclamó con alterada voz:

—¿Hay que batirse?

—No, señor, es que el conde Marillac desea haceros una comunicación de la mayor importancia.

El joven rey de Navarra dejó caer la espada dando un suspiro de satisfacción. Habíase puesto muy pálido al pensar que si lo despertaban era sin duda para repartir estocadas, y mientras lo ayudaban a vestirse temblaba ligeramente. Entonces se echó a reír y murmuró:

—¿Por qué tiemblas así, miserable cuerpo? ¡Tiembla, que ya te verás en otras!

Enrique de Bearn, que tenía gran valor moral, no se hallaba al abrigo de esa enfermedad física que conocen casi todas las naturalezas nerviosas: el miedo a las heridas y a la efusión de sangre. Pero no por esto dejaba de batirse bien cuando la ocasión se presentaba.

En cuanto el rey, Coligny, Condé y d'Andelot estuvieron reunidos, Marillac les dijo que Catalina de Médicis conocía su retiro.

—Es necesario huir —dijo Coligny.

—Al contrario, debemos quedarnos —contestó el rey de Navarra

con firmeza—. Si Catalina de Médicis no ha hecho cercar la casa, es que tiene intenciones que es necesario saber a toda costa.

—Vuestra Majestad tiene razón —dijo Marillac.

Y relató punto por punto su entrevista con la reina. Siguió entonces una larga discusión, en la que se convino que la reina de Navarra, como jefe de los hugonotes, debía ser puesta al corriente de todo lo que sucedía. Por otra parte, Coligny, que soñaba en la paz y estaba entusiasmado por la idea de ir a socorrer a los protestantes de los Países Bajos, acogió con alegría las proposiciones de la reina.

Se decidió que Marillac saldría de París tan pronto como fuera posible, es decir, en cuanto abrieran las puertas de la ciudad.

Entonces el conde fue en busca de Pardaillán, que estaba casi dormido en un sillón, y le explicó lo que sucedía.

—Voy a pediros un favor, amigo mío —dijo al terminar—. Mi ausencia durará un mes, tal vez. Os ruego que vayáis a verla y le digáis que voy a unirme a la reina de Navarra. Y a fin de mitigar el dolor que ha de causarle la separación, añadid que pienso aprovechar este viaje para confiar a la reina nuestro amor. Es muy verosímil que Juana de Albret venga a París y espero que entonces nada se opondrá a que Alicia sea mi mujer. He aquí, querido amigo, las buenas noticias que os ruego transmitir a mi prometida, y estoy seguro de que dichas per vos serán aún más agradables.

Los dos jóvenes pasaron todavía una hora hablando de lo que más les interesaba en el mundo, es decir, Pardaillán de Luisa y Marillac de Alicia. Luego se despidieron cariñosamente y el caballero se dirigió al hotel de Montmorency, para tener algún descanso. En cuanto a Marillac, salió de París al apuntar el día, como estaba convenido.

Algunos días más tarde empezó a correr el rumor en París de que la paz de Saint-Germain, de coja y mal sentada que era, iba a ser perfectamente sólida e inamovible. La reina daba el ejemplo diciendo en voz alta en la corte que era un crimen derramar sangre en nombre de la religión. El rey cazaba muy feliz por haber dado fin a las preocupaciones de la guerra. En las iglesias los predicadores no tronaban ya contra los infieles, y los católicos más acendrados guardaban silencio como si obedecieran a una consigna.

Muy pronto las noticias fueron mejores: se supo que el rey Enrique de Bearn iba a casarse con Margarita de Francia y que con este motivo habría espléndidas fiestas, y que Juana de Albret llegaría en breve a París, escoltada por los hugonotes más ilustres.

Y el buen pueblo se asombró de que después de haber querido exterminar a los hugonotes, la corte les mostrara tanto cariño. Y como su pasión religiosa había sido exasperada, halló cierta decepción en el nuevo estado de cosas.

Sea lo que fuere, hacia fines de junio, gran número de hugonotes notables se paseaban públicamente en París y muy pronto se supo que había llegado el señor almirante y, cosa fantástica, que monseñor el duque de Guisa le había dado un abrazo.

Pero ya hablaremos detalladamente de estos acontecimientos y no los anticipemos, como decían las antiguas novelas.

El caballero de Pardaillán, durante todo aquel período, anduvo por París como alma en pena, pues sus pesquisas para encontrar a Luisa no dieron ningún resultado. El mariscal de Montmorency, cada día más sombrío, empezaba a perder las esperanzas, y el pobre caballero se decía que, sin ninguna duda, Juana de Piennes y su hija habían sido llevadas a un rincón de provincias.

En cuanto a su padre, no solamente no le proporcionó ninguna noticia, sino que de pronto desapareció.

Varias veces el caballero de Pardaillán intentó entrar en el palacio de Mesmes, valiéndose del mismo medio que tan buen resultado le diera anteriormente. Pero, por muchas vueltas que dio en torno del hotel y por mucho que se esforzó en divisar a Juanita, no pudo ver ni a ésta ni a otra de la casa, pues las ventanas permanecían obstinadamente cerradas.

En cuanto a Marillac, estaba lejos, en cumplimiento de la misión que lo había llevado al lado de Juana de Albret.

El mismo día de la partida de su amigo, y en cumplimiento de la promesa que le hizo, fue a visitar a Alicia de Lux. Ésta lo acogió con febril alegría que era muy rara en ella, habituada como estaba a mostrar siempre la más exquisita prudencia. Su primera palabra fue preguntar si el conde de Marillac había sido asaltado al salir de su casa.

—Tranquilizaos, señora —contestó Pardaillán—, no pasó nada

desagradable. El señor conde no tuvo necesidad de desenvainar su espada, pues nadie nos atacó.

—No obstante, señor veo que venís solo.

Pardaillán refirió entonces cómo se acercó a ellos un caballero desconocido, e invitó al conde a seguirlo hasta la casa en que se hallaba la reina.

—¡Catalina! —Exclamó Alicia—. ¡Al Louvre! ¡Ah! ¡No saldrá vivo!

—No al Louvre, señora, sino a cierta casa cerca del Puente de Madera. Salió de allí sano y salvo y de ello pude convencerme, pues lo esperaba fuera y lo acompañé hasta el palacio de la calle de Bethisy.

—¿Y nada os dijo de tan extraña entrevista? —preguntó Alicia pensativa.

—Sí, el señor conde ha sido encargado de llevar una embajada secreta a la reina de Navarra y teniendo necesidad de salir de París esta madrugada, me encargó que viniera a tranquilizaros.

Alicia palideció y se mordió los labios. Mil preguntas que no se atrevía a formular se agitaban en su espíritu. El caballero, que observaba atentamente su emoción, sentía aumentar las vagas sospechas que concibiera contra Alicia, y entonces tomó la resolución de vigilar a aquella mujer, para saber exactamente quién era. Una sola cosa lo tranquilizaba, y era que, sin duda alguna, amaba sinceramente a Marillac.

—Esto no es todo, señora —siguió diciendo con la mayor naturalidad—. Mi amigo me ha encargado deciros que aprovechará su viaje para hablar a la reina de Navarra del amor que por vos siente.

Apenas Pardaillán acabó de pronunciar estas palabras, cuando Alicia se echó a temblar convulsivamente. Mortal palidez cubrió su semblante.

«*¡Estoy perdida!*» —murmuró en voz baja.

—No me habéis comprendido, señora. El señor conde está resuelto a pedir a la reina autorización para casarse con vos en cuanto regrese a París. Me figuraba que tal noticia os llenaría de alegría.

—Sí, realmente —balbució Alicia—. Es una gran alegría. ¡Ah!

¡Me muero!

—¡Por Barrabás! Se ha desmayado. ¡Hola! ¡Socorro!

En efecto, Alicia de Lux había caído desvanecida y estaba inmóvil, como muerta. Y el caballero vio que dos lágrimas resbalaban por las descoloridas mejillas de la desgraciada mujer.

Acudió enseguida la vieja Laura muy solícita.

—No os asustéis —dijo al caballero—, mi sobrina sufre de algunos desmayos y la menor emoción, triste o agradable, la pone en este estado. Pero no será nada.

Y mientras hablaba, la vieja humedecía las sienes de Alicia con vinagre y se esforzaba, además, para hacerle tragar unas gotas de un elixir que encerraba un frasquito.

—¡Ah! —Dijo maquinalmente el caballero—. ¿La señora es vuestra sobrina?

—Sí, señor, y mi única pariente. Ya recobra el sentido. Vamos, hija mía, tranquilízate. ¿Has tenido algún sobresalto?

—No —dijo la joven haciendo un esfuerzo.

—¿Alguna impresión agradable?

—Sí —dijo Alicia con triste voz.

Pocos instantes después hallóse repuesta, recobrando su sangre fría habitual. El caballero, por discreción, quiso retirarse, pero ella lo retuvo y quiso saber minuciosamente todo lo que el caballero podía decirle. Hízose repetir varias veces las palabras del conde, y Pardaillán se vio obligado a recomenzar la narración de todo lo que había sucedido la noche anterior. Alicia prestó gran atención a las palabras del joven, el cual se retiró por fin, más intrigado que nunca y decidido a descifrar el misterio que adivinaba en aquella mujer. Pero algunos días después, cuando quiso hacer una visita a Alicia, se encontró la casa cerrada, como el palacio de Mesmes. Entonces interrogó a los vecinos, pero ninguno pudo darle el menor dato.

Así fue como Pardaillán se halló completamente aislado en París. Únicamente le quedaba el mariscal de Montmorency y con él pasaba largas horas combinando planes y pesquisas que no daban el menor resultado satisfactorio.

El caballero, desocupado y fastidiándose en alto grado, empleaba la mayor parte de su tiempo en pasearse por París; formando proyectos sin dejar de estar atento a las persecuciones de

que repetidamente pudiera ser objeto, y prestando también su atención a todas las conversaciones que al paso sorprendía, para ver si por este medio podía dar con una buena pista.

Por suerte no fue nunca visto por ninguno de los que tenían interés por verlo y que lo creían muerto.

No encontró ni a Maurevert ni a ninguno de los cortesanos del duque de Anjou.

Un día en que, habiendo franqueado los puentes, iba errante por las cercanías de la Universidad, el azar lo condujo hacia la montaña de Santa Genoveva, y a una callejuela que bordeaba el lado izquierdo del convento de los Carmelitas. Algunas casas estaban adosadas contra la muralla del convento. Y aun algunas de aquéllas, comunicaban con el edificio por una puerta posterior. Casi todas eran tiendas subvencionadas en secreto por los frailes, y en las que se vendían objetos piadosos, tales como capillitas, medallas y escapularios, igual que en la actualidad en algunas de las grandes basílicas o santuarios.

En una de aquellas tiendecitas se fabricaban flores artificiales destinadas a adornar los altares de las iglesias: eran ramitos toscamente iluminados y adornados con hojas doradas.

Como hacía mucho calor, los propietarios de la tienda trabajaban en la calle ante la puerta y a la sombra de las altas murallas del convento.

Había un hombre que parecía dirigir el trabajo, dos mujeres y una joven, activamente ocupados en formar flores e imitaciones de ramas de arbusto.

A pocos pasos de aquel grupo trabajaba solo un niño, y Pardaillán se detuvo a contemplarlo.

La criatura tenía profundos ojos que expresaban viva inteligencia. Era pálido y delgado y estaba triste, pero en aquel momento parecía estar contento o, por lo menos, completamente absorto en su trabajo.

Con los ojos fijos, los dedos ágiles y la frente bañada de sudor, sacaba la lengua como hacen los niños cuando se empeñan en llevar a cabo una tarea que les interesa. A veces alejaba con su bracito la rama artificial en que trabajaba y cerraba los ojos para determinarla mejor. Luego corregía los detalles que le parecían defectuosos y

continuaba activamente su tarea.

Aquel niño tenía alma de artista. Esto podía observarse no sólo en sus ojos profundos y pensativos y en sus actitudes naturalmente estéticas, sino también en la extraña perfección del trabajo que salía de sus manos.

—Clemente —dijo una de las mujeres—, procura no pincharte como ayer.

El grupo de artesanos que trabajaba ante el umbral de la tienda, miraba a veces al niño con desdeñosa lástima. En efecto, aquellas pobres gentes fabricaban hojas doradas, siempre iguales y de formas geométricas, en tanto que el niño se esforzaba en copiar la realidad.

Sin saber por qué, Pardaillán se interesó en el trabajo del niño y aproximándose examinó de cerca las ramas entrelazadas y floridas que el pequeño artista ponía a su lado a medida que las iba terminando.

De pronto el niño, absorto en su trabajo, no vio al hombre que se inclinaba sobre él. Por fin levantó los ojos, examinó un instante la fisonomía sonriente del caballero, y hallándola de su gusto, sonrió a su vez.

—¿Qué haces aquí, pequeño? —Preguntó el caballero—. ¿Trabajas?

—¡Oh, no, señor, juego! Todavía no sé trabajar.

—Pues es muy bonito lo que haces.

El niño manifestó gran contento al oír estas palabras, y extendiendo el brazo, cuya mano sostenía una ramita, dijo muy satisfecho:

—Es una rama de rosal.

El hielo estaba roto. El caballero se aproximó más al niño, sintiendo gran placer en observar a su nuevo amiguito.

—¿Y para qué quieres esa rama de rosal?

—¡Oh! Es que yo tengo un jardín para mí solo.

—¿Dónde?

—En el jardín grande del convento, cerca de la capilla. El padre jardinero me lo ha dado, para que plante lo que quiera.

—¿Y quieres plantar rosales? —preguntó Pardaillán.

—¡Oh! Es para hacer un cerco con las espinas y así los padres no podrán entrar.

—¿Pero por qué no pones rosales verdaderos? ¿Porque en esta estación no dan flores?

—¡Ah! Por esto precisamente, porque así mi rosal tendrá siempre flores. Ya lo veis, yo hago las flores y las pongo en la rama.

—Ya lo veo, ya, es muy bonito lo que haces.

—¿Verdad que sí? —Dijo el pequeño artista muy contento al ver que alababan su obra—. Y además no sabéis una cosa.

—No, niño, no la sé.

—Escuchad, pues. Yo no tengo madre, ¿sabéis por qué?

—No, niño —dijo el caballero con cierta emoción.

—Mi amigo me lo ha dicho. Si no tengo madre, es porque murió. La enterraron en el cementerio de los Inocentes y ahora hago muchas rosas y un día iré a llevarlas a donde está enterrada mamá. Así estará contenta, ¿verdad?

—Seguramente, niño, muy contenta.

Y cuando el caballero se disponía a retirarse, oyó la campana del convento que tocaba. Volviéndose entonces, vio a un fraile de pálido rostro que cogía al niño de la mano diciendo:

—Vamos, Jacobo, ya es hora de ir adentro.

«*¡Bueno!*» —pensó el caballero—. «*Parece que este niño se llama Clemente y Jacobo*».

XLI - La bodega del hotel de Mesmes

De momento dejaremos al caballero de Pardaillán que prosiga sus pesquisas, para ocuparnos del señor de Pardaillán padre. ¿Qué había sido de él? ¿Por qué no había procurado ver al caballero? ¿Acaso habría ido a un rincón de provincias en compañía del mariscal de Damville? Tales eran las preguntas que se formulaba inútilmente el caballero, pero si a él le era imposible contestarlas, nuestro deber es hacerlo prontamente, valiéndonos del don de ubicuidad que es una de las prerrogativas del novelista.

Para ello nos trasladaremos al palacio de Mesmes al día siguiente de aquél en que Francisco de Montmorency, acompañado de su heraldo de armas, fue a provocar a su hermano.

Enrique, oculto tras la cortina de una ventana, asistió a la provocación sin hacer el menor gesto. Únicamente palideció al ver que el heraldo clavaba el guante en la puerta. El insulto era grave y definitivo, más tal vez Damville no juzgaba llegado el momento de levantar el guante, porque dio orden de dejarlo donde estaba.

Además el palacio debía pasar por deshabitado y al efecto la mayor parte de los criados habían sido mandados a otra casa que el mariscal poseía en París. Asimismo había sido alejada la pequeña guarnición del palacio. De modo que, para servir a Damville, no había más que tres o cuatro criados. Juanita, elevada al empleo de cocinera para los moradores de la casa, cuando necesitaba salir tomaba toda suerte de precauciones para no ser vista. Por otra parte el palacio estaba bien aprovisionado.

D'Aspremont había sido llevado a la otra casa para curarse de la herida.

Al día siguiente de la provocación, el mariscal de Damville, que sentía por Orthés todo el cariño que era capaz de demostrar, fue a ver al herido y tuvo con él una larga conversación en la que se trató principalmente de Pardaillán. El mariscal volvió pensativo al palacio de Mesmes y una vez allí hizo llamar al aventurero.

—Señor de Pardaillán —le preguntó—, ¿sabéis qué personas se

hallaban dentro de la silla de posta que fue atacada la noche en que salimos de aquí?

—Ni por asomo —contestó Pardaillán.

—¿Sabéis quién podía tener interés en atacarnos?

—A esto puedo contestaros, pues vos mismo me habéis informado de ello; vuestro hermano el mariscal.

—En efecto, ¿y no me habéis dicho que vuestro hijo no puede pasar a mi servicio por hallarse al de mi hermano?

—Así es, señor. ¿Por qué me dirigís estás preguntas?

—Esperad, me dijisteis que habíais perseguido al hombre que nos atacó.

—Efectivamente, así sucedió.

—Y que lo atravesasteis de una estocada, ¿no es verdad?

—Exactamente, monseñor —dijo Pardaillán, que, retorciéndose el bigote, empezaba a impacientarse.

—Pues bien —dijo el mariscal—, los muertos que vos matáis gozan de buena salud.

—¡Hombre, vaya una noticia! —dijo fríamente el aventurero asegurándose al mismo tiempo de que su daga y su espada estaban dispuestas a funcionar en caso necesario.

—Ya veis que estoy bien informado. Pero sé, además, otra cosa. ¿Queréis que os la diga?

—Si lo hacéis os lo agradeceré toda mi vida, monseñor.

—Bueno. ¿Sabéis cómo se llama el hombre a quien no perseguisteis, sino que, en cambio, lo acompañasteis dándole el brazo hasta la taberna de «El Martillo que Golpea», y a quien no disteis la menor estocada y que viene a rondar por el palacio hasta que lo haga coger y amarrar con sólidas cuerdas?

—Tendría gran satisfacción en saberlo, monseñor.

—Pues se llama el caballero de Pardaillán, y es vuestro hijo.

—¿El mismo que en cierta ocasión os salvó la vida? —preguntó el aventurero con ingenuidad e insolencia admirables.

El mariscal se quedó un momento atónito. Esperaba asustar a Pardaillán, pero éste se burlaba en sus propias barbas. Entonces hizo un movimiento de cólera y el aventurero desenvainó a medias la daga.

—No nos enfademos —dijo Damville—. O por lo menos aún no.

Veamos, contestad, ¿es cierto lo que acabo de deciros?

—Ya que lo afirmáis, monseñor, sería en mí un gran atrevimiento contradeciros. Decís que mi hijo atacó la silla de posta y quiero creerlo. Decís que lo acompañé. Es posible. Y sólo me resta felicitaros por lo bien informado que estáis. Yo me creía rodeado de hidalgos duchos en el arte de combatir, pero por lo que veo, no son más que agentes de policía. A mis ojos habíais sido siempre un caudillo o un jefe de partido, pero veo que no sois más que un jefe de esbirros.

—¡Pardaillán!

—¡Monseñor!

Los dos hombres se midieron con la mirada y de nuevo el poderoso señor bajó la vista ante el aventurero. Éste continuó diciendo:

—Mi lenguaje os molesta, monseñor. ¿Tengo acaso la culpa? Me hallo en presencia de la peor alternativa que darse pueda. Para seros fiel, me expongo a convertirme en enemigo de mi hijo, es decir, de la persona a quien más amo y admiro en este mundo. Me esfuerzo en conciliar vuestros intereses con los suyos y a fin de no daros quebraderos de cabeza, me rompo la mía imaginando mentiras. ¿Y ahora tenéis vos el atrevimiento de preguntarme por qué no maté a mi hijo de una estocada? ¡Por Dios, señor! Mi espada está pronta a dar la estocada a los que os informaron tan bien. Sólo cambiaría el difunto. He aquí la única diferencia.

El mariscal miraba sombríamente al intrépido paria que lo miraba con nunca vista audacia.

—Pardaillán —dijo de pronto—, no se trata de esto.

—¿De qué, pues, monseñor?

—Vuestro hijo debe saber el nombre de las personas que iban en la silla de posta.

—Ignoro este detalle, monseñor.

—Vaya, no os esforcéis en imaginar más mentiras. No solamente lo sabe, sino que os lo ha dicho.

—Os engañáis, monseñor.

El mariscal avanzó dos pasos hacia Pardaillán y mirándolo fijamente le dijo con voz encolerizada:

—¿Quién sabe si no estáis de acuerdo con él? Quién sabe si los

dos me habéis seguido y espiado… sí, espiado; señor hombre fiel, estoy seguro de que me hacéis traición. Vos y vuestro hijo sabéis a dónde fue la silla de posta. Sabéis las personas que iban dentro, y en vuestro cubil, en la taberna de trúhanes a que soléis ir, combinasteis, sin duda, un plan para perjudicarme. El hijo en casa de Montmorency y el padre en la de Damville. No está mal imaginado, señor de Pardaillán; a vos y a vuestro hijo os tengo por unos miserables.

El aventurero se puso pálido, pero con voz tranquila contestó:

—Monseñor, no consideraré pronunciado vuestro ultraje en tanto que no hayáis alzado el guante que cuelga todavía en vuestra puerta.

Damville dio un salto y, loco de furor, se arrojó sobre Pardaillán daga en mano.

Enrique de Montmorency sufría más en aquel instante de lo que había sufrido cuando el heraldo de Francisco clavó el guante en la puerta. Muy a menudo el recuerdo de una injuria es más doloroso que la injuria por sí misma.

Además, la sospecha de que los Pardaillán habían descubierto el retiro de Juana de Piennes, le era insoportable. Desde el comienzo de la conversación estaba resuelto a desembarazarse del padre, en espera de la ocasión de hacerlo con el hijo. El reproche de Pardaillán fue pretexto para atacarlo.

Apenas acabó de hablar el aventurero, cuando el marisca], rompiendo con furia la cadenilla que sujetaba la daga, se echó sobre él.

Pardaillán lo esperó a pie firme. El brazo del mariscal, que se había alzado, no lo alcanzó, pues cogiéndole por el puño, apretó de firme y el arma cavó de las manos de Enrique, el cual dio un grito de dolor.

—Monseñor —dijo Pardaillán—, tengo derecho para mataros, pero os perdono la vida para que podáis lavar el ultraje de Montmorency. Dadme las gracias.

—¡Eres tú el que va a morir! —Rugió Enrique—. ¡Hola! ¡Aquí mis leales!

—Como queráis —dijo Pardaillán desenvainando la espada.

Inmediatamente todos los que a la sazón habitaban en el hotel,

acudieron a los gritos de su amo, y entonces Pardaillán vio ante él a seis hombres armados, sin contar al mariscal.

—¡A él! —gritaba éste—. ¡Matadlo!

Pardaillán, trazando gran semicírculo con la espada, saltó hacia la pared y dijo:

—¡Aquí la trailla!

Los asaltantes se precipitaron sobre él, dejando libre la puerta, que era lo que Pardaillán quería.

Entonces colocose la espada entre los dientes y cogiendo un sillón con ambas manos, lo lanzó contra sus enemigos, que retrocedieron hacia el fondo de la estancia. Luego tomó de nuevo la espada con la mano y atravesó la puerta soltando una carcajada.

En algunos saltos, Pardaillán, perseguido por sus enemigos, llegó a la planta baja y allí vio una puerta que daba al patio, pero al empujarla, observó que estaba cerrada.

—¡Maldita sea! —exclamó.

—¡Yo lo tenemos! —vociferó el oficial.

—¡Matadlo! —gritaba Damville.

Hacia la izquierda, Pardaillán vio un corredor que daba a la despensa, en la parte posterior de la casa, y por allí podría salir al jardín. Pero a la primera ojeada vio que la puerta que daba a las cocinas estaba cerrada. Se hallaba, pues, cogido en un callejón sin salida y ante él tenía a siete hombres furiosos y bien armados.

Entonces calculó las probabilidades de escapar. Sus enemigos no podían envolverlo, pues debido a la estrechez del corredor, debían avanzar de tres en tres y aun con alguna incomodidad.

—En rigor —dijo entre dientes— podría llegar a matarlos uno tras otro.

Se resolvió por este medio, pues no le quedaba otro para salvar la vida.

Las estocadas llovían sobre él, pero como buen espadachín las paraba y de vez en cuando su larga espada se hundía en el cuerpo de los enemigos. Un hombre estaba herido y los otros daban horrorosos aullidos, porque se ignoraba todavía el arte elegante de batirse en silencio.

Pardaillán solamente retrocedía cuando a ello se veía absolutamente obligado, pues se daba cuenta que si se dejaba

acorralar contra la puerta del fondo, allí lo matarían irremisiblemente. Por el contrario, mientras tuviera espacio, podría defenderse y atacar a sus contrarios.

Una espada entonces le atravesó el hombro y algunas gotas de sangre salieron de la herida.

Pardaillán soltó un voto. Había retrocedido ya cinco pasos y únicamente tres de sus enemigos estaban heridos, uno de ellos muy gravemente y a punto de morir. En aquel momento sintió extraña pesadez en su mano derecha. Era la herida que le causara d'Aspremont, que se abría de nuevo. Entonces cogió la espada con la izquierda diciéndose:

—Creo que me ha llegado la hora.

Pero enseguida, empezó a gritar siguiendo la moda de entonces, que era igual que la de los héroes de Homero.

—¡Perros miserables! ¡Mujerzuelas! ¡No sabéis sostener una espada! ¡Atrás, lacayos! ¡Mirad cómo se hiere!

Un hombre cavó, pero enseguida Pardaillán sintió una espada penetrarle en el pecho y cómo la sangre tibia salía de la herida.

—¡A él! —Exclamaba Enrique—. Ya es nuestro.

Y en aquel obscuro corredor resonaban los gritos, blasfemias y el entrechocar de las armas.

Una estocada hirió al aventurero en la muñeca izquierda en el momento en que se tiraba a fondo sobre el oficial, el cual, después de haberse estremecido, se quedó inmóvil. Estaba muerto. Entonces se oyeron espantables rugidos. Pardaillán ya no tenía más que cuatro hombres ante él, pero estaba extenuado. La mano izquierda le dolía horriblemente y tuvo que volver a tomar la espada con la derecha. Entonces, jadeante, apoyó la izquierda en la pared; una nube pasó ante sus ojos, iba a caer, pero tuvo todavía bastante energía para retroceder dos pasos y evitar una estocada que le dirigía Damville. En el mismo instante fue herido en la rodilla por un soldado.

—Se acabó —díjose mirando a su alrededor.

La espada le cayó de la mano y en aquel mismo instante tuvo la sensación de que la pared se entreabría y vio un agujero negro, cerca de él. Entonces, medio desvanecido, se dejó caer allí.

—Cerrad la puerta —vociferó Enrique— y dejadlo reventar en la

bodega.

Los soldados obedecieron y la puerta fue sólidamente cerrada.

En efecto, Pardaillán había rodado al interior de la bodega, la misma en que su hijo se vio encerrado. Había rodado por los escalones y por fin quedó tendido y desmayado en el suelo. Si el mariscal lo hubiera seguido, habría podido darle muerte de una puñalada. Pero Damville no se figuraba que Pardaillán se hallara en tal estado de debilidad. Temió las consecuencias de un combate en la obscuridad con tan poca gente y se felicitó de su buena idea al encerrar a Pardaillán en aquella bodega transformada en tumba.

«*Dentro de algunos días*» —pensó— «*sólo habrá un cadáver que echaré al Sena y todo habrá concluido*».

El viejo Pardaillán no se movía. Perdía mucha sangre por las heridas y se hallaba en peligro de morir.

Pero el viejo reitre tenía el alma sólidamente unida al cuerpo y al cabo de una hora de desmayo empezó a mover un brazo, luego las piernas y la cabeza y, por fin, reanimado por la frescura de la bodega, se incorporó, se sentó, pasose la mano por la frente y permaneció unos instantes inmóvil, e incapaz de pensar, pero muy asombrado de hallarse en un sitio tan oscuro. Por fin, recobrando la lucidez, su primera idea fue:

—¡Caramba! ¿No estoy muerto?

El segundo pensamiento que pudo formular en su debilitado cerebro al cabo de algunos minutos fue éste:

—A menos que no me hayan enterrado.

Lo horroroso de semejante suposición, lo hizo estremecer.

—¡Por Barrabás! —se dijo—. Enterrado o no, me parece que estoy vivo.

Consiguió arrastrarse unos diez pasos y con indecible satisfacción se cercioró de que no se hallaba en una tumba.

—¿Pero dónde diablos estaré yo ahora? ¿Qué hago aquí? ¡Vaya una sed que tengo! Nunca cristiano tuvo tanta como yo. A ver si encuentro algo que beber.

Y diciendo estas palabras, el herido continuaba arrastrándose a gatas por el suelo. De pronto sus manos se posaron sobre algo fresco y cilíndrico.

«*¿Qué es esto?*» —se dijo.

Quiso coger aquella cosa, pero le resbaló y entonces Pardaillán oyó ruido de vidrios rotos, y sintió un líquido que le humedecía las piernas. El ruido y la emoción que le produjo, así como la frescura del líquido que mojaba sus piernas, avivaron en él la facultad de razonar.

—¡Una botella! —exclamó—. ¿Es posible? Ya lo creo, es una botella. ¿Qué digo una? Una infinidad de botellas. ¿Llenas? Sí, llenas, y ¿de qué? Veamos.

Y cogiendo una le rompió el gollete contra el suelo y se puso a beber. En seguida se percató de que era un vino fresco, generoso, dulce al paladar y fortificante.

—Este vino sería capaz de resucitar a un difunto —se dijo después de haberse tragado la mitad de la botella.

Y para acabar de resucitar completamente, él que no estaba más que medio muerto, vació el contenido de la botella, hasta la última gota.

—¡Uf! —Dijo entonces—, me parece, salvo error, que estoy en una bodega. Veamos, ¿qué me ha sucedido?

Hacíase sentir ya el efecto del vino generoso y Pardaillán observó que con las fuerzas recobraba la memoria y entonces recordó perfectamente su disputa con Damville, el furor del mariscal, la irrupción de sus gentes, su escapatoria escalera abajo y la batalla en el corredor. Lo que no pudo recordar fue la caída a la bodega, pues llegó allí ya desvanecido.

—Bueno —exclamó—, ya que no me han muerto ni han bajado para acabarme, tratemos de recobrar fuerzas. Creo no salirme de la verdad al afirmar que no tengo nada roto. Pero no me atrevería a asegurar que no tenga alguno que otro agujero.

Y entonces Pardaillán, que tenía la práctica de un cirujano, empezó a examinarse a sí mismo y al cabo de algún rato llegó a las siguientes conclusiones:

En primer lugar tenía una herida contusa en la parte posterior de la cabeza, ocasionada al rodar por la escalera de la bodega. Por las mismas causas tenía un diente roto y la nariz desollada, así como un dolor punzante en el codo del brazo derecho.

Segundo: una herida en la mano derecha causada por d'Aspremont y que se había abierto durante el último combate

sostenido en el corredor.

Tercero: una herida en la muñeca izquierda.

Cuarto: una herida profunda encima de la rodilla derecha.

Quinto: un desgarrón en el hombro derecho.

Y sexto: una herida penetrante bajo la tetilla derecha.

En resumen, y una vez realizado severo examen, Pardaillán no encontró ninguna otra herida y, por lo tanto, llegó a la conclusión de que no había razón alguna para morirse dentro da una bodega.

No obstante, existía un número respetable de heridas, y sea por los esfuerzos que acababa de hacer, o por la sangre perdida, el aventurero se desvaneció por segunda vez. Pero este desvanecimiento fue mucho más corto que el primero, y como al volver en sí la sed no hubiera disminuido, sino, por el contrario, aumentado, echó mano de la provisión de botellas, y se apresuró a decapitar una que vació concienzudamente como un enfermo que tiene gran cuidado en obedecer las prescripciones del médico.

Entonces se dispuso a vendar sus heridas, y quitándose la camisa —detalle que no nos atreveríamos a dar si escribiéramos para las inglesas—, con la habilidad y pericia que sólo pueden obtenerse con una gran práctica, la desgarró en tiras y gracias a ello obtuvo una colección de excelentes vendajes.

Careciendo de agua para lavar las heridas, lo hizo con el mismo vino generoso que antes le sirviera para apagar su sed. Ignoramos si tal procedimiento merecerá la aprobación de los cirujanos. Lo cierto es que, terminadas estas operaciones, el aventurero experimentó verdadero bienestar.

Pudo ponerse en pie y, aun cuando con cierta vacilación, consiguió dar algunos pasos. Al observarlo dio un gruñido de satisfacción y calculó que al cabo de quince días de reposo estaría casi curado.

Entonces buscó el rincón más seco de la bodega y allí se durmió profundamente.

Al despertar, sus ideas habían adquirido la nitidez acostumbrada.

—Razonemos ahora —se dijo— y veamos si, como dije al asaltarme el sueño, quince días de reposo bastarían para curarme todos los alfilerazos. Quince días de reposo implican: primero, una

buena cama; segundo, bebidas refrescantes; tercero, un alimento agradable y substancial… ¿y dónde voy a encontrar todo esto?

Entonces miró a su alrededor para sondear las obscuridades de la bodega.

—Vaya —se dijo—. No valía la pena de preocuparme de las heridas, porque, si no me engaño, dentro de cuatro o cinco días cuando más, la muerte me las curará para siempre. Voy a morir de hambre. Y es una lástima que después de haber salido sano y salvo de treinta combates y batallas y cien duelos, tenga que morir de hambre en esta madriguera. Realmente, toda resistencia es inútil.

Y hablando así Pardaillán se levantó, buscó la escalera que llevaba hacia la puerta y trató de ver si de un modo u otro íbale a ser posible salir. Pero fácilmente se percató de que tanto hubiera valido querer escapar a través de los espesos muros que constituían los cimientos del hotel.

Únicamente entonces se le ocurrió que si él no podía abrir la puerta, no les sucedía lo mismo a los habitantes de la casa, y que por lo tanto, podían degollarlo durante su sueño.

Por una extraña contradicción, o tal vez impulsado por la esperanza que nunca abandona al hombre, Pardaillán, que se había resignado al hambre, no quiso de ningún modo estar expuesto a morir degollado, cosa que no podemos criticar, pues cada cual tiene sus preferencias.

Entonces resolvió formar una barricada tras de la puerta a fin de que no pudieran entrar en la bodega, ya que él no podía salir.

Bajó de nuevo la escalera en busca de los materiales necesarios y con el fin de tener ánimo suficiente para llevar a cabo su trabajo, se dirigió al rincón en que estaban las botellas, rompió el cuello a una y la llevó a sus labios.

Pero de pronto se detuvo y soltó un voto, más emocionado que cuando lo atacaban las gentes de Damville, porque se acordó entonces del minucioso relato que su hijo habíale hecho de su estancia en la bodega de Damville, en el cual le refirió que en cierto sitio de la bodega había una provisión de suculentos jamones.

—Tal vez esté en la misma bodega de que mi hijo me habló y es posible, por lo tanto, que los jamones continúen en su sitio. De ser así, estoy salvado y no hay peligro de morir de hambre, que es una

muerte muy desagradable.

Vació entonces la botella y se puso en busca de la mina de jamones, con gran celo, pues a pesar de la fiebre, el hambre lo molestaba bastante.

No daremos cuenta de sus pesquisas y de las alternativas de esperanza y abatimiento por qué pasó el aventurero; diremos únicamente que por último halló los jamones ordenadamente colocados sobre paja, de tal modo, que Pardaillán, al empezar el primero, se dijo con satisfacción:

—He aquí la cama, las bebidas refrescantes y la alimentación sana, agradable y nutritiva. Ya tengo asegurados mis quince días de descanso.

Hay que añadir que logró apuntalar contra la puerta algunos tablones, cosa que le dio la seguridad de que no podían llegar a él sin despertarlo, y si bien había perdido su espada, quedábale, en cambio, para defenderse, la daga que conservaba aún. Poco a poco se acostumbró a la obscuridad y el delgado hilo de luz que llegaba a través del respiradero, acabó por parecerle un verdadero rayo de sol y gracias a él pudo darse cuenta de los días que transcurrían.

La férrea constitución de Pardaillán triunfó rápidamente de la fiebre y a los pocos días sus heridas se cicatrizaron, pero, por desgracia, la provisión de jamones se agotó con gran rapidez a pesar de haber tomado la precaución de racionarse, aleccionado por los sitios que había sufrido.

Pese a su cuidado, Pardaillán se percató un día de que sólo le quedaba un jamón. Hacía ya tal vez un mes o más que estaba encerrado en la bodega. Sus heridas se habían curado y el aventurero se sentía más fuerte que nunca.

Hasta entonces no había sufrido sed ni hambre, pero, a la sazón, el problema volvió a aparecer más terrible que nunca, pues no había la menor solución.

Durante su larga estancia en la bodega, Pardaillán empleó todos los recursos de su imaginación para hallar un medio de evadirse, y si bien fueron muchos los que se presentaron a su espíritu, tuvo que desecharlos uno tras otro por impracticables, convenciéndose al fin, con gran espanto, de que no había medio alguno de salir.

Dos o tres días más tarde carecería de víveres, y entonces

empezaría la larga y terrible agonía antes de llegar la muerte sin remisión.

XLII - Juana de Albret

EN EL MOMENTO en que el conde de Marillac emprendió el camino para cumplir la misión de confianza que le entregara la reina Catalina, Juana de Albret estaba en La Rochela, plaza fuerte que, sin ser todavía, de hecho, la capital de los protestantes, como después de la noche de San Bartolomé, no dejaba de ser considerada por ellos como el mejor de sus refugios.

Juana de Albret había concentrado allí las fuerzas de que disponía e imaginó un plan tan sencillo como atrevido, que se componía de dos acciones simultáneas.

Consistía en reunir dentro de las murallas de La Rochela a todos los protestantes de Francia que estuvieran decididos a conquistar de un golpe la libertad de conciencia, es decir, no solamente el derecho de pensar de otro modo que los católicos, sino la vida civil en un país en que estaban excluidos de todos los cargos y empleos.

En una palabra, juzgaba que había llegado la hora de vencer o morir.

Una vez reunido y organizado este ejército, ella en persona tomaría el mando y marcharía directamente contra París. Tal era la primera parte del plan. La segunda consistía en intentar dentro de la capital un golpe que debía coincidir con la aparición del ejército en las alturas de Montmartre, que es por donde intentaban iniciar el ataque. Este golpe era el secuestro del rey Carlos IX, el cual sería llevado al campo de los reformados.

Coligny, Condé y Enrique de Bearn debían tomar la delantera, instalarse en París y preparar el secuestro.

Trescientos o cuatrocientos protestantes debían entrar en París o en pequeños grupos o aisladamente y ocupar poco a poco todo el lado de la ciudad situado entre el Louvre y Montmartre. Ésta era la segunda parte del plan.

De estas dos combinaciones debía resultar que Juana de Albret, a la cabeza de su ejército, compuesto de quince mil infantes, dos mil jinetes y veinte cañones, aparecería ante las murallas de París y

a una señal dada por ella desde la colina de Montmartre, Enrique de Bearn, seguido por Condé y Coligny, montarían a caballo; los cuatrocientos hugonotes de la ciudad formarían a su alrededor y aquel pequeño ejército atravesaría la ciudad sitiada en dirección a la puerta de Montmartre gritando a los parisienses que el rey Carlos IX estaba en el campo hugonote. En el mismo instante la puerta de Montmartre sería atacada desde el exterior.

Juana de Albret contaba entrar así en París, casi sin resistencia, reunirse con su hijo, marchar sobre el Louvre y entonces imponer sus condiciones a Catalina de Médicis.

He aquí en conjunto el plan de la reina. Puede afirmarse que estaba inspirado por la desesperación y hubiera sido difícil asegurar que no habría tenido éxito.

Ya se ha visto que para dar comienzo a su ejecución, Enrique de Bearn, Condé y Coligny habían penetrado secretamente en París, en donde estudiaban la posibilidad de secuestrar a Carlos IX y ganar a su causa a los católicos tolerantes, que estaban indignados por las persecuciones y mala fe de Catalina, después de firmada la paz de San Germán.

Así estaban las cosas cuando Juana de Albret recibió una carta que la sumió en gran turbación y contrarió las resoluciones tomadas.

La carta era de Carlos IX y había sido llevada a su destino por un gentilhombre del rey.

Carlos IX aseguraba en ella a la reina de Navarra su buena voluntad y afirmaba su deseo sincero de terminar para siempre las luchas que ensangrentaban el reino. Luego dábale cita en Blois para discutir las condiciones de una paz duradera y definitiva y añadía que, de viva voz, le daría una prueba de su sinceridad y una garantía extraordinaria. (Aludía al casamiento de Enrique de Navarra y Margarita de Francia que, por consejo de su madre, quería proponer a la reina de Navarra).

Durante algunos días, Juana de Albret estuvo preocupada por el contenido de esta carta, si bien no suspendió sus preparativos.

Al enviado del rey díjole que transmitiría oportunamente su respuesta.

Así estaban las cosas cuando, después de dieciséis días de viaje,

el conde de Marillac llegó a La Rochela, latiéndole el corazón al pensar que iba a ver de nuevo a la reina.

Hemos de añadir que su emoción procedía principalmente de las resoluciones tomadas durante el camino.

El conde hacía a Juana de Albret objeto de verdadero culto. No la amaba solamente como un hijo, sino que la admiraba y la tenía por una mujer perfecta, y la idea de merecer un reproche de su reina le era insoportable.

Los dieciséis días de monótono viaje que acababa de hacer, los pasó preguntándose cómo acogería la reina de Navarra su proyectado enlace con Alicia de Lux.

En realidad no adivinaba qué clase de objeciones podría hacer la reina, pero, por vez primera, experimentaba una de aquellas vagas inquietudes que a veces son presentimientos de funestos sucesos.

¿Quién era Alicia de Lux? ¿De dónde venía? ¿Qué había ido a hacer a la corte de la reina de Navarra? Nadie podía contestar exactamente estas preguntas. Hasta entonces Marillac no se había preocupado por estos detalles, porque amaba a Alicia por sí misma, pero, a la sazón, Veíase obligado a tomar una decisión definitiva y éranle precisos argumentos irrebatibles para el caso de que Juana de Albret no le aconsejara el casamiento.

Hay que hacer notar que el conde no había dirigido nunca preguntas a Alicia de Lux y, por lo tanto, estaba inquieto, no por sí mismo, sino por lo que la reina pudiera pensar de su adorada.

Marillac se inquietaba muy poco por lo que pudiera ser la familia de Alicia, si bien sabía que la joven era de noble cuna. En efecto, un Lux ocupó, en los primeros tiempos del reinado de Luis XII, un importante empleo en una colonia. La joven quedó huérfana de padre y madre en temprana edad y no tenía más que algunos parientes lejanos. Esto era lo que Marillac y la reina sabían.

Como hemos dicho, el conde de Marillac estaba algo emocionado al llegar a La Rochela, y una vez allí inquirió enseguida dónde habitaba la reina.

Al hallarse en presencia de Juana de Albret, olvidó todas sus preocupaciones y la alegría brilló en sus ojos. La reina le tendió la mano y él la besó con sincero cariño y no como cortesano.

—Heos aquí, querido hijo —dijo Juana con acento conmovido

—. Espero que ningún acontecimiento desagradable os haya traído a nuestro lado.

—No, señora, muy al contrario.

Juana de Albret miró algunos instantes al conde, no atreviéndose a formular una pregunta que ya estaba en sus labios, y comprendiéndolo Marillac, se apresuró a decir:

—Su Majestad el rey de Navarra gozaba de perfecta salud y ningún peligro lo amenazaba a mi salida de París. Lo mismo puedo decir del señor almirante y del príncipe de Condé.

—¿Os envía mi hijo? —preguntó la reina, ya tranquilizada.

—No, señora —contestó Marillac—. Vengo comisionado por Su Majestad la reina Catalina, según acredita esta carta.

Y doblando la rodilla entregó a Juana de Albret la carta que le diera Catalina de Médicis.

—¿Habéis visto a la madre del rey de Francia? —preguntó Juana.

—Sí, señora, y he aquí en qué extrañas circunstancias.

Marillac entonces hizo un relato fiel y circunstanciado de su entrevista con Catalina, en todo lo concerniente a las proposiciones de paz y matrimonio, enumerando también las garantías ofrecidas. La reina escuchó con profunda atención, aun cuando su espíritu, en aquel momento, seguía otro camino.

—Conde —dijo en cuanto Marillac hubo cesado de hablar—, os encargaré de llevar mi respuesta a la reina madre. Al mismo tiempo seréis portador de una carta para el rey de Navarra y el señor de Coligny. Hoy y mañana reflexionaré acerca de las proposiciones que nos hacen. Pasado mañana reuniré a nuestro Consejo y se deliberará sobre todas esas graves cuestiones. Así, pues, dentro de tres días podréis regresar a París y hasta entonces descansad, hijo mío, y procurad estar a mi lado tanto como os sea posible.

Marillac se inclinó profundamente admirando la impasible calma con que la reina había escuchado sus proposiciones extraordinarias, de las que dependía la suerte de su hijo y de todos los protestantes del reino.

Entonces, Juana de Albret, con cariñoso acento, dijo:

—Dejemos de lado la política y la guerra y hablemos de vos, querido conde. ¿De modo que visteis a la reina Catalina?

Hizo esta pregunta casi en voz baja, y Marillac, que comprendió la intención de la reina al dirigírsela, contestó:

—Sí, señora, he visto a mi madre.

Juana de Albret no manifestó la menor sorpresa por esta respuesta, porque la esperaba.

—He visto a mi madre —repitió Marillac— y ella reconoció en mí al hijo abandonado.

—¿Estáis seguro de ello? —preguntó Juana de Albret con viveza.

—Vuestra Majestad juzgará. Mi madre no pronunció una sola palabra de afecto, ni hizo un gesto que pudiera indicar que me reconocía; no me dirigió una sola mirada de lástima. Por mi parte, señora, dije a mi madre que era un hijo abandonado; le díje todo lo que había sufrido y lo que sufro todavía. Por un instante tuve la esperanza de arrancarle un grito, pues expresé mi desesperación con amargas palabras, pero su rostro permaneció impasible. Más a pesar de ello digo que mi madre…

El conde se detuvo emocionado.

—¡Valor, hijo mío! —Dijo Juana de Albret—. Valor y paciencia.

—Ya lo tengo, señora. No creo que la reina Catalina sea para mí otra cosa que una reina enemiga. Pero esto me recuerda la entrevista que con ella tuve. Os he dado cuenta de las proposiciones que hace a Vuestra Majestad, pero no sabéis, señora, la proposición que me hizo.

—¿A vos, conde? —dijo Juana asombrada.

—Sí, señora. Quiere ofrecer a Su Majestad Enrique de Bearn el trono de Polonia, y entonces, hallándose el trono de Navarra vacante…

—¿Qué? —preguntó la reina frunciendo el entrecejo.

—Entonces, Majestad, si el rey, vuestro hijo, acepta el trono de Polonia, se pondría otro rey en el de Navarra y este rey, señora… ¡Ah! ¡Apenas si me atrevo a repetirlo!… ¡Este rey sería yo!

Juana de Albret se quedó unos instantes silenciosa y meditabunda.

Sí; como lo había dicho el conde, esto era una prueba absoluta de que Catalina de Médicis había reconocido a su hijo en la persona del conde de Marillac, y llena de orgullo y todopoderosa sobre sí misma, como sobre los demás, Catalina, sin duda alguna, se había

enterado de que el hijo que creyó muerto estaba vivo, cosa que la conmovió sin duda, pero logró disimular su emoción hasta el punto de engañar a su mismo hijo. No obstante, aquella emoción debía existir realmente, pues Catalina, de un niño sin nombre, quería hacer un rey.

En cuanto a la eventualidad de que Enrique de Bearn pudiera ocupar el trono de Polonia, la reina no se preocupó un solo instante. Ciertamente Polonia era un hermoso reino, pero Juana de Albret, navarra a machamartillo, no hubiera abandonado su país ni por el trono de Francia.

En cuanto a Enrique, a pesar de su extrema juventud, Juana imaginaba que tenía mayores ambiciones y tal vez en lo más profundo de su ánimo entreveía la posibilidad de que un día el rey de Francia fuera un Borbón y llevara el doble título de rey de Francia y de Navarra.

Pero lo que más la impresionó fue que semejante combinación hubiera sido ideada por la misma Catalina, y de ello sacó dos conclusiones:

La primera, que Catalina de Médicis amaba bastante al conde de Marillac, su hijo, para querer darle un trono. La segunda, que necesariamente era sincera en sus proposiciones de paz a los hugonotes, puesto que la felicidad de su hijo dependía de aquella paz.

Tales fueron las ideas de la reina de Navarra, ideas que debían tener formidables consecuencias, pues inclinaron a Juana de Albret a ir a Blois y luego a París y a aceptar el casamiento de su hijo Enrique con Margarita, hermana de Carlos IX. Entonces preguntó a Marillac:

—Y vos, conde, ¿qué pensáis de la corona que os ofrecen?

—Pienso, señora —contestó el conde sin vacilar—, que mi vida no va por este camino. No quiero hablar de las dificultades políticas que podían sobrevenir, de realizarse el proyecto de mi madre, y diré, sencillamente, que soy inepto para reinar. No tengo talla de rey. Sólo quiero hallar la felicidad en la vida y no creo que la encuentre en un trono. Por otra parte sería para mí desagradable instalarme en el trono de mi rey y de mi reina. Pero dejando esto, señora, ha llegado la hora de descubriros mi pensamiento y

hablaros con el corazón en la mano, pues sois la única persona que ha manifestado interés por mí.

—Hablad, hijo mío —dijo Juana de Albret—, y acordaos de que os escucho como madre y no como reina.

—Lo sé, señora, y esto es lo que me da el valor necesario. En una palabra, señora, os haré comprender el estado de mi alma.

—Decid, conde.

—Pues bien, señora, amo.

El rostro de Juana de Albret manifestó gran alegría, pues en su corazón maternal comprendió que solamente un gran amor haría feliz al joven.

—¡Ah, hijo mío! —exclamó—. Os aseguro que si amáis profunda y lealmente como vuestro corazón es capaz de hacerlo, seréis feliz.

—Sí, señora —dijo Marillac con emocionada voz—. Antes, cuando pensaba en mi desgraciada condición, la muerte me parecía la única solución posible…

—¿Y ahora? —preguntó Juana sonriendo cariñosamente.

—Ahora, señora, siento la felicidad de vivir, pues vivo y quiero vivir para ella.

—¡Cuán feliz me hacéis, querido hijo! Porque sí amáis, supongo que seréis amado como merecéis.

—Creo… Sí, estoy seguro de que me ama tanto como yo a ella.

—En efecto —dijo la reina con dulzura—, es gran felicidad para vos ser amado de una mujer digna que pueda ser la compañera de vuestra vida, la que os consuele en vuestras tristezas, y el rayo de sol que ilumine vuestra existencia. Es lo que os deseaba cuando os veía tan triste. Pero, veamos, no me habéis dicho aún el nombre de vuestra adorada.

Marillac se estremeció sintiendo que sus vagas inquietudes lo asaltaban de nuevo.

—Ya la conocéis, señora —dijo con temblorosa voz—. Como yo, ha hallado en Vuestra Majestad un asilo de dulzura y bondad. Débil, sin apoyo, huyendo de las persecuciones y sola en el mundo, la recogisteis con la inagotable generosidad de alma que os granjeará la admiración de la posteridad, más aún que vuestras empresas guerreras…

—Alicia de Lux —exclamó tristemente la reina de Navarra.

—Ella es, en efecto —dijo Marillac dirigiendo a la reina ardiente mirada de curiosidad para sorprender su pensamiento.

Pero la reina era impenetrable. Juana de Albret poseía realmente la generosidad de alma de que el conde acababa de hablar. Era un espíritu superior, pues supo retener el grito de doloroso asombro que iba a salir de su garganta, porque en un instante examinó el dilema que se presentaba a su conciencia. O callarse acerca de Alicia de Lux y entregar de este modo al conde a una intrigante, o revelar lo que sabía acerca de la joven y sumir a Marillac en incurable desesperación.

—Nada me decís, señora —continuó el conde—. Por favor, ¿qué pensáis?

La reina, indecisa, halló de pronto un pretexto para no contestar enseguida y dijo sin severidad:

—Muy turbado debéis de estar, conde, pues por vez primera interrogáis a vuestra reina.

—¡Ah! Perdón, señora —dijo Marillac inclinándose.

Aquel intervalo bastó a Juana para imaginar la contestación.

—Estáis perdonado, hijo mío —dijo—. Por otra parte he olvidado yo tantas veces la etiqueta al hablaros, que bien se os puede dispensar el haberla olvidado una vez. Me preguntáis lo que pienso de Alicia de Lux, ¿no es cierto?

—Os lo suplico, Majestad.

—Pues bien, no tengo opinión formada. La conozco poco y no le he hablado una docena de veces.

El conde comprendió que la reina estaba turbada. ¿Por qué vacilaría?

—Señora —exclamó—, a riesgo de que parezca olvido de las conveniencias, una pregunta asoma a mis labios. Os ruego que me perdonéis por ello. Tengo necesidad absoluta de conocer por entero vuestro pensamiento. Me atrevo a preguntar a Vuestra Majestad si tiene alguna prevención contra mi prometida. Una sola palabra me basta, y espero que mi reina me dirá si las inquietudes que suben de mi corazón a mi cerebro están justificadas, o si son solamente el delirio de un alma enferma.

Juana de Albret bajó la cabeza. El conde le pedía una verdad terrible o una mentira.

—Señora —dijo con más vehemencia—, si Vuestra Majestad no me contesta, es que condena a mi prometida.

—Nada tengo contra Alicia de Lux —contestó la reina.

Pero tal mentira fue dicha con voz tan baja, que Marillac tuvo, más que nunca, el presentimiento de la catástrofe que le esperaba. Se decidió, pues, a arrancar a la reina su secreto, y mientras mortal palidez se pintaba en su semblante, dijo:

—Lo que voy a decir es tal vez un sacrilegio o un crimen de lesa majestad. Me maldigo por ello, señora, pero cometo el crimen aun cuando tuviera que darme de puñaladas luego por haber osado sospechar de vuestra sagrada palabra. Señora, tened piedad de un desgraciado que lleva vuestra imagen en el corazón y que no tiene en el mundo más que a vos, pues representáis para él la familia, la amistad y el apoyo. Señora, vuestra palabra no me basta… Necesito un juramento… Juradme que me habéis dicho la verdad.

Juana de Albret guardó silencio, no sabiendo cómo podría salvar al conde de su amor, pues tenía la convicción profunda de que Alicia no amaba a Marillac y que sólo representaba una miserable comedia por cuenta de Catalina y, por lo tanto, Juana quería estudiar a fondo aquel problema.

Pero la desbordante pasión del desgraciado, no lo dejaba tiempo para ello. Era necesario contestar inmediatamente y con un juramento. Por otra parte, veía al conde tan apasionado, que no dudó de que una sola palabra de verdad lo mataría más certeramente que una bala en pleno corazón.

—Conde —dijo con irresistible firmeza—. Escuchadme, voy a daros una prueba de afecto que solamente mi hijo podría esperar de mí. No puedo contestaros ni jurar lo que me pedís, sin antes haber visto a Alicia de Lux. La veré, hablaré con ella y solamente entonces os contestaré. Hasta dicha ocasión, os ordeno que permanezcáis tranquilo y, entre tanto, estad persuadido de que nada tengo contra Alicia. Lo que puedo repetiros es que no conozco a esta joven, y como os quiero cual si fuerais hijo mío, deseo conocerla antes de deciros si es digna o no de vuestro amor. Decidme, por consiguiente, dónde está ahora.

—En París —contestó el conde con voz casi ininteligible—. Habita una casa de la calle de la Hache.

—Bueno —dijo Juana—. Mañana salgo para París.

—¡Señora! —balbució el conde lleno de angustia.

—Partiremos juntos —continuó la reina—. Vos tomaréis el mando de mi escolta. Id, conde, preparaos a acompañarme.

El joven salió titubeando y una vez fuera respiró penosamente y se detuvo algunos instantes.

—¿De modo —se dijo— que hay en Alicia algo que yo ignoro? Pero ¿por qué he de atormentarme? Al cabo no ha sucedido nada. La reina no conoce a Alicia y no puede dar su opinión. Es muy lógico. Pero, en cambio, yo la conozco y ¡desgraciado del que ante mí diga algo en desdoro suyo!

Pero casi enseguida sintió que arraigaba en él la convicción de que había alguna cosa, y, fuese por el temor de saberla o de disgustar a la reina, decidió alejarse.

—Lo extraño —díjose mientras andaba— es que los dos únicos amigos a quienes he hablado de ella, me han escuchado con misteriosa reserva. Por ejemplo, Pardaillán no la conocía. Lo conduje a su casa y le pregunté lo que pensaba de ella y él pareció algo apurado. ¿Por qué sería? Me dijo exactamente: «¿Quién sabe si ella sabe cosas que vos ignoráis?». ¿Qué cosas serán ésas? ¿Acaso Alicia tiene secretos para mí? ¿Qué secretos serán? Luego, al hablar a la reina, la duda se hace mayor. Mi madre adoptiva dice que no conoce bastante a mi novia, lo que, tal vez, sea una manera de decirme que la conoce demasiado. Pardaillán y la reina saben, o por lo menos adivinan, lo que yo no sé ni adivino. ¿Pero qué será de ello? ¿Qué pueden reprochar a Alicia?

Y el desgraciado, atormentado y rendido por la fatiga moral, más que por la física, regresó a la posada ante la que había parado a su llegada, y allí durmió profundamente algunas horas.

Cuando se presentó de nuevo a la reina de Navarra, ésta pudo observar el estado de alma de Marillac, mirando solamente su rostro.

«*¿Qué va a ser de él, cuando sepa la verdad?*» —pensó—. «*¿Será necesario decírsela?*».

Evitó cuidadosamente hablar de Alicia y dio al conde sus instrucciones para poder salir el mismo día.

—Vamos a Blois —dijo—. Ya que Carlos me cita allí, no quiero

rehusar la conferencia que me ofrece. Antes de recurrir a una última guerra que sería sin misericordia, debo agotar todos los medios pacíficos. Luego, desde Blois, iremos a París, sea cual fuere el resultado de la conferencia y entraremos en la ciudad, oficialmente si se concierta la paz y, en secreto, en caso contrario.

El conde se Inclinó sin contestar y salió para ocuparse con febril actividad de los preparativos de marcha.

Tres horas más tarde, Juana de Albret emprendía el camino hacia Blois, escoltada por cien hugonotes al mando de Marillac. Casi el mismo día, el rey Carlos IX y Catalina de Médicis salían también de París hacia Blois, adonde Enrique de Bearn, Coligny, Condé y d'Andelot se dirigieron asimismo.

XLIII - Asombro de Gil y Gilito

CUANDO CARLOS IX salió de París para ir a Blois, observó, no sin descontento, que su escolta estaba formada por los caballeros católicos más encarnizados contra los hugonotes. Hízolo observar a la reina madre, la cual, con la mayor serenidad, contestó que daba así una prueba de buena voluntad a Juana de Albret, pues las conferencias para la paz tendrían por testigos a los más decididos partidarios de la guerra.

Entre éstos iba el duque de Guisa, más brillante y sonriente que nunca. El mariscal de Damville formaba también parte de la escolta real. La víspera de la salida de Enrique llamó a su intendente, el señor Gil, y tuvo con él una larga conversación acerca de las prisioneras de la calle de la Hache.

—Me respondes de ellas con tu cabeza. Dentro de poco tiempo, muchas cosas tendrán fácil arreglo y entonces el rey accederá a muchas de mis peticiones. Mi hermano matamoros irá a pudrirse en la Bastilla, pero, entre tanto, vigila noche y día.

Gil juró que el mariscal, a su regreso, hallaría las prisioneras en donde las dejara.

—A propósito —dijo Damville con indiferencia—. Hay en la bodega de mi hotel un cadáver que será necesario sacar.

—El del espadachín —dijo Gil—. Es muy sencillo, monseñor. Una noche obscura lo echaremos al Sena.

El mariscal hizo un gesto de aprobación.

De ello resultó que algunos días después de la salida de la corte para las conferencias de Blois, maese Gil llamó a su sobrino Gilito, el cual, desde la muerte del terrible Pardaillán, se había quitado el gorro de algodón con que se cubría las orejas y recobró su jovial carácter.

—Gilito —dijo el intendente—, esta noche tenemos un importante trabajo que hacer. Es un poco desagradable, pues se trata nada menos que de convertirnos en sepultureros. Pero, en fin, no hay otro remedio Es necesario, hijo mío, sacar de la bodega el

cadáver que allí se pudre.

En el acto Gilito sintió gran satisfacción.

—¡*Pardiez*! —dijo—. Si se trata de enterrar al condenado de Pardaillán, soy vuestro hombre y os ayudaré con alegría.

—Vamos, pues, enseguida. Cogeremos el cadáver, y en una carreta lo llevaremos al muelle de San Pablo y lo dejaremos caer al agua. De este modo no tendremos el trabajo de cavar.

Gilito aplaudió el proyecto, y su tío, con gran sorpresa, vio cómo afilaba un cuchillo.

—¿Qué quieres hacer con ese cuchillo? —preguntó el intendente.

—Cortarle las orejas —dijo Gilito con ferocidad.

—¿A quién?

—A Pardaillán.

—¿Quieres cortar las orejas al cadáver?

—Sí, así lo castigaré del miedo que me dio jurándome que me cortaría las mías.

Gil se echó a reír, cosa que le sucedía pocas veces, pero no pudo contenerse al oír el propósito de su sobrino.

—¿Os hace reír el miedo que tuve? —dijo Gilito algo molesto.

—No hombre, sino la cara que hará Pardaillán sin orejas. Bueno, vámonos.

—Vamos —repitió el sobrino blandiendo su arma—. ¡Qué venga ahora!

Entonces Gil se ciñó una larga espada que tomó de una panoplia de su amo. Púsose dos pistolas en la cintura y reemplazó su gorro por un casco.

Luego salieron y Gil unció un asno a una carreta que existía en la casa.

—Toma una cuerda —ordenó su tío—, se la ataremos al cuello con una buena piedra.

Terminados estos preparativos, se pusieron en marcha yendo el tío a la vanguardia con la espada en una mano y la linterna en otra, mientras el sobrino iba detrás tirando de las riendas del asno. Llegaron sin novedad al hotel de Mesmes, hicieron entrar el asno y la carreta en el patio, cerraron cuidadosamente la puerta y dirigiéndose a la cocina se repusieron de la emoción con dos buenos

tragos de vino.

Había llegado la hora de ejecutar la segunda parte de la expedición. Dieron las doce en el cercano reloj del Temple y entonces Gilito se persignó, mientras su tío cogía las llaves de la bodega. Ante su puerta se detuvieron un momento, y luego el intendente descorrió los cerrojos exteriores, dio dos vueltas a la llave y la puerta se entreabrió. Gil retrocedió tapándose la nariz.

—¡Qué hedor despide! —dijo.

—¡Caramba! —Exclamó el sobrino—, es natural después de tanto tiempo.

Y a su vez se tapó la nariz.

De un puntapié, el intendente quiso abrir la puerta, pero ésta resistió.

—¿Qué es esto? —murmuró Gilito retrocediendo tres pasos.

—¡Imbécil! —Dijo Gil—. Esto quiere decir que hizo una barricada cuando lo perseguían. Ahora ayúdame a derribarlo todo.

La obra de demolición empezó enseguida. Pasando el brazo a través de la pequeña abertura, Gil consiguió hacer caer uno o dos tablones, no sin poco esfuerzo; el resto cayó con más facilidad y al cabo de un buen rato de trabajo, el paso estuvo libre, la puerta se abrió completamente y bajaron.

Gil, siempre delante y linterna en mano, estaba tan persuadido de que no hallaría más que un cadáver, que no creyó necesario bajar armado con la espada. Gilito lo seguía paso a paso y cuchillo en mano.

—¡Ah, bribón! —Decía—, ahora te cortaré las orejas. ¿Pero dónde está?

—Ya lo encontraremos —dijo Gil—. Guiémonos por el olfato.

—Es verdad —dijo Gilito tapándose de nuevo la nariz.

La bodega era grande y se componía de muchos compartimientos. Abundaban los rincones obscuros y a cada paso que daban, Gilito exclamaba:

—¡Aquí está!

Pero no hallaban a Pardaillán ni muerto ni vivo. En un rincón del tercer compartimiento, Gil exclamó dando un grito de sorpresa:

—¡Huesos!

—Se lo habrán comido las ratas —dijo Gilito comprendiendo

que se le escapaba la venganza.

—¡Pero si eso no son huesos de hombre, imbécil!

Y estudiándolos cuidadosamente, tío y sobrino se miraron estupefactos.

—Son huesos de jamón —dijo el tío.

—Y aquí hay botellas vacías —exclamó Gilito mostrando no lejos de allí una montaña de vidrios rotos.

—El miserable antes de morir se ha hartado bien.

Entonces empezaron a buscar con mayor ahínco y cuando hubieron explorado la bodega hasta en sus rincones más recónditos, pudieron convencerse de que no estaba allí el cadáver de Pardaillán.

—He aquí una cosa rara —murmuró Gil.

—Me atengo a lo dicho —observó el sobrino—. Las ratas se lo han comido y no han dejado ni los huesos.

—¡Imbécil! —exclamó el tío.

Ésta era su palabra favorita cuando hablaba a su sobrino, pero, no obstante, tuvo que aceptar como buena la explicación de Gilito, pues a pesar de haber hecho una nueva ronda, no consiguió el menor resultado práctico. Sin embargo, era evidente que Pardaillán no había podido evadirse, pues la puerta atrancada interiormente y el único tragaluz de la bodega, que estaba intacto, eran pruebas más que suficientes de que el bribón no había podido salir.

—Al cabo, esto nos evitará el trabajo de ir hasta el Sena.

—Lo hubiera preferido —dijo Gilito—, pues así habría podido cortarle las orejas.

No teniendo nada que hacer en la bodega, tío y sobrino empezaron a subir la escalera. Al subir el primer escalón, Gil, que siempre iba precediendo a su sobrino, levantó maquinalmente los ojos hacia la puerta que había dejado abierta y dio un terrible grito al observar que estaba cerrada.

En algunos saltos llegó a ella, esperando que solamente estaría entornada, pero con gran terror observó que la habían cerrado perfectamente desde fuera, en tanto que ellos estaban ocupados en buscar el cuerpo de Pardaillán.

—¿Qué sucede? —preguntó Gilito subiendo a su vez.

—¡Qué estamos encerrados! —Aulló el tío—. Algún ladrón o

demonio habrá entrado en el palacio y nos ha encerrado aquí. Ahora vamos a morir como el otro.

Gilito se quedó alelado y agitado por temblor convulsivo. En aquel momento una estridente carcajada resonó al otro lado de la puerta.

—¡Gilito —gritó una voz burlona—, te cortaré las orejas!

Al pobre muchacho se le erizaron los cabellos, pues reconoció la voz. Era la del muerto, la de Pardaillán.

Tío y sobrino rodaron escalera abajo y cayeron desvanecidos uno sobre otro.

Era, realmente, Pardaillán el que acababa de dirigir tal amenaza al pobre Gilito. Lo dejamos en el momento en que no tenía más que un jamón por toda provisión y entreveía con horror el suplicio del hambre que iba a dar fin a su vida de aventuras. Cuando se lo hubo comido y después de buscar en la cueva por centésima vez, Pardaillán se convenció de que no había más remedio que morir y tomó una resolución. La de nutrirse con vino, mientras pudiera, y cuando el sufrimiento del hambre fuese muy grande, y se desvaneciera totalmente la esperanza de salvación que todavía anidaba en él, se substraería a tal tortura por medio del suicidio. Una puñalada en el corazón acabaría con el sufrimiento.

Pardaillán esperó, pues, con la serenidad que dan las resoluciones definitivas, echado cerca del montón de botellas llenas que aún le quedaban. Hacía ya muchas horas que no había comido y se preguntaba si no sería mejor acabar de una vez, cuando de pronto le pareció oír ruido detrás de la puerta. Levantóse entonces de un salto, se acercó a ella y escuchó.

Lo que oyó le causó tal alegría que apenas pudo contener un grito.

Pardaillán desenvainó la daga y se acurrucó detrás de la barricada que había construido.

La demolición duró bastante rato, como se ha visto, y a fuerza de escuchar la conversación de los demoledores, el aventurero cambió de idea y ocultándose entonces en un rincón al pie de la escalera, Gil y Gilito pasaron por su lado sin verlo.

Esperó que hubieran penetrado en el interior de la bodega y

entonces subió tranquilamente y cerró la puerta. Su primera idea fue la de huir e interponer la mayor distancia posible entre él y la bodega que por poco se convierte en su tumba, pero después de haberse convencido de que el palacio estaba desierto, le entró la curiosidad de saber lo que dirían los dos sepultureros improvisados que tenían todo lo necesario para enterrar a un muerto, o, mejor dicho, echarlo al agua, excepción hecha del cadáver.

Oyó cómo el tío y el sobrino se acercaban a la puerta una vez terminadas sus pesquisas, y satisfecho por la despedida que les dirigiera, se alejó diciendo:

—He aquí a dos imbéciles que deben de estar muy asombrados.

XLIV - Asombro de Pardaillán padre y de pardaillán hijo

AUN CUANDO HACÍA POCO TIEMPO que el aventurero habitaba en el palacio, lo conocía perfectamente. Era en él inveterada costumbre estudiar cuidadosamente los lugares en que debía habitar. Gozando de libertad, marchó directamente a la cocina y encendió una antorcha. Luego registró los armarios y tuvo la suerte de hallar algunos víveres olvidados, con los que recobró las fuerzas. Entonces, buscando las llaves de diversos compartimientos, empezó a visitar el palacio.

¿Con qué objeto? ¿Qué buscaba?

Con razón o sin ella, Pardaillán creía tener derecho a alguna indemnización, de modo que silbando un aire de caza, llegó a una gran sala en la que, entre otros adornos, había un gran espejo del que se aprovechó para pasarse revista de pies a cabeza y observó que su aspecto era capaz de dar miedo al más valiente. No tenía sombrero, sus vestidos estaban hechos jirones, manchados de barro, de sangre y de vino. Tampoco tenía espada. En cuanto a sus heridas estaban todas cerradas, y salvo una cicatriz rojiza en la nariz, su rostro estaba casi intacto, si bien un poco pálido.

—Ahora procedamos con orden y método —dijo Pardaillán.

En seguida penetró en el dormitorio del mariscal y allí encontró un alto armario que no pudo abrir con ninguna de las llaves, pero a fuerza de introducir en la cerradura la punta de su daga, consiguió hacerla saltar.

El mueble estaba lleno de ropa blanca y trajes, y Pardaillán al verlo dio un silbido de admiración. Inmediatamente procedió a vestirse de pies a cabeza, cosa de la que tenía la mayor necesidad.

Luego, en la habitación de uno de los oficiales del mariscal, halló una coraza de cuero amarillo y se la puso. En otra encontró un par de botas altas completamente nuevas y vio con satisfacción que eran de su medida. Halló también un birrete con pluma negra y de muy buen efecto y, por fin, de una panoplia del salón descolgó la

más hermosa y sólida espada que pudo hallar.

Continuando sus pesquisas, llegó a un gabinete aislado y se detuvo ante un cofre defendido por tres cerraduras. Con gran trabajo las hizo saltar y abriendo luego el cofre se quedó deslumbrado. El mueble estaba lleno de monedas de oro y plata; había un tesoro. El aventurero se rascó entonces la nariz indeciso e inquieto.

—Veamos —dijo—. No soy un ladrón y, por lo tanto, no me llevaré todo ese dinero que pertenece al mariscal. Muy bien. Pero monseñor de Damville me debe una indemnización de guerra. Se trata, pues, de fijarla sin lesionar sus intereses ni los míos. Mis vestidos fueron destrozados; es cierto que acabo de reemplazarlos, pero me gustaban más los anteriores; éstos me molestan. Seamos considerados y contemos cien libras por la molestia. Pongamos cada una de mis heridas a diez libras. ¡Qué! ¿Es demasiado caro? No, a fe mía. Recibí diez heridas, lo que hace un total de cien libras, y con las cien precedentes suman doscientas. ¿No me olvido nada? ¿Y la emoción que sentí? Pongamos por ella mil ochocientas libras y no hablemos más; añado mil libras por haberme alimentado exclusivamente de jamón, lo que me obligará a pagar un médico para que me cure el estómago. Total, tres mil libras, si no me equivoco.

A medida que hablaba así el viejo Pardaillán sacaba el dinero del cofre, y cuando hubo llenado su cinto de cuero con las tres mil libras que tomó en oro para ir menos cargado, cerró cuidadosamente el cofre, luego el gabinete y todas las habitaciones que abriera. Y vestido de nuevo de pies a cabeza, con una buena espada al lado y el cinto bien provisto, se dirigió con ligero paso hacia la puerta del palacio, que franqueó al salir el sol.

—¡Qué bonita es la luz del día! —dijo—. ¡*Pardiez*! Me parece tener solamente cuarenta años.

Y realmente, al verlo andar con el gorro ladeado sobre la oreja, y la mano en la guarda de la espada, se le hubieran echado solamente veinte años.

—¿Qué habrá pasado —se dijo— desde que me vi encerrado en la bodega? ¿Por qué el palacio de Mesmes está completamente desierto? ¿Dónde estará el mariscal? ¿Qué habrá sido de mi hijo?

Marchóse entonces a la posada de «La Adivinadora» y allí interrogó a maese Landry, el cual le dijo que la corte estaba en Blois y que se trataba a la sazón de una gran reconciliación entre católicos y hugonotes.

—Permitidme —acabó diciendo el hostelero—, permitidme que os felicite por vuestra buena fortuna. Por el traje veo que vuestros asuntos llevan buen camino.

—En efecto, maese Landry, acabo de hacer un viajecito y, a propósito, ¿cuánto tiempo hace que no me habéis visto?

—Caramba, señor, hace cosa de dos meses que me hicisteis el honor de comer aquí y de paso heristeis al vizconde d'Aspremont.

«*Dos meses. ¡Cómo pasa el tiempo! Esto valía por lo menos mil libras más*» —pensó el aventurero, y en voz alta añadió:

—Pues bien, querido huésped, como os lo decía, este viajecito me ha enriquecido y, por lo tanto, voy a poder pagaros aquella cuentecilla.

—¡Ah, señor! —exclamó maese Landry encantado—. Siempre os tuve por un perfecto caballero. Me debéis… —empezó a decir maese Landry.

—¡Ah, miserable! —Exclamó de pronto el aventurero—. Vas a pagarme tu traición.

Landry se quedó estupefacto, con la boca abierta y los ojos fuera de las órbitas, mientras Pardaillán, rechazando la mesa ante la cual estaba sentado, se lanzó a la calle con gran prisa y a los pocos instantes desapareció por la inmediata esquina.

—¡Todo sea por Dios! —Dijo melancólicamente el hostelero—. ¡Otra vez será!

¿Qué le sucedió a Pardaillán? Vio pasar ante «La Adivinadora» al vizconde d'Aspremont, a quien atribuía, no sin razón, su disputa con el mariscal, y resuelto a matarlo se lanzó a la calle.

Era, realmente, d'Aspremont el que pasaba, pues el estado de su herida no le permitió acompañar a Damville. Por desgracia, d'Aspremont tenía prisa, y cuando Pardaillán estuvo en la esquina de la calle por la que lo había visto doblar, su adversario había desaparecido. El aventurero registró inútilmente todos los rincones, y cuando se hubo convencido de que d'Aspremont había escapado aquella vez, ya no se acordó de maese Landry ni de su cuenta, y

maldiciendo su estrella se encaminó al palacio de Montmorency.

—¡Mientras no haya sucedido nada desagradable al caballero! —pensaba—. Estos Montmorency son de mala raza. Con Enrique acabo de tener una nueva prueba. ¿Será mejor Francisco? Lo dudo.

Contra lo que esperaba, el viejo Pardaillán halló en el palacio de Montmorency a su hijo, el cual abrazó emocionado a su padre.

—¿Qué os ha sucedido, padre? —preguntó el caballero después de las primeras efusiones.

—Ya te lo contaré. Vengo de muy lejos. ¿Y a ti qué te ha sucedido?

—¿A mí? Nada absolutamente.

—Pues tienes la cara de un fraile que por casualidad hubiera ayunado. Estás pálido, triste…

—Relatadme vuestra historia, padre. Luego os contaré la mía.

El viejo aventurero no se hizo rogar y relató sus aventuras punto por punto.

—¿De modo —exclamó riendo el caballero— que ahora Gil y Gilito están en vuestro lugar?

—Con la diferencia de que si yo me alimenté con los jamones de que me diste noticia, ellos se verán obligados a comerse los huesos que yo les dejé.

—Será necesario libertar a estos pobres diablos, padre.

—¿Estás loco? ¡Libertar a Gil para que vaya a contarlo todo a Damville! ¿Quieres que me ahorquen? Damville me cree muerto y tengo empeño en que se lo figure por tanto tiempo como sea posible, porque en cuanto sepa que estoy vivo, correré peligro de muerte. Ese Gil es un miserable y su sobrino un bribón que quería cortarme las orejas, pero seré yo el que se las cortaré. Ahora te toca a ti, caballero. Vamos, desembucha.

El caballero no pudo contener la risa.

—Ya sabéis, padre, lo que me tiene triste.

—¡Ah, sí! Las damas en cuestión. ¿No han sido halladas?

—No, por desgracia. El mariscal de Montmorency y yo hemos registrado inútilmente todo París. Quise dejar al mariscal para irme a la ventura, pero lo vi tan pesaroso, que me he quedado unos días más. Ninguno de los dos tenemos ya esperanzas.

—¡Por Barrabás y por los cuernos del diablo! —exclamó

Pardaillán dando puñetazos sobre la mesa.

—¿Qué os sucede, padre? —exclamó asombrado el caballero.

—Que he encontrado el medio.

—¿De qué?

—El medio de saber dónde están.

—Padre, no me hagas concebir falsas esperanzas.

—Te aseguro que he encontrado el medio. ¿Qué tienes, tan emocionado? ¡Ah! No me acordaba de que amas a Luisita, pues me parece extravagante que un hombre como tú, pueda tener tales sentimientos. Pero hombre, cásate con ella; ¿quieres mi consentimiento? Pues ya te lo doy.

—¡No os burléis, padre, no os burléis!

—¿Yo? Que el diablo me arranque la lengua si jamás me burlo de ti. Te hablo en serio, caballero. Ya comprendo tu sorpresa y recuerdo perfectamente que te aconsejé desconfiar de las mujeres. ¿Pero qué quieres? Ya que no hay medio de conseguir que tengas ideas más razonables, me veo precisado a doblegarme a tu locura. Así, pues, te casarás con Luisa.

—Padre —dijo el joven con temblorosa voz—. Esto no puede ser. ¿Olvidáis que Luisa es hija de Francisco de Montmorency?

—Bueno, ¿y qué? —exclamó el aventurero.

—¿Cómo podéis concebir que la hija del magnate más poderoso de Francia se case con un pobre como yo?

—¡Vaya, decididamente veo que estás loco!

—Empiezo a temerlo, porque es una locura en mí atreverme a amar a Luisa.

El viejo Pardaillán cogió la mano de su hijo y le dijo con gravedad:

—Pues yo te aseguro que te casarás con ella, y aún añadiré que si una de las dos familias de que se trata debe sentirse honrada con tal alianza, no será la de los Pardaillán, sino la de los Montmorency. Un hombre como tú vale tanto como un rey, y me refiero a los reyes de antaño, que podían dar al mundo lecciones de bravura y generosidad. No creas que mi afecto paternal me ciegue, porque sé lo que vales y estoy seguro de que el mariscal lo sabe asimismo, Luisita también lo sabe, y si no es así, ya lo sabrá y te repito que te casarás con ella.

El caballero movió negativamente la cabeza. Veía las cosas con más claridad que su padre y se daba exacta cuenta de la distancia que separaba a un Pardaillán de un Montmorency. Más como estaba decidido a amar desinteresadamente y sacrificarse sin esperanza de recompensa, dijo:

—Sea lo que fuere, señor, se trata, ante todo, de hallar a la señora de Piennes y a su hija.

—Tienes razón ¡*Pardiez*!

—¿Y decís que sabéis dónde están?

—No, pero tengo el medio de saberlo. No comprendo cómo no lo advertí antes. Avisa al señor mariscal de Montmorency… o si no, no. Vámonos. Será curioso que yo mismo le devuelva su Luisita.

—Vamos, padre —dijo el caballero con ansia.

Y, efectivamente, el viejo Pardaillán parecía tan seguro de su proyecto, que el caballero no dudó por un instante de que regresaría al palacio de Montmorency llevando a Juana de Piennes y a su hija. Y entonces, ¿qué sucedería? Durante el camino el viejo Pardaillán explicó su proyecto.

—Hay un hombre que con toda seguridad sabe dónde se hallan las dos princesas, y éste es el condonado intendente de Damville, que conoce todos los secretos de su amo.

—Tenéis razón, ¡corramos!

—Lo tenemos bien cogido, no tengas miedo.

—¿Quién sabe si ha encontrado medio de salir de la bodega? Conoce perfectamente el edificio.

—Recuerda que hace un momento tú querías darle libertad. Y respecto a la bodega, recuerda que yo mismo he tenido tiempo de estudiarla y te aseguro de que si hubiera una salida, yo la habría encontrado.

No obstante, lo que acababa de decir el caballero había inquietado un poco al viejo Pardaillán. Tal vez había una salida secreta y, en tal caso, todo estaría perdido. Padre e hijo echaron a correr y una vez llegaron al palacio de Mesmes, entraron por el jardín. Algunos instantes más tarde, estaban ante la puerta de la bodega y el viejo Pardaillán, que tenía una sangre fría extraordinaria, contuvo a su hijo, que quería abrir la puerta, y en cambio se puso a escuchar. Sin duda desde donde se hallaban, Gil y

Gilito oyeron sus pasos, porque apenas Pardaillán y su hijo se hubieron detenido ante la puerta, llegó a ellos una voz lastimera que decía:

—Abrid, en nombre del cielo. Abrid, quien quiera que seáis.

—¿Quién sois? —preguntó Pardaillán padre fingiendo la voz.

Soy maese Gil, intendente de monseñor de Damville. Hemos sido encerrados en esta bodega por un miserable, un bandido.

—¡Basta, maese Gil! —exclamó Pardaillán echándose a reír.

—¡El maldito Pardaillán! —exclamó Gil reconociendo la voz.

—El mismo, mi digno intendente. ¿Y vuestro sobrino qué tal se encuentra? Vengo a cortarle las orejas.

Se oyó a lo lejos un gemido y luego un ruido que probaba que Gilito buscaba un profundo escondrijo para salvar sus orejas.

—En cuanto a vos, maese Gil —continuó Pardaillán—, escuchadme bien.

—Soy todo oídos, señor.

—He tenido lástima de vosotros y por esto vuelvo.

—¡Ah, bendito seáis, señor!

—Me he dicho que sería indigno de un cristiano dejaros morir aquí lentamente de hambre.

—Tenéis razón, señor —dijo la voz.

Y que sería un suplicio abominable.

—Horroroso.

—Ya lo sé, ya lo sé por experiencia, maese Gil, es un suplicio que me habíais destinado. Pero en el fondo soy bueno y no quiero haceros sufrir. Escuchadme, pues. ¿Habéis visto en la cuarta viga a partir del tragaluz un clavo enorme, sólido y bien hundido en la madera? ¿No? ¿No habéis reparado en él? Pues yo lo conozco muy bien, porque tuve la intención de ahorcarme. Sabed que traigo conmigo una hermosa cuerda, nueva por completo, y tengo el proyecto de atarla por un extremo al clavo y por el otro a vuestro cuello.

—¡Pobre de mí! ¿Queréis ahorcarme?

—Para que no os muráis de hambre, ingrato. En cuanto a vuestro sobrino, me contentaré con cortarle las orejas.

Entonces se oyó un gemido y un sollozo. Pardaillán abrió la puerta y en la obscuridad divisó a Gil de rodillas sobre un escalón y

con el rostro completamente desencajado.

—Caballero —dijo el viejo Pardaillán—. Quedaos aquí con las pistolas preparadas, y si uno de estos miserables trata de salir, matadlo sin piedad.

—¡Perdón, monseñor! —gimió el intendente.

—¿Tienes mucho miedo de morir?

—Sí —exclamó el viejo—. No me matéis.

Sus dientes castañeteaban y a juzgar por la expresión de su rostro, se hallaba en el paroxismo del miedo.

—¿Y si te ofreciera un medio para salvar tu vida?

—¡Oh! Haría todo lo que quisierais. Pedidme todo el dinero que poseo. Soy rico, muy rico, pero os lo daré todo.

—No quiero tu dinero —contestó Pardaillán.

—¿Qué queréis, pues? Decid, hablad. Estoy dispuesto a todo.

El terror de Gil habla llegado a tal extremo, que Pardaillán juzgó peligroso someterlo a más larga prueba.

—Vamos —dijo—, tranquilízate, no te mataré y aun podrás salir de aquí, pero con una condición.

—¿Cuál? —preguntó el intendente.

—Me dirás el lugar donde el mariscal de Damville ha conducido a Juana de Piennes y a su hija.

—¿Esto es lo que queréis saber para perdonarme la vida? —preguntó Gil.

—Sí, ya ves que sales bien librado.

Gil, que estaba, de rodillas, se levantó y abandonando todo temor, dijo con firme voz:

—Matadme, porque no lo sabréis.

Pardaillán se quedó atónito, y como valeroso que era, no pudo por menos que sentir admiración ante aquel viejo a quien el sentimiento del deber había convertido en héroe.

—¡La cuerda! —gritó luego.

Y aun cuando no la había llevado, cogió a maese Gil por un brazo y le condujo debajo de la viga a que antes se refiriera.

—¿Quieres hablar? —Dijo con frialdad—. Te doy un minuto para decidirte.

—Veo que no tenéis cuerda, pero si queréis una, la hallaréis en la carreta que está en el patio. Debía servir para llevar vuestro

cadáver y en ella la puse para ataros una piedra al cuello. Mandadla buscar, porque no sabréis nada.

—¡Por todos los diablos del infierno! ¡Es admirable el valor de este viejo! —Murmuró Pardaillán—. Es lástima verme obligado a matarlo.

Y desenvainando su daga exclamó:

—Gracias a tu valor no te ahorcaré, pero en cambio te clavaré la daga en el corazón si no hablas…

—Herid —dijo Gil desgarrando su jubón—. Únicamente os rogaré que hagáis llegar noticias al mariscal de Damville de que he muerto por guardarle fidelidad.

Los dos Pardaillán sentían admiración y asombro. La actitud de aquel viejo que tanto miedo tenía de morir y que no obstante ofrecía su pecho al golpe mortal para ser fiel a su amo, les pareció un fenómeno inexplicable.

—Señor de Pardaillán —exclamó de pronto una temblorosa voz.

El aventurero se volvió y vio a Gilito que salía de su escondite.

—No tengas miedo —dijo—, ya te llegará el turno. Primero déjame concluir con tu digno tío y entonces me las habré contigo. No morirás, pero te cortaré las orejas.

—Ya lo sé —dijo Gilito muy asustado y temblando de pies a cabeza—. Ya lo sé y para salvar mis orejas quiero proponeros un trato.

—Veámoslo.

—Sé dónde están las dos personas que buscáis.

—¿Tú? —Rugió el tío—. ¡No creáis a ese imbécil, señor!

—Este imbécil tiene cariño a sus orejas —dijo Pardaillán—. He de convenir en que son muy feas; pero, en fin, él las quiere y, si dice la verdad, no se las tocaré.

—¡Miente! —gritó el viejo.

Y desprendiéndose de Pardaillán, se precipitó sobre su sobrino.

Pero antes de que llegara a él, Pardaillán lo había cogido del cuello y lo entregaba al caballero.

—Habla —dijo entonces a Gilito.

—¡No sabe nada! ¡Miente! —vociferó Gil.

—No miento, tío —dijo Gilito, que seguro de conservar sus orejas conservaba el ánimo—. El día en que recibí orden de

preparar la silla de posta, tuve que habérmelas con el digno joven aquí presente y en cuanto me vi libre seguí la expedición y lo vi todo. Sé dónde se detuvo el coche y me ofrezco a conducir a estos señores.

—¿Dónde es? —preguntó el caballero.

—En la calle de la Hache —dijo Gilito.

—¿En la calle de la Hache? —exclamó el caballero estupefacto y recordando enseguida a Alicia de Lux.

Pero en dicha calle había otras casas además de la de la joven y por otra parte era imposible que la novia de Marillac tuviera semejantes tratos con el duque de Damville, o de lo contrario… El caballero entonces se detuvo en su pensamiento, entreviendo misteriosos abismos en la existencia de aquella mujer.

—Veamos —continuó—, ¿en qué sitio exacto?

—¡Cállate, infame! —gritaba el viejo Gil—. ¡Monseñor te hará ahorcar!

—Señor, es fácil de conocer la casa. Hace esquina con la calle de Travesine; tiene un jardín y en éste hay una puerta verde.

El grito de rabia que soltó el intendente bastó para demostrar que Gilito decía la verdad.

—Vamos allá —dijo el viejo Pardaillán.

Pero el caballero, muy pálido, permaneció inmóvil.

—¿Dudas de la sinceridad de este bribón? —Preguntó el padre —. Llevémoslo, y si ha mentido…

—No, estoy seguro de que dijo la verdad.

—Os lo aseguro, caballero —contestó Gilito.

El caballero pensaba que en diversas ocasiones habíase presentado ante la casa de la calle de la Hache y siempre encontró la puerta cerrada después de su última entrevista con Alicia. Pero en su corazón generoso no era ésta la única inquietud que existía, pues, con angustia, se preguntaba qué misterio habría en la vida de Alicia y qué desgracia reservaba a Marillac.

—Vamos —dijo por fin—. Sabré la verdad al interrogarla… si la encuentro.

El viejo Pardaillán no comprendió estas palabras, pero se dispuso a seguir a su hijo.

—Os perdono la vida a los dos —dijo a Gil y a Gilito—. Id a

haceros ahorcar a otra parte.

—¡Ay! Ciertamente seré ahorcado —dijo el intendente.

—No tengáis cuidado, que yo daré testimonio de vuestra fidelidad. Tranquilizaos, porque os prometo informar al mariscal de Damville de vuestra heroica resistencia.

—Os creo, señor, y os doy las gracias, porque es lo único que puede salvarme.

—Os doy mi palabra de que vuestro amo será informado —dijo el caballero.

—¡Vaya unos mimos a un sinvergüenza que quería echar mi cadáver al río, en vez de enterrarlo cristianamente! —Exclamó el viejo aventurero—. Eres sobrado bueno, caballero, y lo peor es que a tu lado me echo a perder. Ya verás cómo todo esto nos trae desgracia.

Durante su discusión, Gilito había desaparecido, pues sin duda no tenía gran empeño en hallarse a solas con su tío. Éste estaba sentado en un escabel y con la cabeza entre las manos reflexionaba sobre su triste porvenir. Los dos Pardaillán lo dejaron entregado a sus meditaciones y salieron del hotel para ir cuanto antes a la calle de la Hache.

—¿Quién podrá habitar en la casa de la puerta verde? Sin duda algún oficial de Damville que se ha atrincherado allí con una pequeña guarnición. Os propongo, pues, hijo mío, esperar la noche. Ahora, iremos a estudiar el terreno, y una vez reconocida la fuerza de la guarnición, tomaremos las medidas necesarias para que el ataque tenga éxito Inmediato.

El caballero vaciló un instante y luego dijo:

—Padre, creo que en este asunto será mejor que obre yo solo. En la casa en cuestión no hay ni oficial ni soldados de ninguna clase.

—¿De modo que ya conoces la casa?

—Sí, y lo único que temo es que ya esté deshabitada.

—No te comprendo, caballero, pero me parece que hay un secreto.

—Que no me pertenece. Es el secreto de un amigo a quien amo como si fuera un hermano.

—¿Y quieres ir solo? ¿Me aseguras que no hay peligro?

—Ninguno.

—Pues en tal caso te esperaré en la entrada de la calle.

—No, separémonos aquí. Tal vez nos verían y al notar que alguien me espera y que este alguien pudiera intervenir, bastaría para que no me abrieran la puerta.

—Pues te esperaré… ¿Dónde te parece? En «La Adivinadora» es muy peligroso. ¡Ah, buena Catho! ¡Cuánto te echo de menos! ¿La has visto mientras yo me moría de hambre en el fondo de la bodega?

—Sí; con el dinero que le entregasteis ha instalado en la calle de Tiquetonne una nueva posada.

—¿Cómo se llama?

—La posada de «Los dos muertos».

—¡Ah, buena Catho! Te aseguro, caballero, que me casaré con ella.

Y dicha esta broma, padre e hijo se separaron. El caballero continuó su camino hacia la calle de la Hache y el aventurero se dirigió hacia la nueva posada de Catho para esperar a su hijo, mientras degustaba una pinta de hipocrás.

En la calle Tiquetonne vio, efectivamente, una posada con un aparador y una enseña nuevas por completo. Era la posada de «Los dos Muertos».

Mientras el viejo Pardaillán admiraba la enseña y entraba en el establecimiento, el caballero íbase acercando a la casa de la puerta verde. En seguida observó que los postigos estaban cuidadosamente cerrados, como si la casa estuviera desierta. Con el corazón palpitante, dio un aldabonazo, pero la puerta continuó cerrada y la casa silenciosa. Pero el caballero estaba dispuesto a saber lo que pasaba en aquella vivienda y lo que había en aquel silencio. Llamó repetidas veces sin obtener respuesta, y en vista de ello, miró a derecha e izquierda para asegurarse de que nadie lo observaba y luego, dando un salto, alcanzó el borde de la tapia. Izóse entonces a fuerza de puños y saltó dentro del jardín. Luego dirigióse hacia la puerta de la casa decidido a hacer saltar le cerradura si era necesario, pero en el momento en que llegaba a aquella puerta, se entreabrió y apareció entre la penumbra una figura blanca. Era Alicia de Lux.

¡Cuán cambiada y pálida estaba! ¡Qué profunda tristeza se

observaba en su semblante!

—Apresuraos a entrar, caballero, ya que forzáis mi puerta —dijo entonces.

El caballero obedeció. Alicia lo hizo penetrar en la misma pieza en que Marillac lo había presentado y quedándose en pie y sin ofrecer tampoco asiento a su visitante le dijo:

—¿Por qué me perseguís así? Tres o cuatro veces habéis llamado a mi puerta. Un hombre galante, al ver que no le abrían, hubiera respetado mi soledad y mi dolor.

—Señora —dijo el caballero reponiéndose de su emoción—, vuestra extraña acogida me hubiera hecho salir ya de esta casa si algo que me interesa mucho no me obligara a soportar un reproche que no merezco.

—Una palabra tan sólo —dijo Alicia con frialdad—. ¿Venís de su parte?

—Según me parece, ¿me preguntáis si vengo comisionado por el conde de Marillac?

—Sí, señor. Ha visto a la reina de Navarra, ¿verdad? La reina le habrá hablado para separarlo de mí. Y no atreviéndose a venir por sí mismo os ha encargado esta comisión. Pero, por favor no os molestéis en darme cuenta del encargo que aquí os trae, porque es inútil y por otra parte no lo toleraría. Idos, señor, y contestadle solamente que yo misma me haré desaparecer. Adiós, caballero.

—¡Señora! —Exclamó entonces Pardaillán—. Estáis equivocada, no me envía el conde de Marillac, pues vengo por mi propia voluntad.

—¿De modo que no venís de su parte?

—No, señora, todavía no ha vuelto. Os repito que vengo por mi propia iniciativa.

—¡Ay de mí! ¿Qué he dicho?

Y se cubrió la cara con las manos sollozando amargamente.

—Señora —dijo el caballero—, os aseguro que ya he olvidado las palabras que habéis pronunciado y quien quiera que seáis, no veo más que a una pobre mujer que sufre y llora. Ignoro qué faltas podéis reprocharos, pero lo que sé y veo claramente es el amor inmenso que sentís por mi amigo. Tranquilizaos, pues, señora, porque el amor puede borrar los mayores crímenes.

—Seguid hablándome —dijo la joven—. ¡Hace tanto tiempo que no oigo una voz amiga!

—Sosegaos, señora. Os aseguro que el conde os ama y que nada le importará saber lo que en vos haya secreto. Sois la dicha de su vida y no creáis que esto me lo haya dicho, pero se ve en cada una de sus palabras. Habla de vos como los creyentes de su divinidad. Tranquilizaos, porque mi amigo os ama como nadie ha amado en el mundo.

La joven, ya calmada, preguntó entonces:

—¿De modo que el conde no ha regresado todavía?

—No, señora.

—¿Y no habéis tenido ninguna noticia? —Preguntó con cierta vacilación—. ¿No sabéis lo que hace o lo que piensa?

—No, señora, pero como todo el mundo en París, sé que la reina de Navarra está en Blois conferenciando con el rey de Francia. Es, pues, seguro que el conde está en dicha ciudad, hace por lo menos quince días.

—¿Tanto?

—Sí, señora. Y además, para un caballero como el conde, de Blois a París sólo hay cuatro días de viaje.

Intensa expresión de alegría se pintó entonces en el semblante de la joven, pues con su perspicacia habitual comprendió que si la reina la hubiera denunciado, el conde habría llegado muchos días antes.

Así, pues, según todas las apariencias, Juana de Albret no había hablado, y como los heridos que evitan cuidadosamente quitarse los vendajes que cubren su mal, así Alicia no trató de averiguar por qué la reina de Navarra no había hablado. Contentose con esperar prometiéndose que si Marillac no sabía nada al regreso, se iría con él lejos de Francia.

Desde entonces recobró la serenidad y volvió a ser la encantadora mujer de siempre. Ordenó a Laura que trajera frutas, refrescos y dulces según era moda, pero Pardaillán no quiso aceptar nada.

A la sazón era él quien estaba inquieto. No sabía cómo hacer la terrible pregunta, pero felizmente Alicia le ofreció oportunidad de hacerla.

—Caballero —dijo cuando consiguió dominar su emoción—, ¿me perdonaréis el modo indigno con que os he recibido? Estaba loca.

—No hablemos más de eso, señora.

—Gracias, amigo mío.

—Pues, apelando a esta amistad con que queréis honrarme, voy a permitirme pediros un favor.

—Hablad —dijo ella con sinceridad—. Si tengo la fortuna de poder probaros mi reconocimiento, no dudéis que lo haré aun cuando debiera imponerme los mayores sacrificios.

—En efecto, señora —dijo el caballero.

—Sea lo que fuere, estoy dispuesta a complaceros.

—Señora —dijo resolviéndose—, sabed que yo también amo, y para daros una idea del amor que siento, os diré solamente que mi adorada es para mí lo que el conde de Marillac para vos. Ahora suponed, señora, que el conde vuestro prometido estuviera prisionero en mi casa y que vos vinierais a pedirme su libertad. ¡Ah, señora! Por vuestra agitación veo que me habéis comprendido. Sé perfectamente por qué Luisa de Montmorency es prisionera, pero en cambio no sé, ni quiero saberlo, por qué razón os la ha entregado el mariscal Damville. Así, señora, sólo os pregunto: ¿El sacrificio que estáis dispuesta a hacer, llegaría hasta devolver la libertad a Juana de Piennes y a su hija?

A medida que el caballero hablaba, Alicia parecía más agitada.

—¿Amáis a Luisa? ¿A Luisa de Montmorency?

—Sí, señora.

—¡Desgraciada! —murmuró Alicia.

—¿Qué decís, señora?

—Digo que soy muy desgraciada y que mi vida está llena de fatalidades.

—Señora, ¿ha ocurrido alguna desgracia a Luisa? —exclamó el caballero fuertemente emocionado.

—No, ninguna desgracia, pero…

—¿Pero qué? ¿No podéis entregármela, verdad?

—Luisa y su madre ya no están en mi poder.

Tal noticia causó un rudo golpe al joven, pues comprendió que Alicia decía la verdad.

—No están aquí —continuó— desde el día en que anunciasteis que el conde de Marillac iba a ver a la reina de Navarra.

—¿Han vuelto a poder de Damville? —Preguntó el caballero—. En tal caso, aunque deba recorrer toda Francia, daré con ellas y entonces…

—No, caballero, no están en poder del mariscal. He sido yo, que hasta cuando quiero hacer bien no lo consigo, quien les dio la libertad.

El joven exclamó entonces con alegría:

—¿De modo que están libres?

—Cuando me vi condenada y comprendí que mi prometido iba a maldecirme, sentí profunda desesperación. ¡Ah, caballero! ¡Cuán desgraciada soy! Por de pronto, Damville persigue a dos infortunadas, dignas de amor y lástima, y precisamente se dirigió a mí para guardarlas, y lo peor es que me vi obligada a obedecer y constituirme en carcelera de las dos mujeres, ante las que no me atrevía a presentarme. Pero dejemos esto. El día en que pensé que Marillac se separaría de mí para siempre y que ya no tenía que temer las revelaciones con que me amenazaba Damville, puesto que la reina de Navarra las haría al conde, subí a la habitación en que estaban las dos prisioneras y les dije: «*Por favor perdonadme el mal que os he hecho. Idos, sois libres*». Y he aquí que si no hubiera tenido esta funesta idea de generosidad, ahora Luisa saldría de aquí acompañada por vos que la amáis. ¡Ah! Soy muy desgraciada, pues hasta el bien que quiero hacer se convierte en mal.

—Exageráis la desgracia, señora —dijo cariñosamente el caballero—. Es para mí gran alegría que Luisa no esté en poder del maldito mariscal. Pero ¿no os dijeron a dónde pensaban ir?

—Yo estaba tan trastornada, que no pensé siquiera en preguntárselo.

—Así, ¿no tenéis ningún indicio que os lo haga presumir?

—Desgraciadamente, ninguno.

—Ahora quisiera haceros una pregunta, señora. ¿Habéis hablado alguna vez con las prisioneras?

—Dos o tres veces solamente.

—¿Recordáis si Luisa pronunció alguna vez mi nombre?

—No —contestó Alicia.

«*¿Por qué habría de recordarme?*» —se dijo el Joven dando un suspiro—. «*Sin duda me ha olvidado ya. No obstante, me llamó en su socorro al ser raptada*».

Pardaillán no tenía ya nada que hacer en casa de Alicia de Lux y, por lo tanto, se despidió. La joven le suplicó que fuera a visitarla y él se lo prometió, pues aquella desgraciada le inspiraba profunda compasión.

Al salir de la casa de la calle de la Hache, Pardaillán dirigióse a la posada de «Los dos Muertos». Allí era, como recordará el lector, donde esperaba el viejo Pardaillán. El caballero iba contento, porque, por lo menos, tenía la seguridad de que Luisa no estaba ya en poder de Damville y esto era muy importante.

Entretenido con sus pensamientos, avanzaba rápidamente hacia la calle de Tiquetonne y llegó así a la calle de Beauvais, que era una de las arterias del viejo París que afluían a aquel corazón de piedra llamado Louvre. Allí halló tal muchedumbre, que se vio obligado a detenerse.

Miró hacia el Louvre y vio que habían bajado el puente levadizo que miraba a la calle de Beauvais. (Hay que tener en cuenta que en ausencia del rey, todas las puertas del Louvre permanecían cerradas).

Y a la sazón, no solamente el paso estaba franco, sino que una compañía de arcabuceros vestidos de gran gala tomaba posiciones en la calle.

Hacia la izquierda, dentro de París, el caballero oyó gran rumor de la multitud que se acercaba. A su alrededor la gente iba adornada con los vestidos de fiesta. Gran número de mujeres acudían para conquistar un puesto a lo largo de la calle, en donde varios guardias, repartiendo golpes con sus alabardas, se esforzaban en mantener el paso libre.

—¿Qué sucede? —preguntó Pardaillán a una linda muchacha que se asía a su brazo para resistir mejor los empujones.

—¿No lo sabéis? —Contestó la joven—. Es el rey, nuestro señor, que va a regresar al Louvre.

En aquel momento se produjo una desbandada en la multitud, pues acababa de circular el rumor de que el rey no pasaría por la calle de Beauvais, sino que iría a dar un rodeo por la de

Montmartre. En un instante la calle se vació de gente que echó a correr hacia la calle de Montmartre. El caballero, por su parte, continuó su camino hacia la posada de «Los dos Muertos».

XLV - Un episodio homérico

Como se ha visto, el viejo Pardaillán había llegado a la posada de «Los dos Muertos» y allí fue acogido con los brazos abiertos por la digna Catho. El aventurero, con rápida mirada, inspeccionó la taberna, que estaba adornada con botes de estaño y platos de cobre colgados en los huecos de la pared. Los muebles eran mesas relucientes de macizas patas, escabeles y respaldos tallados, cántaros de arcilla y vasos de todas medidas. Por una puerta abierta se veían brillar los utensilios de cobre de la cocina y el fuego que ardía en el hogar. En una palabra, la posada tenía próspero aspecto, cosa que hizo sonreír de satisfacción a Pardaillán.

—Catho —dijo una vez hubo terminado su inspección—, debo felicitarte, tu posada es admirable. Ojalá que siempre las hubiera encontrado iguales.

—Gracias a vos —dijo Catho— y a vuestros buenos escudos. Espero que ésta no arderá como la otra.

—¿Acaso te arrepientes de tu sacrificio?

—De ningún modo, señor, y aun cuando, después del incendio, no me hubiera quedado un solo sueldo, estaría tan contenta por haberos ayudado a defenderos. ¿Y vuestro hijo no vendrá?

—Sí, mi buena Catho, pero no te forjes ilusiones respecto a él, porque ha hecho la tontería de dar su corazón.

¡Oh, señor! ¿Creéis acaso que una muchacha romo yo?… ¡Si todavía fuera hermosa, pero ahora!…

Y la pobre Catho, sacando un espejo de su bolsillo, examinó, dando un suspiro de tristeza, su rostro horrorosamente desfigurado por la viruela.

Pardaillán se instaló ante una mesa, y como le era imposible permanecer inactivo, pidió a Catho que le sirviera una tortilla de cinco o seis huevos para esperar, según dijo. El aventurero se comió la tortilla con todos los respetos debidos a la ciencia culinaria de Catho, pero hecho esto se dio cuenta de que todavía le quedaba algún tiempo y, para emplearlo dignamente, pidió un pollo que

desapareció completamente. Luego, y siempre con objeto de matar el tiempo, atacó un bote de confitura. Todo ello fue acompañado por dos o tres botellas de buen vino, de modo que después de haber esperado dos horas del modo que se ha dicho, Pardaillán se sintió fuerte como Sansón, joven como su hijo y en extremo belicoso.

Oyendo entonces resonar a lo lejos algunas trompetas, aseguró su espada al cinto, echóse el birrete de pluma negra sobre su oreja izquierda y atusando el bigote dirigióse a la calle de Montmartre, de donde procedía el ruido de trompetas, no sin haber avisado a Catho que volvería al poco rato para reunirse con su hijo.

—¿Vais a ver al rey? —preguntó Catho.

—¡Ah! ¿Estas trompetas guerreras anuncian su llegada?

—Sí, señor. Se dice que el rey viene acompañado por la reina de Navarra y su hijo, así como de muchos señores hugonotes, que se han abrazado con los gentilhombres católicos.

—Bueno, ¡y yo que pensaba en guerra! En fin, vamos a ver los hermosos vestidos y las bonitas armas de los guardias. Esto me consolará un poco.

Y Pardaillán remontó la calle de Tiquetonne y no tardó en desembocar en la de Montmartre, pero allí fue cogido en un remolino de gente y llevado al lado de la puerta de una casa.

—¡A un sueldo las sillas! ¿Quién quiere verlo y oírlo todo? ¡Podrá verse a nuestro señor, el rey, a la reina Catalina en su carroza de oro, a los señores de Guisa montados a caballo! ¡A un sueldo la silla!

Así gritaba un muchacho. Pardaillán diole algunas monedas de cobre y se encaramó sobre la silla que había apoyado contra la puerta antes citada.

Aquella puerta estaba herméticamente cerrada y al levantar los ojos Pardaillán observó que las ventanas del único piso de la casa estaban igualmente cerradas, al contrario de las de las casas vecinas, que estaban llenas de cabezas curiosas, cuyos ojos se abrían desmesuradamente, mientras las bocas se preparaban a gritar:

—¡Viva el rey!

Desde su observatorio, Pardaillán dominaba a la multitud y veía aproximarse lentamente el cortejo real, mientras las campanas de todas las iglesias de París tocaban al vuelo y se disparaban las

culebrinas del Louvre. Primero pasó una compañía de burgueses del barrio, todos armados, y que avanzaban repitiendo:

—¡El rey! ¡El rey! ¡Paso para nuestro rey!

Ante ellos la multitud refluía a derecha y a izquierda, abriéndose como el mar ante el espolón de un navío. Detrás iba una compañía de arcabuceros marcialmente formados. Luego partesaneros y, por fin, los guardias del rey al mando de Cossins y precedidos de doble fila de trompeteros a caballo. Inmediatamente detrás, en una suntuosa carroza enteramente dorada, rematada por una enorme corona y arrastrada por cuatro caballos engualdrapados de oro y llevados cada uno por un gigantesco suizo, aparecía el pálido rostro de Carlos IX.

Los cristales de la carroza estaban dispuestos de tal modo que todo el mundo podía ver al rey. Iba vestido de negro, según costumbre, y miraba con cierta inquietud a aquel inmenso pueblo que se enronquecía a fuerza de gritar.

En la misma carroza y sentado a la izquierda de Carlos IX, iba Enrique de Bearn, el cual prodigaba los saludos, haciendo amistosas señas a los hombres, sonriendo a las mujeres y, en fin, ocultando a los ojos de todos la envidia que le mordía las entrañas.

—¡Viva el rey, viva el rey!

Tales clamores se oían por todas partes. Los brazos se agitaban y las gorras se balanceaban en el aire.

Detrás de la carroza real seguía un pesado vehículo no menos dorado, en el cual iba Catalina de Médicis y a su lado Juana de Albret. Catalina tenía un semblante sumamente alegre. No cesaba de saludar al pueblo más que para sonreír a Juana de Albret.

Ésta, muda e impasible, pensaba en su hijo. Cualesquiera que fueran los sucesos que el destino reservaba, creía afirmar para su hijo el trono y la felicidad aceptando el casamiento con Margarita de Francia. Presentía vagamente que la amenazaban terribles peligros, pero, fuerte e inquebrantable en sus resoluciones, conservaba una máscara de serenidad un tanto fría y altanera. A su alrededor la multitud aclamaba furiosamente a la reina Catalina de Médicis.

—¡Viva la reina de la misa! —gritaba el pueblo.

Tal viva fue enseguida adoptada y resonó por todas partes con

acento de terrible amenaza.

Entre tanto el cortejo avanzaba. Detrás de los dos coches reales iba el duque de Anjou a caballo. A su derecha, Coligny, tranquilo y frío acariciaba su larga barba blanca y a la izquierda iba el duque de Alenzón; más atrás venía el duque de Guisa haciendo caracolear a su corcel y recibiendo con sonrisas su parte en las aclamaciones populares. Seguían las carrozas destinadas a las damas de honor; luego una multitud de señores y príncipes, los duques de Nevers, de Aumale, de Damville, los señores de Gondi, de Mayenne, de Montpensier, de Rohan, y el de la Rochefoucauld, señores católicos y hugonotes confundidos, entremezclados, cada uno con su pequeña escolta de gentilhombres, sacerdotes, obispos a caballo, frailes, soldados, infantes, caballeros; era un espectáculo extraño, fantástico, suntuoso, realzado además por los acordes de las trompetas.

Encaramado en su silla, Pardaillán contemplaba la cabalgata con burlona sonrisa.

«*He aquí a los hugonotes en París*» —decía—, «*pero lo difícil no es entrar, sino salir*».

El viejo aventurero adivinaba instintivamente que Catalina tenía proyectos ocultos, pero el espectáculo le divertía extraordinariamente. Como hijo de París que era y excitado por el buen vino de Catho, olvidábase que para él era de interés vital el no ser visto. De pronto, sus ojos, que vagaban de una parte a otra, solicitados por mil detalles del espectáculo, se cruzaron con una dura mirada, con la que chocaron, por decirlo así.

«*¡El mariscal de Damville!*», murmuró el aventurero echando un voto.

Y al mismo tiempo saludaba graciosamente al mariscal. Este dio un salto sobre la silla de su caballo y petrificado, mudo de sorpresa, miró a Pardaillán, a quien creía muerto y pudriéndose en la bodega de su palacio.

«*¡Caramba!*». —Pensaba en aquel momento el aventurero—. «*La fiesta está completa, todos mis asesinos me miran. ¡Cuidado, Pardaillán!*».

Y redobló las sonrisas y los saludos. Cerca de Damville se detuvieron entonces tres o cuatro caballeros más.

—¡El hombre a quien asamos en la taberna! —dijo uno.

—¡El que murió con el caballero de Pardaillán! —exclamó otro.

—Pero, a pesar de todo —dijo un tercero—, se conserva perfectamente.

Aquellos caballeros que formaban parte del séquito del duque de Anjou eran Quelus, Maugiron, Saint-Megrin y Maurevert, y miraban con estupefacción a aquel hombre que tan buenos motivos tenían para creer muerto.

Entre tanto, Pardaillán, que no se turbaba por todas las miradas que le dirigían, empezó a pensar que el encuentro podía tener malas consecuencias para él, y por lo tanto, trató de bajar de la silla, para perderse entre la multitud.

—Señores —dijo—, es demasiado mirarme y acabaríais por avergonzarme de tanto honor como me hacéis.

Desgraciadamente, la multitud era tan compacta a su alrededor, que fuerza le fue quedarse quieto sobre su pedestal.

En el momento en que Pardaillán trataba inútilmente de bajar de la silla, el duque de Anjou se volvió y pudo observar que muchos de sus gentilhombres se habían detenido. Llamó a Quelus, su favorito, y en cuanto se hubo acercado le habló con gran viveza. Luego el duque de Anjou hizo una seña al capitán de sus guardias y, por fin, todo el mundo, arrastrado por la marcha del cortejo, continuó avanzando. Pero por de prisa que se hubieran realizado estos movimientos, no escaparon a la viva mirada del aventurero.

—Me parece que el asunto se pone feo —dijo en voz alta y con gran sorpresa de sus vecinos.

Es necesario tener en cuenta que Pardaillán no era el único encaramado en la silla, porque cerca de él, a su izquierda, había una mesa que soportaba a siete u ocho curiosos. A su derecha, una especie de tablado estaba ocupado por una quincena de personas y había, además, otras encaramadas en sillas. Pardaillán, entonces, tomó el único camino que le quedaba. Hizo caer su silla y un instante después se halló en la calzada, en medio de gentes que gritaban furiosamente, pero el marcial aspecto de Pardaillán les impuso silencio.

Pero era necesario salir y desaparecer de allí a toda costa, porque Pardaillán no dudaba de que las palabras pronunciadas por

el duque de Anjou al oído de su capitán de guardias se relacionaban con su modesta persona y no hay que decir que de buena gana se habría pasado sin este honor.

Entonces empezó a abrirse paso a codazos, pero en aquel momento, en vez de franquearle el paso, la multitud refluyó violentamente sobre él, y para no ser arrastrado, Pardaillán se cogió al picaporte de la puerta ante la cual había estado colocada su silla.

¿Qué sucedía?

Se hubiera dicho que una parte del cortejo real daba media vuelta volviendo sobre sus pasos. Una veintena de caballeros acudían precipitadamente, sin preocuparse de los gritos de terror de las mujeres, ni por las blasfemias de los burgueses. Hubo algunas carreras, mientras Pardaillán, cogido al picaporte, observaba tales movimientos sin comprender su causa. Por fin se vio solo ante aquella puerta y entonces, asiéndose del picaporte, dio violentamente sobre la puerta y el golpe resonó en el interior de la casa.

Pardaillán se volvió y quedó asombrado. Hallábase solo en un gran semicírculo, cuya cuerda estaba formada por las casas de la calle, mientras el arco lo constituía una gran fila de caballeros. El que se hallaba en medio de esta línea era alto, soberbio, tenía la barba negra y la mirada dura; llevaba un traje de severa magnificencia. Era Enrique de Montmorency, duque de Damville y mariscal de los ejércitos del rey. A su lado, un hombre de maligna sonrisa miraba a Pardaillán con odio mortal. Era Orthés, vizconde de Aspremont, que fue a unirse al cortejo de que su amo formaba parte. En el ala derecha de la curva se encontraban Maurevert y Saint-Magrin, y a la izquierda, Quelus y Maugiron. Los espacios estaban ocupados por jinetes que habían seguido a los favoritos por orden del duque de Anjou.

Pardaillán se irguió y su largo y delgado cuerpo pareció crecer. Cerró a medias los ojos y miró detenidamente a la asamblea. Entonces, adoptando marcial continente, se descubrió ceremoniosamente y con voz tonante dijo:

—Buenos días, señores asesinos.

Un murmullo de cólera se oyó entre los caballeros. Únicamente Damville permaneció frío e impasible. Pero entonces uno de los

caballeros hizo un gesto y todos se callaron. Era el capitán de guardias del duque de Anjou.

—Señor de Pardaillán, entregadme vuestra espada —dijo.

—¡Vaya! —Contestó el aventurero—. Hablas como si fueras Jerjes en persona. Yo te contestaré como si me llamara Leónidas, ni más ni menos. ¿Quieres mi espada? Ven a tomarla.

Y, al mismo tiempo, la desenvainó, la mantuvo un instante verticalmente y luego apoyó la punta sobre el extremo de su bota. Entonces inclinose ligeramente y se echó a reír, pensando:

«*Antes que ir a parar al fondo de un calabozo, de donde no saldría más que para subir al cadalso, prefiero morir aquí y enseñar a estos gallinas cómo se cae con elegancia*».

—Este caballero es duro de asar —dijo Maugiron—. Tiene una piel que resiste al achicharramiento, porque de lo contrario se habría quedado entre las cenizas del tugurio que incendiamos, ¿no es cierto, señores?

Todos soltaron la carcajada; antes de matar al enemigo querían divertirse a su costa.

—Si mi piel es dura de cocer —contestó Pardaillán—, tu cara fue fácil de escaldar si no me engaño, porque en poco estuvo que no te friera en el aceite hirviendo como una hermosa merluza y hasta, si no recuerdo mal, perdiste algunas escamas.

Maugiron hizo un gesto de rabia y se dirigió contra el aventurero, pero Damville lo detuvo, deseoso de echar su cuarto a espadas.

—¡Eh, señores! ¿No veis que se trata de un asno cubierto con la piel del león? Por mi palabra, os aseguro que el truhan ha desvalijado algún armario de mi palacio para vestirse con decencia.

—¡Ah, monseñor! —Gritó Pardaillán—. Te equivocas; según creo, el asno eres tú y el león yo. Y la prueba, que no podrás contradecir, es que busqué en tu casa guantes para mis garras y no hallé ninguno que me viniera bien, y te aseguro que me probé todos los de la casa, incluso el que está clavado en la puerta.

—¡Miserable perro! —gritó Damville.

—Entendámonos, ¿soy león, perro o asno?

—¡Te voy a romper las costillas a garrotazos!

—¡Caramba! Me figuraba que tu arma era la espada; dispensa,

pues, según veo, es el garrote, como la de los lacayos.

—¡Caballero! ¡Vuestra espada! —Repitió el capitán del duque de Anjou—. Entregadme vuestra espada en nombre del rey.

—En tu corazón o en tu vientre, ¡elige! —contestó Pardaillán.

—Vaya, acabemos —dijo Damville.

Tal escena había durado mucho menos tiempo que el necesario para describirla, pues a cada uno de los insultos que se cruzaban paulatinamente, el círculo iba estrechándose alrededor de Pardaillán, que permanecía junto a la puerta. En el momento en que el mariscal mandó acabar, los caballeros avanzaron un poco más, llevando todos la espada desenvainada.

Detrás del semicírculo, la calle estaba atestada de gente; una multitud ruidosa, agitada, nerviosa, y además en las ventanas centenares de curiosos se inclinaban hacia la calle.

—Lo cogerán —decía uno.

—Vivo o muerto —contestó una mujer que se interesaba por los caballeros.

—¡Viva el bigote gris! —gritó un muchacho.

Pardaillán lo saludó con un gesto y una sonrisa.

—¡Adelante! —dijo Enrique de Montmorency.

—¡Un momento! —Dijo una voz—. Este caballero que aquí está es padre de un cierto caballero de Pardaillán que ha osado insultar a Su Majestad el rey, en una de las habitaciones reales. Cojamos vivo al padre y la tortura le obligará a decir dónde está el hijo.

Era Maurevert el que así hablaba. El consejo era terrible, y los ojos de Damville expresaron su aprobación. El caballero, juntamente con su padre, conocía el secreto de su conspiración. ¡Oh, si pudiera aniquilarlos a la vez! En el momento en que los jinetes, clavando sus espuelas en los caballos, se precipitaban sobre Pardaillán, el mariscal gritó:

—¡Sí, sí, vivo, y que diga dónde está su hijo!

—¡Aquí está! —dijo una voz vibrante.

En aquel momento entre los cortesanos se originó extraordinario desorden. Viose a uno de los caballeros caer y rodar en el polvo de la calle, y en su lugar, sobre el mismo caballo que montaba, apareció un joven cuyo semblante expresaba ardimiento sin igual. Aquel recién llegado, con una audaz maniobra, hizo encabritar el

caballo de que acababa de apoderarse, dándole furiosos golpes con la espuela y destrozándole la boca con furiosas sacudidas del bocado. El pobre animal púsose a relinchar de dolor y enseguida empezó a cocear, a encabritarse, todo lo cual hizo huir más que aprisa a las gentes que estaban a su alrededor. Entre tanto el viejo Pardaillán, lleno de alegría, exclamó:

—¡Hijo mío!

—¡Tened ánimo, caballero! —le contestó el joven.

He aquí lo que había sucedido.

Al salir de la casa de la calle de la Hacha, el caballero, detenido por un momento en la calle de Beauvais por la multitud que esperaba el paso del rey, pudo por fin continuar su camino hacia la posada de «Los dos Muertos», una vez aquella multitud se precipitó hacia la calle de Montmartre, por donde debía pasar el cortejo real. El caballero llegó, pues, a la última de dichas calles y entró en el momento en que los últimos caballeros del cortejo se alejaban en dirección al Sena.

Allí un grupo enorme de curiosos rodeaba alguna cosa que el caballero no pudo ver. Pero lo que vio perfectamente fue la alta estatura del mariscal de Damville. Iba a pasar adelante, cuando al reconocer a los caballeros que formaban semicírculo, vio a Maurevert y a los demás favoritos, que parecían avanzar hacia una puerta, todo ello cambiando palabras acompañadas de gestos amenazadores que se dirigían evidentemente a un peatón que rodeaban.

La primera idea del caballero fue la de pasar adelante para no ser reconocido y tratar de ganar la calle de Tiquetonne. Y ya empezaba a operar el movimiento de retirada cuando reconoció la voz de su padre. Inmediatamente se precipitó con la cabeza baja contra la multitud y empezó a repartir puntapiés y codazos que originaron indignadas vociferaciones.

Por fin pasó y en algunos segundos llegó al lado de los caballeros que rodeaban a Pardaillán. Vio a su padre adosado a la puerta, poniéndose en guardia en el momento en que los guardias avanzaban.

El caballero miró a su alrededor como para pedir consejo a las

circunstancias, y sonrió. En las ocasiones supremas tenía grandes inspiraciones. Con rápido gesto aseguró su espada y sacó la daga. Entonces saltó.

Cogerse al estribo del primer caballo que halló a mano, izarse sobre la silla y dirigir la punta de su daga al jinete, fue para él asunto de un momento.

—¡Bajad enseguida, caballero! —dijo Pardaillán frío y sonriente.

—¡Estáis loco, señor!

—¡No, pero estoy cansado y tengo necesidad de un caballo! ¡Bajad u os mato!

El jinete levantó el pomo de su espada para dar un golpe a su extraño adversario, pero no tuvo tiempo de acabar su movimiento, porque su enemigo le clavó la daga en el pecho y lo derribó al suelo. Pardaillán montó entonces cómodamente en el caballo y desenvainó su espada. Entonces fue cuando encabritó al pobre animal. Toda esta escena tuvo lugar en un abrir y cerrar de ojos.

—¡Hijo mío! —dijo el viejo Pardaillán.

El caballero le dirigió una sonrisa.

Muy pronto alrededor del aventurero quedó un gran espacio libre y durante algunos segundos, todos estudiaron rápidamente su respectiva situación. El caballero, en el centro del espacio vacío, había detenido su caballo tembloroso y lo sujetaba con mano de hierro. El animal, inmóvil y con la cabeza alta, parecía una estatua de bronce manchada de espuma. El caballero permanecía silencioso y con los labios apretados, en tanto que el aventurero, con voz ronca llenaba de injurias a sus adversarios, que le contestaban desde lejos.

Entonces, y sin dejar de insultar a sus enemigos, el viejo Pardaillán aprovechó el tiempo, pues reunió las mesas, las sillas y las escaleras que habían servido a los curiosos para encaramarse y las apilaba en forma de barricada con la prodigiosa habilidad que tenía para esta suerte de trabajo, y a tal trinchera sólo dejó un estrecho paso.

«*Esto para el caballero cuando esté desarzonado*», pensó.

En cuanto al mariscal de Damville se había apartado un poco del grupo, un tanto avergonzado de haber intervenido en el arresto de un hombre; sobre el final de la aventura no tenía la menor duda

posible. Como ya se ha visto, los favoritos del duque de Anjou se preparaban para trabar la pelea y en cuanto a los guardias no esperaban más que una orden de su jefe para empezar el ataque. La tregua originada por la llegada del caballero no duró más que unos diez segundos. El capitán impuso silencio con un gesto a los favoritos y, dirigiéndose a los dos Pardaillán, les dijo:

—Señores, oídme bien. ¿Os rendís?

—No —dijo fríamente el caballero.

—¿Os rebeláis, pues?

—Sí.

—¡Pues adelante! ¡Guardias, apoderaos de esos dos hombres!

Los guardias por un lado y los favoritos por el otro, se precipitaron, espada en mano, sobre el caballero, al cual era preciso coger o matar antes de poder llegar al viejo. El joven comprendía que había llegado la lucha final y dirigió su ultimo pensamiento a Luisa. En el momento en que el ataque era más furioso, quiso repetir la maniobra que llevó a cabo con feliz éxito. Reunió, pues, las riendas y dio un golpe terrible en los flancos del animal, pero el caballo, en vez de encabritarse, dejó escapar un doloroso quejido y cayó arrodillado.

—¡Maldición! —rugió el caballero, y saltando ágilmente, se encontró a pie y espada en mano, pero cercado por una quincena de caballos.

¿Qué había sucedido? Desde la primera intervención del caballero, uno de los asaltantes echó pie a tierra empuñando una de aquellas dagas cortas de hoja ancha, que tan mortíferas eran. Aquel hombre era Maurevert.

Siguió con mirada atenta los movimientos del caballero y en el momento en que el capitán gritaba: «Adelante», se precipitó hacia el caballo y le hundió la daga en el pecho. Herido en el corazón, el pobre animal cayó agonizante. El caballero se preparó a morir matando y ya comenzaba a hundir su espada entre la masa de los que lo atacaban.

—¡Por aquí! —gritó el viejo Pardaillán.

El caballero volvió la cabeza y vio la barricada que había formado su padre; una mirada de esperanza brilló en sus ojos y se precipitó hacia la abertura que estaba libre. Apenas estuvo en

seguridad relativa detrás de aquel precario abrigo, cuando la abertura fue cerrada por un caballete que el anciano tenía preparado.

Padre e hijo se hallaron entonces encerrados en aquella ciudadela improvisada que en rigor podía constituir una defensa durante dos o tres minutos. Cambiaron una mirada que fue una suprema despedida, porque no tenían tiempo de abrazarse, ni tampoco de estrecharse la mano.

En aquel momento el mariscal de Damville, que estaba un tanto apartado, se acercó atraído por la curiosidad, por el temor de que se escaparan los Pardaillán, por el odio que le inspiraban y por la admiración a que no podía substraerse.

Los caballos avanzaban agrupados sobre el obstáculo, pero inmediatamente retrocedieron relinchando de dolor y encabritándose, mientras los jinetes blasfemaban como paganos. El viejo Pardaillán a la izquierda y el caballero a la derecha, esgrimían sus espadas y de vez en cuando, con seguridad perfecta y con la rapidez del rayo a través de los barrotes de las sillas amontonadas y por entre las patas de las sillas, los aceros herían a los caballos en las narices y en el pecho.

El capitán, con un gesto, mandó cesar el ataque, porque aquella táctica no daba resultado y era necesario emplear otra.

—¡Por todos los diablos del infierno! —Murmuró el capitán de guardias—, me sabe mal tener que prender a estos dos hombres.

—¿Estás herido? —dijo el viejo Pardaillán.

—Ni un arañazo; ¿y vos, padre?

—Nada todavía. ¡Por Barrabás, muramos como hombres!

—¡Al revés! —Dijo fríamente el caballero—, tratemos de vivir.

—¡Pie a tierra! —mandó el capitán.

Una docena de jinetes desmontaron; entre ellos estaban los favoritos de d'Anjou, furiosos por tan inesperada resistencia e imaginando los más atroces suplicios, mientras se decían:

—Es necesario cogerlos vivos.

Entonces se formó un círculo de espadas alrededor de la barricada; doce o quince puntas de acero convergieron hacia los Pardaillán a través de las maderas. Dos o tres se rompieron de un golpe, cuatro hombres cayeron, corrió la sangre, y la banda entera

de los asaltantes, retrocediendo para un nuevo ataque, y sin prestar atención a sus muertos, gritaron a coro:

—¡Están heridos, están heridos!

Era un éxito considerable. Los dos Pardaillán estaban rojos de sangre, heridos los dos en la cabeza, en los brazos y en el pecho.

—Adiós, caballero —dijo el viejo Pardaillán cayendo sobre una rodilla.

—Adiós, padre —contestó el caballero apoyándose en un codo para no caer.

—¡En nombre del rey, rendíos y consideraré vuestra rebelión como nula y no ocurrida! —gritó el capitán con una emoción que no pudo dominar.

—¡Gracias, señor! —dijo el caballero amablemente—. Al morir miraré vuestra cara, pues es la única honrada que podré contemplar.

El capitán hizo una seña y gritó:

—¡Derribad todo esto!

Y de nuevo la formidable fila de espadas avanzó como bestia monstruosa amenazando con sus puntas a los dos heroicos sitiados. En el mismo instante la barricada se desmoronó gracias a los esfuerzos de los asaltantes, y el paso estuvo libre.

—Ha llegado el fin —exclamó el viejo Pardaillán dando una suprema carcajada.

Y al mismo tiempo dio tres o cuatro estocadas.

—¡Adiós, Luisa! —murmuró el caballero cerrando los ojos por un instante.

Y al abrirlos de nuevo se quedó deslumbrado, extasiado, presa de asombro sobrehumano, figurándose que estaba muerto o que en el vértigo de su angustia una consoladora y radiante aparición llegaba para conducirlo a las puertas del Infinito. Y he aquí lo que vio.

Las puntas de las espadas amenazadoras que se hallaban a una pulgada de su pecho, habíanse bajado hacia el suelo. Los asaltantes retrocedían a derecha e izquierda asombrados y fascinados, dejando libre un camino bordeado de acero que llegaba hasta Enrique de Montmorency a caballo, inmóvil, petrificado y cubierto de lívida palidez. Por aquel camino avanzaba una mujer vestida de luto,

lenta y majestuosamente.

—¡La Dama Enlutada! —exclamó el caballero.

Y en el umbral de la puerta ante la cual habíase elevado la barricada, aparecía una joven adorable por su actitud a la vez temerosa y atrevida, con sus cabellos dorados que formaban un nimbo glorioso a su pálido rostro, y que desde el lugar en que se hallaba dirigía al caballero una insistente mirada de admiración y espanto.

—Luisa —murmuró el joven poniéndose de rodillas sobre la tierra bañada en sangre.

Dos lágrimas aparecieron en los ojos de la joven y su mirada se veló con infinita ternura.

—¡Dios mío! ¡Ya puedo morir, pues me ama! —exclamó el caballero cayendo desvanecido, mientras el viejo Pardaillán, mordiéndose el bigote, exclamaba:

—¡Ah! ¿Ésta es Luisa? Bueno, pues tengo la mayor satisfacción en morir teniéndola ante mis ojos.

* * * * *

Juana de Piennes, la Dama Enlutada, avanzó hacia Enrique de Montmorency.

Entre tanto, los asaltantes habían retrocedido y la dama tenía tan imponente aspecto, que su asombro se convirtió en respeto y comprendieron que iba a pasar algo extraño; ninguno de aquellos hombres que momentos antes estaban furiosos se atrevió entonces a inferir ninguna herida a los dos hombres que la dama tomaba bajo su protección.

Juana de Piennes se detuvo a dos pasos del mariscal de Damville. Enrique, hipnotizado, la vio venir como en sueños andan las apariciones.

A la sazón no sentía amor, furor ni celos: sólo extraordinario asombro de verla allí. ¿Cómo podía ser? Y no comprendiéndolo, esperaba.

—Monseñor —dijo Juana de Piennes—, tomo a estos dos hombres bajo mi protección porque me pertenecen. Uno de ellos es el que me trajo mi hija cuando me fue robada y el otro es su hijo.

Debo a los dos mi gratitud, y os lo pido, señor, estos dos hombres me pertenecen. Ahora os pregunto: ¿Queréis que explique a todos los aquí presentes qué deuda he contraído con ellos? ¿Queréis que hable?

Con un gesto de su brazo designó a los caballeros inmóviles, a los cortesanos estupefactos y a la multitud que contemplaba asombrada aquella escena. El mariscal se estremeció y estuvo a punto de rebelarse. Su mirada colérica se fijó por fin en Juana de Piennes, y al chocar con los ojos límpidos y firmes de la pobre mujer, cerró los suyos vencido. Y en voz baja y apenas perceptible, contestó:

—Estos dos hombres os pertenecen, señora. Tomadlos.

Entonces Juana de Piennes volviose hacia el capitán de guardias del duque de Anjou.

—Señor —dijo—, estáis aquí en cumplimiento de una misión…

—Por orden del rey, señora —dijo el capitán con firme voz—. Debo detener a estos dos hombres.

—Caballero, me llamo Juana, condesa de Piennes y duquesa de Montmorency.

El capitán, asombrado, se inclinó profundamente.

—Soy una garantía viviente y mi palabra os responde de los dos presos.

—Si es así, señora —contestó el capitán—, no quiera Dios que ponga en duda la garantía de la alta, noble y poderosa señora de Piennes y de Montmorency, y si los dos prisioneros no salen de la casa…

—Os doy mi palabra de que no saldrán.

—Obedezco, señora…, y añado que tengo gran satisfacción en hacerlo, pues son dos valientes.

Juana de Piennes se inclinó y se volvió hacia los dos heridos, que se habían incorporado a medias, haciendo heroicos esfuerzos para tenerse en pie. Al oír las últimas palabras del capitán, los dos a la vez envainaron sus espadas. Juana de Piennes avanzó hada el viejo Pardaillán y le dijo:

—Señor, ¿queréis hacerme el gran honor de reposar en mi humilde casa?

Y le tendió la mano. El aventurero, lleno de emoción, se apoyó

sobre aquella mano y los dos entraron así en la casa.

Entonces, con tímido gesto, Luisa presentó su mano al caballero, el cual tembloroso la cogió, irguiéndose al mismo tiempo orgullosamente. Desgarrado, ensangrentado y soberbio, se asemejaba en aquel momento a un león que, después de la victoria, conduce a su hembra fuera del campo de batalla.

La puerta se cerró tras de Luisa y el caballero.

—¡Capitán! —Gritó Enrique—. ¡Veinte guardias ante esta puerta día y noche! ¡Me respondéis con vuestra cabeza de los prisioneros… y de las prisioneras!

—Iba a dar mis órdenes, monseñor —contestó el capitán con cierta altivez.

—¡Hacedlo, pues! ¡Y quiera vuestra buena estrella que la señora de Piennes, que se titula falsamente duquesa de Montmorency, sea para vos buena garantía!

El capitán tomó rápidamente sus disposiciones. Retiráronse los muertos y heridos; se mandó a buscar refuerzos y muy pronto veinte guardias se instalaron ante la casa que debía vigilarse.

A lo lejos tronaban los cañones del Louvre.

XLVI - En que Gil cumple la promesa de Pardaillan padre

EL MARISCAL DE DAMVILLE, después de haber asistido al cerco de la casa de la calle de Montmartre y una vez se hubo asegurado de que era imposible salir, se apresuró a regresar al hotel de Mesmes, prometiéndose no dejar escapar a los dos Pardaillán, pues los tenía en sus manos.

En efecto, únicamente la muerte de aquellos dos hombres podía garantizarle su propia seguridad. Los dos poseían un secreto que podía llevarlo al cadalso y estaba seguro de que, si les era posible, lo revelarían.

Cuando d'Aspremont lo persuadió de que el viejo Pardaillán, en vez de dar muerte al que atacó a la silla de posta que conducía a Juana de Piennes y a su hija, se fue en su compañía hasta la taberna de «El Martillo que Golpea» y le hubo probado, por lo tanto, que el relato de esta aventura hecho por el viejo Pardaillán era completamente falso, el mariscal se decidió a romper con él y a suprimir tan peligroso auxiliar si le era posible.

Así se privaba de los servicios de un auxiliar precioso, pero, en cambio, ganaba cierta tranquilidad, pues evitaba la ocasión de que Pardaillán pudiera delatarlo como conspirador.

En el espíritu del mariscal había dos preocupaciones muy distintas una de otra, que, no obstante, estaban relacionadas por misteriosos lazos, y es necesario explicarlas para arrojar alguna luz sobre la conducta de aquel hombre.

Damville se había comprometido en la conspiración de Guisa únicamente por odio a su hermano. Para atraerse a Damville, Guisa prometió la muerte de Montmorency. Una vez Francisco asesinado, mediante un buen proceso, Enrique se convertía en jefe de la casa de Montmorency y en su único heredero, llegando a ser, por lo tanto, un señor casi tan poderoso y tal vez más rico que el rey. Obtendría, al mismo tiempo, la espada de condestable a la que tanto lustre había dado su padre y, en fin llegaría a ser el segundo

personaje del reino. Entonces su ambición tendría ya grandes horizontes que contemplar. Tomaría parte activa en la destrucción de los hugonotes, secretamente resuelta por Guisa; arrastraría al reino a una aventura cualquiera de la que pudiera regresar cubierto de gloria. Y, ¡quién sabe!, si Guisa conseguía destronar a Carlos, ¿por qué él no conseguiría destronar a Guisa?

He aquí los pensamientos que poco a poco se habían aglomerado en la mente del mariscal, cuyo deseo mayor era, no obstante, desembarazarse de su hermano.

Su odio tenía por origen el amor que sentía por Juana de Piennes, y rechazado en Margency por la novia de su hermano, se había vengado atrozmente.

Habían transcurrido muchos años, pero el odio resistió a la acción sedante del tiempo.

Así estaban las cosas cuando, hallando de nuevo a Juana de Piennes, se percató de que su pasión mal extinguida volvía a enseñorearse de su corazón, y desde entonces tuvo un objetó preciso para su ambición.

La conspiración que debía sentar en el trono al duque de Guisa, conducía a Damville al poderío; inmediatamente desaparecía su hermano y Juana de Piennes no tenía ya razón de permanecer fiel a Francisco. Y entonces, el poder llevaba a Enrique a la conquista de Juana.

Ahora se comprende la razón de que Damville se apoderara de Juana y de su hija para que Francisco no pudiera hallarlas nunca; se explica también la moderación en su trato hacia las prisioneras, con las que no trató de celebrar entrevistas, ni tampoco de emplear la violencia.

Esperaba la ocasión de presentarse un día a Juana y decirle:

—Soy inmensamente rico y el más poderoso del reino después del rey; tal vez un día llegaré a ser rey de Francia, porque en nuestra época el poder es para los audaces. ¿Queréis compartir este poder y esta riqueza conmigo, esperando la ocasión de que coloque una corona sobre vuestra cabeza?

Y no dudaba que deslumbraría a Juana de Piennes.

Ya se comprende, pues, el inmenso interés que Damville tenía en que el caballero de Pardaillán, que servía a Montmorency, ignorara

siempre dónde estaban Juana y Luisa. De aquí la necesidad de ocultar su retiro al viejo Pardaillán, el cual no vacilaría en comunicarlo a su hijo. Esto explica también su furor cuando d'Aspremont lo persuadió de que Pardaillán le hacía traición, pues no dudó de que emplearían todos los medios posibles para averiguar el paradero de Juana de Piennes y su hija. Así, pues, decidió matar al viejo Pardaillán y enseguida a su hijo.

Cuando formando parte del consejo del rey, marchó a Blois, estaba persuadido de que Pardaillán había muerto, y partió tranquilo, contentándose con recomendar a Gil que ejerciera profunda vigilancia en la casa de la calle de la Hache.

Sin dificultad se comprenderá, pues, su estupefacción, su rabia y también su temor, al encontrar a Pardaillán vivo y sano y en compañía de su hijo.

¿Y cuáles debieran ser sus pensamientos al ver a Juana en persona?

Sus planes se desmoronaban por su base.

Los Pardaillán denunciarían la conspiración y Francisco tomaría a Juana bajo su amparo. Esto lo comprendió enseguida, y al encaminarse al palacio de Mesmes estaba resuelto a obtener del rey una orden y a volver por sí mismo a guardar la casa y matar con su mano, que nunca perdonaba, a los dos Pardaillán.

Ante todo quería saber por qué el viejo Pardaillán, a quien había dado por muerto en su bodega, estaba a la sazón perfectamente vivo y cómo podía ser que Gil hubiera dejado escapar a Juana de la casa de Alicia.

Cedió al ruego amenazador de Juana al entregarle los dos hombres, diciéndose que así tenía a los cuatro y se apoderaría de ellos de una vez.

A pesar de las seguridades que se daba, se sentía devorado de inquietud, y al llegar al palacio de Mesmes estaba furioso.

Con toda seguridad maese Gil iba a pagar con su vida la inquietud del mariscal.

Entró solo en el palacio, pues había mandado su escolta a la casa de la calle de los Fossés Montmartre, y recorrió rápidamente el palacio sin hallar a nadie.

—¡Tonto de mí! —Exclamó—, el miserable Gil debe, estar también en la otra casa… a menos que no se haya puesto de acuerdo con Pardaillán y esté ahora a su lado.

Iba a salir cuando tuvo la idea de ir hacia las cocinas.

Para ello le fue necesario recorrer el corredor en que se hallaba la puerta de la famosa bodega a la que había ido a parar Pardaillán. Al pasar ante ella el mariscal vio la puerta entreabierta y asomándose descubrió débil resplandor.

—¡Si fuese él! —Se dijo entre dientes.

Esta bodega, que hubiera debido ser la tumba de Pardaillán, sería la de Gil y así solamente el cadáver habría cambiado.

Bajó con precaución y a medida que lo hacía, el Interior de la bodega le aparecía con más nitidez.

Y cuando se detuvo por fin en el último escalón se quedó sobrecogido de asombro, porque un espectáculo extraño, casi fantástico, se ofreció a su mirada.

Deslizose entonces sin hacer ruido a un ángulo obscuro a fin de no perder nada del espectáculo en cuestión.

La escena que vamos a relatar, que se desarrolló ante el mariscal, estaba alumbrada por una antorcha de resina, mientras que el resto de la vasta bodega quedaba sumida en las tinieblas.

En aquel círculo de luz aparecían dos hombres. Uno de ellos estaba en pie, atado por varias cuerdas a una especie de poste de tortura. El otro, sentado en un tajo de madera, frente a la víctima. Ésta era un hombre bastante joven y en su cara se pintaba el más profundo terror y daba gemidos capaces de conmover el alma más despiadada.

El otro era un viejo de fisonomía demoníaca; una especie de rictus que descubría los tres o cuatro dientes de sus quijadas apergaminadas, prestaba animación a su cara cubierta de arrugas, en tanto que la luz de la antorcha hacía brillar sus ojillos.

Estaba acurrucado más bien que sentado sobre el tajo, y se entretenía a la sazón en afilar un cuchillo de cocina muy largo y cortante.

El mariscal los reconoció enseguida. El viejo era Gil y el joven, Gilito.

Expliquemos en algunas palabras por qué éste se hallaba en la

bodega cuando la más elemental noción de prudencia le habría debido aconsejar huir lo más pronto posible de su digno tío.

Gilito recibió del hado un gran número de vicios, ya que los reparte con prodigalidad, al revés de las virtudes, que las distribuye con gran parsimonia. Gilito tenía, pues, muy malas cualidades. Era cobarde, libidinoso, glotón, perezoso, malo cuando podía serlo y, en suma, un personaje repugnante. Pero sobre todas esas cualidades, Gilito era avaro, y sin duda lo había heredado de su tío, que era la avaricia encarnada.

Fue, pues, la avaricia la que perdió a Gilito.

En efecto, después de la heroica resistencia de Gil, que, como ya se sabe, se negó obstinadamente a revelar el secreto del mariscal, Gilito, para salvar sus orejas, indicó a Pardaillán en qué casa se hallaba Juana de Piennes y su hija; en aquel momento, aprovechándose de la postración de su tío y de la distracción de los Pardaillán, Gilito se eclipsó silenciosamente dominado por la cobardía.

Acababa de salvar sus orejas a pesar de que su fealdad, según opinión de Pardaillán, no justificaba el aprecio en que Gilito las tenía.

Pero a la sazón no solamente se trataba de conservar las orejas, sino el cuerpo entero, porque si Pardaillán sólo había dirigido amenazas relacionadas con aquéllas, la inexorable cólera del tío iría hasta a quitarle la vida. Gilito no esperaba menos que ser ahorcado si alguna vez se hallaba frente a frente con el terrible anciano que no había vacilado en ofrecer su vida y su fortuna para no merecer los reproches de su amo. Y considerando el asunto bajo otro aspecto, ¿qué castigo reservaría el amo a Gilito?

Al pensarlo se estremeció, y sintiendo que le nacían alas en los pies, subió la escalera de la bodega con toda la velocidad que el miedo puede infundir y al cabo de algunos segundos se halló en la cocina, en donde se dijo:

—Veamos, no puedo quedarme en París, porque, de hacerlo, moriría ahorcado, estrangulado, enrodado o de miedo, que es lo mismo. Es necesario marcharme. ¿A dónde? Poco importa, mientras sea lejos.

Y Gilito hizo un movimiento para emprender la marcha, pero en el mismo instante su rostro expresó honda preocupación. Para ir lejos es necesario mucho dinero, y Gilito, al registrar sus bolsillos, observó que sólo poseía un escudo, dos sueldos y seis dineros.

Casi enseguida una idea luminosa atravesó su cerebro, pues se acordó de que si él era pobre, su tío, en cambio, era muy rico. A fuerza de registrar el palacio, Gilito había descubierto tiempo atrás el venerable cofre en que Gil amontonaba los escudos ganados y robados.

Gilito no se había atrevido nunca a violentar la cerradura, pero las circunstancias eran entonces tales que se imponía tomar una resolución enérgica.

Coger un pico, apoderarse de las llaves, volar hacia la estancia de su tío, y abrir el gabinete en donde se hallaba el famoso cofre fue para Gilito cosa de dos minutos.

Figurábase que su tío aun estaría un cuarto de hora en conversación con los Pardaillán, y esto era más de lo que necesitaba para abrir un cofre con el pico, llenar sus bolsillos de cuanto oro pudiera, y huir luego con toda la ligereza posible. Antes de dar el primer golpe Gilito trató de levantar la tapa del cofre para ver qué lugar ofrecía más resistencia, y entonces se estremeció de alegría y sorpresa, observando que el cofre no estaba cerrado. ¿A qué se debería? (Nuestros lectores ya recordarán que el viejo Pardaillán había pasado por allí). Gilito levantó la tapa sin tratar de resolver más enigmas y dio un rugido de alegría. Luego, cayendo de rodillas, hundió sus dos brazos hasta el codo en los escudos de oro, que producían, al chocar, delicioso sonido.

En aquel momento, Gilito olvidó el cielo y la tierra. Olvidó a Pardaillán, a su tío, y todos sus vicios e inclinaciones quedaron dominados por la avaricia más desenfrenada.

Después de algún tiempo de éxtasis y contemplación, Gilito acabó por recordar que estaba allí para llenar sus bolsillos, operación que empezó enseguida.

—No podré llevarlo todo —dijo dando un suspiro de pesar, un verdadero suspiro de avaro.

Gilito queda retratado con esta frase.

Apresuradamente iba llenando sus bolsillos de escudos de oro, y

cuando ya no cupieron más llenó sus botas y su jubón, sin pensar que no podría dar un paso por la calle sin que resonaran todos como una mula cuando va cargada de cascabeles, y sin correr el riesgo de que se le cayeran por el camino, cosa que infaliblemente le atraería las persecuciones de la ronda y de la multitud como ser excepcional y digno de admiración; admiración que se traduciría por un arresto en buena y debida forma.

Gilito continuaba llenándose de oro.

«Aquellas piezas que relucen tanto, y ninguna más».

«Aquel puñadito de escudos tan hermosos».

Y llenó su birrete.

Una vez se hubo rellenado de oro y estuvo repleto como una sanguijuela, Gilito, con las piernas separadas y los brazos rígidos, retrocedió murmurando:

—¡Qué desgracia! Apenas tengo la mitad, pero ahora es necesario huir.

Volviéndose hacia la puerta se quedó petrificado, con los ojos y la boca abiertos.

Su tío estaba allí. El terrible Gil, apoyado en la cerrada puerta, observando atentamente sus actos con irónica sonrisa.

Gilito hizo un ademán y entonces dos o tres puñados de escudos cayeron al suelo y algunos se pusieron a bailar. El infeliz dejose caer de rodillas y entonces reventaron sus calzas y hubo una nueva caída de doblones que el viejo observaba con el rabillo del ojo sin dejar de sonreír.

Gilito, al verlo, trató de sonreír también y dijo balbuciendo:

—Tío, querido tío…

—¿Qué haces ahí? —preguntó el viejo.

—Ya… lo ves… arreglo vuestro cofre…

—¡Ah! Bueno, bueno; continúa, hijo.

Gilito se asustó, pues sabía que su tío era burlón por temperamento y que le gustaban las bromas cuanto más pesadas eran.

—¿Qué… continúe? —exclamó Gilito cada vez más atemorizado.

—Sí, hombre; había en mi cofre veintinueve mil trescientas sesenta y cinco libras en plata y sesenta mil doscientas veintiocho

libras en oro; total, si no me equivoco, ochenta y nueve mil quinientas noventa y tres libras.

—Ochenta y nueve mil quinientas noventa y tres —repitió maquinalmente Gilito.

—Son mis economías —dijo el tío—. Cuenta, hijo mío, cuenta ante mí escudo a escudo; colócalo por pilas de veinticinco; el oro a la derecha y la plata a la izquierda; ¡vamos! ¿Qué esperas?

—Ya voy, mi querido tío —dijo Gilito sintiendo alguna esperanza de salir con bien de aquel mal paso.

Y empezó a vaciar sus bolsillos, sus calzas y su jubón. Acto seguido apiló con gran método las monedas de oro y plata, tal como su tío le había mandado, mientras éste vigilaba atentamente la operación.

A medida que completaba cada pila, Gilito daba un suspiro de tristeza, mientras su tío iba contando.

—Faltan quince mil… ahora doce mil… seis mil…

La operación, como puede comprenderse, duró largo rato y no terminó hasta tres horas después de haberla empezado.

Tal escena tenía lugar al mismo tiempo que el rey Carlos IX hacía su entrada en París y también en el preciso instante en que los Pardaillán, después de la visita del caballero a Alicia de Lux y del rato que el aventurero esperó en la taberna de Catho, se batían furiosamente en la calle de Montmartre contra los guardias y los favoritos de Anjou y Damville. Gilito, que acababa de apilar el último escudo, dio un suspiro de satisfacción y tristeza al mismo tiempo y mirando a su alrededor ya no vio ninguna moneda.

Exceptuando el cofre, no había en la estancia ningún otro mueble, de modo que no era posible que se hubiera perdido nada.

—Te aseguro que me faltan todavía tres mil libras.

Gilito echó mano al bolsillo y sacó el escudo, los dos sueldos y los seis dineros que, según recordará el lector, constituían su fortuna personal. Heroicamente los entregó al viejo que, apoderándose de ellos, los hizo desaparecer y dijo:

—¿Bueno y qué más?

—Nada más, tío.

—Sí, hombre, ¿y las tres mil libras?

Gil se encogió de hombros en señal de duda, pero, no obstante,

una fuerte inquietud empezaba a hacer presa en él.

—Vamos —dijo—, saca las tres mil libras o me veré obligado a registrarte.

—Registradme, mi digno tío, no tengo nada.

Gil entonces palpó con temblorosas manos el vestido de Gilito y pronto pudo convencerse de que, realmente, su sobrino no mentía.

—Desnúdate —dijo.

Gilito obedeció más muerto que vivo. El viejo Gil examinó cada prenda una por una, las costuras, volvió los bolsillos del revés y rompió los forros, pero por fin tuvo que rendirse a la horrible verdad. En su tesoro faltaban tres mil libras.

Entonces resonaron en el gabinete una salvaje imprecación y un alarido de espanto. La primera procedía de Gil, que añadió:

—¡Devuélmelas, miserable!

El alarido era de Gilito, a quien su tío acababa de coger por el cuello y que contestaba:

—Registradme, tío, no me queda nada.

Gil, no teniendo otra cosa que registrar, pues su sobrino se había desnudado, lo dejó y empezó a arrancarse los cabellos a puñados.

—¡Mis economías de cinco años! —gritaba—. ¿Quién me habrá quitado mis escudos? ¡Oh! ¡Insensato de mí que no he velado día y noche arcabuz en mano! ¡Estoy arruinado! ¿Dónde estáis, mis buenos escudos?

Únicamente el viejo Pardaillán hubiera podido contestar esta pregunta.

Gilito creyó llegado el momento de congraciarse con su tío e insinuó:

—Querido tío, ya os ayudaré a encontrarlos. Sí, estoy seguro de conseguirlo.

—¡Tú! —Gritó el viejo, que había olvidado ya a su sobrino—. ¡Tú, miserable! ¿Tú que estabas aquí robándome, tú? Espera, ahora vas a ver lo que se saca de ser ladrón y traidor. Vístete de prisa.

Y al mismo tiempo sacudía a su sobrino con fuerza que nadie habría sospechado en él. Por fin lo soltó y Gilito se vistió rápidamente, mientras el viejo murmuraba palabras sin sentido.

Sin embargo, se apaciguó gradualmente y después de haber cerrado cuidadosamente el gabinete, lo arrastró hacia la planta

baja.

—¡Misericordia! —Gimió Gilito—. ¿Qué queréis hacer de mí?

Entonces Gil, soltando a su sobrino, sacó una acerada daga y le dijo:

—Al primer movimiento que hagas para huir, te degüello.

La amenaza tranquilizó un poco a Gilito, pues vio por ella que su tío no quería matarlo, toda vez que lo amenazaba de muerte si trataba de huir. Se sometió, pues, completamente.

—Echa adelante —continuó el tío daga en mano.

Guiado, o, mejor dicho, empujado por el viejo, Gilito fue al jardín y entró en la caseta del jardinero.

—Toma este poste —dijo el tío designando uno puntiagudo.

Gilito obedeció, cargando el poste sobre sus hombros.

—Toma esta cuerda y este azadón —añadió el tío.

El sobrino cargó con los objetos que acababan de indicarle, y llevando los instrumentos de suplicio que el viejo se divertía en hacerle transportar, continuó el camino hacia la cocina, y luego, siempre empujado por la daga que el tío le apuntaba en la nuca, penetró en el corredor de la bodega.

Al pasar por la cocina, Gil había tomado una antorcha y un cuchillo. Empujó a su sobrino hacia la bodega y en cuanto hubieron bajado, lo arrastró hacia el fondo y le dijo:

—Cava aquí.

Gilito, descompuesto por el terror, obedeció, y una vez hecho el agujero, por orden del tío, hincó el poste y lo hundió profundamente a mazazos hasta que Gil, viendo que estaba bastante sólido, gritó:

—¡Basta!

Entonces el viejo cogió a su sobrino, lo llevó al lado del poste y lo ató con una cuerda, de modo que no pudiera mover piernas, brazos ni cabeza.

Gilito, loco de miedo, no opuso resistencia. Es necesario añadir que esperaba que aquello no fuera más que una broma pesada de su tío.

—¿Qué queréis hacerme? —preguntó el pobre muchacho.

—Ahora lo verás —dijo el tío.

—Entonces el viejo llevó ante Gilito una especie de tajo de

madera y sentándose en él empezó a afilar con la hoja de la daga un cuchillo de cocina que había tomado.

Al ver los preparativos, Gilito se puso a dar tristes gemidos, y fue entonces cuando el mariscal de Damville penetró en la bodega.

—Ya me voy cansando de oír tus gemidos. Parecen de un cerdo al que degüellan —gritó Gil.

Gilito se echó a gritar con más fuerza.

—Si no te callas, me veré obligado a matarte —continuó el tío.

«*No quiere matarme*» —pensó Gilito—, «*pero entonces ¿qué querrá hacer conmigo?*».

—Veamos —continuó entonces Gil—. Voy a juzgarte en mi alma y conciencia y te prometo recordar que eres el hijo único de mi hermana Gilona, que en gloria esté. Es decir, que seré indulgente tanto como me lo permitan tus crímenes.

—Sí, tío, me arrepiento —contestó Gilito empezando a tranquilizarse.

Pero, no obstante, miraba de través el cuchillo que el viejo no dejaba de afilar.

—¿Así, pues, seguiste la silla de posta en que monseñor había ocultado las prisioneras?

—Sí, tío, hasta la calle de la Hache.

—¿Te vio alguien? Fíjate bien, pues tu vida depende de tu franqueza.

—Creo que el señor d'Aspremont debió de verme, pero no creo que me reconociera.

—¿Y cuál era tu idea al seguir la silla de posta?

—Ninguna, el deseo de curiosear tan sólo.

—Y viste lo que no debía ver nadie en el mundo, muchacho.

—¡Ay! Ya me arrepiento de ello, mi querido tío. Os juro que no lo haré más.

—Bueno. Ahora dime, bribón y miserable, qué demonio te impulsó a referir a los Pardaillán lo que no debieras haber visto nunca.

—No fue el demonio, sino el deseo de conservar mis orejas.

—¡Ah, miserable cobarde! ¿Querías conservar tus orejas, cuando yo te daba el ejemplo de resistencia? ¡Cuándo yo ofrecía toda mi fortuna aun cuando sabía que moriría de dolor si la aceptaban!

¡Cuándo yo consentía en morir antes que hacer traición a monseñor! ¿Sabes acaso, infame, las desgracias que tu traición puede acarrear a monseñor?

—¡Ah! Perdonádmelo, tío.

—¿Qué será de mí ahora? ¿Qué contestaré a mi digno amo cuando éste me pida cuentas de lo sucedido? ¿Cómo podré atreverme a dirigirle la palabra? ¿No valdría más que me ahorcara antes de su regreso?

—¡Ah, tío mío! No hagáis eso, porque me moriría de dolor.

El viejo Gil era sincero; había dejado caer la cabeza entre las dos manos y se preguntaba efectivamente si no valdría más morir que arrostrar la cólera del mariscal.

Era verdad que tenía un testigo de su resistencia y de su perfecta inocencia; éste era el mismo Gilito, sin contar la carta que Pardaillán había prometido mandar al mariscal.

Era, pues, preciso conservar a Gilito, y no obstante Gil quería darle un castigo ejemplar.

—Escucha —dijo levantando la cabeza—, no te condeno a muerte. Monseñor ya tomará esta decisión a su regreso. Pero es necesario que, entre tanto, yo castigue tu cobardía y tu traición, que me ponen al pie del patíbulo, sin contar que me deshonras con ellas. Observa que no te hablo de las tres mil libras que faltan actualmente dentro de mi cofre.

—¡Pero si no he sido yo!

—Fíjate en que tampoco te hablo del enorme robo que quisiste perpetrar. ¿Por qué no se te ocurrió la idea de darme de puñaladas antes de tocar a mis pobres escudos? Pero en fin, también te perdono este crimen. Y en cuanto a tu traición, monseñor la juzgará y tal vez te perdone si le cuentas las cosas tal como han sucedido. ¿Me lo juras?

—Lo juro por mi parte de paraíso —dijo Gilito con alegría.

—Bueno, en tal caso voy a juzgar tan sólo el peligro en que me pones de ser por lo menos despedido por monseñor, y voy a castigarte por dónde has pecado.

—¿Qué queréis hacerme? —exclamó Gilito poniéndose lívido de espanto.

—Has hecho traición a tu amo y a tu tío para salvar tus orejas;

pues bien, voy a cortártelas.

—¡Perdón! —exclamó el desgraciado Gilito.

Gil se levantó entonces tranquilamente probando el filo del cuchillo sobre la uña de su dedo pulgar.

Luego se acercó a su sobrino, que, con los ojos cerrados, tuvo aún fuerzas para exclamar:

—Por lo menos no me cortéis más que una.

Apenas había terminado esta súplica singular, cuando un grito terrible salió de su boca: el viejo acababa de coger su oreja derecha y tirando violentamente la cortó de un solo tajo.

La oreja cayó al suelo.

—¡Perdón para la que me queda! —Vociferó Gilito lleno de espanto y dolor—. ¡Gracia! ¡Perdón!

Y enseguida dio otro grito terrible y se desvaneció.

El tío había pasado a la izquierda y con igual tranquilidad cortó la oreja de aquel lado, que fue a reunirse al suelo con la otra.

Nadie evita su destino, según aseguran los fatalistas, y el del desgraciado Gilito era sin duda de ser despojado, tarde o temprano, de los dos grandes ornamentos que la naturaleza había concedido liberalmente a cada uno de los lados de su cabeza.

Una vez terminada su tarea, el despiadado viejo se echó a reír, pues aquélla era una broma como las que le agradaban. Pero cuando vio a su sobrino inundado de sangre y sin conocimiento, dijo:

—¡Diablos! Es necesario evitar que este imbécil se muera enseguida, porque es un testigo de descargo para mí.

Por consiguiente, marchóse a la cocina y tomó allí agua, vino azucarado, un cordial y compresas. Entonces desató a Gilito, lo tendió en el suelo y empezó a curarlo.

Cuando hubo lavado sus dos llagas y después de haberlas cauterizado con vino azucarado y vendado convenientemente, echó entre los labios del paciente un trago de cordial y luego le remojó la cara con agua fría.

Gilito recobró el sentido, abrió los ojos, y creyendo ser víctima de una pesadilla, su primer gesto fue llevar las manos a las orejas, pero con desesperación observó que ya no estaban y dio un gemido lamentable.

—¿De qué te quejas? —preguntó el tío con aire socarrón.

—¡Ay de mí! ¿Cómo haré ahora para oír? —exclamó el pobre muchacho.

—¡Imbécil! —dijo Gil.

Esta fue la palabra de consuelo que dirigió al pobre mutilado. Luego lo tomó por un brazo, lo ayudó a levantarse, y los dos, con ánimo de salir de aquella bodega en que tantos acontecimientos habían tenido lugar, se dirigieron hacia la escalera a los últimos resplandores de la antorcha, que estaba a punto de apagarse.

Pero una vez al pie de la escalera se detuvieron tan asustados uno como otro, pues pudieron ver a un hombre que aparecía ante ellos.

Aquel hombre era el mariscal de Damville.

—¡Monseñor! —exclamó Gil cayendo de rodillas.

—¡Muerto soy! —dijo Gilito desvaneciéndose de nuevo.

—¿Qué sucede? —preguntó el mariscal con voz tranquila.

—¡Ah, monseñor! Una gran desgracia, pero soy inocente, os lo juro, he vigilado como vos me ordenasteis al partir, pero la fatalidad y este imbécil tienen la culpa de todo.

—Explicaos más claramente —dijo Damville con severidad.

—Pues bien, el maldito Pardaillán sabe dónde están las prisioneras y a estas horas ya deben de hallarse en su poder.

—¿No has intervenido para nada en esta traición?

—Os juro que no, monseñor, y para convenceros, podéis interrogar a este miserable, a quien acabo de cortar las orejas.

—Es inútil, Gil, me fío de tu palabra. Levántate.

—¡Ah, señor! Os aseguro que lo que acabáis de decir es para mí mayor recompensa que los quinientos escudos que me disteis en cierta ocasión.

—¿Así, pues, seguirás siéndome fiel?

—¡Hasta la muerte! Ordenad, pues mi vida os pertenece.

—¿Estáis decidido a todo para reparar la desgracia de que me das cuenta?

—Si es preciso dar mi sangre gota a gota, estoy dispuesto.

—Ven, pues, y llama a la astucia en tu ayuda, porque, si bien no tengo necesidad de tu sangre, lo que voy a pedirte será mucho más difícil que morir por mí:

—Estoy pronto, monseñor.

El viejo se irguió de nuevo, pues el mariscal le había dicho que creía en su palabra, como si en vez de un criado hubiera sido un noble. El mariscal apelaba, además, a su genio y lo trataba de potencia a potencia.

Gil sintió gran deseo de lanzarse a la lucha que sin duda alguna había de granjearle la fortuna.

Damville subía la escalera de la bodega muy pensativo y entonces Gil le preguntó:

—¿Qué hacemos de este imbécil, monseñor?

—¿Cuál?

—Mi sobrino —dijo el viejo señalando a Gilito, que seguía desvanecido.

—¿Qué quieres?

—¿Es necesario acabar con él?

—No, porque podrá servirte en tu empresa. Ven.

XLVII - El diamante

EL LECTOR TIENE DERECHO a preguntar por qué razón Juana de Piennes y su hija se hallaban en aquella casa de la calle de Montmartre y de qué modo habían podido intervenir en la escena que acabamos de describir, y esto es lo que vamos a referirle.

La estancia de las dos prisioneras en la casa de la calle de la Hache había sido tan triste como se puede imaginar; pero el sufrimiento moral no fue complicado con ninguno físico. Alicia de Lux se mantenía en su papel de carcelera, y como lo hacía muy avergonzada, trataba de atenuar en todo lo posible lo que de odioso tenía su misión. En las contadas ocasiones en que pudo hablar con la señora de Piennes, hízolo más bien como sirvienta que como guardiana, de tal modo que las prisioneras, que al principio la temían, acabaron por sentir lástima de ella.

Los días y las noches transcurrieron tristemente. Aquel encierro en dos habitaciones estrechas, alteró la salud de Juana de Piennes, que resistió a la enfermedad con aquel valor que ya conocemos. Pero, por fin, tan violentas sacudidas, tantos pesares y tan largo sufrimiento que parecía crecer a medida que transcurría el tiempo, acabaron por herirla en el corazón.

Sus ojos se agrandaban y un círculo azulado los rodeaba, y además extremada debilidad se apoderó de ella.

Puede asegurarse que aquella desgraciada no vivía más que por un esfuerzo de energía moral y amor materno.

Juana de Piennes no era otra cosa que madre, y su único deseo era el de poner a su hija en seguridad y morir luego.

A la sazón consideraba la muerte como el mejor reposo, porque su última esperanza habíase desvanecido al observar que la carta dirigida a Francisco no había llegado a su poder, o bien no produjo el efecto deseado.

Es cierto que Francisco podría haberla buscado sin serle posible dar con ella, pero tal cosa no parecía verosímil. En su carta acusaba de tal modo a Enrique de Montmorency que, fatalmente, Francisco

debía considerar a éste como raptor, y en último recurso el mariscal hubiera podido apelar a la justicia del rey.

Había imaginado también que, tal vez, el caballero de Pardaillán, tan perverso como su padre, no había entregado su carta al mariscal; pero a fuerza de reflexionar sobre ello, le parecía imposible, pues un hombre tan joven como el caballero y que probablemente amaba a su hija, no podía haber llegado a tal grado de maldad. Por último creyó más verosímil que Francisco, no convencido de su inocencia, la abandonaba, y esta convicción que le arrebataba la última esperanza de su vida, activó los progresos de la enfermedad que lentamente la mataba.

En cuanto a Luisa, desde que supo que aquel joven en quien ella confiara tan inocentemente, era el hijo del hombre que antaño la había raptado, hacía inútiles esfuerzos para detestarlo o para olvidarlo. Tal era la situación moral de las dos mujeres, cuando una noche Alicia subió a verlas.

La joven estaba más pálida que de costumbre. Juana y Luisa la miraron con espanto mezclado de piedad.

Alicia permaneció en pie ante la Dama Enlutada y con los ojos bajos dijo:

—Señora, supongo que me haréis la justicia de creer que he hecho cuanto me ha sido posible para dulcificar vuestra reclusión.

—Es cierto —dijo Juana— y no me quejo de vos.

—Una desgraciada circunstancia de mi vida me ha obligado, señora, a ser vuestra carcelera.

—Ya me lo dijisteis, señora, y os compadezco con todo mi corazón.

—¿De modo —continuó Alicia— que cuando estéis libre os marcharéis sin maldecirme y sin sentir odio contra mí?

—¡Libres! —dijo Juana tristemente—. ¿Lo seremos alguna vez?

—Ya lo sois —dijo Alicia con firmeza—. La circunstancia de que os hablaba ya no existe. Adiós, pues, señora. Adiós, querida señorita. ¡Ojalá tengáis por mí más lástima que resentimiento! Os libro de mi presencia, que debe seros odiosa. Esta puerta está abierta y la de la calle también. ¡Adiós!

Y dichas estas palabras Alicia de Lux se retiró. Madre e hija quedaron un instante como atónitas por la triste alegría que

experimentaban. Luego se abrazaron efusivamente y en aquel momento una idea preocupó hondamente a Juana. Iba a encontrarse con su hija sin recursos, sin albergue y sin pan. Volver a la casa de la calle de San Dionisio era, sin duda alguna, caer de nuevo en poder de Montmorency. Estaban libres, sí, ¿pero dónde irían?

Juana comprendía que ya no tenía la fuerza ni la resistencia necesarias para trabajar por su hija como antes. Por esta razón la libertad que se le ofrecía no era más que un cambio de desesperación. Únicamente salía ganando el no hallarse ya en poder de Enrique de Montmorency.

—¿Qué va a ser de nosotras? —murmuró.

Pero oyéndola Luisa, contestó:

—Madre, hasta aquí has trabajado para las dos y ahora ha llegado mi vez. Para las necesidades del momento, tenemos el diamante que tantas veces me has mostrado.

—¡El diamante, querida mía! No quiero venderlo, sino conservarlo en memoria del noble caballero que te restituyó a mis brazos. Diómelo al ver que sin recursos me dirigía a París, y a pesar de la miseria en que me hallé luego, nunca quise desprenderme del diamante que me recordaba al generoso desconocido. Ahora tampoco quiero venderlo, pues algún día te servirá para darte a conocer a él. Si yo muriera…

—¡Mamá! —dijo la joven tristemente.

—Tranquilízate, querida, espero vivir bastante pera verte feliz; pero, en fin, si llegara a ocurrir esta desgracia, tal vez te fuera útil.

En aquel momento apareció Alicia de Lux y dijo:

—Señora, perdonadme de haber oído una parte de vuestra conversación. No quiero decir que la he oído por azar, porque he escuchado. Os halláis sin recursos y en ello hubiera debido yo pensar. Soy rica, señora, más de lo que quisiera; poseo en París dos o tres casas. ¿Queréis aceptar una para vivir en ella?

Juana vacilaba en contestar.

—¡Desgraciada de mí! —Exclamó Alicia—. Tal vez os figuráis que mi oferta encierra una emboscada.

—No, no, señora —exclamó la Dama Enlutada—. Os juro que no he tenido tal sospecha. Adivino y comprendo que arriesgáis mucho

poniéndome en libertad y, por lo tanto, tengo confianza en vos.

—¿Por qué no aceptáis, pues? —Preguntó Alicia—. Si sentís por mí alguna gratitud, dadme la alegría de poder hacer un poco de bien, y si no aceptáis mi oferta de habitar una de mis casas, aceptad, por lo menos, esto.

Y diciendo estas palabras dejó sobre la mesa un saquito que podía contener un centenar de escudos de oro. Un vivo carmín tiñó el rostro de Juana, y Luisa volvió la cara con cierta vergüenza. Entonces Alicia se arrodilló.

—Señora —dijo con triste voz—. Una moribunda os ofrece este poco de oro, destinado a evitar incomodidades a esta noble señorita.

Ya en su nuevo alojamiento, Luisa miraba a su madre con inquietud; nunca la había visto de aquel modo presa de la fiebre; hablaba con asustable volubilidad. El mismo día Juana tuvo que guardar cama y empezó a delirar. Era la primera vez que Luisa se hallaba en presencia de semejante suceso, pero no por eso perdió la cabeza, y aun cuando debía luchar sola, lo hizo con gran firmeza.

Transcurrieron algunos días. Juana por aquella vez había escapado a la muerte que la acechaba, pero cuando pudo abandonar el lecho, comprendió que estaba condenada. Respiraba con mucha dificultad y muchas veces por las noches se despertaba ahogándose.

Al cabo de algún tiempo sintió considerable alivio.

Un día madre e hija hablaron tristemente. Luisa se esforzaba en sonreír y la madre trataba de fingir salud completa para no entristecerla. Aquel día formaban el proyecto de salir de París a la mañana siguiente, cuando, de pronto, oyeron grandes rumores en la calle. Al examinar lo que sucedía, comprendieron por las conversaciones de la multitud y por el número de guardias diseminados por las calles que el rey regresaba a París. Juana de Piennes cerró las ventanas y los postigos, no solamente porque el espectáculo le interesaba poco, sino también porque temía ser vista.

Transcurrieron dos o tres horas. Madre e hija, sentadas una al lado de la otra y dándose la mano, escuchaban con indiferencia los ruidos exteriores que hacían más profundo el silencio de la casa. De

pronto las dos se estremecieron porque en la puerta de la calle acababan de llamar.

—¿Quién será? —exclamó Juana.

—¡Parece alguno que pide auxilio! —contestó Luisa.

—No —observó la madre—. Será algún pilluelo.

Nuestros lectores ya recordarán que el viejo Pardaillán, sin querer, dio un aldabonazo en la puerta.

Entonces Juana de Piennes se dirigió a la ventana y se quedó atónita al oír pronunciar el nombre de Pardaillán acompañado de insultos, amenazas y clamores de odio.

Alrededor de la puerta de su casa había un semicírculo de caballeros que rodeaban a alguien a quien las dos mujeres no podían ver, pues se había guarecido en el soportal. Pero si no lo veían, oían en cambio su nombre y pudieron tener la seguridad de que realmente todos aquellos caballeros atacaban a Pardaillán.

«*¿Es el castigo de haber robado a Luisa?*» —pensó Juana—. «*¿Qué fatalidad había hecho que el miserable fuera a morir bajo la ventana de su víctima?*».

En aquel momento un grito ahogado escapó a las dos mujeres, que después de haber retrocedido, volvieron a la ventana.

—¡Él! —Murmuró Juana de Piennes—. ¡Enrique de Montmorency!

—¡El caballero de Pardaillán! —murmuró Luisa por su lado.

—Nuestro perseguidor está aquí —dijo la madre—. Luisa, hija mía, ¿quién sabe si el maldito Pardaillán nos ha descubierto? ¿Quién sabe si ha traído aquí a su amo? ¿Pero qué tienes, hija mía? ¿Lloras?

En efecto, Luisa sollozaba amargamente.

—Es necesario salvarlo, porque si muere me moriré.

—¿A quién? —Exclamó Juana—. Hija mía, vuelve en ti. A nadie debemos salvar, pues los dos son nuestros más crueles enemigos.

Juana de Piennes, sacando el cuerpo por la ventana, se inclinó hacia la calle y a riesgo de ser descubierta, divisó entonces al caballero y comprendió lo que pasaba en el corazón de su hija. Pero su mirada no se detuvo en el caballero: de pronto se puso muy pálida y con los ojos llenos de asombro miró a una persona que Luisa no veía. Aquella persona, de la que conservaba imborrable y

agradecido recuerdo, era el hombre que le había devuelto a su Luisa.

Entonces se retiró de la ventana y estuvo un momento indecisa, no sabiendo si debía intervenir para salvar al salvador de su hija y exponerse al mismo tiempo a caer de nuevo en manos de su opresor, pero la lucha fue corta, porque cogiendo la mano de su hija le dijo sencillamente:

—Ven.

Y después de haber bajado, abrieron la puerta. Y entonces, con gran asombro de todos, se interpuso entre los asaltantes y el viejo Pardaillán. Ya se conoce el resto.

* * * * *

Cuando las dos mujeres, sosteniendo a los dos heridos, hubieron entrado de nuevo en la vivienda, después de haber cerrado la puerta cuidadosamente, su primer cuidado fue curar las estocadas que padre e hijo habían recibido. Ninguna de las heridas era peligrosa y la debilidad de los dos Pardaillán debiase únicamente a la pérdida de sangre. Los dos hombres dejaron hacer a las mujeres.

«*¡Diablos!*». —Pensaba el padre—. «*Con gusto me dejaría herir cada día, tan sólo para que me curaran las manos de esta joven*».

«*¡Qué feliz soy!*» —pensaba el caballero.

Como era natural, dadas las circunstancias, Juana de Piennes era la que curaba al caballero y Luisa al viejo Pardaillán.

Desde que el caballero penetró en la casa, la joven había tomado su habitual aspecto de tranquila modestia y de encantadora dignidad, que le era habitual. Varias veces su mirada se cruzó con la del caballero y ni una sola apartó sus ojos. El también, por su parte, miraba con aquella extraña expresión que parecía burlarse de sí mismo.

Cuando las curas estuvieron hechas, el aventurero se levantó del sillón en que lo habían hecho sentar, y saludando con gracia a las dos mujeres, dijo:

—Señora, tengo el honor de presentaros a mi hijo, el caballero de Pardaillán, y también a mí mismo, Honorato-Guido Enrique de Pardaillán, de la rama menor de los Pardaillán, familia muy notable

en el Languedoc por sus altos hechos y su pobreza. Nosotros somos pobres, señora, pero con todo el orgullo necesario, y en cambio, tenemos el corazón leal. Esto significa, señora, que nuestro reconocimiento acabará solamente con nuestra vida y que ponemos a vuestra disposición las existencias que habéis salvado.

—Caballero —dijo entonces Juana de Piennes con alterada voz —. No tenéis necesidad de expresar vuestro agradecimiento, porque el mío no está satisfecho todavía con lo hecho.

—No os comprendo, señora.

—¿No me reconocéis? ¿Reconocéis por lo menos este diamante que dejasteis caer en las manos de mi hija en aquella dolorosa noche en que yo me dirigía a Paris? ¿No recordáis a la pobre mujer que hallasteis en el bosque, no lejos de Montmorency?

—Lo recuerdo perfectamente, señora pero quise decir que no comprendo vuestro agradecimiento, pues en realidad deberíais odiarme.

—He aquí, señor, una cosa que no comprendo, pues en vos veo al hombre generoso que me restituyó mi hija. Siempre había ignorado vuestro nombre, y ahora, al decírmelo vos mismo, veo que es el que me dijisteis al devolverme a mi hija, como perteneciente al hombre que me la robó.

—Voy a hacer cesar vuestro asombro, señora, aun a riesgo de merecer vuestra maldición. El hombre que robó a la niña para obedecer a Enrique de Montmorency y el que os la restituyó, no son más que uno y éste se halla ante vos. Sí, señora, yo cometí el crimen y en mi existencia agriada por la miseria es la única mala acción de que debo arrepentirme…; pero no es menos cierto que me vi asaltado por el remordimiento y que únicamente al devolver a la niña pude respirar, tranquilo. Convengo, no obstante, que ésta fue una pequeña reparación y que merezco vuestro odio. Maldecidme, pues, señora, como años atrás lo hicisteis.

—Luisa —dijo Juana de Piennes—. He aquí el hombre generoso y de noble corazón que arrostró el odio de un terrible señor, para devolverte a tu madre. ¡Bendita sea la hora en que puedo daros las gracias!

* * * * *

Pero el viejo Pardaillán no pudo dormir y, según tenía por costumbre, empezó a examinar el local. Tal estudio lo llevó a mirar por el tragaluz que daba a la calle, y lo que vio en ella le hizo hacer una mueca.

Veinte soldados, al mando de un oficial, daban guardia ante la casa. Algunos dormían, pero, cuatro de ellos, apoyados en sus arcabuces, estaban ante la puerta, mientras otros dos, con la alabarda al hombro, se paseaban.

El aventurero abandonó su observatorio muy inquieto, pues, aunque parezca extraño, había olvidado que estaba guardado, así como que él y su hijo no eran más que prisioneros bajo palabra, a quienes la garantía de la señora de Piennes les daba momentánea libertad. Pensó también que nunca había estado tan bien guardado, pues la garantía ofrecida y aceptada le impedía toda tentativa de fuga, ya que tal cosa hubiera perdido a la que se había brindado a ser su fiadora. Él caballero también había olvidado todo, sin duda, porque dormía tranquilamente. Su padre lo miró conmovido a la luz de la linterna que había encendido.

—¡Pobre caballero! —murmuró—. Mucho me temo que estemos en una ratonera de la que no se pueda salir. Temo también que tu desgracia haya empezado desde el momento en que entraste aquí. ¡Ah, pobre caballero! De nada te ha servido que te haya enseñado a desconfiar del amor.

La situación era, en efecto, más terrible que nunca, pues no les cabía el recurso de intentar la fuga; cuando llegara el capitán de guardias a prenderlos, no tendrían otro remedio que seguirlo sin resistencia, so pena de faltar a la fianza de la señora de Piennes.

—Lo que es esta vez, estamos perdidos sin remisión —exclamó el viejo Pardaillán.

Y entonces, volviendo al tragaluz, miró a los soldados que montaban la guardia concienzudamente.

«*Aunque no hubiera guardias*» —pensó— «*también seríamos prisioneros*».

—¡Maldito sea el amor y la fianza! ¿Hemos de esperar que nos vengan a decir que el verdugo está pronto? Pero ¡bah!, en el fondo tanto importa esto como otra cosa.

Y dichas estas palabras, el viejo Pardaillán se tendió sobre el

heno y en vista de que su hijo dormía, se durmió a su vez tranquilamente.

XLVIII - El término de un dolor

AL DÍA SIGUIENTE POR LA MAÑANA un rayo de sol que atravesó el tragaluz despertó al viejo Pardaillán.

Vio a su hijo que, apoyando un codo sobre la rodilla y la barbilla en la mano, parecía absorto en alguna penosa reflexión. Extraordinaria tristeza se pintaba en el semblante del joven.

—¿Qué te pasa, caballero? —Preguntó el padre—. Hace diez minutos que te observo y si no oigo los suspiros que en tu interior exhalas, por lo menos los adivino. ¿Acaso tienes ya la cuerda en el cuello?

—No suspiro, padre; reflexiono.

—¿Se puede saber acerca de qué?

—Acerca de los guardias que guardan la puerta.

—¡Ah! ¿Los has visto?

—Sí. No obstante, es necesario que vaya a ver al mariscal de Montmorency y que lo traiga aquí.

—Dificilillo lo veo.

—¡Oh! Lo conseguiré, padre, lo conseguiré aunque hubiera mil guardias en la calle. Lo he prometido a la señora de Piennes y lo haré. Traeré aquí al mariscal y entonces…

—¿Entonces, qué?

—Pues que habré terminado mi cometido. El mariscal se llevará a su hija y sólo me restará asistir al casamiento de la señorita de Montmorency con el rico y poderoso señor que sin duda le destina su padre. Luego seremos libres, correremos el mundo, daremos la vuelta al universo…

—Querrás decir la vuelta a la plaza de la Gréve, porque si algún viaje hacemos será desde París a Montfaucón.

—¡Ah! —Dijo el caballero—. A fe mía tenéis razón, padre; ya no me acordaba de que estamos aquí prisioneros con la fianza de la señora de Piennes y no podemos…

—¡Oh! Es que además de la fianza están los guardias.

El caballero se encogió de hombros, no por lo que acababa de

decir su padre, sino contestando a su propio pensamiento. ¡Cuánto hubiera deseado que los guardias le impidieran pasar! Haría cuanto de él dependiera para lograrlo. Entonces entreveía una batalla y a la señora de Piennes y a su hija llevadas por él fuera de París y entonces…

Pero existía la fianza, la palabra dada por la señora de Piennes. Pero todo esto no existiría si los guardias empezaban las hostilidades y fueran los primeros en quebrantar la tregua.

Pardaillán se creía capaz de obligarlos a iniciar el ataque, y al pensarlo, su mirada brilló de contento:

«*Esto ya va mejor*» —se dijo el caballero al observarlo.

—Recuerda que has pedido tres días para ir a buscar al mariscal —añadió dirigiéndose en alta voz a su hijo.

—Lo dije por creer que mis heridas eran más graves de lo que son. La cura que vais a hacerme, acabará de cicatrizar estos insignificantes arañazos.

Y encogiéndose nuevamente de hombros, añadió:

—Estas gentes no saben ni herir.

—Es cierto —dijo tranquilamente el viejo Pardaillán—. Nosotros lo hacemos mejor.

Luego empezó a curar las heridas de su hijo y observó con satisfacción que, realmente, eran muy ligeras.

—Bueno, ¿y cómo vas a salir ahora? Yo, que nada he prometido, te aseguro que no veo el medio… por lo menos en pleno día. Te aconsejo esperar la noche.

—El mariscal estará aquí hoy mismo —dijo el caballero con firmeza.

El viejo Pardaillán se puso a silbar un aire de caza, y el caballero, en tanto, permanecía absorto en sus reflexiones. Al cabo de una hora dijo:

—He hallado el medio.

—¿Cuál? —preguntó el padre.

El caballero le mostró un tragaluz que daba al tejado.

—¿Cómo? ¿Quieres salir por el tejado?

—No hay otro camino. Ayudadme para llegar a esta abertura, padre.

El caballero cogió la mano de su hijo y le dijo:

—Una palabra, caballero. Siempre has hecho lo que te ha dado la gana, a pesar de haberme jurado que seguirías mis consejos. Ha llegado la hora de cumplir tu palabra. ¿No te aconsejé que desconfiaras de todo el mundo y de ti mismo y, sobre todo, que no intervinieras en lo que no te interesara? Fíjate en que por no haber cumplido el juramento que me hiciste, nos hallamos los dos en este mal paso, pero en fin, no quiero recordar que estás enamorado y te perdono. Ahora quieres traer al mariscal y éste te hará una reverenda, te dará las gracias y se llevará a su hija, deseándote toda clase de prosperidades. ¿Para qué quieres, pues, ir a buscarlo? Estás en una casa cercada. ¿Quién te obliga a romperte la cabeza por los tejados? Caballero, ocúpate de tu amor, ya que te interesa, pero deja tranquilo al mariscal que no te llama y a quien nadie te envía. Esto no te importa.

—Os engañáis, padre, pues eso me importa mucho.

—¿De modo que vas a desobedecer a tu padre?

—Ayudadme a salir.

—¿Estás decidido? ¿No es posible convencerte de que haces una tontería? Pues bien, te sigo, renunciando a todos los buenos principios que han regido mi vida.

El viejo Pardaillán puso entonces las manos entrelazadas de modo que el caballero pudiese posar su pie como sobre un escalón. Hízolo el joven y algunos instantes más tarde se hallaba sobre el techo de la casa, en la parte opuesta a la calle.

Al examinar los alrededores, vio que para escapar no tenía otro remedio que ganar el techo de la casa vecina y allí deslizarse por algún tragaluz que le permitiera entrar en la casa y salir a la calle.

La posición del caballero era de las más peligrosas, porque el techo de la casa, como el de las vecinas, era de rápida pendiente. Había grandísimo peligro en resbalar y caerse, pero no fue esto lo que detuvo al caballero en su tentativa, sino el pensar que el mariscal de Montmorency no podría seguirlo por aquel camino. Desanimado iba a regresar hacia el tragaluz, cuando oyó que lo llamaban.

—¡Psst, psst!

Levantó la cabeza hacia el tejado de la casa vecina, más elevado que el de la suya, y divisó en una ventana una cara que lo

examinaba con singular interés. Era un hombre viejo con barba blanca y ojos inteligentes y bondadosos.

—Entrad en vuestra casa —dijo el hombre.

—¿Cómo?

—Sí, ¿tratáis de huir, no es eso?

—En efecto, así es.

—Pues bien, el camino que queréis tomar es imposible. La casa en que estáis prisionero comunica con la mía por una puerta condenada, pero que abriré. Volved a vuestra casa y esperad.

El caballero quiso dar las gracias al generoso anciano, pero éste había desaparecido ya.

«*¿Dónde diablo he visto a este hombre?*» —pensó deslizándose por el tragaluz y dejándose caer en el granero.

—¿Qué sucede? —preguntó el viejo Pardaillán.

El caballero relató lo que acababa de pasar. Inmediatamente padre e hijo quitaron el heno que estaba apilado en el fondo del granero y que evidentemente ocultaba la puerta señalada por el desconocido en caso de que existiera y éste no fuera un traidor. Con gran alegría la puerta apareció por fin y al mismo tiempo oyeron tras ella el ruido que producía al tratar de abrirla desde la otra parte.

Lo consiguió al cabo de pocos minutos, y un anciano de alta estatura, vestido con traje de terciopelo negro, apareció y descubriéndose dijo:

—Señor Brisard, y vos, señor de La Rochette, sed bienvenidos.

Padre e hijo se miraron estupefactos.

—¡Cómo! ¿No me reconocéis? ¿No recordáis que me salvasteis la vida en la calle de San Antonio, así como a aquella joven señora?

El viejo Pardaillán se dio una palmada en la frente y exclamó:

—Sí, ahora recuerdo, os reconozco, señor…

—Ramus —dijo el anciano.

—Sí, esto es. Pero he de advertiros que yo no me llamo Brisard y nunca he sido sargento de armas, como dije. El caballero, aquí presente, tampoco se llama señor de La Rochette. Di estos nombres porque entonces teníamos interés en ocultarnos. Me llamo Honorato de Pardaillán y mi hijo es el caballero Juan de Pardaillán.

—Señores —dijo Ramus—. Asistí al terrible combate de ayer.

¡Ah! ¡En qué tiempos vivimos! Voy a explicaros por qué estoy aquí, pero antes servios entrar.

Los dos Pardaillán obedecieron y Ramus los hizo bajar una escalera. Entonces se hallaron en un hermoso comedor.

—Señores —dijo Ramus—, como os decía, ayer me aposté en esta calle para ver pasar al rey. Vi, pues, desfilar el cortejo y luego contemplé también vuestro espantoso duelo. Entonces me enteré de vuestros nombres, pero la cortesía me obligaba a daros los que dijisteis. Una vez os vi entrar en la casa vecina y observé que los guardias se instalaban ante la puerta, comprendí que estabais amenazados de un gran peligro y que trataríais de evadiros. Entonces combiné un plan, y, como os debo mi vida, he querido salvar la vuestra. Ayer me presenté al propietario de esta casa y le dije:

«*Caballero, ¿queréis alquilarme vuestra casa por ocho días?*».

«*¡Bah!*» —me dijo—, «*¿para qué?*».

«*Porque voy a recibir la visita de algunos parientes forasteros, dos jóvenes hidalgos a quienes he de alojar en una casa conveniente, y me han enseñado la vuestra como la más apropiada a mis deseos*».

Debo confesar que dije todas estas mentiras no sin ruborizarme un poco. Me propuse pagar cien libras por seis días y rehusó: doscientas libras por cinco días, y también. Por fin obtuve la casa por tres días y no os diré a qué precio. Me instalé enseguida y heme aquí.

—¡Por Baco! Señor, dadme la mano —exclamó el aventurero.

El sabio dejó caer su mano en la de Pardaillán y añadió sencillamente:

—No tenéis más que seguirme. Saldréis de aquí por el modo más natural del mundo, es decir, por la puerta, ya que ésta no está vigilada, pues da a otra calle.

—Señor —dijo entonces el caballero—, por motivos que os explicará mi padre, no podemos salir ahora los dos. Saldré solo aprovechando la ocasión que me ofrecéis. Servios acompañarme hasta la puerta, y durante mi ausencia, mi padre os dará las explicaciones necesarias.

—Seguidme, joven.

El sabio bajó una escalera y el caballero se halló ante una puerta

que entreabrió. Volviéndose entonces hacia Ramus, se inclinó profundamente y dijo:

—Os doy las gracias, «padre» mío.

El «padre» se conmovió al oír las palabras del joven, que le parecieron la mejor recompensa por lo que había hecho.

El joven había franqueado la puerta y observó que se encontraba entonces en la calle de Fossoyeurs, que era perpendicular a la de Montmartre y no estaba vigilada.

En vez de seguir por la calle de Montmartre, en donde se arriesgaba a dar con los guardias, el caballero siguió recorriendo la callejuela, y dando una larga vuelta, tomó el camino del palacio de Montmorency, al que no tardó en llegar.

Dio un golpe furioso en la puerta diciéndose que su última esperanza era que el mariscal no estuviera ausente, como le había dado a entender el día anterior.

Entonces volvería a la calle de Montmartre, obligaría con alguna astucia a que los guardias empezaran las hostilidades, rompiendo así la tregua, salvaba a Luisa y a su madre por algún prodigio de temeridad, se las llevaba y obtenía a Luisa en matrimonio.

El caballero imaginaba todo esto, cuando de pronto se abrió la puerta, y mientras Pipeau, a modo de caricia y para probar su alegría al caballero, le daba cariñosos mordiscos en la mano, el portero le decía respetuosamente:

—¡Ah! ¡Señor caballero! ¡Con qué impaciencia os espera monseñor!

Algunos instantes más tarde, Pardaillán se hallaba ante el mariscal, que nerviosamente le dijo:

—Os esperaba para marcharnos.

—¿Por qué, monseñor?

—Porque tengo razones para creer que en vano buscaríamos en París. Me han señalado una misteriosa escolta que se dirige por el camino de Guiena acompañando a un coche cerrado. La Guiena es el gobierno de Damville que recientemente le han dado y sin duda alguna las ha hecho marchar allá precediéndolas. Nos uniremos a aquella escolta y la atacaremos. Llevo conmigo a doce de mis más valientes caballeros, sin contar a vos, que valéis por otros tantos, y a mí mismo.

—Monseñor, os ruego que esperéis a la noche para salir de París —dijo Pardaillán con pasmosa tranquilidad.

—¿Por qué, Pardaillán? Vale más que no perdamos un segundo. Vamos, ¡a caballo!

—De ningún modo, monseñor, yo me quedo y vos también. Partiréis esta noche si tal os place. Ahora os ruego que me acompañéis completamente solo y a pie.

El acento del joven era tan singular, que Montmorency exclamó con temblorosa voz:

—Pardaillán ¿sabéis algo?

—Venid, monseñor —dijo el caballero.

El mariscal vaciló un instante, pero luego dijo:

—Vamos, pero pensad en que el tiempo es precioso. Si llegáis a tardar una hora más…

—¿Qué hubierais hecho, monseñor?

—Marcharme sin vos.

El caballero permaneció impasible, pero en su interior profirió una imprecación.

Pocos momentos después se pusieron en camino y muy pronto llegaron a la callejuela de los Fossoyeurs sin haber tenido ningún encuentro desagradable. Llamaron y Ramus abrió. Entraron en la casa y una vez hubieron llegado al comedor en que Ramus había introducido a los dos Pardaillán, el caballero dijo tranquilamente:

—Señor Ramus, ¿queréis llevar vuestra generosidad hasta el punto de dejarnos solos durante una hora en esta sala?

—Esta casa os pertenece, hijo mío, en tanto que me pertenezca a mí.

—¿Dónde estamos? —preguntó el mariscal asombrado y un tanto inquieto.

—Monseñor, os ruego esperar algunos minutos.

El caballero salió y Montmorency se quedó solo. El joven subió rápidamente hacia el granero y allí encontró a su padre, que le dijo:

—Te esperan muy inquietas.

El caballero se sentó o, mejor dicho, se dejó caer sobre un haz de heno.

—Padre —dijo—, tened la bondad de avisar a la señora de Piennes y a la señorita de Montmorency de que el mariscal está en

la casa de al lado y las espera.

—Caballero —dijo el viejo Pardaillán poniendo la mano en el hombro de su hijo.

—¿Qué queréis, padre?

—Sufres, ¿verdad?

—Os equivocáis, padre —dijo el joven con terrible tranquilidad —. He ido a buscar al mariscal de Montmorency para que se lleve a su hija y está esperando en la casa de al lado. Recordad que siempre me habéis recomendado caer con elegancia el día en que a ello me vea obligado, y ahora la elegancia consiste en no sufrir.

—Bueno, bueno —dijo el aventurero—. Veo que quieres guardarte el dolor para ti solo. Luego ya lloraremos los dos.

«*Pero ¿por qué se habrá ido a ver al mariscal?*» —dijo al alejarse.

Al mismo tiempo bajó al piso en que se hallaban Juana de Piennes y su hija, mientras el caballero buscaba un rincón obscuro en el granero a fin de que ellas no lo vieran, al atravesarlo para pasar a la casa de Ramus.

* * * * *

Francisco de Montmorency se había quedado inmóvil, con los ojos fijos en la puerta por la que había desaparecido el caballero. Un sentimiento de malestar se apoderó de él al observar que pasaba el tiempo y no regresaba, y al fin, cuando ya la impaciencia lo dominaba, se abrió lentamente la puerta, dando paso a Juana de Piennes, que iba vestida con el mismo traje negro que realzaba la belleza de su pálido rostro iluminado por dos grandes y negros ojos. Al ver a Francisco se detuvo como petrificada, con las manos unidas y la mirada fija.

El viejo Pardaillán la había prevenido, pero, no obstante, en su mirada se pintaba un asombro infinito.

Francisco, al verla, sintió un estremecimiento tal como si hubiera sido herido por el rayo; quiso pronunciar el nombre de Juana, pero sus labios no emitieron más que un sonido ronco e ininteligible.

Los ojos le salieron de las órbitas, como si hubieran contemplado un fantasma, y las lágrimas los velaron, mientras su semblante

guardaba inmovilidad de piedra. Y así la miró con avidez en que había espanto, dolor, amor y lástima.

Entonces avanzó hacia ella, y cuando estuvo cerca, se arrodilló inclinándose a los pies de la mártir y los sollozos hicieron explosión en su garganta y solamente pudo pronunciar una palabra a través de los gemidos:

—¡Perdón!

¿Cuánto tiempo permaneció Francisco así, prosternado? No podemos precisarlo.

Luego se levantó paulatinamente y sus manos cogieron las heladas de Juana. Púsose en pie y estrechó en sus brazos a la pobre mujer, acercando su rostro al suyo.

Preparábase a hablar. Quería decirle todo lo que había sufrido y cuánto se había maldecido por sus injustas sospechas, pero entonces Juana, con dulce movimiento, puso sus brazos alrededor del cuello del amado esposo y con extasiada sonrisa reclinó la cabeza en el hombro de Francisco.

—¡Juana, Juana! —exclamó el mariscal alarmado.

Y sus cabellos se erizaron y la alarma se convirtió en horror al reconocer la voz, el acento y la entonación de Juana en la última entrevista que tuvieron en Margency, voz turbada, oprimida, vacilante, que quería expresar una alegría infinita e inocente temor.

—Sí, amado mío, vas a saber por fin el secreto que hace tres meses no me atrevo a revelarte. Es necesario que por fin lo sepas y luego juntos lo iremos a decir a mi padre.

—¡Juana, Juana! —exclamó Francisco jadeante.

—Escucha, Francisco, escúchame bien, amado mío. Soy tu esposa y nuestra unión ha sido bendecida por Dios. Francisco, vas a ser padre.

Y elevó hacia él sus ojos puros, cándidos, en los que se habían desvanecido todas sus tristezas y pensamientos, para no resplandecer más que a impulsos del solo sentimiento que resumía con agradable sonrisa en estas palabras:

—¡Francisco, voy a ser madre!

Un grito de desesperación, una imprecación terrible se escapó de los labios del mariscal:

—¡Loca! ¡Está loca!

Y cayó al suelo perdiendo el conocimiento.

* * * * *

El mariscal de Montmorency acababa de encontrar a la que tanto amaba.

¿Qué iba a resultar de la unión de aquellos dos seres, del amor del caballero de Pardaillán y de la gran lucha empeñada entre hugonotes y católicos?

Esta aventura continúa en el tomo titulado:
UNA EPOPEYA DE AMOR
Episodio 5 - «El cofre envenenado».

«Los Pardaillán». La serie.

Nunca el interés fue mantenido a lo largo de una extensa narración de una manera tan viva y creciente como en *Los Pardaillán* —la obra cumbre de Miguel Zévaco—, donde la intriga, hábilmente llevada, se prolonga en una refulgente cadena de recios eslabones que cautivan y a la vez encantan al lector.

Quien se sumerge en el torbellino de *Los Pardaillán* se convierte inmediatamente en un devoto de esa literatura sublime que subyuga el pensamiento y acelera los latidos del corazón. Zévaco, el famoso novelista francés, autor de más de 60 narraciones históricas, con una agilidad asombrosa, con un dominio de las situaciones dramáticas difícilmente igualado por escritor alguno, arrebata y conmueve hasta el extremo al lector, siempre ávido por desentrañar el fin de la alucinante aventura que se desarrolla ante sus ojos.

El espectáculo de las Cortes fastuosas, de los lúgubres pasadizos de los palacios, de las alegres y bulliciosas ciudades, de un pueblo que alborota, ríe o se pasma al paso de las regias carrozas o al conocer los contrarios pensamientos, las envidias, los celos, las más turbulentas pasiones que agitan el pecho de los reyes y príncipes que le gobiernan, constituye por sí solo un aliciente bastante para estimular el interés del lector.

Pero además quien tiene entre sus manos uno de los episodios que integran la serie de *Los Pardaillán* no se conformará con darle cima, sino que, enseguida, vasallo de su propia pasión, de su particular desasosiego, se lanzará en el vértigo del episodio siguiente, y así, no se hallará satisfecho hasta dar remate al último volumen, hasta recorrer hasta su término esa senda incitante e infinitamente variada que ha dibujado Zévaco con mano maestra en *Los Pardaillán* y que se extiende ante él como una tentación sin cesar renovada.

Y luego, los recuerdos quedan en el alma impresionada tan a lo vivo y los más relevantes episodios permanecen grabados con tanta fuerza en la memoria del lector, que éste adquiere inmediatamente el convencimiento de que las vidas ajenas han enriquecido la vida propia y de que jamás su tiempo estuvo tan bien aprovechado como cuando se contaminó del frenesí que agita y acongoja a cuantos personajes cruzan por las páginas incendiadas —de amor o de odio — de *Los Pardaillán*.

La serie consta de 27 episodios cuya publicación original es como sigue:

Parte 1 - *Publicada en: 1907 / (en 1902 por entregas).*
Época en que transcurre: 1553-1572, (el reinado de Carlos IX).

Tomo 1 - Los Pardaillán (*este libro*).

Incluye los episodios 01-04: En las garras del monstruo, La espía de la Médicis, Horrible revelación y El círculo de la muerte.

Tomo 2 - Una epopeya de amor.

Incluye los episodios 05-07: El cofre envenenado, La cámara del tormento y Sudor de sangre.

Parte 2 - *Publicada en: 1908 / (en 1903 por entregas).*
Época en que transcurre: 1588-1589, (el reinado de Enrique III).

Tomo 3 - Fausta.

Incluye los episodios 08-10: La sala de las ejecuciones, La venganza de Fausta y Una tragedia en La Bastilla.

Tomo 4 - La derrota de Fausta.

Incluye los episodios 11-13: Vida por vida, La crucificada y El vengador de su madre.

Parte 3 - *Publicada en: 1913.*
Época en que transcurre: 1590, (el reinado de Enrique IV de Francia y Felipe II de España]).

Tomo 5 - Pardaillán y Fausta.

Incluye los episodios 14-16: Juan el Bravo, La hija del rey hugonote y El tesoro de Fausta.

Tomo 6 - Los Amores de Chico.

Incluye los episodios 17-19: La prisionera, La casa misteriosa y El día de la justicia.

Parte 4 - *Publicada en: 1914 / 1916).*
Época en que transcurre: 1610, (el reinado de Enrique IV).

Tomo 7 - El hijo de Pardaillán.

Incluye los episodios 20-21: El Santo Oficio y Ante el Cesar.

Tomo 8 - El tesoro de Fausta.

Incluye los episodios 22-23: Fausta la diabólica y Pardaillán y Fausta.

Parte 5 - *Publicada póstumamente en: 1926 .*
Época en que transcurre: 1614, (la regencia de María de Médicis).

Tomo 9 - El fin de Pardaillán.

Incluye los episodios 24-25: Tallo de lirio y La abandonada.

Tomo 10 - El fin de Fausta.

Incluye los episodios 26-27: La dama blanca y El fin de los Pardaillán.

MIGUEL ZÉVACO (1860 - 1918). Nació en Ajaccio (Córcega) el 1 de febrero de 1860, y murió en Eaubonne (Val-d'Oise, Francia) el 8 de agosto de 1918, a los 58 años.

Después de una breve experiencia como maestro a los 20 años, ingresó en el ejército, donde permaneció cuatro años (teniente de dragones en 1886). Fue en esta fecha que se trasladó a París.

Atraído por las letras y la política Miguel Zévaco se convirtió en columnista y sub-editor en «*Le Égalité*», que dirigía entonces el revolucionario socialista Jules Roques.

Activista político, se postuló (sin éxito) en las elecciones legislativas de 1889 para la Liga Socialista Roques. En esa época, conoció a Louise Michel, Aristide Bruant, Séverine y otros socialistas notables.

En una época en que no existía la libertad de expresión; debido a lo intenso de sus discursos y la virulencia de sus palabras en medio de los atentados anarquistas de la época, Zévaco fue etiquetado de anarquista y en varias ocasiones encerrado en prisión: ya sea por hablar en contra de personajes públicos, o por defender sus convicciones y la libre expresión, o por elogiar a socialistas declarados. Como un ejemplo: el 06 de octubre 1892, fue

condenado por el Tribunal de lo Penal del Sena por haber dicho en una reunión pública en París:

> *«A Los ciudadanos nos están matando de hambre… Robar, matar, dinamitar; todos los medios son válidos para deshacerse de esta infame opresión».*

En 1900, Miguel Zévaco abandonó el periodismo político para dedicarse a escribir novelas por entregas. Comenzó esta nueva carrera con la novela: *Borgia*, publicada en el diario: *Le Petite République* de Jean Jaurès, logrando un éxito sin precedentes. El enorme éxito de esta narración explica porqué el autor continuó escribiendo novelas históricas. Tras el éxito de su primera obra, Zévaco sigue escribiendo, lo que se convertiría en una larga cadena de obras como: *Triboullet* (1900-1901), *El Puente de los Suspiros* (1901), *Los Pardaillán* (1902… 1918), *Flores de París* (1904), *Los Misterios de la Torre de Nesle* (1905), *Le Capitán* (1906), *Nostradamus* (1907), *La Heroína* (1908), o *El Hotel Saint-Pol* (1909), etc.

Zévaco continuó con gran éxito su carrera como escritor hasta su muerte en 1918, llegando a ser considerado **uno de los más brillantes exponentes de la novela de capa y espada de todos los tiempos**.

Fuera de Francia Miguel Zévaco no es muy conocido, y esto se atribuye a dos cosas: a que haya sido etiquetado de anarquista por el gobierno de su época, y al boicot promovido por las autoridades eclesiásticas a quienes no gustaba que las cosas fueran dichas claramente, en lugar de presentarlas en un angulo siempre favorable a la iglesia católica. Sin embargo los documentos históricos avalan completamente los acontecimientos tal como son presentados por Zévaco, a pesar de que éste los presenta, solo como escenario de sus novelas.

Durante la Primera Guerra Mundial, Miguel Zévaco dejó Pierrefonds donde residió desde el final del siglo y se instaló en Eaubonne (Val-d'Oise), donde murió en agosto de 1918, probablemente de cáncer.

Notas

[1] *Baile de*….- (Antiguamente, en la corona de Aragón), Juez ordinario en ciertos pueblos de señorío. (N. del T) < <

[2] *Blandon*.- Vela de cera muy gruesa. (N. del E.D) < <

[3] *Hugonotes*.- Sobrenombre peyorativo dado por los católicos a los protestantes franceses en el siglo XVI durante las guerras religiosas. (N. del E.D) <<

[4] *Reitre*.- Soldado. En el Francés del original. (N. del E.D) <<

[5] «*Île de France*».- (La Isla de Francia) Así se conoce popularmente a la *Région Parisienne* («Región Parisina») o RP. Constituye el área metropolitana de París. (N. del E.D) <<

[6] El hipocrás o vino hipocrás era una bebida popular en la Edad Media en toda Europa hasta bien llegado el siglo XVIII. Tenía como principales ingredientes el vino y la miel (empleado como un edulcorante de la bebida, ya que el azúcar era considerado en la cocina medieval como un lujo reservado a muy pocos) y se le añadían algunas especias como: nuez moscada, canela, clavo, jengibre, pimienta negra, etc. La tradición atribuye su invención al médico griego Hipócrates, del siglo V a.c., de ahí el nombre de la bebida. Aunque no hay pruebas de que haya sido Hipócrates quien lo inventó. (N. del E.D) <<

[7] Nombres de estrellas. (N. del T) <<

[8] Lo que equivalía a decir: ¿Sois protestante? (N. del E.D.) <<

[9] A Catalina de Médicis la presenta el autor bajo todos los aspectos en sus muchas e interesantes obras, y recomendamos al lector especialmente las tituladas Nostradamus y El Prado de los Curiales. (N. del E.) <<

[10] *mane, thecel, phares* Palabras hebreas que, según la Biblia, aparecieron escritas con letras de fuego en el muro del salón donde Baltasar celebraba su última orgía mientras Ciro penetraba en Babilonia. Se mencionan para aludir con ellas al fin próximo, fatal y desastroso que se prevé para algo. (N. del E.D.) <<